3 1761 09546468 1

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/lacoronadefuegol00past

LS
P2932c

LA CORONA DE FUEGO;

Ó LOS SUBTERRANEOS DE LAS TORRES DE ALTAMIRA,

NOVELA HISTÓRICA DEL SIGLO XI.

POR DON JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

OBRA ADORNADA

con magníficas láminas sueltas y preciosos grabados en el texto,

306264
16.11.34

J. SIERRA PONZANO, EDITOR.

MADRID.—1863.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA MILITAR DEL ATLAS, Á CARGO DE J. RODRIGEZ,
Calle San Bernardino, núm. 7.

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPATRIOTA D. J. R. Y G.

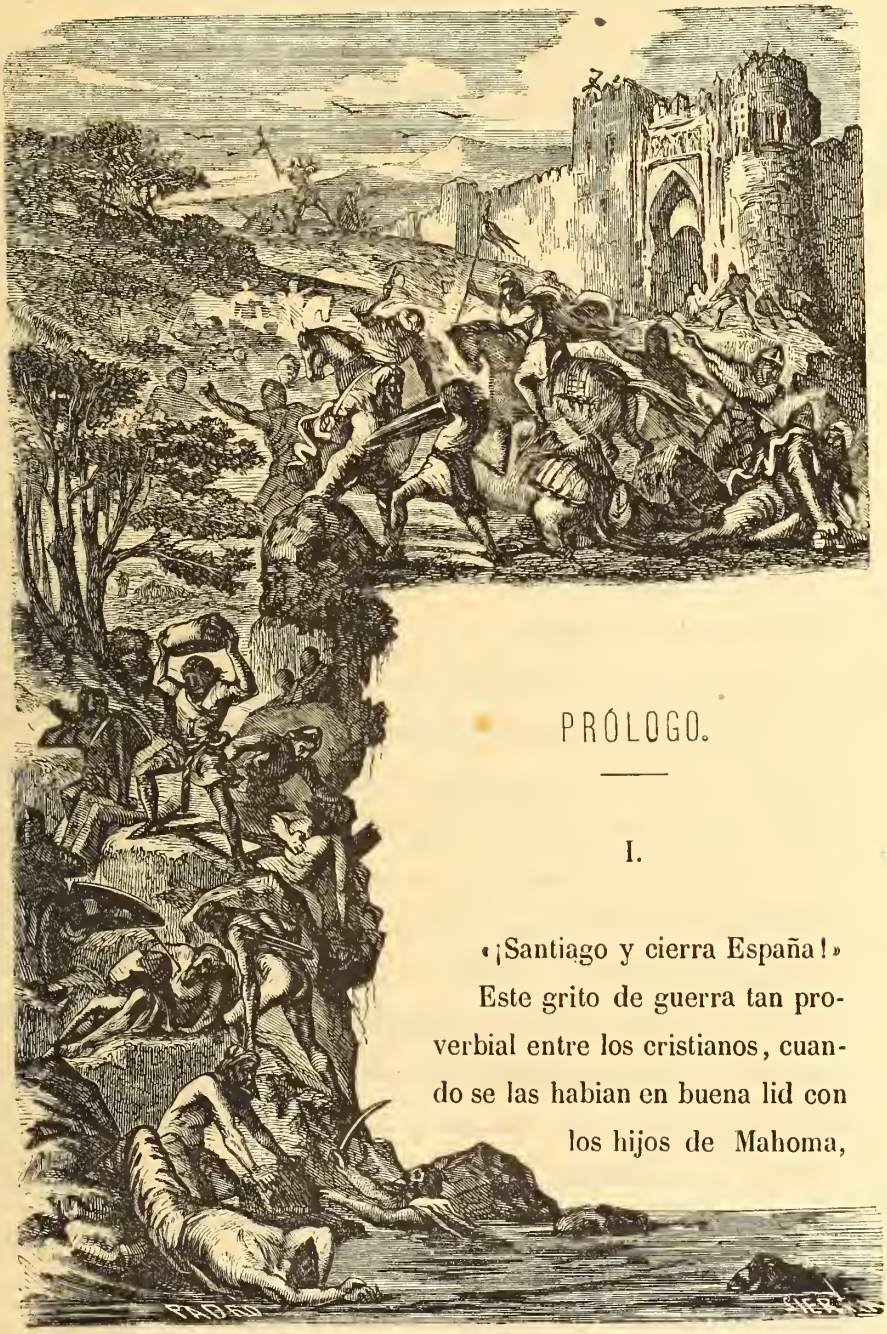
Un acto espontáneo, desnudo de lisonja, me impulsa á dedicarte en esta obra un recuerdo honroso que aliente tu perseverancia, combatida por tantas decepciones. ¿Qué importa que una pasion bastarda trate de proscribir al mérito, deprimiéndole bajo mentidas formas? ¿Acaso no ha sido este siempre el destino de los grandes hombres?

Que esa funesta rémora no retraiga su laudable propósito en esa senda difícil á que te has lanzado. Artista de inspiracion, no desistas de tu noble empeño; luce allá lejos un astro provindencial que marca el rumbo á tu creador instinto, al brotar en medio de esos tenebrosos abismos: allí tu renombre artístico, ornamento y lustre de nuestra ingrata, brillará un dia tambien en los anales de la fama, coronado de los esplendores del génio.

Madrid marzo de 1863.

José Pastor de la Roca.

LA CORTE DEL FUEGO
LSEPPA PONZANO
EDITOR



PRÓLOGO.

I.

«¡Santiago y cierra España!» Este grito de guerra tan proverbial entre los cristianos, cuando se las habian en buena lid con los hijos de Mahoma,

dueños á la sazon de gran parte de la caballeresca España, resonaba como un trueno articulado por millares de entusiastas héroes, victoriosos en Guadalajara, Uceda y Almería.

«¡Santiago y á ellos!»

Y á este grito unísono, formidable, eléctrico, aliento de una nacion guerrera, contestaba un destemplado alarido de coraje, y la chusma agarena, esplotada por la rabia, precipitábase frenética en la refriega, malgastando á veces sus bríos en medio de un arrojo imprudente y ciego.

Entonces solian empeñarse lances sangrientos, choques desesperados, rudos, salvajes, en que un millon de vociferaciones apagaba el fatídico *¡ay!* de los moribundos, el estallido de las alabardas moriscas al resbalar sobre las partesanas y adargas de los cristianos, y que formaban, al reflejo del sol y de la luna, un cuadro animado y feroz, cuadro terrible, trazado por relámpagos fosfóricos y fugaces.

Corrian los años 1053 de la Era de gracia.

Hácia esta época habíase publicado por varios emires confederados esa temible cruzada que llamaban los árabes *guerra santa*; y en las provincias meridionales de España sometidas á su bárbaro imperio, cundian los formidables aprestos marciales que debian sublevar el país y promover el choque decisivo y enérgico de la cruz con la media luna.

Pero con tan poca suerte por parte de esta, que además de las referidas plazas de Uceda, Guadalajara y Almería, acababa de caer en poder de D. Fernando I la villa de Madrid con sus alquerías y anexidades.

Suponíase tambien que se trataba de conquistar la imperial Toledo, cosa no muy fácil entonces, por ser el baluarte antemural del islamismo en España, y cuyos formidables recursos

de defensa desafiaran á cualquier poder, por colosal que fuese.

En venganza, pues, de tamañas pérdidas que acababan de esperimentar, los moros, empeñados siempre con indomable teson en aquel juego de peligroso desquite, saciaban su coraje haciendo correrías por tierras de los cristianos, talando mieses y campiñas, quemando bosques é incendiando cortijos, despues de sacrificar á su furor á todos cuantos tenian la desgracia de caer en sus manos.

Hubo quien, dejándose llevar de un celo imprudente, aconsejase al rey la conquista del reino de Toledo, empezando por la capital; pero el monarca, mas cauto y sin dejarse deslumbrar por el brillo de sus repetidas victorias, comprendió que la conquista no debia ser por la fuerza de las armas, sino por medio de arte, cosa imposible, pues siendo el dinero el principal recurso ó auxiliar en tales casos, y hallándose exhausto el erario, debia aplazarse la empresa por entonces.

II.

A reina, que era belicosa en estremo y que poseia en alto grado esa virtud ó esa flaqueza que se llama ambicion, destinó sus alhajas y joyas para aquella empresa; y astuta y reservada, designó secretamente el instrumento de que iba á valerse en lance tan difícil, con cuyo favorable éxito lisonjeábase allá en su interior, de poder sorprender y avergonzar á la vez un dia el ánimo de su esposo.

Ese instrumento era un jóven hidalgo, llamado Veremundo Moscoso, presunto conde de Altamira, guerrero intrépido que servia á la reina en clase de guarda-mayor, y de cuyo pundonor y fidelidad estaba altamente satisfecha, habiendo recibido repetidas muestras de ello.

Doña Sancha, que tal se llamaba aquella princesa, le llamó reservadamente para comunicarle sus proyectos, y el altivo infanzon, no solo se comprometió á negociar por sí solo el asunto, Dios mediante, y aun á riesgo de su propia vida, sino que además juró por la bendita cruz de su espada ensayar su política en otra plaza fuerte, cuyo resultado debia ser la conquista de ella, sin efusion de sangre.

La varonil mujer le despidió afectuosamente entregándole ciertas joyas de inestimable precio, y una gran cantidad de oro, para que lo emplease todo en el mejor éxito de la empresa.

—¡Ah señora! esclamó ruborizándose el noble hidalgo, siento en el alma que la pobreza de mi casa me coloque en el triste y vergonzoso compromiso de admitir esta dádiva que se resiste al carácter de un leal y pundonoroso caballero; en cambio, señora, tengo una espada y un nombre sin tacha: este es mi principal patrimonio, y lo pongo á las órdenes de V. A.

—Con ello estoy suficientemente recompensada, replicó la reina con la mas cordial efusion, tendiendo la mano al jóven caballero, para impedirle que se arrodillase.

—Id con Dios, prosiguió con una autoridad dulce y majestuosa, y no volvais á mi presencia si no obteneis las llaves de ambas plazas.

Y con una sonrisa afectuosamente grave le despidió.

III.

Pocos dias despues el orgulloso hidalgo atravesaba con paso altivo el régio salon de audiencia, portador que era de un pliego importante, sellado con las armas reales y dirigido á la reina doña Sancha.

Su contenido era el siguiente:

«A vos, mi cara esposa, salud.—Sabredes ca la güena villa »de Alcalá de Henares ha caido en poder de Nos, por la mise- »ricordia divina: que esto fué milagro non natural, é mu deficil »de comprendello.

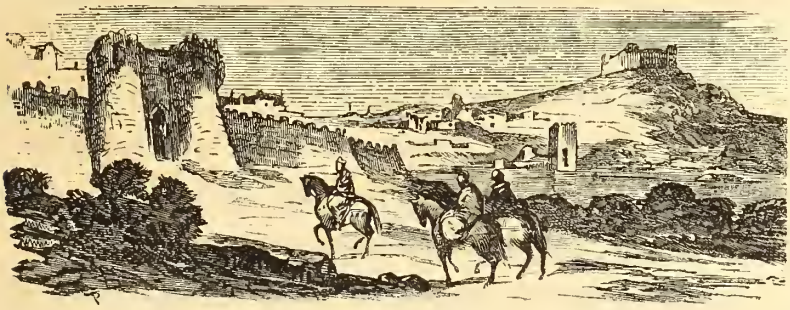
»De mi real campo de Madrid, etc.»

La reina no pudo concluir la lectura del pergamino: tan poseida se hallaba de alegría.

En efecto, el ensayo de Veremundo habia sido completamente feliz, y el orgulloso caballero tuvo la altivez ó acaso la modestia de ocultar á su soberano que á él solo tal vez se debia el triunfo.

IV.

Cierto dia, á puestas de sol, entraba en la ciudad de Toledo por la antigua puerta de Visagra una pequeña y modesta cabal-



gata que caminaba á buen trote, con intento, al parecer, de aposentarse cómodamente antes de que se cerrasen los establecimientos de hospedaje, cuyos dueños tenian órden de no recibir forasteros despues del crepúsculo de la tarde.

Componian esta cabalgata un jóven comerciante y dos criados árabes, á juzgar por sus vestidos á la morisca, turbante amarillo y verde, bombacho blanco y babuchas azafranadas; llevaban tambien vistosos alhamares, color de naranja, á escepcion del primero, que lucia un blanquísimo alquicel de lana, puro como el armiño y orlado caprichosamente de festones y ricos bordados orientales.

Montaba un brioso caballo cordobés, espléndidamente encaparazonado con monturas y jaeces africanos, gualdrapa carmesí sembrada de medias lunas de plata y bridas trenzadas de seda verde con hilos de oro.

La planta arrogante del noble animal le acreditaba pertenecer á esa raza pura andaluza, tan conservada y apreciada justamente por el delicado gusto de la aristocracia árabe-española.

En cuanto á los dos turcos que le acompañaban, venian montados en acémilas sobre un cargamento misterioso que formaban unos cajones rotulados en idioma oriental, con este mote:

«SEDERÍAS.—*N.° 2.°—Alha-Sid y Compañía.*—CAIRO.»

El caballero era nuestro conocido Veremundo, que acompañado de dos escuderos, iba á poner en práctica el plan de conquista ya anteriormente espresado.

Al llegar á la aduana, como diriamos hoy, situada á corta distancia de la puerta, el pretendido moro principal exhibió una patente de la ciudad de Smirna, junto con la correspondiente guía de las factorías en las fronteras marroquíes.

El sol, hundido ya en su ocaso, doraba débilmente con pur-

púreo brillo los altos minaretes de las mezquitas, las torrecillas afiligranadas de los templetes, y las agujas aéreas de las sinagogas, que se confundian en el plano inclinado de los adarves y en los techos de pizarra gris, sobre el claro-oscuro de la montaña.

V.

Hemos dicho que se acercaba el crepúsculo, y los fanáticos almuédanos, desde los alminares de las mezquitas, anunciaban á los fieles creyentes la oracion de la noche.

Las medias tintas de la luz imprimian á aquella religiosa ceremonia de la fé musulmana un doble carácter de majestad y languidez imponentes; las bulliciosas alhóndigas se cerraban; suspendíanse los baños, y las tiendas portátiles de los bazares retirábanse á sus respectivos porches, porque lo contrario fuera una impiedad que atacara las rígidas prescripciones dogmáticas del mahometismo.

Los barrios de la judería, que ocupaban la parte meridional de la ciudad, cerrábanse de órden superior y en virtud de cierta confidencia sobre sospechas de conspiracion, las cuales, fundadas ó infundadas, solian recaer siempre sobre los desgraciados hijos de Israel.

Empezaba ya á sonar el rumor de la bulliciosa zambra morisca: agitado concierto de guzlas, chirimías y guitarras, panderetas y tamboriles, y brillaba el fuego de las hogueras allá en la cumbre de las colinas.

Afluia allí el tumultuoso gentío que vomitara aquel laberinto de tortuosas calles, atraidos sus moradores por la algazara, por la armonía y por la frenética animacion que reinaba en las alturas.

VI.

Los mercaderes entre tanto habian atravesado con mesurada gravedad y disimulo toda la vasta estension que comprende la primera colina, ó sea desde la indicada puerta de Visagra hasta la plaza-mercado *de los Jumentos* ó de *Zocodover*, en su acepcion árabe, y que equivale á la actual plaza de la Constitucion.

Habia entonces en esta misma plaza una especie de fonda ú hostería, titulada de *Bab-Shara*, esto es: *puerta del campo*, aludiendo acaso al jardin con que comunicara y que se estendia en vistoso anfiteatro á la misma falda del collado, antes de desmontarse el terreno y reducirlo á caseríos, y del cual acaso ya nos ocuparemos luego.

Los viajeros se hospedaron en este suntuoso establecimiento, ocupando una lujosa cámara espléndidamente ataviada, y que fué solicitada con gran empeño y á cualquier precio por Veremundo.

Instalados allí, y cuando los mil ruidos de la imperial ciudad se habian ya estinguido, el pretendido mercader cerró cautelosamente la dorada puerta de su alojamiento, los agimeces y ventanas, y practicando un escrupuloso reconocimiento, colocó de centinela á sus dos criados, completamente armados, para que vigilasen las avenidas, y conocedor; al parecer, de todos los pormenores de aquella pieza, tocó en uno de sus ángulos cierto resorte simulado bajo de un marco de tapicería, y apareció un batiente que se desprendió, retirándose con un giro tácito é imperceptible y produciendo un crugido sordo que iba aumentándose á medida que el fingido moro empujaba el boton de bronce del mecanismo.

Quedó entonces abierto un buque circular y sombrío.

Veremundo respiró con satisfaccion y asomó la cabeza por el fondo tenebroso de aquella trampa.

Un rayo de luna límpido y nacarado atravesaba aquel limbo oscuro, como una cinta piramidal de plata.

En aquel limbo desconocido nada se percibia, sino un fondo inmensurable de tinieblas.

Veremundo encontró al tiento una cuerda: tiró de ella y sonó al punto, muy remoto, el eco de una campana invisible, como la vibracion de un timbre subterráneo y mágico.

Retrocedió al punto herido por un movimiento de incertidumbre, porque en efecto, la situacion de aquellos hombres temerarios era en aquel punto azarosa y crítica.

¿Acaso les era de todo punto fiel la persona que hasta allí les guiara, vendiéndoles con tanta facilidad tan profundo arcano, y con quien trataran además un asunto delicadísimo?

¿No podia disfrazarse una infame perfidia bajo la máscara de una aparente y falsa amistad?

El hombre que hacia traicion á una causa, constituido en su innoble terreno, por afectar servir á otra, ¿no pudiera tambien cambiar papeles al tiempo de la ejecucion?

¡Ah! y en este caso, probable por desgracia, habíanse dejado llevar de una ligereza imprudente que les colocaba en inminente riesgo.

VII.

Una vibracion metálica, como la que produce el escape de un muelle de templado acero, interrumpió la ansiedad de los conspiradores, que armados hasta los dientes, hallábanse dispuestos hasta á una lucha corporal, si necesario fuese.

Colocados á la puerta de la trampa, desnudo el corvo alfanje y suspendida en el aire la pesada cimitarra, guardaban ambos, como fieras en acecho, el misterioso buque, resueltos, como dejamos dicho, á vender caras sus vidas; pero esta alarma cesó de pronto cuando vieron asomar por el mismo una cabeza encanecida, bajo un capúz ó turbante griego, y luego un anciano de vigorosa musculatura, que saltó hácia la pieza con una agilidad portentosa.

En el rostro carnoso y rubicundo de aquel hombre lucia una indolente y fria sonrisa, signo equívoco y peligroso á primera vista y que impuso á sus testigos.

—Parece, esclamó, que no os inspira entera confianza la palabra de los hijos de Israel, y en verdad que desgraciadamente ese es otro de los precedentes fatales que suelen acompañar siempre á la raza infeliz del mísero pueblo de Dios, disperso, errante, oprimido y vilipendiado.

Y en aquella fisonomía indefinible brilló una llamarada de ódio, sarcasmo implacable que pasó fugitivo y precóz, como esas ráfagas ó exhalaciones que dejan un rasgo encendido en la zona.

—Me habeis requerido con vuestra proposicion, continuó, cambiando su alarma por una aparente naturalidad sincera, sútilmente reflejada en su rostro; me habeis ofrecido un partido, y lo acepto, y por mas que existan motivos dentro de la posibilidad humana que opongan una funesta rémora á vuestro plan, hé aquí que acudo solícito al llamamiento, y que atropellando riesgos y contradiciones de conciencia, ocupo mi puesto y me entrego á vuestro simple alvedrío.

—Nunca pude yo dudar de vuestra palabra, repuso el hidalgo con marcado entusiasmo, la sana intencion que dicta nuestras palabras y dirige nuestras mútuas acciones, es el punto donde converje mi vista y se ilumina de fé y sinceridad, si alguna vez la duda, ese paréntesis de la conciencia, ha tratado de eclipsar el brillo de mi esperanza. Pero hénos aquí entregados á vuestro arbitrio, pobres extranjeros, disfrazados con el traje de un mismo oprobio, y que obedeciendo tan solo á su inspiracion, arrostran todo género de riesgos; su ambicion misma, cuando no otra causa mas grande todavía, le presta recursos de fé y perseverancia, y vednos aquí entregados á vuestra voluntad, confundidos, comprometidos con vos, campeon ilustre de la independencia, para trabajar de consuno en llevar á cabo la obra meritoria de la estirpacion del dominio musulman, oprobio comun de nuestras creencias, por medio de un golpe que debe ser la base de la emancipacion de la raza hebrea, como una de las primeras exigencias de la civilizacion y de la política.

El judío marcó un signo de amarga ironía.

—¡Oh! dijo despues de una pausa, y sonriendo con su astuta calma, ¡aleje Dios la tentacion de la incredulidad y de la duda que me asalta bien á pesar mio!

—Es decir, repuso el magnate, como ofendido en su fé, es decir que trato yo de envolveros en un plan insidioso, precisamente cuando vengo á poner á vuestra disposicion mi seguridad y la de mis consortes; cuando os entrego el tesoro de mi reina, que veis ahí...

Y Veremundo mostró á su colocutor los fingidos fardos de mercancías, que no eran realmente sino paquetes de alhajas y dinero de la corona. El anciano siguió maquinalmente la direccion del dedo de Veremundo, y su codiciosa mirada fué á clavarse como un dardo en aquellos objetos preciosos.

—Basta, mi querido señor, repuso, al decir tentacion, no creo haber querido ofender, ni vuestras intenciones, ni mi decision resuelta en favor vuestro; admitid la espresion en lo que vale, y no dudeis de un éxito que se nos muestra enteramente propicio.

Los músculos del rostro del hebreo se exaltaron con la espresion de un triunfo diabólico.

—Quiero, pues, creer vuestras palabras, continuó siempre con su eterna sonrisa, quiero acceder á esos deseos, en gracia al menos de la noble intencion que encierran, y puesto que el destino ó la Providencia nos ha aproximado en tan arriesgado terreno, utilicemos la ocasion, cooperemos á ese mismo fin tan laudable, conspiremos contra un sistema opresivo, que es el blanco comun de nuestras aspiraciones, y si llegásemos á obtener el triunfo... entonces... ¡y bien! hombre filántropo, ¿qué sucederá luego? ¿cuál será el galardon que yo obtenga para mi pobre raza proscripta? ¿cuál será, pues, su destino? ¿mejorará por ventura? ¿qué podremos esperar entonces? Acaso una persecucion mas cruel y encarnizada, á medida que el leon castellano, con su intolerante sistema, acrezca su fuerza y poderío,

clavando su acerada garra en estos miembros esparcidos en rededor del tronco que yace sin vida, híbrido, yerto y mutilado, sí, pero incorrupto, mientras contenga el gérmen de la regeneracion que en él existe.

Una lágrima de ódio asomó al ojo del judío, exaltado por una secreta indignacion feroz; lágrima abrasadora y fugitiva que se apresuró á enjugar con su dedo grasiento, y que huyó acaso desapercibida de su colocutor, que deslumbrado visiblemente por la calma siniestra que vagara en aquella fisonomía maligna, estrechó conmovido, y por un enérgico y maquinal impulso, la demacrada mano del judío.

VIII.

Oyóse entonces el tañido de una campana, la misma acaso que ya digimos.

—No son estos, dijo el anciano, la hora y punto mas oportunos para la discusion y ratificacion del tratado que debe poner en poder del castellano el cetro de la ciudad de Toledo, el precioso antemural del nombre árabe en España. Las bases están ya redactadas, y solo falta por vuestra parte que hagais honor á vuestra palabra, mostrándoos generoso y agradecido (no diré pródigo) con los que tanto arriesgamos en la empresa, y que tan tremenda responsabilidad cargamos sobre nuestras cabezas.

La mirada del hebreo, penetrante y lúcida, se dirigió oblícua y furtivamente hácia los cajones, que, apilados en un ángulo de la pieza, contenian lo que tanto codiciara: oro.

—Alabo vuestra franqueza, repuso el fingido turco; justo es recompensar el valor de vuestros servicios con un premio digno de ellos y de la alta persona que me ordena ponerlo á vuestra

disposicion, tan luego como hayais cumplido *con buen éxito* vuestra promesa, á cuyo efecto ya veis que queda por mi parte constituido el depósito del tesoro que podeis examinar, si gustais, á vuestro placer.

—Basta, caballero, eso seria hacer una marcada ofensa á vuestra palabra, descanso en ella, y no seré yo quien dude jamás de vuestra buena fé y lealtad.

La campana repitió su lúgubre tañido é interrumpió por un momento al hebreo.

—¿Oís? dijo con marcada precipitacion y disponiéndose á retirarse, esa campana ordena la convocatoria de los ancianos israelitas que bajo mi presidencia deben revisar y ratificar el tratado. Seguidme, pues, si os place, os ocultaré en punto desde el cual podeis observar las deliberaciones de la asamblea sin ser visto. Allí me esperareis, quiero que deis testimonio de cuanto veais. El asunto es crítico, y es necesario rodearse de ciertas precauciones, porque la policía no se duerme en pajas y sondea hasta los mas profundos designios.

Y mientras el judío tornaba á introducirse por el buque, Veremundo dió una órden secreta á sus escuderos, introduciéndose támbien á su vez en pos del mismo por aquella cripta desconocida y lóbrega.

IX.

Era esta una galería subterránea, sostenida su bóveda por medio de gruesos pilares de mampostería que se enlazaban por medio de una série no interrumpida de arcos obtusos toscamente labrados, que describian graciosas combinaciones y cuya altura perpendicular no escedia de seis piés.

El judío, provisto de una linterna sorda, caminaba delante del mercader, que le seguia como una sombra muda y silenciosa, convencido cada vez mas de la buena fé de aquel hombre hábil que se abandonara á su alvedrío en aquel dédalo ignorado y lúgubre.

Anduvieron largo espacio por aquella mansion tenebrosa, cuya calma y silencio solo eran alterados por el rumor vibrante de los carruajes que rodaban sobre sus cabezas y parecian amenazar hundir la bóveda.

Al fin lograron salir del subterráneo, y la blanca claridad de la luna iluminó la vista de ambos con su pálido y plateado brillo.

X.

Era bien entrada la noche y la luna remontaba el cénit, rodeada de una aureola diáfana y sanguinolenta.

Hallábanse en un gran patio rodeado de tapias de desigual altura, cuyos desmoronados perfiles cortaban en ángulos rectos un horizonte algo diáfano, aunque límpido y despejado de nubes. Solo hácia el Sur parecia levantarse un ténue vapor macilento que se estendia como un pabellon rojizo coronado de pintorescos celajes.

Hácia la izquierda dibujábanse en lontananza las almenas del muro con sus dentadas pirámides que hundian sus delgados espectros en el espacio, y sobre las cuales descendian las plateadas brumas de la noche; los copudos fresnos que bordaban las riberas del Tajo, y la áspera silueta de los alhamíes allá en la cúspide de un collado sembrado de ruinas postradas, cuyos blanquiscos grupos condensados por la vaporosa niebla, proyec-

tábanse, decorando el cuadro y destacando sus formas fantásticas sobre un firmamento sembrado de estrellas.

Percibíase allá en frente un gran caseron ennegrecido y casi ruinoso, precedido de una especie de pórtico sustentado por una columnata istriada de forma piramidal, al que daba ingreso una inmensa puerta de medio punto. El hebreo introdujo una llave en la cerradura, y á costa de un leve esfuerzo giró un postigo, presentando una abertura tan mezquina, que apenas cabia un cuerpo, y por el cual ambos se introdujeron.

XI.

Reinaba en aquel vestíbulo un profundo silencio.

Una luz invisible difundia su pálido brillo en aquella mansion solitaria, y un olor de incienso, semejante al que suele aspirarse en nuestros templos, se exhalaba del ambiente.

Atravesaron el vestíbulo y varias piezas equiláteras, exágonas y triangulares, trazadas en laberinto, y cuyas ennegrecidas paredes estaban cubiertas de indescifrables anágramas y geroglíficos.

El mismo silencio, la misma calma, calma imponente y pavorosa; solo que el resplandor, á medida que avanzaban, era cada vez mas vivo y luminoso, y el grato aroma del incienso aspirábase cada vez mas fuerte.

Por fin halláronse junto á una gran verja de bronce, veladas sus doradas barras, en forma de culebras trenzadas, por cortinas de crespon violado, que trasparentaban una luz vívida, arrojando en la pared opuesta un matiz de sangrienta púrpura.

El hebreo designó al caballero un rico sitial de brocado que, colocado en cierto punto, permitia ver desde él parte de lo que

ocurria al otro lado de la reja, y le ordenó que tomase asiento en él, diciendo:

—Hasta aquí pudo llegar el hombre estraño á las creencias del pueblo de Moisés, esa es la barrera que separa al profano del santuario venerable, destinado al culto del Arca y el Tabernáculo; el ara del sacrificio rechaza vuestra ley, como esa misma ley rechaza á su vez á aquella; funesta represalia, cuando el mismo principio, la unidad divina, constituye en cierto modo la base sustancial de entrambos ritos. Esperad, pues, ahí, y no os movais, porque seriais perdido sin recurso. ¿Quién podria contener el golpe de un fanático, ciego por su propio celo? ¡Y bien! todos los ritos tienen en tales casos sus héroes.

—Ni ridiculiceis, continuó, lo que veais y oigais, es el preliminar de ese tremendo golpe que de comun concierto meditamos, y que, como ya os dije, va á sancionarse por el consejo supremo de nuestros ancianos. Para ello, pues, Dios, á quien ponemos por inspirador y árbitro, exige un holocausto, segun nuestro rito; sometamos á su voluntad nuestra inspiracion, él sabrá infundirnos el debido acierto, pues siempre que se reconozca su esencia única y omnipotente, poco le importa el nombre con que se le invoque.

Y rápido, veloz, aun á pesar de sus años, el hebreo empujó un boton de cristal y nácar, introduciéndose por un postigo de escape que debia dar ingreso á aquella estancia misteriosa.

Varemundo, accediendo al mandato del judío, y sin poderse dar cuenta de lo que ocurria, ocupó el sitial que se le indicara. Oyóse al punto un recitado lúgubre que fué animándose gradualmente, produciendo una espresiva armonía; y aunque todo se pronunciaba en idioma hebreo, idioma que él no comprendia, creyó, sin embargo, ó adivinó que eran los salmos de la Biblia.

Percibió tambien otra oleada de incienso mucho mas aromática que las anteriores, al paso que las cortinas que trasparentaban un matiz de granate y fuego, condensábanse visiblemente á ciertos intervalos por una niebla vaporosa.

Una música espresiva y lánguida alternaba con los versículos del profeta rey, cada vez mas animado todo por una exaltacion religiosa y patética, que descendió luego gradualmente con la última nota del cántico.

XII.

Rasgáronse de improviso las cortinas, cayendo como un velo diáfano y quedando visible el interior de aquella sinagoga solemne que, á través de las doradas barras, aparecia en toda esa esplendorosa majestad de que todos los ritos suelen rodear á sus respectivas ceremonias.

Allá en el fondo veíase el ara de mármol blanco enrojecida aun, y sobre la cual yacian esparcidos los restos del sacrificio; la sangre del cordero salpicaba el altar, y en uno de sus ángulos veíase un vellon blanco como la piel de armiño.

Alrededor, sentados sobre banquetas de pulido cedro, habia como treinta ancianos con prolongadas túnicas y el birrete ó turbante negro judáico colocado junto á cada uno respectivamente. Entre aquellas figuras venerables sobresalia el gran sacerdote vestido de pontifical con su prolongada barba gris y su hopalanda carmesí sobrepuesta á un alba de finísimo y blanco lino.

Veremundo le reconoció al punto: era el mismo anciano que le habia introducido, y á cuyo cargo estaba la direccion del suceso.

El menaje y accesorios de aquel recinto eran de un lujo so-

berbio. Taburetes plateados, pesados cortinajes de tisú cogidos en pabellones flotantes, todo brillaba en torno de la imponente ceremonia, y dejábase ver al fulgor de un candelabro de tres mecheros que brillaba en el centro del santuario, reverberando en las blancas paredes estucadas sus luminarias deslumbradoras, reproduciéndose y multiplicándose en la pulimentada superficie, donde parecian incrustarse, resbalando como errantes estrellas ó como facetas diamantinas y abrillantadas.

Sobre un estrado de terciopelo blanco alzábanse unas gradas de jaspe negro, alfombradas al gusto oriental y sobrepuestas á la correspondiente altura de ricos toldos de oriflama y raso arabesco; sobre aquellas gradas, figurando tronos, bajo aquellos toldos y sentados en escaños de bello pórfido, veíanse varios coros de mancebos vestidos de púrpura, que al compás marcado por uno de ellos con una varilla de oro, pulsaban en sonoro concierto las cuerdas de cítaras y harpas eolias que hacian vibrar con sus dedos suaves y levísimos.

Al son de aquellos acordes lánguidos cantaban con sus aéreas voces versículos y estrofas de una cadencia sublime, dulces armonías que hacian vibrar el corazon y anegaban el alma en un abismo de deleite, como el grito de un ángel al remontarse al cielo.

Aquellas notas de una poesía arrebatadora y dulcísima iban descendiendo luego gradualmente y apagaban su tierna melodía á medida que el preste, seguido de sus adláteres, abreviaba el giro de la ceremonia.

XIII.

Hubo entonces un momento de silencio y una breve pausa, durante los cuales prosternáronse todos y oraron.

Una música espresiva y grave apagaba sus últimas cadencias, ejecutando modulaciones de una arrebatadora ternura que arrancaba lágrimas de emocion. El gran sacerdote exhibió luego un gran libro, sobre el cual impusieron todos simultáneamente la diestra, pronunciando á media voz cierta fórmula sacramental, á la que contestaba el preste con una sola frase, y concluyendo por encerrar el libro en el Arca, cuya forma percibíase vagamente allá en el fondo de la penumbra.

Abrióse despues una puerta de medio punto que correspondia al vestíbulo, y por la cual empezó á salir el concurso, que hasta entonces permaneciera en un departamento invisible para el jóven, y cuyas oleadas movibles sucedíanse con la mayor compostura.

Iban todos envueltos en sus túnicas, oculto el rostro bajo antifaces pendientes de sus piramidales capuces, si eran hombres, ó bajo el tupido velo sacro, si eran mujeres.

Cayeron tambien las cortinas diáfanas sobre la gran verja, y tras de un crugido ténue giró el postigo, por el cual introdujérase antes el judío, y que, despojado ahora del traje de ceremonia, tornó á reaparecer, animado siempre el rostro de su habitual sonrisa.

XIV.

Traia en la mano un pergamino, del cual pendia un gran sello de lacre negro prendido á una cinta de pergamino, cuyos objetos entregó al fingido moro con cierto aire de marcada importancia.

—Tomad, dijo, esta es la prenda de alianza que debe garantizar la promesa, cuya realizacion se aplaza únicamente hasta el

primer momento de oportunidad: el consejo ha adoptado la idea, y desde luego estoy plenamente autorizado para anunciaros que podeis ya retiraros á vuestro alojamiento, quedando á cargo de la sinagoga la organizacion de esa conspiracion terrible, ante cuya gravedad no retroceden los ancianos, y que en su dia debe dar su fruto.

¡Toledo! prosiguió inspirado por un entusiasmo ardiente, ¡Toledo! orgulloso emporio del islamismo español, tu destino debe cumplirse, porque inexorable y potente, la voz profética de tus anales llama en los tiempos futuros al legítimo dueño de tu grandeza. Este debe ser un príncipe cristiano, porque así está escrito en los fastos de la Providencia.

El hebreo, alucinado por su mismo rapto, hízose seguir de su colocutor, el cual fué restituido á su alojamiento por el mismo subterráneo de que ya hicimos mérito.

XV.

—Oid, oid, dijo el viejo antes de separarse de Veremundo, dentro de tres dias debe darse el golpe proyectado, segun acuerdo del consejo. Precisamente ese es el dia de sábado, dia que el Dios de Israel, por medio de Moisés, se ha reservado en conmemoracion de su descanso, terminada la obra prodigiosa de la creacion del mundo: el Decálogo en su tercer precepto nos manda santificarlo, y ninguna ocasion mas oportuna de solemnizarlo. El choque debe ser horroroso, y la sangre de esos hombres contumaces regará las calles de su metrópoli. ¡Y bien! la misma ceguedad é intolerancia debe conducirles á su propio esterminio.

—Por cierto que andais diligente, repuso Veremundo, y sin que parezca una ofensa á vuestra prevision y esquisito tacto, os recomiendo calma y discrecion en la empresa de un plan tan formidable.

El anciano soltó una insultante carcajada de mofa.

—¡Bah! dejaos de observaciones y abandonad ese cuidado á una mano práctica, amaestrada en ese género de riesgos; ocupaos únicamente de vos y de los vuestros. ¿Creeis acaso que el rayo de maldicion que vibra mi brazo ha de quebrarse en el escudo de esa miserable chusma? Desengañaos, pues, Israel ha elegido una víctima, aun en medio de su postracion abyecta, esa víctima está ya herida por el anatema del cielo, y aun en medio de su situacion aflictiva, alza su cabeza rebelde, como la víbora, para herir al coloso..... Tranquilizaos, pues, la planta del gigante dormido aplastará esa venenosa cabeza.

En la fisonomía del judío brilló una sonrisa cáustica y convulsa, y continuó despues de una breve pausa:

—Para ese gran dia tan próximo en que debe tener lugar el desenlace, es preciso que los ejércitos del rey cristiano se hallen á corta distancia, dispuestos á acudir al socorro de la revolucion, cuando se les llame, en virtud de la consigna que acordemos de comun concierto; avisad, pues, y disponed lo que creais necesario, mañana en otra conferencia podremos esplanar los pormenores, y entre tanto descansad tranquilo.

El hebreo desapareció entonces, mientras Veremundo entraba en su alojamiento, donde le esperaban los suyos.

El buque se cerró al punto detrás de él, sin dejar la mas mínima señal de sus junturas.

XVI.

IERTO dia al amanecer, cuando la aurora brillaba en el Oriente con su pabellon de púrpura, notábase en las calles de Toledo una estraña animacion que ponia en movimiento la vida todavía dormitante y soñolienta de la gran metrópoli.

Corrian por do quier oleadas impetuosas de gente, chocando, atropellando é impeliendo aceleradamente á las turbas que en movibles grupos se agitaran, y todo en medio del mayor silencio; silencio fúnebre, siniestro, que encerraba, no obstante, un alarido mortal de angustia, mudo como el hálito de un espectro, y bajo cuya influencia fatídica gemia una gran parte de aquella poblacion amenazada de una inevitable catástrofe.

Y luego, cuando aquellas turbas llegaban á cierto punto, cuando su natural curiosidad se satisfacia con el triste espectáculo que diera alma y vida propia al misterio, volvian en su mayor número, refluyendo hácia atrás como rechazadas por una fuerza estraña, horripiladas, llenas de pavor mientras que el resto de ellas, es decir, la parte desmoralizada, proseguia alentada por ese instinto feroz que todavía no se ha borrado de las sociedades modernas, oprobio vil de la humanidad, si es que

hombres merecen llamarse los que autorizan y aplauden el suplicio de sus semejantes.

Y de ahí los contínuos choques de que eran indistintamente víctimas los que iban y venian, semejantes al flujo y reflujo de un proceloso mar esplotado.

Porque no era ya un secreto para la generalidad la causa impulsiva de aquella animacion tan inquieta, especie que corria de boca en boca con todo el lúgubre horror del misterio, que no se despojaba de sus tristes formas.

Tratábase de la ejecucion capital de varios israelitas, en un considerable número y sorteados de entre todos los que se hubiesen hallado aquella noche misma en Toledo; medida bárbara y sangrienta, digna únicamente de la crueldad mahometana, cuyo rencor cebábase ordinariamente en las familias cristianas y hebreas, con todo el implacable rigor del águila que cae violentamente sobre su presa, alentada siempre por el cobarde estímulo de la impunidad.

El fundamento de aquella sentencia, inícua por las formas de que se revestia, era bajo cierto punto de vista una medida de órden y reparacion política que llevaba envuelto, segun se decia, el sello de la prescripcion legal. La noche precedente al tiempo del relevo de guardias, habian sido sorprendidos y asesinados en sus garitas varios centinelas, mientras un peloton de judíos, armados y dueños de la consigna, habíanse apoderado de varios puntos fortificados, cortando hábilmente por medio de una paralela improvisada, aquella parte de muro que mas resistencia pudiera ofrecerles, y colocándose en una posicion ventajosa que iba robusteciendo una doble línea de paisanos armados, ingeniosamente ordenada y que se prolongaba desde la puerta de Visagra hasta el fortin aspillerado del Tajo.

El resultado de este golpe revolucionario pudiera haber dado indudablemente una probabilidad de éxito favorable, sin la circunstancia de haber precipitado vivos los conspiradores á los fosos á los soldados moros; pero los ayes de estos desventurados que yacian moribundos, mutilados y heridos, malograron el éxito de la empresa, y un grito sostenido de *¡traicion!* que fué prolongándose con un eco eléctrico, llevó la alarma á los cuarteles, que empezaron á vomitar de tropel masas de soldados que, en medio de las tinieblas de la noche, empeñaron un sangriento combate, con dudosa suerte.

En medio, pues, del estrépito de la lucha, un toque de clarin, vibrante y sonoro, dominó el universal trastorno, modulando una nota espresiva, aunque lejana.

Este clamor parecia corresponder hácia las afueras, y era la señal de que el ejército de D. Fernando, á las órdenes del jóven infante D. Alfonso, creyendo asegurado el golpe de la conspiracion, con la cual fácil es de comprender estaba de acuerdo, dirigíase, precipitando marchas, á tomar posesion de la ciudad, cuyas puertas permanecian realmente abiertas ya por industria de los judíos.

Solo que en aquellos momentos críticos, el clamor bélico sonaba todavía muy lejano, y los conjurados que combatian con desesperacion, cedian ya al número y desmayaban. Unos minutos mas de tregua y su triunfo es seguro, y la plaza sucumbe.

Mas la lucha continuó cada vez mas desigual y encarnizada, y así trascurrió un buen rato: periodo terrible que todavía mantuvo indeciso y problemático el éxito del combate. Luego una luz azulada brilló en la cumbre de un collado que dominara todo el ámbito de la ciudad y sus afueras, como un siniestro meteoro

suspendido en los aires, ó como una estrella errante, resbalando sobre el espacio lóbrego de la zona.

La súbita aparicion de aquella luz decidió completamente el éxito de la jornada por un efecto rápido y momentáneo, semejante á un golpe mágico.

Era la señal de antemano convenida para anunciar al ejército cristiano que la empresa se habia malogrado y que debia retirarse á toda prisa; los jefes directores de la conspiracion estaban de antemano en el secreto, y al punto, con una pericia admirable, mandaron la dispersion de los conscriptos, que se retiraron en el mayor desórden.

Consecuencia de este fatal suceso fué el suplicio ejemplar de numerosas víctimas israelitas, que al siguiente dia bien temprano, segun queda dicho, fueron ajusticiadas.

Su suplicio llevó tambien ese sello de cruel ferocidad que marcan la época en que tuvo lugar y el fanatismo mahometano con su intransigente sistema; los desgraciados fueron maniatados sin piedad, despeñados desde una colina, apedreados inhumanamente y arrojados por fin al Tajo sus cuerpos agonizantes y mutilados.

Por una prudente cautela, apoyada en una esperiencia amarga, los pocos cristianos que entonces contenia Toledo en su recinto, abstuviéronse de tomar parte en la conspiracion, segun resultó luego por las pesquisas de la policía, y con tanto mas motivo, cuanto que la naturaleza del contrato que el rey, por medio de Veremundo, celebrara, segun ya digimos, con la asamblea judáica, debia poner, á costa esclusivamente de esta, en poder de los cristianos y mediante una enorme suma convenida, la plaza entera con sus arrabales, fortificaciones y dependencias; promesa exajerada, que por sus circunstancias mismas

llevaba en sí el sello de la temeridad en cierto modo, y que tan cara costó á sus autores.

XVII.

Mientras tanto, desde las primeras horas de la noche Veremundo que, aunque guardando rigoroso incógnito, estaba bien lejos de contarse seguro en su alojamiento, habíase trasladado con su tesoro y criados, por via de precaucion, á otro de los aposentos de la hospedería, situado sobre uno de los siete collados que contiene el recinto de la imperial Toledo.

La noche trascurrió en medio de una agitacion cruel por parte de Veremundo, que permaneció en un contínuo insomnio, lleno de ansiedad, asaltada su tranquilidad precaria por el estruendo de las patrullas que solian recorrer las calles, armando frecuentes escaramuzas y choques, hasta bajo de las mismas rejas de sus ventanas.

Al amanecer, y con objeto de distraer su pensamiento cruelmente preocupado y triste, mientras esperaba ocasion favorable para su fuga, el jóven caballero salió á pasear, vestido con su traje árabe, á la galería que rodeara la balaustrada ó pretil del edificio, y que correspondiera á una especie de terraza morisca, á la cual descendíase por una escalerilla de hierro, perteneciente á un suntuoso y antiguo alcázar.

Aquel era el palacio del gobernador árabe.

Desde aquel punto podia contemplar un risueño paisaje la imaginacion del entusiasta jóven, estasiado visiblemente ante aquel panorama magnífico.

Valles amenos, granjas de vistoso aspecto, hermosos y variados verjeles, vastas praderías, florestas deliciosas y armo-

nizadas, resaltando sobre campos de musgo, sobre doradas campiñas y musgos tornasolados de verde y negro, jardines artificiales entre céspedes y cañaverales silvestres, soberbios edificios campestres, como *villas* romanas, escalonados en irregular anfiteatro, en las hondonadas y barrancos, y sobre todo, sobre la falda de la fragosa montaña, en la cual aparecian suspendidos como nidos de alondra, cortijos y granjas, torres y atalayas de puro lujo, destacando sus blancas formas sobre bosques de olivos y arboladura de aterciopelado verdor... masa hetereogénea de frondas, minas y edificios, limitada por el undoso Tajo, como un ceñidor fosfórico de plata.

De trecho en trecho las mil agujas de los minaretes de las mezquitas veíanse ender el espacio, marcándose en lontananza sobre un fondo azul záfiro, y á través de aquel ténue vapor, sobre el espacio condensado por la luminosa neblina, alzábase allá en el Oriente el penacho inflamado del sol naciente, como un pabellon de granate y púrpura, cerniéndose en el horizonte, y en torno del cual vacilaba una nebulosa alborada.

Veremundo abarcó de una sola mirada aquel vistoso panorama, aspiró la brisa del crepúsculo, pura, fresca y saturada de mil perfumes, y estasiado en la contemplacion del cuadro, todos los riesgos que habia arrostrado y que acaso todavía le amenazaban, borráronse por un momento de su imaginacion entusiasmada.

Respiró como si sacudiese una pesadilla mortal, su pecho se dilató hasta lo infinito, fundiéndose, por decirlo así, el alma en aquella dulce armonía de la naturaleza y el hombre, y perdiéndose su fantasía en las esferas ideales, vírgenes y poéticas de un dulce éxtasis.

En medio, pues, de aquel rapto, el ligero crugido de la

persiana que cubriera uno de los ajimeces del patio, vino á despertar la atencion del jóven caballero, que prestó oido y pusóse silenciosamente en acecho.

Abriéronse las hojas de la ventana, y entre el colgante pabellon de seda amarilla, cuyos profusos pliegues agitó una mano blanca y diminuta, apareció, destacándose en el marco sobre el alfeizar, semejante á una incrustacion de alabastro, el perfil de una peregrina belleza, que se recatara, al parecer, de una mirada vehemente, de pupila fascinadora y tenaz.

Lucia en su espresion un sello de languidéz sentimental y melancólica, de un orientalismo incitante, mucho mas espresivo todavía á través de la matutina alborada. De su rostro purísimo irradiaba todo el tesoro y atractivos de una criatura ideal, en cuyo conjunto compendiábase un mundo entero de perfecciones.

Aquella seductora vision desapareció como por un soplo májico, semejante á una de esas divinizadas creaciones desertadas del Olimpo, que vagan fascinadoras por el campo de la fantasía del poeta, y cuya ilusion, al disiparse, suele siempre dejar en el alma un vacío que solo llena un dolor agudo. Veremundo cayó del cielo de su ventura al abismo del desengaño; en vano su mirada ansiosa trató de inquirir el objeto de su admiracion, que habia desaparecido ya realmente... un velo de gasa blanca y sedilla cubrió al punto el buque del ajimez, cuyos pliegues flotantes agitaban las brisas matutinas.

Convirtió la vista entonces al flanco opuesto, y estimulado por la curiosidad, examinó con detencion aquella parte del edificio y sus accesorios que con el mismo se enlazaran, formando acaso una parte integrante ó dependencias del mismo.

Este mismo edificio que habitara indudablemente su jóven vecina, vasta aglomeracion arquitectónica, sin órden ni sime-

tría, comunicaba, al parecer, con el de su alojamiento, por medio de una galería cubierta ó terraplen, que se prolongara alrededor del patio, y del cual descendia una série de gradas de mármol blanco, hasta un bonito jardin ó invernadero con laberinto de murta caprichosamente recortada y entretegida de flores. Un reducido cenador de lilas con columnillas ténues que sostenian su florido toldo, ocupaba el centro entre grupos de naranjos cubiertos de azahar y fruto, y el interior, cuyo pavimento de jaspe estaba primorosamente alfombrado, contenia un riquísimo mueblaje oriental compuesto de divanes y cojines de terciopelo púrpura, con bordados y franjas de tisú y oro.

De trecho en trecho, sobre consolas pérsicas de mármol perfilado de oro, habia bonitos grupos de estátuas alegóricas de esa mitología pagana, que ha sido y será probablemente siempre el alma de la verdadera poesía.

Eran sus árboles de vistoso follaje, cuyas variadas frondas encubrian imperfectamente sus frutos sazonados. Naranjas de Smirna de figura oval, como enormes globos de oro, limones de forma umbilical, manzanas esquisitas, como granos de arrebol ó púrpura, de cuyo delicado matiz pudiera solo dar idea las megillas de una mujer coqueta, vides rastreras que enroscaran sus sarmientos parásitos como serpientes sobre un lecho de rosas, suspendiendo ópimos frutos que se disputaran bandadas de zumbadoras avispas, frutas de mil especies confundidas entre flores y aromáticas yerbas; precioso y natural conjunto de primores vejetales artísticamente combinados por el buen gusto, y que con sobrada razon absorbieran la atencion del jóven.

La niebla que poco antes habíase condensado hácia Levante, empezaba ya á disiparse, aclarando los objetos en un despejado horizonte: una brisa apacible agitaba las ramas y follajes, pro-

duciendo ese dulce y monótono zumbido que tanto halaga en ciertas horas.

Los pájaros saludaban con armoniosos trinos y gorjeos la aparicion del nuevo dia, y allá en las eminencias solitarias del monte brillaban ya los primeros rayos de un sol purísimo.

Veremundo, temiendo ser descubierto en tan peligrosas circunstancias, retiróse á su alojamiento, aunque con el pesar de no poder distraer de su mente la idea de aquella peregrina hermosura que sorprendiera su corazon, para dejarle inquieto al retirarse, como esos rápidos relámpagos que incendian al mundo, para aumentar luego sus tinieblas.

Asomó la vista por el buque del ajimez, desde el cual percibíase casi de frente la ventana morisca, velada todavía por un crespon blanco de sedilla que flotara á impulso de la brisa sobre un búcaro de rocas y adelfas, colocado en un resalte de mármol á la altura esterior del marco de la ventana.

En vano acechó todo el dia desde aquel punto, la vision no se reprodujo.

XVIII.

Llegó por fin el crepúsculo de aquella tarde.

Las brumas candentes del dia habian desaparecido, y un vientecillo fresco y suave refrigeraba el ambiente.

Veremundo, ébrio de amor y de recuerdos, y alucinado por un entusiasmo imprudente, habia hallado medio de bajar, no sin gran riesgo, á aquel verjel, separado del edificio que él ocupara por un simple vallado artificial, cerrado por una verja de laureles de bronce trenzados.

Allí respiraba el aura aromático de las flores, y absorbia,

por decirlo así, el espacio desde aquellas bóvedas de follaje y murta rociadas periódicamente por saltos de agua y vistosos juegos hidráulicos, que producian otras tantas cascadas artificiales en sus recipientes de mármol y alabastro estucado.

Recostado en un banco de musgo y recatándose cautelosamente de cualquier mirada que pudiera descubrirle en aquel sitio peligrosísimo, nuevos pensamientos asaltaron su acalorada mente, haciéndole comprender sobre todo la gravedad de su locura al invadir aquel recinto vedado.

En medio de su terror pareciólo oir muy próximo el ligero crugido de una falda de seda que pasó rozando airosamente los grupos de romerales del mismo pabellon que él ocupara.

Su corazon latió de pronto con una sacudida violenta, y su pecho pareció esperimentar cierta compresion sensible, como quien sacude una pesadilla y aun duda de ella.

Levantó la vista azorada por la sorpresa, concentró sus ideas, y si bien un impulso de precaucion contuvo su primer impulso, se incorporó lo suficiente para inquirir sin ser visto la causa de aquel accidente.

Vió en efecto á través de la enmarañada yedra, y trasponiendo las enramadas floridas, la talla elegante de una hechicera mujer que se movia graciosamente con la flexibilidad de una palma, como un ángel que se columpia en los aires, tocando la tierra por capricho.

Iba envuelta en una túnica plegada, con rayas de oro y púrpura, retirado hácia atrás con dulce coquetería el velo de gasa, y rodeado á su delgado talle un magnífico chal de Smirna con franjas de tisú y brillantes.

Una especie de pañoleta de encajes cruzaba negligentemente sobre su seno, cuyas mórvidas formas marcara, y un ligero tur-

bante blanco, sembrado de ricos abalorios, coronaba su hermosa cabeza, permitiendo ver la profusion de sus rubias crenchas enlazadas con estudiada coquetería.

Una y otra vez retrocedió y tornó á alejarse del pabellon del jóven, como si realmente adivinara su presencia, semejante á la mariposa imprudente que atrae la luz, para precipitarla en su fuego.

Veremundo, preso de mil vacilaciones, se atrevió al fin á jugar su vida al azar de su vehemente amor, si bien guardando toda la cautela posible. Aquella mujer, ó por mejor decir, aquella niña, debió haberle visto, segun ciertas particularidades que habia tenido ocasion de poder sorprender en ella, circunstancia que alentó su osadía, resuelta á cometer tal vez otra nueva locura, mas arriesgada quizás que la primera.

Sacó del pecho un ramo simbólico de flores, algo ajado ya y que tuvo ocasion de componer aquel mismo dia á prevencion, y lo arrojó resueltamente á cierto punto junto al cenador, por donde debiera pasar precisamente la jóven árabe.

Contenia solo estas tres flores enigmáticas: mirto, balsamina y amigdálida (1).

El ramillete permaneció largo rato en tierra, lo cual fué un signo de desesperacion para el pretendiente, cuya imprudente osadía iba acaso á costarle cara, si su empeño recibia una negativa ó un desprecio.

La astuta dama, á quien en realidad no se habia ocultado la accion de Veremundo, y que disimulándolo solo esperaba una ocasion de no ser vista, retrocedió unos pasos afectando distraccion, y arrojó sobre el ramillete una capuchina enredada

(1) Emblema amoroso que significa: *Os amo ardientemente, y aguardo con impaciencia el instante en que os digneis concederme una cita, si de ese favor me juzgais merecedor.*

en un tallo de espino blanco (1), despues de lo cual retiróse precipitadamente al otro estremo del jardin.

XIX.

Veremundo estaba á punto de enloquecer de entusiasmo y amor. Alucinado, fuera de sí, quiso precipitarse en pos de aquella adorable belleza, y dejándose llevar de aquel mismo rapto, postrarse á sus piés en demanda de piedad; pero al propio tiempo parecióle oir un silbido tácito y misterioso que moduló dos notas agudas, y contúvose al punto.

Siguiendo la procedencia de aquel silbido, juzgó al pronto equivocadamente si pudiera ser un amante oculto que daba á la jóven árabe su consigna, y otra vez tuvo impulsos de cometer otra imprudencia, que en verdad hubiérale perdido sin recurso.

Contúvose de nuevo sin saber cómo. Un volcan de celos inflamó su pecho, brotó una llamarada intensa que cegó su vista y paralizó sus facultades al pronto.

El silbido volvió á repetirse, y Veremundo, que tal vez hubiera cometido al fin una locura, pudo observar con asombro el negro perfil de un esclavo africano, que armado de un cangiar damasquino, aguardaba el regreso de la jóven, de pié, inmóvil como una estátua gigantesca de ébano, y cuya elevada talla parecia marcar el buque de la entrada principal del jardin, situada al otro estremo del laberinto.

Comprendió desde luego que aquel seria uno de esos desgraciados eunucos, bárbaras mutilaciones de la naturaleza, y que serviria de centinela ó guardian de la jóven señora.

Solo entonces, en esta creencia, y descendiendo de su amo-

(1) Significa: *Sed discreto y esperad.*

roso vértigo, pudo apreciar la gravedad de su situacion, el riesgo que habia corrido al profanar con su presencia aquel sitio vedado, que los musulmanes suelen guardar como sus santuarios mismos, y al cometer, en fin, tantas imprudencias, de las cuales se arrepentia ya entonces.

Ambos árabes se retiraron al punto en el mayor silencio.

Luego algo mas tarde, cuando las sombras de la noche estendian su tenebroso manto, Veremundo pudo á su favor huir y retirarse á su alojamiento recatadamente, ébrio de amor y ventura, y fluctuando en un caos de esperanzas, de vacilaciones y dudas.

XX.

Y pasaron luego algunos dias de sufrimiento por parte del joven, y de amorosas pruebas por parte de la misteriosa dama, quien correspondia indudablemente á las galanterías de aquel, en cuanto la permitiera la rígida vigilancia de que se hallara rodeada en aquel desconocido alcázar.

Durante aquel periodo, su correspondencia, sus entrevistas ingeniosas y felizmente llevadas á efecto, habian adelantado mucho, y el mas acendrado amor ardia recíprocamente en ambos corazones con toda la vehemencia imaginable.

Los medios de comunicacion, sin alterar en lo mas mínimo el sistema de precaucion establecido, habian vencido insuperables obstáculos, colocando á entrambos amantes en una posicion ventajosa en este punto, atendidas las dificultades gravísimas que mediaron y que eran una amenaza constante hácia la imprudencia, si se tenia la desgracia de incurrir en ella. Tocaban, pues, puede decirse, el límite de la posibilidad en este punto, y

no podia menos de suceder así, porque en tales casos, la fuerza de voluntad en el amor allana las montañas, supera los obstáculos y sabe sacar partido de sus mismas dificultades, para obtener sobre ellas un triunfo positivo.

Los medios inventados de comun concierto para su inteligencia, siempre indirectos, disfrazados, aunque eficaces, habian estrechado tan íntimamente el lazo de sus relaciones mútuas, el lenguaje mímico, emblemático y figurado de que se valieran habíase perfeccionado hasta tal punto, que apenas habia una frase en el idioma articulado que no pudiera sustituirse por una combinacion cualquiera de su vocabulario simbólico. Una cinta flotante en el friso de un agiméz, una cortinilla de variados colores, diferente en todo ó parte cada dia, una dulce infleccion sonora de la guzla morisca, la iluminacion nocturna de un minarete con trasparentes de púrpura, verde y azul záfiro, etc., y otras mil particularidades que hubieran pasado para cualquiera desapercidas é indiferentes; todo, en fin, entraba y tenia significacion concertada en el lenguaje singular de entrambos, quienes entendiánse por medio de tan ingeniosa cábala, como pudieran hacerlo en su idioma nativo.

Una noche paseaba Veremundo por el arriate contiguo, bajo una bóveda de frondosas vides. Era aquella bien entrada, y el cielo aparecia encapotado de nubes densas, entre las cuales solia asomar alguna que otra vez el disco de la luna que derramaba una pálida claridad momentánea: alguna ráfaga de viento impelia de vez en cuando aquellas mismas nubes, aglomerándolas en remolinos, haciéndolas tomar caprichosos é informes grupos, y tronchando las copas de los gigantescos árboles que coronaran las colinas próximas.

Como dominando aquel vertiginoso cuadro de la naturaleza,

el grito del centinela hendía el espacio con su lúgubre eco, que parecia ser la única señal de vida en medio de la quietud de la noche.

Veremundo, que tenia fija la vista en el minarete que correspondiera al ángulo septentrional del palacio de su jóven querida, y que parecia esperar una señal de antemano convenida, notó con indecible placer un punto escarlata que se destacó por un instante en la pirámide del chapitel, resaltando brillante y luminoso en el fondo de las tinieblas de la noche.

Esta señal misteriosa decidió la resolucion del caballero, que arrebatado y entusiasta, olvidando los riesgos á que iba á esponerse, desnudó su javalina y dirigióse recatadamente al lugar de la cita.

Atravesó la terraza y la galería, saltó el vallado, la tapia y otra pared de regular altura, y se halló luego junto á un pórtico escusado que se abrió como por encanto, y cuyo buque interior le ofrecia los primeros peldaños de una escalera secreta que se prolongaba hasta un punto remoto, é iluminada débilmente por un resplandor ténue é indeciso.

Aquella escalera le condujo á una espaciosa galería con pasamanos de bronce y cubierta por una bóveda aplanada sobre columnas góticas hacinadas en grupos laterales.

Un prolongado vestíbulo vivamente iluminado por arandelas de cristal tallado se presentó despues, y al cual se abandonó intrépido el temerario jóven, llegando finalmente á una puerta dorada con incrustaciones afiligranadas, formando lujosísimas labores, caprichosos paisajes y dibujos profanos en relieve.

Aquella puerta giró silenciosamente sobre sus goznes de bronce, ofreciendo la perspectiva grandiosa de una vasta cámara oriental, verdadera mansion de hadas, cuyo pesado lujo

guardaba rigorosa armonía en todos los objetos que contenia en su soberbio recinto.

XXI.

La figura de aquella pieza era exágona, y sus paredes estucadas, cubiertas de requísimas tapicerías de Persia con pabellones de brocado amarillo sembrados de medias lunas de plata, dejábanse ver á ciertos trechos desde su friso de mármol verde, incrustadas de pórfidos y mosáicos hasta el cornisamento calado de rosetones y arabescos, y la ancha faja ó greca que corria sobre los capiteles figurados, trazando ángulos rectos sobre el perfil superior, estaba asimismo calada de menuda crestería alicatada sobre un fondo alabastrino.

La bóveda, formada por un lujoso artesonado de cedro, figuraba sostenerse sobre cabezas salientes de mónstruos mitológicos, manos de gigante y grupos espirales de frutas exóticas y desconocidas, puesto que solo debieran hallarse, cuando mas, en el Edén de los elegidos del Profeta.

Eran los muebles divanes de palo de sándalo y rosa, cogines de terciopelo carmesí y verde, espejos oblongos con marcos de oro cincelado y engastes de azul záfiro en esmalte, cuadros con versículos del Alcorán, alegorías é inscripciones en caractéres cúficos, y otros mil objetos análogos.

Ardian el ámbar, áloes y mirra en braserillos de plata cincelada, y en cuyas aguas habíanse vertido esencias líquidas de clavillo, jazmin y rosa, que difundian un aroma sensual y embriagador como el deleite.

Lucia por dó quier el oro, la seda y pedrería en profusa abundancia, desde los muebles, con sus labores é incrustacio-

nes, hasta las cortinas colgantes, que sacudian al moverse una lluvia de diamantes, multiplicados por la reverberacion de la luz que ardia en hermosas lámparas de alabastro oriental, pendientes del artesonado por medio de cadenillas de oro casi imperceptibles, y resbalando sobre el lustroso pavimento de mosáico, cubierto á trechos por muelles alcatifas pérsicas.

En el fondo de aquel delicioso retrete apareció la hermosa niña, que ya conocemos, y que ahora se presentaba al noble mancebo, radiante el rostro de angelical sonrisa y retirado el velo con indecible coquetería.

Adelantábase con paso magestuoso y grave, y al notar la natural timidez del asombrado jóven, le cogió por la mano y condújole á un rico sitial de brocatel raso donde se sentaron.

XXII.

—Bien venido seais, caballero, esclamó con un timbre de voz que conmovió todas las fibras de este; en vano el corazon trata de rebelarse contra el destino: he luchado contra las exigencias sociales del mundo, contra las preocupaciones morales, contra los inesplicables impulsos de mí misma y contra los riesgos á que se espone una mujer de mi clase, que puede tambien precipitar en su caida al hombre á quien concede una cita en su retrete mismo. Sublimada la idea hasta el principio simple y racional de la naturaleza, impelida por su fuerza potente y creadora, la voluntad ha triunfado al fin y no vacilo en admitiros á mis confidencias, no sin haber tomado préviamente las precauciones que reclama el caso y dispuesta á haceros partícipe de mis afecciones mas gratas.

Veremundo se inclinó con un respetuoso ademan, contur-

bado y como sin poder darse cuenta de las confidencias de aquella misteriosa mujer, cuyo hechicero halago le fascinaba y cuya mano adorable retenia aun la suya con una presion tenaz. Todo su ser, sus potencias todas, su galantería, hallábanse paralizados ante aquel portento de hermosura y gracia, cuyo conjunto tenia para él en aquellos instantes un incentivo mágico, poderoso é irresistible.

—Llegais á tiempo, prosiguió la hechicera niña despues de una breve pausa y como sorprendido el ánimo por una idea súbita; los instantes apremian, porque ellos son los dados á cuyo azar jugamos nuestras cabezas. Necesito ante todo comunicaros un secreto, y para ello la mujer culpable reclama la indulgencia del noble cristiano.

Y como ella notara la alteracion de semblante del jóven al oir la alusion de su pretendido incógnito, se apresuró á calmar sus temores con estas palabras:

—No os inquieteis si insisto y os declaro con la franqueza que reclama el caso, que conozco vuestro nombre, la arriesgada mision que os trae á Toledo y demás proyectos ulteriores. Por eso mismo os he admitido á esta cita que aun á trueque de enormes sacrificios hemos podido realizar; pero no es tiempo de daros ámplias esplicaciones sobre este asunto: los momentos urjen, necesito haceros una declaracion importantísima, como ya he dicho, y esta debe ser la mas inequívoca prueba de mi afecto hácia vos.

—Mucha honra será para mí, señora, oir de vuestros lindos lábios palabras que deben llenar mi alma de una inefable ventura que tan lejos estoy de mereceros.

—Basta, no prosigais, porque en este instante en que vuestro corazon no posee todavía la clave del misterio, dudais de

mi y os asalta la idea posible de una alevosía; y esto es tan natural, como que la perfidia se adapta á todas las formas y suele ensayar con buen resultado ordinariamente todos los recursos de un artificio suspicaz y doble. Pero el tiempo es precioso y necesitamos aprovecharlo, aplazando lo demás para luego; oid, pues:

Y oprimiendo con vehemencia las manos del jóven entre las suyas temblorosas, continuó con cierta agitacion que en vano se esforzara en disfrazar bajo una adorable sonrisa:

—Hará como dos años que una familia feliz moraba en una humilde casa de esta ciudad, en la calle de Nazaritas. Aunque no muy ricos en bienes de fortuna, Toledo entero envidiaba la suerte de aquellos dos ancianos que cifraran sus esperanzas en su única hija, niña de doce años, vivaracha y coqueta, aunque dominada por sus ideas religiosas, exaltadas hasta un grado eminente.

Esta niña era yo.

Perteneciamos á esa clase de cristianos viejos estigmatizados, tenaces en sus creencias y solidificados sus corazones por la fé trasmitida con la sangre y jurada siempre con una ceremonia tradicional sobre el lecho de sus moribundos padres.

Pero como nada es estable en esta vida, sobrevino una de esas imprudentes asonadas que suelen sublevar la ciudad, poniéndola en doloroso conflicto, y cuyos resultados funestos labran todos los dias hierros para los bulliciosos cristianos. Eran estos los que promovieran el motin, á cuyo frente figuraba mi anciano padre, que impelido por un ciego entusiasmo, no vaciló en ponerse al frente del movimiento revolucionario.

Pero esta empresa quimérica fracasó como otras muchas, y mi pobre padre fué preso y sentenciado á ser atenazeado y des-

cuartizado vivo, confiscados nuestros bienes y proscripta su familia y descendencia hasta la tercera generacion.

No hallando medio, pues, de desviar aquel fatal golpe, ni de conjurar la sentencia que pesaba sobre el autor de mis dias; yo que le amaba con delirio y que no hubiera podido sobrellevar el dolor de su suplicio, hallé medio de parar aquel golpe, y me resigné á ello, aun á trueque de todo, aunque se tratara de mi libertad, de mi vida y acaso de mis creencias mismas, y vais á saber cómo la realicé al fin.

XXIII.

Mi pobre y anciana madre tenia una parienta, superiora del convento ó casa de asilo titulada de la Purificacion, que no ha mucho se veia en la *Huerta del Rey*, y que la intelerancia musulmana ha hecho desaparecer. Aquí nos retiramos ella y yo durante aquellos aciagos momentos, y amedrentadas vestimos el hábito de la regla, con el fin de burlar, si era posible, las pesquisas de la policía, bajo aquel santo disfraz que los infieles han respetado siempre.

Pero el demonio de la tentacion dispuso que cierto dia acertase á venir al convento disfrazada de buhonera una de esas mujeres sospechosas, de bajo oficio y abastecedoras del harem, y me pidió un momento de audiencia, que me apresuré á concederla con el beneplácito de la superiora y el de mi pobre madre, que temblaba sin saber la causa. ¡Desgraciada! presentiria tal vez una nueva desdicha.

Yo tambien me estremecia de espanto instintivamente, porque la esperiencia me habia enseñado á sospechar de todo; pero ¿qué habia de hacer, si aquella mujer mercenaria me ofrecia

noticias de mi anciano padre y de los medios de libertarle? ¿Cómo, pues, rehusar la audiencia?

La mujer vino de intento á hacerme una proposicion indecorosa, ofreciéndome, á nombre del gobernador, salvar la vida de mi padre, á trueque de una condicion que acaso llevara envuelta mi honra.

Temblé, vacilé horrorizada ante la idea del deshonor... Al fin, tras una despiadada lucha entre el deber y el amor paterno, triunfó este y me resigné al sacrificio, abandonándome en manos de aquella mujer liviana y miserable. Tratábase de un padre, y este nombre no tiene equivalente en el lenguaje humano. ¿Qué sacrificio pudiera yo rehusar por salvarle de una muerte afrentosa?

Huí aquella noche misma con ese propósito, cuando dormian ya las religiosas, dejando á mi anciana madre postrada en el lecho, devorada por la fiebre que dos dias mas tarde la arrebató la vida, y sumida en un ardiente delirio que me partia el alma.

XXIV.

La órden de libertad fué al punto notificada á mi padre, y mientras á costa de ella me constituia yo esclava del gobernador en este mismo palacio, donde reino por mí y para mí sobre todo cuanto me rodea en él, mi pobre padre, víctima del fanatismo de los alfaquíes y de la perfidia de la escolta que, lejos de protejerle, le entregó sin piedad al furor de un bárbaro y feroz populacho, moria apedreado en las calles de la ciudad.

Esta circunstancia, para mí tan sensible, no impidió que Soliman, á cuyo capricho iba yo destinada, me recibiese con su natural bondad, alojándome en este mismo retrete, bien resuel-

to á castigar á los culpables, como lo verificó, aunque tambien á no renunciar á mi posesion por todos los honores y riquezas del mundo, *pues que desde entonces solo yo reinaria en su corazon*: estas fueron sus mismas palabras.

Mas de una vez pude apreciar el valor de mi honra, de mi libertad y de mi albedrío, y adiviné desde luego el profundo abismo que á mis piés se abriera. Me revestí de valor, resuelta á rechazar cualquier ataque indecoroso que se me dirigiera: mi generoso señor, que jamás ha traslimitado sus exigencias de la línea persuasiva: lloró *mi ingratitud* como un niño, y rendido, humillado por mi resistencia, maldijo su destino que le encadenara á un imposible.

XXV.

Pocos dias há, poseido de un acceso frenético, porque divagaba su mente, y sus potencias y sentidos caducaban á consecuencia de un estravío mental, Soliman, mas apasionado que nunca, me colocó en una cruel alternativa, poniendo de nuevo á prueba mi virtud.

Paseaba yo por el jardin, vigilada por uno de esos miserables eunucos, oprobio de la civilizacion y de la cultura. Pues bien, yo que siempre estoy rodeada de esa naturaleza degradada, imponente y muerta, y que, sin embargo, no he llegado á enervarme en medio de la molicie y del ócio, paseaba, repito, una tarde por el jardin, sumergida en amargas consideraciones, y atormentada por el recuerdo de mis desgracias y penalidades sin número.

La tarde era serena, el sol poniente apenas enviaba sus postreros rayos, dorando con su pálido brillo los altos minaretes

del alcázar, sobre cuya sombría mole cerniáse una especie de de vaporososa niebla, como un velo sangriento. Para mi fué este un presagio cruel, y el corazon, rebotando en el pecho, respondia con sus latidos á mis temores.

Una esclava africana, quebrantando la consigna que yo habia dado, vino de parte de Soliman á decirme que me detuviese algun tiempo en el pabellon, porque aquella noche deseaba tener conmigo una entrevista secreta en aquel punto, y me suplicaba no se la negase.

Adiviné al punto que mi honra iba á sufrir tal vez una prueba terrible, que aquel hombre, no pudiendo ya contenerse acaso, pudiera dejarse arrastrar quizás de un arrebato de su pasion volcánica para hacerme violencia.

Con todo, no habia medio de negarse, y acepté.

Precisamente recordé entonces la Judit de la Biblia, y juré imitar en un caso estremo su varonil ejemplo en aquel generoso Olofernes.

XXVI.

Era ya entrada la noche.

Los argenteados rayos de la luna, condensados por la niebla iluminaban ya el jardin con su nacarado brillo, en cuyo fondo las masas de arbolado proyectaban sus fantásticas y verdinegras sombras en un cielo azulado.

Soliman, el bravo caudillo, el general bizarro, á cuya pericia y lealtad cometiera su rey el gobierno supremo de estos estados, se improvisó ante mí: hermoso y gentil como siempre, y cuya talla arrogante y magestuosa, estaba realzada entonces por el brillante uniforme de su alto empleo y categoría.

No era ya aquel turco impetuoso que aterraba con su presencia los aguerridos tercios castellanos, sino el amante respetuoso y humilde que venia rendido á deponer toda su fiereza salvaje á las plantas de una débil mujer, sorda á sus ruegos y resuelta en su caso á lavar en su sangre cualquier desacato que se la hiciera.

Suplicó, lloró... todo inútil.

Comprendiendo por fin el imposible, retiróse triste y despechado, aunque jurándome que por su parte, y *mientras él viviera* y permaneciese yo á su lado, no peligraría jamás mi honor, puesto que nunca recurriría á la violencia.

Pero ¡ay de mí! ese generoso jóven, en quien desde aquel dia pudiera yo haber mirado mi mas influyente protector, fué aquella misma noche víctima de un acceso de desesperacion. Destituido de toda esperanza de poseerme, recurrió al suicidio, y al siguiente dia amaneció estrangulado con la cuerda de su cangiar.

XXVII.

Este desgraciado suceso permanece todavía oculto bajo el velo del mas profundo secreto, y aun á pesar de haber trascurrido algunos dias, nada se ha traslucido, al parecer, suponiéndose generalmente que el gobernador se halla ausente, con alguna mision secreta, en uso tal vez de la real licencia que por motivos de salud largo tiempo há disfrutara.

Con todo, ha llegado ya el dia en que ese secreto contenido por mi misma á costa de sacrificios y ardides, deje de serlo ya, y su revelacion amenaza sobre mi cabeza todas las sospechas que indudablemente atraerían mi suplicio, porque desgraciadamente

estos muros no son del todo impenetrables para que dejara de ser un misterio mi negativa constante á las impetuosas exigencias del amor de Soliman.

Además de los mil riesgos que me amenazan, una mujer sagaz y vengativa acecha todos mis movimientos, me espía dia y noche, y siempre fatídica é implacable como una sombra rencorosa, espera la ocasion de poder beber mi sangre y de confundir mi nombre en un acta mortal. Esta mujer es la nodriza de Soliman, la que negoció mi cautiverio á trueque de la pretendida libertad de mi padre, y que poseida de ese entrañable amor que le ha profesado durante su vida, semejante á la loba á quien se han arrebatado sus cachorros, husmea el rastro, olfatea, bramando de dolor y coraje, y acaso ese instinto poderoso de su acendrada pasion por su hijo haya hallado á estas horas la clave del enigma. ¡Desgraciada de mí! esa mujer es el demonio que contínuamente asalta mi tranquilidad precaria, que conturba mis sueños, y de quien todo lo temo, porque su poder es diabólico.

XXVIII.

Tal es mi historia, caballero, conoceis ya la posicion crítica en que me hallo: no olvideis que al estremo á que hemos llegado, si yo pereciera, es bien posible en estas circunstancias que os arrastrase en mi caida, porque las investigaciones descubririan nuevo campo, y... ¡desdichados entonces de nosotros!

Por lo tanto, seamos previsores, y adelantándonos á las contingencias, antes que cualquier accidente rasgue ese funesto velo, apreciad mi situacion y salvadla. Puesto que somos cristianos, protejámonos mútuamente, salvémonos á cualquier costa,

y contad mientras tanto con la gratitud de una infeliz mujer que se coloca en vuestras manos, invoca vuestro amparo, abandonándose á los impulsos de ese corazon generoso, y entrega desde luego su honra, su seguridad, su suerte toda bajo la salvaguardia de la nobleza de un caballero como vos, en quien cifra su única esperanza de salvacion.

Y al espresarse así, la hermosa jóven, desecha en lágrimas, se arrojó en los brazos de Veremundo, que sintió las pulsaciones de aquel corazon entusiasta que latia bajo las formas de su turjente seno.

Olvidóse entonces de sí mismo, porque las lágrimas de una mujer hermosa, hablan en ciertas ocasiones como aquella, un lenguaje irresistible.

—Pues bien, ya que lo exigís, repuso en un trasporte de entusiasmo, mi vida, mi voluntad, mis potencias... todo es vuestro, señora: disponed de mi, que solo espero vuestras órdenes para libertaros. ¿Qué importan las dificultades que á ello se opongan? Mi firme voluntad sabrá vencerlas, y mi espada nos abrirá paso á despecho de todo.

—No podia yo esperar otra cosa de vuestra hidalguía, generoso jóven, replicó la dama con inspirado acento; en cambio, pues, de tal sacrificio, solo tengo un corazon que ofreceros, aceptadlo, sí, y sed desde hoy el dueño absoluto de mi albedrío.

Tendió entonces su blanca y diminuta mano, que Veremundo besó con delirio, diciendo al propio tiempo:

—No perdamos un tiempo precioso, señora, huyamos de este sitio peligrosísimo que nos compromete, ¿quién sabe si acordaremos demasiado tarde?

—Teneis razon, amigo mio, lo que nos importa es la fuga

ante todo; seamos diligentes, y abreviemos: ¡Oh! ¡cuánto pudiéramos perder en un solo instante de retardo!

—Retiraos ya, prosiguió, y disponed lo que juzgueis necesario para nuestra evasion: antes que brille la aurora del nuevo dia, os aguardo en la plazoleta de acacias que hay inmediata á la terraza de vuestro alojamiento. No falteis á la consigna, y contad siempre con la eterna gratitud de una mujer que nada sabrá rehusaros en recompensa de tanta lealtad y tanto desinterés.

Veremundo, todo conmovido, protestó de nuevo su fidelidad á la jóven, si bien comprendiendo lo espuesto que seria salir de la ciudad en aquellas circunstancias tan críticas, en que con motivo de la conspiracion reciente, redoblábase la vigilancia, se aventuró á hacer ciertas observaciones que la animosa doncella se apresuró á desvanecer, diciendo:

—Nada temais, conozco una mina subterránea que desemboca en cierto punto inmediato al Tajo, así pues, disponed una barca que nos conduzca luego á la ribera opuesta, y dejad lo demás á mi cuidado.

XXIX.

El caballero se retiró al instante para poner en práctica las órdenes de aquella mujer misteriosa, por las mismas galerías, rampas y pasadizos que habia venido; penetró por el postigo que todavía permaneciera abierto, saltó las tapias del jardin sin ser visto de persona alguna, y llegó á la galería de su alojamiento.

El mismo silencio, la misma soledad que una hora antes, reinaba en todos los sitios de su tránsito; la oscuridad era aun mas

densa, y solo las luces de imaginaria brillaban allá en la distancia como puntos perdidos en medio del cuadro de la tenebrosa noche.

Veremundo empleó el tiempo que restaba hasta la hora aplazada para la fuga, en reparar su armadura y pulir las armas. Cometió á sus criados la vigilancia del tesoro, comunicándoles las órdenes necesarias acerca del modo y forma en que debieran verificar su evasion, y entregar este á la reina en todo caso; despues de lo cual, y provistos de su correspondiente defensa, acudió, apenas llegó la hora oportuna, al punto de reunion designado, donde le esperaba ya la hermosa cautiva.

XXX.

Sin dirigirse una sola palabra, ambos fugitivos partieron.

Atravesaron casi á tientas varios patios y callizos obstruidos de ruinas, en medio de los cuales solia elevarse una silueta fantástica ó un paredon desquebrajado, como solitarios espectros que se destacaban sobre un limbo tenebroso y lúgubre.

Aquella parte de la ciudad habia sido arruinada algunos años antes por un terremoto, en lo cual el espíritu de supersticion predominante alejara de aquel sitio maldecido del cielo toda idea de reedificacion, persuadida la generalidad del vulgo de que pesaba sobre el mismo el anatema divino.

Entre aquella masa informe de escombros percibiáuse las ruinas de un edificio de grandes proporciones, y del cual quedaban todavía en pié algunas piezas en primer piso que escaparan á la general catástrofe.

La jóven empujó una de aquellas puertas desquiciadas, é introdujéronse por una bóveda de mampostería y ladrillo que

les condujo á una pieza destartalada, y rodeada interiormente de un entarimado de cedro.

Un resplandor muy débil y amortiguado daba á esta pieza un aspecto verdaderamente fantástico; diríase que era el lejano reflejo de un incendio.

A favor de aquella luz notábanse grandes trozos rasgados de tapicería, y el ancho friso de la pared recargado de florones en relieve con labores de alicatado.

Aquel brillo procedia indudablemente de alguna de esas misteriosas reuniones subterráneas que solian tener los desgraciados hijos de Israel, que buscaran siempre las entrañas de la tierra á fin de burlar la vigilancia de sus perseguidores.

La jóven, práctica al parecer en aquellos misteriosos sitios, tentó con su diminuta mano cierto punto saliente mal encubierto por la tapicería, y al punto crugió la ensambladura del entarimado, saltó con un ligero estallido una tabla y quedó practicable un buque sumamente angosto, por el cual introdujéronse uno en pos del otro.

Entonces el buque tornó á cerrarse, pero muellemente, sin estrépito ni sacudimiento alguno.

Hallábanse en una especie de corredor oscurísimo, cuyo piso húmedo y resbaladizo, á trechos, pronunciábase en declive.

Todo yacia en profundo silencio, y notábase apenas la impresion del aire mefítico del subterráneo.

La jóven tentó en varios puntos, como buscando un objeto, y al fin halló una cuerda que se estendia á lo largo de la misma y que sirviera indudablemente de direccion ó guia al que la recorriera.

Apoderáronse ambos de ella y abandonáronse largo rato á aquella infinita série de peldaños rústicos que descendian cada

vez mas perpendicularmente por un terreno desigual y fangoso.

Por fin llegaron junto á una gran reja enmohecida, que era el límite esterior del subterráneo, y que cedió al fin á los esfuerzos del jóven caballero.

Halláronse entonces junto á la ribera del undoso Tajo, cuya corriente reverberaba alguna que otra luminaria de los barrios contíguos, ó las hogueras casi apagadas ya de las chozas que bordaran varios puntos de aquellas márgenes selváticas.

XXXI.

Empezaba á rayar la aurora.

Un ligero matiz de escarlata y oro iluminaba el oriente, y los contornos de la montaña dibujábanse algo confusos, como una masa aplomada y cenicienta sobre un firmamento tachonado de estrellas.

A lo lejos de la dilatada vega estendíase con su verde alfombra sobre un lecho de aterciopelada vejetacion á través de las nebulosas brumas matutinas, y mas arriba, tendida en irregular anfiteatro, la soberbia ciudad recostada sobre la montaña gris y envuelta en un velo de nacarados vapores.

Las luces, deslucidas ya por la proximidad del dia, multiplicábanse en las alturas, rielando apenas en las turbulentas aguas del Tajo, que envolviera como un enorme ceñidor de plata el recinto de la imperial Toledo, con sus castillos y fortificaciones.

El gran caudal de aguas que llevara el rio retrajo á los fugitivos de la idea de atravesar el cauce en una de aquellas frágiles barquillas que habia atracadas en la orilla, y cuyos dueños se servian con bastante destreza de ellas para hacer un con-

trabando activo bajo acreditados pretestos con los judíos toledanos.

Determinaron, pues, ocultarse al pronto en una de aquellas miserables cabañas inmediatas á la ribera y señaladas con pendoncillos negros, distintivo obligatorio de los cristianos, esperando oportunidad de huir con el menor riesgo posible, lo cual era siempre sumamente espuesto, pues de un momento á otro pudiera ser notada su fuga, en cuyo caso estaban irrevocablemente perdidos.

XXXII.

Tiempo ha que una epidemia maligna afligiera á la ciudad y sus poblaciones limítrofes: las víctimas del contagio eran numerosas hasta tal punto, que la policía, como una medida sanitaria, habia prohibido se diese sepultura á los cadáveres durante el dia, destinando á este objeto las altas horas de la noche.

En aquellas mismas horas melancólicas las calles permanecian desiertas y solitarias: solo de cuando en vez oíase el monótono rumor de algun carruaje que aparecia luego tirado por un macilento jamelgo, y en cuya delantera vacilaba una luz pálida, colocada sobre un palo algo elevado.

Aquel era el carro de los sepultureros.

El cementerio de los cristianos, situado estramuros y á una considerable distancia, estaba por consiguiente al lado opuesto del rio, y punto fronterizo al puente de Alcántara.

Una idea estraña ocurrió á Veremundo á tiempo que una pareja de sepultureros regresaba con el carruaje vacío junto á la choza y en direccion al interior de la ciudad. Aquellos hombres pertenecian á una pobre y piadosa hermandad de cristia-

nos, y eran religiosos legos mercenarios, á juzgar por la divisa ó escapulario de la órden redentora, que campeaba sobre el fondo de sus hábitos blancos talares.

El pretendido árabe mandó detener el fúnebre vehículo, y mediante una corta conferencia con aquellos hombres, pudo conseguir ponerse con ellos de acuerdo para que les sacasen de la poblacion dentro del carro mortuorio, á cuyo ardid prestáronse ellos mediante un corto estipendio y con la mayor cortesanía.

Colocados allí, los sepultureros dejaron correr las cortinas del carruaje, y simulando bajo tan ingenioso equívoco un cargamento ordinario de su triste mision, estimularon al animal, que partió al trote, arrastando con velocidad aquel carreton desvencijado, cuyas ruedas hicieron retemblar crugientes el puente de Alcántara.....

La salida del sol sorprendió á los prófusos en las inmediaciones de Almonacid, al pié de su imponente castillo, en cuyas torres ondeaba el pendon de la media luna, y cuyos esmaltados vidrios reflejaban los rayos del sol de Oriente.

Emboscáronse en los sotos de arbolado, cañaverales y arbustos que pueblan las márgenes del Guadiela, y resolvieron pasar allí el dia y tomar aliento para continuar su fuga á favor de las tinieblas de la noche próxima, si es que se presentara oportunidad de ello.

XXXIII.

Algunos dias despues de la evasion de nuestros héroes, un edicto del rey de Leon refrendado por Payo Ataulfo de Altamira y Moscoso, hermano de Veremundo, condenaba á este á

estrañamiento perpétuo de los dominios cristianos en la península, con aplicacion inmediata de todas las demás penas en que incurren los reos de alta traicion, infidelidad y rebeldía, confiscacion y pérdida de todos sus bienes, fueros é inmunidades, é inhabilitacion para recobrarlos, caso de no presentarse á justificarse en cierto término.

Al propio tiempo una real provision daba el condado de Altamira, que por muerte de su padre correspondiera de derecho á Veremundo, á su indicado hermano Payo Ataulfo de Moscoso, y todo en calidad de interinidad, mientras el legítimo sucesor no se presentase á justificar su conducta y obtener su rehabilitacion dentro de ese mismo plazo que se le otorgara.

En honor de la verdad diremos que por industria del nuevo conde, el edicto, si bien fué espedido con tales condiciones, se comunicó y publicó en términos absolutos y sin esa restriccion derogatoria que ofrecia lugar en su caso al efecto retroactivo de la sentencia, lo cual venia á cerrar la puerta á la posibilidad de que se presentase el reo á reivindicar sus derechos despues de probada su inocencia, con lo cual declararíase contumaz y rebelde, convicto del crímen que se le imputara, y por consentido el fallo.

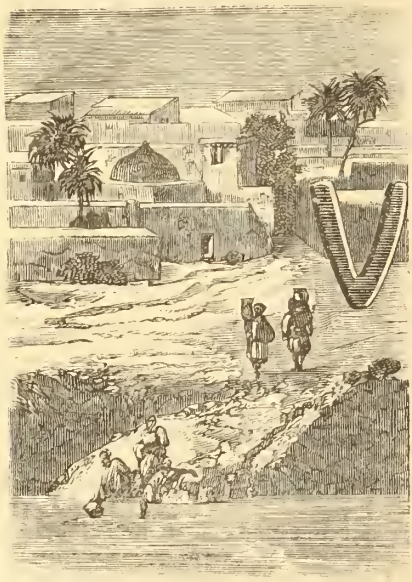
En ese caso anularíase la restriccion de la donacion del condado, que el usurpador esperaba ver confirmada á su favor por el monarca, en calidad de título hereditario para sí y sus descendientes.

Al propio tiempo, y por una coincidencia simultánea, poníase precio á la cabeza de una cautiva cristiana que desertara del harem de Toledo, á la cual imputábase tambien el crímen de *asesinato* en la persona de Selim-el-Achmet, entendido por

Soliman, gobernador y generalísimo de dicho reino, siempre que fuese habida en el mismo.

Y mientras tanto, ambos fugitivos eludian el rigor de estas fulminantes órdenes desde una gran distancia, entregados á los goces de un amor entusiasta y recíproco.

XXXIV.



VAGABAN una tarde por la frondosa vega de Granada, á orillas del pintoresco Darro, con sus riberas selváticas y su bulliciosa corriente.

El sol trasponia las cumbres bordadas de blancos caseríos, de campiñas de mieses y olivares: sus rayos oblícuos reverberaban en las crestas de las Alpujarras, coronadas de perpétuas nieves.

Mas lejos la oriental Granada, paraiso del Profeta y cuna de la poesía árabe-española, cuyas torres, alminares y esbeltos minaretes afiligranados y esmaltados de azulejos, reflejaban el brillo esplendente, fosfórico, del sol de ocaso.

Y dominando el caserío de esa informe masa de edificios y monumentos árabes, la célebre Colina Roja con su ruinoso templo de Diana (1), su vieja atalaya coronada de estandartes mo-

(1) Sobre esta colina empezó á construirse la célebre y fabulosa Alhambra en 1247.

riscos tremolando al aire y sus achatadas torres cuadradas que hundian sus medias lunas de hierro en un horizonte magnífico... cuadro poético, cuyos variados objetos resaltaban sobre el claro-oscuro de la montaña, marcando irregulares puntos que iban borrándose gradualmente á medida que disminuia la luz.

Refugiados en aquellos amenos sitios é impelidos por la fuerza de su destino mismo, ambos amantes contestaban al acta de proscripcion que pesara sobre ellos, con un amor casto y entusiasta, al abrigo y proteccion de un pobre anacoreta, deudo muy cercano de Veremundo, que habitara en cierto caserío, á la falda de la misma montaña sobre que asienta Granada la árabe, y resguardado por un salvo-conducto de aquel rey.

La naturaleza de los tratados sobre estradicion recíproca de criminales, celebrados entre los monarcas cristianos, no habia permitido á los fugitivos acojerse á sus dominios, puesto que la especie de coalicion ó liga que mantenian, á fin de contrarestar el poder musulman tan arraigado y fuerte en la Península, no ofrecia seguridad ni garantía á los mismos, que indudablemente hubieran sido sacrificados á esa dura condicion del derecho internacional, llamada impropiamente *razon de Estado.*

Tal era, pues, el motivo que indujera á los jóvenes proscriptos á refugiarse en Granada, donde contaban con mas elementos de simpatía que en cualquier otro punto, á juzgar por ciertos antecedentes y probabilidades que de ellos nacieran.

Venian por de pronto allí completamente desconocidos, entregados el uno al otro dentro de los severos límites del decoro, olvidando la opulencia y el bullicio del mundo, y ejerciendo las prácticas de una virtud rigorosa y ascética.

Habíanse desposado clandestinamente, el santo misionero habia bendecido esta union feliz, y era fruto de su amor un her-

mosísimo niño rubio, á quien impusieron en el bautismo el nombre de Gonzalo Rodrigo.

XXXV.

PERO acaeció cierta noche uno de esos desmanes tan comunes en aquellos calamitosos tiempos, de esos que imprimen siempre en las generaciones una huella sangrienta y fatal.

Una horda sediciosa de árabes que era el terror del reino de Granada, cayó de improviso como una tromba airada sobre el país; incendió las campiñas, taló y quemó las mieses, los bosques y las chozas, y apresó ganados y gran número de cautivos de ambos sexos.

Entre estos contábanse tambien los jóvenes esposos, con su hijo y el pobre religioso, el cual fué inmolado sin tregua á la barbárie de los facinerosos, que llevaron su crueldad hasta el punto de coserle en su hábito de buriel, despues de maniatado, arrojándole por último al Darro en medio de su brutal algazara.

Ni fué tampoco perdonado el tierno niño, á quien maltrataron cobardemente, ni respetado el pudor de su casta madre. Veremundo presenció uno de esos actos brutales y torpes, cuya simple relacion ofende la moral y la escandaliza, desgarrando á la vez el corazon de un esposo honrado.

Este atentado vergonzoso produjo en su pecho naturalmente un acceso de rabioso coraje, que su situacion hacia impotente; en vano provocó con virulentos apóstrofes á aquellos desalmados mónstruos, en vano les amenazó, retándoles á singular combate, porque ellos, prolongando el tormento, acogian esas mismas provocaciones con una indiferencia burlesca hasta el insulto, haciendo escarnio y mofa de su dolorosa cólera.

Oyó con amarga desesperacion la conferencia siniestra de aquellos malvados acerca de la suerte que iba á caberles... ¡Ah! ¿Qué importa que se les hiciera merced de la vida á trueque de tan ignominiosas condiciones? ¿No era mil veces preferible ante todo la muerte?

La religion y el amor, infundiendo en su corazon noble sus saludables impulsos, pudieron separar de la mente acalorada y febril una idea siniestra, el suicidio; negro fantasma que sorprendiera su enardecida organizacion nerviosa con todo el arrebato que suele imprimir un rapto de desesperacion en sus víctimas.

Contúvose al fin, concluyendo por desear el mismo género de muerte que meditaban dar á aquella pobre mujer exánime, destrozada por la violencia, y á aquel hermoso niño que por un tierno instinto tendia hácia él sus manecitas suplicantes, como en demanda de socorro.

Y cuando húbose convencido de que se le reservara la misma suerte, esperimentó un cruel consuelo, su pecho pareció dilatarse en la esfera de una esperanza puramente egoista, y una nube parecida al caos ofuscó su mente, perdiéndola en un devaneo sensible.

Con respecto al órden que debiera guardarse en el turno, vaciló un momento: tuvo impulsos de rogar á aquellos bárbaros

que le hiciesen morir á él el primero, para ahorrarse la pena de ver perecer á aquellos dos séres tan queridos; pero al fin prevaleció la idea de sobrevivirles en todo caso, en la confianza quizás de que un acontecimiento cualquiera pudiese restituirle la libertad, en cuyo caso exigiria terrible cuenta de aquellas víctimas.

Por fin los malhechores, por una especulacion bastarda, resolvieron conservar la vida á aquellos tres infelices, porque jóvenes como eran, ofrecian á su codicia una probabilidad lucrativa en los bazares turcos.

Si se hubiese tratado de personas ancianas ó enfermizas, hubiera sido diferente el acuerdo indudablemente, puesto que esta circunstancia hacia variar el negocio, reducido á su entidad esencialmente mercantil; pero era todo lo contrario, y el interés y la avaricia decidieron el hecho.

En virtud, pues, de esta resolucion, los árabes aseguraron su presa y desaparecieron en las tinieblas, medio disipadas á trechos por el brillo del incendio que todavía continuaba devorando la hermosa campiña y sus bosques.

XXXVI.

Mientras tanto los criados de Veremundo hallaron medio de huir afortunadamente, para poder dar cuenta de la ocurrencia y desvanecer ciertos errores en favor de aquel, cuyo concepto mejoró notablemente en el ánimo de sus soberanos.

En su fuga, poco menos que milagrosa, no les fué posible salvar las joyas y dinero que componian el tesoro entregado por la reina á su amo Veremundo, y cuya conduccion les cometiera este, cuyo paradero no pudo averiguarse; y agotados los me-

dios que se emplearon en su busca, se sospechó que le hubiesen asesinado en la refriega. Los criados que habian recibido órden de no decir palabra con respecto á él, cumplieron su promesa de no revelar cosa alguna.

En cuanto á su hermano, el nuevo conde de Altamira, redobló sus pesquisas por inquirir su paradero, porque entraba en sus designios buscarle, si es que existiera, aunque fuese en las entrañas de la tierra.

XXXVII.

Traslademos ahora al lector á la bulliciosa plaza de Bibrambla, precedida del Zacatin, sitio no menos animado en aquellos tiempos, y que enlaza dicha plaza con la Nueva, por bajo de la cual se precipita el Darro, arrastrando sus aguas minerales, y bordadas sus riberas de bosques de sauces y abedules que balancean sus verdes frondas agitadas por el susurro de las brisas.

Pues bien, esa plaza, obstruida en parte por las arenas del Darro, ofrecia en ciertos dias, hácia la época de que vamos hablando, un cuadro singular de animacion y barbárie, presentando el relieve de ese borron infamatorio que las luces de la pretendida civilizacion del siglo no han logrado estirpar todavía en nuestras colonias mismas, donde existe, como en otros puntos, oprobio de las generaciones en medio de esas nobles teorías que agitan la humanidad sensible: ¡la esclavitud!

Celebrábase uno de esos mercados generales, especie de férias sumamente concurridas por las poblaciones de la parte meridional de España, que componen lo que se llama Andalucía, y á las cuales el lenguaje oriental suele dar el nombre de bazares.

El dia era caluroso, uno de esos dias abrasadores en que

el solsticio estival hace esprimir sus verticales rayos en las regiones templadas.

Remontaba el sol el meridiano.

Una caliginosa niebla condensaba el espacio, como un velo de fuego nebuloso, á través del cual percibíase confusamente como un punto sanguinolento y mate, el espectro solar, girando su inflamado disco, cuyo foco parecia contraerse cada vez mas opaco, concentrado y diáfano.

Reinaba una profunda calma, y apenas el aire enviaba un ligero soplo ardiente que absorbia luego una ráfaga enroscada como una columna pirotécnica, prolongada verticalmente en remolino hasta perderse en la inflamada zona.

Un torbellino de hojarasca y polvo solia interrumpir este juego cruel de la naturaleza, condensando mas y mas el ambiente y velando el espacio imaginario de aquel cielo encendido por la abrasadora canícula.

Los habitantes de Granada la árabe, supersticiosos por principios, observaban con visibles muestras de asombro aquel fenómeno atmosférico, bajo cuya influencia parecia arder la naturaleza entera, si bien luego, dominados por el fatalismo clásico del islamismo, restituian á su continente toda la estúpida resignacion que forma el tipo característico del código mahometano y sus sectarios.

A una proporcionada altura habíase cubierto con telas y esterado casi todo el ámbito superior de la gran plaza, dispuesta en calles artificiales rociadas de aguas olorosas.

Aquel conjunto, simétricamente trazado, formaba un pintoresco paisaje, semejante á las tiendas portátiles ó pabellones árabes del desierto, improvisados por las caravanas de las tribus salvajes.

Aquí, bajo esos toldos, bajo esas mismas tiendas movibles que llevaran en su lujoso atavío el sello de un verdadero atractivo, en aquella especie de retretes en que el esmero rivalizara con el buen gusto, hallábase el bazar de esclavos, separados sus departamentos con admirable simetría y con la rigorosa clasificacion de sexos, bajo una numeracion exacta.

En esta plaza, que como queda dicho, tenia la apariencia de una bonita poblacion árabe, aspirábase el aroma del clavillo y rosa junto con esa incomprensible combinacion de perfumes con que el génio oriental há poetizado su vida sensual y voluptuosa, vida material, sublimada en sus goces, aunque muerta para el génio, galvanizada, ó por mejor decir, enervada en el placer y el ócio; naturaleza negativa, á la cual prestan una apariencia ficticia, artificial, los aromas de la Arabia, las perlas de la India y las sederías de Damasco, Smirna y Basora.

En aquellas mismas subdivisiones, preservadas de la influencia del sol, mirábanse hacinadas varias esclavas cristianas medio vestidas con una saya corta de lana anaranjada, y acurrucadas sobre sus rodillas, con los brazos cruzados sobre el desnudo seno. Su actitud era generalmente dulce, risueña y meláncolica, viéndose correr algunas lágrimas por aquellas megillas, contraidas por una sonrisa amarga y forzada, que debiera ser el sarcasmo de un dolor sublimado ó la resignacion de un heróico martirio.

XXXVIII.

Los mercaderes, ostentando sus alquiceles blancos, sus albornoces primorosamente bordados, sus turbantes verdes y abigarrados con medias lunas de plata, y calzados con babuchas

amarillas ó encarnadas, paseaban al frente de sus respectivas tiendas, con su mirada grave, compungida y benévola; sus barbas venerables prolongadas hasta el pecho, y pendientes de su cintura el alfange damasquino de hoja corva, el látigo de sedal blanco como la plata y el inseparable rosario de enormes cuentas.

Casi todos fumaban á la oriental en lujosas pipas de elásticos y prolongados tubos con boquilla de ámbar, marfil ó cristal záfiro, que usaban con graciosa indolencia, mientras que otros hacian silbar con cierta destreza en el aire sus látigos de plateado sedal con cabos de nácar primorosamente incrustados de menudos brillantes.

El continente de aquellos hombres era inalterable, como ya hemos dicho: brillaba en sus facciones esa gravedad fria y severa á la vez que afectuosa, que forma el verdadero tipo musulman, y su paso lento, sus movimientos flemáticos y su habitual silencio parecian revelar á ese verdadero autómata, galvanizado apenas por las exigencias de la naturaleza, y las pasiones ya amortecidas, y que ha elegido para su cuna la mas hermosa region del universo, el Asia.

Estos hombres, dedicados *en toda conciencia* al comercio de sus semejantes, y que fijaran á su placer precio á su propia sangre mediante una cantidad convenida, ni mas ni menos que si se tratara de bestias, conducíanse con cierto aire de afectada distraccion, si bien aun en medio de ella, cada vez que su mirada oblícua, clavada disimuladamente y como al acaso sobre sus *mercaderías*, llegaba á sorprender un gemido ahogado por el terror, cada vez que esa misma ojeada suspicaz y penetrante se embotaba en cualquiera demostracion que no fuese una sonrisa por parte de aquellas desventuradas bellezas, solia oirse

entonces un silbido agudo, y las mallas elásticas del látigo caian crugientes sobre sus desnudas carnes, abriendo un surco acardenalado y sangriento.

Preciso era, pues, que rieran en medio de su situacion aflictiva, porque la tristeza, ese sello del corazon doliente y mártir podia repeler á los compradores y retraerles. ¿Cómo llorar pues?

¡Bárbara antítesis de la naturaleza, puesta en contradiccion con sus principios constitutivos!

XXXIX.

Allá en frente y al estremo opuesto veíase el bazar de esclavos, separado del de las esclavas por una distancia convenida.

Aquella seccion del mercado, aunque no tan preservada de los rayos del sol como la otra, al menos en cambio de esta desventaja, no estaba tan concurrida de gentes disolutas que, poseidas de un cruel libertinaje, acudieran allí á insultar el pudor de las infelices mujeres, dando pábulo á sus licenciosos estímulos á vista de aquella desnudez culpable en que la bárbara especulacion de los traficantes cifrara su mayor lucro, puesto que hasta las cedian por cierto número de dias, mediante cantidades convenidas y con las oportunas cautelas, á todo aquel fiel creyente que por el pronto careciese de medios para el desembolso siempre considerable que solia ocasionar la adquisicion de una esclava de mediana belleza.

Vestian aquellos una túnica corta de lienzo crudo, sujeta á la cintura con un cordon amarillo: todos iban descalzos, y en la cabeza llevaban un gorro de buriel con madroño de lana; espe-

cie de caperuzo que variaba de color, segun la divisa mercantil consignada en la patente de su respectivo dueño.

Grupos de soldados árabes recorrian los bazares por via de simple precaucion, con su holgado y pintoresco uniforme. Iban armados de gumías, javalinas, alfanges y puñales buidos, cuyas hojas reflejaban un fosfórico brillo. Entre ellos solia distinguirse algun santon con su manto blanco prolongado y sus enseñas sacerdotales, cuyos lábios no cesaba de murmurar secretas preces al paso que repasaban una rápida regularidad las cuentas de sus enormes rosarios, y á cuyo tránsito postrábanse de hinojos los turcos, y besaban con veneracion y respeto la orla de su alquicel.

XL.

No obstante la contínua afluencia de forasteros, el calor insufrible de aquel dia habia retraido á muchos traficantes de salir de las posadas, de suerte que al mediodia aun no se habian hecho sino bien pocas y desventajosas transacciones.

Tal desanimacion en un mercado regularmente provisto de lindas *mercancías* (tal era la calificacion con que las designaran sus especuladores), y en el cual tan insignificantes traspasos se realizaran, tenian impacientes á los mercaderes que se entretenian unos en pasar y repasar las cuentas de sus rosarios favoritos, con objeto de matar el tiempo y distraer su impaciencia misma, sentados con las piernas cruzadas sobre cogines de damasquina alfombra en la parte anterior de sus tiendas; reclinados otros en almohadillas de brocatel raso arabesco, tras de cortinillas entreabiertas de sedilla verde, amarillo ó púrpura con franjas de oro, ó bien sobre el regazo de sus bellas esclavas que les abanicaran

con las gasas de sus velos, á fin de ahuyentar los insectos ó refrigerar su piel, que traspiraba un sudor copioso, mientras sus indolentes dueños fumaban tranquilamente en sus largas pipas de márfil y ébano.

Otros limpiaban los cristales de la anaquelería, los aparadores y mostruarios de sus tiendas anejas de bajilla y sederías, los andenes poblados de puñales buidos, de alfanjes damasquinos, de javalinas, gumías, cangiares y cimatarras, de arneses abrillantados, mallas, cascos cimerados, celadas y yelmos con penacho elástico, airones y garzotas, cotas de acero bruñido, adargas, rodelas y escudos que reverberaban algun rayo de sol furtivo, alabardas y hachas de doble golpe, capacetes, lórigas, pomos de esencias aromáticas, de olorosos espíritus volátiles ó de esos venenos, narcóticos ó afrodisiacos que matan, enervan ó estimulan; recursos á que suele apelar esa naturaleza artificial que vejeta en medio del desórden su disolucion; chales de Smirna, turbantes moriscos traidos del Cairo ó de Alejandría, esas dos ciudades privilegiadas del Egipto; lámparas de oro esmaltado, de varios mecheros, arandelas de cristal tallado, braserillos y pebeteros de plata, babuchas bordadas de perlas y aljofar por las odaliscas de Stambul, y blanquísimos alquiceles de lana con trenzados cordones de seda carmesí, etc.

Otros, en fin, recorrian las galerías, seguidos de una turba de ganapanes, tañendo organillos con teclado de vidrio, bandurrias, cítaras, salteríos, harpas y otros instrumentos, mientras que las turbas del séquito danzaban, acompañando un concierto de guzlas y chirimías moriscas alternativamente, al paso que los negociadores ó charlatanes de oficio, discurrian buscando compradores, los cuales parecian ensordecer ante sus exajeraciones y palabrería.

XLI.

Un edicto recientemente publicado permitia á los cristianos españoles, residentes en cualquier punto de la Península, la compra ó rescate de sus correligionarios esclavos espuestos en los bazares, si bien con la condicion precisa de que no debieran presentarse en el mercado por sí ni por tercera persona antes del mediodia, segun la señal que debiera dar una campana colocada en lo alto de la colina Roja, sobre el ruinoso torreon de la Atalaya.

Esta medida envolvió un doble motivo de especulacion, porque teniendo derecho los cristianos á la adquisicion ó redencion de esclavos, no perdonarian medio ni sacrificio alguno para rescatar á sus deudos, lo cual debia producir necesariamente una competencia en los precios y un alza consiguiente.

Por otra parte, quedaba á salvo la preferencia de los compradores árabes sobre los cristianos, por el estudiado medio de no permitir el concurso de estos hasta las doce del dia, pudiendo ellos surtirse hasta aquella hora sin ser perjudicados.

De cualquier suerte, era un hecho innegable que este ramo de comercio debia naturalmente elevarse con esa medida á un alto grado de prosperidad.

XLII.

La hora de convocatoria sonó, segun costumbre, para los cristianos.

Terminada la última vibracion de la campana se presentó entre otros un apuesto caballero leonés vestido sencillamente en

traje de paisano y precedido de dos criados con librea condal.

Entraron en la poblacion por la puerta del Arenal, punto por donde el Darro, en sus frecuentes avenidas, suele salir de álveo, inundando aquella parte de la ciudad, donde rebalsa, dejando un gran depósito de arenas de oro.

El caballero podria tener algo mas de unos veinticinco años; su figura era en cierto modo sombría y antipática; pálido de rostro, en cuyas angulares facciones, en que parecia retratarse el sello de cierta autoridad, traslucíase esa ruda altivez clásica de la nobleza de la Edad media.

Llamábase Payo Ataulfo de Altamira y Moscoso, nuevo conde de este título.

Las puertas del bazar estaban abiertas, y una turba de dragomanes asediaba con insistencia á los señores cristianos, que estraños en su mayor parte al lenguaje árabe, no solian escasear su retribucion hácia esta clase de gentes que les prestaran, no solo el servicio no despreciable de la interpretacion de idioma, sino al mismo tiempo el de su defensa personal, cuya proteccion sostenian fielmente y con la mayor tenacidad y empeño.

El conde, pues, provisto de un dragoman, dirigióse al centro del bazar de esclavos.

No recordamos haber advertido al lector que los mercaderes colocaban una tablilla al frente de su tienda, en la cual esponíase y se anunciaba en ambos idiomas, castellano y árabe, los nombres, filiacion, señas y circunstancias especiales de los esclavos que estaban de venta.

Escusado es encarecer las exajeraciones de estos anuncios, así como tambien la poca fé que merecieran.

El dragoman dijo una palabra al oido al conde, y la designó con el índice una de las tablillas del bazar.

Ataulfo se dirigió entonces al mercader á quien correspondia, hombre afable, de una fisonomía simpática y en cuyos lábios vagaba una plácida y oficiosa sonrisa.

Con la mayor amabilidad y finura ofreció á disposicion *de su bolsillo aquellas frioleras de carne blanca que tenia el honor de presentarle y recomendar á su buen gusto, por ser un género esquisito.*

Del fondo de aquella tienda surgió entonces una figura pálida, un espectro con forma humana, pues tal parecia serlo por la demacracion de su rostro lívido y la alteracion febril de sus facciones.

El turco, siempre con su benévola sonrisa, suspendió su látigo de sedal sobre aquel pobre esclavo, cuya debilidad le impidiera acomodar su cuerpo escuálido á una postura airosa; pero el dragoman, escitado por Ataulfo, detuvo el brazo del cruel mercader y demandó el precio de aquel hombre.

XLIII.

Hasta entonces el esclavo, que por un punto de orgullosa tenacidad no habia alzado todavía la vista, no habia podido reconocer por consiguiente á su futuro dueño, quien por su parte sí le habia conocido á él.

El mercader, irritado por el orgullo de aquel hombre altivo, alzó de nuevo el látigo, que silbó en el aire y cayó crugiente sobre las espaldas del desgraciado.

Fué tan rápido este movimiento, que no pudo ser evitado por Ataulfo, cuyas cejas se fruncieron de cólera.

El esclavo se agitó con un estremecimiento de dolor; temblaron sus carnes, y sus ojos azules y rasgados posaron en

su verdugo una mirada indefinible de dignidad y orgullo.

Aquella mirada se encontró luego con la de Ataulfo, el cual se apresuró á hacerle una señal significativa de silencio.

La voz de la sangre habia lanzado su grito elocuente, y aquellos dos hombres, por un instinto simultáneo y enérgico, abrazáronse y de pura alegría lloraron.

El conde habia reconocido en aquel pobre esclavo á su hermano Veremundo, y este á su vez á aquel hermano *generoso* que venia á restituirle el pleno goce de su libertad, y con ella la vida.

No en vano aquel habia venido allí, atraido por una indicacion respecto á la existencia de su hermano en aquel mercado, cuyo hecho acababa de confirmarse; así que, deseando abreviar su adquisicion, demandó de nuevo el precio al mercader, quien por su parte parecia andar algo remiso en ello, con el fin, sin duda, de sacar mejor partido, apelando á este ardiz.

La cantidad, algo exhorbitante por cierto, exigida por el mercader, no obtuvo réplica por parte del conde, y Veremundo siguió poco despues á su libertador, apoyado en su brazo y en el del intérprete.

XLIV.

Ni se dirigieron una sola palabra ambos hermanos durante el tránsito del bazar de esclavos al de esclavas; pero cuando hubieron llegado al espacio que separara á ambos, preguntó Ataulfo á Veremundo:

—Me consta que esa mujer á quien llamas esposa, se halla de venta con su hijo entre las demás esclavas del bazar: ¿quieres que sean libres?

Veremundo, por toda contestacion, abrazó á su hermano todo conmovido.

—¡Oh, hermano mio! esclamó; sálvanos á todos, porque no podriamos vivir separados.

Ataulfo, seguido de sus criados y llevando siempre del brazo á su hermano, entró, precedido del dragoman, al pórtico anterior al mercado de las esclavas, cuya aproximacion anunciábase por un fuerte aroma que impregnara el ambiente.

Llegados al centro del bazar detuviéronse junto á una tienda lujosamente parada, y en la cual, rodeada de varias esclavas negras, yacia una hermosísima jóven, reclinada su cabeza sobre cogines de terciopelo y brocatel con franjas de tisú y oro.

Estaba medio envuelta en un gran velo sutil de trasparente gasa que marcara sus purísimas formas; y sus brazos y piernas divinamente modelados, estaban profusamente adornados con pulseras de oro y pedrería.

Sobre la espalda y seno flotaban sus blondos cabellos trenzados en crenchas incrustadas de flores y saturadas de fragantes perfumes, y sus diminutos piés mirábanse encerrados en unas magníficas sandalias de terciopelo negro bordadas de esmeraldas de oro.

Veremundo, al verla, arrojó un grito de sorpresa, y seguramente hubiérase arrojado hácia aquel caro objeto de su amor, á no haberle prohibido el dragoman toda demostracion que les hubiera comprometido acaso.

Un niño de peregrina hermosura, rubio y sonrosado, jugueteaba con aquella jóven, que era su madre. Era este Gonzalo Rodrigo, de quien ya hicimos anteriormente mérito.

Mirábale la jóven enternecida unas veces, indiferente otras y sumergida siempre en una actitud melancólica y contemplati-

va. Alguna lágrima solia saltar por sus megillas al contemplar la alegría infantil de aquel rapaz tan lindo, si bien tornando luego de nuevo á aquella profunda distraccion que la daba el aspecto de una estátua pudorosa de mármol ó de una casta diosa del paganismo.

Veremundo, olvidando la prohibicion del dragoman, dirigió á la linda cautiva un signo de espresivo amor; pero ella parecia desentenderse, vertió una sonrisa de gracioso desden y le rechazó con una imperiosa señal de su linda mano cuajada de inestimables joyas, volviendo luego á su distraccion habitual, mientras cambiaba con el niño otra de sus amargas sonrisas.

Y sin embargo, aquella mujer era la esposa de Veremundo, y aquel hermosísimo niño el fruto de su primer amor.

El tierno infante sonreia á su padre, á su madre y á su tio, y aun cambió balbuciente con su voz purísima algunas frases árabes con el intérprete, que quedó encantado de aquella criatura tan graciosa.

—Compradle, señor, dijo al conde; prendas de este género no son caras jamás por ningun precio.

Y al mismo tiempo pintóse en el semblante brusco del buen hombre un gesto de noble conmiseracion.

Veremundo no podia volver de su asombro al notar la frialdad incomprensible de aquella mujer tan apasionada antes y tan impasible ahora para él.

XLV.

Ataulfo, por medio del dragoman, hizo preguntar al mercader el precio de aquella mujer y de su hijo, á lo cual se contestó que en cuanto á la madre, que era una de las mujeres del

harem del rey de Sevilla, no podia venderse por ningun dinero, sino que únicamente se la habia espuesto en el bazar por consejo de los médicos á fin de que recibiera todo género de impresiones que acaso, en concepto de ellos, pudiera, quizás, contribuir á restituirle la razon que dias há le andaba estraviada, habiendo sido desahuciada ya por los facultativos de dicha ciudad, por lo cual se la habia trasladado bajo caucion á Granada en la esperanza de salvarla; pero que en cuanto al niño no habia inconveniente en tratar de ajuste.

En efecto: la desgraciada, desde la separacion de su esposo, estaba poseida de una grave enajenacion mental, sin que los halagos, el lujo y las comodidades de que la rodeara el rey moro de Sevilla, para cuyo serrallo habia sido adquirida por una fuerte suma, consiguieran su restablecimiento, ni aun su alivio, por lo cual se habia recurrido á la variacion de clima y de facultativos.

Veremundo, cediendo á su propia debilidad y á la impresion de aquella fatal nueva tan imprudentemente aventurada por el mercader acerca de la aberracion mental de su esposa y su forzosa separacion, en vista de la órden prohibitiva que hiciera imposible su compra, cayó desfallecido en brazos de los criados, que por mandato del conde le condujeron á su alojamiento.

Poco despues el niño fué adjudicado tambien á su tio, mediante cierta cantidad no despreciable; pero al separarle de su madre, despertóse la cólera de ésta como una víbora herida.

Levantóse como impelida por un resorte, y precipitóse furiosa, rugiente y colérica, desnuda como estaba, hácia el dragoman, que hallándose desprevenido, vino á tierra al ímpetu de la agresion.

Era en verdad un triste cuadro el que presentaba aquella pobre frenética, que en medio de su impotente cólera, mordíase y se despedazaba, arañándose sin piedad y luchando desesperadamente con aquellos hombres.

El niño lloraba al notar aquel lance que tan lejos debia estar de comprender en su inocencia, y entonces la desolada madre redoblaba su furor, exaltada mas y mas hasta la cumbre del vértigo.

Pero aquel rapto tan violento aniquiló las fuerzas de la infeliz demente, y cayó al punto aplomada en tierra.

Restituida á uno de esos lucidos intervalos de que solia gozar á veces, reparó su desnudez vergonzosa, y cruzando los brazos sobre el seno, olvidóse por un momento hasta de su propio hijo para ocuparse del pudor. Envolvióse como pudo en el velo que antes la cubriera, corrió las cortinas de crespon verde que cerraban la tienda, y sin cuidarse de la desaparicion del niño que se llevara uno de los criados de Ataulfo, púsose á llorar de desesperacion y vergüenza, encendidas de rubor sus megillas y exaltadas sus hermosas facciones, á las cuales prestara el llanto dobles quilates de interés y belleza.

En concepto del mercader, era aquel un precedente favorable para la salud mental de la graciosa esclava.

XLVI.

El conde, á pesar de su dureza de corazon, no pudo menos de enternecerse ante aquel cuadro inhumano que rompiera con tal violencia esa cuerda sensible que estrecha el vínculo de una madre para con su hijo.

Aun insistió en que se le vendiese aquella pobre insensata,

por quien el orgulloso hidalgo sentia un vehemente amor, que surgiendo de improviso en su pecho, perdíale en un caos de deseos impuros. Ofreció pagar por ella cualquier suma por exhorbitante que fuese; pero el mercader contestó por conducto del dragoman que era inútil todo empeño, porque el rey de Sevilla mostraba una pasion decidida por aquella señora, á quien esperaba poder curar con el tiempo, y la cual, habiéndole dado una hija muy linda llamada Zaida, que se criaba en su mismo Serrallo, habia salido del mismo con el referido objeto y debia ser elevada acaso en su dia, apenas se restableciera, á la categoría de reina ó sultana favorita.

El mercader saludó cortésmente y cerró las vidrieras de su tienda, ejemplo que imitaron los demás como por un golpe simultáneo de mágia.

El intérprete advirtió al conde que era ya tiempo de retirarse, porque como caia ya la tarde y se acercaba la hora de practicar las abluciones, debian cerrarse de órden superior las puertas del bazar, de modo que todo aquel que fuera cristiano no podia permanecer allí sin gran riesgo.

En efecto, el conde y el dragoman se retiraron.

En la mente del primero flotaba el recuerdo de aquella mujer hechicera, por cuya posesion diera la mitad de su propia existencia, y cuya tentadora imágen cerníase sobre su corazon como un ángel del Edén, estimulándole en un piélago de deseos impuros y sensuales.

Para esta idea seductora estrellábase en el imposible, y el orgulloso aristócrata, herido en lo mas vivo del alma, mesábase los cabellos y hervíale la sangre, enardecida por su impotente cólera.

Era entonces una fiera acorralada por los cazadores, una

serpiente herida por el insecto que se introduce en sus escamas y la mata con sus picaduras. Ataulfo maldijo la hora en que tuvo el capricho de entrar en aquel bazar funesto, donde se esponian ángeles tentadores que mataban en fuerza de hechizos vedados al hombre y concedidos únicamente á la vista, ese sentido el mas precioso y el mas fatal tambien para la criatura.

Y sin embargo, á aquel precio únicamente podia comprar la posesion de sus Estados y su tranquilidad futura. Esto al menos le consolaba en cierto modo, aunque era de todo punto necesario completar la obra.

Al dia siguiente, al salir el sol, Ataulfo, Veremundo y su hijo con los dos criados, salian de Granada por la puerta del Arenal, por donde habian entrado los tres primeros de incógnito en una especie de berlina cerrada y escoltados por los dos últimos.

XLVII.

Hay quien asegura que la noche precedente departian dos hombres con gran misterio allá en las altas horas y junto á las riberas mismas del Darro, en un sillon solitario y lúgubre.

Eran Ataulfo y el mercader de esclavas, atraido allí á aquella cita sospechosa por una exigencia del hidalgo, cada vez mas tenaz en adquirir la hermosa esclava, y en verdad que era esto luchar con un imposible.

Con todo, fué tal su empeño, que hubo de colocar al mercader en una alternativa que le obligara á tomar un partido, cuya eleccion no era dudosa, por mas que la crónica que seguimos no ande en este punto muy esplícita.

Fácil es comprender tambien que el dinero debiera tener

una gran parte en este caso, y que desempeñaria su papel importante y su influencia.

Lo cierto es que allá á la madrugada hubo medio de huir el negociante, llevando consigo, á disposicion del de Altamira, á la bella esclava, en lo cual jugaron ambos su cabeza.

Ataulfo, pues, habia logrado la primera parte de sus planes, y se creyó feliz.

PRIMERA PARTE.

EL CASTILLO DE MONFORTE.

CAPÍTULO I.

La familia feudal.

A ver cómo escuchais
Risueños de placer ó enternecidos,
Y consigo escuchais,
Si en ello solazais,
Lances de amor en crímen convertidos.

El verano de 1070 dejábase sentir con intenso rigor en varias provincias de España, y los zahoríes de las campiñas gallegas aseguraban la proximidad de un castigo del cielo que debia concluir con el mundo, y cuyos preludios tocábanse ya en aquellos rasgos de la insufrible canícula que agostaran las mieses y esterilizaran los campos.

Los colonos elevaban súplicas á sus respectivos señores en demanda de una rebaja equitativa en sus cánones; pero la mayor parte de ellos se desentendian con insultante altivez y despedian á los pobres villanos, lanzándoles poco menos que á puntapiés de sus alcázares, por importunos.

Entre aquella orgullosa aristocracia contábase la hermosa Constanza, heredera y única poseedora de los Estados del conde de Monforte, el cual acababa de morir de mala muerte, legándola su pingüe patrimonio. Esta altiva huérfana, original y escéntrica, hacíase llamar la *señora baronesa* solo por un simple capricho, en lo cual verdaderamente hacia el debido honor á su sexo.

Constanza ó Constantina, como tambien solia nombrarse entre los muchachos de su edad, era la verdadera y suprema belleza del país, graciosa, gentil y traviesa, que montaba diestramente á caballo, y manejaba con igual maestría y soltura la espada y el arco que la pluma y la aguja; hablaba con encantadora elocuencia, saltaba, brincaba con la agilidad de una ardilla y hacia vibrar los cristales de sus ventanas con el timbre argentino de su poderoso pulmon.

Por lo demás, su carácter escéntrico marcaba ciertas faces singulares de su vida privada, corriendo en proverbio á porfia de las jóvenes mas casquivanas del país, que iban en zaga á aquella vigorosa exaltacion tan prodigiosamente desarrollada.

Vestia ordinariamente con estremado lujo, lo que tampoco impedia que en uno de sus alternados periodos de volubilidad revistiera sus actos de un puritanismo que llamaba ella severo, cuando desmentido á cada paso por cualquier rasgo instintivo de su carácter propio, venia á degenerar en ridículo á veces.

Así es que en medio de aquella misma aristocracia feudal,

tan impertinente y brusca, brotó este incomprensible pimpollo, tipo clásico de la mujer coqueta; pero en cuyo corazon impresionable y nervioso, reblandecido y accesible siempre á cualquier género de afecciones, germinaba un fondo de virtud rústicamente concentrada, y que solo faltaba esplotarla como el diamante perdido en las entrañas del pedernal, que solo espera el instrumento del lapidario para lucir su brillantez y valor nativos, deponiendo la materia vil que lo comprime.

Constanza habitaba un castillejo de arquitectura gótica, aspillerado, coronado de almenas y torreones desmoronados por el tiempo y rodeado de un murallon desquebrajado é irregular, circunvalado de fosos y contrafosos. En el interior habia un pequeño jardin, un patio con caballerizas, una cisterna pluvial con agua potable y varios departamentos para la servidumbre, precedido todo de varias poternas de arte, cuyo resorte solia ser un secreto que se trasmitia de uno en otro dueño en aquella familia, segun costumbre en las de su clase.

Una puerta principal, llamada de honor, un postigo de escape y un rastrillo de planchas dobles de hierro que jugaba, haciendo crugir y estremecer el ponton de encina claveteado que salvara el foco durante el dia; tales eran los puntos de ingreso de esta pretendida fortaleza.

Diz que este edificio, de formas tan severas, contenia un subterráneo misterioso, lo cual era una necesidad absoluta, tratándose de fortalezas de la Edad media, y aun tambien alguna que otra máquina impulsiva estratégica en guisa de precaucion.

Una triple série de robles y encinas seculares rodeaba el pequeño parque, y se estendia, prolongándose en la anterior esplanada, hasta terminar en una pendiente elíptica que se confundia luego con los restos de una antigua selva inmediata.

La posicion de este castillo era sumamente pintoresca y graciosa: rodeado de breñas y peñascos, cuyas crestas altísimas parecian medir el horizonte, ofrecia un golpe de perspectiva magnífico, terminado por el valle de Lemus, serpenteado por infinidad de murmuradores arroyos que se precipitan á porfia y buscan su natural confluencia: hermosas llanuras, verdaderas florestas alfombradas de verdinegras plantas, confundíanse como pequeños oasis, en una série irregular de colinas coronadas de pinos y olivares de un verdor aterciopelado y mate.

El Sil, el Cabe, el Sardiñeira, esos bulliciosos riachuelos tributarios del Miño que los absorbe, las escarpadas cumbres de Fronton, Faramontaos, San Ciprian, Lentejuel y Agualevada, irguiendo sus aplomados penachos en el espacio inflamado por la caliginosa neblina, como un velo de fuego vacilante...

Y en medio de este admirable juego de vejetacion, de rocas y de horizontes puros, de agua y de llanuras, resaltaban como planchas inmensas de bruñida plata las áridas lagunas disecadas, cubiertas de polvo salitroso que reflejara á los rayos del sol de Mediodía.

Digamos algo ahora sobre la servidumbre de la fortaleza.

Reducíase toda ella á los individuos siguientes:

Una aya algo anciana llamada Beatriz, dueña quintañona é impertinente á veces, y que por lo tanto de ser el reverso de la medalla de la castellanita, habia concluido por abandonar á sus impulsos á aquella índole rebelde y tenaz que se la ponia de asas cuando en su calidad de mentora, cualquier demasía de la insolente señorita la ponia en el caso de reconvenirla, y aun amenazaba de hecho á la pobre anciana, semejante á una víbora pisada en medio del rigor de un sol cálido.

Una doncellita melancólica y enfermiza servia de compañera

á Constanza en sus travesuras, y venia á completar la parte femenina de aquella familia estraña por mas de un concepto.

En cuanto á sus individuos del sexo masculino, figuraba en primer término el honorable esposo de Beatriz, llamado Fromoso, hombre de edad provecta, bonachon y tartamudo, á cuyo cargo corria la mayordomía y administracion del castillo y sus rentas; dos criados antiguos, de una probidad tradicional, cocineros, lavanderos, etc., completaban la servidumbre familiar, si se añaden unos pocos soldados á sueldo que mantenian la vigilancia del castillo, y cuatro ó seis mastines cruzados de loba, terribles guardianes, en cuya hoja de servicios aparecieron mil proezas de su nunca desmentida y fiel bizarría, cuando se tratara de la defensa de los estados de su linda señorita, quien por su parte, á fuer de agradecida, no escaseaba por cierto sus maliciosas caricias hácia aquellos pobres animales, repartiéndoles sendos mendrugos y estimulándoles para que corriesen, mediante el premio de cualquier golosina, que era el premio ordinario del mas diligente.

CAPÍTULO II.

Una batida de monte.

¿A qué tan estrambótica locura?...
Venid, venid conmigo,
Ved la senda que sigo
En esta noche oscura:
Nos darán esos bosques grato abrigo.

Constanza observaba una tarde, desde la última plataforma cubierta del castillo y á través de la especie de persiana formada por el enlace de los barrotes de bronce del antepecho, el pintoresco cuadro que dominara aquella altura, y lo contempla-

ba con una ansiedad febril é imponente, devorada, tal vez, por una secreta inquietud.

El sol replegaba sus postreros rayos, inflamando el cielo de occidente con un matiz granate y púrpura; mientras bosquejaba en otros puntos celajes cobrizos y azafranados rasgos, iluminados caprichosamente, mediante una degradacion inimitable de de tintas que iban degenerando en un azul opaco y ceniciento.

La jóven veia acercarse el crepúsculo con sus tintas fantásticas y sus vagas creaciones, vaporosas é indefinibles, el horizonte condensado por la luminosa niebla de occidente, y los valles, colinas y barrancos, esas caprichosas exuberancias del terreno que destacaban sus formas irregulares, salpicadas de manchas verdinegras y confundidas en las medias tintas del crepúsculo.

Aquel dia se habian presentado varios colonos del castillo en solicitud de que se les perdonase alguna parte de las rentas devengadas aquel año por la baronesa, con motivo de la pérdida de las cosechas que generalmente se esperimentara, principalmente en los secanos.

Constanza, por un rasgo ejemplar y que formara la escepcion entre aquella clase de hidalgos territoriales, habia puesto su sello condal de aprobacion á aquellas demandas tan fundadas y equitativas, ofreciendo de hecho una rebaja proporcional que conciliase en lo posible sus derechos con los intereses de aquellos pobres vasallos, si bien bajo una condicion precisa, cuya revelacion se reservó por entonces, aplazándola para la noche inmediata al oscurecer, en que debian concurrir aquellos, armados de cualquier suerte y montados en sus respectivas cabalgaduras, reuniéndose en el patio principal del castillo.

Aunque nadie puso en duda que se trataba de una empresa

original y descabellada, de esas que tan á menudo cometiera la jóven baronesa, todos, sin embargo, perdíanse en conjeturas acerca del misterioso objeto de aquella consigna. No faltó quien sospechara que iba á comprometerles en alguna imprudente y temeraria asonada con cualquier estado vecino, provocando una accion guerrera ó por medio de un golpe de sorpresa secretamente manejado, á fin de posesionarse de grado ó por fuerza de una fortaleza cualquiera.

Con todo, aun á trueque de arrostrar las mas delicadas eventualidades, todos fueron puntuales á la cita; y la castellana, orgullosa de su prestigio, les veia llegar en turbas pacíficas montados en jumentos, mulos y hacaneas y grotescamente armados.

El aspecto de aquella pequeña tropa producia un golpe de vista estraño, con sus abigarrados trajes, sus cabalgaduras ridículamente encaparazonadas y sus peones rústicos, súcios y derrengados, tremolando sencillas banderolas.

Algunos de ellos vestian trajes completos de papel de diversos colores, sobrepuestos á los zaragüelles morunos, polainas y abarcas de cuero hervido, carátulas grasientas de tela embadurnada para precaverse de los insectos, cuyas picaduras en este país es lancinante á ciertas horas, y capellinas gallegas con caireles, rematadas en espiral.

Otros iban envueltos en sus tabardos y en sus holgadas vestas, especie de hopalandas informes y embarazosas, llevando á la cabeza un casquete forrado de azul con carrilleras y sobrebarba de metal, cimerados mitológicamente á la romana, y por cuya parte inferior asomaba con negligencia algun mechon de cabellos rebeldes, mientras que otros, en fin, remedaban la proverbial chamberga, con sus sombreros de ala oblícua ó pro-

nunciada, plumaje de rizada espumilla de seda y justillos de lana sobre botas de cuero de loba.

En cuanto á sus armas, era una mezcla hetereogénea y confusa de mazas, picas, hondas, arcos y rodelas cubiertas de orin la mayor parte, y que solian manejar algunos con singular destreza.

Todo este concurso llenaba ya el patio del castillo, cuando las sombras de la noche estendian sus velos sombríos y borraban los accidentes selváticos del paisaje. Su impaciencia cesó, luego que Constanza, por conducto del mayordomo Fromoso, les anunció que iban á dar, lo que entonces llamaban en términos técnicos de cetrería, una *batida mayor* nocturna.

En efecto, la jóven baronesa, que habia esperado desde su mirador que estuviese reunida aquella porcion de villanos, bajaba á la pieza de tocador, y salia luego montada en una yegua andaluza con gualdrapas y caparazon de lujosa hechura, jaeces africanos de seda, bridas de hilo dorado y collares de cascabeles de plata.

Era gentil y airosa su apostura, y bizarro su porte: sobre un calzoncillo de punto llevaba una media falda de elegantes y sedosos pliegues figurando pequeños pabellones ú ondas de trasparente tul cogidos con rapacejos de oro, y cuya cola prolongábase graciosamente, dejando ver, con las ondulaciones del viento, una pierna, á la que el puritanismo anatómico del artista pidiera en vano una perfeccion, con su leve y diminuto pié que asomaba por la orla del vestido, envuelto en un laberinto de bordados y gasas; una chaquetilla de raso con corpiño escotado de terciopelo negro ceñia su flexible y ondulante traje, del cual brotaba un cuello de alabastro entre una profusion de encajes como el tallo de la azucena, dejando ver los contornos

de sus formas divinamente redondeados; un sombrerillo pastoral de paja cubria su virginal cabeza, de la cual descendian en simétricos bucles sus profusos cabellos blondos y perfumados que flotaban sobre aquellas formas tan seductoras perfectamente modeladas.

Un arco de doble alcance y una aljaba ó carcáj lleno de flechas pendian de la espalda de aquella hermosura, que tan presto daba á sus movimientos todo el marcial lenguaje de amazona, como la seduccion de la cazadora Diana.

En pos de ella salió la otra dama de que hemos hablado ya, que la servia en clase de camarera y confidente, llamada Elvira de Monferrato, y cuyo orígen era un verdadero misterio. Estaba hermosa aun en medio de su habitual palidez, que por cierto la hacia aun mas interesante y aumentaba el tesoro de sus atractivos.

Montaba un fogoso potro cordobés que piafaba impaciente y caracoleaba en el patio, haciendo resonar con sus callos de acero el sonoro pavimento empedrado de guijarros. Por un capricho singular que se atribuyó desde luego á Constanza, la hermosa camarera vestia de doncel, armado al estilo gótico, con su espadon recto de tres filos acanalados, casco cerrado, cota de acero á escamas y embrazado su gran broquel de umbilical, que despedia brillantes relumbrones cuando los rayos del sol, de la luna ó de las teas resbalaban, quebrándose en su bruñida superficie acerada.

Esta jóven y encantadora pareja se colocó al frente de aquella multitud de villanos, orgullosos por tan alto honor. Un grito entusiasta y sostenido de ovacion general resonó en los aires, y todos se pusieron en marcha al punto.

Una jauría de hambrientos perros salia al propio tiempo im-

petuosamente del castillo y lanzáronse á la carrera, precediendo siempre á la cabalgata, que en el mayor bullicio seguia gozosa á su buena señorita.

CAPÍTULO III.

En que se verá el peligro á que se espuso el capricho de la baronesa.

¿A qué tanto bullicio y algazara?
¡Cuál retumba en mi oido
Tanto clamor perdido,
Que cual moruna algazara
Las selvas y montañas ha invadido!

Habia cerrado la noche.

La luna asomaba su bronceado disco sobre un trono luminoso que parecia estender su pabellon radiante, brotando en la línea de oriente.

Un vapor blanquisco y plateado rodeaba el horizonte como una aureola diáfana, en torno del cual izaba el firmamento su magnífico pabellon de estrellas.

El sendero que atravesara la cabalgata era sumamente difícil, casi intransitable: no era ya la hermosa y cómoda calzada del castillo con sus alamedas frondosas, sino una senda pedregosa sembrada de guijarros calcáreos que rodeara un áspero collado de cuarzo silíceo con sus breñas cortantes y resbaladizas, donde apenas habia vestigio de vejetacion, escepto algun que otro grupo de palmeras silvestres, y un enorme pino doncel que se elevaba como un espectro allá en la cumbre granítica de un peñasco.

Traspuesto este, halláronse en una selva oscura, obstruida

por la maleza que interceptara el tránsito como una red insuperable, y en la cual internáronse desde luego.

Una porcion de liebres y cervatillos saltó de improviso, brincando, corriendo, y desapareciendo luego como exhalaciones, en términos de no poderles seguir la pista.

Sin embargo, Constanza, que ardia en impaciencia, mandó á Elvira que diese la señal, y la hermosa guerrera descolgó de su cuello un cuerno de plata con embocadura de nácar, que llevó á sus lábios, modulando un sonido espresivo y agudo, que comprendieron todos ser la señal de embestida.

Y en efecto, por un movimiento rápido y espontáneo, lanzáronse todos á la persecucion de las piezas, que volaban, se escabullian y probaban saltos elásticos, con los cuales mas de una vez lograban eludir la eficacia de aquellos hombres intrépidos, que llevaran no obstante la desventaja de un terreno desfavorable y apenas conocido.

Fué aquello una dispersion pronunciada y completa. Los villanos diseminároнse al acaso por el laberinto de arbolado y malezas: las temerarias jóvenes fueron las primeras en estraviarse en medio de aquella masa desconocida y lóbrega, sin mas guia que aquellos fieles perros que las precedian infatigables por tan arriesgados senderos.

Pero cuando todos vagaban errantes en el centro de la tenebrosa espesura, un clamoreo disonante que llevaba en su eco todos los accidentes de un diapason horrible por la degradacion variada de tonos, se elevó de aquella selva peligrosa: un *¡ay!* prolongado y lastimero que se reproducia incesante, como la voz de *¡alerta!* en una plaza sorprendida, ó como el fatídico y desesperado acento del agonizante náufrago, hendió el espacio con un eco vibrante y sombrío.

Por dó quier aquel grito doloroso hallaba una respuesta lúgubre que alarmaba mas los ánimos sobrecogidos de un funeral presentimiento, y los corazones se comprimian palpitantes en medio de una ansiedad letal y augustiosa.

Constanza, animosa siempre hasta la imprudencia, preparó el arco, probó la tension elástica de su cuerda, sacó dos flechas, y seguida de su incansable compañera, hendió la espuela en los ijares de su cabalgadura, y lanzáronse ambas á la ventura en veloz carrera.

Solo que, en medio de la rapidez de su curso, Elvira pudo notar que los perros que las precedian deteníanse á trechos, como fascinados por una causa desconocida, y luego continuaban su marcha, trémulos y sobrecogidos por un visible pánico.

Poco despues observaron ambas que se estremecian sus cabalgaduras, hasta el punto de suspender su carrera con una fria é inesplicable inmovilidad.

Y en vano trataron de estimular á aquellos pobres animales que temblaban cada vez mas, vacilando sobre sus jarretas y rebelándose contra su mismo ánimo. Parecian enclavadas allí por encanto.

No se hizo esperar por mucho tiempo la causa del misterio: una hermosa cierva herida y seguida de sus cachorrillos, jadeantes, vertiendo sangre y medio exánimes, pasaron como una flecha á corta distancia, llevando una regular ventaja á un oso feroz que les seguia bramando furiosamente y haciendo retemblar los montes con su tremendo eco.

De trecho en trecho deteníase la fiera, herida tambien, para lamerse la sangre que iba vertiendo y arrancarse algunas flechas que todavía llevara clavadas en aquella piél curtida por la naturaleza y por la inclemencia del desierto.

Un rayo de luna que se deslizó por entre las frondas del arbolado, ofreció á la vista de ambas jóvenes á este carnívoro con toda su ferocidad implacable.

La gritería de los villanos dejábase oir aun muy remota para que pudiesen llegar á tiempo de salvarlas, y sin embargo, las animosas jóvenes no decayeron de ánimo, aun á vista de tan inminente riesgo.

La fiera, que iba tambien dejando un rastro de sangre, detúvose de repente, erizó el pelo de su lomo, levantóse sobre sus piés y dejóse caer, vertiendo un rugido, sobre el vientre de la yegua de la baronesa.

En tal conflicto no abandonó á esta su presencia de ánimo, antes por el contrario, impelida por una serenidad increible en tales casos, sacó de su cintura un pequeño puñal buido que jamás abandonara y que manejaba con singular destreza, y lo hundió en el cráneo de la fiera.

Cayó esta aturdida por el golpe, pero no tardó en reponerse: la sangre hervía á borbotones en la herida, que debia ser mortal, pero que todavía alentara al oso, por haber quedado dentro el puñal hasta la guarnicion, circunstancia que dejaba indefensa á la jóven y espuesta á una muerte positiva.

Pero cuando el carnívoro, escitado por el estímulo de su dolor mismo iba á arrojarse furioso y rugiente á despedazar á la dama, Elvira, que pudo comprender el peligro que corria su compañera, arrojóse intrépida de su caballo, dispuesta á jugar por ella su propia vida.

Interpúsose animosa entre la baronesa y el mónstruo, y al tiempo que abria este sus horribles garras para devorarla, le introdujo por la boca su enorme espada, cuya hoja salió luego por un costado, aniquilando y postrando las fuerzas del oso,

que al punto midió el suelo con un bramido bronco y supremo.

Precisamente al mismo tiempo llegaban á este sitio los cazadores.

Hallaron á Constanza medio desmayada, y á la animosa Elvira, ufana con su triunfo y llena de satisfactorio orgullo, por ser la heroina de la jornada que decidiera favorablemente la vida de la baronesa, y acaso tambien de la suya propia.

Tenia su casco lleno de agua, y rociaba el rostro pálido de su compañera, quien, merced á este auxilio, volvió lentamente á la plenitud de sus sentidos.

En un instante reuniéronse todos los villanos que tan involuntaria, como imprudentemente, habian acorralado al oso, poniendo en inminente riesgo la vida de su buena señorita, quien, sin el auxilio de su compañera, indudablemente hubiera sido víctima de aquella calaverada.

Era admirable la solicitud con que se disputaban todos los mas insignificantes servicios de la castellana; guardaban silencio, por no incomodarla en aquel estado de debilidad, mientras que alguno que otro imbécil vengaba en el cadáver de la fiera aquel desastre sensible, hundiendo en él sendas puñaladas.

Cortaron luego ramas de encina, y construyeron sobre ellas una especie de camilla portátil, muelle y cómoda, donde colocaron á la baronesa, dirigiéndose luego al castillo.

Llegaron al amanecer, cuando la aurora plateaba las colinas y el planeta precursor del dia brillaba en el oriente como un punto de fuego pálido.

Oíase el canto perezoso y soñoliento de los villanos que repasaban el rio en ágiles barquillas, entonando alegres algunas cantinelas.

Silbaba un fresco airecillo que agitaba los cañaverales de la

ribera, confundiéndose con las suaves y refrigerantes ráfagas de la brisa perfumada del valle.

Y en medio de aquella ténue claridad vacilante, todavía condensada y vaporosa, destacábase la sombría mole del castillo con sus canzorros y góticas almenas, sus banderolas flotantes sobre los techos de pizarra como en un dia de fiesta, y en segundo órden, casi á la misma raiz del muro, veiánse blanquear grupos de cabañas y caseríos informes que se borraban y confundian en las medias tintas del crepúsculo.

Un toque de corneta, modulado por la jóven Elvira, anunció el regreso de la baronesa y su comitiva, y al punto se oyó crugir el rastrillo y cayó el puente levadizo con atronador estrépito.

CAPÍTULO IV.

El trovador nocturno
Junto al muro almenado,
Con el aire envió tierna querella
A su ídolo amado
Por quien bebe los vientos y se estrella.

Algunos dias trascurrieron desde aquella estraña aventura, cuyo recuerdo horrorizaba todavía á aquellos buenos vasallos tan fieles á su señora, como solícitos por su salud, prosperidad y bienandanza.

La baronesa, fiel á su carácter, no podia resolverse á renunciar á sus escursiones nocturnas y á sus originales proyectos: mal se avenia su habitual viveza é impetuosidad de carácter á circunscribirse á un completo aislamiento campestre, pues no era este su natural elemento. Amaba los peligros, no por un punto de presuncion veleidosa, sino porque verdaderamente no poseia el arte de saber apreciarlos con sus consecuencias; así es

que todos los dias corria inocentemente de un riesgo en otro, sin utilizar jamás una de aquellas terribles lecciones en que solia jugar á veces su vida, su reputacion y aun algo mas.

Respecto á su compañera, era bien diferente: melancólica y flemática por temperamento, aunque dócil como la cera, accedia siempre á las exijencias de la baronesa, violentando su carácter y únicamente por complacerla hasta en sus menores caprichos. Parecia imposible la armonía que reinara entre dos criaturas tan opuestas en índole y genialidad, pues si de una parte surgia el mas desenvuelto coquetismo, de otra brillaba una dulzura pacífica y prudente, moderados visiblemente sus arranques por una aquiescencia pasiva.

Aquella sobrenatural armonía que venia á unir, sin embargo, dos estremos opuestos y antipáticos, debia ocultar un secreto anómalo y terrible, uno de esos sombríos misterios que preparara acaso y fementara una de esas funestas catástrofes, tanto mas graves y peligrosas, cuanto mas se aplaza y comprime el punto crítico de su esplosion.

Tal era, pues, el concepto que alguno que otro observador habia formado casi instintivamente de esta conjuncion singular y estraña, dado caso que ningun antecedente contaban en que fundar un principio relativo.

Una noche, á cosa de las doce, cuando todos dormian en el castillo, se oyó en los alrededores un tropel de caballos que luego cesó de pronto, y que generalmente fué poco notado. Una persona sí lo oyó. Era Constanza, quien debió tener indudablemente alguna idea anticipada de ello, porque aun á pesar de lo avanzado de la hora, no se habia desnudado todavía y se ocupaba en leer un libro caballeresco á la luz de una lámpara de vidrio.

Prestó oido al punto, y su impaciencia se aumentó al oir va-

rios preludios de una música dulcísima, ejecutados prácticamente en varios instrumentos de viento y cuerda, y á cuyo sonido despertó tambien Elvira.

El fulgor amortiguado de la bujía que ardia aun en el mechinal de la chimenea de un dormitorio, fué á reproducir su fisonomía dormitante y calenturienta en un grande espejo que pendia de la pared opuesta.

La palidez de aquel rostro alterado y lívido la aterró: tocó sus cabellos húmedos de sudor, y los halló pegados á las sienes.

Coordinando sus ideas, pudo recordar que habia tenido un ensueño cruel; una de esas pesadillas mortales que paralizan el curso de la sangre y oprimen las funciones del corazon transido.

Estaba celosa...

Cesó el preludio, y varios instrumentos templados en acorde escala, ejecutaron un aire melancólico que tenia un no sé qué de armonia divina, poetizada por el silencio de la noche.

A aquel concierto espresivo siguió una pausa grave, y luego una poderosa voz varonil, acompañada de un harpa perfectamente templada y de una guzla sútil y vibradora, cantó varias endechas con una cadencia armoniosa, apasionada y sublime.

Elvira, que á este tiempo se habia levantado y medio vestido apresuradamente, pudo oir los pasos de la baronesa que salia de puntillas de su gabinete (estaba contiguo al de ella) y luego notó que se dirigia á la plataforma superior de la fortaleza por la escalerilla secreta.

En efecto, no se engañaba. Oyó luego tambien el ligero estallido del muelle de la trampa que tornó á cerrarse por la parte esterior con un sonido estridente.

Esta conducta reservada y tan poco franca de su jóven amiga, hirió vivamente el corazon egoista de Elvira, y un presen-

timiento de cruel sospecha pasó abrasador é implacable, como una rápida exhalacion incendiaria que deslumbró su mente. Era esta la primera vez de su vida que se atrevia á dudar de la franqueza y lealtad de Constanza. Llegó á sospechar desde luego que esta tenia un amante, y que ambos acudian de comun concierto á una cita, recatándose de ella; idea siniestra que ponia en tortura su espíritu herido en lo mas vivo de su sensibilidad.

La música aumentaba sus armoniosos acordes, y Elvira, por un instinto de curiosidad, se asomó cautelosamente por una de las persianas de su ventana, desde cuyo punto podia observarse todo lo que sucediese en el esterior, que correspondia á aquel flanco de la fortaleza.

Vió entonces un grupo estacionado al otro lado del foso, y del cual parecia proceder el sonido de la música. Los rayos vívidos de la luna iluminaban la estatura gentil del cantor, cuya talla elevada destacábase arrogante y majestuosa en medio de un horizonte sereno. Su acento era suave y melancólico, y adquiria á veces una cadencia nerviosa que heria con su eco estridente, sublimando sus agudas notas en un torrente de armonía, á que prestaba nuevo realce aquel cuadro solemne de soledad y silencio.

Elvira, conmovida, fascinada visiblemente por aquella mágica voz que tanta poesía encerraba, esperimentó un vértigo de celos que hizo brotar en sus ojos una lágrima fugitiva de ódio, una gota de hiel.

Vió ó acaso creyó ver luego que el cantor agitó en el aire un pañuelo blanco. Otra y otra vez se repitió aquella señal, que desde luego adivinó seria contestada por su ingrata amiga; y cuando pudo adquirir esta conviccion, una violenta llamarada pareció subir y abrasarla las sienes.

Nada vió ya, y se retiró maquinalmente á su dormitorio con el alma acibarada, herido el corazon y destrozado por el demonio de los celos, ese tormento inexorable que ha sido el verdugo de tantas víctimas.

Un momento despues el trovador y su numerosa comparsa desaparecian por la vereda escusada del castillo, mientras la baronesa se restituia á su retrete con la mayor cautela.

—¡Terrible noche! esclamaba Elvira con mortal despecho y arrojándose furiosa sobre su cama.

En efecto, habia asistido á un misterio, cuyo desenlace cometió á su mismo disimulo.

En aquella fisonomía varonil y enérgica lució entonces un destello de fulminante amenaza, y en sus facciones exaltadas por un roedor sarcasmo, brilló algo de infernal y diabólico, como esa belleza equívoca y salvaje que se atribuye al rebelde espíritu.

Aquello era el reflejo del secreto volcan que fermentara en su pecho y abrasaba sus entrañas coléricas.

Para apagar aquel volcan intenso é implacable será necesario todo un diluvio de sangre y lágrimas sin cuento.

¡Terrible noche! si, muy terrible debiera ser, con sus consecuencias y resultados de aciaga memoria.

CAPÍTULO V.

Elvira de Monferrato ó Benferrato.

Digamos algo acerca de la venida al castillo de Elvira de Monferrato, segun se hacia llamar esa hermosa jóven, tan me-

lancólica, tan celosa é impresionable, y cuyo verdadero orígen era un misterio.

Gaston de Arriaga, conde de Monforte y baron de Stella, por parte de madre, no perdonaba medio de satisfacer los menores caprichos de su hija única Constanza, niña todavía, pero que iba ya á entrar en ese periodo de atractivos y merecimientos que inauguran un desarrollo precoz y marcan la línea que separa de la mujer á la niña.

Por un principio sistemático diametralmente opuesto á las costumbres rígidas de aquellos hidalgos solariegos, el conde, lejos de aislar bajo un violento espionaje á su hija, prestábase condescendiente á todo género de exigencias por parte de aquella niña mimada, aunque se traslimitasen á veces del círculo del decoro, con tal que lisonjearan sus caprichos.

Así es que Constanza, dando rienda suelta á su desenvoltura, amaba y aun provocaba los peligros; bien es verdad que no los comprendia ni apreciaba. Alternaba con los hombres en sus empresas laboriosas y en sus penalidades, soportaba incansable las fatigas de la caza y montería, é introduciéndose en todos los negocios y conversaciones, adivinaba perspicaz las reticencias que se imponian á su candor, en todo lo cual complacíase su padre.

De tal suerte, estimulada por aquella complacencia misma, fué nutriéndose de veleidosos caprichos aquella impresionable naturaleza, hasta el estremo de formar el tipo puramente escepcional de su sexo.

Afortunadamente la honradez y buen ejemplo que veia en las sanas costumbres é irreprensible conducta de su padre, preservó á Constanza en la esfera de la virtud, conteniéndola en los límites de la moralidad; de suerte que, fuera de sus escen-

tricidades veleidosas, la severa simplicidad de sus actos no desdijo jamás del pudoroso carácter de la doncella pura.

Acaeció, pues, que el conde dió una caida del caballo, de cuyas resultas, combinadas con otras causas, se declaró una fiebre maligna que le arrebató la vida violentamente, por manera que la pobre niña quedó huérfana en la época mas peligrosa de su vida, y á merced de los cuidados de una pobre mujer de orígen desconocido que habia servido ya algun tiempo en el castillo.

Esta mujer ya anciana es la misma á quien dimos á conocer en el capítulo primero del presente libro, bajo el nombre de Beatriz.

Constanza, pues, altiva y exaltada por las deferencias de su padre, lejos de obedecer los preceptos de su anciana aya, la desatendia con el mayor descaro, y hollando el respeto debido á lo menos á sus canas, solo conocia por norte su voluntad propia; verificaba sus escursiones solitarias por el bosque, aun espuesta á los mayores riesgos, á pié, á caballo, de todos modos, y siempre estaba en abierta contradiccion con la dueña.

Cierto dia por la tarde se presentó en el castillo una jóven bien parecida, algo morena de tez y vestida decentemente: pidió con instancia una audiencia de la baronesa, á cuya presencia fué conducida una vez otorgado el permiso.

La conferencia fué breve, dijo llamarse Elvira de Monferrato ó Benferrato (sinónimo que no ha fijado aun la historia), pobre jóven á quien queria violentar su familia para que tomase el velo de novicia, con el fin de apropiarse la herencia de sus bienes; y como no era esta su vocacion, habia huido de cierto pueblo de la vecina Francia, donde habia nacido, y donde habiéndose tambien criado, poseia un reducido aunque decente

patrimonio; concluyendo por apelar á los buenos sentimientos de la baronesa, para que la acogiese bajo su proteccion, único medio de burlar los conatos codiciosos de su familia y salvar su porvenir y libre albedrío.

Era tal el acento de conviccion que dió á estas palabras tan interesantes sus episodios, que brotó del pecho de Constanza un impulso de simpatía hácia aquella pobre mujer que apelaba á su generosidad con tanta franqueza; por manera que al punto acogió la pretension con una alegría entusiasta, y sus nobles aspiraciones halláronse pronto en contacto con aquella jóven tan de su agrado, y que tan útil iba á serla en su orfandad solitaria.

La vieja Beatriz dicen que palideció al ver á aquella criatura tan interesante, que tan francamente se habia introducido en lo que llamaba ella su casa; pero la baronesa así lo dispuso, y fué hecho.

¡Ay! aquella palidez debió responder á un remordimiento oculto, á un recuerdo tal vez amenazador y criminal...

La jóven advenediza, indiferente al pronto, pudo apercibirse luego, ó creyó notar que la vieja la dirigia miradas oblícuas, magnéticas y escrutadoras, y aun observó que aquella mujer se retiró, ocultándose detrás de la mampara el dia de su presentacion en el castillo, y recatándose de ella se persignó tres veces, como si viera al mismo demonio.

—Hé aquí, dijo para sí, la clave del misterio.

Desde aquel dia las voluntades de ambas jóvenes se fueron estrechando con un doble vínculo fraternal y recíproco, robustecido por la mútua simpatía de sus ideas; bien que Elvira parecia habitualmente forzada á aquellas estravagancias de la baronesita, al paso que miraba con cierta prevencion reservada á Bea-

triz, sorprendida á su vez siempre que se hallaban frente á frente.

¡Estraño proceder!

Y sin embargo, no era ódio, sino instinto acaso, el móvil de una y otra.

Tal era, pues, esa misteriosa Elvira que figura con uno de los caractéres de primer órden de nuestra narracion, y estos son tambien los únicos pormenores que ahora podemos adelantar acerca de ella sin faltar al plan propuesto.

CAPITULO VI.

Sorpresa in fraganti.—La provocacion.

Desde el acontecimiento últimamente referido, Constanza, agitada por una viva impaciencia, parecia siempre sumida en profunda é indiferente abstraccion respecto de Elvira, aquella Elvira adorada, para la cual nunca habia tenido ella un secreto, y á quien diera en otro tiempo reiteradas pruebas de un amor y confianza sin límites.

Elvira, por su parte, reservada y astuta, no pareció apercibirse de ello, encerrándose en el frio círculo del disimulo y y esperando acaso que por este camino llegaria con el tiempo á aclarar aquel horizonte cargado de nubes que tanto pesaran sobre su alma combatida.

No habia duda ya para ella: Constanza debia tener un amante.

Y sin embargo, esta probabilidad debia trasformarse en certeza; necesitaba además una prueba concluyente y fija. A este

fin dirigió sus esfuerzos la vengativa dama: un imperioso deber se lo exigia.

De esta suerte trascurrieron muchas noches de insomnio y muchos dias de desesperacion y afanes. Las conferencias de aquellas dos mujeres, sus juegos, sus peligrosos ensayos iban siendo cada vez mas raros, é iban perdiendo á la vez el carácter de dulce intimidad que los distinguiera hasta entonces: aquella estrecha y franca familiaridad que se profesaran antes mútuamente habia sido reemplazada por una actitud recelosa, en cierto modo hostil, y á fuer de cautelosa apenas dejaban traslucir el sensible disgusto interno que las devorara, sino por la fria y estudiada reserva en que iban á porfia ambas.

Elvira, mas esperta acaso que la baronesa en este terreno, solia dejar escapar á veces alguna que otra frase aguda é incisiva, que hacia asomar á las inocentes facciones de esta esa aureola purpúrea que estiende en las mejillas de la mujer amante un velo de encendida grana, y esta era la prueba que venia á dar nuevo pábulo á su cruel sospecha.

Entonces hacíase necesaria una lucha, en la cual debia militar, de una parte la inesperiencia de Constanza, que solo obedeceria en su situacion á la voz de un instinto, y de otra la astucia de su antigua amiga, la cual dejaba de serlo ya desde aquella hora: lucha desigual y arriesgada, empeñada con tanta ventaja por parte de esta, como debia sacar partido de la misma inocencia y simplicidad, digámoslo así, de aquella.

Tal situacion, tal estado de cosas no podian prolongarse por mucho tiempo; debia tener un término, un desenlace nada risueño, y este momento crítico se aproximaba.

Una noche (porque esta es la hora de los misterios que á su sombra toman la forma mas caprichosa y vaga), Elvira termi-

naba de desnudar á su señorita y amiga, segun se titulaban todavía, y despues de haberla dejado acostada, y al parecer dormida, retirábase muda y silenciosa á su gabinete.

Su natural ternura, su ardiente pasion comprimida no se habian desmentido un punto para con aquella compañera, á quien, no obstante su resentimiento de otra índole, amaba con un frenesí entrañable.

La habia estrechado entre sus brazos, y al acostarla en su muelle lecho, habia cambiado con sus lábios de rosa un ardiente ósculo que periódicamente se repitiera á la misma hora.

Un recuerdo aciago vino á disipar entonces, como un soplo maléfico satisfaccion tan grata, y aquella criatura sensible huyó veloz á encerrarse en su retrete y rompió allí en un fuerte llanto.

Allí, sí, frente á frente consigo misma, con sus secretos, con sus recuerdos y pasiones, aquella desgraciada criatura dió curso á su desconsuelo, y en medio del vértigo de su amargura, el eco de un nombre adorado sonaba de cuando en cuando en su mente como una gota de fria nieve que repetia una y otra vez una palabra querida: ¡Constanza, Constanza!...

Todo yacia en silencio, y solo se oia el choque elástico del viento que azotaba los árboles del parque, produciendo un lúgubre gemido.

Elvira, por un secreto é instintivo presentimiento, y no pudiendo conciliar el sueño, abrió la ventana ojiva de su gabinete y subió al pequeño torreon, casi derruido, que se alzaba sobre la plataforma oriental del castillo.

El aire habia aplacado, y la brisa de la noche, embalsamada por los perfumes del campo, refrigeró su rostro. Los rayos de la luna diseñaban á su vista un risueño paisaje, armonizado

por el contraste de tintas que bosquejaban el fantástico panorama de una naturaleza selvática.

Vestia el cielo su estrellado manto, y allá en el Oriente lucian sobre sus promontorios de vaporosas nubes, bronceados celajes y rasgos de tornasol dorado.

A lo lejos grupos de arbolado como manchas de terciopelo grís, colinas, valles y prominencias del terreno, diseñando sobre el fondo azulado del cielo masas y esqueletos fantasmagóricos, que eran las ruinas de una antigua abadía, confundidas entre cañaverales silvestres, irguiendo sus mutilados paredones como flotantes lienzos.

A la izquierda las pequeñas aldeas destacando sus blanquiscos caseríos irregulares con sus torrecillas y campanarios, y mas lejos la aplomada línea de montañas que servian de orla al paisaje, y cuyas dentadas y ondulantes cimas perdíanse en medio de una niebla de brumas cenicientas.

La campana del castillo anunció las doce.

Todavía vibraba el eco del último sonido, cuando Elvira creyó percibir un grupo movible de hombres, al parecer, que se aproximaban cautelosamente hácia aquella parte de la fortaleza, defendida naturalmente por la peña cortada y resbaladiza, y que carecia de foso por ser estratégicamente inaccesible.

De pronto aquel grupo, hasta entonces compacto, fué disolviéndose, desapareciendo por fin totalmente.

La jóven notó que arrojaban desde lo alto una escala de cuerda.

Un hombre ágil y vigoroso comenzó á trepar por ella aceleradamente. El brillo nacarado de la luna hizo reflejar su luciente armadura con un resplandor fosfórico y rutilante.

Una idea cruel asaltó el ánimo de Elvira con una sospecha

que por desgracia se confirmó luego. Una mujer recibió á aquel hombre en sus brazos en la esplanada del muro, y casi al mismo tiempo se oyó un sonoro y ardiente ósculo.

Aquella mujer era Constanza.

El eco de aquel beso apasionado, nervioso y frenético, inflamó mas y mas el volcan de celos que hervia implacable en el pecho de aquella mujer, cuya sangre se enardecia en sus venas como ardiente lava, y cuyas palabras destellaban relámpagos de venganza y llamaradas de ódio; aquel eco vibraba en su oido todavía con un martilleo estridente que estimulaba una sobrescitacion febril, arrobadora y sangrienta.

Entró en su cámara, descolgó su traje de paladin, vistió aceleradamente su armadura de acero, su casco cimerado y su templado arnés: empuñó su broquel y su pesada lanza, incompatible con la delicadeza de sus brazos, y sin olvidar su inseparable puñal buido, ciñó una especie de javalina oriental de un corte sútil y una hermosa y templada daga damasquina de puño cincelado.

Echó la celada sobre el rostro, y estimulada por un rabioso coraje, dirigióse en busca de cualquier aventura, por peligrosa que fuese, siempre que rasgara el velo de su desesperada incertidumbre.

Atravesó los vestíbulos, las rampas y galerías que cruzaran los departamentos del castillo... ningun ruido se oia en aquellas solitarias mansiones, sino el ténue crugido de su armadura que resonaba con el movimiento del paso, y cuyo eco era todavía mayor por la forma acústica de las bóvedas del tránsito, apenas iluminadas por el brillo opaco de varias claraboyas que habia á ciertos trechos.

Detúvose junto á la puerta del retrete de la baronesa, que halló entreabierta.

El mismo silencio, la misma soledad: solo vió agitarse los pliegues de los pabellones del lecho, de donde salió un hombre completamente armado, el cual atravesó la antecámara y se dirigió hácia la puerta con pausado recelo, dirigiendo á todas partes miradas cautelosas.

Elvira le esperaba allí, acechando desde el fondo de la penumbra, trémula y contraida por una alegría feroz. Brillaba en su rostro cierta exaltacion salvaje, y sus pupilas de fuego vibraban rayos de venganza diabólica á través del hierro de la visera.

Allí acechaba con implacable impaciencia á aquel hombre desconocido, cuyo nombre debia importarle bien poco, con tal que fuese, como indudablemente debia ser, amante de Constanza; y apenas acertara á pasar por donde ella estaba, le pondria en la garganta la punta de su lanza y le arrancaria así la palabra de admitir un duelo á muerte, si es que era caballero.

Y si por desgracia no lo fuese, si atolondrado por la sorpresa de aquel ataque brusco é imprevisto, el miserable se negara á admitir el reto por una vil cobardía... ¡y bien! entonces le mataria sin clemencia alguna en aquel mismo sitio.

Por un movimiento maquinal y espontáneo llevó la mano al pecho como para comprimir los latidos de su corazon, y se colocó detrás de un arco apuntado, en parte que la sombra le hacia invisible.

El desconocido, siempre cauteloso, salió por aquella puerta entreabierta que tornó á cerrarse detrás de él lentamente. Un destello de luz vivísimo que brotó de improviso, iluminó la alta y majestuosa talla de aquel hombre, que armado de punta en blanco, atravesaba la estensa galería, haciendo crugir su luciente arnés de batalla, y dando á sus movimientos una elasticidad

sútil, como las ondulaciones de una serpiente cubierta de escamas de acero.

—Tanto mejor, murmuró Elvira con infernal sarcasmo, será un caballero que debe comprender las leyes del honor: al menos me librará de recurrir al puñal y desempeñar el innoble papel de asesino.

Y en su hermoso rostro debió brillar una infernal sonrisa.

A este tiempo el desconocido cruzaba por la cripta inmediata al escondite de la jóven. Saltó esta como una pantera irritada, y con la agilidad de una ardilla precipitóse frenética, colocándose de un salto delante de aquel hombre, cerrándole el paso y enderezándose con provocativa arrogancia.

El desconocido, paralizado al pronto por aquel lance imprevisto, detúvose un momento, y en su aturdimiento mismo dejó caer un objeto que resonó en el pavimento con un sonido metálico.

Elvira recogió disimuladamente aquel objeto.

Era un guantelete de acero.

—Muy bien, murmuró para sí con alborozo diabólico; tengo ya otra ventaja de mi parte; así la provocacion no será mia.

—Eso no os pertenece, dijo el desconocido, apercibiéndose de la accion de Elvira y acentuando sus palabras con una voz bronca, pero visiblemente fingida; dadme esa pieza de armadura y despejad el paso.

—Os equivocais, repuso ella con un cruel sarcasmo; eso no os corresponde ya á vos, es prenda de honor y estoy en mi derecho reteniéndola, mal que os pese á vos; sino sois un buen caballero que sabe sostener su decoro de tal en lances de honra.

Y la audaz Elvira embrazó su rodela, empuñó su espada y se colocó en ademan de provocadora insolencia.

—¡Atrás, víbora! gritó el incógnito, arremetiendo con un brusco ataque de puñal á aquella tenaz criatura que acogió la embestida con una sorda carcajada que heló la sangre de aquel, y se colocó en guardia al punto sin perder una sola línea de terreno.

—¡Hola! esclamó el desconocido con burlesca ironía; ¿espadachin tambien? Tanto mejor para despacharos.

—Quiso ensayar otro golpe de puñal, que fué parado con igual maestría que el anterior. Comprendió entonces que el lance no podia tener fin sin notable escándalo, y trató de ensayar otro recurso mas prudente.

—¿Qué quereis, pues, quien quiera que seais? preguntó convulso por la cólera que ardia en su pecho con un rugido voraz.

—Medir mi espada con la vuestra y beber vuestra sangre ó daros á beber la mia.

Imposible.

—¿Seriais, pues, tan miserable, que rehusariais empeñar conmigo un lance de honra?

—¡Tened la lengua insolente! replicó aquel hombre, dominando visiblemente un arranque colérico y vertiendo una insensata blasfemia.

—¡Cuidado, que os descomponeis, en términos que necesitaré acaso recurrir á mi espada para haceros entrar en razon!

—¡Oh! ¡Esto mas!

—Abreviemos razones y concluyamos por concertar el duelo.

—¡Un duelo! repitió el caballero con un acento rotundo, parecido á un eco sordo y lúgubre. ¿Seriais tan osado?

—¿Y seriais, vos, tan cobarde que lo rehusarais?...

Hubo un momento de silencio, en que la cólera de ambos parecia luchar en secreto con la aparente calma del uno, y el

marcado asombro del otro: al fin el desconocido, haciendo un violento esfuerzo por dominarse, esclamó:

—Basta ya de provocaciones é insultos; respetemos el honor de esta casa, y... despejad el paso. Yo os perdono la ofensa de vuestros denuestos, que... creedme, es la mas plausible victoria que pudiera la suerte haberos deparado sobre una persona de mi gerarquía.

—¿Y sois vos quien habla aquí de honor, infame? ¿Vos que habeis venido á profanar el santuario doméstico y acaso tambien á arrebatar la honra de una doncella? Pues bien; si así es, si habeis violado á esa vírgen, es preciso lavar esa mancha inmunda, y... creedme, manchas de esa clase solo se lavan con sangre.

Elvira dió á estas últimas palabras una entonacion fatídica llena de venenoso sarcasmo.

—¡Imprudente! ¿Y es mi sangre la que apeteces? ¿Ignoras que si el leon alzara su mano aplastaria al reptil que lo insulta y provoca con tanta imprudencia?

—¡Ah! en ese caso, guárdese el leon de la picadura del reptil, porque su accion es corrosiva y mortal.

—¿Quién sois, pues? interrogó el apurado caballero.

—Lo habeis dicho vos; seré tal vez, un reptil, un pigmeo acaso á vuestro lado; pero que no por ello os cede en tenacidad y saña. Y vos, ¿quién sois y qué derecho teneis para preguntarme mi nombre que acaso yo mismo ignoro y que no estais autorizado á exigirme sin revelarme antes el vuestro, al que dais tan alta importancia aplicándole el epíteto de *leon?*... Yo os demando á mi vez el nombre vuestro.

—Imposible.

—¡Imposible! Alzad, pues, la celada y yo haré otro tanto; conozcámonos al menos de rostro y reservemos lo demás.

—No puede ser, creedme.

—¿Por qué no?

—Porque al brillo de mi pupila cegariais.

—¡Ah! es verdad; he oido decir que el ojo del leon brilla en las tinieblas de la noche oscura, replicó Elvira con un sarcasmo irónico hasta la insolencia; y esto debe ser tan cierto, como que la vista del cobarde procura velarse siempre cuando tiene que encontrarse con la del valiente que le demanda su honra ó su sangre. En fin, puesto que he agotado ya todos los recursos imaginables para provocar vuestro amor propio ó vuestra cólera, sin conseguirlo, puesto que no circula por vuestras venas la sangre del honor caballeresco, os abandono á vuestro albedrío. Dios me ha despejado la mente de las ideas que tenia ahora mismo de asesinaros; él me libre de esa tentacion criminal... Salid, salid, pues; este es el guante que me habeis arrojado y que he cogido, creyendo que era el de un caballero: tomadle, pues, no quiero prendas de un cobarde vil.

Y así diciendo, arrojó el guante al rostro del desconocido, produciendo un crugido sonoro en el acero de la visera.

Vertió él un rugido sordo, y aun hizo un movimiento de indescriptible cólera que dominó al fin con cierta desesperacion marcada.

—Dia llegará, esclamó con una voz convulsa, en que se cumplan vuestros deseos. Adios, pues, y preparaos; yo os empeño mi palabra de que os pesará el insulto de esta noche, y que no podrá perdonaros mi propio decoro.

CAPÍTULO VII.

En el cual se despeja una incógnita.

La máscara cayó, que tiempo era
De arrojar ese velo
Y presentarse fiera
Esa lucha de horror, franca y sincera,
Fatídica, insultando al mismo cielo.

Elvira, enervada por aquella lucha que con tanta ventaja sostuviera, y perdida su mente en un caos de vacilaciones á vista de un misterio que no comprendia, permaneció al pronto aterrada, muda, fria é inmóvil, apoyada sobre la pared como una estátua contra su pedestal truncado. Sin aquel apoyo indudablemente hubiera caido anonadada bajo el peso de su propio terror.

Aquella impresion pasó lentamente, como esas sombras imaginarias que sorprenden la fantasía y solo dejan luego un recuerdo vago de su quimérico ser. Poco á poco descendió de su rapto, y sus ideas recobraron gradualmente su primitiva energía: mil ideas contradictorias cruzaron por su mente, iluminada por accidentes vagos, como los fenómenos de la linterna mágica, que sorprenden la ilusion por medio de las creaciones ópticas del artista.

Sacudió de pronto su hermosa cabeza, como el centinela á quien sorprenden dormido; pasó la mano por la frente como para disipar una idea torcedora, y entonces no fué ya terror, sino un impulso vehemente de ódio y venganza mucho mas intenso que antes: una llamarada voraz inflamó su mente, que ardia en un infierno de celos. La víbora habia refocilado sus fuerzas y recobrado toda su venenosa energía.

Hasta llegó á echarse en cara su falta de ánimo, cuando la suerte ó la fatalidad pusiera á aquel hombre en sus manos, y necesitó llamar en su auxilio toda su rencorosa prudencia para resistir al impulso que tuvo de salir en busca de aquella persona venturosa ó maldita, para provocarla de nuevo ó asesinarla, quien quiera que fuese, porque en ocasiones dadas se desconocen las gerarquías y se salta por todas las barreras.

La vengativa jóven concluyó por adoptar una resolucion suprema que rasgara el velo del profundo arcano que existiera hasta entonces, y que iba á dejar de serlo dentro de breves instantes. La hiel que hervia en su pecho rebosaba ya, y no era fácil contenerla en tan reducidos límites.

Una halagüeña esperanza, que acaso llevara envuelta su propia felicidad y su porvenir, habia mantenido siempre el sello de aquel terrible arcano, cuya revelacion debia causar una escandalosa impresion en el castillo.

Trémula, con paso vacilante y alentada únicamente por su mismo rencor, la exaltada jóven se resolvió á verter el vaso de la ponzoña hasta tanto tiempo comprimida, aun á trueque de destrozar su propio corazon. Entró, ó por mejor decir, se dejó arrastrar por su misma cólera hácia aquella pieza funesta que servia de dormitorio á la imprudente Constanza, separó el batiente de su dorada moldura é introdújose con paso inseguro.

Un pálido reflejo iluminaba débilmente aquella mansion silenciosa, confundiendo y borrando los dibujos asiáticos de las tapicerías, los bustos severos de familia colocados en marcos preciosos de filigrana con labores de crestería, los lujosos muebles embutidos de nácar, los mosáicos alicatados del pavimento medio cubiertos por alfombras pérsicas, y los pesados cortinajes de damasco y terciopelo recamado con orlas y franjas de tisú,

medio borrado todo por el destello opaco de la oscilante lámpara, en torno de la cual flotaba una movible aureola.

La alcoba donde se hallaba el lecho de la baronesa estaba cerrada por un cortinaje de brocado amarillo, cogido á pabellones sobre el cornisamento gótico del friso en tercer órden. A través de aquella cortina suntuosa oíase la agitada respiracion de Constanza, que dormia ó fingia dormir con un sueño profundo.

Elvira descorrió, toda trémula, los pliegues de aquel velo, y detúvose á contemplar el cuadro con cierta espresion maligna y diabólica.

El lecho estaba desordenado, y las sábanas de finísima batista arrastraban por uno de sus estremos, apenas sostenidas por las columnillas angulares de bronce con pomos de plata córnea. Una arandela, tambien de plata, alumbraba, como hemos dicho, aquel retrete, esculpiendo sobre las paredes un baño de violada púrpura.

Sobre aquel lecho yacia, en una voluptuosa postura, vestida con una especie de peinador de muselina blanca, la hermosa castellana, sumida, al parecer, en un profundo sueño, y denotando en la dejadez é indolencia de sus miembros una laxitud fatigosa.

Uno de sus blancos y torneados brazos colgaba del lecho, mientras que sobre el otro reclinaba su linda cabeza, orlada de profundos bucles que rodeaban el lindo perfil de su rostro semigriego, que pudiera ofrecerse por modelo á la estatuaria, así como sus demás formas mórvidas de una perfeccion verdaderamente académica.

Elvira, en cuya mirada lúcida parecia traslucirse cierta criminal codicia, rodeó cautelosamente el lecho, practicó cierto

reconocimiento escrupoloso, y cuando húbose persuadido de que ningun riesgo podria correr, volvió atrás, cerró interiormente la puerta del dormitorio y tornó luego á aproximarse al lecho de la baronesa. Al practicar nueva investigacion en aquel recinto del reposo, la vengativa jóven tropezó con un objeto.

Cogiólo con ansia, y vió que era una garzota de cimera.

Un rayo que cayera á sus piés no le hubiera impresionado tanto como aquella prueba, que venia á disipar sus dudas de una manera concluyente: sí, porque Elvira aun dudaba, y como la duda suele seguir todo el curso de la incertidumbre, tomando una parte activa en esa lucha moral en que por tanto entra el egoismo, hasta llegar al periodo de conviccion, de ahí esa impresion terrible y decisiva que disipó sus vacilaciones, fijando la verdadera faz del suceso, cuyo desenlace en cierto modo preveia.

Elvira vertió una sorda aspiracion de sombría cólera, y sublevada por su misma esplosion, sacudió el brazo de la baronesa, oprimiéndolo por la muñeca con una fuerza convulsiva, con una crispatura nerviosa.

Despertó Constanza sobresaltada, y aun trató de incorporarse y saltar maquinalmente del lecho; pero aquella mano atarazada con una fuerza tenaz, sujetándola en aquella postura inmóvil, como si fuera un tornillo de hierro.

—¿Quién sois? esclamó con despavorida sopresa y cubriéndose instintivamente con la sábana por un movimiento pudoroso.

Elvira alzó entonces la alambrera que cubria su rostró, lívido por la cólera, contraidas sus facciones por una exaltacion feroz, y destellando sus ojos un brillo de sarcasmo diabólico.

Constanza fijó su vista, estraviada en aquella fisonomía tan dulce, tan simpática en otro tiempo y alterada ahora por una

descomposicion infernal... Nunca habia irradiado de aquellos ojos un fuego tan fosfórico y tenaz; nunca aquel semblante, tan gracioso y gentil, se habia rodeado de tan amenazadora espresion. La baronesa, respondiendo acaso á un presentimiento oculto, se estremeció de espanto.

—¡Por piedad! esclamó toda trémula, fijando aquella suplicante mirada en el semblante airado de la jóven; por piedad, Elvira mia, ¿qué me quieres á esta hora? Apenas reconozco en tí á aquella fiel amiga que tanto me ha amado; dí, ¿por qué me estás atarazando tan cruelmente? ¿En qué he podido yo ofenderte?... Suelta, me haces daño, Elvira.

—Teneis razon, no soy ya esa Elvira á quien tanto habeis amado, y que tanto os amó y ama todavía: esa Elvira se ha trasfigurado; el ódio que inflama sus venas le ha convertido en un ser abominable y monstruoso, sí; porque en esas venas no circula ya sangre de humanidad y de misericordia... porque una lluvia de maldicion ha rociado de amargura mi alma y ha enfriado el depósito de caridad y dulzura que un tiempo vivificó mi espíritu é iluminó mi alma con la luz de la clemencia. Porque la llama del ódio que me devora ha hecho descender sobre mi cabeza el anatema del cielo... y héme aquí con el corazon vacío de fé, exhausto de afecciones, cadáver pestilente arrojado al osario de la desesperacion; ese peligroso terreno donde resbala la víctima, triste refugio á que apelamos cuando el desengaño nos precipita desde el mentido sueño de la ilusion mas grata.

—No te comprendo, amiga mia, esclamó Constanza cada vez mas consternada por el discurso enigmático de su estraña colocutora, la cual continuó con una de esas crueles é irónicas sonrisas que deslumbraban la vista de la baronesa.

—Escuchad: hubo un tiempo en que el título de *amiga* halló

un eco simpático en mi corazon, que respondió al eco de esa palabra mágica, y que no tiene equivalente en el lenguaje de los hombres; pero ¡ay! añadió, oprimiendo con mayor vigor aquel brazo de nieve; esa misma palabra, cuya armonía difunde una plenitud inefable de goces en la vida intelectual de la criatura, se sublima á otro grado supremo que lleva en sí otro nombre divino disfrazado con la palabra *amor*.

—Pues bien; continuó acentuando lentamente su trémula voz, á la que gradualmente iba dando una vibracion cada vez mas febril y estraña; esa palabra sublimada á ese grado eminente ardia en mi pecho con una vehemencia latente y enérgica... Porque era el soplo germinador que me animara, y sin el cual no hubiera tenido vida... porque era, en fin, el hálito del mismo Dios, potente, ideal y sublime, que dilata el alma y la eleva á una esfera suprema é inmediata á las gerarquías celestes. Y fascinado por ese mismo vértigo que enloquece y estravía en su mismo rapto sensible, hube de apelar á un ardid para encubrir, bajo el velo de la modestia y del disimulo, ese franco y generoso afecto que concentra el primer deber impuesto por el Criador á la criatura respecto de sus semejantes; y partiendo de un principio sistemático, el amante adoptó las formas aparentes de mujer, porque este era el único medio que le ofreciera mejores probabilidades en la lucha ruda y difícil que iba á empeñar con un imposible. Ese desdichado fuí yo.

—¡Tú! esclamó toda horrorizada la baronesa. ¿Qué es lo que oigo?

—No alceis la voz, miserable mujer, replicó la fingida Elvira, concentrando cada vez mas su ódio intenso en aquellas palabras de hiel; los dias de maldicion han empezado para nosotros, el astro comun, que parecia sonreirnos, ha velado su disco bajo

una nube sangrienta, y ha plegado sus rayos luminosos en el limbo de la desesperacion mas cruda. Esta grata figura de la amistad ficticia ha sido solo un lúgubre fantasma que agitó sus negras y seductoras alas durante nuestro sueño, meciéndonos en una cuna tenebrosa y maldita; y toda esa aparente ventura que nos halagara en el periodo equívoco de nuestro letargo, ha huido como una de esas raudas parábolas que incendian de luz la zona para envolverla luego en una masa de tinieblas.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Constanza, juntando las manos y poseida de una contraccion nerviosa provocada por el terror que la inspiraran aquellas revelaciones siniestras. ¡Dios mio, Dios mio! es muy estraño todo eso.

—Y sin embargo, continuó su interlocutor con su infernal sarcasmo, es, por desgracia nuestra, bien cierto: escuchad los pormenores de ese sangriento episodio, teneis un derecho á ello, sí, porque luce allá á lo lejos un punto terrible y fatídico que concentra su desenlace sangriento, y todo esfuerzo se declarará impotente ante la inclemencia de esa misma fatalidad inexorable que nos persigue. Oid, pues, y estremeceos.

—Ese hombre insensato que amaba con frenesí... á vos, que erais su vida, su porvenir, su Dios... que hubiera dado en cambio de ese amor frenético su misma existencia, y acaso tambien algo de su eternidad (¡perdóneme Dios esta locura!), ese mismo hombre tuvo la suficiente calma de esperar en medio del piélago de su desesperacion cruel, la hora feliz, aunque incierta, de que una casualidad cualquiera anudara ese acto supremo y grandioso, solemne, sublime y heróico de la voluntad mútua santificada por el afecto recíproco.

¡Ay! que el alma entera se fundia á impulsos de esa ilusion tan pura y halagüeña, de ese fantasma tan risueño y feliz que

parecia columpiarse allá en el horizonte de la posibilidad humana, provocando deseos vagos, dulcísimos y hechiceros, y prometiendo, al parecer, una fruicion de indecibles goces, cuya sola idea sumergía en un piélago de éxtasis profundos y de seductoras imágenes... ¡Oh! y abatido el espíritu, enervado, apenado el corazon por la lucha del disimulo, aunque corroido por el estímulo de tanta ventura posible, la naturaleza solia ceder al vértigo embriagador que torturaba sus resortes y aniquilaban al hombre precipitándole en el caos de la desesperacion mas cruda, despues de haberle elevado á toda la altura de su fantasía.

Y sin embargo, ese mismo hombre, perdido en medio de tanta amargura y sufrimiento, sobrescitado por la lucha, os ha respetado, cual cumple á la lealtad de un caballero, ha saltado la barrera del amor propio ofendido, y esto es tanto mas meritorio, cuanto que el hombre enamorado sale de su esfera racional, constituyéndose en una situacion anómala y escepcional que le embrutece y degrada hasta el peligroso estremo de las pasiones.

Pues bien, continuó con una entonacion siniestra; ese mismo hombre que ha guardado respecto de vos una línea de conducta tan honrosa, cual cumple á la lealtad de un buen caballero; que se ha encerrado en el círculo de sus deberes de tal. aun ó trueque de destrozar mas cada dia su corazon calcinado por tan poderoso estímulo... oidlo bien: ese hombre que os guardaba para disfrutar algun dia vuestro tesoro con el mismo interés, con la misma codicia que un avaro guarda el suyo; ese mismo hombre, yo, he tenido el dolor de sorprenderos esta noche con vuestro amante en una cita culpable. Dios me ha infundido el valor suficiente para contener la esplosion que debiera haber arrastrado mi vida al probar ese amargo cáliz que debiera

coronar el acto de mi desesperacion. Y he venido resuelto á darle de estocadas en honroso duelo ó asesinarle si lo rehusaba, aplicando á este caso la frase de Alejandro á Darío, de que: *dos soles no pueden, sino uno, alumbrar al universo.*

Porque erais vos el sol de mi inteligencia, astro fulgente á cuyo brillo cegaban mis potencias, divagando luego sin órden, como puntos perdidos, durante su ocaso. Porque fanatizado yo por el brillo de ese fantasma de la Divinidad en la tierra, me anegaba en un mar de venturosos éxtasis y goces lisonjeros.

Pero ese hombre ha eludido mi venganza, y ha sido tan miserable, que he necesitado insultarle, casi abofetearle, para que entrara en razon de honra, y aun así ha aplazado el duelo, porque indudablemente debe ser un miserable y un cobarde.

Y rechazado, al fin, por esa fria impasibilidad que en ese hombre es un sistema, héme aquí frente á frente con vos, que erais mi vida, que ahora sois mi verdugo, y que luego sereis, tal vez, la víctima espiatoria, porque tal es el decreto del destino.

Y estraviado por su mismo discurso metafórico, este singular personaje exaltábase progresivamente á medida que daba mayor energía y fiereza á su duro lenguaje.

CAPÍTULO VIII.

Capitulacion.

Consecuencia forzosa
Era dar tregua al ódio comprimido,
Airado el corazon, en tenebrosa
Lucha de afectos empeñado, herido
Por llaga cancerosa.

Constanza temblaba bajo el peso de su misma vergüenza, confundida por aquellas revelaciones terribles: mas de una vez

trató de sustraerse á aquella fuerza tenaz que retenia su brazo con una presion cruel; pero su esfuerzo hubo al fin de ceder ante aquella violenta resistencia.

—¡Piedad! dijo con un aturdimiento forzado; no prosigais, me haceis daño y tiemblo al ver esas facciones tan descompuestas: apelo á la generosidad del caballero que reemplaza á la dama por medio de tan ingeniosa metamórfosis, y os perdono á mi vez, como tambien vos debeis perdonar á una pobre mujer que no tiene contra sí otro delito que su misma ignorancia, que nunca ha podido tener la mas remota idea de ese amor, de ese ardid, ó de esa locura vuestra, y todo al menos en gracia de ese mismo afecto que nos hemos profesado, y cuyo recuerdo os aseguro que no se estinguirá en mí jamás. Lo que deseo ante todo es saber vuestro nombre propio para consagrarle una memoria grata y encerrarle dentro de mi alma.

—Nada mas justo, y, sin embargo, poco puede importaros el nombre de un jóven oscuro y miserable, cuyo orígen es, quizá para él mismo, un secreto, y cuya familia no conoce. En cuanto al nombre, dejadlo á merced de los acontecimientos y del tiempo, que se encargarán del desenlace del asunto y sus incidencias; solo os puedo decir que amo todavía: á pesar de todo, y puesto que ya cayó la máscara y el disfraz que encubriera al amante, solo un medio os resta de conjurar el golpe de mi venganza: este medio es bien sencillo; dadme vuestra mano de esposa ó preparaos al ludibrio público.

—¡Oh! esta es una infame violencia que tratais de ejercer con una pobre mujer indefensa, pero á quien todavía sobra valor para rechazar esa brutal coaccion con que quereis humillar su orgullo ofendido. Apartaos, miserable, porque si doy una voz, os suspenderán de una almena como un traidor villano.

Y esplotada verdaderamente por su mismo orgullo, la altiva jóven prodigó mil denuestos é improperios contra aquel hombre, herido en lo mas vivo de su sensibilidad, y en cuyos lábios, contraidos por una cruel sonrisa, parecia rebosar la hiel de sus entrañas.

No era ya Constanza aquella estátua púdica de blanco mármol, envuelta en sus castos velos, y en cuyos lábios vagara tierna é inocente dulzura, sino una furia esplotada hasta el último grado de la cólera, que participaba del veneno de la víbora y de la ponzoña de la serpiente.

Incorporada en el lecho, y sin reparar en su desnudez, por medio de un esfuerzo vigoroso, logró, al fin, desprender su brazo de aquella mano que la oprimiera como una tenaza ardiente.

—Pues bien, esclamó el jóven desconocido, retrocediendo á su pesar, aunque sin despojarse de su habitual sarcasmo, y dando á su voz una vibracion sombría y cavernosa; ya que así lo quereis, corramos un velo sobre el pasado y ocupémonos del porvenir: vela por entrambos el ángel de la maldicion y preside indudablemente la marcha de los astros que deben influir de concierto en nuestro comun destino. Porque si algo debe haber de comun entre nosotros en lo sucesivo, será indudablemente el génio de la discordia, del rencor y de una maledicencia implacable y eterna. Adios, pues, en cambio de tanto ódio que devora mi alma y que mantiene la tea inflamada del aborrecimiento recíproco, la mujer impura, la doncella lasciva que ha manchado su lecho virginal con sus fragilidades, puede vivir tranquila, porque mis proyectos sellan mis lábios, y dormirá ese arcano en mi pecho, á fé de hombre honrado y que cifra en ello el mejor éxito de sus planes.

Ahora bien, prosiguió; intrigad en buen hora, poned en juego todo el horrendo artificio del ódio contra mí: esta es una arma lícita, pero que solo debe tener un carácter simplemente privado entre nosotros; ¿qué adelantariamos con dar publicidad á nuestros actos? Atraernos el escándolo, que es sinónimo del mayor ridículo. Perseguidme, aborrecedme, estais en vuestra línea, y no seré yo, por cierto, quien os dispute el terreno que os marqueis; poned mano á todos los medios, á todos los ardides, por repugnantes que os parezcan: yo os ofrezco en cambio mi recíproca, y sea esta la norma reguladora de nuestras mútuas acciones.

—Sea, pues, si así os place, repuso Constanza, en cuyas megillas rodaban una ó dos lágrimas de dolorosa amargura, abandonadme á la vergüenza de mí misma y libradme de vuestra odiosa presencia, que tantos recuerdos gratos pudiera evocar en mi mente para mayor tortura, y que tantos reproches y flaquezas me pondria en cara. Decís bien, la confluencia de estos dos mares de rejalgar y hiel, no podria producir ya sino desgracias mayores que acibararian mas y mas nuestras almas y producirian mas víctimas, porque la conjuncion de nuestros astros debe ser contagiosa.

—Gracias, replicó aquel hombre, animado siempre de su eterna conrisa cáustica, eco de la mas sangrienta ironía; veo que nos vamos comprendiendo y que nos ponemos de acuerdo en las bases: descuidad, pues, en cuanto á lo demás, el drama será fecundo en peripecias, sí, y lejos de una accion lánguida, yo os vaticino que traerá escenas de gran bulto y que será digna en un todo de sus autores.

El desconocido fulminó otra mirada infernal á aquella pobre mujer abatida que yacia sumida en un parasismo nervioso y aje-

no de toda compasion hácia ella; retiróse con una calma espantosamente glacial, desapareciendo de aquella pieza. Al salir del vestíbulo que daba ingreso á la antecámara, por muy dueño que quisiera ser de sí mismo, ahogó el mas cruel sollozo que jamás se exhalara de pecho humano: tal era su amargura.

—¡Ah! esclamó con una entonacion dolorosa: ¡todo cuanto he amado!...

Al dia siguiente todo eran conjeturas sobre la súbita desaparicion de Elvira de Monferrato.

Constanza cayó en una profunda melancolía, que le atrajo una enfermedad peligrosa y desconocida.

La causa de todo se atribuyó generalmente á la ausencia de la camarera; pero esto solo era una vaga suposicion, porque la baronesa no soltó prenda ni palabra acerca de este incidente, y aun prohibió que se hablara de ello ni se hiciese comentario alguno, en lo cual fuerza es decir que no fué obedecida.

SEGUNDA PARTE.

LAS TORRES DE ALTAMIRA.

CAPITULO I.

La gruta de los abismos.

E hobo un perlado mú guerrero cá reclutaba gentes á sueldo y ventura en guisa de resguardo contra los desmanes del soberano de aquellos dominios. Este animoso magnate era D. Diego Pelaez, y por cierto que jugó en ello su dignidad de obispo.
(Fastos de Compostela.)

L valle de Lemus, tan pintoresco y ameno en nuestros dias, gracias al cultivo de su feraz terreno, era, en la época antigua de que vamos hablando, un vasto erial inculto, donde pacian los ganados de los muy reverendos abades y señores solariegos y jurisdiccionales del país, y cuya vejetacion poderosa era una fuente inagotable de riqueza para los adelantos propagadores de la industria pecuaria.

Apenas algun caminante solia atravesar aquel vasto oasis de

lozana verdura, donde las fuentes brotan por dó quier á porfia, y los bullidores torrentes se deslizan con armonioso murmurio, arrastrándose sobre sus lechos de grava.

Era el crepúsculo de la tarde.

El sol acababa de trasponer las cumbres, y las sombras invadian ya el valle, apoderándose de la vasta llanura, donde proyectaban sus vagas formas.

El aire puro y vivificador agitaba los arbustos de la campiña, y las pequeñas cascadas precipitábanse á la vez, produciendo sonoros chasquidos y vapores leves que se disipaban en el ambiente como torbellinos flotantes que velaran á trechos el espacio, condensando en perspectiva los rasgados senos de las montañas y sus barrancos.

A lo lejos conos truncados, peñascos de estrañas formas suspendidos como en el aire, grupos de pinos y olivares silvestres, bojes, romerales y arbustos de aterciopelado verdor, esmaltaban el cuadro, borrándose en las medias tintas del crepúsculo y confundiéndose vagamente en la masa ténue y casi uniforme del cuadro, limitado por una línea irregular de bronceada púrpura, trazada en el cielo de occidente.

Empezaban ya á brillar las hogueras de los pastores, diseminadas en la montañas de Faramontaos y Aguavelada, cuyas dentadas cúspides marcaban visiblemente el horizonte.

Breñas y asperezas, precipicios intransitables que se desprendian de aquel nudo de pintorescas montañas; prominencias de irregulares formas, gargantas, senos y barrancos, contrastaban con la planicie del terreno, y mas lejos aun, trazando un rasgo oblícuo, pirámides de colosales formas alzaban sus penachos de roca y hendian la profunda cavidad de la zona, palidecida por la degradacion de luz del espirante crepúsculo.

Reinaba un imponente silencio, alterado apenas por la esquila de los rebaños y el lejano balido de las reses.

En la falda de la montaña surgió de pronto una llamarada que se dilató en los aires como una inflamada parábola, y desapareció luego lentamente, lanzando á ciertos intervalos un pálido destello, rápido, fugaz, que se reprodujo cinco veces en progresivo descenso.

Era fácil suponer que aquello fuese una misteriosa consigna concertada.

En efecto, así era.

El lector nos acompañará hasta aquel sitio, confundido ya en la densa oscuridad de la noche, que ha reemplazado al crepúsculo con su lóbrego y tenebroso velo...

No brilla ya la fosforescente llama, ni se percibe el luminoso destello de los astros condensados por una blanca y vaporosa neblina: el cuadro adquiere mayor gravedad y resaltan sus tintas diáfanas en medio del silencio y soledad imponentes.

Siempre inaccesibles riscos, gargantas y desfiladeros, asperezas é intransitables breñas.

Ni un solo caserío, ni una choza, ni alma viviente: apenas algun grupo de arboladura percibíase vagamente como manchas de terciopelo: únicamente, allá en la cumbre, entre collados y derrumbaderos, vióse de pronto una gruta débilmente iluminada por una ténue claridad fosfórica.

Llamábase la *Gruta de los abismos.*

Y en verdad que este nombre estaba en perfecta armonía con su misma posicion topográfica, su situacion entre riscos inaccesibles, y el paisaje solitario y selvático que en torno se desarrollara.

Aproximémonos.

A la puerta de aquella cueva, semejantes á dos estátuas inmóviles, habia dos centinelas que afectaban sostener sobre sus cabezas la pesada bóveda terminada por un toldo saliente de su negra y mohosa peña, y que suspendido como en el aire, asomaba, haciendo avanzar sus atrevidos picos salientes que amenazaran venir abajo.

En virtud de la consigna que dejamos ya indicada, iban llegando presurosos algunos hombres que se conducian con mesurado silencio.

Sus bultos, informes como errantes sombras, destacábanse confusos á través de la dudosa claridad, y rendian luego á los centinelas cierta contraseña convenida, en cuya virtud introducíanse al punto en la gruta, guardando empero la misma cautela.

Y era, en verdad, cosa incomprensible la aparicion tan súbita de aquellos individuos, que brotando sin saber de dónde, escalaban aquellos intransitables sitios, deslizándose como sombríos espectros y arrostrando las tinieblas y precipicios.

Eran todos ellos montañeses tostados por el sol y curtidos por la inclemencia en medio de su vida aventurera y nómade; espadachines á sueldo y devocion de quien mejor pagase, y materia dispuesta para cualquier servicio especial que se les cometiese, y cuyo buen desempeño solia responder ordinariamente á la confianza que se les exigiera, bien que en armonía siempre con el premio que se estipulara, como prenda y galardon del mismo; instrumentos templados á son de oro, preparados siempre á una batida en cualquier encrucijada con las rondas volantes de S. A. el rey de Leon, con quien tenia, por cierto, graves desazones el obispo de Santiago, por motivos jurisdiccionales, segun decia el vulgo, ó bien con cualquiera otra fuerza de la clase que fuere, como que, segun digimos, esta pandilla

independiente y rebelde, acampaba por respeto propio á sus anchas, poniendo á sueldo sus servicios, que giraban siempre en la órbita de un fuero múltiple y mercenario.

Vestian de diverso modo, llevando al cinto su puñal de misericordia junto al inseparable cuchillo de monte y daga buida, amen de su espadon y adarga, y otras piezas bélicas por el estilo, en guisa de marcha siempre ó de combate, por si ocurria realizar de pronto un capricho cualquiera de cuenta propia ó ajena, puesto que, como ya indicamos, aquella gente no solia andar muy remisa en punto á escrúpulos ni consideraciones de cierta índole, ni acostumbraba consultar los medios de llegar á los fines, con tal de llegar á los mismos, aun á través de alguna mancha de sangre.

Porque era cosa generalmente admitida en aquellos rudos tiempos caballerescos de sangre, hierro y amores entre los señores feudales, mantener además de su correspondiente guardia pretoriana, su servidumbre de rústicos jayanes y de envilecidos villanos; sus tercios de lanzas siempre en campo abierto y su grey mas ó menos numerosa de aventureros ó matachines asalariados, todo lo cual entraba por mucho en su omnímoda voluntad erigida en capricho, que adquiria mayores garantías y respetos, segun el boato de que rodeara su gerarquía y sus actos de buena ley.

Pues bien, solia suceder tambien con harta frecuencia que algunos de aquellos mismos hidalgos, arruinados por sus despilfarros, por los desastres de la guerra civil, ó bien por cualquiera otra causa, empobrecian en términos que se veian obligados á licenciar sus mesnadas, reservando únicamente un débil cuerpo de guarnicion que hacia tambien las veces de servidumbre doméstica en aquellos mal llamados castillos con honores de

alcázares, orgullosa antonomasia admitida genéricamente entre los hidalgos solariegos y ricos-homes titulares de la Edad media.

Y de aquellas huestes dispersas, mezcla hetereogénea y disoluta, séres abyectos, corrompidos miembros de una sociedad viciada, abandonados al pillaje y á la indiferencia, formábanse improvisadas huestes mercenarias, ó mejor dicho, pandillas sueltas de aventureros, sin otra bandera, tal vez, que la vagancia, el vandalismo, al abrigo del apoyo incondicional del magnate, y cuyos servicios solian ponerse á precio de almoneda en aquel juego innoble de potestades grotescamente ridículas, puestas siempre en choque y movimiento.

Volvamos, pues, al asunto.

Fijando el punto de alusion convenido, añadiremos que esos mismos hombres que indicamos concurrieran al sitio misterioso, pertenecian á distintas cuadrillas ó hermandades confederadas, haciendo causa comun en determinados lances de honra y provecho convencionalmente empeñados, y distribuyéndose luego el botin que resultara en las empresas á ley y buen criterio de compañerismo.

En el interior de aquella especie de cuenca, y en uno de sus ángulos, sobre un resalte rústico de la misma peña, ardia una tea resinosa, cuya llama azulada trazaba ondulantes destellos, arrojando corrientes de aplomado humo y un fulgor incierto y vacilante.

Luego, entre aquella turba que iba reuniéndose pausada y cautelosamente, llegó un grupo como de diez personas que conducian en calidad de preso, al parecer, á un encubierto, embozado en una gran capa, por cuya orla inferior asomaba el perfil de una sotana de púrpura.

Un gran sombrero de ala prolongada cubria su cabeza, to-

davía jóven, á juzgar por el color de su prolongado cabello castaño, y al movimiento de su paso brioso, firme y seguro, crugia el sonoro choque de su espada contra las mallas de una armadura interior.

Hemos dicho que aquel personaje venia en calidad de preso, y añadiremos que dos de aquellos hombres feroces, sin consideracion ni miramiento hácia el carácter que revelara, conducíanle violentamente á empellones hasta la gruta, donde se detuvieron.

Y ¡cosa estraña! apenas el prisionero, erguida su airosa talla y con paso firme, llegó á aquel sitio; los aventureros, al reconocer su alta dignidad, atónitos por una súbita sorpresa en su mayor parte, inclinaron sus cabezas, balbucearon algunas frases confusas y rindiéronle un profundo saludo.

Formaron todos círculo en derredor del desconocido, quien á su vez, comprendiendo el efecto que produjera su presencia ante aquellas gentes sin alma y aquella especie de fascinacion tan marcada, pareció verter una orgullosa sonrisa que reflejó simultáneamente un rayo vívido de triunfo en aquella mirada ardiente y serena.

Y en medio del profundo silencio que guardaran todos, poseidos como de un sombrío pánico, el incógnito, por un brioso movimiento lleno de donaire y que prestara mayor autoridad á su figura, dejó caer el embozo de su gran capa de vuelo, y pronunció con su poderosa voz estas palabras, á las cuales pareció dar cierto aire burlesco:

—Hénos aquí providencialmente reunidos por la misericordia de Dios, y precisamente cuando tan lejos me hallaba yo de creerlo, ni aun sospecharlo acaso: tan cierto es que los cálculos de la prevision humana caminan mucho mas despacio que esas

mismas leyes providenciales tambien, á cuya influencia no es fácil sustraerse. ¡Y bien! estos dos bravos, por lo menos, son dos muchachos de provecho, y me atrevo á recomendaros su buen comportamiento, como que les juzgo acreedores á un galardon proporcionado á esta hazaña, que es grande y meritoria, puesto que se refiere nada menos que á la prision del muy reverendo en Cristo padre D. Diego Martin Pelaez, obispo de Santiago, y os le han conducido poco menos que maniatado á esta gruta. Yo os pido para ellos el premio de su proeza.

Era, en efecto, el mismo prelado el que así hablaba.

Los aventureros le reconocieron, y cada vez mas confundidos, su habitual fiereza se vió humillada, imponente ante la cáustica ironía de aquel famoso sacerdote, de cuya fama ha ocupado algunas páginas memorables la historia.

Los que le condujeron allí pertenecian á otra hermandad diferente, y cuyos trajes y armaduras merecen una descripcion singular.

Vestian cotas de sencilla malla, arneses africanos y armaduras milanesas sobrepuestas en algunos de ellos, de elegantes vestas con cinturon de correa, sobre cuya parte anterior solia brillar una lámina ó diploma con cierta cifra, que tambien variaba en algunos individuos, como tambien su armamento; desde la maza claveteada de aceradas púas, hasta la ballesta con su templado arco de nervio de buey y la aljaba morisca; desde la adarga de tres golpes hasta la alabarda romana y el espadon gótico, con su correspondiente broquel ó rodela; desde las dagas céltica y buida hasta el puñal ó alfanje damasquino.

Gruesas abarcas de cuero hervido defendian sus piernas curtidas por la inclemencia, y sus piés calzaban una especie de bor-

ceguí de la misma materia, rústicamente cerrado. Sobre sus cabezas, cubiertas de un pesado casco metálico, ondeaba una sola garzota elástica, en todos uniforme.

Luengas barbas y mechones de cabellos rebeldes daban á aquellas feroces fisonomías un aspecto mas repugnante, revelando la verdadera profesion de aquellos prógimos, cuya conciencia, como queda dicho, solia venderse al oro del licitador mas pródigo.

Y sin embargo, tal es el prestigio de la religion, aun entre la barbarie, que arrastra involuntariamente hácia su poderosa mágia los resortes de la conciencia, que es el instinto omnipotente del alma. Diego Pelaez, ministro de esa misma religion tan influyente, no debiera, quizás, sino á su carácter de tal, ese triunfo moral sobre aquella pandilla, cuya pupila parecia apagada en su presencia y como anonadada visiblemente toda su fiereza ruda y salvaje.

El prelado parecia paladear y gozar toda la plenitud de su triunfo ante aquel respeto soberano de que era indudablemente objeto ante los aventureros.

—¡Gloria á Dios y á nuestro soberano pontífice! esclamó con su autorizada voz, produciendo un imperioso golpe de sorpresa, que concluyó de humillar á aquella pandilla mercenaria, la cual, por su parte, tan lejos estaba de esperar aquel rasgo estudiado, y en cierto modo estratégico.

Un *¡Amen!* general resonó entre aquellos hombres como una descarga eléctrica, que respondió al voto de Diego Pelaez, por un impulso unísono, maquinal y espontáneo.

—Parece, prosiguió el prelado, cuyo acento tomaba un punto de autoridad mas enérgico, que os imponen las palabras del sacerdote en Cristo, insultado en su alto carácter por vuestra

malevolencia, ó acaso por un conato de sórdida codicia. Ea, pues, profanos, ¡de rodillas!

Aquellos hombres, cada vez mas humildes, por un movimiento rápido y simultáneo, prosternáronse, como impelidos por una fuerza sobrenatural y estraña, como si un soplo mágico les moviese.

—Así es como yo os quiero ver, fieras medio domesticadas por la influyente sávia de la civilizacion, que aun á pesar vuestro, acaso se os ha infundido. Ni podia menos de suceder así en vosotros, que, aunque relajados y criminales, perteneceis por nacionalidad á esta dichosa España esencialmente católica. Me habeis sorprendido como á un cualquiera, sin retraeros, cuando no, ante determinadas consideraciones sociales, al menos ante la preminencia sacerdotal de mi gerarquía y la santidad del sacerdocio que ejerzo, al cual no podeis dejar de rendir ahora un tributo de inesplicable respeto. Habeis dado, pues, ese paso imprudente, sacrílego, con el intento de robarme acaso, en lo cual habeis llevado un solemnísimo chasco, puesto que las necesidades del prógimo, que no en vano imploran mi caridad todos los dias, y de la cual no creo puedan quejarse, se han encargado de variar hoy mi limosnera, donde no llevo ni un cornado.

Callaron todos, mientras que el prelado continuó con cierta satisfaccion cada vez mas marcada, y que venia á revelar aquella sonrisa, no exenta de intencion, que habitualmente vagara siempre en sus delgados lábios.

—Basta, os confunde el rubor, y leo en esa misma vergüenza la certeza de vuestro arrepentimiento, que ignoro hasta qué punto puede ser sincero y estable: ea, pues, tiempo es ya de acabar, y por cierto que, hallandome en estos momentos á mer-

ced de vuestra voluntad, me guardaré muy bien de decidir el medio, limitándome á preveniros que teniendo á mi cargo gravísimos asuntos de conciencia que están sobre todas las exigencias temporales, de suyo efímeras, redoblan para mí el valor del tiempo, que es de todo punto precioso. Fijad desde luego la suma en que estimeis mi rescate, y dejadme marchar con la oportuna seguridad de poder llegar pronto y sin obstáculo á Santiago.

Uno de aquellos mismos que poco antes condujera allí prisionero al obispo, y que debiera ser jefe de hermandad, adelantó respetuosamente y con dignidad un paso, y dijo, dirigiéndose al mismo, con un lenguaje franco y resuelto:

—Los bravos que os han aprehendido, si bien creyeron habérselas con una persona de alto coturno, nunca pudieron llegar á preveer que pudiera rayar tan lejos la fortuna de su hazaña, y este golpe de mano debe redundar en gran lauro de su fama, célebre ya en la comarca, donde cunde en favorable sentido su nombre, bien sentado por cierto. La equivocacion pudiera muy bien reducirse á un punto convencional de existencia, anulando sus efectos, en gracia al menos del sagrado carácter que os distingue; pero, ¿qué quereis? eso seria una capitulacion, fácil, quizás, de llevarse á cabo, segun la índole de las condiciones que se impusieran mas ó menos aceptables, y para las cuales deben abrirse negociaciones.

—Es decir, repuso Pelaez, con cierta acritud recóndita, que es fuerza abrir conferencias sobre el particular, y tratar luego, como si dijéramos, de potencia á potencia, sin conceder ventaja alguna...

—No, eso no, contestó obstinadamente el caudillo; la suerte ó la casualidad os ha traido á nuestro poder, y...

—La fatalidad, direis mas bien.

—Como querais: tal vez sea eso que llaman Providencia y que debe estar en vuestra cuerda por mas que trateis de desconocerla en este caso; bien es verdad que, segun parece, calzais puntos de fatalista, lo cual, dicho sea con perdon vuestro, desdice altamente de un hombre de tal valía.

Aquello era el epígrama lanzado por la insolencia á la faz de la dignidad torpemente insultada, y que parecia descifrar una intencion malévola por parte de aquel hombre osado. Diego Pelaez devoró secretamente uno de esos ultrajes que nunca sufriera de persona alguna, si bien desentendiéndose en la apariencia, pudo todavía alentar una esperanza sostenida por la fuerza misma de su espíritu; él, hombre de mundo y dueño de esos resortes supremos que solamente son patrimonio de las almas de cierto temple.

—Me hablablais ahora de condiciones respecto á mi soltura, y en verdad que no habiendo otro medio de obtenerla, será preciso resignarse á ellas, por duras que aparezcan, con tal que sean al menos aceptables, aunque á trueque de algun sacrificio.

—Verdaderamente, pues, que comprendiendo el valor de ciertas cosas, el llevar la exigencia hasta un punto al que no pudierais vos llegar sin detrimento de vuestro carácter y de vuestra conciencia, era sentar un imposible, con lo cual ninguna ventaja reportariamos, nosotros que en nuestra situacion precaria necesitamos desviar esos mismos obstáculos para entendernos.

—Veamos, pues, qué pedís vos.

—¿A cambio de qué?

—De mi soltura.

—¿Nada mas que eso?

—Pues ¿qué otra cosa? replicó encogiéndose de hombres el prelado.

Aproximósele confidencialmente su colocutor.

—El terreno está plagado de malhechores.

—Lo sé.

—Los tiempos andan revueltos.

—¡Y bien! Es cosa sabida.

—Las gentes matan mas que Dios.

—Así sucede por desgracia.

—Y tal es la depravacion social que reina...

—¡Oh!

—Que esos mismos delitos suelen quedar impunes con notorio escándalo.

—Sí, es la falta de temor de Dios lo que mas influye; así que todas las clases se escandalizan ante ese inícuo sistema que una legislacion relajada y viciosa ha establecido en estos reinos, trabajados por las discordias civiles, por la barbarie musulmana y por esa multitud de circunstancias, que derivan sus resultados de esas mismas causas radicales nacidas de las pasiones que las producen, como consecuencia necesaria de ellas. Pero volvamos á nuestro asunto, cuya idea hemos distraido: ¿á dónde ibais á parar con vuestras observaciones?

—A nuestro centro únicamente.

—¿Cómo, pues?

—De un modo muy sencillo. ¿Convenís ahora conmigo en ellas, eh?

—Indudablemente, y como consecuencia de todo, en que el trecho que debo atravesar para llegar á mi casa ofrece riesgos atendibles.

—Es que hay medios de atenuarlos y conjurarlos, pudiendo

llegar vos salvo é ileso; y esos medios están en mi mano y á vuestras órdenes.

—¡Ah! ya voy comprendiendo, y esos mismos medios deben tener un premio proporcionado en vuestra tarifa.

—Pues, lo habeis acertado.

—Por consiguiente, formarán en su caso una parte proporcional, integrante y colectiva de la convencion.

—Precisamente, como que al sustraeros en tal caso á esos peligros, mi gente los acepta y los busca, lo cual creo que merece un galardon para esos pobres muchachos que viven á costa de esos percances y trafican con su vida, que no tiene precio.

—En fin, basta de filosofía y abreviemos. Resulta que por equivocacion ó por malicia me hallo en vuestro poder, y lo que es peor, á merced de vuestro capricho, que puede desplumarme, pero que por otra parte renunciais vuestro derecho y me dais soltura, aun mas, me dais escolta y me defendeis á punta de lanza, conduciéndome incólume á mi palacio á través de estos riscos y al abrigo de cualquier fechoría: ¿no es esto mismo?

—Lo adivináisteis; y en cambio de ese gran servicio...

—Dejadme concluir, puesto que conociendo á fondo ciertos pormenores, y comprendiendo la situacion en que os hallais, no se me oculta el medio compensador que pudiérais proponerme en este caso, aun llevado á su último límite. Oid pues.

Y retirándose mas al fondo de la gruta con su interlocutor, mientras que los demás aventureros formaban una especie de cuerpo de guardia junto á la puerta, continuó el prelado:

—Dentro de breves dias deben celebrarse los esponsales de mi deudo el conde de Moscoso y Altamira, Payo Ataulfo, con la baronesa Constanza de Monforte. La alianza de ambas casas

vá á crear un vínculo favorable á mis intereses, por mas que no sea del cumplido agrado de su señoría el rey D. Alfonso, con quien no voy de acuerdo por desgracia en ciertos asuntos: y en tal caso, allá en mi conciencia pecadora, tal vez creo deber coadyuvar moralmente á la realizacion de esa alianza, si se me consultara sobre ella, á la vez que atendida la pobreza de ambos estados, si se les deja aislados en medio de la lucha feudal que por dó quier se agita, pudieran verse aniquilados. En este caso, prescindiendo de cierto género de consideraciones que omito, y reforzada mi influencia con este paso, pudiera yo hallarme entonces en posicion de seros útil, y bajo este precedente voy á proponeros un partido, si bien tomando mi recíproca os impongo á mi vez una condicion indeclinable. Vuestra situacion, como ya dije, es sumamente crítica y apuradísima, hasta comprometida, lo sé, y esto no podeis negarlo: debeis la vida á la justicia, puesto que habiendo levantado pendon y tomado armas contra el monarca, vasallos rebeldes, os colocásteis en una pendiente fatal, y vuestra cabeza le pertenece. No pudiendo, pues, esperar gracia de ese príncipe, cuya inflexibilidad es bien notoria, debeis procurar buscar un refugio, á cuya sombra pudiérais medrar sin contingencia. En Altamira, si se obtiene la sancion de esa alianza de que os he hablado, estoy seguro de que por mi mediacion se os podria admitir á sueldo en las banderas señoriales, si bien se entiende bajo la condicion de todo punto precisa, que acabo de anunciaros, esto es, que habeis de variar de conducta, convirtiéndoos al buen camino, á fuer de cristianos temerosos de Dios y sus santos preceptos, amando al prójimo, no robando ni asesinando, ni cometiendo, en fin, esos repugnantes sucesos que rebajan al hombre ante sus semejantes, rasgando al propio tiempo el pacto social, tan santo é improfa-

nable. De esta suerte podreis hallar el apoyo y proteccion que necesitais, y mi influencia, mas ó menos poderosa, garantizará en lo posible vuestra seguridad, pudiendo tal vez crearos á su amparo, y al del nuevo señor á quien sirvais, un porvenir cualquiera, proporcionado al mérito de vuestras acciones, y convirtiéndoos por último en hombres de provecho.

—Aceptamos el partido, repuso el aventurero, y no creo os arrepintais de vuestro buen deseo, dias ha que un desengaño triste, sujerido por la esperiencia, me infundió una idea idéntica y desde entonces medito cómo debia combinar las circunstancias para poder dar un cuarto de conversion que ha llegado á ser una necesidad apremiante de todo punto. Creedme, este género de vida es bien triste, y aquí como nos veis, solo la necesidad de sacar un partido en medio de nuestra pobreza, nos obliga á darnos ese aire vandálico y á perpetrar actos de rapiña que no están en nuestra conciencia siempre. ¿Qué quereis? el terror lleva sobre la prudencia y moderacion una ventaja, puesto que deslumbrando el ánimo con sus alardes, obra como un ajente enérgico que arrebata sin tregua el fruto de sus sorprendentes estímulos.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Señor, yo, en mi nombre y en el de todos estos buenos muchachos, solo espero el momento de prueba, si así no fuera, almenas tiene Altamira para colgarnos.

—Basta, espero que mi proyecto se convertirá pronto en hecho, y que podreis dar al mundo un buen ejemplo. Héos aquí un nuevo motivo que me obligará á redoblar mis gestiones por lograr la realizacion de esa alianza que ya indiqué, y que debe obtenerse á cualquier costa, aunque solo sea porque debe restituir al buen camino á 25 ó 30 hombres que, vuelta la espalda á

la virtud, tienen al propio tiempo comprometida su vida y arriesgada su suerte.

Una señal de cordial aquiescencia por parte de todos respondió á las palabras del obispo, cuya mano besaron visiblemente conmovidos, así como tambien una especie de pendoncillo muy puesto en uso entonces, y que él desplegó, en el cual estaban bordadas á realce las armas del patron de España.

Diego Pelaez alzó ceremoniosamente el brazo y trazó tres cruces simbólicas sobre aquel grupo de vagabundos medio convertidos, y cuyas cabezas inclináronse de nuevo para adorar la enseña emblemática del Santo apóstol.

Un *¡viva!* entusiasta y sonoro se alzó entonces entre aquella gente perdida, dilatando satisfactoriamente el pecho del prelado, el cual acababa de obtener un triunfo moral sobre aquella grey desmoralizada y díscola.

—Siento, dijo, no tener dinero que daros para celebrar á mi salud este acontecimiento memorable, sin embargo, puesto que es necesario dejaros un recuerdo, sea este, cuyo valor no es cosa despreciable por cierto.

Y despojándose de una magnífica cadena con una preciosísima cruz de brillantes, la entregó al jefe de los aventureros, como se arroja un mendrugo de pan á un perro, para comprar su fidelidad.

Un momento despues, precedido de dos guias y escoltado por un grupo de vagabundos con su jefe, su ilustrísima libre ya y salvo, abandonaba aquellos sitios con direccion á Santiago.

CAPITULO II.

Un casamiento por razon de Estado.

Conciencia y voluntad valen un bledo
Al tratar de alianzas temporales:
¡Diplomática especie, ardiente credo!...
Ante tal prescripcion ¿quién dijo miedo?...
Preparad las coyundas conyugales.

Ha llegado ya el caso de decir algo acerca del matrimonio de la baronesa Constanza de Monforte.

Ante todo vamos á reparar un involuntario olvido, antecedente esencial para nuestro objeto y omitido hasta ahora en la narracion.

Gudesteo de Limia, rico segundon de una opulenta casa de Galicia, habia sido nombrado tutor de la huérfana baronesa por disposicion testamentaria de su difunto padre el conde de Monforte en sus últimos momentos, y cuya institucion, consultada que fué á la corona, recibió la sancion régia incondicionalmente y sin reserva alguna.

Este personaje, hidalgo harto desgraciado en sus ambiciosas empresas, y que cediendo al carácter clásico de aquella nobleza turbulenta y rebelde, probara suerte mas de una vez en las rencillas y colisiones que se cruzaran entre sus altivos magnates, tenaces en su sistema y orgullosos hasta el punto de no tomar en cuenta los accidentes prósperos ó adversos de aquella lucha perdurable por abandonar su empeño, que por otra parte seguian tenaces y con una constancia ciegamente sistemática; este hombre, repetimos, si bien de alta alcurnia, arruinado por su larga carrera de prodigalidades y locas tentativas, sin in-

fluencia moral, reprobado, aborrecido en el concepto público y sobre cuya cabeza pesaran severas responsabilidades, casi viejo ya, achacoso y débil, hubo de ceder forzosamente al destino, y no contándose, al parecer, seguro con sus propias fuerzas ni con las de sus deudos y aliados, pobres señores como él, tambien arruinados por el descrédito y el desórden, aislado, solo en aquel su castillejo gótico, solia siempre retirarse con la sonrisa en sus lábios y el corazon rebosando rencor y ódio, guareciéndose al abrigo de su pupila y buscando un amparo en su propio castillo de Monforte.

Todo esto sucedia hácia la época á que nos referimos.

Sentado, pues, este precedente, volvemos á anudar de nuevo nuestra interrumpida narracion.

Instruido Gudesteo de las relaciones amorosas que mantenia su pupila, segun se aseguraba de público, con el rey Alfonso, relaciones recatadas en un principio, y que, saltando los límites de un escándalo simplemente doméstico, no eran ya un secreto para el vulgo, trató de poner correctivo á aquellos amores culpables que tanto ultrajaran el bien sentado nombre y la notoria reputacion de aquella casa.

Para ello, aun á trueque de arrostrar mil peligros, desplegó una vigorosa energía, hasta el estremo de aislar á la jóven, encerrándola en una de las torres del castillo; con cuya medida logró interrumpir sus galanteos con el rey por algun tiempo.

Contrariado este en su loco empeño, fácil es suponer el grado de irritacion á que llegara su ánimo herido en lo mas vivo de su pasion frenética, así es que juró tomar del hidalgo una cruel venganza, de él, que oponiendo un rudo obstáculo á sus aspiraciones amorosas, proscribia su dicha, abatiendo su amor propio y condenándole á una desesperacion cruel.

Crítica era en verdad la situacion del noble tutor, tratándose de un adversario tan poderoso como el monarca: era muy posible una invasion á mano armada por parte de este, una violacion territorial y aun tal vez el allanamiento de la fortaleza por las tropas del burlado amante, el cual podia muy bien demolerla, arrasarla y aun colgarle á él mismo, impotente ante tan colosal poder, de uno de sus canzorros, ó bien, cuando menos, ahorcarle de una de aquellas almenas desmoronadas ya por las vicisitudes feudales de la época.

Era, pues, de todo punto necesario ocurrir al conflicto, empleando un poderoso recurso para conjurar el peligro que realmente amenazara: solo un medio podia salvar al tutor de una desgracia, y era la alianza federal con algun otro magnate influyente de la comarca.

Fijo en esta resolucion, Gudesteo se dirigió al obispo de Santiago, deudo de la casa de Monforte y de Altamira, y acaso el mas poderoso blason contemporáneo del reino, quien se prestó obsequioso á la exigencia, porque, segun digimos en otro lugar, necesitaba tambien este personaje robustecer con alianzas, siquiera secundarias, su poder, á fin de oponer al arrogante príncipe un antemural mas vigoroso, que le colocara en posicion capaz, si fuera posible, de rendir ante el escudo episcopal de Compostela á aquel rey altivo y disoluto, que enorgullecido con sus fueros y amorosas conquistas, diz que sembrara la deshonra, el escándalo y la depravacion moral sobre las mas honradas familias del Estado.

Pero una condicion terminantemente absoluta se exigió como prenda de alianza por parte de su ilustrísima. Era necesario atraer un tercero que suscribiese aquella especie de tratado de alianza ofensiva y defensiva, con lo cual venia á realizarse mejor

la independencia de la coalicion, garantizados mejor sus intereses recíprocos y asegurado el plan con sus consecuencias ulteriores.

Colocado en este terreno el punto de partida de las negociaciones, el sagaz prelado buscó un instrumento de atraccion para adquirirse aquella triple alianza, y le halló al fin en la castellana de Monforte.

He aquí la idea.

Payo Ataulfo Moscoso, señor de Altamira, y enlazado segun anunciamos, por relaciones de parentesco con su ilustrísima, era un hidalgo arruinado tambien por sus desórdenes y no muy bien quisto generalmente por ciertos antecedentes de mala catadura, si bien no plenamente acreditados. Esto no obstaba que los ricoshomes solariegos de la comarca le temiesen y guardaran ciertas consideraciones, temerosos quizás de sus violentos arranques de escentricidad ó locura, por cuya razon gozaba de cierta influencia, y su nombre era pronunciado con sombrío respeto.

Pues bien, este hombre, aunque de edad madura, hallábase soltero y necesitaba tambien el apoyo de una casa cualquiera respetable, á fin de rehabilitar la suya, tan arruinada y abatida.

Mas el buen prelado, cuyos deseos caminaban de buena fé á un fin laudable, puesto que reconocieran por base primordial un principio de moralidad á todas luces meritorio, estaba bien lejos de comprender el sacrificio que iba acaso á imponerse á la baronesa al enlazarse con el de Altamira, como que carecia de antecedentes acerca de la genialidad y circunstancias especiales de entrambos. Pero Ataulfo, si bien pudo preveer las consecuencias, conocedor profundo que era del carácter atrabiliario de su futura esposa, prescindió de esta consideracion, puesto que no era el amor el móvil que le impeliera á dar aquel paso

decisivo; además, como en tales casos generalmente suele anteponerse á la voz de la voluntad esa bárbara razon que suelen llamar impropiamente de Estado, abuso monstruoso de las plagas sociales, el apurado magnate, caminando siempre á su fin, sin pararse en los medios, prévias las oportunas negociaciones, solicitó y obtuvo del tutor de Constanza su mano de esposa, con la correspondiente vénia de su ilustrísima.

El enlace ó desposorio tuvo lugar cierta noche y de reserva como un acto funeral, en la capilla gótica de Monforte, en medio de una indiferente frialdad por parte de entrambos contrayentes y mucho mayor por la de la baronesa, visiblemente abatida y contrariada.

Tan repugnante acto fué el preliminar de aquella triple coalicion que tan funesto desenlace debiera producir en su dia, aun á despecho de sus autores, muy distantes tal vez de calcularlos, y muy particularmente el buen obispo.

Porque aquel himeneo habia sido saludado con una maldicion secreta, al tiempo que la bendicion del sacerdote descendiera sobre las víctimas. Bien es verdad que nadie pudo apercibirse de un jóven que se habia introducido sin saber por dónde al sitio de la ceremonia, para tener, quizá, el cínico placer de espiar el acto sagrado, oculto detrás de una pilastra del santuario, desde donde pudo fulminar á mansalva la blasfemia sacrílega.

Y sin embargo, ¿qué importaba, pues, á la bárbara preocupacion de la época aquella execracion impía, aunque fuese notada, tratándose de un matrimonio espiritualmente ya consumado entre personas que obraban por conveniencia propia, por egoismo?

Esta objecion habla muy alto, porque el lenguaje de las pa-

siones suele dominar, acallando los instintos puros del alma.

Segun costumbre admitida en aquellos tiempos entre algunas familias de la aristrocia, de esa aristocracia escepcional y escéntrica, de que aun hoy restan vestigios, solian celebrarse los desposorios privadamente y sin ostentacion ni pompa, por diferir indudablemente de las clases humildes, cuya imitacion, por parte de aquella, suele mirarse por punto general como un insulto, sin duda, por creerse de mejor condicion en fuerza de sus riquezas y de su pretendida gerarquía. En cambio, pues, y con posterioridad al acto de los esponsales, tenian lugar las fiestas nupciales en casa del contrayente, y entonces se celebraba, con todo el aparato posible, la funcion llamada de *tornaboda*, á la cual asistian por convite los individuos de ambas familias y demás personas á quienes la amistad, ó cualquiera otro género de consideraciones sociales, dieran un derecho de representacion.

Y en efecto, practicado así en este caso respecto á la primera ceremonia en las Torres de Altamira, se disponian grandes aprestos para celebrar las velaciones y tornaboda de su señor, Payo Ataulfo, con la castellana de Monforte.

Desde la víspera habíanse aderezado varias piezas de la fortaleza, reemplazando á los girones de viejas tapicerías nuevos tapices en bastidor, siempre variados, y si bien menos preciosos, de mejor efecto artificial á la vista.

A proporcion, y guardando una armonía simétrica, seguia renovado tambien el mueblaje en escala idéntica, y sobre todo, habíanse acumulado los mayores objetos de lujo en el adorno de una vasta cámara de forma elíptica, destinada al alojamiento, segun se decia, de un gran personaje.

Era este el obispo de Santiago, á quien se aguardaba con la

mayor impaciencia, pues contábase con su palabra empeñada de venir personalmente á bendecir el tálamo de los nuevos esposos, cuya union quedaba aplazada hasta obtener la honra de tal requisito.

Habian ya precedido á su ilustrísima sus aposentadores, sus pajes de cámara con su correspondiente séquito, conduciendo en mulos ricamente encaparazonados los equipajes, ornamentos y atributos episcopales.

Era aquello un verdadero golpe de fiesta: hacíase alarde del mas fastuoso aparato, y los vasallos de Altamira disputábanse á porfía la honorable dicha de tomar parte en los trabajos con que se disponia la recepcion del venerable prelado, cuya llegada esperábase con tanta ánsia desde la víspera.

¡Lástima que por causa de esa misma tardanza, ó tal vez por haberse adelantado demasiado á poner en práctica las órdenes del obispo, se hubieran ajado ya las flores, follajes y murtas con que se alfombraran el tránsito y avenidas por donde debiera verificar su triunfal entrada el poderoso magnate de la Iglesia!...

Aquellas colgaduras flotantes en las galerías, los gallardetes que adornaran las almenas, antepechos y matacanes de la fortaleza, y sus torreones macizos, los saltos artificiales de agua que se habian improvisado, los estanques secos el dia anterior, ahora colmados de agua cristalina y clara, y poblados de pececillos, la servidumbre sumamente solícita, vestida de rigurosa librea, hasta los mulos aderezados con sus caparazones de seda, ricos, aunque descoloridos, y sus collares dispuestos en récua para salir con sus respectivos ginetes á recibir tan elevada visita, y los perros, en fin, del castillo, macilentos, escuálidos, muertos de hambre, presentábanse tambien adornados con sus mas lu-

cientes collares, aunque formando triste contraste con su propia flaqueza y su mirada famélica, puesto que su inhumano dueño cifraba su complacencia en matar, á fuerza de hambre y castigo, á aquellos pobres animales... Todo este lujoso artificio anunciaba el grande acontecimiento que debia tener lugar en aquel edificio, cuyo aspecto, habitualmente severo y sombrío, iba á sufrir una trasformacion radical, cuyos preludios ya se notaran.

En vano el lecho nupcial brillaba en la cámara privada del castillo, cubierto de flores, rapacejos y lazos orlados de guirnaldas de rosas blancas y amarillas; en vano aquella luz fulgente que iluminara, trasparentando las labores, los dibujos y pliegues del cortinaje cogido en pabellones simétricos con profusas blondas, y en vano, en fin, aquellas esencias aromáticas con que se rociara el pavimento alfombrado, y cuyo espíritu volatilizado impregnara el ambiente... todo, pues, inútil por entonces, pues aquel lecho no debia ocuparse hasta que lo bendigera el prelado, y sin embargo, no llegaba este, aun á pesar de la impaciencia con que se le esperaba.

La noche vino por fin á sorprender esa impaciencia misma; leváronse los puentes, colocáronse los rastrillos, alzáronse las compuertas del foso, y la campana del castillo anunció el toque de oraciones, aun á pesar de las maldiciones del de Altamira contra el flemático obispo, que tanto retardara el momento ansiado de su dicha, y á despecho tambien de las murmuraciones de los jayanes y de las villanas que hubieron de aplazar forzosamente su intencion de danzar, triscar y retozar aquella noche en los patios, al amor del vino y de la lumbre.

CAPÍTULO III.

La misa de velacion.

Lució por fin el anhelado dia,
Dia de maldicion... el sol radiante
Sarcástico encubria,
Bajo un toldo de fuego y de diamante,
Nubes de horror, de sangre y de agonía.

Por último, amaneció el dia deseado.

Así lo anunció el trino de las canoras aves que, ocultas en la enramada, hacian oscilar los flotantes follajes agobiados por una escarchada lluvia de gotas de rocío.

La aurora desaparecia ya en el Oriente entre pabellones de grana y púrpura, bronceando los caprichosos celajes y difundiendo en el horizonte sus esplendentes rayos matutinos.

Vino luego el crepúsculo con su claridad luminosa y su alborada brillante, ante la cual eclipsábanse los velos diáfanos de la espirante aurora.

Las brisas de Levante embalsamaban el ambiente con el aroma de la campiña, y todo parecia renacer de nuevo tras de una melancólica noche, á la luz y á la vida.

El vigía del castillo anunció entonces que aun á pesar de la confusa niebla que empezara á levantarse, percibíase, allá á lo lejos, una multitud de gente armada que parecia venir en direccion del mismo, de cuyo incidente dedújose una conjetura que tenia visos de probabilidad.

Podian ser muy bien el señor obispo y su escolta.

Y así era, en efecto.

La campana de aviso hizo resonar un repique bastante agitado, y que dió la voz de alarma á la muchedumbre.

Al punto viéronse los muros coronados de gente que, impelida por la curiosidad, al paso que devorada por su impaciencia misma, saltaba, brincaba, reia hasta desgañitarse, gesticulando grotescamente como un ejército de energúmenos y prorumpiendo en vítores al señor conde, al señor obispo y sus adlateres *in solidum et in partibus*.

En el vértigo de su febril locura hubo algun imprudente que mezcló con intencion ó sin ella el nombre del monarca.

Un momento despues todo aquel tumultuoso gentío, con su escéntrico abigarramiento de colores y trajes, salia en precipitado tropel, y cubriendo en desordenados grupos la vereda principal, lanzábase en pos del señor conde de Altamira y Moscoso, que marchaba con otros hidalgos á recibir en primer término á su ilustrísima.

El lector nos permitirá una ligera digresion para dar á conocer á este personaje de primer órden en nuestro teatro.

Era una figura poco recomendable, en verdad, por su siniestro aspecto y su catadura antipática. Alto, flaco y amarillento, de apergaminada piel y mirada torva, por mucho que quisiera á veces dulcificarla con cierto aire de candidez fingida; Ataulfo ofrecia uno de esos tipos nada recomendables que revelan una realidad inícua. Aquel aire pretencioso de bondad que mentia él en momentos dados, venia luego á contrariarse ante la dureza de las líneas severas que operaban una profunda contraccion del ángulo facial y de su frente deprimida, sus pómulos salientes, su nariz aguileña y su rostro barbilampiño. Lord Byron pudiera haber hallado en aquel hombre una viva personificacion del héroe de su terrible fábula, aunque para complemen-

to de ella exigiera unos ojos profundamente hundidos en sus acardenalados alveolos, y cuya pupila fulgurante revolvíase allá en el fondo de su verde córnea, como el cráter de un volcan inflamado. Ataulfo de Moscoso, por mas que repugne la comparacion, era el mismo tipo fisionómico de esa creacion imaginaria y monstruosa.

Una polvareda, no muy lejana, percibieron luego, y una vibrante modulacion del clarin hendió los aires.

Un instante despues encontrábanse ambas comitivas, las cuales, prévio el cambio recíproco de sendos cumplidos y ceremoniosos saludos en que la galantería y la etiqueta fueron á porfía, dirigiéronse al castillo en la mayor compostura y órden, pues D. Diego Pelaez prohibió toda demostracion hasta llegar á su hospedaje.

Montaba su ilustrísima una haca torda, vivaracha y lozana, que tan pronto se encabritaba, alzándose arrogante sobre sus jarretes, como inclinando graciosamente su inteligente cabeza; sacudia aquella ensortijada crin y su enroscada cola con cierta especie de coquetería, como si se hubiera hallado envanecido el noble animal, por llevar sobre su ondulante lomo una de las supremas gerarquías sacerdotales de España.

Llegados al puente de honor, apeóse el prelado con un brioso rasgo de agilidad, quitó por sí mismo las monturas y freno á su coqueta cabalgadura, lo que denotaba el alto aprecio en que la tenia, y tomando el aire soberano de un monarca que entra en sus dominios, precedió á la comitiva introduciéndose en el castillo.

A su tránsito, por aquellas piezas ridículamente adornadas, varios criados arrojaban á sus plantas canastillos de flores, y como los esclavos de Tiberio, rociaban el pavimento con aguas aromáticas.

El prelado, por su parte, correspondia á tales obsequios, distribuyendo sobre aquella servidumbre oficiosa bendiciones y votos de intencion *in corde*, prodigándoles al propio tiempo sonrisas de grato entusiasmo, palabras afectuosas llenas de mision evangélica y demostraciones nada equívocas de una satisfaccion profundamente sincera.

Una hora despues tenia lugar la ceremonia de recepcion en el salon de honor, con todas las reglas que exigiera la ruda etiqueta de aquellos tiempos, y que desplegó en aquella ocasion todo el lujo de esa fria y aparente política con que suelen descifrarse las pasiones en esos círculos viciosos que llaman hoy de la alta sociedad ó del gran mundo.

A su vez la bella Constanza, que ocupara un apartamiento privado y completamente independiente, acompañada solo de su doncella de honor ó aya, Beatriz, á quien ya conocemos, presentóse con esta, vestida de brocado y cubierta de relumbrante pedrería. Prendido de su lujoso tocado lucia el velo nupcial de gasa plateada con estrellitas diminutas de oro, y rodeaba su hermosa frente la diadema condal, que era un verdadero portento artístico.

Aun á pesar de la negra melancolía que se pintara en su rostro pálido, lucia en su conjunto ese elocuente sello de peregrina belleza, radiante de gracias, con el brillo de los mas incitantes atavíos.

En rededor de aquella reina de la fiesta agrupábanse los deudos de ambas familias y los innumerables convidados, incluso el señor obispo con todo su deslumbrante séquito, ostentando todos á porfía un pesado lujo, y desplegando su respectivo séquito ó servidumbre con paramentos amarillos, verdes y abigarrados, teniendo en sus manos pendoncillos de seda con las

armas, blasones y acuartelados escudos de Altamira y Monforte, bordados á realce ó estampados sobre orlas de oro, con borlones de tisú y cordones trenzados.

El conde vestia de negro rigoroso: mas bien que una boda, digérase que concurriera á un duelo moderno, ó cuando menos á una ceremonia fúnebre. Su semblante era, como siempre, sombrío, aunque dulcificado en vano bajo su habitual sarcasmo, porque los músculos, rebeldes á aquel afecto aparente, resistíanse á dilatarse un punto.

Terminado aquel acto preliminar, pasaron todos luego á la capilla del castillo.

El señor obispo esperaba ya revestido de pontifical, luciendo en sus ornamentos de toda gala ese deslumbrante esplendor que la miseria humana ofrece á su humilde Dios: oro, plata, perlas, seda y diamantes, todo, pues, brillaba en conjunto á porfía, rodeado de ese realce imponente que diera al santuario el fulgor delas luminarias colocadas en candelabros de plata, y cuyo destello eclipsaba el humo del incienso que ardia junto al ara de mármol negro.

Allí tambien asistia la baronesa, pálido el semblante, palpitante y trémulo el pecho bajo su golilla de encajes y su gran cruz de esmeralda, pendiente de una cadena preciosa. Caíanle sobre los hombros sus blondos cabellos con aderezos abrillantados, y su vestido de brocatel blanco, con abejas de oro, abierto por delante, dejaba ver su descote púdico, cerrándose luego hasta la orla con presillas y agremanes.

En cuanto al conde, vestia el mismo traje severo que antes, y su fisonomía biliosa, mal encubierta por un velo equívoco de hilaridad, que era el sarcasmo irónico de su alma, parecia traslucir cierta amargura displicente, demacradas sus megillas, lívi-

das y contraidas por una roedora tristeza. Diríase que era la estátua animada del remordimiento.

Y bien: ¿no podia estar lacerada aquel alma y devorado su espíritu por un crímen oculto?...

Como quiera que fuese, dióse principio á la ceremonia, en la cual el celebrante pudo lucir su poderosa voz, su devocion ascética, y sobre todo, la rectitud de intencion en pró de aquel matrimonio antipático, tal vez, y fatal.

Los asistentes quedaron altamente satisfechos y contritos ante la elocuente plática con que el sacerdote exhortó, en particular á los desposados, al cumplimiento de sus deberes recíprocos, y á los demás en general respecto á la obediencia hácia sus superiores, á la caridad y fraternidad mútuas, y al santo temor de Dios, base de toda felicidad acá en la tierra.

CAPÍTULO IV.

La comida de boda.

Hubo festin, y música y bullicio,
Cínica competencia
De intemperante gula; ¡odioso vicio!
Llegó á tal la impudencia,
Que mas de un comensal salió de quicio.

Terminada la celebracion de la misa, en la cual tuvo lugar la ceremonia de velacion de los desposados, faltaba todavía la bendicion del tálamo y de la pieza ó recámara donde se hallaba, ceremonia indispensable, sin cuyo requisito aquel matrimonio hubiera concluido por una profanacion impía; así que, el obispo, cuando hubo concluido su celebracion, llevó á efecto aquella ceremonia al son de clarines, guzlas y cimbalillos, que

formaron, con los *¡vivas!* de los villanos que gritaran en las afueras, un concierto estrepitoso y anómalo.

Fué entonces cuando, retirados al salon de familia, tuvieron lugar los plácemes y enhorabuena: siguieron luego las galanterías familiares que, en aquellos benditos tiempos, solian traspasar los límites del decoro y de la decencia á veces, terminando todo con un espléndido banquete, en que todos á porfía, y entre ellos el prelado, hicieron cumplido alarde y dieron prueba de sus poderosos recursos gastronómicos y su admirable comezon de truchas, besugos y lampreas, lo cual formara las mas gratas aspiraciones de su ilustrísima, quien aun en medio de su misticismo se mostró igualmente aficionado al buen humor y á los chistes mas peregrinos é inofensivos, en lo cual fuerza es asegurar que lució la agudeza y oportunidad de su despejado ingénio, su genialidad jovial y su buen humor salpicado de picarescos epígramas y ocurrencias célebres y sin malicia.

Mas, aun á pesar de su hilaridad y de la especie de competencia que el bullicio y la alegría empeñaran, confundiéndolo todo, D. Diego Peleaz, si bien oportuno y locuaz hasta el estremo, llevó su sobriedad hasta un punto verdaderamente heróico: contra el tenaz intento de la buena Beatriz, en quien cebáronse los epígramas del prelado, hiriendo en alto grado el amor propio de la presuntuosa vieja, la cual, si bien mal disimulando su desazon, procuró por mil medios tomar una revancha, que no pudo lograr por cierto.

En cuanto al conde, no fué en realidad tan sóbrio como su ilustrísima, pues bebió fuerte y demasiado contra su costumbre, y hasta con un empeño de vano alarde, en lo cual dicen no le fué en zaga la rumbosa baronesa. Justo es consignar que al pronto se abstuvo esta; pero escitada luego por el olor de cierto es-

tofadillo, y sobre todo, de unas pastillas estimulantes (obra, segun se dijo, de la señora Beatriz, con ayuda del diablo), hubo al fin de ceder á la tentacion, porque una secreta simpatía ó una abrasadora sed parecia atraer á sus lábios la copa, á fin de refrigerar su árida garganta. Y empeñada la competencia con su contrincante, solo cedió cuando la accion espirituosa y narcótica la desvaneció en un rapto.

Solo que, lo que en Constanza era un verdadero amodorramiento producido, tal vez, por la accion corrosiva de un narcótico, era en el conde un parasismo profundo parecido á la embriaguez. Sentia ella una laxitud físico-moral, un entorpecimiento de miembros, una dejadez y soñolencia que iban en aumento gradualmente, bien que aun en medio de su atolondramiento surgia siempre semiviva la llama de la razon ofuscada por la presion del rapto.

En tal estado ambos esposos fueron retirados á su cámara, y colocados en los lechos que de antemano se les dispusieran, porque su situacion reclamaba auxilios de cierto género, que en verdad no llegaron á ocupar la atencion de aquella servidumbre, enloquecida por el alborozo de una funcion, que era por cierto un raro y notable acontecimiento en aquel castillo, en torno del cual solo reinaron hasta entonces la soledad, la melancolía y el misterio con sus terribles sombras.

CAPÍTULO V.

Revista de actores y de sus caractéres.

¡ Descórrese el telon!... en el proscenio
Figuran ya alineados
Por la mágica mano de un mal génio,
Séres predestinados
A sucesos fatales y arriesgados.

Aquel dia de festejos, de algazara y regocijo, en que se habia roto el dique á las pasiones comprimidas hasta entonces por la severa disciplina social del conde, cuyos actos familiares mas íntimos solian rodearse de un lúgubre y misterioso aparato, sucedió una noche plácida y serena, embalsamada por la brisa que recorria el ambiente y murmuraba en los follajes del parque.

Habíanse levantado los pontones del foso, y calado, como en la noche anterior, los rastrillos de la fortaleza, haciendo crugir las pesadas cadenas de las compuertas, habiéndose obligado de antemano á evacuar su recinto á aquellas turbas de importunos vasallos que acudieran como enjambres de abejas á comer á costa y salud del orgulloso hidalgo, caritativo y clemente hasta el punto de sacudirse aquellas *plagas importunas*, como él decia, á puro latigazo, que allá en su recto juicio moral diz que solia aplicar en penitencia y espiacion de los pecados de sus víctimas.

Desaparecieron ya los postreros albores del crepúsculo, percibiéndose apenas un pálido vestigio de luz diáfana y bronceada sobre los celajes de Occidente: empezaban ya á brillar algunas estrellas, y sobre la oscura línea de las montañas opuestas asomaba luego el disco de la luna entre blancos celajes.

Por via de precaucion, ó acaso con el siniestro fin de alejar á los importunos músicos que á la parte ulterior del foso, y hácia el punto que correspondia á la aldea de San Félix de Briones, cantaban á porfía al son de rústicas zampoñas, serenatas, endechas y epitalamios en obsequio de los recien casados, lo cual constituia un estrépito atronador é indecible; con uno ú otro fin, repetimos, no faltó tampoco un doméstico mal intencionado que soltara ó hiciese soltar toda la jauría de mastines hambrientos sobre aquellas pobres é inofensivas gentes que tanto *importunaran* con sus músicas sempiternas, importando por demás bien poco las consecuencias que de tal lance pudieran sobrevenir luego.

No dejaba de ser aquello una triste gracia; sin embargo, dió que reir buen rato á los ociosos, produjo la dispersion de los grupos, bien lastimados, por cierto, algunos de sus individuos por las mordeduras de los perros, y maltratados otros por el atropello; de modo que pudo muy bien decirse que *no se perdió el tiempo* para todo.

Al propio tiempo la servidumbre del castillo (dividíase naturalmente, segun se dijo, en alta y baja), reunida sin etiqueta en el primer piso, junto á un fogon, y bajo la gran campana de la chimenea ocupaba la doble série de entarimado que rodeara el vasto ámbito de aquella ahumada pieza, en union con la mayor parte de los criados del señor obispo, mientras que en uno de los patios contíguos, bajo las arcadas de una alta bóveda claustral que daba á una esplanada de la fortaleza en primer término, la soldadesca vivaqueaba al amor de otra grande hoguera, fraternizando y charlando con las mozuelas, que iban y venian bulliciosas y desenvueltas.

Allí, tanto en aquel punto como en la cocina, se reia, can-

taba y danzaba á las mil maravillas; allí los charlantines ponian en juego su impertinente verbosidad, sus pesadas bromas, su indigesto afan por mentir, exajerar é inventar, sus ridículas controversias salpicadas de juramentos y blasfemias, sus oportunidades escéntricas traidas á la cuestion como de intento, y aquella interminable charla de circunloquios y pleonasmos ensartados prácticamente por los hablistas de profesion y por los embaucadores de oficio.

De aquella vocinglera y tumultuaria algaravía, de aquel anárquico tumulto desprendíase un grupo de tres personajes, medio oculto en la penumbra y bajo de una bovedilla de canto que debiera haber sido uno de esos terribles nichos, destinados en otro tiempo al emparedamiento de los espías, y que segun las antiguallas del país, habia sido teatro de sangrientos crímenes.

Aquellos individuos, reunidos allí en aquel sitio siniestro como una terrible coincidencia, conversaban, al parecer, misteriosamente, desapercibidos de la muchedumbre, que en verdad no debiera reparar en ellos.

Y aunque hemos dado ya á conocer á algunos de esos personajes mismos en distintos sitio y época, vamos á trazar ahora los detalles de todos tres.

Uno de ellos, hombre de edad madura, como que pudiera frisar en los cincuenta años, robusto y mofletudo, de achatada nariz, bonachon de aspecto; pero cuya pupila ardiente parecia revelar un fondo de intencion recóndita fisiológicamente marcado, estaba arrellanado en un sillon de cuero, taraleando una loa caballeresca muy en boga entonces. Reia á estrepitosas carcajadas y comia ojaldras á dos carrillos, como suele decirse, sin olvidar tampoco su querido porron de lo añejo, que tan es-

celente saliera de las bodegas del castillo, y á cuyo poderoso recurso, al que solia apelar en ocasiones dadas, debia, bien á menudo, raptos de exaltacion sumamente graciosos, delirios célebres y vértigos de todo punto notables, y entonces solia operarse en aquella humanidad una estraña crísis: sus facciones, de una vulgaridad clásica, adquirian un brillo indecible y se iluminaban de un destello de exaltada inspiracion.

Improvisaba entonces dislates su lengua á veces tartamuda, bostezaba, brincaba y cometia locuras, bastantes por sí solas para escitar la hilaridad del mas adusto ceño.

Vestia una especie de sayal que solia llevar remangado, á fin de dar mayor soltura y desembarazo á sus movimientos; y para complemento de aquel conjunto de ridiculez, aquel ente singular usaba sombrero de ala superlativamente exajerada en su prolongacion y abarquillada, con escarapela y cascabeles.

Tal era, pues, el Sr. Gurrumino Fromoso, á quien ya conoce el lector, personaje importante en la familia, como que prestándose su tipo á las mas ridículas formas, desempeñaba antes el alto y honorable cargo de administrador-bufon de la casa de Monforte, árbol exótico, trasplantado recientemente á Altamira con iguales funciones y atributos.

El segundo individuo de aquella trinidad era la señora Colomina ó Palomina, por un malicioso equívoco inventado por el vulgo con visible contentamiento suyo, puesto que preferia este nombre al de Beatriz, con que la presentamos ya al lector, aunque de perfil, en el castillo de Monforte.

Esta figura era, moral y físicamente considerada, el reverso de la medalla de Fromoso ó Gurrumino el imbécil, con quien decia hallarse casada, segun rito de la Santa Iglesia apostólico-romana.

Esta venerable quintañona, con sus sesenta y tantos abriles y su acartonada piel rugosa y morena, vestia con unas pretensiones de ridícula coquetería, impropias de su edad y estado. Llevaba una falda ó guardapié de sedilla, color de avellana con tondillo de exajerado vuelo, dejando ver una pierna desecada, si bien de abultada y perfecta hechura, con media de seda negra, y cuyo pié ceñia un rico borceguí de raso amarillo, bordado en avalorios.

Su cuerpo de bruja iba encorcelado en un corpiño de vellorí, con terciopelo y adornos de pasamanería, como hoy diriamos, comprimiendo un talle todavía esbelto, y del cual brotaban unas formas exajeradas por el arte. Una cadena de plata daba vueltas á su cuello enjuto, de la cual pendia un medallon con la efigie de la Vírgen, traido, segun decia, de Roma, y dádiva del obispo de Tuy.

De su cintura pendia asimismo un gran rosario de monstruosas cuentas, traido, al parecer, de la Santa Casa, y unido al mismo un hermoso escapulario bordado igualmente de avalorios.

Lucia esta mujer un lujoso tocado, no exento tampoco de coquetismo: su cabello, negro todavía, no sabemos si por arte de Dios ó del diablo, con prendidos y relumbrones, estaba magistralmente peinado y adornado de lazos bi-colores, segun cierta moda de la época en determinadas clases; caia sobre su delantera un hermoso cendal de raso anaranjado y una limosnera de terciopelo bien repleta de relicarios y preservativos contra el mal de ojo, contra los hechizos y encantamientos; porque es de advertir que en aquellos tiempos felices, si bien no se conocian los pasaportes, la policía, ni otras tantas cosillas por el estilo que hoy abundan para tormento de la libertad del prógimo, no escaseaban en cambio los malsines, los zánganos y las bru-

jas, de todo lo cual aun nos quedan reminiscencias, y contra cuyos meleficios era necesario ir siempre prevenidos.

Pero volviendo á nuestra anciana trazaremos un bosquejo de su fisonomía; porque, en verdad, tan gallardo original merece los honores de la reproduccion. Figuraos, pues, un rostro contraido por algunas arrugas, aunque almidonado, coloreado y lustroso, en fuerza de un barniz de afeites que trascendian á ajos desde una legua: unos ojos, eso sí, picarescos, cuya pupila fulgurante ardia allá en el fondo de una profunda órbita, revelando acaso ese postrer destello de las pasiones que fermenta en naturalezas privilegiadas como aquella, de temperamento nervioso, y cuya borrascosa vehemencia dejárase sentir indudablemente en el trascurso de su vida, airada con todo el ímpetu del frenesí y de la esplosion.

Pero en cuanto al tercer individuo de aquel grupo, diferia su interesante diseño respecto á los otros, en un sentido altamente favorable á esa juventud radiante de belleza y todo género de atractivos de que es susceptible, en su eminente grado, esa edad privilegiada de la criatura, que apenas ha llegado á la época suprema de su desarrollo físico, presentando á la vez una proporcion de formas y una estructura admirables. Era, pues, un mancebo, ó mejor dicho, un adolescente de esbelto talle, estatura proporcionada, ojos azules de una espresion encantadora, y cuyos rubios cabellos, cuidadosamente peinados, caian en ensortijados bucles sobre sus hombros.

Vestia una ropilla de terciopelo leonado, justillos de grana con plegadura de encajes, que trasparentaban la viva encarnacion de sus piernas de una pureza académica; su hermosa rodilla y el nacimiento del muslo divinamente modelados; una gorra de pieles cubria su cabeza, y de ella brotaba una rica pluma

flotante que acariciaba, sombreando aquel delicado rostro imberbe, verdadero tipo de varonil belleza.

Por todas armas llevaba en la cintura un precioso cangiar, cuyo pomo de nácar cincelado con incrustaciones, casi desaparecia medio oculto en la plegadura de la ropilla.

Aun á pesar de la dulzura que respiraran aquellas hermosas facciones, notábase en su mirada algo de esa alteracion interna que suele esperimentarse en uno de esos críticos momentos que preceden á un acto peligrosísimo y decisivo, pero de problemática solucion; abstraido, meditabundo, su pupila animada, errante, inquieta, sus miembros todos, su entera economía, participaban visiblemente de ese rapto que conmueve el corazon, pero que no es dable sondear á la vista de la criatura. Obligado, ó mejor dicho, violentado á sostener un diálogo con la anciana, sus palabras eran vehementes; lucia en su semblante un destello que tenia algo de diabólico, y cierta exaltacion de ideas asomaba á su continente con espresiva fiereza. Cada vez que la señora Palomina se atrevia á pulsar una de aquellas cuerdas sensibles, irradiaba de sus ojos una mirada inefable, contraíase su carmínea boca, y mostraba sus dientes de perla bajo una sonrisa adorable y cruel al propio tiempo.

El lector, medianamente versado, habrá reconocido en este personaje á la supuesta Elvira de Benferrato, á quien ya hicimos desempeñar un papel interesante en la primera parte de esta obra.

CAPÍTULO VI.

Artificio y plan.

Tomad nota: vereis cual disfrazados
La astucia y el teson fraguan unidos
Inicuos planes al honor vedados;
Proyectos malhadados,
En mal hora, por cierto, concebidos.

—Y bien, querido, decia la dueña al jóven, dulcificando su semblante con afectada coquetería; es tiempo ya de sacudir esos mortales delirios; tocas una dicha que va á realizar el problema de tus sueños febriles de venganza, y no hallo motivo racional que justifique esa eterna melancolía que apaga el brillo de tu mirada hechicera, eclipsando tu gloria, que es tambien la mia.

—Porque no comprendeis la dura prueba á que se somete mi alma al dar un paso tan repugnante para un hombre que ama y sufre, inflamado por el volcan de una pasion cruel; por esa razon me reconvenís. Yo no debiera apelar á un medio que mi conciencia de hombre honrado tanto reprueba y ódia, pero que acepta á la vez el amante; porque de su pecho surje la ardiente llama de la pasion, esplotada por un vehemente estímulo, y surje potente, arrebatadora, arrastrando todo cuanto hay de respetable en el santuario de la conciencia.

Y ante esta contestacion del mancebo, sublimado por la terrible ingenuidad á que respondiera secretamente el eco de sus palabras; la vieja, en cuya fisonomía cruzó un fugaz relámpago de ironía infernal, sonrió con una compasion afectada, con un aire diabólico, diciendo:

—¡Niño! esclavo de una preocupacion pueril, hueco el corazon de esperanzas, vacía el alma de ilusiones, y desecado el cadáver de tu candor por fútiles utopias, veo que olvidando mis consejos, cedes todavía á la preocupacion, fantasma implacable de la humanidad, torturando tu existencia en sus mas gratos goces... desecha, pues, escrúpulos tan ridículos, separa de tu vista moral la venda de esa misma preocupacion, y acepta mis inspiraciones, que puede decirse son las tuyas propias. Este es un recurso que no dejaria de surtir efectos saludables, proscribiendo esos insustanciales preceptos de un grosero escepticismo.

Yo, al menos, prosiguió, amaestrada por la esperiencia; yo, que he sufrido en mi larga carrera las alteraciones diversas del termómetro de las pasiones, así lo he llegado á comprender, combatida indistintamente por los desengaños y goces, y libre de la falacia de los caprichos. Con todo, querido mio, si no equivocases con una falsa interpretacion mi consejo, me atreveria á suplicarte que establecieses una tregua mientras madura un plan tan grave.

—¿Es decir, replicó el jóven, que estimulais mi encono para disuadirme luego de ese mismo proyecto á que vos misma habeis cooperado en favor mio, segun decís, y pretendeis hacerme renunciar ahora á la realizacion de este atentado, cuya idea ocupa todos mis sueños y marca el punto supremo de mis aspiraciones? ¿Y sois vos, quien con vuestra larga esperiencia blasonais de estóica haciendo alarde de una pretendida insensibilidad? ¡Ah! confesad, mi querida Palomina, que estais cruelmente celosa de esa pobre jóven que acaso ignora el quilate de sus mismas gracias y hasta el punto que han llegado á enloquecer mis sentidos.

—Has hablado de celos, mi amado *niño*, repuso la astuta due-

ña, halagada por el triunfo de su ardid; y aun casi me atreviera á concederte que tienes razon y que es un hecho positivo tu idea; pero ¡ah! criatura, á mi edad ya no existen los celos bajo su forma clásica, porque sublimados á otra esencia mucho mas grave, dejeneran en otro tormento supremo que tan desgraciados nos hace con su violenta accion corrosiva: este es el ódio, ¡ah! sí, el ódio, último recurso de la impotencia y de la envidia.

—Esa confesion, arrancada á lo mas profundo de vuestra conciencia, valiera menos, quizá, en otros lábios que en los de mi querida Palomina; cooperemos, pues, aunque por tenebrosas vías, á realizar la idea: ¿qué importan, pues, los medios de llegar á un fin, con tal de que se llegue? Dejemos libre el curso del torrente para impedir que rompa el dique y lo arrolle todo bajo el ímpetu de la inundacion. Despues... á la tempestad sucede la calma, la bonanza que pacifica los mares esplotados por los elementos, y cuando desde la cumbre del escollo, donde la pasion me haya arrojado con su vértigo, pueda contemplar un dia en su normal sosiego ese mismo piélago puro, sereno, terso y sosegado, entonces, mi amable anciana (no os agravie la espresion), entonces descenderé de esa misma altura que tantos riesgos me ofrece hoy, y bogaremos juntos sin borrascas, sin olas ni abismos que nos sepulten, sin ningun género de riesgos, podremos gozar de esa quietud y os haré partícipe de mi ventura; porque ventura debe ser el recuerdo de haber paladeado una apasionada venganza, apurando hasta su plenitud los goces, y hasta la saciedad el deseo que exaltan y halagan su propia idea, despues de haber contagiado el espíritu en un dédalo de vacilaciones.

Y el mancebo tomó la mano á la anciana, que temblaba de

emocion, y que alentada por las palabras de su *niño*, como ella solia llamarle, imprimió en aquella frente, radiante de juventud y gracias, un beso entusiasta y sonoro.

—Pues bien, esclamó aquella mujer enloquecida hasta el punto de olvidarse de sí misma; puesto que aun puedo aspirar á tu afecto, puesto que todavía se me ofrece el medio de conservarlo, consúmese el atentado y no vaciles: yo te anticipo mi enhorabuena, porque vas á obtener el fruto apetecido, si á ese precio vuelves luego de nuevo á mis brazos, bello como siempre, radiante de entusiasmo, como yo lo estoy tambien, en fuerza de amor.

Y la dueña rodeó con sus descarnados brazos á aquella cabeza tan jóven, tan pura y graciosa.

El venerable Fromoso, arrellanado en su sillon, dormia á pierna suelta, ó al menos lo fingia, sin cuidarse, al parecer, de lo que pasaba allí; bien, que por mas que fuese todo lo contrario, cualquiera, al fijarse superficialmente en el aire de candidez de aquella fisonomía, iria á creer cuán poco debieran molestarle tan demostrativos afectos, acostumbrado como debiera estar á ellos durante su larga carrera de relaciones con aquella mujer liviana, al decir de las gentes, y que jamás debieron alterar la calma de su reposada conciencia.

—¿Huyes y me rechazas? continuó ella con un simulado ardid de coquetismo; ¿no es verdad que soy ridícula hasta la locura, al aspirar ostensiblemente nada menos que á tu amor, que es por muchos conceptos un imposible? ¡Pobre antorcha que se estingue ya por falta de pábulo y que solo arroja un moribundo destello que la ciega! Es cierto: yo debiera mantenerme á la línea que la naturaleza marca á sus periodos; pero hé aquí que una esplosion vana y frívola me seduce, me arrebata y trasli-

mita mi mente hasta un estremo vedado á este astro oscurecido ya en su ocaso.

Y tomando cierto aire confidencial que encubria un fondo esencialmente artificioso é hipócrita, continuó Beatriz, apretando entre las suyas una mano del jóven.

—Recuerdo, querido mio, cuando para acallar tu llanto te mecia en mi regazo... ¡qué tiempos aquellos! pobre huérfano maldecido; yo te adormecia al arrullo de mis tiernas cantinelas: y tú, inocente niño, respondias á mis caricias con infantil sonrisa, posando en mí esos radiantes ojos, espejo donde se reflejara tu alma purísima, y en cuyo cristal mirábase y aun se mira hoy tu madre adoptiva, tu madre, que no ha renunciado todavía á este título que la envanece. ¡Cómo, pues, la pobre gitana, digo mal, la infeliz aldeana, al acallar el llanto del niño desvalido y enjugar sus lágrimas, pudiera llegar á suponer que un dia mas ó menos lejano, cuando el tierno pimpollo se llamara hombre, esa insensata criatura habia de profanar su maternal título, soñando hasta aspirar al amor de su propio hijo adoptivo! Confiesa, mi amado niño, que es llevar la locura y la imbecilidad hasta el cinismo. Y sin embargo, así sucede realmente, y esta triste anciana, poseida del demonio de la tentacion, morirá de celos, de desesperacion y de cólera, rechazada por el imposible y presa de su incurable vértigo.

—¡Oh! no exajereis, querida Palomina, repuso el jóven, visiblemente impresionado por las palabras de esta; vos no sois mi madre, sino mi mentora, mi aya, á cuyo amparo y proteccion he crecido; y estos títulos, al paso que obligan mi reconocimiento, no establecen un imposible entre nuestro afecto. Confiad en los acontecimientos, y... ¿quién sabe si haciéndome eco de vuestras aspiraciones, pudiera yo deciros, *esperad tal vez?*

Vuestros desvelos por mi suerte, vuestros cuidados maternales, merecen una recompensa, y comprendiendo esto mismo, no será tan ingrato hasta el estremo de olvidarlo este miserable huérfano, este pobre espósito de vuestra caridad, que despues de Dios, debe quizá á vuestros sacrificios la existencia que alienta.

La anciana, conmovida visiblemente por estas consoladoras frases, se arrojó desvanecida en los brazos del jóven, vertiendo llanto de alegría.

Eran las once de la noche, hora en que la etiqueta de familia prescribia el retiro, y ciertas costumbres como estas tenian fuerza de ley, sin que por nada llegaran á alterarse.

—Ya es hora, esclamó el jóven palpitante y trémulo por una súbita agitacion: ya es hora de que pongais en práctica lo ofrecido: el tiempo es precioso y los instantes vuelan... no olvideis...

—Nada olvido de mis compromisos, repuso la vieja trémula á su vez, aunque resuelta: si el narcótico que he vertido en las copas de los señores deposados ha surtido ya sus efectos, como supongo, deben hallarse á estas horas en la mejor disposicion y allanado el camino de la tentativa. Sígueme con el mayor sigilo, pues voy á dar mis disposiciones y á allanar cualquier obstáculo que pudiera comprometer el resultado de nuestros designios.

Y la astuta Beatriz, despues de haberse santiguado con un garabato, y encomendádose por lo bajo no se sabe á qué santo ó á Satanás, tal vez, se alejó silenciosa y veloz por una puertecilla de escape, con una ligereza que hacia bastante honor á sus piernas.

El mancebo la siguió á cierta distancia y con una reserva prudente.

—¿Será cierto? pensaba él para sus adentros: ¿no puede ocultarse aquí una trama infernal bajo la máscara del disimulo, á tal punto conducido por esa imbécil mujer tan loca, hasta el estremo de concebir ese ridículo amor, que es un imposible y hasta un absurdo?... Y ese mentecato que duerme ahí como un leño, ¿no puede acaso haber fingido su mismo sueño, espiando á costa de mi imprevision el terrible secreto de que se trata?... Todo es muy posible, y la probabilidad mas ó menos lejana de ese riesgo, precipita la ejecucion del designio con toda la celeridad que su importancia requiere, como que es el único medio de conjurar nuevos desastres.

Fromoso, como si respondiera á los temores espresados en el precedente monólogo, vertió una especie de gruñido sordo, bostezó, estiró sus miembros y tornó luego á roncar como un estúpido.

—¡Bah! continuó el jóven, como sacudiendo sus vacilaciones; este no es capaz de llevar su pobre inteligencia al terreno del disimulo. De cualquier suerte, ese pobre diablo es un pedazo de carne muerta que no debe inspirar temor alguno por su parte.

Se nos olvidaba advertir que el bullicio habia cesado entre la multitud que digimos invadia aquel recinto, y que habíase ido retirando á descansar, bien ajena del coloquio que mediara entre la vieja y el jóven.

Sin embargo, el hogar todavía continuaba encendido, medio iluminando con su destello aquel antro tenebroso que cobijara un crímen sangriento y fatídico.

La campana del castillo vino á interrumpir aquel animado coloquio que tan interesante iba haciéndose.

CAPÍTULO VII.

El atentado.

El drama sanguinario
Descorre ya su pabellon de muerte:
Rasgad ¡ay! el sudario
Que cubre hoy del dolor la fosa inerte,
A través de ese campo funerario.

Reinaba un profundo silencio en la fortaleza.

Solo el gemido del viento bramaba en las afueras, azotando los torreones y el muro, y produciendo lúgubres silbidos.

Tal era, pues, el único ruido que alteraba la calma de la noche.

La vieja Beatriz, seguida siempre de su cómplice, atravesó la galería descubierta que enlazara ambas torres, no sin haberse asegurado antes de que toda la familia alta y baja dormia.

Llegaron por fin á un pasillo ruinoso de la plataforma, y subieron una tortuosa espiral que se comunicaba con una especie de pórtico que daba ingreso al departamento de preferencia, ocupado aquella noche por el señor obispo y su guardia interna.

Prestaron oido y nada percibieron. Beatriz alentó una esperanza, y ese mismo silencio vino á confirmarla en ella. Diego Pelaez debia estar en aquellas benditas horas aletargado por el narcótico que aquella maquiavélica furia le administrara, y en lo cual el pobre prelado tenia verdaderamente compañeros de desgracia.

Unicamente el grito lúgubre del centinela alternábase en las garitas del muro, envuelto en una de aquellas impetuosas ráfagas que se estrellaban en la antigua mole.

La noche estaba opaca, y la atmósfera diáfana exhalaba un olor metálico, casi sulfuroso, como ese que suele ser precursor de la lluvia en las primaveras.

El disco ensangrentado de la luna pugnaba por desplegar sus rayos, comprimidos por la condensacion nebulosa que empezaba á enrarecerse, como vaporosas cortinas flotantes, arremolinadas en blanquiscos grupos, cual témpanos de nieve impelidos por el viento de la noche.

La dueña, seguida siempre del jóven, receloso siempre y cauto, abrió una puertecilla de medio punto é introdujéronse ambos en un vestíbulo iluminado por una ténue claridad vacilante.

Subieron luego por una rampa casi perpendicular, y llegaron á una especie de antesala, amueblada con cierta decencia y colgada de varios cuadros indefinibles.

Hallábanse junto á una enorme puerta de talla inscrustada de arabescos y embutidos de marfil y nácar.

Esta puerta, de una altura inmensa, apoyábase sobre columnas istriadas de basamento doble, todo de mármol blanco, sobre cuyos capiteles corria un soberbio ático con molduras de cresteria y afiligranadas labores.

Sobre el fronton principal, entre blasones y alegorías heráldicas, lucia el escudo señorial de Altamira con las armas del Estado, que eran dos cabezas de lobo sobre fondo rojo, donde campeaban merletas y estrellitas, con otros atributos en orla y campo de gules.

Aquella puerta de tanto efecto correspondia á la cámara de honor y á los dormitorios de los señores del Estado.

Entreabrió la anciana el biombo de arte que cerraba el conducto de ingreso, empujó cautelosamente el boton de resorte,

cuya presion era un secreto conocido únicamente de las personas de la servidumbre admitidas á la alta confianza de los dueños; y la puerta, ó sea el biombo, se entreabrió lo suficiente para dar cabida al cuerpo del jóven.

Cambiaron entrambos unas secretas frases, y Beatriz, al paso que parecia dar á sus palabras una mal disimulada amargura que no se ocultó á la penetracion de su confidente, empujóle hácia dentro, diciendo al retirarse:

—¡Animo á la empresa! aquí te espero para asegurarte la retirada... nada temas, y puesto que se halla espedito el camino, llega presto, despacha y vuelve.

Introdújose el jóven con pausado y receloso recato: aun á pesar del valor, y sobre todo, del rencor vengativo que en su pecho ardieran, flaqueaban sus piernas, su corazon palpitaba y esperimentaba todo su sér ese cruel vértigo de encontrados afectos que debe sentir el criminal en los momentos críticos que preceden á la ejecucion del delito.

Una ténue claridad vacilante, procedente de una lámpara invisible, iluminaba aquella mansion régia é imprimia á los objetos un tinte fantástico.

Era una cámara estensa, adornada con un lujo soberbio y hasta cierto punto pesado, con sus cortinas de terciopelo, pabellones de brocado con franjas de tisú y flecos de oro, que arrojaban en su movimiento relumbrones vivísimos por las bordaduras de rica pedrería que salpicara las plegaduras y borlones.

El mueblaje correspondia á la grandeza del conjunto, las paredes revestidas de mosaico estucado, aunque de pésimo gusto; el pavimento de azulejos, cubierto de alfombras, y los pesados cornisamentos de resalte que rodearan el ámbito, de los que pendian tapices africanos y lustrosas pieles, formaban pintores-

co contraste con los perfiles, capiteles y prescinciones de calado estuco, imitando mármoles con labores de un dorado delicadísimo, y estableciendo una caprichosa combinacion artística de gran mérito.

En el fondo de la vasta pieza, y en una de aquellas tersas y abrillantadas paredes, veíase una puertecilla dorada entreabierta, que correspondia al gabinete, dormitorio de los condes, especie de pabellon ó alcoba, cerrado interiormente por cortinas y gasas.

En aquel reducido retrete alzábase un gran lecho suntuosamente adornado y á cuya descripcion renunciamos.

Yacia en uno de sus estremos, y en una linda postura realzada por esa interesante y melancólica dejadez que imprime un sueño reposado, una linda jóven narcotizada ó dormida.

Era la castellana de Monforte, ahora condesa de Altamira y Moscoso.

Estaba vestida con el traje de boda, y lucia aun sobre su alba frente la corona nupcial sobre su tocado apenas descompuesto, y sus ricos prendidos ajados por el desórden.

Su vestido entreabierto por delante dejaba ver la profusion de encajes que velaran, trasparentando su pecho blanquísimo y terso como el alabastro, y su cuello divinamente modelado. Vagaba en sus lábios una amarga sonrisa, dulcificada visiblemente por un destello de resignacion marcada.

El jóven se acercó de puntillas, rodeó el lecho, entreabriendo los cortinajes del pabellon flotante con profunda cautela y examinando todos los pormenores. Su mirada, lucida y anhelante, buscaba con ansiedad un objeto, y al fin le halló. Entonces brilló en sus lábios una contraccion parecida á una indefinible sonrisa. Su avidez quedaba satisfecha, el conde dormia narco-

tizado junto á su esposa, cubierto con las sábanas del lecho y respirando angustiosamente con una pesadilla cruel.

El mancebo sacudió al fin sus vacilaciones, y adoptando una resolucion enérgica, adelantó un paso trémulo; deslizóse rozando con su cuerpo los tapices de las paredes, entreabrió de nuevo el cortinaje y arrodillóse junto al lecho, donde por un momento pudo contemplar con una especie de adoracion á la condesa.

Aun le pareció mas hermosa, mas incitante en medio de aquella profunda languidez é indolencia. Atrevióse entonces á cogerla una mano, y notó que brillaba en uno de sus dedos el precioso anillo nupcial.

Una alegría feroz se reflejó en su rostro, animado por un rayo de odiosa venganza. Aquella sortija debia ser el terrible talisman que buscara para consumar sus criminales proyectos, cuando por otros medios no pudiese obtenerlo.

Pudo arrebatar con avidez aquel anillo, que guardó en su limosnera, é inclinándose sobre la piel de armiño que sostenia la hermosa cabeza de la desposada, imprimió sobre su frente un ardiente ósculo que resonó en los artesonados de cedro del salon.

Dió luego otro rodeo, colocándose al otro estremo del lecho y rápido como el viento, alzó por dos veces el brazo armado de su cangiar, cuya hoja arrojó un destello fosfórico, y sepulándose otras tantas en las ropas de aquel.

Un doloroso y ahogado ¡ay! acompañado de una imprecacion que vibró en la bóveda, respondieron á aquel doble ademan siniestro.

Constanza permaneció inmóvil.

Al propio tiempo agitóse bruscamente un bulto informe bajo las sábanas de batista del lecho, como pugnando por desemba-

razarse de ellas, y arrojando en medio de aquella ruda y repugnante lucha á la condesa, que indudablemente hubiera caido al suelo, sino lo impidiera el agresor, el cual, aun en medio de su escitacion criminal, la recibió en sus brazos y la colocó sobre la alfombra cuidadosamente.

Sin pérdida de tiempo, y alentado por el mismo peligro de su posicion en aquel momento crítico, precipitóse de nuevo y sepultó su puñal en aquel bulto informe que todavía continuaba agitándose bajo los pliegues del lecho.

El herido era el conde de Altamira.

Lanzó á su vez un ronco gemido, se agitó de nuevo con una convulsion horrible, quiso incorporarse algo desembarazado ya de su obstáculo, pero aniquilado al parecer por este mismo esfuerzo, cayó anegado en su sangre como una masa aplomada é inerte.

Entonces, mientras tenia lugar esta horrible escena, sonó en la parte esterior una lúgubre carcajada histérica.

Aquella risa tenia algo de infernal ó diabólica, hasta el punto de desconcertar el ánimo del jóven, el cual pareció vacilar y desvanecerse en un acceso de terror sombrío.

Beatriz se improvisó en el dintel de la cámara, y en su fisonomía estraña parecia notarse una descomposicion horrenda, la espresion del réprobo en el dia tremendo de la espiacion y del castigo.

Aquella figura pálida, aquella aparicion maldita parecia sonreir aun: sus pupilas de fuego, irradiaban un brillo fosfórico, y en todo aquel ser trasfigurado lucia un no sé qué de horrible y repugnante que imponia.

—Basta, esclamó con un metal de voz indefinible; te has escedido acaso, mi querido *niño*, y ¡ojalá no te hayas comprome-

tido! el amor solo produce locuras de tal jaez, y mucho mas cuando degenera en celos... ¡maldito Cupido, siempre ciego!

E impelió al asesino hácia afuera, con una calma que tenia algo de infernal y diabólico.

Dieron varios rodeos, recorrieron algunas galerías ruinosas, bóvedas oscuras y solitarias, patios cubiertos de musgo, vestíbulos obstruidos por sus mismos escombros, descendieron luego por escaleras casi desplomadas; en una palabra, atravesaron toda la parte inhabitada y desierta del castillo, y salieron por fin á una plataforma rodeada de una especie de columnata de truncados conos.

Respiraron allí el aire libre, tomaron aliento un instante y descendieron despues por la espiral que antes digimos.

Condújoles esta al primer piso de la fortaleza, precisamente cerca de una poterna, cuyo resorte tocó la dueña con una exactitud que hacia demasiado honor á su práctica y á sus conocimientos de aquel sitio.

El muro, cuya densidad era inmensa, se abrió por el buque correspondiente á aquella poterna, lo suficiente para dar paso al jóven y á la anciana que le precedia, provista de una linterna sorda.

El piso húmedo y fangoso pronunciábase en declive formando ondulaciones y recodos, erizado al propio tiempo de puntiagudas piedras y fragmentos desprendidos de la bóveda.

Exhalábase un hedor inmundo de aquella asquerosa cloaca, que ofreciera además un constante peligro á la osadía de aquellas dos personas abandonadas por la fatalidad á su tenebroso seno, y que se deslizaban pavídicas como dos sombras lúgubres lanzadas por un soplo májico.

Aquel reducto era una especie de vestíbulo que daba la cla-

ve estratégica á los subterráneos del castillo, y cuya profundidad era tal, que pasaba por bajo de los mismos fosos.

Beatriz, aunque permanecia poco tiempo allí, habia logrado, no se sabe cómo, sorprender todos los secretos mas íntimos de la fortaleza y sus tenebrosos misterios; recurso que empezara ya á utilizar aquella dueña infiel que dirigia y concentraba en si misma la ejecucion del sangriento drama que presta argumento á la presente obra.

Por fin, despues de vencidos innumerables obstáculos, la vieja despidió á su cómplice con sus demostraciones eternas de amor, dándole además ciertas instrucciones secretas.

Sin embargo, en el rostro de aquella mujer implacable y vengativa, debió lucir entonces una diabólica sonrisa de satisfaccion criminal.

Retrocedió á su vez por el mismo camino, devorando sus rencores no satisfechos todavía, y saboreando al propio tiempo la venganza que empezaba á servir á sus designios en aquella noche infausta.

En efecto, para penetrar á fondo el verdadero carácter de este personaje terrible, necesitamos desplegar el tremendo plan de nuestra obra, en cuyo discurso rogamos al lector tenga la complacencia de seguirnos paso á paso, sin obligarnos á precipitar la accion ordenada de los acontecimientos.

CAPÍTULO VIII.

La alarma.

¡Verted ¡ay! maldiciones
Sobre esa infame furia del averno
Que finge devociones
Y con halago tierno,
¡Pérfida! encubre un mundo de traiciones.

El asesino se halló, efectivamente, al campo libre.

Sentóse sobre un peñasco, junto á un grupo de enebros, y vertió una respiracion sonora largo tiempo comprimida.

Pasó la mano por la frente húmeda de sudor, y quiso en vano coordinar aquel tropel de siniestras ideas que cruzaran por su mente entontecida por un alucinamiento profundo.

La ejecucion por lo menos del atentado y fuga habia sido sumamente rápida, obra de bien poco minutos. Y sin embargo, parecíale un sueño mortal muy lejano, una pesadilla ó una de esas tentadoras ideas que cruzan imaginarias por la mente exaltada, por una predisposicion febril entre aterradores fantasmas.

Luego su vista, azorada y trémula, giró en rededor como si le persiguieran: quiso huir, pero sus piernas flaquearon, obligándole á permanecer como enclavado en aquel punto.

Aquello era el primer periodo de esa instintiva reaccion de la conciencia que se llama remordimiento.

La soledad del sitio, su aspereza selvática, su pintoresco aspecto y aquella rústica poesía que reflejara el cuadro del paisaje, contribuian en conjunto á enardecer la inspiracion de su ánimo violentamente sobrescitado por tanta peripecia.

Siempre escarpadas breñas, barrancos y encumbradas crestas, abismos inaccesibles, y que las pálidas tintas de la noche

exajeraban mas todavía, imprimiendo á todo un matiz puramente fantástico, y allá, en las hondonadas del yermo, en las faldas pedregosas é irregulares, medio iluminadas por la luna con un tinte diáfano y ténue ante la progresiva degradacion de las sombras, como sudarios grises contraidos en caprichosos repliegues, diseñábanse varios grupos de arbolillos y arbustos de un verdor aterciopelado, como informes manchas que salpicaran los accidentes del terreno.

En medio, pues, de ese silencio, de esa soledad y de ese mismo cuadro, una voz terrible, no muy lejana, resonó con un acento enérgico en aquellos riscos, que prolongaron su eco rotundo largo rato.

Era el grito de alarma lanzado por el vigía del castillo y repetido por los demás centinelas, como una descarga sostenida y creciente.

Aquella voz, alterada visiblemente por la sorpresa y el terror, vino á despertar de su abstraccion al jóven, que sacudiendo sus vacilaciones, púsose de pié y huyó al acaso á través del campo sin rumbo determinado y fijo, ni mas ni menos que si le persiguiese un fantástico escuadron de sombras.

. . . . . .

Mientras tanto el grito de alarma, propagándose por todos los ámbitos del castillo, cundia como un eco funeral por su vasto recinto; los soldados se armaban presurosos, y los convidados, en su mayor parte, abandonando sus dormitorios, salvaban los reductos del parque y huian despavoridos por do quier, precipitándose en los fosos algunos de ellos y participando todos de aquel alarido general que difundiera el espanto y el terror por todas partes.

Al propio tiempo un hombre pálido, ensangrentado y casi

desnudo, bajaba envuelto en una sábana, medio arrastrando por la escalera principal, sosteniéndose penosamente contra las paredes y oprimiéndose el costado con una mano.

Aquel hombre era el conde de Altamira.

Un reguero de sangre marcaba las huellas de su tránsito, y en su rostro notárase esa lívida palidez que caracteriza el desfallecimiento físico producido por la pérdida de fuerzas.

—¡Traicion!!! esclamó con un acento exánime y cayendo al punto aplomado en tierra, aniquilado por aquel esfuerzo supremo, mientras que la sangre hervia á borbotones en las heridas del costado.

La señora Palomina, medio desnuda, y simulando una soñolencia profunda, acudió presurosa, estregándose los ojos, trémula, despavorida y vertiendo un copiosísimo llanto, que por cierto, como es de suponer, nada tenia de sincero.

—¡Pobre amo mio! esclamaba mesándose los cabellos y precipitándose sobre el desventurado conde, que exánime y desvanecido, murmuraba por lo bajo:

—La traicion se alberga en mi casa, y yo soy la primera víctima. ¿Qué será de la condesa á estas horas?

La dueña pudo responder con su vida de la de Constanza, y así se lo juró al conde; pero este nada oia ya, presa que era de un profundo deliquio.

Entonces aquella harpía infernal, exaltada mas y mas por su pretendido dolor, precipítase corriendo por las galerías, esparciendo mas y mas la alarma, y reclamando solícita los auxilios de la religion y de la ciencia al obispo y á su médico, el cual acudió al punto á curar al herido, mientras que el primero, sumido todavía en su letargo, apenas pudo pronunciar una frase ininteligible para volver á dormirse, presa de la accion del narcótico.

La guarnicion del castillo, armada y equipada definitivamente, se habia reunido en el patio, y á la luz de las mil antorchas que ardian en los resaltes de la plataforma, sobre los matacanes y torreones, en los canzorros, en todos los puntos del edificio, dieron principio á las pesquisas; adoptáronse disposiciones, entre ellas la de redoblar los centinelas y avanzadas, prévio el correspondiente relevo, y el muro, coronado bien pronto de soldados, presentó en seguida, con esta súbita improvisacion, el aparato de una plaza de guerra en asedio, combatida por un enemigo invisible.

Aquella iluminacion intempestiva, que se alzaba en progresivo incremento, estendia en la vasta campiña una zona luminosa, en medio de la cual, brotando de la espesa selva, sobre la colina calcárea donde radicara, descollaba la sombría mole de las Torres de Altamira, como un espectro de formas jigantescas, nadando en un lago de luz fosfórica.

Payo Ataulfo, retirado á la sala de enfermería, era objeto de la tierna solicitud de la maligna dueña, la cual, inclinada sobre el lecho de la víctima, vertia improperios contra el asesino, exhalaba dolorosas quejas y pronunciaba votos de enteras penitencias á trueque de la salud de su amo, *tan bueno, tan inocente y santo.*

Los circunstantes, cuyo corazon condolian las quejas de aquella mujer infame, trataron en vano de retirarla, porque ella reclamó sus derechos de dueña directora de aquella familia, y que todos hubieron de respetar de grado ó por fuerza.

Y al paso que se empeñara un turbulento altercado entre aquella imprudente servidumbre, no perdíase tiempo en continuar las pesquisas en averiguacion del criminal, y que no produjeron resultado alguno favorable.

Ataulfo, presa de un fuerte parasismo, pronunciaba amenazadoras palabras de una ilacion incoherente, y allá á poco declarábase un profundo delirio, que hizo palidecer de terror á la vieja.

Indudablemente ambos eran cómplices de algun feo delito. cuya revelacion temia ella se escapase al delirante conde.

—¡Oh! estoy perdida sin recurso, murmuró á media voz, alterada por un temor cobarde y sombrío que conturbó su mente.

Y rápida como el viento, sacó de su limosnera un pomito de esencias que iba aplicando de vez en cuando á la nariz del paciente, quien pudo volver en sí, merced á este auxilio.

Luego despidió á los circunstantes, que no pudieron negarse á las órdenes de aquella imperiosa mujer, cuya voluntad únicamente pudiera modificarse por una órden del conde.

Hizo beber á este un vaso de agua, en el cual vertió préviamente unas gotas rubicundas que produjeron en el mismo un notable y momentáneo alivio. Despues cerró la puerta interiormente, levantó los apósitos provisionales que se habian aplicado á las heridas, en las cuales derramó cierto bálsamo misterioso de que venia provista, y volvió á colocar las hilas y vendajes con una pericia verdaderamente facultativa.

En aquella misma hora, es decir, cuando empezaba á rayar el dia, y la luz indecisa del alba principiaba á platear el cielo del Oriente, Diego Pelaez, con su séquito y equipajes, abandonaba mas que de prisa los dominios de Altamira.

Fromoso, que al despertar de su sueño real ó fingido, al estrépito de aquel fracaso sufriera un fuerte ataque de nervios, habia desaparecido misteriosamente, sin que su desolada Palomina ni las demás personas que se interesaran por la suerte del buen hombre, lograran hacerle reaparecer en aquellos momen-

tos solemnes; suceso que algun malicioso pudiera, quizás, comentar de diverso modo, como que debia prestarse á interpretaciones distintas.

La condesa, restituida tambien á sus sentidos, fué retirada á otro departamento, habiéndosela ocultado por aquel dia el acontecimiento fatal de la noche anterior, á fin de prevenir con esta precaucion prudente, otras consecuencias que pudieran haber comprometido su salud harto delicada.

TERCERA PARTE.

COMPLICACIONES.

CAPÍTULO PRIMERO.

El cuadrillero de la Santa Hermandad.

¡Encuentro singular! en noche oscura
De caluroso estío,
A través de breñales y espesura,
Departian los dos sin gran desvío;
Que no fuera otra cosa gran cordura.

Propio nos pareciera y oportuno trazar ante todo el cuadro topográfico de la escena con que inauguramos la tercera parte de nuestra obra, siquiera fuese en obsequio de la rutina generalmente establecida por la mayor parte de los novelistas; pero otras consideraciones de mas bulto desviaron el propósito, para trascribir desde luego el diálogo que traian empeñado dos personajes desconocidos, algun tiempo despues de los sucesos últimamente narrados, y en una madrugada algo húmeda del mes de agosto.

—Buenos dias tengamos, camarada; vais tan arropado que parece una de dos cosas, ó que teneis mucho frio, lo cual no es muy creible, porque estamos á fin del estío, ó que os importa mucho recataros, y en tal caso respeto la causa que tengais para ello.

—¡Hola! compadre, repuso el interpelado, que seguia andando delante, volviéndose apenas de medio flanco un instante, aunque sin descubrirse y haciendo sonar como al acaso su armadura, que desde entonces crugia al andar: pareceis curioso por vida mia, y es un acontecimiento no despreciable para mí el encuentro de un prógimo tan espedito y franco cual lo pareceis vos.

—Loado sea Dios que tales percances nos depara; yo, por mi parte, aunque no os conozco, en lo cual maldita la curiosidad que tengo, puedo aseguraros, por mi ánima, que no me pesa este encuentro que me depara la suerte, puesto que habiéndome santiguado y encomendádome á Dios al levantarme, mi fé cristiana no me permite temer la desgracia de caer en tentacion, ni de esperar cosa mala por hoy. No puedo decir otro tanto de vos en esta hora, y dispensadme esta ingenuidad, en gracia, al menos, de la ignorancia en que estoy de vuestras cualidades y antecedentes, que podrán ser muy buenos; pero como debeis comprender, son cosas estas en que es necesario andarse con tino y mesura, tratándose de personas de juicio y buen criterio.

—Parlanchin sois por demasía, camarada, y por la cruz de mi espada os juro que ese flujo de lengua que os caracteriza no suele ser signo favorable de hombres sesudos: bien es cierto que el adagio suele establecer escepciones dadas y casuales para las mismas reglas.

—¡Eh! buen hombre, replicó el interpelante, deteniéndose

con un ademan de provocadora arrogancia, cuidado con salir de nuestras casillas, para lo cual creo habeis ya esplotado lo suficiente la sangre que hierve en mis venas; basta de humos, y preparemos como leales viandantes un desayuno mas sabroso que el que suelen facilitar los cintarazos, siquiera sean de buena ley: nada de animosidad, y conversemos buenamente á fuer de compañeros de casualidad. Venga, pues, esa diestra.

—Ahí va, contestó el de delante, que se detuvo un momento, y que volvió á emprender de nuevo su acompasado paso cada vez mas grave y seguro.

El importuno colocutor estrechó aquella mano invisible que el otro le alargara, oculta en un terso y bruñido guantelete.

—¿Esas tenemos? esclamó con su imperturbable y licenciosa locuacidad; ¿aun no fiais del contacto de mis carnes? ya voy viendo que llevais la suspicacia al terreno de la malicia; y para mis adentros, para mi conciencia y para mi honor, que es por cierto muy limpio, señor mio, que casi me asalta, aunque involuntarimente, la intencion de que vos debeis tal vez...

—¿Qué? le interrumpió el de delante deteniéndose de repente y en un ademan de sorda amenaza.

—¿Qué?... vos debeis ser cuando menos... un enigma.

Y al espresarse así con una serenidad admirable, detúvose á su vez el importuno, y aquellos dos séres misteriosos miráronse frente á frente y se midieron de alto á bajo con una arrogante mirada de altanería é insolencia.

—Ved, dijo el de delante, que no es cordura provocar un lance como el que estais provocando, sin otro fundamento que la intencion culpable de sorprender quizá un secreto de Estado; y por Dios vivo que siento en el alma no ser dueño de mi albedrío en este instante para colmar vuestros deseos.

—Y por cierto que es lástima grande malograr la oportunidad, porque presiento que íbamos en tal caso á disputarnos proezas empeñadas en rudo antagonismo; y aunque pudiéramos concertar un aplazamiento honroso, creedme, caballero (y dispensadme la calificacion, sino lo fuérais), perderia en ello el lance sus mejores quilates, el mérito indisputable de la oportunidad.

—Teneis razon, ó al menos os la concedo, y puesto que al fin nos vamos comprendiendo, dejadme andar y no me hagais perder el tiempo, que no es mio.

—Segun eso, ¿quién sois?

—Y ¿quién sois vos?

—Yo... el diablo.

—¡Eh! parece que os salís de parva.

—No tanto como debiera.

—Curioso sois por demás y vais tocando las consecuencias, puesto que os condoleis sin querer sentir el aguijon que vuestra osadía me ha aplicado con mas descaro que prudencia, y en oposicion á ciertos principios de que habeis hecho alarde.

Y el iracundo interpelado que se detuviera un breve instante, volvió á poner en movimiento sus piernas con un giro rápido y violento.

—Ya volveis á enfadaros, esclamó el otro con su fria naturalidad, y lo siento á fé mia...

Encogióse de hombros y marchó á su vez.

—¿Lo sentís de veras, eh? dijo el de delante con cierta fatiga visible.

—Sí, por cierto, prosiguió aquel, siempre imperturbable; yo queria saber vuestra opinion, para poder, segun ella, conversar con vos un breve rato de comun acuerdo, partiendo de una base

prudente, á fin de no suscitar pendencia, porque veo que ambos tenemos la sangre viva é inflamable. Creedme, parecíame tener un derecho á ello, y por eso me propasé: veo que me he equivocado, y os ruego me dispenseis la falta de prevision y cordura, ó mas bien el esceso de confianza que me propuse, y en cuyo sentido he obrado, á la verdad, con gran pesar mio, y bien á costa de mi sentimiento.

—¡Calle! observo, si no me equivoco, que vais dando á vuestro lenguaje, un tanto agresivo antes, el giro y entonacion que convienen en la ocasion presente: en verdad, os habia tenido por un espía al principio, siquiera por vuestra picaresca locuacidad; pero en fuerza de conversar con vos, he modificado mi dictámen, variando la calificacion y protestándoos, por mi parte, la lealtad mas sincera.

—¿Con qué sí, eh? ¿Me tuvisteis por alguno de esos ganapanes vagabundos que comen á costa del país, metiendo zalagardas y aleluyas?

—Pues, repuso el de delante con una tos cascada.

—Y yo al pronto os tomé igualmente por un escomulgado, enderezador de tuertos y desfacedor de agravios de cierta facha.

—¿De veras, seor peneque? ¿Tanto adelantásteis el discurso en ese terreno tan poco caritativo?

—Como lo oís, en lo cual vuestra temeridad me colocaba en mi lugar, como á vos la mia. Pero aparte esas bagatelas pueriles, pareceisme ahora otro hombre distinto; yo me felicito á mi vez por haber obtenido esa justificacion que me llena de orgullo, y de la que supongo no os arrepentireis con el tiempo.

—Así lo espero, si bien quisiera que me permitieseis imponeros una condicion, á lo cual, en cierto modo, creo tener derecho, puesto que establece un beneficio igual para entrambos.

—¿Una condicion?

—Sí; la de que respetareis mi incógnito, y no insistireis en un imposible; esto es, la revelacion de mi nombre, que debo reservarme, porque así me conviene. Por mi parte seguiré respetando vuestro secreto, absteniéndome de preguntaros vuestro nombre, quien quiera que seais.

—Convenido.

—¿Bajo palabra de honor?

—Acepto.

Y aquellos hombres misteriosos enlazaron de nuevo sus manos.

—Decidme ante todo, si no teneis inconveniente en ello, y dispensadme la curiosidad: ¿á dónde vais?

—A Santiago, Dios mediante. ¿Y vos?

—Yo voy *hácia* Compostela.

Y el desconocido recargó con cierta sutileza enfática el adverbio *hácia*.

—Os perdono el sinónimo, repuso el de delante, sin apercibirse al parecer de la evasiva y apresurando el paso.

—Segun eso, ¿ireis de romería á visitar el sepulcro del Santo Apóstol?

—Tal vez, y en ese caso supongo hallar en vos un buen devoto que, á fuer siquiera de compañerismo, quiera compartir conmigo el bordon.

—Siento en el alma no poder complaceros, porque mis penitencias son de otro género, y por cierto que no por eso deben ser menos eficaces para aplicarlas en remision de mis culpas.

—No blasfemeis.

—¡Confúndame Dios antes de cometer tal delito! no me ven-

gais á mí con esas, que soy cristiano rancio por la gracia de Dios y del bautismo.

—Pues, ¿cuál es vuestro objeto?

—Visitar al señor obispo.

—¿Diego Pelaez, ese santo varon de tanta fama?

—El mismo en cuerpo y alma.

—Que... ¿teneis cuentas con su señoría ilustrísima?

—¡Pst! sí... tengo ciertos negocios puramente sencillos que ventilar con ese buen señor.

—¡Negocios!

—Sí; negocios temporales.

—¡Hola! no os preguntaba yo tanto, buen prógimo; pero de cualquier modo, siempre es una aclaracion que viene de molde á resolver un mal pensamiento posible. ¿Por qué razon no pudiera yo haberos tenido por uno de esos empecatados recalcitrantes comprendidos en cualquier entredicho, y que habiendo entrado en cuentas rehusa la broma de convertirse en momia y corre á buscar el remedio?

—Picantillo andais, por vida mia en vuestras pullas, que no pueden hacer mella en mí; y entended que por ahora solo pudiera acusarme de un pecado de intencion, de que ya me acusé y cuya absolucion me dispensásteis.

—Culpa venial ya remitida: nada hablemos de ello.

—Sí, eso mismo; mi situacion requiere prudencia, en lo cual sirvo tambien al señor obispo.

—Cuidado con esas, no andeis pródigo en repetir ese nombre peligroso por demás en estos tiempos de turbulencias civiles; tened en cuenta que no faltan espías intencionados y fieles á S. A. que se acercan á conversar con ciertos fines con el señor obispo, quien, como de público se dice, ha le-

vantado leva contra el soberano, recluta soldados y busca alianzas.

—Enterado estais para poder hablar con seguridad sobre asuntos tan graves: no os pesaria, tal vez, oir un consejo, y es que en negocios que no os atañen suele ser arriesgado todo cuanto traspase el círculo de una confianza leal y sincera.

Detúvose el de delante, como sorprendido por las últimas palabras de su colocutor, y como para respirar de su creciente fatiga.

—¿Sois vos, dijo, adicto, segun parece, á la parcialidad del señor obispo, eh?

—Y ¿qué os importa á vos?

—Quizás, repuso con su tosecilla, que revelaba cierta opresion pulmonal.

—Pues bien, si en ello sirvo á vuestra curiosidad...

—Nada de eso, puesto que no formo en ello empeño; pero creo es tiempo ya de que nos entendamos en nuestro respectivo sentido, en cuanto á ese particular que ha llegado á ser el tema obligado de la época, y debemos evitar el terreno de las interpretaciones, escollo peligroso que mas de una vez ha sido ocasion de fuertes compromisos. Ya que una feliz casualidad nos ha reunido, no abusemos de ella, procedamos con cordura y entendámonos á nuestra vez.

Y aquellos hombres, poseidos, al parecer, de un mútuo y cordial impulso de simpatía, guardaron silencio y detuviéronse por un movimiento espontáneo.

CAPÍTULO II.

El ardid.

¡Singular composicion, bravo contraste!
Al fin se comprendieron
Aquellos dos rivales, dando al traste
Con toda su prudencia, y se mintieron,
¡Oh artificio infernal, cuanto causaste!

Lucian ya los primeros destellos de la aurora.

Ni una nube manchaba el horizonte, sembrado de innumerables estrellas: solo livianos y vaporosos celajes parecian surgir hácia el Norte, formando una zona blanquecina como un velo flotante.

El terreno, cuya descripcion aplazamos en el anterior capítulo, era quebrado y breñoso: grupos de arboladura, diseminados al acaso, sombreaban aquel sitio despoblado y solitario entonces, y algunos torrentes se precipitaban sobre lechos de piedra, como sonoras y bullidoras cascadas, hasta desviarse en los valles y barrancos contíguos.

A lo lejos percibíanse las torres de la ciudad de Santiago, hendiendo las vaporosas brumas como espectros indefinibles, y proyectando sus formas vagas á través de aquella claridad mate.

Sobre una elevada colina divisábanse las figuras de nuestros nocturnos viajeros, departiendo con ademanes enérgicos y empeñados, al parecer, en una discusion acalorada.

Los albores del naciente crepúsculo nos permitirán describir á estos dos actores de nuestro drama, y darles á conocer al lector, siquiera sea superficialmente.

Era el de delante un hombre de mas que mediana estatura, sueltos y airosos sus ademanes, aunque no desprovistos de esa

gravedad que forma, por regla general, el tipo clásico de las gentes de alto coturno. Vestia interiormente, á juzgar por el contínuo y estridente crugido que produjeran sus movimientos, una lóriga de templado acero, un yelmo con penacho cimerado á la romana, con la visera echada al rostro y demás piezas de armadura al estilo de la Edad media. Sobre el arnés llevaba una ropilla holgada, sujeta con un cinturon al talle, sobre el cual asomaba la cruz blasonada de una de esas monstruosas espadas que pueden verse aun hoy en nuestras armerías, y que nos ha legado la época feudal. En su brazo izquierdo llevaba una magnífica rodela, tersa y bruñida, en cuyo fondo figuraba la cruz capitular de Compostela, orlada de estrellas y atributos, todo en rico esmalte en oro y azur, sobre campo y merletas de plata, y sobrepuestas á todo, la mitra y báculo episcopal de Santiago, campeando entre accesorios heráldicos.

En cuanto al otro individuo, vestia de paladin y llevaba cota de malla finísima, casco cimerado y hermoso penacho, cuyas plumas elásticas flotaban con el aire. Apoyábase en una fuerte lanza de tres golpes, á la romana, y de cuya asta pendia una divisa con el diploma feudal de los estados del poderoso prelado de Compostela. Llevaba calzas de grana, borceguíes de finísimo ante, sin guanteletes ni visera, y apareciendo, en fin, como un raro contraste, como un conjunto enciclopédico é imperfecto.

Su estatura era proporcionalmente esbelta y arrogante, el metal de su voz sonoro, vibrador y simpático, y sobre sus hombros caia su rubia cabellera ensortijada.

Este era, segun habrá podido adivinarse, el jóven agresor del conde de Altamira, que ha figurado ya anteriormente en nuestra narracion, y cuyo verdadero nombre era aun para él mismo un misterio quizás.

—Os repito que llevais vuestra suspicacia demasiado lejos, decia el jóven á su compañero, y que quien quiera que seais, estais en un miserable error al creer que me impone un ardite vuestra pedantesca prosopopeya: abroquelado en mi opinion, todos vuestros esfuerzos por cambiarla se estrellarán aquí en esta roca.

Y señalaba con la mano al corazon.

—¿Luego es decir, replicaba el otro, que rehusais plaza en los tercios de su señoría el rey D. Alfonso?

—Ya os lo tengo dicho por tercera vez: S. A. no tiene oro bastante para comprar mi servicios, que son eco fiel de mi conciencia libre.

—Y si ese mismo monarca me hubiese enviado directamente á vos (suponedlo así al menos), con la órden espresa de obligaros á aceptar su bandera...

—¿Qué decís de *obligarme?* ¿Acaso podeis medir la tenacidad de mi carácter?

—No, no digo tanto, pero en fin...

—Creedme, si os place: las órdenes de S. A. no pueden alcanzar á tanto, y pudieran quedar desairadas en tal caso, porque seria empeñarse en un imposible.

—¿Es decir que, en definitiva, rehusais servir al señor rey que tan bien sabe pagar á quien le ayuda en su santa causa?

—Sí, lo rehuso á trueque de todo.

—Es una singularidad en su género: tanta fidelidad, tal tenacidad por apoyar á un rebelde.

—Id con tiento, seor valiente, y sed mas comedido al pronunciar ciertas palabras que nunca sientan bien en lábios honrados, y moderad los arranques apasionados de vuestro génio: por mi parte os aconsejaria que tratáseis con mas respeto ese

nombre, acreedor á todo género de consideraciones, si quiera por la alta gerarquía sacerdotal de que se halla investido.

—Sea, pues, y en gracia de ello, os prometo templar mi entusiasmo patriótico, porque á fuer de realista, soy tambien patriota.

—Sea enhorabuena; siempre os tuve en tal concepto.

—Pero decidme vos: ¿por qué tanto aferraros en ese sistema que tan arriesgadas probabilidades ofrece y que es bien posible concluya por aniquilaros.

—¿A mí?

—Sí, á vos y á los vuestros, que arrastrareis, sin duda, en la caida.

—Podrá suceder así; ¿qué quereis? no es dado á la criatura sustrarse á las leyes de la predestinacion.

—Pero ¿quién sois vos que hablais de tal suerte? Acabemos, pues, de entendernos, si os place.

—Franca es, por vida mia, la pregunta, cuando tanto os empeñais por vuestra parte en conservar el incógnito. ¿Es posible que hayais olvidado el pacto?

—Perdonad la indiscrecion, y dad la culpa á mi memoria, conozco que me he escedido.

—*Pecado de intencion*, ¿eh?

—*Culpa venial*, ¿eh?

—Ya voy comprendiendo el busilis; y no obstante, me veo tentado á renunciar mi derecho, revelándoos mi profesion, ya que no pueda mi nombre. Sabed que soy jefe cuadrillero de la Santa Hermandad del *Cristo de la Agonía*, que forma uno de los tercios de preferencia que destina el señor obispo á la persecucion de malhechores y á las operaciones estratégicas del escuadron de Guias volantes de su ilustrísima.

—Basta, pues; acepto en cuanto vale esa revelacion que espontáneamente me haceis, y siento en el alma no poder ofreceros mi recíproca: ocupais un buen lugar en la Iglesia militante del buen prelado, para que yo trate de insistir en violentaros, á fin de que admitais mis proposiciones de abandonar esas banderas por las del rey. Por el contrario, quizás yo mismo, invirtiendo el órden de mis papeles, al oir esas esplicaciones que habeis dado, y que por cierto os honran, en nombre del soberano de quien soy emisario, os absolviera en su nombre del nuevo juramento, si lo hiciérais, aconsejándoos y restituyéndoos á vuestra opinion primitiva.

Hablando así, ambos personajes remontaban entonces el Monte-del-Gozo ó del Humilladoiro (1), pintoresca eminencia desde la cual veíanse, á través de la vaporosa neblina, las torres y cúpulas de la ciudad santificada por el sepulcro del Apóstol tutelar de España y los bultos indecisos de sus monumentos, que semejantes á los diseños medio borrados de un cuadro, vagaban en el límpido tinte del crepúsculo.

Fieles á la piadosa costumbre establecida por las romerías que acudieran todos los dias á visitar el santuario, ambos sujetos postráronse de hinojos en la cumbre de la indicada colina, y á vista de las torres de la famosa catedral oraron.

El sol de Oriente, brotando de un grupo de tornasoladas nubes, difundia sus nacientes rayos que empezaban á dorar las alturas y resaltaban sobre el fondo condensado del cuadro.

Pasaron junto á la alquería de Briones, ocupada á la sazon por una cuadrilla de gente armada.

Aquella fuerza, á sueldo y devocion de su ilustrísima el obispo de Santiago, formaba la hermandad titulada del *Santo*

(1) Hoy se llama altura ó collado de San Márcos.

Cristo de la Agonía, y de la cual, segun digimos, era jefe el jóven de que vamos hablando, bajo un nombre que ha poetizado la crónica y que nos hemos guardado de violentar ni sustituir por nuestra parte.

—¡Calle! esclamó admirado el de delante, al reparar en aquel golpe de milicia, ¿esa es vuestra cuadrilla ó hermandad?

—Lo habeis adivinado, y está á vuestra disposicion, mientras no contravenga á los intereses, buenos servicios é intencion del señor obispo, que Dios guarde.

—Ya vais volviendo á vuestro tema, que os honra mucho por cierto. Gracias por vuestra oferta, y siento no poder corresponderos con igual fineza, digna de tan generosa hidalguía.

—¿Necesitais escolta?

—Nada de eso, caballero; me juzgo demasiado seguro con solo vuestra compañía... porque supongo puedo contar con que me acompañareis á Compostela.

—Ya tuve el honor de deciros que me dirigia *hácia* esa ciudad, contestó el otro, lisonjeado al parecer por el calificativo de *caballero*, que por vez primera le dirigiera su colocutor, y que tan grato eco dejara en su oido; por consiguiente, siento no poder merecer vuestra gratitud, porque, en verdad, el sacrificio es exigencia de mis intereses.

—De cualquier modo, un hombre como vos es siempre acreedor á mi reconocimiento, mucho mas cuando trato de exigiros otro favor.

—Solo espero vuestras órdenes; se entiende, con la condicion siempre de que no me hagais ir en ello contra mis deberes, como supongo.

—Al contrario, mi empeño se reduce á que os presenteis al señor obispo despues de concluida la misa capitular, y á cuya

entrevista asistiré yo tambien, precisamente á la misma hora.

—¡Vos realista y enemigo natural de su ilustrísima!

—Posible es, contestó el de delante con su fatigosa tos.

—Confieso que no adivino... aunque ahora reparo en una circunstancia que añade otro punto de oscuridad al enigma, y que puedo juraros no habia notado todavía.

—¿De veras?

—Sí; veo que ostentais insignias que no os atañen, y que quizás disfracen á un espía, y en auxilio de mi sospecha viene esa tenacidad tan obstinada por vuestra parte en conservar el incógnito y recatar esas facciones que, tal vez, alienten una vida que ha caido bajo el imperio de la ley.

—Os equivocais, por Dios, repuso el otro con firmeza, y si bien no puedo revelaros mi nombre en este momento, os ofrezco una satisfaccion y una garantía que deben pesar mucho en vuestro ánimo.

—Sepámoslas.

—Nada tan sencillo, me dejo desarmar por vos, mientras me acompañais hasta la misma puerta del palacio de su ilustrísima, á cuya guardia de honor podeis entregarme. Creo que no puede pedirse mas. Y luego, en la entrevista que tengamos ante el prelado, os aseguro que podreis conocerme á vuestro sabor, si es que tanto empeño formais en ello.

—Me basta vuestra espontaneidad y renuncio al desarme: en cuanto á lo demás, aceptado. Pero decidme: ¿qué objeto os proponeis con esa entrevista?

—Pedir á su ilustrísima una simple gracia, á la cual tampoco vos debeis ser enteramente estraño.

—Acato el misterio que os personifica en todo, y acepto el partido.

—Descuidad por lo demás; es asunto puramente de familia, y en cuyo particular deseo que tercieis vos, á fin de que se despache pronto y favorablemente en la curia cierto negocio que hace referencia al objeto, y en el cual andan remisos los agentes, sin duda porque no corre á su sabor la moneda.

—¿Es decir que me precedereis vos?

—Seguramente, tengo billete de introduccion hasta la misma sala de Sagrario: ya sabreis que sirve de antecámara al oratorio de su ilustrísima, y que está contíguo al salon oficial de audiencias.

—Mucho llevais adelantado, segun veo, y puesto que así lo quereis, no haré falta á la cita. Tambien yo tengo el mismo permiso que vos.

—¿De veras? preguntó el encubierto con su anhelante fatiga.

—Como os lo digo.

—Entonces nos podemos escusar el trabajo de presentacion, que no es poca cosa.

Llegaban precisamente á incorporarse á la soldadesca, que á una señal del jóven jefe abrióse en dos filas para facilitar el tránsito á entrambos colocutores. Siguieron estos su camino, dejando á los acantonados en su sitio.

—Buena gente teneis, por Dios vivo, esclamó el encubierto.

—Así, así, repuso el jóven con jactancia.

—Y bien disciplinada, á lo que parece.

—Sin disciplina no hay ejércitos, y la fuerza degenera en otra cosa peor aun que la anarquía; ya lo sabreis vos, si es que sois algo práctico en el arte, como supongo.

—Teneis razon, lo cual no impide que yo os envidie la suerte de acaudillar una mesnada tan bien lucida.

Seguian ambos aproximándose á la ciudad, y atravesaban

entonces el sitio antiguamente conocido por la Granja del Castillejo ó Huerto de los Reyes, precioso jardin botánico sostenido á espensas de la nobleza gallega, y destinado al hospital general de Santa Tecla.

Detuviéronse allí un momento para contemplar el hermoso panorama que se estendia á su vista, y en verdad que era digno de ello.

Figuraos un vasto enlace de selvas y montañas escalonadas en irregular sistema; una série de prominencias coronadas de granjas, cortijos y alquerías, verdes prados y valles cruzados por bullidores arroyos y saltos de agua que por do quier brotan en aquel terreno feraz; y rodeando la hermosa ciudad ceñida de vetustos muros, mil lugarcillos, y caseríos sembrados en las afueras (1) contrastaban con las agujas aéreas de las torres de sus iglesias, que hendian el espacio condensado aun por las livianas brumas matutinas.

Al Este las altísimas lomas tituladas del Viso y de Santa Marina, pobladas de bosques de olivos y que enlazan con las cordilleras del Norte el Son y el Monte del Gozo, hoy de San Márcos, hasta las cumbres del Pedroso, cuyos dentados picachos elévanse á 650 metros sobre el nivel del mar.

Por el Oeste los collados de Montonto, Conjo y del Humilladero cierran el círculo de la vistosa esplanada, sobre la cual asienta la ciudad, rodeada como por una zona de plata líquida formada por los rios Sar, que corre de Norte á Oeste, y Sarela, que viene de Norte á Sur.

Unos momentos despues verificaban ambos viandantes su entrada en la ciudad por la antigua puerta de Mazarelos, no sin habérseles sujetado á determinadas formalidades por los indivi-

(1) Hoy se hallan comprendidos dentro del muro y forman parte de la ciudad.

duos del reten allí apostado, y que cesaron ante la exhibicion del respectivo salvo-conducto por parte de aquellos.

Siguieron sin detenerse por la Azabachería hasta la plaza del Hospital y Arco de Someruel, hoy de San Martin, en frente de la hermosa fachada del palacio episcopal, cuya arquitectura llama todavía la atencion del artista por su gran mérito.

Aunque no era, en verdad, cosa extraordinaria ver en aquellos tiempos dos guerreros de punta en blanco públicamente y en pleno dia, fuerza es decir, en honor de la verdad, que mas de un ciudadano llegó á apercibirse de aquellos dos personajes que caminaban á buen paso, conversando, al parecer, en la mejor armonía.

Al llegar á la puerta de la Curia, el jóven sintió que su compañero le tocó en el hombro, y le dijo:

—Ya llegamos: ved el grupo de la guardia de su ilustrísima, á quien me entrego en cumplimiento de mi palabra empeñada.

En efecto; los individuos que daban la guardia al pié de la escalera, levantáronse ante el encubierto, á quien saludaron respetuosamente, como reconociéndole por un gran personaje, y de cuya demostracion pudo apercibirse con cierto estupor su compañero, quien pareció renunciar á su derecho por entonces, y se preparó á salir de allí.

—Id con Dios, le dijo el encubierto, puesto que os vais ya satisfecho, segun parece; no hagais falta despues de la misa capitular, á cuyo efecto yo me encargo de preparar ahora mismo á su ilustrísima. Podeis mientras tanto correr vuestras diligencias y no andeis tarde en volver.

Y se separaron.

CAPÍTULO III.

La conferencia.

Por cierto que el destino del magnate
Marcha ya á su ruina,
Mientras la suerte abate
El porvenir del pacto que adivina
Tras de lucha tenaz y en crudo embate.
(A. DE BAENA.)

El jóven cuadrillero no faltó por su parte á la cita.

Con la debida oportunidad se apresuró á hacer uso del documento que, por un especial privilegio, le permitiera llegar hasta él mismo departamento privado del obispo, conocido por la sala del Sagrario.

Devorábale la curiosidad y la impaciencia por rasgar el velo del enigma y conocer al singular personaje que le diera aquella cita misteriosa. Esa curiosidad, esa impaciencia, ardian en su mente, violentando su deseo de una manera enérgica, y aun tal vez un presentimiento secreto, que no podia alcanzar á comprender, parecia estimular esa misma ansiedad intensa, febril é instintivamente sostenida á la altura, quizás, de su importancia misma.

Aun antes de la hora convenida, esperaba el momento de audiencia en la antecámara de palacio, ocupada á la vez, segun costumbre, por una multitud de pretendientes dispuestos á disputarse el turno, y que repararon todos con cierta especie de sorprendente asombro en aquel hombre que con tal franqueza llegaba hasta allí completamente armado, á ciencia y paciencia de

la guardia de su ilustrísima, tan poco celosa en sus precauciones aquel dia.

Las diez señalaba el meridiano de la Plaza Mayor, hora en que las campanas de la catedral doblaban, anunciando la terminacion del oficio divino.

Poco despues uno de los pajes introductores ó nuncios de cámara, manifestaba al jóven caballero que el señor obispo se dignaba esperarle en el salon de audiencia.

El pretendiente, cuyo corazon palpitaba á impulsos de un secreto instinto, siguió al punto al paje, que le dejó en el dintel del gran salon episcopal.

El golpe de vista que se ofreció entonces ante el aturdido jóven, produjo en el mismo un efecto profundamente fascinador.

Desde el ingreso de aquella pieza suntuosa, en cuyo vestíbulo, segun las reglas de etiqueta, debia esperar la competente venia, apareció aquella en toda su régia grandeza, con sus tapicerías africanas, sus alfombras asiáticas, sus pieles, muebles y variadas hasta lo infinito, sus pesados cortinajes de brocado y raso arabesco con pabellones de oro recamado, y su espléndida coleccion de muebles ensamblados y pulimentados al estilo flamenco.

En cuanto á lo demás, ofrecian las paredes una mescolanza hetereogénea y rarísima: lucian devotas colecciones de cuadros místicos, bustos de emperadores romanos, de santos y de ángeles, crucifijos de talla, imágenes y estátuas sobre consolas y pedestales de pulimentado jaspe, entre ordenadas séries de pirámides de flores artificiales y candelabros de maciza plata; y entre ese conjunto anómalo, verdadero laberinto enciclopédico, religioso, artístico y cristiano, veíanse tambien paisajes capri-

chosos, alegorías, grupos mitológicos del Olimpo y divinidades paganas.

Pero sobre todo, lo que mas llamaba la atencion (y por cierto que en aquella ruda época era lo mas natural y sencillo) era aquel conjunto simultáneo de arneses, escudos y panoplias, adargas, espadas, aljavas y arcos, mazas claveteadas, puñales lujosamente armados, picas, lanzas, gumías, javalinas, capacetes, lórigas y demás piezas de armadura, alfanjes damasquinos, etc., verdadero caos marcial, que del mismo modo que los cuadros y bustos, aunque en seccion independiente, aparecia colgado de las numerosas escarpias de las paredes, hacinado todo, confundido á su vez entre los escudos y atributos episcopales, amontonado y sin clasificacion de ningun género.

En el testero ó lienzo de fondo del salon, sobre el fronton del rico dosel de tisú que cubria el sillon pontifical, lucia, rodeado de rayos de oro bruñido, el escudo heráldico del prelado, y mas arriba, entre un círculo emblemático de plateadas panoplias estrelladas, aparecian las armas de la ciudad, que constan de un escudo partido en campo azul, un cáliz con la hostia sobrepuesta y rodeada de siete cruces de oro, y una estrella de lo mismo sobre un sepulcro de blanco mármol, aludiendo al del Santo Apóstol, patron de la ciudad que de él titula, y de toda España.

El fuerte retintin de una campanilla despertó la atencion del jóven, abstraido en la contemplacion de aquel espectáculo, de aquella inconcebible aglomeracion de objetos, que por primera vez se ofreciera á su vista como una novedad estraña é indescifrable.

Un nuncio le introdujo al gran salon, en el cual, sentado

bajo el dosel referido, le esperaba el opulento prelado vestido de pontifical.

Llevaba entreabierta su túnica talar, que parecia trasparentar á través de su tegido finísimo, el templado arnés de acero de Milan que los prelados guerreros de la Edad media no solian abandonar en tiempo alguno bajo sus ropas episcopales. Calzaba coturno, especie de sandalia romana bordada de riquísima pedrería, y cuyos cordones de seda y oro entrelazábanse trenzados al tobillo, el cual desaparecia bajo la orla de la túnica, blanca y tersa como la nieve, y que estaba primorosamente salpicada ó bordada de delicadísimas estrellitas casi imperceptibles como chispas, de brillantes lunillas, conchas ó veneras de plata y abejas de oro.

Pendia de sus hombros una especie de muceta ó pálio de terciopelo negro galoneado, con franjas de tisú, y en cuyo fondo, sobre el omóplato izquierdo del prelado, veíase bordado á realce un dragon volante en campo rojo, tambien al parecer de oro, con este lema en caractéres góticos: *Fiat justitia, ruat cœ-*

lum, et adversus Deum nihil subsistat. Sobre su pecho pendia asimismo el magnífico pectoral de diamantes, que solo usaba su ilustrísima en las ocasiones solemnes.

La figura recomendable de Diego Pelaez, con su fisonomía jovial, sus ademanes dignos, sueltos y aïrosos, su habitual sonrisa graciosa y el pestañeo rápido de sus ojos garzos de fulgurante pupila, decia bastante en favor de aquel prelado tan rumboso y enérgico, quien para corresponder á su alta dignidad, tantos quilates de gravedad reuniera, como que parecia haber nacido para rey, para cortesano, para guerrero y para obispo á la vez.

Alargó su blanca diestra, que besó el jóven respetuosamente, y le condujo luego al estrado que se estendia, cubierto con una preciosa alcatifa oriental, ante el dosel, cuyo sillon ocupó luego, indicando el recien venido un escaño inmediato para que le ocupara.

Fué entonces, al tiempo de sentarse, cuando el cuadrillero pudo notar á su lado, y medio oculto en la penumbra, á un hombre vestido de punta en blanco, y cuya armadura crugia al mas leve movimiento.

A juzgar por las apariencias, aquel era el mismo caballero que casualmente, al parecer, acompañó al jóven la precedente madrugada al palacio episcopal.

Llevaba ahora descubierto el rostro, y su pecho respiraba penosamente, enronquecido por la fatiga.

El cuadrillero, al percibir junto á sí á aquel rostro bilioso y pálido, esperimentó un estremecimiento involuntario que le costó mucho disimular. Acababa de reconocer al conde de Altamira.

Reprimió, sin embargo, la impresion que produjera en su

ánimo la odiosa presencia del magnate, á quien creyera tal vez difunto, y el rencor, un rencor cobarde, surgió de repente al aspecto de su rival, como evocado por aquella sombra sangrienta que vagara tenaz en su memoria como una pesadilla eterna, cáncer roedor de su conciencia intranquila.

—Venís oportunamente, amigo mio, esclamó el prelado con una jovial sonrisa y refiriéndose al cuadrillero, en tanto que el conde, despojando su diestra del guantelete, la tendia al mismo, descarnada y huesosa.

Al contacto de aquella piel árida, calenturienta y fria, entumecida por un sudor febril, el jóven esperimentó una conmocion involuntaria.

—La Providencia, ó la casualidad, continuó el obispo, me colocan en este instante en un terreno sumamente satisfactorio á fé mia: se trata de una comision honorífica y en alto grado meritoria, en la cual se halla mi autoridad en cierto modo interesada, y que por cierto reclama el desagravio de la justicia y de la vindicta pública, para lo cual es de todo punto necesario un instrumento activo, un hombre de vuestras prendas. El señor conde, en quien va compendiada la empresa, que es verdaderamente algo árdua, tuvo la inspiracion de recurrir á mí en demanda de ese instrumento que se apetece, y tuvo la buena suerte de encontraros en el camino la última noche, dándoos y conviniendo en una cita ó entrevista con mi asistencia. Y mientras llegábais, he merecido la honra de que su señoría me enterase de ciertos antecedentes sobre que versa el particular, pidiéndome consejo respecto á ser vos mismo el comisionado, depositario fiel de un secreto en que acaso estriba el resultado favorable de la empresa. Falta saber ahora si os hallais dispuesto á complacernos accediendo al empeño del señor conde,

que es tambien en cierto modo el mio, sobre el cual se os pide una contestacion franca, libremente deliberada y categórica.

—Es inútil consultar mi voluntad, señor, cuando me teneis enteramente á vuestras órdenes, desde que tuve el alto honor de poner á vuestra disposicion mis servicios.

—Sin embargo, hay compromisos de índole tan grave, que no puede alcanzar á ellos, ni con mucho, la autoridad del mismo sólio á veces, porque en ellos es la voluntad, no la subordinacion y obediencia, ni aun la disciplina tampoco, lo que debe dictar las operaciones fuera de la violenta presion que suele ejercer el abuso erigido en criterio, y de todo lo cual por mi carácter, por mis convicciones, y aun tambien por el eco de mi propia conciencia, estoy bien lejos, y ruego á Dios me haga perseverar siempre, particularmente en esta época de lamentables disturbios y de perturbaciones político-sociales, que tantos conflictos han creado en estos reinos.

—Tengo el honor, señor, de repetiros, que tanto en este caso como en cualquiera otro, mi voluntad es la vuestra, pudiendo disponer de ella sin reserva alguna. Por mi parte tendré como una honra, en alto grado meritoria, si mis servicios pueden emplearse en vuestro obsequio y en el de la digna persona por quien os interesais vos.

La mirada radiante del jóven recayó disimuladamente y al soslayo sobre el conde con respetuosa naturalidad, franca, y disfrazando todo el volcan de ódio y de sorpresa que ardia latente en su pecho hácia aquel hombre que tan distante estaba de adivinarlo, como que no le conocia siquiera personalmente, ni aun de nombre.

El conde se inclinó á su vez ante la manifestacion tan lisonjera del jóven, y los músculos de su rostro de mármol dilatá-

ronse por una sonrisa equívoca, aunque amarga y tristemente lúgubre.

Diego Pelaez, con una concentracion solemne de lenguaje, que parecia imprimir doble energía al metal de su voz nerviosa, prosiguió:

—Puesto que tan sumiso y complaciente os hallo, me obligais, desde luego, á aceptar en toda su latitud esa espresion tan sincera que os merezco. En su virtud, pues, desde hoy quedais al servicio de mi deudo el de Altamira, quien os comunicará las órdenes que estime oportunas, y que yo por mi parte, sin renunciar tampoco sino temporalmente á vos, os ruego y mando cumplais y acateis con la misma eficacia y puntualidad que las mias. Mucho hueco dejais en mis tercios, y sin embargo, solo obrando en pró de altos intereses de Estado que no necesito encarecer, consiento en dejaros marchar por un término dado que deben marcar las circunstancias; pero todo bajo una condicion precisa. la de que apenas termineis vuestro cometido, volvais á ocupar de nuevo vuestro lugar en mis milicias, segun me ha ofrecido mi poderoso primo, y que espero ratificará siempre.

El conde manifestó su aquiescencia con un signo afirmativo y solemne.

—Una merced tengo que pediros, señor, dijo el jóven, antes de despedirme de vuestra casa.

—Concedida desde luego, contestó el prelado.

—¿De veras? ¿Podré contar con esa gracia?

Diego Pelaez, por toda respuesta, alargó la mano al jóven y apretó una de las suyas, signo que en aquellos momentos equivalia á una solemne promesa con honores de juramento, despues de lo cual prosiguió:

—Esplicaos, ¿á qué viene á reducirse vuestra demanda?

—A que me permitais llevar conmigo toda mi mesnada de subordinados, que acaso pudieran entrar en tentaciones de desertar, si les faltase su actual jefe. Esta exigencia podeis creer que nada tiene de estraña, tratándose de individuos armonizados por vínculos de simpatía de cierto género, de esa simpatía especial que brota, crece y se identifica aun en medio de los riesgos de la guerra. Y ahora, puesto que cuento con vuestra palabra, solo me falta suplicar al señor conde que no tenga inconveniente en admitir á sueldo y pendon los servicios de esos buenos leones, que no podrian vivir sin su jefe, como tampoco puede existir el pez fuera del agua, que es su elemento vital. Es gente bien nutrida y disciplinada, dura é infatigable á toda prueba, que hace bien poco gasto, y que, por otra parte, sabe muy bien ganarse el sustento y recompensar en cierto modo á su señor.

Tanto el obispo como el conde se apresuraron á la vez á acceder á la peticion del jóven, quien contestó á entrambos con un espresivo ademan de gratitud.

—Fáltaos ahora, observó Ataulfo, que solo deseaba lo que se le exigia, por hallarse escaso de soldados fieles é incorruptibles, segun solia él mismo decir apenado; fáltaos ahora avisar á esos bravos, que acaso ignoren de lo que se trata aquí, y que deben estar en su derecho sabiéndolo.

—Ese es asunto que corre de mi cuenta, repuso el cuadrillero; podeis estar seguro que acudirán á mi voz como mansos lebreles.

—En cuanto á estipendio, creo es inútil deciros que serán siempre arreglados á costumbre, razon y práctica, y con la oportuna participacion en las presas y correrías que se hagan: ¿no es esto?

—Seguramente, es lo que suele llamarse á buena ley de pecho y fuero.

—Pues bien; es asunto convenido completamente, y en lo cual no pudimos todos andar mas razonables. Ahora podeis salir y esperar en la antecámara mis órdenes: necesito hablar á solas con su ilustrísima.

El jóven marcó una reverente cortesía, saludó y salió del salon.

—Es, en verdad, todo un vasallo vuestro, un servidor incorruptible, honrado, generoso y valiente, dijo al prelado el conde en tono confidencial y recatado.

Pelaez sonrió con visible satisfaccion, y un relámpago de orgullo pareció cruzar por su placentero rostro.

—Es un bravo, direis, contestó, cuyo pecho es de acero y diamante, y cuyos puños son capaces de habérselas con el mismo Goliat en persona.

—Y... ¿quién es él?

—¡Pst!... un advenedizo, á quien se le nombra... no recuerdo cómo.

La respuesta, lacónica por cierto, era al propio tiempo absoluta, concluyente, en aquellos tiempos, tratándose de un aventurero cualquiera, á quien las mas veces, como un recurso fundadamente confidencial y necesario acaso, se imponia un apodo casi siempre imaginario y ridículo.

Véase por qué, tal vez por la belleza misma de este personaje, ó quizás por sus famosas travesuras, que eran muchas, hacíase llamar generalmente Lucifer, á cuyo fatídico nombre solia responder con una estraña sonrisa, que parecia tener algo de sobrenatural y diabólica, al decir de las buenas gentes de antaño, segun la tradicion y las crónicas.

Y ese mismo nombre que ignoraban muchos, ó se abstenian de pronunciar por no caer tal vez en pecado, pocas veces sonaba en público, á fin de no producir un escándalo moral de conciencia; y por igual razon nos hemos abstenido de revelarlo hasta ahora, en que es indispensable hacerlo, á fin de no introducir la confusion en nuestra obra, y por lo cual, como escrupulosos en determinadas materias, recomendamos el secreto al público.

Ambos magnates ignoraban tambien esa circunstancia por entonces, pues de lo contrario el uno de ellos le catequizara acaso, mientras que el otro no acertamos á afirmar qué hiciera con aquella parodia impía singularmente personificada. Bien es verdad que el aventurero habia adoptado poco tiempo há, segun la tradicion, aquel siniestro nombre que, para colmo del misterio, procuraba recatar lo posible.

—¿Con qué le habeis tentado, eh? preguntó Pelaez al de Altamira en tono festivo y burlesco.

—De todos modos, repuso este, y por cierto que aun habiendo apelado á diversos medios, ha afrontado mis ataques y los ha rechazado de una manera tenaz y obstinada en un grado que honra su carácter: no ha habido recurso, ha sido repelida de un modo heróico. Confieso, mi querido primo, que he traslucido en él todo un campeon, un caballero, y sobre todo, un pecho de diamante incontrastable de todo punto. Su abnegacion, su serenidad y firmeza me han confundido, y creo que es el mismo hombre que necesito.

Ataulfo se interrumpió con un fuerte ataque de su tos seca y fatigosa.

—Segun parece, le preguntó luego el obispo con su tonillo socarron y cáustico, ¿han mediado tambien amenazas de cierto género, eh?

—Amenazas reales, de esas que aplastan en estos tiempos la frente de los jigantes; pero que tampoco han bastado á desviarle de la senda del honor y de la consecuencia, que parecen ser su fuerte, y le caracterizan. Ese hombre, ¡Dios me perdone! es algo mas que hombre, acaso sea un héroe, y en verdad que es lástima no confiarle la conducta de un poderoso ejército.

—Le conoceis mal, conde, solo es un buen guerrillero y hábil estratégico cual ninguno; título que en nuestras montañas vale mas que cualquiera otro que vos le atribuyais: verdadero rey y dueño de la topografía del país, es hombre al propio tiempo capaz de sondear por sí solo, y sin auxilio de guias de ningun género, los mas ocultos resquicios, y descubrir el paradero ó guarida de los criminales, cuya aprehension se le cometa.

Ataulfo saltó con viveza sobre su asiento, estimulado por una idea á la cual correspondieran las últimas frases del prelado, quien sin pensarlo acaso acababa de poner el dedo en la llaga.

—¿Estais seguro de ello? se apresuró á decirle con marcada ansiedad. ¿Ese hombre sabrá investigar dónde se oculta mi asesino y le entregará al brazo de mi justicia?

—No puedo ir tan lejos, segun podeis comprender; sin embargo, lo que sí os diré, que si puede darse una persona capaz de llevar á cabo tan delicada cuanto importante empresa, es ese mismo jóven, á quien podeis dirigiros en la plena confianza de que sabrá desplegar sus poderosos medios á fin de obtener un buen éxito, si cabe. Me parece os digo lo bastante; así, pues, empleadle á él y á los suyos, sed generoso y pródigo, que es el principal estímulo para llegar á un buen fin, y luego daos prisa á devolverme esas mismas prendas que garantizan la seguridad de mis estados, amenazada su integridad por la ambicion de Alfonso.

Poco despues separábanse aquellas dos eminencias político-religiosas de la época, y cuya alianza acababa de recibir cierta sancion legal, robustecida mas y mas desde aquel dia.

CAPÍTULO IV.

Confidencias.

Apenado sus cuitas confiara
A su propio enemigo,
Del cual no recelara,
Teniéndole ¡infeliz! por un amigo
Que el cielo le depara.

El sol, próximo al ocaso, esprimia sus ardientes rayos, que reverberaban en los montes como una inflamable lluvia de oro en fusion.

Ni un soplo de aire, ni un ruido turbaran la calma solemne de la naturaleza: las frondas, los arbustos, los cañaverales silvestres, todo parecia dormir ese caliginoso letargo que imprime el estío en la naturaleza, narcotizada por la influencia de los rayos de un sol ardiente en los climas cálidos y meridionales.

El canto de la cigarra, monótono, soñoliento y triste, parecia arrullar con sus lentos acordes aquella postracion profunda y melancólica como el silencio, y sus últimas notas, perezosas, lánguidas y cansadas, perdíanse en el vacío como un eco moribundo y lúgubre, que se estinguia con aquel dia tan caluroso y con aquella calma que parecia absorber hasta la misma existencia.

A lo lejos oíase retumbar, á indeterminados intervalos, el eco de un torrente que apenas alteraba esa calma eterna, poetizada por el paisaje mismo y por las tibias brisas de la tarde.

Precisamente en aquella misma hora el conde de Altamira y el jóven caudillo, al regreso de Santiago, reuníanse en la *gruta de los Abismos*, de que ya hablamos en otro lugar de esta obra.

El cuerpo de aventureros que capitaneaba el último, y que digimos ya permanecia acantonado en la aldea de Briones, al tránsito de su jefe por la misma, habíale seguido, y acampaba en un montecillo inmediato á la gruta, en frente de ella, donde juraban todos á porfía, reian y blasfemaban, bebiendo sendas botellas á la salud y buena intencion del nuevo amo que Dios ó el diablo les deparara.

Mientras tanto, el conde y su compañero, constituíanse, como ya indicamos, en aquella espaciosa gruta, y ocupaban aquel departamento circular de ella, erizado de puntas salientes de roca, y las paredes rústicas, la bóveda, ahumado todo por las hogueras y teas resinosas de los pastores. Sobre uno de los peñascos graníticos desprendidos y que obstruyeran su ámbito, sentáronse ambos, contrariado el jóven visiblemente por una lucha interior, y fatigado el conde por su tos cascada, por la debilidad y el cansancio.

—Ya es tiempo de que sepais la alta importancia de la comision que os reservo, dijo Ataulfo con una voz hueca, ahogada por su mismo desfallecimiento: el señor obispo, á quien he franqueado mi corazon y he pedido consejo acerca del asunto, ha tranquilizado mis escrúpulos, acallando mis temores y desterrando mis recelos, fundados en la incertidumbre que la delicadeza misma del proyecto lleva consigo. Por su dictámen os entrego la clave de mis mas hondos proyectos, sin la mas mínima reserva por mi parte, y creo inútil invocar toda vuestra lealtad y buena fé al aceptar la ejecucion de esos mismos designios que

absorben todas mis aspiraciones, en medio de la lucha cruel que trabaja mi penosa vida. Depositario fiel de mis secretos, sereis á la vez mi confidente, y mi pecho, destrozado por tantas decepciones, ¿quién sabe si podrá descargarse de una parte del peso que le oprime y respirar con una satisfaccion bien grata, y de la cual le aleja hoy un negro abismo?...

Ataulfo suspendió su discurso un momento, ahogado por su habitual fatiga: inclinó la cabeza sobre su pecho, y pareció recapacitar un instante, despues del cual, como si cobrara nuevo aliento y como si sacudiera sus vacilaciones, continuó en tono confidencial:

—Se trata de perseguir y capturar á un criminal que ha atentado contra mi honra y la de mis blasones, puros y sin mancilla siempre; y que no contento aun con ello, ha hundido su cobarde puñal en mi pecho. ¿No es verdad que ese doble delito clama justicia á Dios y á los hombres?

—Ciertamente, repuso el cuadrillero, trémulo, alterado su organismo por una sacudida nerviosa; os he empeñado mi palabra jurada de fidelidad, y *mientras no os avise cosa en contrario*, contad con mi cooperacion incondicional y franca.

—Mirad, prosiguió el de Altamira, desabotanándose la cota y mostrando una gran cicatriz todavía enrojecida y que correspondiera al sitio de un pulmon; esta herida es un testimonio viviente del crímen de que fuí víctima, y este mismo crímen tiene una historia de repugnante horror. Quiero daros una prueba cumplida de sinceridad, refiriéndoos esos detalles que deben escandalizar vuestros oidos.

El cuadrillero, en medio del rapto que poseyera su ánimo, conturbado por la lucha moral que lo destrozara, se inclinó ante las palabras del conde, sin articular un solo concepto que hu-

biera hecho traicion indudablemente á aquella afectada serenidad de ánimo que mentia.

—Escuchad, pues, continuó Ataulfo, tomando aliento y vertiendo una sonora aspiracion, al paso que se limpiaba el sudor febril de su frente: hace algun tiempo fuí invitado, no diré por quién, á contraer esponsales con la jóven Constanza de Monforte, mi sobrina, que no pasaba de ser una muchachuela casquivana y coqueta, pero cuyo caudal, acrecido algun tanto por la solicitud y pericia económica de su tio materno, á cuyo cargo y tutela estaba, venia á suplir la versatilidad de sus condiciones morales demasiado libres, y no tan rígidas como conviene á una doncella de su alcurnia. Los asuntos materiales y administrativos de mi casa tampoco iban á la sazon muy florecientes, y amenazado además por la ambicion de varios señores comarcanos, y aun tambien por el mismo rey que me apremiara al pago de mis feudos atrasados, me constituia en una situacion apuradísima y precaria. Por otra parte, las gracias de la baronesa, sus prendas personales, y aun sus rasgos escéntricos con sus estravagancias mismas, formaban, juntamente con sus riquezas, un poderoso estímulo á mi ambicion; de suerte que pude conocer que necesitando por precision una alianza, yo, hidalgo arruinado, sin otro crédito que mis despilfarros y desórdenes, sin otra garantía que mis prodigalidades, no era fácil que la obtuviese, toda vez que no podia ofrecer en este caso reciprocidad de capital ni de fuerza. Era, pues, necesario buscarla en el matrimonio, á cuyo estado mi vocacion no me inclinaba; pero al cual no habia otro medio que resignarse, como un recurso convencional de alta política. Pensé entonces en Constanza de Monforte.

Ataulfo volvió á interrumpirse por otra pausa, acompañada

de uno de esos accesos de tos que le aniquilaban las fuerzas y apagaban su voz con frecuencia.

—Por mi suerte, ó quizás por mi desdicha, prosiguió, pude alcanzar mi objeto aun á trueque del sacrificio de mi voluntad y albedrío; y por fin, merced á esta ventajosa acumulacion de Estados, pude crearme alianzas y recursos de cierto género, rehabilitando, en cierto modo, el eclipsado esplendor de mi casa. Pero volvamos al asunto.

Se interrumpió de nuevo y vertió un hondo suspiro, como si temiese recordar lo mismo que iba á decir, en esta forma:

—Es cosa bien sabida que en compañía de la baronesa, cuando era soltera, habia otra jóven poco mayor de edad que ella: aquella jóven, cuyo orígen y procedencia dícese que son un misterio aun hoy todavía, se llamaba, si mal no recuerdo...

—Elvira de Benferrato, le interrumpió maquinalmente el jóven, conturbado luego por aquel arranque impremeditado de imprudencia.

—Sí, Elvira de Benferrato ó Monferrato; ¡maldicion eterna sobre ese nombre fatal que detesto por inspiracion y que responde secretamente al eco de mis rencores!... Pues bien, esa persona, raza de víboras y que debió ser engendro de Satanás... lo he sabido despues; no era mujer, sino un seductor miserable, mejor diré, un cómplice, tal vez, de esa mujer impura, que ha venido á mi tálamo corrompida por sus liviandades, sorprendiendo mis sentidos para seducirlos y burlar mi buena fé, envuelta en sus pretendidos velos virginales y coronada de una diadema, símbolo del candor y de la inocencia... Esa mujer, que me ha mentido su fé de esposa en los altares, profanando la santidad del juramento... ella, la infame sacrílega, la impostora, ha venido á inocular en mi alma la ponzoña

de la duda, el mas cruel de los suplicios, y ha abierto en mi corazon la úlcera cancerosa del ódio que arde aquí en mi pecho y le destroza.

Ataulfo, distraido en esta digresion, y traslimitado hasta el último grado de la exaltacion y la cólera, hubo de detenerse como para coordinar sus ideas dispersas, reanudando en los siguientes términos su discurso:

—Pero aun no es eso todo; el crímen no retrocedió ante el altar mismo: aquel amante prematuro, oculto bajo un disfraz tan ingenioso, desapareció del castillo de Monforte, apenas empezaran mis negociaciones matrimoniales con la baronesa, y en ello veo un doble ardid preconcebido felizmente, puesto que á fin de prevenir ciertas eventualidades escandalosas, á la vez que su disfraz de mujer anulaba toda sospecha posible respecto á sus relaciones culpables, era el único medio de consolidar el fraude y sus consecuencias, dar un marido paciente, en fuerza de su ignorancia misma, á la dama, y personificado en mí, inocente en un todo de la traicion que se le jugara. ¿Qué os parece todo esto?

—Creo, repuso balbuciente el jóven, que teneis razon suficiente para abrigar hácia esa mujer inícua un resentimiento que es á mi ver fundado y que puede daros derecho á...

—¿A qué? le interrumpió con precipitacion el conde.

—¡Quién sabe, señor! Las apreciaciones de conciencia llevan en sí esculpido un sello indisputable de singularidad no sujeto á regularizacion determinada, mucho mas tratándose de determinados asuntos delicadísimos por su propia índole. Vuestra prudente sabiduría debe ser el único juez competente en esta causa, cuyo fallo, señor, os declino con el honor que al consultármelo me dispensais.

—Está bien, y con vuestro permiso llego al punto crítico del desenlace trágico del drama, para lo cual no puedo menos de reclamar vuestra indulgencia, que mi justa indignacion necesita acaso. ¡Oh! me horroriza ese cruel recuerdo que ataraza mi mente, viviendo aquí perenne para torturarme y alentar la venganza que surgió en mi pecho y que debe consumarse, aun á despecho del destino mismo y sus decretos. Celebráronse las bodas con gran contento general, hubo festejos dignos de un monarca, y Altamira no fué en zaga á Monforte en ostentacion y lucimiento, particularmente al tiempo de las velaciones y de la bendicion del tálamo, para todo lo cual no se desdeñó mi deudo, el señor obispo, de venir á celebrar con todo el boato pontifical de su curia y dignidades. Mas ¡ay! ¡quién creyera que aquellas fiestas tan inusitadas, en las que llegara á desplegarse un alarde verdaderamente régio, como ya dige, iban á ser coronadas con un crímen abominable, que roció de sangre mi alcázar y enlutó mis Estados con gran escándalo del público!

—¿Qué decís? esclamó el cuadrillero, mal encubriendo su mortal congoja ante aquel relato que rasgaba todas sus fibras sensibles, que la perspicacia quizás del conde pudiera romper, aun á través de aquella máscara de fingida impasibilidad que encubriera todo un mundo de remordimientos.

—Sí, continuó el conde en el colmo de su esplosion y con una entonacion estraña, en la cual exhalábase todo el implacable vértigo de sus rencores; sí, no lo dudeis, aquella noche de maldicion, la noche de mis bodas, á poco de haberme retirado á la cámara nupcial, cuando mis ojos se cerraban y mis potencias, mis sentidos, combatidos, al parecer, por un narcótico administrado indudablemente por una mano inícua, cedian á la presion del sueño ó del parasismo... entonces... un asesino vil, el anti-

guo amante de Constanza, segun supe luego, y que habia acechado mis movimientos, espiándolos, de concierto con algun criado infiel, pudo ocultarse bajo el tapiz de la antecámara y llegar hasta mi lecho, hundiendo en mi costado su puñal homicida. Y mientras yo, exánime, semivivo, luchaba con las convulsiones del dolor (porque las heridas eran mortales, y solo á los arcanos de la Providencia debo mi restablecimiento), el agresor, protegido por la alevosía que le condujera hasta allí, escapaba del castillo, aprovechando los primeros momentos de confusion y desórden, sin que persona alguna se ocupase de otra cosa que de verter gritos y lamentos, distrayendo así en aquel instante de perturbacion la idea de perseguir al asesino, y todo bajo un colorido aparente de solicitud por acudir en mi auxilio; yo, que solo necesitaba entonces los de la religion y de la ciencia. Pero á Dios gracias, restituido ya, aunque no enteramente, á la vida, porque mis pulmones han quedado lastimados, aun así, apenas pude, me levanté del lecho, huí de mi casa, aun á riesgo de una recaida, en busca de nuevos servidores; porque ¡perdóneme Dios la sospecha! temo mas al tósigo que al puñal, pues me encuentro asediado de traidores, pagados á mi propia costa, y en nadie fio, ni aun en mi esposa, á quien no conozco como tal desde la funesta noche, ni tampoco me inspira confianza esa mojigata dueña, que acaso debe ser quien concierta y dirige en jefe la cuerda de una conspiracion que señala en mí su víctima, mientras yo, pundonoroso caballero, guardo dentro de mí un secreto suyo, que es terrible y criminal en alto grado...

Las últimas palabras del conde produjeron en su colocutor una impresion instintivamente cruel; la sangre pareció helársele en las venas, y toda aquella organizacion tan gentil esperimen-

tó una horrible sacudida eléctrica. Sin saber por qué, la desconfianza pareció abrir en su corazon la puerta de una sospecha preventiva hácia aquella mujer maquiavélica, donde adivinó podia revolverse un génio maléfico predispuesto al crímen; y por consecuencia de todo aquel golpe súbito de inspiracion, el jóven tuvo miedo á aquel ser peligrosísimo, cuyo solo nombre acababa de infundir en su corazon, impresionable y dócil, un sombrío é inesplicable pánico.

CAPÍTULO V.

Tras de la cruz el diablo.

Quizás se arrepintió; pero era tarde.
Profanacion impía,
¡Fanático! leyó su alma cobarde
En aquel garabato que mentia
El nombre de que el jóven hizo alarde.

—Ahora bien, prosiguió el de Altamira, despues de una breve pausa, durante la cual pudo reponerse algun tanto de su fatiga; á vista de estas confidencias que solo á Dios y á vos he hecho, y que no dudo sabreis reservar dentro de los verdaderos límites de la prudencia, supongo que haciendo cumplido honor á vuestra palabra, estareis dispuesto á prestarme el inapreciable servicio de dar caza á ese infame ladron de mi salud y de mi honra: y si lo estais y sabeis cumplirlo, podeis estar bien seguro de la recompensa que os preparo, mayor quizás de lo que pudiérais creer. Para ello se os facilitarán recursos de todo género, os daré la clave topográfica de mi alcázar, á fin de que poseyendo sus secretos, podais penetrar en él á todas horas que os plazca, si bien os impongo una restriccion en este punto

esencial del pacto; la de que no os aproximeis á las prisiones de Estado ni al departamento que ocupan, puesto que siguiendo el sistema establecido, una imprudencia vuestra en tal sentido pudiera comprometer en alto grado la suerte de esos desventurados que en ellas espían sus detestables crímines. Por lo demás, mi autoridad os prohibe absolutamente revelar secretos de ninguna clase que afecten al interior del castillo, si no es á mí mismo: ¿estais conforme?

El cuadrillero se inclinó con una señal respetuosamente afirmativa.

—¡Ah! continuó Ataulfo, como inspirado por un pensamiento súbito; temo que vuestra presencia, constante y fija en mi casa, pudiera aparecer sospechosa respecto al golpe de mano proyectado, y este lance, que solo podria culparse á un rasgo de imprevision, malograria infalibiemente la empresa; por tanto, podeis ceñir el plan de operaciones por ahora, á vigilar las afueras de las Torres de Altamira, ejerciendo un rigoroso sistema de espionaje con relacion á todas cuantas personas traten de aproximarse, á inquirir guaridas de salteadores y malas gentes que suelen albergar determinados puntos de los cercanos bosques, á fin de poder hallar á ese hombre ó demonio que asalta mi tranquilidad y mi sueño. Vuestras gentes, bajo el pretesto de merodear, pueden recorrer las alquerías y las aldeas contíguas, aunque sin incomodar gran cosa á sus moradores, sino por el contrario, ofreciéndoles proteccion é inspirándoles confianza, como el mejor medio de facilitar el apetecido objeto. No olvideis cuánto puede convenirnos el que se ignore la connivencia en que estamos, pudiendo obrar en todo en la apariencia, como si digéramos, de cuenta propia, sin que mi nombre llegue á mezclarse en cosa alguna, ni aun de modo indirecto, lo cual,

además de poner á cubierto mis intereses, añade la ventaja de hacer útiles esploraciones, alentando la confianza de esas ruines gentes, que desgraciadamente para ellos, no me han tomado en buen predicamento, y ante quienes convendria revalidar mis méritos, cambiando en el mejor sentido el juego de opiniones en que fluctúa mi nombre, víctima de apreciaciones diversas, y fijando de un modo definitivamente sólido su verdadera calificacion ante los hechos prácticos de que va á derivarse presto, como medio confirmatorio é innegable. Y por último, con el objeto de conjurar un compromiso cualquiera, tomad y leed: ahí os entrego un salvo-conducto que sabrán respetar mis gentes, y ante cuyo talisman se os abrirán, en caso necesario, los mas vedados retretes, los departamentos mas recónditos de mi alcázar, á escepcion, como ya os dije, de las prisiones de Estado, para las cuales tengo carceleros y guardias especiales, á quienes, sin que por ello vaya yo á creer que abuseis, tengo comunicadas las competentes consignas que rigen para la generalidad, sin escepcion de persona alguna. ¿Jurais, pues, servirme con tales condiciones?

—Lo juro, contestó con cierta solemnidad el jóven, estrechando con la suya la diestra que le presentara el conde, y besando al mismo tiempo la blasonada cruz de la espada que le ofreciera igualmente.

—¿A fé de caballero?

—Y de cristiano, conde.

Y como para tranquilizar completamente los escrúpulos del magnate, y enagenarse enteramente su confianza, se picó con la punta del puñal una vena de su mano izquierda, haciendo brotar una gota de sangre que vertió sobre el salvo-conducto, como para imprimirle un sello indeleble de solemnidad.

—No es bastante eso todavía, dijo Ataulfo; es preciso que suscribais el duplicado de ese documento que debo yo conservar en mi poder, haciendo constar vuestro nombre, apellido y rúbrica.

El cuadrillero tomó la pluma que le presentara el conde, previsor hasta este punto; la mojó en sangre, y con pulso algo alterado, firmó el pergamino que le ofrecia el mismo, con el nombre de *Lucifer*. La rúbrica era una cruz.

Ataulfo no pudo reprimir un movimiento de marcado asombro ante aquel nombre y aquella rúbrica; posó en el jóven su despavorida mirada, que este sostuvo con su habitual naturalidad y sangre fria, como desentendiéndose, al parecer, de aquella ojeada tenaz como un rayo encendido.

—¿Os burlais? esclamó aquel escandalizado.

—¡Qué!... ¿Os espanta ese nombre acaso?

El conde se persignó.

—No es posible, dijo, que hableis formalmente.

—Dejad correr los sucesos; ellos dirán por sí mismos si pueden responder de mi identidad ó de una farsa, que no tendria por mi parte objeto.

—Por cierto que hasta ahora creia libre de demonios mis Estados.

—Ved como podeis engañaros á costa de vuestra prevision: ¿qué quereis?... Y lo peor es que acaso exista en Altamira, en vuestra propia casa, otro género de espíritus malignos que, mientras yo, al menos, escudo mi nombre detrás de la cruz, como veis, por mas que sea esta de sangre, ellos giran por cuenta propia en un círculo mas vicioso y temible. ¡Líbreos Dios de que una triste esperiencia salga á vuestro encuentro con una prueba nada feliz, en corroboracion de mis presagios!

El conde, arrepentido, al parecer, de haberse entendido con aquel ser incomprensible, como que debia estar cuando menos bajo la influencia de las potestades malignas, fijó de nuevo en él su mirada atónita, como para cerciorarse de la verdad de lo que oia. Supersticioso y fanático por educacion y hasta por conciencia, túvole miedo, un miedo cobarde y estúpido.

Oyósele murmurar secretamente un voto; besó la blasonada cruz de la espada, y con su mano trémula separó sus cabellos, que una fria traspiracion tenia pegados á su frente calenturienta.

Exhaló una respiracion sonora, en la cual su pecho, enronquecido por la fatiga, pudo dilatarse con un suspiro. Y entonces entregó á su colocutor uno de los ejemplares del salvo-conducto, reservándose en su escarcela el otro, firmado, segun se dijo, por el jóven.

Luego, apercibiéndose, al parecer, del ridículo papel que estaba desempeñando y que rebajaba su dignidad ante aquel testigo, varió el giro del asunto con mas atolondramiento que oportunidad.

—Tomad, dijo, entregando al jefe de los aventureros un puñado de monedas de oro: ahí teneis esa propina para que vuestra gente beba á mi salud: hacedles entender que desde hoy entran al servicio de una persona agradecida, cuyo nombre podeis someter á una previsora reserva, que no necesito encareceros á vuestra prudencia, sin olvidar tampoco la alta importancia de los arcanos que os he revelado, y de cuya confidencia no creo abusareis en tiempo alguno: son el grito doliente de un esposo ultrajado, y cuyo eco debe morir en vuestro pecho. Sed, pues, el director, y que los demás queden de reserva para un caso dado, aunque predispuestos siempre á seguir ciegamen-

te vuestras órdenes en este punto, sin vacilacion ni réplica.

—Está bien, señor; creo sabré mostrarme á la altura de mis deberes haciéndome digno de vuestra confianza, y correspondiendo dignamente á ella. Quedad con Dios si os place, y dejadme partir á tranquilizar los temores que mis bravos pueden fundar, tal vez, en mi tardanza, poniendo al propio tiempo la primera piedra en nuestro proyectado edificio.

—Si, partid, valiente servidor; una secreta voz me predice que vuestro plan no será defraudado, y que un resultado favorable debe responder bien presto á mis esperanzas.

Y el conde, aquel hombre de piedra, sintió su corazon conmovido hácia el jóven, que se retiraba un paso atrás en actitud de marcha.

—¡Ah! oid, continuó el magnate, se me olvidaba designaros cuartel para establecer vuestro centro de operaciones: la aldea de Briones, por su situacion especial á la vez que por su proximidad á las Torres de Altamira, me parece bien á propósito para el caso, y allí podeis fijar el punto central del destacamento. Cuidad, sin embargo, de que no llegue á traslucirse vuestra comision entre aquellas gentes de la aldea, porque entre ellas hay muchos realistas acérrimos y de su mismo ídolo, del rey Alfonso, recelo haya podido partir el golpe de ese puñal homicida, que solo Dios ha hecho desviar de mi corazon.

Y entonces el guerrillero, todo conturbado, casi fuera de sí y contrariado por una lucha profundamente interna, se separó del conde.

—Esperad, le dijo, voy á sacar escolta para que os acompañe conmigo á vuestras Torres.

—No, es inútil, voy mas seguro solo desde este punto hasta el Breñal, que veis ahí en frente y donde me esperan mis ar-

queros, que son buenos muchachos á Dios gracias. Además conviene salvar las apariencias para alejaros de cualquier conflicto que pudiera tambien alcanzarme, atendido el plan de conducta que nos hemos propuesto. Ea, pues, adios con los vuestros.

Y el conde se alejó en opuesta direccion que el jóven, encaminándose hácia el Breñal, que era un cortijo acotado muy próximo y de su pertenencia.

Bien presto perdiéronse ambos en las dudosas sombras del crepúsculo, que invadieran el paisaje selvático del yermo con sus tintas fantásticas.

Fácil es comprender, en vista de los antecedentes, los violentos impulsos que tendria que sofocar el cuadrillero para no lanzarse sobre el conde, su mortal enemigo, cuando le tenia precisamente en su poder, en ocasion que todas las ventajas estaban de su parte; pero el pundonor pudo mas en su ánimo que el ódio, y mantúvose á la línea que la prudencia le marcara. En efecto, un crímen, cobardemente perpetrado allí, á vista de sus soldados, á quienes se habia propuesto moralizar, de acuerdo con el obispo de Santiago, para convertirlos de criminales que eran, en ciudadanos honrados, le hubiera dado un resultado contra producente, desacreditándole á él mismo, y haciéndole descender á cierto terreno.

Además, disponiendo de un plan tan vasto como el que concluia de concertar con su misma víctima, y de unas facultades tan omnímodas como las que se le concedieran, el porvenir de su venganza tomaba á su vista enormes proporciones, y otros resultados infinitamente mayores lisonjeaban su fantasía acalorada por su mismo vértigo: nuevos horizontes desplegábanse ante él como un rasgo sangriento, y se decidió, al fin, por con-

temporizar y esperar, abandonándose á la influencia del destino, no acertando á definir aquel artificio que absorbiera los resortes del ánimo en medio del laberinto que revolviera su mente, y cuyo desenlace no podia alcanzar á preveer tampoco. Por consecuencia de todo, deducíase un hecho á todas luces concluyente: el conde de Altamira estaba á toda hora en sus manos.

CAPÍTULO VI.

A la descubierta.

Juguetona la brisa recorria
La campiña esmaltada y olorosa,
Y una niebla confusa, vaporosa,
Las almenadas torres envolvia,
Cual gasa de cristal, nácar y rosa.

MANECIA ya.

Así lo anunciaba el canto melancólico de la tórtola, monótono, lúgubre y sentido como el eco de un dolor sin consuelo.

Las estrellas brillaban en un firmamento límpido, inundado de la haracada luz de los astros, y allá, en el Oriente, izaba la naciente aurora su pabellon de nacarada púrpura, como un penacho de fuego condensado.

Lucifer, segun llamaremos desde ahora á nuestro capitan de aventureros, recorria solo la hermosa campiña que separa la villa de Padron de las Torres de Altamira, y parecia esplorar con escrupulosa atencion el terreno salvaje y solitario

entonces, cuando las rondas volantes del señorío le dejaban libre de sus investigaciones.

Iba armado, como suele decirse, hasta los dientes, y en su almete lucia un airon ó garzota que le sirviera de distintivo, como un penacho flotante á impulso del agitado movimiento de sus pasos.

Llevaba echada al rostro la visera de su brillante celada, sobre la cual resbalaban los destellos diáfanos é incoloros de aquella luz mate.

De pronto, y en medio del profundo silencio que allí reinanara, oyóse un silbato que produjo tres modulaciones sordas, lentas y acompasadas, y que procedian, al parecer, de un bosque de olivos que se estendia hácia la parte de Altamira, y enclavado dentro del mismo coto jurisdiccional de dicha fortaleza.

El aventurero moduló otro sonido lento, pausado, que reprodujo otras dos veces, y aceleró el paso hasta llegar junto á un grupo de ruinas, al estremo opuesto de los olivares.

Un bulto informe, especie de sombra inmóvil como una estátua, dominaba el montecillo de escombros, semejante á un fantasma que se destacaba en aquel horizonte, condensado por un velo de nebulosas brumas.

Lucifer, ágil y denodado, saltó sobre las ruinas, y el bulto le salió al encuentro, abrazándole y besando su armadura.

—Has sido puntual, amado niño, esclamó el desconocido con un metal de voz algo afectado, y en verdad que tu obediencia te hace acreedor por mi parte á un galardon proporcionado al mérito. Pero no es este el sitio mas oportuno para que nos comprendamos; necesito tener contigo una conferencia importante, como que de ella penden asuntos gravísimos, y es llegado el caso de no poderse ya diferir por mas tiempo. He sabido pre-

veer el inconveniente, y al efecto tengo designado el sitio mas á propósito para el objeto. Pero amanece ya, y todo pende de nuestra prudencia: si nos descubrieran... ¡oh! aunque enmascarados, tal vez pudiéramos sufrir un reconocimiento, y aun quizás un interrogatorio, que nos comprometerian sin recurso, y entonces...

—Sí, teneis razon, mi querida Palomina, estoy sediento de vuestra conversacion, tan sabrosa como fecunda siempre para mí, porque me revela á menudo cosas interesantes y curiosas, y es lástima que un incidente cualquiera nos sorprenda y delate nuestra alianza que tanto me importa conservar.

—Escucha, le dijo confidencialmente la dueña (pues ella era en efecto), bajando la voz y cogiendo por el brazo al cuadrillero; duerme un secreto terrible en los subterráneos de Altamira, á los cuales no puedes aproximarte sin arriesgar tu amistad con el señor conde y aun otra cosa quizás mas grave; y es preciso que conozcas ese mismo arcano que debe lisonjear tu amor propio y la sorpresa que en tí despierta la revelacion que de él te ofrezco. Ahora bien, esos subterráneos se dan la mano con una mina ó cueva misteriosa que se prolonga, atravesando por su base la montaña oriental de la fortaleza, y que puede dar la clave topográfica de ese sistema de prisiones que forman el departamento subterráneo, desconocido absolutamente, menos del conde y de los carceleros. Yo debo á una casualidad el secreto de esa mina, y utilizándolo en beneficio tuyo voy á abrirte su centro misterioso, fiando á tu reserva la delicadeza de este paso que arriesga en mí toda mi suerte y la tremenda responsabilidad que su revelacion pudiera traerme.

Y la vieja, con mas agilidad de la que permitieran sus años, replegó el manto con que iba tapada, é hizose seguir del jóven.

La luz del crepúsculo alumbraba ya lo bastante para que pudieran ver, aunque vagamente, el terreno que atravesaran. Era un espeso bosque de encinas que sombreaba un profundo valle alfombrado de musgo y aterciopelados arbustos.

Bien presto el tránsito les fué casi imposible á través de aquella espesura salvaje, donde no penetrara sino algun rayo fugitivo de luz, bajo la inmensa bóveda de frondas altísimas é imponentes como la cúpula de una catedral gótica.

De vez en cuando entreabríase el ramaje inferior como una cortina vejetal, y atravesaba una liebre ó un gato montés, escapando raudos como el viento, veloces y despavoridos hácia uno ú otro estremo del laberinto, lanzando un grito de alarma y terror.

Llegaron, por fin, á un vallado de espinos, cuya puerta, formada por una gran cortina flotante de murta, separó la mano práctica de la dueña.

Un hermoso mastin de Terranova, como hoy diríamos, guardaba por la parte interior aquel recinto, acostado sobre un lecho de pieles.

El inteligente animal, como avergonzado de haberse dejado sorprender en su sueño, se levantó diligente y lanzó un gruñido sordo que hizo retumbar el espacio con su eco, si bien acariciado por la vieja, que al parecer debiera serle bastante familiar, el bravo cancervero movió la cola y tornó á acostarse en su lecho, no sin seguir con su tenaz pupila todos los movimientos de ambos personajes.

Avanzaron estos.

El sitio que hollaron era un pensil de perfumados arbustos, un plano inclinado con cuadros de rosales y madreselvas, y cubierto á trechos por emparrados y caprichosas cúpulas formadas

por los mil festones de pasionarias, jazmines y madreselvas. En el centro, es decir, en la parte mas prominente de aquel jardin encantado, como pudiera decir un poeta, elevábase, como un pintoresco pináculo, un rústico pabellon ó invernadero, gruta verdaderamente mágica que se prolongaba á través de la montaña, sostenida en su ingreso por columnas de murta enlazadas arriba por medio de pabellones de flores.

Del mismo fundamento de este valle y de esta gruta, alzábanse tambien á trechos pirámides de follaje esmaltadas de rosas blancas y encarnadas, formando arcos y caprichosos toldos, que parecian cerrar casi en su totalidad el espacio, y sobre todo, como una inmensa cortina grís que rodeara aquel mágico jardin de Armida, el Monte Sorayo (1) proyectaba en el brumoso horizonte sus dentadas cumbres plomizas, recortando sus aéreos perfiles y hundiendo sus irregulares espectros en el vacío condensado por las nieblas matutinas.

Una bandada de ánades posábanse revoloteando sobre el pretil de un pequeño estanque abierto á cincel en la misma peña, y huyó de pronto, lanzando estrepitosos graznidos, al notar la presencia de los recien venidos. Al llegar estos á la verja ó empalizada giratoria del invernadero, la anciana tiró dos veces de una cuerda que allí habia.

Sonó al punto un esquilon algo remoto, y apareció un hombre enteramente negro como el ébano, alto de estatura y fornido de miembros, de cabello crespo y lanudo, nariz aplastada, y en cuyos ojos revolvíase una fulgurante pupila. Vestia un traje africano de grosera lana, y en su cintura lucia el puño cincelado de un cortante alfanje damasquino. Era, en fin, uno de

(1) Llámase hoy del *Morovello* (moro viejo), desde la fecha de que vamos hablando y aludiendo al personaje que presentaremos en él, y cuyo pasaje es rigurosamente histórico, segun la tradicion.

esos esclavos nubios que tenian á su servicio los señores árabes, y cuya fidelidad proverbial mas de una vez se ha desmentido.

Llamábase Abrael.

Su poderosa musculatura, su mirada imponente, fiera, salvaje, su frente aplanada y espaciosa, signo inequívoco de un racionalismo instintivo, todo revelaba una naturaleza activa y enérgica, solidificada quizás por los arranques del infortunio de esa raza torpemente envilecida, mutilacion bárbara de la sociedad, y á la cual el empirismo de la filantropía moderna niega hasta la prerogativa de sus derechos civiles, bajo el especioso pretesto de la utopia.

La vieja sacó un trozo de medallon ó amuleto, que juntó con otro que le presentara el negro con una mano, mientras que armada de su luciente alfanje la otra, levantaba amenazador y rugiente su brazo terrible y musculoso.

Debió, sin embargo, quedar satisfecho de la prueba, porque al punto hizo girar la verja erizada de picas de acero, y que dió entrada á ambos huéspedes.

—¿Dónde está el señor? preguntó Beatriz.

Abrael recostó la megilla sobre su mano izquierda y cerró los ojos, por toda contestacion.

Era mudo.

—¿Tardará mucho á despertar?

El esclavo marcó un signo negativo.

—¿Y despues?

Abrael, por un movimiento rápido é insinuante, volvióse hácia el Oriente, abrió repetidas veces sus formidables brazos, se hincó luego de rodillas, juntó las manos y tocó el suelo con su frente ancha y deprimida, dando á entender que su amo haria oracion apenas se levantase.

Préstábase con tal soltura su carácter á este juego mímico, ó imprimia en todos sus movimientos tal espresion y elocuencia, que suplia admirablemente la falta de palabras, y se dejaba comprender fácilmente.

Introdújose en una de las bóvedas del pabellon de ingreso, y ágil, gozoso, campeando cierta sonrisa satisfactoria en su fisonomía horrible, tornó luego á salir por otro punto diferente, manifestando con sus ademanes vivos y enérgicos, que se les esperaba.

Entraron ambos, precedidos siempre del jigantesco esclavo, el cual, desciñéndose su faja de lana á grandes cuadros amarillos y verdes, vendó los ojos á aquellos y condújoles por un piso irregular, aunque llano.

Oyeron despues el choque estridente de una piedra al girar, al parecer, sobre otra, y asidos por la mano y conducidos por el siniestro guia, descendieron por una rampa suave que variaba de direccion á trechos, y que les condujo junto á una puerta oval de herrada encina.

Al pié de aquella puerta de arte, cortada por ambos estremos en forma de medio punto, y á la parte esterior donde se hallaran, habia unos gruesos anillos de hierro prendidos á una gran losa sostenida por dos cadenas perpendiculares, que se perdian á través de una hendidura de la gruta ó subterráneo. El nubio desató la venda que cegara la vista á sus huéspedes, y con su lenguaje mímico les dió á entender el objeto de aquella losa enorme que obedeciera á un secreto mecanismo.

Bien pudiera la imaginacion humana tratar de investigar aquella mansion desconocida; podia, sí, penetrar hasta aquella misma puerta, último estremo del portento; pero aunque así fuese, lo que dejaba ofrecer dificultades casi insuperables, aun

con todo ello, la persona dueña de aquel prodigioso antro podia fácilmente burlar la osadía del invasor con solo tocar cierto resorte que dejaba escapar de pronto aquellas cadenas, único punto de apoyo del pavimento que se hundia entonces, presentando un insondable abismo, en cuyo fondo oíase rebramar muy remoto un bullidor torrente. Y entonces los profanadores, siquiera fuesen muchos, eran despeñados á una horrible profundidad, y absorvidos por el abismo sus mutilados cuerpos.

CAPÍTULO VII.

La gruta encantada.

Entrad, entrad conmigo
A ese oriental portento,
Donde el hado enemigo,
Bajo nubes de horror y fingimiento,
Hacerme quiere de su ardid testigo.

Aquella puerta abrióse como á impulso de un golpe mágico, y giró sobre sus goznes con un crujido armonioso y ténue.

Los esploradores, si así los llamamos, entraron á un vestíbulo espléndidamente tapizado, y cuyas paredes pulimentadas reflejaban la luz opaca á veces, otras vívida y radiante, y cuyos rayos, procedentes de un punto desconocido, resbalaban en la bóveda, vacilando informes y fugitivos.

De allí pasaron á un retrete ricamente alfombrado, colgadas las paredes de tapices pérsicos, y de cuya techumbre, de cedro ensamblado, pendian, en cadenas de cristal tallado, enormes lámparas de amatista y pórfido.

Muelles, cojines de terciopelo, divanes de seda y brocado, bajo profusas cortinas amarillas cojidas á pabellones, rodeaban

el ámbito de aquel saturado retrete, en cuyos ángulos, sobre consolas de mármol blanco pulimentado, veíanse búcaros de flores y pebeteros magníficos en forma de braserillos, en los cuales ardian perfumes de Arabia, que se disipaban luego en grupos de humo plateado como la nieve en aquel ambiente nebuloso y embriagador como el deleite.

Y ¡cosa estraña! de las paredes de aquella mansion prodigiosa pendian haces de armas, escudos, arneses y trofeos, rosarios de ámbar grís, de gruesas y olorosas cuentas, diges orientales de sándalo, nácar y ébano, de delicadas labores, caprichosa creacion de esas misteriosas houríes del paraiso del profeta; espejos con primorosos marcos de cinceladura, velos de plateada gasa casi impalpable, chales de cachemir artísticamente trenzados, turbantes de brillantes colores, compuestos en estudiada combinacion de verde, amarillo, encarnado y blanco... y de este conjunto pintoresco, de esa coleccion estraña, parecia desprenderse algo de voluptuoso y sensual que convidara á la molicie, al reposo, al amor mas incitante y poético, al deleite mas puro...

En el fondo, detrás de un arco cimbrado, calado de arabescos y adornado de ricos cortinajes de brocado amarillo, veíase, á través de trasparentes velos de gasa, una mujer vestida con el traje oriental, recostada indolentemente sobre un divan de raso carmesí guarnecido de franjas de tisú.

Era hermosísima de rostro, blanca, con esa palidez de mármol que imprime la privacion del sol y del libre ambiente, por lo menos en el cútis delicado y terso de las odaliscas del serrallo: su profusa cabellera negra caia sobre su seno turgente y agitado, y como para desmentir aquella tranquila apariencia de sosiego, aquella indolencia afectada, lucia su mirada enérgica,

alentada por esa pupila tenaz que arde, revelando el fuego que inflama y caracteriza el corazon de las hijas del Mediodía.

Allí tambien, en rededor de aquella beldad que parecia, sin embargo, traslucir en su fisonomía cierta espresion de amargura recóndita, ardian lámparas de cristal de roca, y un humo leve, fragrante y aromático, evaporábase de los pebeteros de oro cincelado que ardian igualmente en aquella estancia tan provocadora al placer, y separada del dormitorio de la jóven por una verja de laureles de hierro dorados.

Y confundida en aquella masa de vapores ténues y semilucidos, riente, nacarada como una divinidad mitológica, surgia aquella vision peregrina, seductora como el amor y voluptuosa.

De pronto, y mientras Lucifer, que no habia reparado en aquella belleza tentadora, seguia internándose, apareció en el fondo del retrete morisco un anciano de luenga y plateada barba, continente severo hasta la fiereza, y de cuya gruesa cintura pendian varias armas, desde la pesada javalina hasta el puñal buido, agudo y cortante, con su punta envenenada de tres filos, y cuya herida era mortal.

Vestia al estilo árabe, y en su alquicel de grana escarlata, campeaban africanas lunas y otros atributos, cifras é inscripciones, repitiéndose profusamente en caractéres cúficos el tema dogmático y sacramental de los sectarios de Mahoma: Le galib ille Allah (1).

La atmósfera enrarecida, condensada por aquella nube rosada de humo y vapores, daba á los objetos un colorido mágico, y á través de ella aparecia en primer término aquel anciano de rostro indefinible, pero en cuyas atezadas facciones no era difícil traslucir una aspereza cruel.

(1) Solo Dios es grande ó vencedor.

La vieja, seguida del cuadrillero, adelantábase lenta y ceremoniosamente hácia el árabe, saludó al estilo oriental, correspondiéndola este á su vez del propio modo, llevando su mano derecha sucesivamente á la frente, á la boca y al corazon.

Lucifer imitó, como pudo, aquella pantomima, nueva enteramente para él; pero ni uno ni otro obtuvieron una sonrisa ni la mas leve demostracion afectuosa por parte de aquel personaje, cuyo semblante impasible, frio y severo, permaneció ceñudo y sombrío, contraido bajo su piel de bronce.

Omar-Jacub, que así se llamaba, se sentó con su naturalidad glacial sobre cojines de brocatel leonado, estendidos sobre alfombra, é indicó á sus dos huéspedes otros almohadones no menos ricos, colocados, al parecer, de intento, bien próximos al que él mismo ocupara. Luego llevó á sus lábios el tubo de una pipa de márfil y ébano que le sirvió el esclavo, y se recostó indolentemente sobre el espaldar de filigrana del estrado.

Entonces, por la vez primera, despues de haber saboreado pausadamente el humo de su pipa, hizo oir su poderosa voz, que vibró en los ámbitos de aquel recinto, y pareció conmover con una sacudida rapidísima los grupos de columnas ténues con junquillos, esbeltas y airosas, con su agramilado enlace de cresteria, todo admirablemente figurado.

—¿Podré saber, dijo en mal romance y con un acento gutural muy pronunciado, podré saber la feliz casualidad á que debo el honor de esta visita?

Y mientras Lucifer, esplotado por la insultante arrogancia del árabe, revolvia, allá en su mente acaso, un proyecto temerario; la vieja se apresuró á responder con cierta sumision marcada:

—Me encargásteis, señor, que buscase un héroe que supiera

manejar la espada; un caballero de acreditada hidalguía; un jóven decidido, en fin, y libre enteramente de esos vicios criminales que degradan á la humanidad con sus abominables flaquezas; y os lo presento como modelo de todas las cualidades que apetecer pudiérais para el caso.

Omar-Jacub abrazó al jóven y estrechó su mano. Estaba horriblemente fria; y sin embargo, hervia la sangre en sus venas, y el cerebro se le desvanecia á pura confusion.

—Sed, pues, muy bien venido, continuó aquel, á esta triste morada de la desventura; yo me apresuro á anticiparos mi gratitud y reconocimiento, para cuya espresion os confieso que no hallo conceptos suficientes: podeis estar seguro de ello.

Lucifer se inclinó con un movimiento simpático.

—¿Con qué sois desgraciado? se atrevió á preguntar, depuesta ya su prevencion, nacida de la misma sorpresa y alentado por las palabras de Omar, cuya fisonomía pareció resplandecer con un rayo de súbito entusiasmo.

—Sí, repuso con un acento de terror salvaje que retronó en el ámbito, como el huracan en su vértigo; han destrozado mi corazon los hombres, perros rabiosos, que no contentos con eso, han llevado su crueldad al estremo de proscribir mi libertad, mi albedrío, mis riquezas y mi alma, que en realidad no es mia; bebieron mi sangre maldecida, y trajeron junto á mí noche y dia á Eblis (1) para despedazar mi espíritu pobrecito.

En aquel hondo lamento, fúnebre, doloroso y tristísimo, parecia exhalarse un sentimiento indecible, y revelábase al propio tiempo todo un vértigo de sangrienta é implacable cólera.

—Aquí, donde me veis, prosiguió, he apurado el amargo cáliz del dolor; he bebido una copa de lágrimas, y héme aquí,

(1) Demonio ó espíritu tentador y maldito entre los musulmanes.

víctima espiatoria, herida por alevosas criaturas, ponzoñosas serpientes que he hallado en el tránsito de mi vida tristísima y acerba. ¡Oh! tened compasion de mí... ¡Maldicion y oprobio sobre los enemigos de mi felicidad y reposo!

Y enervado, aniquilado visiblemente por este rasgo de su desahogo, Omar inclinó la cabeza sobre el pecho, como una muda señal de abatimiento.

Luego, despues de una breve pausa, durante la cual, concentradas sus facultades, pareció sumido en completo arrobamiento; incorporóse de pronto, sacudió su plateada cabeza, cuya lustrosa cabellera flotante descendia desde la orla de su turbante, y en aquella mirada lúcida centelló un rayo de fiereza que inflamó todas sus facciones como un meteoro, temblaron de coraje sus músculos, y una rabia nerviosa, cruel, sangrienta, se reflejó súbitamente en aquel semblante de hiena.

—¡Oh! prosiguió cada vez mas enardecido; yo necesito un brazo vengador que me proteja en mi obra de redencion, un instrumento que me ayude en esa empresa de reparacion y esterminio que proyecto: una espada, un cangiar, una gumía ó una cortante javalina que derriben cuellos á millares, y sobre todo, esa cabeza maldecida por el soplo de Alá... y por Dios vivo, por el profeta, por el Corán, que esa misma cabeza reprobada debe caer partida para pasto de víboras.

Omar sonrió con un frio sarcasmo, y mostró sus dientes agudos, cortantes como los del chacal, y que aun á pesar de su edad provecta, parecian conservar todavía su blanquísimo esmalte y su ordenada simetría. Su poderoso acento asemejábase á un rugido, cuyo eco parecia vibrar aun, como el estallido de la tempestad en los trópicos.

—Vos ignorais la historia de mis infortunios, prosiguió dul-

cificando el lenguaje y dirigiéndose al aventurero; es una historia de sangre y lágrimas, que solo conoce esa mujer, dueña de todos mis secretos, y que vos tambien debeis conocer en sus principales detalles, puesto que tratais de interesaros en mi suerte y en la de mi pobre hija, víctima como yo de la brutalidad y del abuso.

La dueña, á quien habia aludido el anciano, muda espectadora de aquella escena, marcó un signo de asentimiento hipócrita á las palabras del árabe, el cual continuó con uno de aquellos arranques de colérica rabia:

—Yo era un poderoso arraez (1) argelino que tenia á la mar por patria, libre, feliz y dueño de la inmensidad, dominando como un bajá en mi capitana de tres puentes, rodeado de esclavas bellas como houríes... poseía alcázares de mármol, jardines, taifas (2) aguerridas, pabellones de granete, bellos y suntuosos, y riquezas á montones; cuanto pudiera lisonjear el poderío, el amor propio y la ambicion, eso mismo me pertenecia; era, en fin, un nabab, cuyos caudales perdíanse en la fábula por su inmensidad; y sin embargo, de tanta opulencia ¿qué me resta? Héme aquí reducido á la esclavitud, la mas mísera de las condiciones humanas, proscrito mi albedrío, encadenado por las redes de la tiranía y convertido en un objeto de oprobio y vilipendio. ¿Qué importa, pues, que las cadenas sean de oro? el acta condenatoria que gravita sobre mi cabeza como un padron de infamante ignominia, no se aligera con el tiempo, y mientras tanto yo, criatura maldita de los hombres, me agito en vano en este círculo apenador que oprime mi voluntad y me hunde en

(1) Capitan de buque árabe, á veces corsario ó ladron de mar, cuya acepcion parece mejor recibida.

(2) Compañía ó partida de gente armada.

el abismo de la desesperacion mas cruda, al paso que arrastro en mi caida á otro ser querido; ¡ yo, hombre formado á imágen y semejanza de Dios, y que sobre mí solo reconozco y acato la divisa clásica de los verdaderos creyentes del código ismaelita: Le galib ille Allah!

—Ciertamente teneis razon, contestó Lucifer, subyugado visiblemente á su pesar por aquel acento vigoroso que tanta dignidad revelara al parecer y tanto nervio.

—Escucha, cristiano, prosiguió Omar con cierta evolucion de lenguaje significativa; oye una revelacion que creo deber hacerte y que encierra la parte mas dramática de mi tragedia. Tenia yo una hija hermosa, pura como la azucena, voluptuosa como las vírgenes del Edem, mas brillantes sus divinas facciones que los mismos astros que tachonan el firmamento límpido, y cuyo talle de sílfide pudiera causar envidia y celos á las mismas hadas: eran sus ojos dos lumbreras que despedian fuego, y sus crenchas, negras como la noche plácida, encadenaban amores. Dalmira, con su tez de marfil pulido, con sus rasgados ojos que retrataran un alma toda entusiasmo, y con ese primoroso conjunto que le constituyeran centro y dechado de prendas físicas, verdadero fenómeno en su clase, era á la vez un modelo de perfecciones y virtudes: obra mas completa no ha salido jamás de las manos del Criador, ni mas candorosa alma pudiera hallarse en el universo, alma purísima, en la cual complaciérase el profeta mismo, si viniese á este mundo, valle de miserias y penalidades sin cuento. Pero esta criatura adorable, por desgracia suya y mia tan bella, tuvo la fatalidad de inspirar una pasion criminal al conde Ataulfo de Altamira y Moscoso, que la vió en un torneo, en el cual, bajo el traje de paladin, figuró en aquella confusion de cristianos y musulmanes, y aunque bajo su ca-

balleresco disfraz la declaró él su ardiente afecto; negóse Dalmira, que le conoció, tal vez, á corresponder al amor de un hombre infiel, cuando menos á la religion que ella profesara.

Omar se apresuró á enjugar una lágrima que brotara involuntariamente de sus inflamados ojos, y que pareció avergonzarle.

—Mas ¡ay! continuó con cierta amargura recóndita; el conde, infame y fementido, pudo hallar medio de arrebatarme la hija de mi alma, sin que mis pesquisas por recobrarla dieran un resultado favorable, hasta que cierta noche, una mano misteriosa hizo llegar á mí una carta del raptor, que me pedia en ella una entrevista ó cita reservada del mayor interés, segun decia, y de la cual pendia, tal vez, la suerte de mi pobre hija. Acudí puntual al sitio que se me indicara, dispuesto á verter mi propia sangre, si era necesario, por salvarla, y en verdad que no otra cosa era el deber de un padre en mi lugar.

A fin de alejar todo motivo de sospecha y de confianza, llevé únicamente en mi compañía un esclavo fiel: de otro modo pudiera haber comprometido, quizás, la suerte deplorable de mi pobre Dalmira; y sobre todo, creia tambien que trataba de caballero á caballero.

Llegamos, pues, al sitio designado.

El conde nos esperaba allí con un golpe de gente emboscada.

Dimos principio á la conferencia, que al iniciarse me hizo ver ó adivinar todo el horrible artificio de la mala fé que, por parte de aquel hombre protervo, presidiera á aquel acto simulado de su perfidia.

Sí, porque Ataulfo, abusando de su posicion, me hizo ciertas proposiciones inadmisibles para un padre que sabe estimar

en algo el decoro de su hija. Por eso mismo no debí aceptar, ni acepté, en efecto.

Y sublevado por el rubor que su insolencia encendiera en mi corazon honrado, creí usar de un derecho legítimo, reprochándole su conducta indigna y colocándome en el sitio que mi propia dignidad me designara.

Mis reproches hirieron su amor propio, y el inhumano, arrojando la máscara de sus rencores, me amenazó con la muerte, una muerte oscura y repugnante en aquella soledad, á vista, quizás, de sus sicarios, esos crueles cómplices, instrumentos de sus criminales hazañas, y que aun los honores del martirio hubieran negado luego á mi fama póstuma.

Temí, en verdad, á ese género de muerte que mi valor y mis timbres tanto repugnaran. Además, el desamparo, la horfandad á que debia quedar abandonada mi hija, solo á merced del brutal capricho de su tirano, y sobre todo, el misterio de mi desaparicion en el mundo, todo esto se me representó como una turba de amenazadores espectros que apagaron mi voz en aquel momento solemne, y oprimieron mi corazon contra su pecho.

Entonces un recurso providencial vino en mi auxilio; creo que lloré y supliqué como un niño, á fin de ablandar aquel corazon de hierro y sacar el mejor partido posible de aquella situacion tan crítica.

Al fin pude recabar un partido bien triste, caballero, el de encerrarme perpétuamente con mi hija en esta prision, pudiendo disfrutar en ella de mis riquezas.

La dureza de esta transaccion admitia en ella una medida compensadora, aunque triste, la de que permanecia yo siempre junto á Dalmira para vigilar su honra amenazada. ¿Qué que-

reis? ¿qué mejor centinela que un padre para la salvacion del honor de su hija, cuando peligra?

En cuanto al pobre esclavo, testigo único por mi parte de aquella capitulacion tan bárbara, pagó bien cara cierta amenaza que profiriera, al verme ultrajado, contra el inhumano conde, quien en un arrebato de furor mandó le maniatasen y que le cortaran la lengua y la arrojasen á los mastines, como ejecutó á mi presencia su cruel sayon; y como si añadiese el sarcasmo al insulto, me anunció luego el magnate impío, que con aquella condicion podia quedar tambien á mi servicio, que admití yo del mejor grado.

¡Pobre Abrael! ¡Cuán cara has comprado esa felicidad, de que no habrá ejemplo acaso!

Y en efecto, el negro, que indudablemente prestara oido á la relacion del anciano, se aproximó de pronto, abrió desmesuradamente la boca negra y cavernosa, mostrando el zócalo de su lengua mutilada.

En aquel rostro de ébano se operó entonces cierta exaltacion de fiereza salvaje; centellaron sus ojos como dos áscuas vivas, y tal era la diabólica exaltacion del miserable, que parecíase al ángel de la maldicion.

Agitó su cabeza espeluznada y crespa, trazó con su alfanje en el aire un círculo simbólico, y sus dientes agudos, blancos y cortantes, crugieron terriblemente; despues de lo cual, su mirada fulgurante y amenazadora, pareció arrojar un destello supremo, un relámpago de ódio súbitamente comprimido, y marchó á ocupar de nuevo su punto de observacion y vigilancia.

Omar suspendió su discurso un instante, giró una mirada de reojo en rededor, en la cual traslucíase cierto recelo afectado.

—No temais que os oiga, díjole interpretando convencional-

mente aquella especie de inquietud la anciana, y dando á su acento una espresion estraña, duerme el sueño de la inocencia Dalmira, y su corazon no se enternecerá, estad tranquilo.

En efecto, el moro, distraido un momento por su propio entusiasmo, habia creido notar mas agitada y sonora la respiracion de la jóven; parecíale tambien haber oido un suspiro, y creyéndola despierta acaso, hubo de suspender su discurso, que al parecer no le convenia percibiese ella.

—Sí, continuó el árabe, como abstraido visiblemente por una especie de éxtasis, allí duerme, pálida y hermosa como una vision peregrina, esa vírgen, en cuyo pecho late un corazon todo puro: el soplo del pecado no empañó jamás su angelical espíritu, que los conatos de la seduccion respetaron siempre. ¡Oh, ángel mio! ¡cuántas veces libaron mis lábios ese aliento no contaminado, y en el cual se ha fundido el hálito de la divinidad!

CAPÍTULO VIII.

En el cual se complica mas el plan con un nuevo misterio.

Y anegóse la mirada
Del soberbio paladin
En aquel triple mosáico
De ébano, nieve y carmin.

Omar, cuya sagacidad sabia sacar partido de los mas leves incidentes, como el que dejamos consignado al final del precedente capítulo, hizo aproximar á sus dos huéspedes á la parte anterior de la verja que cerraba el arco agramilado del dormitorio de la jóven.

Detuviéronse allí un momento y guardaron todos tres un silencio religioso.

El ruido de sus pasos, lentos y casi reverentes, apagábase en la mullida alfombra y en las blancas pieles que cubrieran además el pavimento de aquel singular retrete.

Y en efecto, justa debió ser la admiracion que esperimentara el jóven, y que no pudo menos de pintarse en su rostro, á vista de aquel portento de belleza y de perfecciones, que el viejo Omar no habia exagerado mucho, en verdad, con ese lenguaje propio de los orientales, y contra cuya veracidad el rigorismo clásico ha establecido una prevencion justa. Merece, pues, la pena de que tracemos en breves pinceladas la descripcion detallada de aquel portento de hermosura, y por cierto que no lo estrañará el lector, tratándose de una heroina de novela.

Figuraos una de esas estátuas yacentes de mármol, severas, purísimas, verdaderos portentos del arte y de que tantos modelos nos ha legado el inmortal Cánova. Su hermosa cabeza cubierta por un bellísimo turbante, estaba reclinada sobre un rico almohadon de brocado, en el cual tendíase con negligencia su profusa cabellera trenzada, en medio de la cual, como engastado en un marco de lustroso ébano, resaltaba su rostro palidecido por ese tinte peculiar que imprime un sufrimiento heróico y resignado.

Los pliegues de su holgada túnica verde diseñaban vagamente la conformacion anatómica de aquellas turjentes y delicadas formas, y por la orla inferior de la misma asomaban sus pies leves y diminutos, medio encerrados en zapatillas de brocatel púrpura.

Sus manos diminutas, blancas como el marfil y tersas, es-

taban cubiertas de preciosas sortijas, y oprimian un pomito de esencias, lindo capricho de cristal tallado, que parecia un precioso juguete improvisado en aquellas manos de niña.

Y todo este halagüeño conjunto, resaltando sobre su lecho de seda, oro y armiño, envuelto en los pliegues de gasa, luciente como la plata, á través de los pabellones flotantes que le rodearan como un toldo precioso de estrellas, todo esto, repetimos, adquiria aun mas realce al tibio resplandor de las lámparas, al humo nacarado de los braserillos de oro, que envolvia el ambiente en una niebla fantástica, difundiendo mágicos perfumes.

Aquel cuadro embriagador de belleza, de sensualidad y de factuoso lujo, podia deslumbrar á cualquiera que le observase en todos sus pormenores, y era la confirmacion complementaria, vivo testimonio de esa realidad á que aludiera el inspirado moro en aquel rasgo sublime de su brillante metáfora.

Lucifer, al aspecto de aquella hechicera vision, cuyo sueño la daba la apariencia de esa fria inmovilidad de la muerte, esperimentó de improviso una sensacion de vehemente amor, una de esas violentas sacudidas, chispas eléctricas que hieren el alma y abren en el corazon una de esas incurables heridas que solo puede cicatrizar el amor correspondido y satisfecho.

Palomina y Omar, en cuya mente revolviérase acaso de concierto una maligna idea, cambiaron mútuamente una ojeada furtiva de siniestra inteligencia, fugaz como el relámpago y fosforescente como el rayo: en sus facciones pareció reflejarse el alborozo de un triunfo naciente y positivo que debiera responder á un secreto artificio. diabólico, infernal, como el mismo espíritu que lo dictara.

Y mientras tanto, por muy dueño que quisiera ser de sí

mismo en ocasiones dadas, el aventurero permanecia estasiado, mudo é inmóvil, bajo la presion de aquel adorable encanto, que le atraia como el imán y hácia el cual arrastrábale, aun á pesar suyo, una fuerza secreta y poderosa.

—Hé ahí á la víctima, esclamó la astuta dueña, designando á la jóven con su dedo cínico; héla ahí, mi querido niño, ella te demanda conmigo venganza; venganza que Dios, remunerador y justo, exige y aprueba contra el verdugo de la inocencia.

—Pero ¿quién es ese miserable? decid, preguntó con amenazador acento el cuadrillero.

—Callad, no alceis tanto la voz y evitad despertarla, dijo á su vez el viejo; ¡pobrecita! solo es feliz cuando duerme, porque al restituirse á la vida, siente rasgarse de nuevo su sensibilidad, tan hondamente lastimada, y entonces, creedme, al caer de la altura de su ilusion al abismo de esa realidad tan acerba, el llanto invade su rostro y cae sobre su corazon, para escaldarle con su lluvia de fuego, que lo mata.

Retirándose hácia atrás, medio ocultándose entre los pabellones que velaran la entrada del retrete, y Lucifer, en cuyo pecho ardia la llama de su interesada curiosidad, preguntó de nuevo y con acento mas recatado:

—Decid, Omar-Jacub, ¿quién es el asesino de vuestra hija?

—¿Quién? ¿os interesa acaso conocerle?

—Sí, me interesa, y lo deseo con ansia.

—Pues bien, sabe..... contestó Omar con voz cabernosa.

—¿Qué?

—Que ese asesino es... el conde de Altamira.

—¡Él tambien! ¿Ataulfo?...

—El mismo, sí; ese mónstruo impuro que ofende á la sociedad con su existencia, y cuyo solo nombre es por sí solo un pa-

dron de infamia y vilipendio ante la civilizacion y sus instituciones.

—¡Inhumano! esclamó como incidentalmente la dueña, cuyas pupilas parecieron arder súbitamente con un infernal destello.

—¡Ay, si lo supieras todo! continuó la terrible harpía con un tono confidencial y solemne, colocando su huesosa mano en el hombre del jóven; ¡cómo beberias los vientos, surcarias los mares, raudo como el vuelo de la alondra, y sondearias los mas profundos abismos por beber la sangre del tirano y despedazar sus miembros, quebrantarlos, mutilarlos y reducirlos á polvo, para arrojarlos luego al viento!

Una mirada fulgurante y amenazadora del anciano suspendió el discurso de la vieja, cuyo rostro inflamábase á impulso de un ódio recóndito. Aquella mirada indefinible, solo podia interpretarse por la inteligencia mútua y convencional que existiera en aquellos dos intrumentos jurados de un maquiavelismo torpe, cuyo fin no podia tampoco preveerse por ellos, como que estaba reservado á la justificacion de la Providencia en su dia.

Omar-Jacub, cuya sagacidad se indicaba en todos sus mas leves movimientos, por mas que tratara de revestirlos de cierto aire de candidez ficticia, consultó á su vez con su taladrante pupila la impresion que produjeran sus palabras y las de la dueña, y una chispa de alegría feroz pareció brillar rápida y fugitiva en aquella fisonomía severa.

Y como creyera notar en la del jóven un rasgo de interesada simpatía, que revelara por parte del mismo una predisposicion marcada en favor de sus designios.

—Es necesario, dijo, herir á ese hombre ó mónstruo, sobre cuya cabeza pesa ya el decreto del anatema del cielo. Solo falta

hallar á mano el instrumento que se encargue del ministerio de la divina justicia. Mis tesoros, mi sangre, hasta mi propia vida, son la recompensa que preparo á ese brazo providencial, y aun si es vuestro por fortuna ese brazo, mayor recompensa mereceria su hazaña, puesto que reuniria á la justicia el valor y la heroicidad que os distinguen.

El ardid tendia otro nuevo lazo de seduccion para sorprender la vanidad y el amor propio del jóven, lisonjeándole por medio de un rasgo halagüeño, á cuyo eco no podia menos de corresponder, al menos, su cortesanía; y preciso es confesar que tratándose de un mancebo inesperto como Lucifer, no debia estrañarse su caida.

Inclinó, pues, su cabeza con un signo de gratitud visible y estrechó en las suyas, trémulas de emocion, la mano que le tendiera su artificioso colocutor, intérprete esperimentado y fiel de tales actos.

—Acepto, dijo aquel, en principio el cometido de esa empresa, constituyéndome protector desde luego de vos y de vuestra hija; y si en un caso estremo mis esfuerzos ni mis recursos bastaran á salvar la triste condicion que sobre ambos pesa, no lo dudeis, apelaré al estremo de obtener del conde, hasta por violencia, lo que de grado me niegue, cuando la esterilidad posible de mis medios me lleve á ese estremo.

—No pudiera esperarse de vos resolucion mas cumplida y caballeresca; por lo cual, aun á riesgo acaso de parecer indiscreto, quisiera mereceros el honor de que fijareis vos mismo el precio de vuestra generosa hazaña, en cualquier concepto que la realiceis.

—Con la satisfaccion de haber contribuido á vuestra libertad y bienestar, mi ambicion puede quedar cumplida: ¿qué mayor

galardon para mi orgullo? Acaso luego mi ambicion, mi entusiasmo, dejándose llevar de un rasgo apasionado y noble, tendrian una exigencia para vos, una sola, reputada tal vez, si os place, por recompensa, no á mis servicios futuros, sino á las inspiraciones de un amor vehemente que presiento y hace latir ya mi corazon impresionable hácia un objeto que lo atrae. Con todo, repito que aplazo por ahora la idea, al encargarme de ese acto reparador, cuya causa tomo por mia, cuando su principal objeto es desagraviar á la ancianidad y á la hermosura; la recompensa que por hoy anhelo es vuestra gratitud y la de vuestra hija: luego, quizás, si su corazon estuviera libre, si nuestras voluntades pudieran armonizarse y nuestros principios religiosos se conciliaran...

—Eso, nunca, esclamó el anciano, interrumpiendo al imprudente jóven, sorprendido por su propia ligereza entusiasta; eso no, jamás: antes su sangre mancharia el blanco armiño de su lecho de vírgen. ¡Renegada Dalmira!... ¡oh! no, eso no, antes víctima.

De este modo Omar robustecia mas y mas el mecanismo de su artificio y de su iniquidad. Aquella firmeza, realzada por el eco de su voz, vibrante como el trueno de la tempestad, aquella respiracion, anhelante y sorda al propio tiempo, estridente y rotunda como el bramido de la catarata, eran, á la vista del observador, ignorante de este género de ardides, pruebas irrecusables de verdad y del profundo sentimiento que parecia producirlas; así es que la inesperta voluntad del mancebo, que acababa de estrellarse en la firmeza del moro, concluyó por inclinarse al fin en favor de aquel hombre astuto, en quien creyó ver indudablemente un héroe y un mártir.

—Sea como querais, repuso, doblegado cada vez mas ante

aquel artificio; mi voluntad, señor, es vuestra, y solo espera las órdenes que os digneis dictarle.

—Aun no es tiempo, replicó Omar-Jacub, en cuyo continente, empañado por su habitual tinta de severidad, no era difícil leer el alborozo de su triunfo; es preciso aguardar oportunidad, y mientras suena la hora suprema, esperemos. Otros sinsabores desgarrarán el alma del tirano, cuya agonía debe ser lenta, prolongada y cruel, como lo empieza ya á ser, y para lo cual tomamos nosotros las oportunas medidas, que nos dan las primicias del triunfo, asegurando á la vez las probabilidades de una fruicion grata y halagüeña.

La dueña apoyaba con marcados signos y ademanes las frases de su cómplice: cualquiera fisonomista medianamente versado en el arte, pudiera haber leido en aquellos ojos, en aquellos lábios trémulos y balbucientes, en aquel pecho, en fin, anhelante por la fiebre del rencor y del deseo, algo de sobrenatural y maquiavélico que debiera responder á la exaltacion infernal que ardiera en el corazon de aquella furia poseida del demonio de la venganza.

Las últimas palabras de Omar, demasiado significativas, provocaron el supremo grado de esa misma exaltacion febril de la anciana, como que aludieran quizás á los amores del rey con la condesa, los cuales no eran un secreto para el vulgo, escandalizado, con mas ó menos fundamento, por las hablillas de que este asunto era objeto.

Por lo demás, continuó el moro, cuyo semblante se dilató con una afectada sonrisa de benevolencia, en la cual acaso viera alguien un destello de infernal malicia; yo no podria desairar cualquiera peticion que vos, nuestro generoso bienhechor, me exigierais; he querido probar vuestra generosidad, y habeis

vencido, lo cual me constituye en el círculo de un deber recíproco. Puesto que hasta tal grado llegais con vuestro proceder tan recto, me veo, á pesar mio, obligado á acceder á ese deseo formulado de un modo tan modesto y reverente. Confiad, pues, en que mi hija será vuestra, si así os place; tomadla desde luego para vos, si bien á trueque de una condicion que me permito imponer á vuestra prudencia, y que consiste en que no la obligareis á cambiar de religion, ni ejercereis presion alguna sobre sus creencias. Si admitís el partido, tenedla ya por vuestra como esclava, y juzgad por el valor del sacrificio que con esta preciosa dádiva me impongo, de la suma importancia que doy á mi empeño, á la vez que del alto aprecio que me mereceis.

Era este el último esfuerzo del ardid llevado á un estremo desconocido. Lucifer, alucinado en su impresion primera, deslumbrado, ciego y resuelto, por las alucinadoras palabras de Omar, era ya un autómata, instrumento servil de su capricho. Su mirada, antes enérgica y altiva, parecia subyugada á la de aquel hombre, cuya superioridad, realzada por la majestad que le imprimieran sus venerables canas, y aun tambien el lujo de su pintoresco traje, llevaba en si esculpido ese indisputable sello de autoridad que le distinguiera, con sus brillantes modales, con la gravedad dramática de sus movimientos y con la oratoria, en fin, tan seductora y simpática, que arrebataba con el eco májico de su palabra enérgica y nerviosa. ¿Dónde estaba aquella provocadora entonacion de lenguaje con que el aventurero solia anonadar los rudos bríos de sus feroces subordinados, aterrados por el respeto que les inspiraba su proverbial bravura? ¿qué se habia hecho aquel fuerte empuje de voluntad incontrastable, que no sufria contradiccion ni réplica?

La infame Palomina, interpretando la interioridad del cuadrillero, en uno de aquellos raptos de alucinamiento falso que ya conocemos, le estrechó entre sus demacrados brazos y le besó frenética, enloquecida por el vértigo de un entusiasmo que se aproximara al delirio.

—¡Bien, muy bien! así te quiero yo, mi valiente y hermoso niño mimado: no otra cosa esperaba yo de tus escelentes dotes, y en tal concepto no vacilé en recomendarte y presentarte yo misma á este caballero, sin necesidad de consultarte; preferí prepararte este golpe de sorpresa, en lo cual consiste acaso su mayor mérito, deslumbrando tus sentidos con la realidad mas halagüeña, sobre todo, para tí, mi ardiente niño, mecida tu fantasía en sueños de amor, y acariciado por esa brisa mágica que corroe los huesos y reproduce, en la juventud sobre todo, la abnegacion mas noble y generosa. Y cuando tras de una ruda série de sacrificios se trasparenta uno de esos premios divinos, verdadera ofrenda depositada en el ara de los dioses; cuando sonrie en lontananza la seductora imágen de un ángel que se columpia en las nubes, que bate sus álas de nieve, esparciendo un perfume de mística ambrosía que incita al deleite, que le atrae como el imán, con un encanto indefinible y voluptuoso como la tentacion... ¡Oh! confiesa, mi querido niño, que no es posible conjurar esa fascinacion sensual, que no es fácil contemplar indiferentemente esa sonrisa mágica como la de un génio. que su incentivo provocador ofusca las potencias en un profundo éxtasis, y que la criatura, sojuzgada por la fuerza del encanto, lo arrostra todo, hasta el martirio que le da la palma del triunfo ideal sobre la materia bruta.

Y en efecto, este lenguaje afectadamente sublime en boca de Palomina, era ya el principio de esa alucinacion, de ese

mundo de imaginarios fantasmas, de esas visiones arrebatadoras como la poesía y voluptuosas como un deseo de amor; era, en fin, una de esas sublimes inspiraciones de la fantasía, rapto delicioso del alma.

Palomina estaba verdaderamente estasiada: era la fogosa síbila de la fábula, pronunciando sobre la trípode uno de esos delirantes oráculos que inflamaran la preocupacion gentílica, y que solian dilatar la esfera del valor hasta ese punto heróico ó temerario que presta el fanatismo á sus víctimas.

Omar-Jacub observaba á su vez tambien con cierta complacencia feroz el triunfo de su astucia, y como si pretendiese, antes de terminar la conferencia, encadenar al jóven con otro vínculo mas fuerte, á aquella mujer hechicera, supo aprovechar su sueño para descubrir á la vista aturdida del mismo algunos de aquellos encantos tan bellos é incitantes, aun á través del velo que los cubriera apenas.

Y al perpetrar aquel acto repugnante y profanador, el viejo y la dueña sonreian con una sonrisa intempestiva y sardónica que reflejaba un viso de impureza.

CAPÍTULO IX.

Que es continuacion del anterior.

Maquivélica trama allí se urdia,
Y los dos criminales instrumentos
Con cínica falsía
Su sistema de horribles fingimientos
Redoblan á porfía,
De venganza y de cólera sedientos.

Ante aquel atentado sacrílego contra el pudor, la hermosa dama despertó despavorida, abrió los ojos, el rostro encendido de vergüenza y sus músculos contraidos por una indignacion que en vano quiso reprimir, atemorizada quizás por una significativa mirada de Omar, rápida como el relámpago, pero que, sin embargo, no pasó desapercibida del jóven, que vió en ella un rayo providencial de luz, ante el cual disipáronse íntimamente las sombras de su alma.

Dos lágrimas rodaron por las megillas de aquella mujer tan bella, tan incitante, y resbalaron como dos perlas líquidas sobre aquel rostro hechicero. Sus ojos posaron luego sobre el mancebo una indefinible mirada, cuya elocuencia revelaba al menos perspicaz todo un cúmulo de misteriosos crímenes.

Aquella mirada lánguida, espresiva, dulcísima y que compendiara todo un tesoro de resignacion y dolor, permaneció clavada como instintivamente en el rostro varonil del jóven, quien á su vez cruzó con ella la suya, ardiente y sensual como un rayo, y ante la cual hubo de bajar la desconocida sus castos ojos.

Era aquella la primera chispa que debiera inflamar dos co-

razones vírgenes tal vez todavía, para producir mas tarde un infierno entero de remordimientos y crímenes.

Y luego aquella mirada misma, vivo trasunto de bondad, y que revelara toda la poesía del sufrimiento, huyó como azorada y sorprendida, clavándose como un dardo en el rostro impasible de Omar-Jacub y en el de la vieja, quienes sostuvieron frios é indiferentes aquel rasgo elocuente de dolor, sublimado por la resignacion mas heróica.

Bien es verdad que al dirigirse antes lánguida y espresiva esa ojeada misma al cuadrillero, penetró en su alma como una intensa llamarada, y la iluminó como un rayo profético.

Lucifer, herido por una inspiracion instintiva, entrevió entonces un nuevo horizonte, cuya densidad se asemejaba al abismo contradictorio de la duda. La historia casi romántica é inverosímil que le refiriera aquel viejo, aquellos detalles incoherentes de una narracion sobremanera estraña y hasta cierto punto ridícula, por mas que tratara de embellecerla con un lujo de accesorios á todas luces inconsecuentes; todo, en fin, ese cúmulo de circunstancias contradictorias, le pareció un juego combinado de artificio, á través del cual creyó percibir tal vez un crímen horriblemente disfrazado. Qué, ¿no pudieran ser cómplices de ese mismo crímen posible aquellos dos malditos viejos, conduciendo de comun acuerdo el hilo de una trama inícua y cuya víctima debiera ser aquella belleza?

¿No pudieran estar de acuerdo con Ataulfo para esplorarle á él mismo, tentando su lealtad, como ya en otra ocasion la tentára el conde, respecto del obispo de Santiago, de quien pretendió ficticiamente desviarle, bajo pretesto de atraerle á las banderas del monarca, y solo con el intento de graduar el punto de su fidelidad? Y en tal caso, ¿á qué esa imprudencia de per-

mitirle sondear el secreto de la existencia de aquella gruta, de aquella beldad, que podia ser muy bien la manceba del conde, pero que en sus ojos purísimos se leia otra cosa bien diversa, esto es, el martirio y la resignacion de la virtud y de la inocencia?

Porque aquella espresion tan adorable, aquellas lágrimas, aquella poesía, en fin, tan insinuante, parecíale la viva encarnacion de un ángel aparecido en este valle de miserias, víctima propiciatoria de una falta, cuya redencion tenia á su cargo, y que debiera llevar á cumplido efecto con toda la fuerza de ánimo de la virtud, y con la constante perseverancia de un héroe.

Pero ¿no pudiera ser verdad tambien todo aquel amargo episodio, que el delicado sentimentalismo de Omar le refiriera? ¿No se repetian, en aquella época de abusos, lances de naturaleza análoga? ¡Cuántas prisiones, cuantos cautiverios, sin otra razon que las pasiones y el capricho, ocurrieran en aquellos tiempos turbulentos! La hermosura de aquella mujer, las riquezas de su padre, su posicion política, su poderío quizás en medio de aquellos bandos que se destrozaran á través de la lucha feudal, del antagonismo político-religioso y de la intolerancia mútua que levantaran bandera de conciencia y guerra; todo esto atraia á los límites de la posibilidad aquel insondable dédalo, creando la duda al menos y la incertidumbre, esa fiebre apenadora del alma.

Sin embargo, no era esto lo mas creible: una voz secreta y pertinaz se revelaba allá en el fondo de la conciencia, destruyendo la hipótesis, falseando aquella posibilidad y combatiendo victoriosamente la duda. Si en realidad aquel hombre y aquella mujer estaban prisioneros, ¿cómo se les destinaba por toda prision aquella gruta abierta al campo libre, sin otras pre-

cauciones que aseguráran su existencia dentro de sus verdaderos límites, é impidiendo toda probabilidad de evasion por su parte? ¿Cómo, pues, se comprendia todo esto?

Y aun dado caso de ser esto posible, ¿cómo aquel hombre se proporcionaba recursos tan cuantiosos como los que el esplendor de que se rodeara requeria? ¿Cómo se llenaban sus necesidades, si no comunicando con el esterior, y por consiguiente, poniéndose en contacto con otras personas que pudieran proveerle de medios capaces de obtener su libertad, denunciando el misterio? ¿Cómo no se habia intentado un rapto?...

Y Palomina, aquella mujer traviesa, sér incomprensible y peligroso, cuyo solo nombre era un misterio, ¿qué papel representaba en toda esta intriga? ¿cuál pudiera ser su propósito en esa farsa, abominable tal vez, si se interpretaba un presentimiento fatal que surgia ya en la mente como un fantasma de amenazador aspecto?...

De tal suerte discurria el cuadrillero, perdida su imaginacion en un dédalo de vacilaciones, conturbada la mente por un turbion de ideas contradictorias.

Por de pronto quedaba establecida una prevencion marcada contra aquellos dos séres diabólicos, que hablaban el lenguaje del artificio y que debieran ser (segun suponia) los criminales ajentes, instrumentos viles de la perfidia humana, recrudecida por la accion inmunda y corrosiva de las pasiones en la culminante esplosion del vértigo.

A fuer de prudente, y sirviendo á la vez al instinto de la curiosidad que la misma naturaleza del asunto le inspirara, dedujo de todo este embrion confuso, una consecuencia oportuna: determinó fingir tambien por su parte y observar con cautela, siguiendo el hilo de los acontecimientos, todas las fases que

ofrecieran estos, y con las cuales pudiera llegar al punto crítico del desenlace, que habia creado una especie de necesidad apremiante en su ánimo.

Prestóse, pues, espontáneamente desde entonces á ser instrumento pasivo de ambos ancianos, desentendiéndose ostensiblemente de ciertas cosas, si bien manteniéndose á una línea prudente, mientras el tiempo y el éxito de sus proyectos le dieran la clave del enigma.

—Héos aquí á vuestro libertador, esclamó Palomina, designando á Lucifer y refiriéndose á la jóven en un lenguaje afectadamente halagüeño; este caballero, que os envia la Providencia, toma desde hoy á su cargo la empresa de vuestra libertad, y sabrá cumplirlo su hidalguía. Confiad en él, sí, y los dias de vuestro cautiverio tendrán un fin próximo.

Estas palabras fueron un oráculo que alucinó la mente de aquella pobre mujer mártir, y resonó en su oido con una cadencia indecible. Exaltada, fuera de sí, se incorporó súbitamente, saltó del lecho, y prosternándose de rodillas ante el soldado, en una postura suplicante y dulce, pronunció las siguientes frases entrecortadas por sollozos:

—¿Será posible? ¿quién ha pronunciado cerca de mí la palabra *libertad?* ¿es una ilusion?

—No, bella señora, contestó Lucifer, todo conmovido, vuestro esclavo sabrá salvaros ó perecerá en la empresa.

Y ante aquella franca respuesta del aventurero, la dama no pudo contener uno de esos trasportes violentos que ofuscan el espíritu y le ciegan.

Besó frenética los piés del cuadrillero, se arrojó delirante en sus brazos, y sintió este palpitar junto á su pecho aquel corazon mártir, todo amor, tan sediento de goces y predispuesto al

entusiasmo. Por su parte el aventurero, alucinado por el timbre de aquella voz hechicera, que tan en armonía estaba con aquella belleza y con aquella actitud tan seductoras, como que añadian á sus méritos el interés de su propio encanto, sintió de nuevo la esplosion de la amorosa llama que estalló en su pecho con mayor intensidad que nunca, abrasando el corazon con su incentivo.

—Basta ya, esclamó el viejo, frunciendo ligeramente el ceño y dándose el aire de una reconvencion paternal; no es llegado todavía el tiempo de entregarse á ilusiones impropias de este caso y circunstancias: lo que importa es preparar materiales para levantar ese edificio reparador, que á despecho de la tiranía proyectamos: el artífice está pronto, y el sol de la libertad sonrie nuestro comun destino. ¿A qué demorar el ensayo que debe hacer brillar ese dia venturoso en nuestro horizonte?...

Y despues de una estudiada pausa, continuó dirigiéndose á la jóven, rebosando en su rostro carnoso y rubicundo esa afectada inspiracion que él sabia fingir en ciertas ocasiones:

—Regocíjate, Dalmira, porque ese mismo dia feliz, que se aproxima con tan lisonjeros auspicios, será el precursor de tu ventura y la de tu libertador mismo, á quien he concedido tus gracias, ya que no puedo tu mano, por la diversidad de creencias que os separa.

Dalmira bajó al pronto los ojos por un movimiento pudoroso, luego se atrevió á dirigir al jóven una elocuente mirada, que no supo él comprender, y sonrió amargamente, reprimiendo á la vez el llanto que se agolpaba á su vista y la enturbiara.

—Ya es tiempo de que marcheis, dijo Omar-Jacub dirigiéndose á Lucifer; nos hemos comprendido perfectamente, y este dia, no lo dudeis, debe formar anales en los fastos de esta ro-

mántica Galicia: ahora os toca proceder con cordura en la ejecucion del proyecto, que espero no traspasará los límites de la mas absoluta reserva por vuestra parte, como que de ello pende el éxito mas ó menos feliz de la empresa. La existencia de esta gruta es un secreto para todos, menos para nosotros, para el conde y sus sayones; supongo que comprendiendo la responsabilidad que su revelacion pudiera atraer sobre nuestra cabeza y la vuestra, ese arcano dormirá en vuestro pecho perpétuamente; ¿no esto?

—Sí, eso mismo, repuso Lucifer com aplomo, y si quereis que os lo jure...

—Nada de eso; está por demás el juramento cuando media la palabra de honor de un caballero de vuestra fama y de vuestras prendas.

El cuadrillero se inclinó con marcada gratitud ante la lisonjera frase de Omar.

—Cumple á vuestra delicadeza, continuó este con cierta sutileza sensible, salvar incólume ese imprescriptible derecho que reclama el desagravio de la sociedad en la persona de estas víctimas, que de vuestra hidalguía tanto esperan. Y puesto que tomais definitivamente á cargo tan meritoria empresa, combinaremos de comun concierto nuestro plan de campaña, á cuyo efecto podremos comunicarnos cuando gusteis, siempre que traigais en vuestra compañía á la señora Palomina ó al menos la contraseña que ella os entregue, como el talisman en cuya virtud puede únicamente penetrarse en esta mansion ignorada y misteriosa, si bien con las precauciones oportunas y salvando las apariencias, á fin de evitar un compromiso por parte del conde. Adios, pues, creeria inferir á vuestra prudencia un marcado agravio si insistiera en mis observaciones, que remito á vuestra

prudencia y buena fé: lo que no dejaré de recordaros, es que no olvideis jamás á vuestros prisioneros de honor, si así merece llamarse el pobrecito Omar-Jacub, quien os guarda en recíproca sus tesoros, su sangre y la hija mas desgraciada y bella que nació de madre.

Y el anciano acompañó sus palabras con un abrazo entusiasta al cuadrillero, quien por su parte, embebecido en la contemplacion de la dama, cambió con ella una mirada apasionada y espresiva, por medio de la cual sus corazones se comprendieron.

Omar y Palomina supieron utilizar tambien aquel momento de distraccion de ambos jóvenes, para comunicarse otra mirada profunda como el rayo, en la cual revelábase su feroz complacencia por el triunfo de su astucia, que creian ya seguro.

Luego, por fin, precedidos del terrible eunuco, que se presentó de improviso, como obedeciendo á una siniestra evocacion secreta, ambos huéspedes salian de aquella misteriosa mansion subterránea, donde el incauto jóven dejara su corazon partido.

¿Qué significacion pudiera tener ante su pasion esa duda tenaz que acerca de aquel misterio contínuamente le aquejara? ¿Acaso para el amor se han inventado la reflexion y la filosofía?

CAPÍTULO X.

La sorpresa.

¿Quién creyera que allí les acechara
Valiente y justiciero
Ese rey caballero
Que celoso de amor, allá prepara
Un castigo severo
Qué á su pecho y honor solo declara?

Al salir de la estancia, ninguna precaucion se tomó respecto al aventurero.

Omar-Jacub así lo previno al nubio por medio de un signo harto significativo para este y que pasó para los demás enteramente desapercibido. Así es que no le vendaron los ojos ni le pusieron el mas leve impedimento en la esploracion del terreno que iban hollando, y que tan presto pronunciábase en declive, como en una planicie cómoda y suave.

Era una grande gruta prolongada, especie de mina ó subterráneo bastante desahogado, sostenida su bóveda por enormes pilastras y arcadas de tosca mampostería.

Sus paredes laterales eran de sólida sillería, y cerrábanse en medio punto á una altura considerable.

De trecho en trecho un rayo de luz amortiguada y pálida penetraba, como una cinta fosfórica, por una especie de saetera diagonal, obstruida á veces de arbustos por la parte esterior, para ocultarla á la vista de un esplorador cualquiera.

Aquella mina les condujo al jardin, y luego al vallado, que el lector ya conoce, y sobre los cuales, como espectros suspensos en el aire, próximos á derrumbarse, las cumbres del monte

Sorayo, hoy Morovello, proyectaban á lo lejos sus dentadas pirámides, cortando el brumoso horizonte.

Era cerca del medio dia.

La atmósfera estaba algo cargada, el viento, acre y sulfuroso, mugía en los arbustos, y una calma glacial envolvia á la naturaleza.

Bien pronto se hallaron la anciana y Lucifer en la selva, y apenas llegaron, oyóse la nota aguda de un clarin, que tornó á repetir de nuevo otra modulacion mas lenta y prolongada.

Y sin embargo, la misma calma pareció responder con su eco mudo, misterioso y lúgubre, á aquel clamor bélico, que los accesorios del cuadro rodearon de cierta poesía palpitante y fatídica.

Siguieron, pues, avanzando, aunque con recelo.

El mancebo aventuraba alguna que otra frase, que la vieja, trémula de terror, se apresuraba á interrumpir con un signo silencioso, como si en realidad temiese algun riesgo próximo.

—Estamos en un terreno peligroso, díjole ella por lo bajo, y quiera Dios preservarnos de una desgracia, dejándonos llegar sanos y salvos á nuestro destino.

El clarin sonó por tercera vez, no tan remoto como antes.

Un cuerno de caza contestó al punto con otra modulacion prolongada y sostenida, semejante á la vibracion de un timbre, ó á una de esas notas perdidas, cuyo eco pierde en el vacío su gradacion sutil.

Lucifer, alarmado por los temores de la vieja, detúvose de pronto.

—¿Oís? dijo.

Palomina temblaba á puro terror, pálida como la cera. Sus piernas flaqueaban, y casi estaba próxima á desfallecer aquella

naturaleza, nerviosa por temperamento, si bien vigorizada por una fuerza de ánimo admirablemente enérgica.

—Sí, contestó toda trémula, he oido esa señal que me anuncia un presagio infeliz.

—¿Os burlais? replicó el jóven, cuyo espíritu estaba en tortura ante tanto misterio.

Palomina calló. Sus dientes crugian de terror, y hubo de asirse al brazo del jóven para no caer.

El clarin volvió á sonar con una prolongada modulacion, que formaba un juego de notas prácticamente desempeñado. Era un canto guerrero muy usual entonces.

El cuerno de caza acompañaba con puntos sueltos, hábilmente modulados, aquel juego de melodías tan poético, formando una especie de concierto ó duo metódicamente armonizado.

—Estamos perdidos, volvió á decir la dueña para sí en voz baja.

—¿Qué decís? la preguntó su colocutor.

—Que solo un prodigio del cielo puede quizás salvarnos.

—Esplicaos, pues, y acabad.

—Son ellos, sí, murmuró ella maquinalmente, como divagando su imaginacion en su propio terror.

—¡Ellos! pero ¿quiénes son ellos?

Palomina llevó el dedo á sus lábios, como indicando silencio.

Lucifer, que no comprendia aquel misterioso juego de palabras y reticencias, volvió la vista para avisar al negro que tomara sus disposiciones por su parte, como por via de precaucion.

Abrael habia desaparecido, con gran asombro del jóven, que interpretó esta fuga en mal sentido.

Salvaban ya el último coto de la selva, é iban ya á percibir las próximas torres de Altamira, cuyas altísimas almenas perdíanse en aquellas rastreras nubes que rodaban en el espacio.

—¡Quién va! gritó una voz varonil bien próxima.

—¿No te lo decia? murmuró por lo bajo la vieja, en la esplosion de su cobarde miedo y asiéndole del brazo con horrible angustia.

—¡Quién va! tornó á gritar aquella voz terrible en un tono amenazador y altivo.

—¿No lo veis? contestó con su habitual sangre fria Lucifer. un jóven militar que no conoce el miedo, y una pobre mujer anciana: creo, por Dios, que no debe inferir sospecha el hallazgo.

En aquellas palabras habia algo de arrogancia, por no decir insulto, siquiera por el tono burlon que encerraran en aquel momento crítico.

—¡Téneos! volvió á decir la voz con el eco de un trueno.

—¡No, vive Dios! esclamó á su vez el cuadrillero, con un grito no menos terrible y poniendo mano á su tizona.

—¿Qué no decís, eh?

—¡Nunca, mi brazo solo se rinde á Dios!

—Y á los hombres tambien, temerario.

Y diciendo así, un hombre ágil y vigoroso se improvisó delante, blandiendo un sable corvo damasquino.

Aquel hombre habia brotado, como una súbita aparicion, de un grupo de jarrales próximo, raudo, veloz, como el salto de un reptil.

Esta escena tenia lugar junto á las mismas ruinas que, segun digimos, yacian hacinadas entre los olivares y la selva.

Lucifer pudo divisar entonces bien cerca y sobre un replie-

gue del terreno, su partida volante de cuadrilleros, escalonada estratégicamente, como un grupo de inmóviles estátuas colocadas allí de intento.

Aquella novedad, de que no sabia darse cuenta, alentó su ánimo, y le desconcertó á la vez.

—¡Ah de los mios! gritó con su poderosa voz y con todo el vigor de sus pulmones, acompañando la espresion con un ademan enérgico.

Pero su fé le engañaba. Aquellos hombres, si bien oyeron aquel grito, permanecieron inmóviles, como si realmente obedecieran á la presion de un encanto.

La voz del desconocido volvió á repetir su intimacion y resonó como un trueno en el oido del caballero, que por su parte se preparó á la lucha, colocándose á la defensiva.

—Basta, dijo aquel con cierta calma equívoca, no conviene dar el triste espectáculo de un duelo ante tanta gente; teneos, ya creo que teneis buenos bríos.

—No es bastante que lo creais, es menester que lo probeis y os convenzais por vos mismo.

—No, de vos á mí no cabe la lucha, creedme.

—¡Cómo! esclamó el cuadrillero montado en cólera; qué, ¿os desdeñais de reñir conmigo?

El desconocido, siempre con su eterna calma, por toda respuesta sacó de su escarcela un guantelete de acero, y lo mostró al jóven, crispado el puño por un furor recóndito.

—¿Conoceis esta prenda? dijo rugiente de cólera y con una sombría vibracion de voz, ante la cual pareció enmudecer el mancebo, quien por su parte no acertaba á esplicarse aquella transicion tan brusca y repentina.

—Comprendo, continuó el desconocido en su tono sarcástico,

comprendo la confusion que el recuerdo de este objeto debe despertar en vuestra mente; y puesto que tratais, segun parece, de desentenderos, yo evocaré ese recuerdo mismo, reproduciré sus pormenores, y crearé en vuestro corazon todo un caos de remordimientos.

La voz de aquel hombre era sorda, cavernosa, y resonaba atronadora en el tímpano de Lucifer, como un timbre ensordecedor y lúgubre.

La vieja, que presentia quizás una desgracia, pretendia, al parecer, aconsejar al cuadrillero la fuga, y temblaba su huesosa mano posada sobre el hombro del mismo.

El incógnito, sin deponer aquel sombrío tono, que aun bajo la mentida apariencia de una calma lúgubre hacia vibrar sus pulmones, continuó despues de una breve pausa:

—¿Recordais aquella noche en que la casualidad ó el destino hizo que nos encontrásemos en un vestíbulo del castillo de Monforte?... Volvia yo de una cita amorosa; nada mas natural, tratándose de dos jóvenes enteramente libres: y, sin embargo, vos, que aspirabais indudablemente á la preferencia de aquellos mismos amores, aun antes de atreveros á declarar vuestra pasion al objeto que os la inspirara; vos, celoso de un fantasma que se introducia clandestinamente en aquella especie de santuario; vos, *Elvira de Monferrato*, serpiente ó víbora alevosamente enroscada al tronco de la amistad bajo una apariencia ficticia, conduciendo á mansalva el hilo mágico de un ardid innoble y repugnante, arrojásteis por fin la máscara que os cubria y me escupísteis al rostro esa venenosa ponzoña que rebosaba el corazon herido, sin duda, por el rayo de la desesperacion y del desengaño de una ilusion atrevida. Pues bien, ya que vuestra osadía perpetró el desafuero de arrojarme al rostro este guan-

telete en ocasion que no me permitia castigaros á la altura de la ofensa que me inferísteis, ya que pusísteis mano á la espada, retando á singular combate á quien la Providencia ha colocado en el átrio del tabernáculo para ser su delegado y regir el destino de las criaturas... ¡oh! no os rebeleis, sacrílego, contra ese decreto providencial tambien que os trae á mi poder, y doblad la rodilla ante quien en nombre de Dios viene á demandaros una satisfaccion por vuestra ofensa, cobrándoosla en la propia moneda y perdonándoos luego.

Y el guante silbó en el aire, crugiendo luego sobre la celadilla ó visera del aventurero, donde se estampó, volviendo luego rechazado al suelo.

Lucifer, trémulo, furioso por aquel ultraje que acababa de recibir públicamente, allí á vista de sus mismos subordinados, ahogó uno de esos rugidos coléricos que carecen de ortografía en el lenguaje humano. Una nube sangrienta pasó por su vista y la cegó, y una llamarada de implacable ódio surgió del corazon al propio tiempo, desvaneciéndole como un vértigo.

—¡Oh! ¡esto mas! esclamó balbuceando de furor, ¿venís á insultarme aquí, mal caballero; exaltais mi rencor, provocando indiscreto un lance de honra, para encerraros luego en una negativa cobarde? ¡Ah! pues yo os juro á fé mia que no os ha de valer ese ardid y que no habeis de lograr sustraeros á una leccion de pundonor que voy á daros.

Arremetió frenético hácia el desconocido, que, hábil jugador de armas y estraordinariamente sereno, paró sin perder una línea de terreno aquel golpe terrible, si bien imprudentemente dirigido.

Al propio tiempo uno de los soldados de su compañía mis-

ma le disparó un venablo, que pudó él desviar por fortuna y que fué á clavarse en el tronco de un olivo inmediato.

—¿Con que es decir, dijo bramando de cólera, que estoy rodeado de traidores y que somos víctimas de una celada?

—No, contestó el desconocido, al contrario, estais en salvo y á cubierto de cualquier insulto; sois valiente, y si bien es cierto que alenté una sed de venganza por vuestro ultraje, tambien lo es que estoy ya cumplidamente satisfecho y desagraviado. Dadme vuestra mano.

Lucifer desvió la suya de la del incógnito.

—Mi afrenta, dijo, no se lava de esta suerte.

—¡Vuestra afrenta decís! ¿y la que vos me inferísteis? que .. ¿guarda proporcion acaso con ella?

Y aflojando el lazo de la visera, esclamó con un grito imperativo lleno de autoridad.

—¡Ea, pues, orgulloso mancebo, rendíos al rey de Leon y Castilla!

Y en efecto, Lucifer hubo de reconocer en aquellas facciones augustas al muy escelso y poderoso monarca Alfonso VI.

Su rostro sonrosado, de prolongado óvalo, verdadero tipo romano, y á cuya perfeccion uniforme solo faltaba una nariz esenta de aquella carnosidad pulposa que la afeara, aparecia entonces radiante de majestad y energía, en términos, que acaso un fanático cualquiera hubiese entrevisto un reflejo de la Divinidad personificada en el hombre; y en verdad, que aunque profesemos diferentes ideas, no podemos menos de asegurar que de aquel rostro irradiaba un destello fascinador que imponia y que llegó á desconcertar al jóven, idólatra de ciertos principios políticos ya caducados hoy de hecho.

Por un movimiento instantáneo y rápido, el fanatizado jefe

postróse de hinojos, é inclinando la cerviz, todo avergonzado y confuso, se despojó de sus armas y las depositó á las plantas del rey.

Palomina, mas muerta que viva y mudo testigo de aquella sorprendente escena, precipitóse á su vez á los piés del monarca, que besó y regó con sus lágrimas.

—No es así como deben estar los héroes en presencia de sus príncipes, dijo al cuadrillero Alfonso, con cierta severidad no esenta de conmocion al propio tiempo: nada de envilecimiento que aniquile la dignidad del hombre, el cual comete en ello una falta grave, abaratando un tesoro que se le ha confiado, para que no abuse ni disminuya el tipo de sus quilates. Respetuoso, comedido, debe ser el hombre ante sus autoridades, sumiso á su acatamiento y prudente mientras no se atente contra la integridad de su soberanía social; pero de aquí á la reverencia y al culto media un abismo; la reverencia y el culto solo pertenecen á Dios. Ea, pues, alzad y besad mi mano.

La anciana, trémula, abatida por aquella sorpresa tan inesperada, apenas podia comprender lo que estaba viendo: un temblor nervioso agitaba su cuerpo entero, y las palabras espiraban inarticuladas en sus lábios, crispados por el terror.

Alfonso pareció reparar por primera vez en aquel reptil que se arrastraba en su presencia. Un signo de marcado desdén fué la primera impresion que hizo en el real semblante, pero que fué dulcificándose luego por medio de una sonrisa equívoca de conmiseracion ó desprecio.

—Alzad, dijo, presentando á aquella mujer su mano, que ella besó con avidez; alzad, Beatriz, nunca olvidaré vuestros buenos servicios, que procuraré recompensar algun dia, no lejano por cierto.

Palomina, que estaba bien lejos de prometerse tanta benevolencia por parte del príncipe, profirió una frase inarticulada y vertió una lágrima, la única verdadera, quizás, que aquella inícua mujer derramara en toda su dilatada vida criminal.

—En cuanto á vos, continuó el rey, refiriéndose al jóven, no puedo olvidar que estais al servicio del señor obispo de Santiago, que ha alzado pendones contra mis fueros, y que, coaligado con el conde de Altamira y otros rebeldes, atizan todos de concierto el fuego de la discordia en estos reinos, proclamando una cruzada esterminadora y preparando tal vez la guerra civil, ese azote, el mas cruel de los que pueden afligir á una nacion, que con ella se enerva, se desmoraliza y prostituye, aniquilándose á sí misma y suicidándose con sus propias armas. Esto mismo sucede aquí, y ese prelado, que tan desviado anda, en concepto mio, de la interpretacion de su verdadero ministerio, acaba de arrojar la tea inflamada, que debe producir, si Dios no obra un prodigio, una conflagracion sangrienta en mis dominios.

—No acierto, señor, á contestaros, repuso Lucifer con respetuosa dignidad, ni compete al guerrero criticar ni apreciar el espíritu de las altas cuestiones que la política ha creado y define en diversos sentidos: cúmplenos solo obedecer, y en ello descansa la piedra angular de la milicia, que da la razon material de existencia á los Estados de todas las épocas.

—Está bien, por mas que en la ocasion presente varíe de especie el asunto; pero ¿qué importa todo ello? mientras que se trata de alucinar á mis súbditos con esos criminales sofismas de la hipocresía y de la impostura, al paso que se logra sorprender su buena fé con esos ridículos argumentos disolventes, que tal vez deslumbran á mi pueblo y arrancan á una parte de

sus miembros un voto de aquiescencia; yo, Alfonso de Leon, me presento solo, desarmado, tranquilo, con la justicia de mi causa, que es la de Dios, y esas huestes de foragidos, á quienes se ofrece á cambio de sus mercenarios servicios una indulgencia culpable, un pedazo de pan y una latitud sin límites á sus rapiñas y desafueros, yo, repito, me presento á esas turbas indisciplinadas é indómitas, las cuales, aunque estén formadas en guisa de combate, ciegan al esplendor de mi rostro, vacilan cuando menos, y á una señal de mando que les dirijo, me obedecen al punto, acuden como ovejas descarriadas á implorar mi perdon, y deponiendo sus armas, regresan, ellos, fieras salvajes, á encerrarse pacíficamente en el redil que mi clemencia les prepara. Pues bien, todo eso ha sucedido y viene repitiéndose todos los siglos, desde que la malicia del hombre alterando la pureza moral de los primitivos tiempos, cambió la faz de las sociedades: el pueblo, es decir, la plebe, demasiado impresionable, y cuya volubilidad tradicional no ha logrado estirpar ese juego tenaz de las revoluciones, aplaude todas las novedades que se le ofrecen; pero por una causa natural que entra en su misma condicion veleidosa é inconstante, con la misma facilidad que las admite se hastía y reniega de ellas, para crear entonces otro género de ídolos.

Ved, pues, el ejemplo de todo ello, prosiguió el rey; á la vista teneis ese grupo de fuerza armada, cuyas protestas de fidelidad y adhesion lisonjearon tanto vuestro orgullo. ¿Quién os dijera que al simple aspecto de su verdadero monarca, á una mirada suya, debian separarse de vuestra obediencia y someterse espontáneamente á mi autoridad? Y sin embargo, así ha sucedido: vedles allí, estátuas animadas, poseidas de un sombrío é inesplicable pánico y paralizados sus movimientos por el

soplo de la justicia: ello os dará una prueba inequívoca de la insuficiencia moral de esa soldadesca mercenaria, de esa plebe militar, que es el baldon del ejército regular y subordinado; presas usurpadas criminalmente á la ley y arrebatadas á sus purificadores depósitos. Ahora bien, ¿reconoceis ya vuestro error? ¿sentís el peso de la mano de Dios sobre vuestra cabeza rebelde?

—Conozco, en efecto, señor, que engañado por falsas apariencias, viví alucinado por las protestas de esas gentes, cuya defeccion tan pronunciada me confunde. En cuanto al error ó equivocacion que pueda conducir mi opinion, mas ó menos estraviada, quisiera mereceros la gracia de que no trateis de conjurar mi destino, bueno ó malo, segun sea; permitidme que siga sus inspiraciones, no coarteis mi voluntad ni violenteis mi libre albedrío; abandonadme á esa carrera á que me ha lanzado mi estrella, dejándome toda la responsabilidad del resultado, favorable ó adverso, segun lo dicte el decreto de la Providencia: sois bastante generoso para que no deje yo de esperar de vos ese nuevo rasgo de clemencia que os dará nuevos timbres á mi reconocimiento.

—Sea como os plazca; id pues, sois libre por mi parte, y os dejo marchar con el sentimiento de que abandoneis el servicio de la buena causa que representa el monarca legítimo, por los de un magnate rebelde y sedicioso: separe Dios de mi el remordimiento que aqueja mi alma al rehabilitar en vuestra mano el puñal certero que acaso parta mi corazon, víctima de su misma generosidad y nobleza.

—Líbreme el cielo, señor, de tal crimen. Al separarme de vos, me llevo tambien un sentimiento profundo que no acierto á esplicarme; pero os juro por Dios trino y uno que no tomaré

las armas en tiempo alguno contra vos, para lo cual os empeño mi palabra de honor, que vale mucho. Pero la sociedad, mis exigencias propias personales, reclaman de mí un servicio providencial que debo cumplir y cuya ejecucion no puedo delegar en nadie. Por lo demás, apenas cumpla esa mision reservada, recordaré vuestra clemencia y el desengaño que hiere á mi alma en este dia, y á cuya memoria estad seguro que sabré ajustar las operaciones de mi conducta fuctura.

Lucifer besó la mano al rey.

—Quedad con Dios, señor, dijo visiblemente afectado; no sé por qué siento sobre mi alma la presion de un peso que la abruma y que no acierto á esplicaros.

—Ni podia por menos de suceder así; es el martillo de Dios que hiere la conciencia, y no lo comprendeis.

El cuadrillero vertió un suspiro y volvió la espalda sin pronunciar palabra.

—Que... ¿no llevais los vuestros? le preguntó el rey.

—Renuncio á ellos, señor, y ruego á V. A. se digne colocarles en otro destino, olvidando su hazaña de hoy é indultándoles de sus pasadas fechorías, que no son ciertamente de la mejor ley. Vuestra clemencia alcanza á todo, y yo no dudo invocarla en favor de esos desventurados, que son mas dignos de correccion y lástima que de otra cosa.

Alfonso sonrió de un modo estraño y no repuso.

—Vos, buena vieja, dijo refiriéndose á esta, que continuaba tiritando de miedo, sois por ahora mi prisionera. Los motivos que me impulsan á tomar esta determinacion, son un secreto de Estado: no me pidais esplicaciones, y esperad.

—¡Señor! esclamó la anciana, cayendo medio desvanecida y abrazando las rodillas del rey.

Pero este la rechazó, ensordeciendo ante aquella plegaria.

—Y no hay medio de saber...

—Basta, insistió Alfonso, frunciendo el ceño con un signo de fria severidad.

Y volviéndose de pronto, esclamó con un acento de imperiosa dureza:

—¡Ea, soldados! apoderaos de esa mujer y custodiadla, sin ofenderla lo mas mínimo.

—Permitidme, señor, despedirme al menos de mi hijo adoptivo que se marcha.

Alfonso fulminó una intencionada mirada á aquella mogigata mujer, tan sagaz, que por un movimiento rápido se acercó á Lucifer y le entregó recatadamente un pedazo de medallon, que debiera servirle de consigna ó contraseña para entrar en el subterráneo que dejamos descripto.

A este tiempo una veintena de arqueros reales habia acudido al llamamiento del monarca, brotando, por decirlo así, de los arbustos próximos, y colocándose en línea de honor junto al mismo.

Al punto rodearon á la dueña, que desconcertada y tímida, llevaba impreso en su rostro pálido el sello del terror.

Lucifer se alejó solo, contristado y rugiendo interiormente á puro despecho.

El rey le siguió con la vista, como atraido por una fuerza secreta y simpática.

—¡Pobre muchacho, si lo supieras todo!... murmuró para sí y recargando mas y mas el interés de su mirada cada vez mas sostenida y anhelante; pero no importa, lo sabrás, sí, aunque tenga que recurrir al ardid de un tercero, aunque me costára buscarte, imponiéndome el sacrificio de esas mismas revelacio-

nes que han de colocar tu deber en su verdadero terreno, y descargar mi conciencia del peso que le abruma...

Un momento despues el rey, seguido de su compañía de arqueros y de los cuadrilleros del obispo, salian de los dominios de Altamira, llevándose consigo á la dueña, y trasponian las cumbres de Monte-Sorayo.

CAPÍTULO XI.

Armonías conyugales.

Por Dios que en paz dichosa
No pudieran vivir reconciliados,
Ni estrella venturosa,
Pudo brillar hermosa
En sus lares cuitados.

Una noche á cosa de las doce, y cuando la familia del castillo, despues de una bulliciosa velada, en que la servidumbre ó gente menuda habia echado, como suele decirse, el resto al buen humor, promoviendo una de esas ruidosas esplosiones alentadas por sendos tragos de lo añejo, y por ese flujo tenaz de charlatanería, que al amor de un buen fuego de invierno, suele inspirarse despues de una cena abundante, el conde de Altamira, solo, aislado en su cámara de honor, permanecia sumido en funeral silencio, y reconcentrado visiblemente en una meditacion profunda.

Una luz muy débil alumbraba aquella pieza feudal con sus lujosas tapicerías, con sus pesados cortinajes, á través de los cuales, los bustos severos de familia, medio encubiertos y pendientes de las paredes, asomaban sus amenazadores perfiles por entre los flotantes pliegues, semejantes á otras tantas apa-

riciones fantasmagóricas que surgieran en medio de aquella pesada profusion tan pretensiosa.

Triste, meditabundo y concentrado, al parecer, en un pensamiento lúgubre, Ataulfo, frente á frente con su conciencia, parecia sostener una lucha interior casi desesperada, cuyas consecuencias pintaban en su rostro lívido una huella de angustia acerba que imprimiera allí su terrible sello, aunque templado en parte por un rasgo de orgullo, sublevado por una inspiracion de amor propio herido.

La tibia claridad del retrete, el silencio profundo que allí reinara, hasta la hora misma en que presentamos al lector este cuadro íntimo de familia, juntamente con todos los demás accesorios que concurrieran, prestaban de concierto un solemne realce al mismo, cuyo efecto no pudiera menos de reconocer el observador á primera vista.

El conde, inquieto, desasosegado, paseaba con pasos desiguales é inseguros á lo largo de la inmensa cámara, recorriendo su ámbito y deteniéndose de vez en cuando, como para coordinar un pensamiento tenaz que el eco de la conciencia solia recargar con sombrías tintas; y entonces, como empujado por una fuerza secreta y poderosa, aquel hombre continuaba su marcha vacilante, volviendo á todos lados su vista azorada y recelosa, como si huyese de un espectro que le persiguiera amenazador é invisible allá en sus sueños de terror y remordimiento.

Su convalecencia marcaba ya su último período, y sin embargo, el magnate estaba todavía sumamente pálido, sus ojos hundidos, vibraban un rayo de indignacion y ódio, como si realmente toda la energía vital de aquella alma corrompida se hubiese concentrado allí en aquel punto lúcido de la economía,

para reverberar todo el fuego que ardiera latente en su corazon emponzoñado y vil.

Vestia, como siempre, de negro riguroso, su demacracion habitual tambien parecia ser cada vez mas pronunciada, y una tinta cadavérica estendia sobre aquellas facciones cárdenas un velo sepulcral y horrendo.

Tosia á menudo, con esa tosecilla, al parecer, forzada y seca, que ya dijimos padecia, y que suele ser siempre un alevoso preludio de esas mortales dolencias, para las cuales la ciencia no ha podido hallar todavía sino paliativos, y que ofrecen en perspectiva una trágica catástrofe mas ó menos aplazada.

Fatigado, al fin, enervado ante aquel esfuerzo insostenible de su debilidad crónica, Ataulfo se sentó, ó mejor dicho, se dejó caer aplomado sobre un gran sillon de encina, é inclinó sobre su pecho jadeante y trémulo aquella cabeza agobiada por un mundo de contradicciones.

Así, en esta actitud, permaneció un buen rato, despues del cual pareció quedar dormido. Su pecho, agitado siempre como su espíritu, lanzaba un estertor profundo parecido al ronquido, y de vez en cuando un gemido sordo, ahogado por la misma respiracion fatigosa, exhalábase como el eco de esa lucha sin tregua que atormentara tambien entonces su espíritu tan combatido, precipitando á la vez los latidos de aquel corazon oprimido por la presion del vértigo.

Oyóse un ligero crujido, y una puerta secreta de arte, disimulada por las tapicerías, abrióse de pronto en uno de aquellos lienzos de pared y á través de los plegados cortinajes sobrepuestos.

Una mujer jóven y hermosa, vestida con una especie de peinador flotante y rebozada en uno de esos prolongados man-

tos negros con cola que usaron durante muchos siglos las damas de primer órden, entró por aquel buque misterioso, que tornó á cerrarse detrás de ella con un crujido ténue y casi imperceptible.

Atravesó lentamente como una sombra el rádio de la pieza, y fué á colocarse en frente del conde.

Era la jóven baronesa Constanza de Monforte, su esposa, y condesa ahora de Altamira y Moscoso.

Nada dijo aquella mujer silenciosa, cuyas pisadas leves apagábanse en la mullida alfombra; y no obstante, parecia la evocacion fatídica de un génio que venia de intento á asaltar la precaria tranquilidad del conde.

Abrió este sus ojos dormitantes, como si la varilla mágica de ese mismo génio le tocára, produciendo en su atormentado ánimo una súbita perturbacion moral; y fijando su mirada errante, estraviada en el vértigo de su parasismo, en aquella aparicion tan intempestiva, y de la cual no pudo hacerse cargo al pronto, lanzó una especie de alarido inarticulado, bajo la terrible impresion que le produjera su pesadilla, y levantándose bruscamente al propio tiempo.

Constanza, fria, impasible, y en cuya hechicera boca parecia vagar una desdeñosa sonrisa, permaneció de pié, inmóvil como una figura de talla delante de aquel hombre, cuya razon restituia ya á sus sentidos toda la plenitud de sus funciones.

—Dispensad, señora, balbuceó Ataulfo, mi sorpresa: nada tan natural en los primeros momentos que subsiguen á un mal sueño, á una pesadilla mortal como la que he tenido... ¿Qué quereis? mi espíritu sobreescitado se halla asaltado contínuamente por esos negros dilirios donde flota la imaginacion torturada siempre por ese riesgo posible que amenaza mi tranquili-

dad, envolviéndola en un sangriento caos, al cual no me es posible sustraerme. Por eso me he sorprendido al veros, y rectificando mi error, me apresuro, señora, á reclamar vuestra indulgencia, rogándoos que no me retireis vuestra amistad al menos, ya que es imposible restituirnos el cariño de esposos, que tanto debe valer y que no hemos conocido nosotros.

Constanza pareció desentenderse del discurso del conde, ó quizá debió apreciarse su silencio por una tácita aprobacion del mismo. Dirigió un frio saludo á su esposo, inclinó ligeramente su hermosa cabeza, de la cual separó la magnífica gorra de pieles bordada en oro que la cubriera, cayendo al punto sobre sus hombros los blandos y saturados bucles en que se dividia su profusa cabellera flotante.

Luego, por un movimiento lleno de donaire y coquetismo, desprendió de su espalda el talabarte del manto, quitándose el embozo; y replegando graciosamente su vuelo con toda esa encantadora naturalidad característica de las damas españolas de todos los tiempos, se sentó sobre un lujoso taburete en frente del conde, cada vez mas subyugado ante aquella altiva mujer, cuyo orgullo dominaba todo cuanto la rodeara.

—Os sorprende acaso mi visita, señor, esclamó la jóven con su acento plateresco é irónico; ¿no es así?

—Al contrario, es siempre para mí una grata satisfaccion el veros, y en esta ocasion, señora, me apresuro á presentaros el homenaje de mi admiracion, ofreciéndoos mis respetos y reiterando á la vez, con toda la efusion de mi alma, el deseo que me anima de poder daros una nueva prueba de...

—Basta de hipérbolas, Ataulfo, veo que llevais vuestra galantería hasta un estremo tal, que me envanece, y en verdad que no hallo frases con que corresponderos. No en vano me

deciais ahora poco, que sois á menudo presa de delirios, de pesadillas y aberraciones sensitivas, de las cuales no os veo todavía libre.

Ante esta irónica frase imprudentemente vertida, el rostro pálido del conde se coloreó por el sonrojo, y su lengua enmudeció al pronto.

—No creia en verdad, dijo, merecer vuestros desaires, y sin embargo, dejan de serlo para mí, que sé apreciar en todo su valor las palabras que os digneis dirigirme, como proferidas por tan lindos lábios.

—Veo, señor conde, que vos por vuestra parte, aun á trueque de la impertinencia y del ridículo en que pudierais incurrir con pesar mio, que os estimo en cuanto valeis, volveis de nuevo al terreno de esa eterna lisonja que me envanece y que ha llegado á ser el tema obligado de vuestro entusiasmo.

—Señora... replicó Ataulfo todo corrido y desconcertado por tanto sarcasmo.

—Basta, objetó ella con su sonrisa cínica y burlona, si mi consejo valiera algo para vos...

—¡Oh! sí, y mucho.

—Pues os ruego que suspendais, ó mejor dicho, que renuncieis á ese triste papel que, creedme, sienta muy mal á una persona de vuestras circunstancias y de vuestros años: además, que nunca pudierais prometeros de él un buen partido. De la cortesía á la lisonja media una gran distancia, que en vuestro claro discernimiento podeis calcular con la esperanza de no perder el trabajo.

—¡Ay, Constanza! es demasiada hiel para mí, que no la merezco, y que por el contrario debiera ser acreedor á tu piedad ya que no á tu amor.

La condesa soltó una carcajada histérica que heló la sangre en las venas del conde.

—Pero en fin, esclamó éste en el colmo del furor, humillado su amor propio y su altivez proverbialmente insultante; puesto que no podemos entendernos en cumplidos ni en un desahogo íntimo de familia, ¿podré saber el objeto de vuestra visita á estas horas?

—Nada mas natural, respondió ella apelando á su habitual causticidad y sin despojarse en cierto modo de aquel viso irónico tan pronunciado; es justo satisfacer vuestro deseo, que es por demás legítimo; y si al principio hubiéseis formulado en tal sentido vuestras palabras, seguramente pudiéramos haber aprovechado mejor el tiempo: ¿qué quereis? la contradiccion nace con nosotros mismos y se convierte en fantasma que no puede el hombre, desde que viene al mundo hasta que le deja, desviar de su tránsito, que le disputa con una tenacidad cruel.

Hasta en estas últimas palabras, á las cuales la esperiencia ha dado en todos los tiempos una sancion práctica, habia esa sangrienta ironía que hacia verter gota á gota la amarga hiel que aquel corazon rebosara. La baronesa tomó una actitud graciosa y solemnemente provocadora, para continuar despues de una breve pausa:

—Dias há que eludís mi presencia, sin que yo pueda resolverme á fijar la causa, por mas que la sospeche. Ha sido preciso que os venga á buscar á vuestra cámara, para provocar una verdadera contienda conyugal en el sentido confidencialmente franco que debe presidir en tales casos. De vos pende el giro mas ó menos templado que pueda tomar el asunto, lo cual me es de todo punto indiferente; sin embargo, quisiera evitar el escándalo á cualquier costa, y dejando á vuestra dis-

crecion ese mismo giro, empiezo por pediros cuenta de vuestras infidelidades.

Ataulfo, todo conturbado por aquella especie que tan lejos estaba de esperar, fijó en su esposa una mirada de indescriptible asombro, y que ella supo arrostrar con una altivez procaz.

—¿Os burlais? esclamó todo desconcertado el conde.

—Nada de eso, al estremo á que han llegado los sucesos, seria una triste gracia aventurar un juego de ardides de este género, y al cual suele ser poco apasionada una esposa que estima en algo su carácter.

—Y vos, Constanza, ¿sois capaz de concitar una reyerta de esta índole, envenenando una cuestion delicadísima y que pudiera lastimaros? Por Dios, señora, que es llevar demasiado lejos la insensatez, la ceguedad y la pasion, para incurrir en ese contrasentido arriesgado acerca de un asunto, cuyas consecuencias pueden resultaros contraproducentes, haciéndoos sentir el peso de ese error ó de esa ligereza que pudo alucinar vuestra imaginacion impresionable.

—No acierto á interpretaros, conde, dijo á su vez Constanza, sin destemplar el lenguaje, ni deponer aquella arrogante espresion que fijara en sus animadas facciones un rayo de inexorable sarcasmo; mi inteligencia es bastante limitada para seguir vuestros giros metafóricos, por lo cual, si algo vale mi ruego, lo interpondria ante vos, para que adoptáseis otro lenguaje mas propio de mi insuficiencia.

—Creo, sin embargo, dejarme entender lo bastante, por mas que vuestro amor propio trate de eludir ciertos reproches ante los cuales puede rebelarse vuestro orgullo de mujer al menos. Establezcamos una tregua á nuestros rencores y una amistad social bajo condiciones recíprocas, y lejos de agravar esa

cuestion que arde aquí en nuestros corazones y les abrasa en el volcan del ódio... Constanza, por esta vez siquiera, coloquemos la mano sobre nuestro pecho, y prestemos oido á la acusacion de la conciencia, esa reaccion moral, evocacion divina que revela la existencia del alma.

La baronesa parecia escuchar las palabras de su colocutor con cierta atencion burlesca: en sus lábios carmíneos vagaba cada vez mas irónica aquella cínica espresion de insultante sarcasmo, que era el vivo reflejo de un escepticismo grosero hasta el oprobio.

Guardó silencio, como si á su indiferencia añadiera con él otra prueba inequívoca de menosprecio, y al paso que hacia vagar su mirada errante y desdeñosa en los diversos objetos que la rodearan, menos en su esposo, golpeaba sobre la alfombra la punta de su lujosísimo chapin de raso arabesco, simulando una especie de distraccion y de indiferencia.

—Os veo impaciente, señora, continuó el de Altamira, dando un sesgo á la conversacion, y no quisiera daros ese pretesto para agravar mas esa prevencion tan funesta que contra mí abrigais; quiero alejar ese obstáculo á nuestra reconciliacion, todavía posible por mi parte, y que no en vano creo secundareis por la vuestra. Prescindo de circunloquios, y recordándoos la especie de vuestras palabras: *vengo á pediros cuenta de vuestras infidelidades*, me atrevo á pediros esplicacion de su sentido.

—Nada mas natural que eso, mucho mas tratándose de hechos, cuya existencia descansa en pruebas que pueden confundir la hipocresía y desenmascarar el vicio en toda su horrible desnudez. Yo me complazco en reconocer en vuestra decision el mérito de una franqueza que, si bien revela un grito doloroso

del orgullo herido, responde al propio tiempo á la indeclinable necesidad en que os hallais colocado de salir una vez al fin de esa posicion crítica y difícil que os han creado vuestras fragilidades y flaquezas.

—Por Dios, señora, que es llevar hasta el mismo insulto ese obstinado propósito, y os juro...

—No jureis, miserable, añadiendo el sacrilegio al crímen, creedme, el perjurio suele imprimir en la fama del hombre una mancha inmunda é indeleble, al paso que envilece al alma y la proscribe ante la moral y ante la religion.

—¿Qué estais diciendo? gritó irritado el magnate, ¿qué significan esas reticencias calumniosas de perjurio y de infamia?

Constanza no pestañeó siquiera, ni perdió su aplomo. Luego con un acento contundente y acerbo, en que parecia exhalarse toda la hiel de su alma, dijo bajando la voz, que vibraba como un timbre eléctrico.

—Qué... ¿no sois vos Ataulfo Moscoso de Altamira, quien me juró eterna fé al pié de los altares?

El conde marcó un signo afimativo, y preguntó á su vez con tono idéntico á aquella mujer de temple de acero, que no abdicaba su energía de carácter jamás.

—Y vos... ¿no sois Constanza, antes Elvira, condesa de Altamira y baronesa de Monforte, la impura mujer que revistiéndose de un candor ficticio, respondió á mi juramento de esposo con otro incondicional y solemne en manos del sacerdote, que pudo equivocar la solidez de aquella misma fé á medida de la sana intencion que le poseyera?

—¡Y bien! ¿qué quereis decir con eso?

—Que vinisteis ya profanada y prostituida á mi tálamo, que lejos de modificar vuestra conducta en el nuevo estado en

que entrábais, habeis continuado vuestra carrera en el vicio, sin retraeros ante el escándalo, ante el ludibrio de un público insolente que os señala con el dedo y lee todos los dias en vuestra frente esa marca afrentosa de la mujer adúltera, sin que alcance á atenuar el grado de esa ignominia el régio brillo de la corona que ciñe la frente de vuestro amante.

La altiva jóven sonrió de nuevo; pero al propio tiempo sus pupilas ardieron con un relámpago de rencorosa ira.

—Y no es eso todo, prosiguió el conde, cuyos pulmones jadeaban de fatiga, sino que no contenta con hacer traicion á mi honra y á la vuestra, teneis tambien otro género de amantes que asestan puñales á mi pecho y persiguen mi tranquilidad á todas horas, conspirando contra mi vida y anticipando mi fin, sin concederme siquiera la tregua del sueño.

Ataulfo hubo de interrumpirse por un ataque de aquella tos rebelde que le hacia á veces vomitar sangre.

—Este accidente mortal, consecuencia funesta del atentado, del cual, como sabeis, fuí víctima, es testigo de esa conspiracion tenaz, de la cual llego hasta sospechar que acaso seais cómplice.

—¡Mentís, indignamente! gritó la condesa con un acento amenazador y como si hubiera sido picada de un aspid; sois un miserable y no podeis abrigar un pensamiento digno de un caballero, de un noble, como blasonais serlo.

—¡Esto mas! esclamó encolerizado el conde, apretando los puños convulsivamente.

—Sí, no lo dudeis, y cuando me llegue el turno, os probaré la certeza de mis apreciaciones con hechos tales, que no os atrevereis á rebatir, por indestructibles.

—¡Constanza! volvió á decir Ataulfo con acento lúgubre.

—Qué... ¿habeis concluido de esplanar vuestra acta de acusacion?

—¡Y bien! ¿no os atreveis á destruir los cargos?

—Los hay entre ellos de tal naturaleza, que no necesitan disculpa, procediendo de una persona como vos, indigno en vuestras apreciaciones de los honores de la refutacion por mi parte; mientras que otros, de cuya veracidad prescindo, no os toca á vos juzgarlos bajo un prisma tan impuro y apasionado como el vuestro.

—En ese caso desisto por ahora, reservándome tomar satisfaccion honrosa de vuestras palabras, que aun procediendo de una dama como vos, nunca pueden alcanzar á herir, si no cuando mas, la dañada intencion que las dicte. Mientras tanto, la curiosidad que me anima por enterarme á fondo de esas cuentas que venís á pedirme, y en cuya liquidacion, invirtiendo el órden, ha anticipado mi indiscrecion la data al cargo, sella mis labios y da tregua á mi resolucion, que por otra parte se ha hecho de todo punto necesaria, al estremo á que han venido las cosas; pero tened entendido, señora, que no debemos perdonarnos el saldo que resulte á favor de uno ú otro, como presa de buena ley que ambos debemos apresurarnos á reconocer anticipadamente y disponernos á su puntual cumplimiento.

CAPÍTULO XII.

Capitulacion.

Su mútuo compromiso
Fuérales conservar muy necesario;
Este prudente aviso
Alejó un rompimiento temerario,
Y el nublado deshizo.

Constanza pareció recapacitar un momento.

Era la pantera que amagara uno de esos saltos elásticos tan fatales para sus víctimas, que los esperan con un terror pánico, semejante á una agonía angustiosa.

Ataulfo temia tambien aquel embrion misterioso que el instinto parecia presentarle con un colorido siniestro, infundiéndole un terror indecible, como que procediendo de aquel enemigo abiertamente declarado, que la fatalidad le deparara, tan astuto y tan irresistible, érale inminente una lucha tenaz, en la cual, aun teniendo, al parecer, ventajas positivas de su parte, empezaba ya á anunciarse el desaliento.

Al fin, la voz vibrante de la condesa dejóse oir con su acento clásico de provocadora burla, mal disfrazada á veces por un sentimentalismo que desdecia en verdad de su carácter.

—No há mucho tiempo, dijo, que una maquinacion inícua, disfrazada con mentidos colores y que solo reconocia un fondo de ambicion predominante, anuló mi felicidad, aprisionando mi albedrío y encadenando mis destinos, proscribiendo la espansion que disfrutara hasta entonces, libre como el pájaro en el aire, y dichosa con esa felicidad tan ámplia que solo está reservada á los séres predestinados al goce material de las delicias

de la vida. La intriga sorprendió mis dorados sueños, me arrancó del hogar pátrio, donde tanta alegría dejara, y mi alma despertó bien pronto en el limbo tenebroso del aislamiento, del pesar y de la melancolía. Yo que no pude imaginar hasta entonces que mi voluntad tuviera límites, me encontré prisionera en este sombrío castillo, tan diferente al que yo dejara, morada builiciosa y risueña, que rebosaba una plenidad de vida indecible, y cuyo puente levadizo, aun á pesar de su escasa guarnicion, apenas solia levantarse. En cambio de tanta ventura, de tanto bien para mí perdido, desperté en brazos de un tirano que quiso amoldarme á sus caprichos, aprisionándome en su tenebrosa guarida, y aun lo que es peor, haciendo recaer implícitamente sobre mí una parte de responsabilidad en la perpetracion de los crímenes que aquí impunemente se albergan. Ese mónstruo sois vos.

Ataulfo perdió las tintas de su rostro al oir estas palabras, que golpearon como un martillo su corazon cobarde.

—Pero la Providencia, prosiguió la jóven, iluminó oportunamente mis potencias, manifestándome la profundidad del abismo que ante mí se abriera, y desde cuyos bordes os conjuro, Ataulfo, por todo lo mas santo que creais, si es que resta en vos un átomo de fé, para que revoqueis por vuestra parte ese pacto conyugal que une nuestros destinos, renunciando á los castos goces de nuestro estado y emancipando mi albedrío, por mas que ostensiblemente manifestemos otra apariencia bien distinta, que ponga límites al escándalo. De lo contrario, me creeré autorizada para delatar vuestros tenebrosos misterios y evocar la sombra de la justicia, á quien sois deudor de tantos créditos.

Ataulfo, que se habia levantado poco antes á impulsos de su

inquietud misma, volvió á dejarse caer maquinalmente en su butaca, como aplomado por las palabras de su esposa.

La indignacion pareció enardecer su sangre, que afluyó al rostro, animando sus tintas pálidas con un relámpago colérico, inflamado mas y mas por aquel cruel apóstrofe.

—Creo, dijo, que exagerais, ó por mejor decir, que mentís, señora; ese *tirano*, como injustamente le apellidais, si bien al llamaros á compartir su tálamo accedia á una necesidad puramente política y convencional, servia al mismo tiempo al afecto que por primera vez sentia, inspirado, en verdad, por vuestras gracias. ¿Era en mí un crímen rehabilitar el abatido esplendor de vuestra casa, creándoos una posicion social envidiable y asociándoos á una coalicion poderosa, á la vez que elevaba vuestro rango á la categoría de condesa de Altamira? ¿qué ofensa pudiera yo inferiros con ello? ¡Decid! Y si luego, de acuerdo con la prudencia, que marcó siempre en mí el órden regulador de mis acciones, una exigencia honrosa modificó el círculo de vuestra libertad, admitiéndoos en cambio á una intimidad mas sincera, con solo el objeto de distraer esa pasion fatal y atraeros á vuestros deberes...

—¡Ataulfo! le interrumpió la condesa con soberbia acritud.

—Dejadme hablar, señora, para imponer un solemne mentís á vuestras calumnias.

—¡Miserable hipócrita!

—Estoy rectificando.

—No es eso, sino que os vais batiendo en retirada, pretendiendo en vano ahogar la voz de la verdad, que os lanzará al rostro, por mas que os pese, un nublado de recriminaciones.

—¡Señora! será preciso recordar á vuestra insolencia que hablais al conde de Altamira, esclamó ensoberbecido Ataulfo.

—¡Mentís como un villano! gritó á su vez Constanza, en cuyas facciones, exaltadas por un ódio implacable, pudiera traslucirse ese rasgo irónico y característico que formara un tipo peculiar de su especie.

—Vos no sois, continuó, ese pretendido magnate, al cual vuestra ambicion criminal ha usurpado sus títulos, sustituyéndole indignamente y mandándole asesinar quizás, ó cuando menos, haciéndole podrir vivo en una mazmorra... y todo á trueque de esa posicion tan precaria, á merced de la voluntad del rey, que por mi mediacion os ha hecho merced, hasta hoy, de una vida que debe á la vindicta pública un tremendo fallo espiatorio.

—¡Constanza! esclamó el conde con un acento horriblemente lúgubre, en que parecia exhalarse un eco conmiserador y triste.

—Qué... ¿os pesa oir mis palabras? pues tened muy en cuenta que no me hareis callar hasta tanto que os recuerde vuestro orígen, vuestros antecedentes, y...

—¡Constanza! volvió á esclamar desconcertado aquel hombre, no abuseis de vuestra posicion escepcional respecto de mí; haceis bien con invocar repetidas veces el nombre de S. A., creyendo intimidarme en el lauro vuestro: ese protectorado soberano, á cuyo amparo medra la sávia provocativa de vuestro orgullo, puede alcanzar con su influencia á mi aniquilamiento político; pero no podrá dejar de respetar mi autoridad discrecional dentro de mi casa, ni detener mi brazo, si hiere.

La jóven vertió una carcajada de insultante escarnio.

—Atreveos, dijo, si os place, á dejaros arrebatar por un brutal esceso hácia mí, y entonces probareis mis fuerzas. ¿Qué seria luego de vos? ¿Dónde os ocultariais, desventurado?

—En mi sepulcro, señora.

—¡Ah! ¿os dejaríais matar acaso?

—No, eso nunca: me mataria yo mismo, para evitar con ello hasta ese mismo placer á mis enemigos.

—No lleveis tan lejos vuestra jactancia; para el suicidio se necesita mas valor ó mas abnegacion que creeis, y vos no teneis uno ni otra.

—Pero, en fin, ¿á qué reproducir esos hechos ciertos ó erróneos, con los cuales solo pudiérais proponeros lanzar á mi frente un baldon que no teneis derecho á juzgar, y con lo cual, si formulais un acta de acusacion privada, no alcanzais á imprimirle una consecuencia jurídica que respondiera á vuestro sistema de rencor y ódio?

—Prescindamos de teorías, ajenas en un todo á nuestro asunto, y de esas digresiones que nos hacen perder un tiempo precioso. Comprendo cuán repugnante debe seros la revelacion de esa historia, cuyos detalles son tan poco gratos; pero no puedo menos de reproducirlos, probándoos con ello que me son todos conocidos, y que á merced de todo ello os tengo cogido en mis redes cuando me plazca. En cuanto al interés que doy á mi empeño de formular esas revelaciones mismas y que tanto os sorprende, debo deciros que consistiendo mi principal agravio en esa superchería que conmigo ejercitaron vuestras maquinaciones, no debo renunciar á este desahogo por ahora, aplazando los demás para otra ocasion mas propicia.

—No alcanzo á entender vuestros preámbulos, impertinentes hasta cierto punto, y que giran en la oscuridad del enigma con un fin determinado acaso.

—Y sin embargo, son bien fáciles de comprender, por mas que pretendais desentenderos. Al pretender mi mano de esposa, os anunciásteis con el pomposo título de conde de Altamira

y Moscoso, con lo cual acabais de decir que elevásteis mi posicion gerárquica, fundando la base condicional del matrimonio que nos unió luego. Ahora bien, descubierto ese juego indigno que ha mantenido esa brillante máscara sobre vuestro rostro hipócrita, queda patente el fraude de que mi ligereza y la de mi tutor me han hecho víctima, y nuestra union, basada en aquel punto supuesto, debe ser rescindida.

—Lo está de hecho ya hace bastante tiempo, bien lo sabeis, señora.

—No basta eso, pudiera traslucir el público ese secreto que arroja una mancha ignominiosa sobre vuestra frente, proscribiéndola junto con todo cuanto os rodea, y debo sustraerme oportunamente á esas continjencias, á esa eventualidad tan bochornosa. Que no se diga jamás que desde el momento en que he sido sabedora del engaño, he dejado de protestar con todas mis fuerzas contra el mismo. Constanza de Monforte no se resignará jamás á pasar por la esposa de un bastardo.

Esta palabra produjo en el conde una esplosion de indecible cólera: levantóse bruscamente, el rostro descompuesto por el furor, sus ojos verdosos y fulgurantes y todos sus músculos agitados por una violenta crispatura nerviosa.

—¡Tened la lengua, infame! esclamó todo trémulo, alzando el puño sobre su esposa en amenazadora actitud; callad, ó no respondo de mí en este instante. ¡Yo bastardo!...

—Sí, bastardo, espúreo... sér degenerado y abyecto, miembro podrido de la sociedad, que os repele como una plaga inmunda y contaminadora... ¡Ataulfo! no os dejeis arrastrar por el vértigo de esa impotente cólera; de lo contrario sois perdido. Y puesto que la Providencia en sus inescrutables juicios ha permitido la revelacion de ese arcano, doblad la frente al destino y resignaos.

Y la condesa, al espresarse en estos términos, bien lejos de intimidarse ante la imponente actitud de aquel hombre, permanecia impasible, provocativa siempre, con su risita sardónica y su maligna mirada venenosa.

—¡Imposible! gritaba maquinalmente Ataulfo, apretando los dientes con furor y recorriendo á grandes é irregulares pasos aquella estancia; yo no puedo dejar impune esa calumnia que arrojais á mi frente con todo el cinismo de que solo es capaz una mujer criminal como vos lo sois; no, yo no puedo perdonaros esa ofensa, y os juro...

—No jureis en vano, Ataulfo, le interrumpió irónicamente ella, y puesto que me hablabais al principio de ajustar una trégua á nuestros ódios, veamos las condiciones que formulais, y si alcanzan á un arreglo posible, es decir, si son aceptables sus bases, estableceré yo á mi vez las mias, pudiendo partir de ese punto comun las negociaciones.

—¿Es decir, que callareis? preguntó con una ansiedad marcada el conde, que vió en esta salida de Constanza un consuelo posible á sus temores.

—Tal vez, repuso ella con cierto énfasis intencionalmente recargado; pero las cuentas, el cargo y data de que hablabais poco antes, y á cuyo saldo sentásteis por principio que no debiéramos renunciar uno ni otro...

—Hablemos una vez formalmente, y puesto que, segun veo, estais enterada de todo, olvidad mis arranques de génio, que yo mismo no alcanzo á reprimir siempre, y... ved á qué precio puedo obtener vuestro secreto perdurable, y si cabe tambien nuestra reconciliacion, que tanto anhelo. ¡Qué dicha la de dos séres que desinteresadamente se aman en esta vida de tortura y tédio!... Y si es preciso hacer el sacrificio del amor propio he-

rido, y si es necesario olvidar, adorar y sentir, á trueque de merecer vuestro cordial afecto... hasta mi vida, si la quereis, tomadla, si con todo ello puedo esperar vuestra indulgencia, que será el bálsamo que cicatrice las llagas de mi corazon despedazado. No volvais la vista á mis flaquezas, esos rasgos característicos de la humanidad, y que á veces dan testimonio de la grandeza de la criatura. ¿Qué mas quereis? ¿qué mayor satisfaccion podeis pedirme?... Porque yo no puedo ser responsable de mi orígen... bastardo... como decís; y en cuanto á la usurpacion y suplantacion civil, que no puedo negaros aquí, en el seno de la confianza...

—¡Callad, por Dios! le interrumpió la jóven con un gracioso mohin, que era otro de sus hechiceros recursos; callad, miserable, me dais lástima y tédio, y no puedo menos de apartar la vista de tanta bajeza. Pobre sér degenerado, no podeis ocultar vuestro orígen, que os envilece hasta el abismo de la negacion mas compasible. Está bien, yo callaré mientras no me falteis al compromiso que establezcamos, y si es necesario sacrificar tambien hasta un deber de conciencia, aplazándole mas ó menos tiempo... tambien accederé, por mucho que me cueste resignarme á ello.

Mientras tanto, prosiguió, y puesto que tan á discrecion os rendís, hé aquí las condiciones que por mi parte os impongo, á trueque de guardar por ahora, y mientras no me falteis, el secreto de vuestro orígen y de vuestros crímenes: nuestra union conyugal, interrumpida en la actualidad de hecho, segun vos mismo acabais de reconocer y confesar, debe serlo de derecho, debiendo yo entretanto, es decir, mientras recae la aprobacion canónica, regresar á mi alcázar de Monforte, donde permaneceré en depósito bajo mi palabra de honor y con absoluta inde-

pendencia vuestra. No exijo sacrificio alguno de intereses de ningun género, solo reclamo vuestra prudencia á trueque del secreto que os ofrezco guardar, por ahora, tanto de vuestros antecedentes y conducta privada, como de ese otro crímen que nos pertenece á entrambos, y en cuya reserva estamos igualmente interesados. Podeis disfrutar sin obstáculo de vuestros amores con la cautiva, cuya repugnancia hácia vuestras instancias puede, tal vez, vencer mi ausencia, y... ¡quién sabe si á todo este precio podeis obtener un cambio favorable en vuestra suerte! Porque, en verdad, creo que hasta hoy no os ha hecho feliz esa mujer heróica, la cual, si no obtiene la libertad de vuestra generosidad un dia, puede al menos merecer, á costa de vuestra conciencia, la corona de un martirio honroso.

Ataulfo permanecia mudo y silencioso: pálido como siempre, apagada la vista y la cabeza inclinada sobre su pecho jadeante, enervadas las fuerzas por la lucha moral de su espíritu y la que acababa de sostener con aquella mujer incontrastable, parecia la estátua del remordimiento, inmóvil, petrificador: era, en fin, un sér abatido hasta la abyeccion, torturado por la conciencia, que le predecia una espiacion tremenda, y que, combatido por la contradiccion y la duda, caminaba, él, estenuado por una convalencia delicada y lenta, á su aniquilamiento físico, secundado por esa misma lucha moral tan corrosiva.

Y en verdad que era digna de compasion aquella criatura perversa, en cuyo corazon parecia haberse encarnado un espíritu de maldicion, al cual respondiera aquella conducta inícua con sus actos intencionales, y á cuyas inspiraciones diabólicas se hallaran sojuzgados aquel teson, aquella resistencia tenaz y sistemática, que le hacian inaccesible á todo rasgo noble, reparador y humanitario.

—Es decir, esclamó luego en un tono de abatimiento, que sentaba muy mal á su carácter, ¿qué se trata de un divorcio legal por vuestra parte?

—Lo habeis adivinado; creo es el único medio de poder llegar al punto de partida que fijásteis á vuestras negociaciones, á las cuales sirve de preliminar la tregua consabida.

Ataulfo, que habia alzado un instante la vista para fijar en su esposa una mirada angustiosa, volvió á bajarla, deslumbrada al parecer por otra de ella, cuyas pupilas parecian destellar un rayo vívido de altivez y orgullo.

—Con que, dijo con cierta timidez servil, es decir, que si yo accediera á todo eso... ¿callaríais?

—Ya os he repetido que sí; condicionalmente, se entiende, ó lo que es lo mismo, mientras vuestra conducta futura no os hago indigno de esta merced, cuyo sacrificio me impongo.

Ataulfo guardó otro momento de silencio, y dejó caer la cabeza jadeante sobre su pecho, del cual exhalábase un sordo estertor, interrumpido á veces por una tos seca, que revelaran la afeccion de sus pulmones y la crítica alternativa de su espíritu en aquellos momentos de prueba, que ponian en tortura su mente.

CAPÍTULO XIII.

La separacion.

¡Ni un momento ya mas!... era imposible
Prolongar esa union tan quebrantada.

Al fin vertió el conde un suspiro.

Sacudió su cabeza, pasó la mano por su frente lívida, y como quien sacude sus vacilaciones para adoptar una resolucion franca y enérgica, levantóse de su asiento, como si un resorte le empujara.

Su talla elevada y recta, su mirada lúcida y toda la altiva espresion de su semblante escuálido, parecieron recobrar todo su nervio: era el supremo esfuerzo de la voluntad, potente y vigoroso, acaso el postrer destello de una luz moribunda, describiendo su última aureola.

—Sea como querais, señora, esclamó al fin, dando á su lenguaje un tono de firmeza que no sentia; será preciso entrar por todo y aceptar los hechos con sus consecuencias, sean las que fueren. Podeis marchar cuando gusteis á vuestro castillo, apenas concluyan de hacerse las reparaciones que están ya para terminar uno de estos dias; si bien para ello me permito imponeros una restriccion que no debeis rehusarme.

—Esplicaos, pues.

—La guarnicion de Monforte debe darse por mis tropas, sin que por ello vayais á creer que trato de haceros mi prisionera, puesto que solo me propongo proveer á vuestra seguridad. No se diga jamás que el conde de Altamira abandona á cualquier

riesgo posible á la que todavía lleva su título de esposa. Por lo demás, sereis tan libre como querais, vuestra voluntad no será coartada en lo mas mínimo, y mis soldados solo recibirán vuestras órdenes, que serán puntualmente obedecidas. Se publicarán las diligencias del divorcio, lo cual os pondrá á cubierto de interpretaciones de cierto género, garantizando vuestra responsabilidad é independencia, y luego, apenas recaiga el fallo que anule y rompa el lazo de nuestra union para siempre...

Ataulfo se interrumpió por un sollozo que ahogó un momento su voz.

—Entonces, prosiguió, mis tropas evacuarán vuestro alcázar y regresarán al punto al mío.

—Admito, dijo Constanza, con tal que no pretendais anular mis facultades de poder admitir á mi servicio á otras personas.

—No solo estoy conforme, sino que os permito elegir la servidumbre íntima y familiar, á medida de vuestro agrado: los mios se abstendrán de mezclarse en vuestros asuntos, concretándose á guarnecer la plaza.

Con respecto á vuestras rentas, continuó, ó bien podeis reservarme, como hasta ahora, su administracion, quedando siempre á cuentas respecto al sobrante, despues de cubiertas las atenciones de vuestra casa, ó bien se pondrán en secuestro, caso que no querais encargaros de esas impertinencias vos misma, como agenas de vuestro sexo.

—No, contestó ella, con un desahogo demasiado libre, prefiero á todo el secuestro.

Ataulfo recibió en esta respuesta otra nueva herida en su corazon egoista.

—No creais, dijo, que se trata por mi parte de someter vuestros intereses á una especulacion mercantil, antes al contrario,

quise ponerlos á cubierto de una defraudacion, de una sustraccion ó de un desfalco... mas, puesto que tal es vuestro deseo, no debo contrariarlo. Sea como gusteis.

—¿Es decir, que estamos convenidos?

—Puesto que no hay medio de anular esa idea...

—Es por parte mia irrevocable; y tanto, que salgo ahora mismo para mi destino.

—¡Para Monforte! ¿estais loca?

—¿Quién me lo puede impedir?

—Nadie, señora; pero ya sabeis que se están haciendo reparaciones, y aunque adelantadas las obras, no es cosa terminada todavía, ni podeis habitar allí con decencia.

—No importa, debo partir antes que amanezca, á fin de evitar comentarios: luego ya podrá inventarse un pretesto cualquiera que justifique mi permanencia en Monforte: ni cosa tan natural en un propietario como visitar sus fincas y permanecer en cualquiera de ellas una temporada por puro recreo, por variacion de residencia, por cualquier capricho, en fin, de esos cuya esplicacion no suele ser cosa propia de la incumbencia de todos; y luego, en fin, andando el tiempo, la nueva del divorcio fijará los hechos en su verdadero punto de vista.

Ataulfo comprendió que no habia medio de contrarestar aquella fuerza de voluntad tan incontrastable y poderosa, y que era necesario ceder.

—Constanza, dijo, despues de haberos concedido tanto, despues de abdicar mi autoridad por complaceros, anulando al propio tiempo mi entidad social, nada puedo rehusar á la que tanto he amado. Cuando querais... partid.

Aunque trató de sostener su entereza de ánimo, Ataulfo no pudo menos de dar una vibracion tal á sus palabras, que reve-

laron toda la presion moral que devorara su corazon, tan despiadadamente combatido, toda la acerba intensidad que destrozara su espíritu lacerado por el remordimiento y por el desengaño.

La condesa, que leia con su penetracion sutil en el interior de aquel hombre, del cual su alta dignidad acababa de hacer una víctima, volvió á sonreir con su sonrisa cáustica y provocativa, llevando en aquel cinismo la prueba evidente de esa dureza viril que la caracterizara, y que constituia un tipo escepcional y antipático en su sexo.

Rápida, veloz, y con uno de esos giros llenos de donaire que tanto la agraciaran, agitó el cordon que pendia junto á la chimenea del salon, y al punto sonó muy remoto el eco de una campana.

Al mismo tiempo, y sin que el conde pudiera evitarlo, desencajó el batiente de una ventana que daba al parque.

La luna remontaba el Meridiano, semivelada por bronceados celajes que trasparentaban una claridad mate.

Las brisas de la noche humedecian al ambiente y suspiraban en los árboles próximos un leve y sordo murmullo.

—¡ Constanza ! esclamó el conde, precipitándose primeramente á arrebatar á su esposa la cuerda que tenia asida, y luego á cerrar aquella ventana que la indiscreta dama acababa de abrir, y que pudiera interpretarse como una señal de alarma.

Una carcajada de mofa respondió á su esclamacion.

La luz que alumbraba la estancia se apagó de pronto, como por un soplo mágico.

Ataulfo, errante y furioso, vacilaba, pugnando por abrirse paso en medio del tenebroso limbo, tropezando en los muebles, cayendo é hiriéndose á cada movimiento que intentaba por ha-

llar la cuerda ó la aldaba de alguna puerta ó ventana, sin conseguirlo.

Bramaba de coraje, la sangre ardia enardecida en sus venas, y en la esplosion del vértigo se agolpó á los pulmones con violencia, produciéndole un copioso y doloroso vómito.

Este accidente ahogó su voz y no pudo gritar.

Oyó entonces el crugido de una puerta al cerrarse.

Era Constanza que salia.

—¡El secreto! esclamó con un acento lánguido, sordo y lúgubre; el secreto, al menos... ¿lo guardarás segun me lo has prometido?

Nadie respondió á aquella voz que se estinguia en las tinieblas y en el silencio de la noche.

Entonces, transido de angustia y medio exánime ante la violencia del accidente, cayó sin sentido sobre la alfombra.

. . . . . .

Un momento despues, la condesa, enmascarada y arrebozada en un manto, atravesaba un subterráneo, precedida de un anciano en traje musulman, ambos silenciosos y recatados.

Sus pasos resonaban huecos, fatídicos, como los de un fantasmo de piedra.

Aquel anciano era Omar-Jacub, el cual habia recibido una órden del rey de guiar á una persona desconocida á través del subterráneo que ya conocemos y que comunicaba con el castillo de Altamira, como que formara la clave de su sistema, conduciéndola hasta las ruinas que ocultaran su ingreso esterior.

Omar-Jacub no debia conocer el nombre de aquella persona, y sin embargo, sospechó que era una mujer.

Por precaucion, y usando del derecho que le dieran en aquel sitio sus facultades, vendó los ojos á la condesa, la cual se prestó

voluntariamente á este acto, sin otra repugnancia que un gracioso apodo que se permitió dirigir al árabe.

Condújola este por la mano á través de aquella húmeda galería subterránea, casi oscura entonces, y que ya en otro lugar dejamos descrita.

—Largo es el camino, esclamó al fin la impaciente dama, ahuecando la voz, lo cual no pudo impedir que el viejo Omar ratificara su sospecha de que era una tapada y no un encubierto á quien servia de guia.

Nada contestó : solo le indicó por medio de un ademan harto significativo, la inconveniencia de entrar en detalles de curiosidad en aquella hora y en aquel sitio.

Abrael que estaba, segun costumbre, fijo en su punto de guardia, vertió una interjeccion furiosa parecida al rugido de una fiera salvaje, y con lo cual pareció revelar la sospecha de una alevosía disfrazada con cualquier pretesto.

El anciano le tranquilizó con un gesto.

Por fin salieron al campo libre, entre bosques de olivos y matorrales, entre precipicios y breñas.

La luna cerníase en un horizonte azulado y límpido.

Las estrellas brillaban nítidas, fuljentes como puntos de fuego agitados por rápidas reverberaciones.

Omar-Jacub desató la venda sobrepuesta al velo de la jóven, saludó y desapareció en el bosque.

Un caballero encubierto y de punta en blanco se entregó de Constanza.

Saludáronse ambos con amabilidad, y poco despues un grupo de soldados se improvisó junto á ellos.

Traian una especie de litera cerrada, donde colocaron á la condesa.

Aquel caballero era Lucifer, encargado de órden del rey de conducir en reserva á Constanza á su castillo de Monforte; penosa comision que venia á evocar en su mente terribles recuerdos de otra época, y que era necesario sofocar á cualquier costa entonces.

Por fin la litera y su escolta pusiéronse en marcha cuando el cielo de Oriente empezaba á lucir los primeros destellos del naciente dia.

CAPÍTULO XIV.

El monge de Sahagun.

Fantástico avanzaba,
Cual fatídica sombra aparecida;
Su porte fascinaba
Y su acento tronaba,
Cuando en jerga fingida,
Mensajero de un santo se llamaba.

La misma noche y á la misma hora en que tuvo lugar el cuadro de familia que dejamos delineado en el antecedente capítulo, y como una coincidencia singular é inesplicable, el rey D. Alfonso de Leon, hallábase en la ciudad de este nombre, retirado en la cámara régia de su alcázar desde bien temprano; circunstancia estraña en un jóven bullicioso y cuyo carácter caballeresco han poetizado las crónicas con las mas románticas aventuras amorosas, definido además como el mas apuesto galan de su época.

S. A. sufria un ataque de migraña, ese accidente en él tan frecuente, que le esponia á violentos vómitos y á otras consecuencias desagradables.

Por esta causa habíase visto obligado aquella noche á meterse en cama temprano, sin que por ello omitiera el rezo de sus devociones, ni el despacho ordinario de los negocios de Estado, con la anticipacion conveniente.

En la antecámara velaba la servidumbre íntima, á cuyo frente figuraba el noble conde Peranzules, ese magnate justamente favorecido por la privanza del príncipe, debida á su constante fidelidad, aun en los dias de su mayor desgracia.

Alfonso, despues de algunas horas de insomnio, empezaba ya á conciliar el sueño, cuando un golpe dado en el biombo de pieles del átrio, seguido de algunas pisadas fuertes que retumbaron en la bóveda, le despertaron, sobresaltado el ánimo y receloso. Temia, en verdad, con harto fundamento, que pudiera ser víctima de cualquier asechanza por parte de aquellos bandos calumniadores que se permitieran inculparle la complicidad, cuando menos, en el asesinato de su hermano D. Sancho de Castilla (1).

Al propio tiempo un bulto indefinible avanzaba con solemne gravedad por la gran pieza, aun á despecho de la oposicion tenaz de los camareros.

—¡En nombre de Dios! esclamaba el desconocido con una calma solemne que tenia algo de sobrenatural é imponente, y

(1) D. Fernando el I de Castilla, en su testamento, dividió sus Estados en esta forma entre sus tres hijos: á D. Sancho el Mayor señaló el reino de Castilla, con otras provincias anejas; á D. Alonso ó Alfonso, de quien vamos hablando en esta obra, el reino de Leon, con gran estension de territorio; y á D. García, Galicia y Portugal en parte; habiendo legado además á título de infantado, á sus hijas doña Elvira, la ciudad de Toro, y á doña Urraca la de Zamora, para su manutencion y alimentos; funesto reparto que ocasionó guerras y disgustos sin número. D. Sancho quiso desposeer á esta última, y puso sitio á Zamora, pero fué alevosamente asesinado por un ciudadano de la misma, llamado Vellido Dolfos, á pretesto de enseñarle la parte débil del muro, por donde pudiera verificar el asalto. No faltó quien pretendiera hacer luego recaer la sospecha de este crímen en D. Alfonso, á quien los próceres hicieron jurar en manos del Cid, el único que se atrevió á ello, que no habia tenido participacion en la muerte de su hermano; desaire que no perdonó jamás el de Leon al Cid, por mas que le disimuló al pronto.

cuyo eco parecia vibrar largo tiempo en las altas crugías del salon, como el estampido de un trueno.

Y ante aquella grave invocacion tan enérgica, los camareros, reunidos á su pesar é impresionados, no se atrevian á poner las manos en aquel ser incomprensible que se escudaba con el nombre de Dios, á quien creyeran ellos ofender si le tocaban, ni mas ni menos que si se tratara de una profanacion, cuya responsabilidad rehusaban atraerse, aun á riesgo de quebrantar la disciplina palaciega, y de incurrir en el desagrado del rey.

—Os digo que en nombre de Dios necesito entrar, repetia el desconocido, con su grave entonacion, avanzando, y entraré, mal que os pese, aunque fuera necesario romper por un muro: la divina gracia y la fé allanan los montes.

Los palaciegos volvian á aterrarse, inspirados por aquellas palabras que parecian un talisman supremo y prodigioso, y no atreviéndose á detener aquella sombra sagrada, limitábanse á espiar sus pasos con cierto respeto mezclado de asombro, repitiendo sus protestas negativas, que desoia impertérrito el incógnito.

D. Alfonso despertó, como hemos dicho, ante aquel altercado tan alarmante y tan intempestivo; su vista azorada erraba por todo el vasto ámbito de la pieza iluminada apenas por una luz ténue y confusa.

A este tiempo la guardia de honor, avisada oportunamente de la novedad, acudia en tropel y cortaba el paso al desconocido, que instaba por pasar adelante apelando á su intimacion favorita.

—¡En el nombre de Dios!

—¡Ah de mi guardia! gritó á su vez el rey incorporándose, á tiempo que el conde de Peranzules penetraba en la alcoba,

solo y dejando atrás á los monteros, que se colocaban en fila á su vista, y cerrando el paso al incógnito, al cual, sin embargo, no se atrevian á prender.

—Pero ¿qué significa esto, conde? preguntó Alfonso al de Peranzules.

—Señor, repuso este, descuidad, es un santo religioso ó un loco que pide con tal insistencia hablaros, que no nos es fácil contenerle, sin emplear la violencia, que es siempre inconveniente cuando se trata de ambas cosas.

—Que entre, pues, sea quien quiera, y... despejad.

—Señor, V. A. olvida en este instante que se entrega tal vez á una inconsiderada imprudencia...

—Basta.

—Mi deber, el celo por serviros, el interés...

—Basta he dicho, salid, y que entre ese hombre, si lo es, y es Dios quien lo envia, como dice.

Retiróse el privado con la guardia, que quedó apostada en el átrio preventivamente, mientras que el desconocido, con su mesurado paso, llegaba hasta el lecho del rey, á cuya cabecera tomó asiento sin ceremonia alguna.

Vestia un saco religioso de lana burda de un color oscuro que estaba salpicado de nieve, con la capilla echada al rostro, del cual desprendíase una luenga barba blanca y prolongada.

Venia chorreando agua, tiritando de frio y en un estado poco favorable; pero en su fisonomía venerable resplandecia una serenidad verdaderamente majestuosa.

Traia una linterna en una mano y apoyábase con la otra en un grueso cayado.

Su alta estatura, su airoso porte, todo el grave conjunto de aquella imponente figura, le daban cierto aspecto fantástico,

rodeándole de un profundo misterio en aquel sitio, y sobre todo en aquella hora.

—¡Dios sea loado, señor! esclamó al sentarse y dirigiéndose al rey, el cual, en el colmo de su asombro, concluyó de incorporarse en el lecho y fijó en aquella figura sombría una anhelante mirada.

—¡Buenas noches, padre! contestó, mal disimulando su sorpresa; ¿podré merecer el honor de saber el objeto de vuestra visita á estas horas?

—Ciertamente, pues de otro modo no se comprenderia el propósito de hacérosla y en una noche tan cruda como esta.

—Es verdad que venís estupendamente mojado y cubierto de nieve, lo cual viene á probarme la alta importancia que debe encerrar vuestra mision, y en verdad, que esto mismo envuelve una causa mas que justifique la viva curiosidad que esperimento en este instante por conocer su objeto. Pero ahora recuerdo que esta noche no ha llovido; ¿cómo, pues, habeis podido mojaros tanto?

—Un mal paso de mi cabalgadura me ha arrojado al Astura (1), en las inmediaciones de Mansilla; venia el rio bastante alto de madre, lo cual me ha puesto á riesgo de ser arrebatado por la corriente, demasiado impetuosa por las avenidas de las vertientes, acrecidas por las grandes lluvias.

—¡Es preciso que os enjugueis y os calenteis al fuego: avisaré, y os le encenderán.

—Nada de eso, señor, no es necesario.

—¡Pero si estais yerto, padre!

—No importa, los hombres de mi ministerio lo arrostran todo cuando se trata de un acto propio del mismo: la fé, la

(1) Esla, Ezla, antes Astura; rio que nace en las montañas de Leon.

rectitud de intencion y el deber suplen lo demás, cuando tienen por auxiliar la gracia. Además, no me pertenece el tiempo, puesto que, aun contando con la velocidad de mi mula, me veré algo apurado para poder regresar antes del amanecer al monasterio.

—¿De qué monasterio hablais?

—Del de Sahagun.

—Con que sois...

—Un pobre sacerdote peregrino, monje profeso de Cluni, agregado á las misiones redentoras de cautivos cristianos en España. Vengo de San Millan de la Cogulla y San Pedro de Cardeña, á donde fuí con objeto de cumplir ciertos cargos de penitencia, y desde aquí, es decir, desde Sahagun, á donde he venido con el propio objeto, debo marchar sin detencion á Santo Domingo de Silos, que está, como sabeis, en el valle de Tablatello, á diez leguas de Búrgos hácia Santistéban de Gormaz, donde debo predicar el sermon de la Epifanía, y luego la cuaresma, para regresar despues á Sahagun. Estamos ya á 26 de diciembre, y aunque la distancia no es larga, hay que tomar en cuenta los inconvenientes del camino.

—Ea, pues, abreviad si os place, puesto que tanto os urge la marcha, ca en negocios de tal monta, ocioso fuera entraros en detenimiento, y penoso por demás faceros andar desasosegado é mustio, é por ende asaz desabrido como un cuitado ó como un malandrin de cierto jaez (1).

—Sí, teneis razon, abreviemos, repuso el monje, el cual acercó todavía mas el sillon á la cabecera del rey, que le escuchaba con marcado asombro, medio incorporado sobre la almohada.

(1) Testual é histórico, segun la crónica inserta en un códice coetáneo. (*Anales de Galicia y fastos de Compostela;* en el archivo de Simancas).

Entonces el religioso, despues de haber girado en torno una inquisidora mirada, habló en estos términos:

—Se trata de la revelacion de un alto crímen de Estado que vos, príncipe justiciero y magnánimo, no podeis dejar de perseguir, aplicándole en su dia el condigno castigo que desagravie á la sociedad é imponga un correctivo á abusos de esta índole, por desgracia harto frecuentes en estos reinos, con notorio escándalo de las leyes, que claman á su vez por un acto de reparacion que satisfaga cumplidamente á la humanidad y la justicia. Dios, al predestinaros en la tierra para representar el derecho, al colocar en vuestra mano un cetro para regir los pueblos desde la altura del sólio, os dió tambien una espada que comparta vuestras atribuciones, convirtiéndoos en su delegado, mero ejecutor de esa justicia distributiva, reguladora de las acciones humanas. En tal sentido, yo, sacerdote de ese mismo Dios, y su ministro espiritual, aunque indigno, en la tierra, en nombre del carácter que represento, os conjuro, amonesto y requiero, para que persigais el crímen que voy á revelaros y deis la reparacion conveniente á sus víctimas: de lo contrario os prevengo que haré pesar sobre vuestra responsabilidad las consecuencias, y se os tomará en cuenta luego esa tibieza culpable á los ojos de la sana moral, de la religion y de la justicia.

—No puedo sustraerme á la tremenda influencia de vuestro discurso, padre, y os confieso que no sé que cosa me aterra mas, vuestras amenazas, probables en cierto modo, ó la duda que parece envuelven hácia mi conducta, cuya justificacion creo se halla acreditada con hechos. Así, pues, yo, príncipe justiciero, segun me aclaman todos mis súbditos, sin escepcion acaso, voy siempre á caza de aventuras, como que las busco con harta

frecuencia, solo con el plausible fin de buscar en ellas la parte sustancial mas dramática que suelen encerrar, por sí me dan un viso cualquiera de criminalidad, un punto vulnerable accesible á mi justicia, donde pueda yo emplear con buen éxito toda su accion benéfica y terrible á la vez, en desagravio de la inocencia, que no en vano me invoca, y que se cobija bajo la régia púrpura de mi manto. Hablad, pues, yo seguiré dando á vuestras revelaciones, si ellas me indican la existencia y aun la posibilidad de un delito cualquiera, cuya persecucion me competa, ese cumplimiento exacto y tradicional en mi nombre, sin que pueda escapar el culpable á mis rigores, ni su castigo ejemplar á la accion rápida y certera de mi justicia. Solo espero que os espliqueis acerca de ese crímen: lo demás queda de mi cuenta.

—No otra cosa pude prometerme de vos, y en esta conviccion misma he venido. Mensajero de un santo moribundo que previó vuestras escelentes disposiciones, no he podido diferir el alto cumplimiento de mi cargo, desde el punto en que su elevada inspiracion me designó como mandatario responsable de ella. Escuchad, pues:

Seis dias atrás hallábame de enfermero ó asistente del reverendo padre Fr. Domingo de Silos, cuya fama de santidad conocereis, como que algun dia será venerado en los altares.

Rodeaban su lecho los monjes á porfía, porque la comunidad entera, al disputarse los menores servicios del enfermo, anhelaba presenciar aquella muerte ejemplar tan dichosa, que debiera coronar una vida de penitencias y méritos, y que se acercaba lentamente con todos sus síntomas.

Yo no abandonaba mi puesto, como que habia jurado acompañarle hasta el borde del sepulcro mismo.

Todo esto era bien natural en mí, su compañero de niñez y de los juegos de infancia, ese incidente generalmente inapreciable en el hombre, en cuyo corazon suele imprimir un sello indeleble.

El santo abad, consecuente siempre conmigo, jamás me habia retirado su amistad y su benevolencia, y débole mas de un recuerdo grato, que constituye mi mayor satisfaccion y mi mas lisongero orgullo.

En la tarde de ese mismo dia, que era viernes veinte del mes actual, previendo el agonizante que su fin estaba bien próximo, tendió su tenebrosa mano, que yo estreché convulsivamente entre las mias.

—«Adios, me dijo con acento estenuado y débil, la voluntad suprema me llama á sus juicios, y es fuerza separarnos aquí en la tierra, donde vos quedais mientras yo vuelo al cielo: allí seguiré protegiéndoos siempre con mi influjo.»

Lloré como un niño al oir estas consoladoras frases del varon apostólico, mientras que él sonreia, indiferente al mundo que dejara, y mecido en sus sueños de gloria, de esa gloria que debiera entrever tan cercana.

Luego, cuando me vió mas tranquilo, mandó que se retirasen los monjes, menos yo que permanecí en mi sitio junto á la cabecera, á instancia suya.

—«Oye, me dijo cuando quedamos solos; concluidas mis exequias, puesto que no quiero contrariar tu asistencia á ellas, debes partir en busca de D. Alfonso de Leon, y decirle en mi nombre: Rey, en tus Estados se ha cometido una iniquidad, el condado de Altamira es presa de un bastardo que le ha usurpado á su legítimo dueño, sacrificándole á su crueldad, mientras que el hijo y sucesor del mismo, víctima de horribles ma-

nejos, ignora su nombre y su orígen, viéndose obligado á poner su espada á sueldo para vivir, á título de capitan de aventureros. En Altamira se oculta la trama, de la cual es tambien sabedora y cómplice una vieja hebrea llamada Betsabé, por nombre propio. Corre, vuela en auxilio de la inocencia, y corta los progresos de la iniquidad, que se disfraza bajo mentidas formas: y cuando respondiendo á esta exigencia providencial tan justa, hayas dado reparacion cumplida á la humanidad y á sus víctimas, la bendicion del cielo te atraerá felicidades sin número, que en caso contrario deben cambiarse en anatemas.»

Le ofrecí cumplir su encargo, y el santo fundador pudo fiar en mi palabra, que me apresuro á realizar conjurándoos de nuevo en su nombre, en el de la humanidad y en el de Dios, para que no rehuseis prestaros á esta insinuacion que os reitero por mi parte, en mi doble carácter de hombre civilizado y de ministro del Altísimo.

El rey, visiblemente inmutado, pareció dudar todavía de la exactitud de aquellas revelaciones, que sin embargo concluyó por creer, siquiera por respeto al carácter de la persona de quien procedieran. La suplantacion del conde de Altamira, esa gravísima usurpacion del derecho civil, le parecia un crímen abominable, merecedor en su hipótesis de un ejemplar castigo, que por otra parte empezaba ya á lisonjear su amor propio, puesto que ponia de su parte otro pretesto legal, para abatir la contumacia de aquel magnate rebelde.

—¿Con que es cierto todo eso, eh? preguntó sin salir de su aturdimiento.

El monje colocó la mano sobre el pecho y repuso:

—Sino basta para creerlo la autoridad de un santo, aquí está la mia que no vale tanto, ni con mucho, pero que ha-

biendo adquirido pormenores, puede garantizarlo todo con pruebas irrefutables en un caso estremo.

—¡Ataulfo bastardo!

—Sí, no lo dudeis; Ataulfo retiene unos Estados usurpados traidoramente y por medio del engaño.

—¿Y el heredero legítimo desconoce toda esa trama infernal, y se halla convertido en un vagabundo, en un capitan de ladrones?

—No, sino en un jefe de aventureros como él, si bien reglamentados en buen órden y disciplina, pero á sueldo y servicio del obispo de Santiago.

—¡El! decidme...

—Nada debo deciros ya, sino que en Altamira se ha pretendido por el tirano sofocar esa voz, que clama justicia á Dios y á los hombres mucho tiempo há; que dentro de sus muros, en sus lóbregos subterráneos, duermen tenebrosos misterios, y que una mujer perversa, admitida á la íntima complicidad del pretendido conde, es la única que posee la clave de todo ese artificio diabólico que aterra la conciencia y la conturba. Esa mujer es la que sirve en clase de dueña en el castillo.

—Esa mujer está en mi poder.

—Tanto mejor para obligarla á confesar la trama á cualquier costa: un deber de conciencia exige que sepais utilizar las ventajas que puede prometeros esa circunstancia providencial, que teneis á mano en beneficio de vuestros semejantes. ¿Qué os detiene, pues?

Alfonso puso la mano sobre su corazon palpitante de terror, é inflamado por un vehemente impulso de indignacion, provocada por las revelaciones del religioso.

—Juro, esclamó, tomar á mi cargo esa justicia y vengar la

inocencia. El nombre de Altamira irá unido á una de esas estrepitosas catástrofes cuyo recuerdo no pueden estirpar los siglos. . . . . .

Un instante despues el monje salia del alcázar, cabalgó en su mula y picó espuelas hácia Sahagun, á dónde llegó al rayar el nuevo dia.

Esta aventura que han registrado escrupulosamente en sus fastos las crónicas y que reconoce un fondo verídico, tuvo lugar el 26 de diciembre del año 1073, primero de la restauracion del rey D. Alfonso VI, apellidado el Bravo por sus proezas.

CUARTA PARTE.

INTRIGAS, AMORES Y PROYECTOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Antecedentes.

Ha trascurrido algun tiempo desde los acontecimientos últimamente referidos.

Hasta entonces los sucesos políticos, esa tenaz contienda empeñada por el conde de Altamira y el obispo de Santiago por una parte, coaligados contra el rey D. Alfonso, por otra, habian ido tomando un aspecto gravísimo y complicado: crecia el encono en los bandos, agitábanse las parcialidades, el descontento era cada vez mas pronunciado en las masas, las depredaciones, los despilfarros, los abusos, estaban á la órden del dia, y el país, constituido en una insostenible crísis, estaba constantemente amenazado de un cataclismo, cuyo desenlace, aunque no era difícil preveer, debia acarrear indudablemente, y en un plazo no muy lejano, grandes é incalculables catástrofes.

Ni la mediacion de altas influencias, ni las tentativas amistosamente oficiosas, puestas en juego por personas interesadas

favorablemente en el asunto, y animadas de laudables fines, dirigidos siempre á una solucion cualquiera, aunque radicalmente pacífica, fueron suficientes para conciliar los estremos y llegar á un acomodamiento. En el castillo de Altamira, centro propagador de la discordia, estaba el foco de esa intriga permanente, y no era fácil, ni en modo alguno posible, recabar, sin emplear para ello ciertos recursos notoriamente violentos, un medio saludable que conjurase la nube amenazadora de aquella tremenda crísis.

El prestigio del trono, hondamente hollado por la rebelion feudal, escandalosamente propagada, no podia en modo alguno, sin desprestigiarse, transigir con las exigencias de aquellos orgullosos magnates, que sin un motivo racionalmente fundado, enarbolaban sus pendones, haciéndoles tremolar sobre las almenas de sus torres feudales; pero que habiendo avanzado ya demasiado, siquiera obedeciendo á un punto de tradicional altivéz, no creian decoroso retroceder en la empresa temerariamente adoptada, sin menoscabo de ese teson tan proverbial, y que forma el tipo ordinariamente clásico de cierta aristocracia.

Con todo, Alfonso, antes hombre que monarca, y como tal, víctima de las miserias y fragilidades humanas, podia hallar aun medio de transaccion posible con aquellos soberbios reyezuelos, bien que á costa de cualquier pequeño sacrificio de autoridad; pero tratándose del conde de Altamira, el asunto variaba de especie: reclamaba de este una prenda que valia para él mas que su propio tesoro acaso; pero Ataulfo, si bien admitiera la amistad del soberano, con tal de no partir de él mismo la iniciativa, no podia tampoco satisfacer esta exigencia que reclamara con tenacidad esa prenda de alianza, inestimable para él bajo diversos aspectos.

Esta era la baronesa de Monforte, ahora condesa de Altamira, cuyo enlace con el conde adolecia de ciertos vicios de nulidad legal, tales como el de no haberse pedido la aprobacion régia préviamente y el que se referia al orígen bastardo del pretendido magnate.

¿Cómo, pues, rebajarse su altivez hasta el estremo de admitir la gracia del rey á trueque de una condicion tan humillante é indecorosa y que arrastraria indudablemente á la ruina su casa, rehabilitada, segun digimos, por este enlace?

¡Oh! entonces el ludibrio público le arrojara al rostro mil baldones, y los cuarteles de Altamira quedarian mancillados con el lodo inmundo del deshonor.

En tal terreno discurria Ataulfo.

Pero habíase ya malignado la atmósfera política en términos desesperados, segun ya digimos. Alfonso, antiguo amante de la baronesa, cuya hechicera imágen, á pesar del trascurso del tiempo, atarazaba su mente, como el ángel de la tentacion victoriosa; Alfonso, locamente enamorado de ella, estaba resuelto á jugar el todo por el todo, hasta su misma corona, si necesario fuese: aprestábase con redoblados bríos á la lucha, y cual fiero atleta, enardecido, exaltado por su frenético entusiasmo, sublimada su criminal pasion hasta un grado de perturbacion moral supremo, era casi un autómata de aquella misma tentadora imágen, que absorbiera su alma entera; eterno emblema del placer, vivo trasunto de goces sensuales y que, bajo el inapreciable tesoro de sus seductores halagos, arrastraba el manto régio por el lodo de la impureza y del escándalo.

Constanza correspondia por su parte á aquella pasion del ciego monarca con todo el ímpetu de un deseo contrariado por el deber de un esposo, herido en lo mas vivo de su honra, y

que, violento en sus resoluciones, mas de una vez hubo de apelar á las vías de hecho, maltratando brutalmente á aquella esposa infiel, la cual, bien lejos de corregirse, semejante á una víbora aplastada, erguia su venenosa cabeza para vomitar insultos, amenazas y execraciones contra su tirano, como solia apellidar al conde.

Y exaltada por el vértigo de la cólera y de la impotencia, escitada por la fiebre de sus rencores, hollado su orgullo por aquella resistencia tenaz, sublevábanse mas y mas los instintos culpables de la jóven, inflamábase mas su deseo, que adquiria desde luego un grado de exasperacion indecible.

En medio, pues, de esta guerra de rencores, otro hombre hubiera adoptado desde el principio una resolucion radical que decidiera aquella reñida crísis; pero Ataulfo, que amaba á su esposa hasta el grado que cupiera en él este afecto, aplazando un rompimiento de esta índole, servia á su interés propio, puesto que ese mismo acto, quebrantando el vínculo de aquella coalicion política que prestara la principal condicion de apoyo á su posicion crítica y comprometida, pudiera arrastrarle indudablemente á la ruina y al descrédito. Así que, devorando su amor propio, por mas que sintiera quebrarse una por una las fibras de su corazon egoista, reprimia sus ímpetus, sin dejarse llevar de un rapto insensato; de modo que mientras tenian lugar disgustos graves entre ambos consortes, sostenia él heróicamente la lucha, para descender luego de su vértigo, aniquilado por el sentimiento, transida de dolor el alma, agobiada por la angustia.

Sin embargo, el conde hasta entonces solo era víctima de una mordaz sospecha; pero no tardó en conocer otros pormenores mas íntimos, pruebas concluyentes de esas mismas fragi-

lidades de su esposa, testimonios auténticos de la traicion que hiciera esta á sus deberes de tal, y pudo penetrar el fondo verídico de aquellas liviandades que mancillaran el tálamo. Y ante aquel plenario infamante, el hombre mas apasionado no hay duda que adoptara un medio cualquiera que lavase su propia mancha, que provocara una reparacion decorosa y digna de un caballero que sabe apreciar su delicadeza.

Palomina, la infame Palomina, ese personaje siniestro y peligroso, que bajo una sumision afectadamente hipócrita y fingiendo un celo complaciente, era quien, admitida á las mas íntimas confidencias de familia y sabedora de todos los secretos, como que era su cómplice, intrigaba astuta, inflamando el corazon de ambos esposos, encendiendo, con una reserva hábilmente conducida, la tea de la discordia, y preparando la conflagracion de un incendio, cuya esplosion debia estallar un dia no lejano.

Y despues, invirtiendo el órden de sus maquinaciones, con tanta pericia combinadas, por una ingeniosa evolucion de ardid, y prevalida de su rango de dueña, solia provocar la conciliacion de aquellos desventurados esposos, indispuestos por ella, terciando hipócrita en reyertas mismas que provocara su maligno espíritu, con un fin diabólico, al paso que patrocinaba y aun terciaba tambien en las relaciones adúlteras de la condesa con el monarca. Y eludiendo siempre todo género de compromisos que este maligno juego de intrigas creara, y del cual salia siempre á salvo, continuaba dirigiendo á su arbitrio la trama de aquellos amores culpables, sin decaer al propio tiempo su alta influencia en los consejos de aquella desgraciada familia.

Mas, aun á pesar de aquella habilidad tan rara que desplegaba el maldito génio de la vieja, erigida en punto central y di-

rectivo de tan odioso plan, todo aquel incomprensible dédalo de intrigas domésticas debia tener un término y un desenlace, y á ello caminaba precipitadamente el curso de los acontecimientos: acercábase el dia crítico, y para ese momento preciso todos los resortes de aquella máquina odiosa conspiraban por distintas vías, llenando el hueco de sus aspiraciones bastardas con redoblados esfuerzos, con medios tenebrosos siempre, trazando sangrientos planes y conspirando siempre á un fin culpable y siniestro.

Era por cierto lamentable el cuadro que representara aquel grupo de voluntades antipáticas, esplotadas por el espíritu de aquel sér abominable y agobiadas por el peso de una maldicion tremenda: aquellas escenas tan repugnantes de familia, traspasando ya la línea del misterio, brotaban del santuario doméstico, ramificándose por todas partes y esparciendo por dó quier esa sangrienta alarma del escándalo, que tanto hiere la paz conyugal y el decoro de las sociedades.

Por otra parte, el impetuoso príncipe, tomando pretesto de la rebelion del conde y de su alianza con el obispo de Santiago, á quien odiara por instinto y á quien habia jurado por su propia corona despojar de la mitra compostelana, redoblaba sus aprestos de guerra contra las torres de Altamira, y aun es fama que tuvo la flaqueza de proponer abiertamente y sin ambajes, al primero, que si queria obtener su gracia, le entregaria sin mas tregua á la baronesa de Monforte, su antigua prometida, casada clandestinamente contra su voluntad (cuyo contrato llevara en sí mas de un vicio de nulidad, segun ya indicamos) y á la cual se habia sorprendido y violentado; intimidándole además, caso de negarse, con destruir la fortaleza de Altamira, confiscándosele todos sus bienes y tratándole, en fin, como rebelde, contumaz y reo de alta traicion.

Era, pues, por todo lo dicho, inevitable ya el cataclismo en uno y otro caso: ni podia caber medio posible de avenencia, puesto que se habian agotado todos; y como quiera que el foco permanente de intriga estaba en el mismo castillo, conspirando por exacerbar mas la situacion de aquella desdichada familia, de ahí esa misma conflagracion moral que ardia inplacable, y cuyo fin nadie podia atreverse á calcular, á escepcion tal vez de uno de los mismos instrumentos de tan infernales tramas, que pudo llevar hasta ese punto su jactancia.

Este instrumento era la infame Palomina, protagonista de este drama trágico, y enemigo juramentado de la familia de Altamira y de todo cuanto tuviera relacion con ella.

— «Hacinaremos combustibles por ahora, habia dicho en son de mofa en cierto tiempo, y no podrá perderse el trabajo: ¡Ay del dia que la luz de mi libertad se eclipse! Entonces prenderemos fuego á la mecha y arderá todo.»

Fué este un rasgo profético, cuyo cumplimiento debia realizarse, y se realizó en efecto.

Apenas el rey, inspirado únicamente por su criterio fundado en la observacion y la esperiencia, hizo presa legal de aquel peligroso mónstruo que traia en sus manos la tea de una implacable venganza, apenas ese mismo mónstruo conocido con el nombre de Palomina, entraba en el átrio de la justicia, para preparar su espiacion, sin renunciar empero al tema de su venganza, no enteramente satisfecha, halló medio de romper ante el conde y su esposa el hilo de la trama, provocando ese tremendo choque entre ambos, que ya conocemos, y cuyas consecuencias debieron sonreir al depravado ánimo de aquella mujer perversa.

Tal es el estado de cosas que vinieron á crear los prelimi-

nares que forman el presente capítulo, considerado como una ojeada retrospectiva que puede dar la clave á la mejor interpretacion de los sucesos cuya narracion nos hemos impuesto.

CAPÍTULO II.

La capilla del santo Cristo de la agonía.

. . . . . .
En aquel santuario
Con honores de tal... allí se dieran
Citas de rebellon disimuladas,
Cuando era necesario
Bajo el escapulario
De la hermandad cubrir otras jugadas.

Sobre la márgen del riachuelo Agua-pesada que desciende desde Amés, á unas seis millas de Santiago y poco mas de tres de Negreira, existe aun hoy un conjunto de caseríos aglomerados sin órden, titulado San Félix de Brion ó Briones.

Precisamente en la época de que vamos hablando, era un mezquino hacinamiento de chozas pobres y miserables, guarida de pecheros empobrecidos por los tributos, embrutecidos por la ignorancia y enervados por la inaccion y el envilecimiento mas abyecto.

Cada una de aquellas míseras familias solia cultivàr un trozo de terreno que tomaran á título oneroso, ó bien apacentaban, por cuenta propia ó ajena, un reducido rebaño en las praderías no acotadas de la montaña.

Y en medio de aquella vida nómada que arrastraran escépticas por el servilismo en que yacian, aquellas pobres generaciones de siervos, fanatizadas por un grosero sistema, resignaban pasivas su destino al arbitrio y buena voluntad discrecional de sus

orgullosos señores, verdaderos monarcas microscópicos, que reinaran á veces segun les placia, indiferentes ante tanta miseria, ahorcando, enrodando ó descuartizando á sus pecheros, deshonrando á sus hijas, y monopolizando la voluntad con repugnantes abusos jurisdiccionales; y si alguna vez en fuerza de tanta presion se sublevaba aquel mismo sufrimiento pasivo, otros nuevos desafueros mas violentos solian ahogar aquel doloroso clamor con todo ese lujo de crueldad inherente á la tiranía en su vértigo.

Entonces la necesidad, ese imperioso auxiliar de la criatura, solia romper todo género de consideraciones, inspirando á la víctima un recurso que pudiera quizás evitar el estremo de la desesperacion. El desgraciado elevaba al trono el eco de sus gemidos, que si eran atendidos acaso, podian prometerse un rasgo ejemplar de justicia en ocasiones dadas.

Pues bien, en medio de aquel conjunto de cabañas tan pobres y desmanteladas, vivo reflejo de la indigencia que albergaran, alzábase, como oponiendo un contraste insultante, un edificio toscamente construido, compuesto de un solo cuerpo cuadrado con ventanas aspilleradas, con saeteras, cubos y canzorros, amen de una espesa cerca de mampostería, con foso y contrafoso, y su puente levadizo sobre el rio, que defendiera su parte anterior, y de cuyo fondo arrancaba su sólido cimiento de canto. Dominaba, sobre todo, como una esbelta y altísima pirámide, el torreon de atalaya, con su gigantesco esqueleto desquebrajado, y su esquilon de alarma colocado en su capitel cubierto, que proyectara su negra sombra sobre los aplomados techos de pizarra.

Esta era la titulada alquería de Briones, propiedad de los señores de Altamira, de cuyos Estados formaran parte, y cuyas

fortificaciones acababa de poner el conde en estado de defensa, como que eran la atalaya de sus dominios por aquella parte, y avanzada del castillo.

Sin embargo, su posicion estratégica no era la mas á propósito, por no prestarse á ello las condiciones locales del terreno, ni otras circunstancias atendibles; pero en cambio de ello ignoraba el público que aquel juguete de fortaleza ocultaba la clave de los subterráneos de Altamira, colocada como estaba en el centro de un espeso jaral casi intransitable, que se daba la mano con la montaña inmediata á la del castillo, como que dicha alquería, ó mejor dicho, su castillejo, apenas asomara la alta espiral de su torreon cónico sobre aquel grupo inmenso de arboladura.

Tal era, pues, esta quinta fortificada, habitada ordinariamente por determinadas personas, admitidas á la íntima confianza de los señores del Estado; pero en la actualidad la ocupaba un respetable cuerpo de cuadrilleros á las órdenes de Lucifer.

Era esta la respetable hermandad del Santo Cristo de la Agonía.

Y á propósito advertiremos que entre los individuos de esta terrible milicia, figuraban tambien los que habian abandonado antes á su jefe por seguir al rey, y á los cuales habia este despedido, para que volviesen á ocupar su primitivo puesto, despues de haber negociado préviamunte su reconciliacion con el jóven capitan, á pretesto de que solo le habian acompañado en calidad de escolta; escusa ingeniosa que por cierto alcanzaba visos de posibilidad, por ser un hecho frecuentemente repetido en aquellos tiempos caballerescos.

Una tarde, cuando el sol declinaba al ocaso, dos hombres

vestidos de rigurosa armadura departian misteriosamente, paseando por una deliciosa pradera próxima al citado arroyo de Agua-pesada y oculta por una selva enmarañada y frondosa.

Los rayos fugitivos del sol, reverberando en el bruñido acero de sus arneses, reflejaban destellos fosfóricos que herian la vista, como inflamados relámpagos.

Los hermanos del Santo Cristo de la Agonía vigilaban al propio tiempo desde la plataforma del torreon, ocupando el resto los demás puntos convenientes.

Aquellos dos hombres llevaban echada al rostro la visera.

Era evidente que uno de ellos, por lo menos, tenia empeño en conservar, respecto á la multitud, su incógnito.

Era este S. A. el rey D. Alfonso.

El otro era Lucifer.

Indudablemente caminaban ambos de concierto á un sitio de misteriosa consigna.

Avanzaban siempre recatados, buscando los mas recónditos senderos del bosque y precedidos de Neron, el terrible mastin de presa del rey, que iba husmeando el terreno y asegurando el tránsito.

¡Oh! Neron eran un ser importante, y la mejor garantía de seguridad y defensa.

Largo rato aquellos dos hombres y su perro continuaron discurriendo por el bosque y sus accesorios. Era evidente que esperaban que anocheciera.

Cuando las tintas del crepúsculo empezaban á entrar en esa tenebrosa condensacion de las sombras, marcando el primer período de la noche, llegaban ambos, despues de un rodeo considerable, al punto que precisamente corresponde hoy al conocido caserío de Cabreiros.

Allí se alzaba entonces, entre un grupo de árboles, solitaria, medio arruinada, escueta como una hita funeraria, rodeada de cipreses, la capilla del Santo Cristo de la Agonía, que daba nombre á la hermandad, y en la cual, con el fin de protejer á los viadantes, solia haber constantemente un pequeño reten ó destacamento de las rondas volantes de la cuadrilla.

Las ruinas del santuario estendíanse á gran trecho, y solo quedaba en pié una especie de bóveda claustral, sostenida por arcadas sobre columnas toscamente labradas.

En el fondo de aquella bóveda alzábase un altar rústico con un enorme crucifijo de piedra mal tallado y denegrido por el tiempo, y en uno de los resaltos laterales de la doble grada, ardia siempre una pobre lamparilla de hierro.

Por lo demás, la capilla permanecia abierta á todas horas, ocasionando con ello una continuada série de impías profanaciones.

Ni habia tampoco una persona cualquiera que tuviese fijamente á su cargo aquel humilde culto; el primer pasajero, cualquier campesino, en cuya alma no se habia borrado un resto de piedad cristiana, acudia á reponer el aceite, pobre ofrenda que sostenia aquella lámpara, que solia tambien apagar luego una ráfaga de viento ó el soplo de una profanadora impiedad.

Referíanse mil consejas estravagantes acerca de esta especie de santuario, piadoso ardid inventado y exagerado con loable intento, y merced al cual el vulgo, por lo menos, miraba con sombrío terror aquel pobre y abandonado sitio.

Y esas mismas consejas, respondiendo á un doble sentido político y religioso, resumian la condicion de existencia de aquel mísero santuario, como que tenia por objeto imponer un santo terror á la heregía en el segundo caso; mientras que

cuando se inventaran por miras políticas ó de otro genéro, se proponian alejar de aquel sitio santificado todo motivo de curiosidad ó investigacion, como que solia ser el punto convenido de las mas comprometidas citas de los conspiradores.

Alfonso se introdujo sin vacilar en aquel asilo misterioso, y su compañero le siguió resuelto y sin manifestar recelo alguno.

Era evidente que ambos se dirigian allí de concierto con un fin determinado.

CAPÍTULO III.

En el cual empieza ya á rasgarse un pliegue del velo.

Ved que asoma un destello
De ese arcano que la mente aterra,
De ese cáos que encierra,
Trasparentando aquello
Que hay mas abominable aquí en la tierra.

Ambos personajes, por un movimiento espontáneo, marcaron una profunda reverencia ante aquella tosca efigie del Crucificado, y sentáronse sin ceremonia en la doble grada, especie de tarima rústica, labrada en la peña, que formaba la base mutilada del ara.

Neron quedó de centinela á la parte esterior, y á prevencion colocáronse préviamente á la entrada del buque varias ramas de ciprés, con el fin de ocultar la presencia de los nocturnos huéspedes á cualquier imprudente.

—Hénos ya aquí á cubierto de todo compromiso, esclamó el rey, rompiendo el silencio en voz baja y recatada; os he pedido una cita, yo, vuestro rey, á vos, guerrero afortunado y digno de otra categoría; no perdamos tiempo, mis soldados

precipitan su marcha en estos momentos sobre la alquería, y es bien posible que cometan una imprudencia, porque solo mi voz puede contener su intrépida bravura y esa entusiasta inspiracion que les inflama. Pues bien, nuestra alianza se ha hecho de todo punto necesaria; una série de complicados accidentes se ha agolpado sobre el suceso que insulta hoy mi prestigio y ha hecho surgir del cáos un fantasma casual, disfrazado con los velos del portento.

—No puedo menos, señor, repuso el jóven, de protestar á V. A. la confusion que me causan vuestras bondades llevadas hasta una prodigalidad que me envanece; ni alcanzo tampoco á reputar mis pobres méritos militares dignos de aspirar á esa alta honra por parte de un príncipe como vos, tan poderoso y magnánimo, respecto á un triste soldado sin nombre, aventurero y sin otro lustre que su espada, puesta siempre á su servicio ¿En qué fundais, señor, tanto favor? ¿podré saberlo?

—Todo lo sé, esclamó el rey con profética solemnidad, todo me lo ha revelado la Providencia y esa maldita bruja á quien Dios confunda: el castillo de Altamira alberga horrendos crímenes, y es el asilo tenebroso de la iniquidad...

—¿Qué decís, señor? ¿será cierto? esclamó Lucifer, interrumpiendo al monarca, como si obedeciese á una mágica evocacion que acabaran de hacer brotar en su mente las últimas palabras del príncipe.

—No lo dudeis, amigo mio, aunque todavía carezco de pormenores, aunque solo he sorprendido alguna que otra indicacion, que en boca de esa mujer encierra siempre un interés trascendental y sombrío, he podido, sin embargo, deducir una consecuencia lógica: Altamira encierra monstruosos crímenes, y en sus horrendas prisiones existe acaso mas de una inocente

víctima. Fijo en esta conviccion, yo, que cuento con antecedentes en que fundar la mas vehemente sospecha, yo, que poseo la cuerda de esos mismos antecedentes, que por ahora debo reservarme, me concreto á daros la voz de « ¡alerta! » esta voz de alarma, cuyo eco se reproducirá algun dia en vuestros oidos como el clarin del dia supremo. ¡Ay de vos entonces, si rechazais las proposiciones que hoy os hago en nombre de todo lo que hay de mas santo en la sociedad y en la tierra! Dios ha colocado en mi diestra la espada de la justicia; invocadla vos, puesto que un deber imperioso os lo dicta, invocadla, y caerá certera para estirpar el crímen donde quiera que se encuentre.

—Esos crímenes de que hablais... ¿tienen acaso alguna relacion conmigo, señor?

—Acaso mucho mas de lo que podais calcular, y yo, en nombre de Dios, os amonesto y conjuro á que os presteis á mis insinuaciones y coopereis conmigo de acuerdo con ellas.

—Pero ¿no merezco saber los pormenores? ¿me dejareis obrar como un instrumento ciego de vuestra voluntad, que por mi parte acataré siempre, pero que me creia en el derecho de poder interpretar, en vista de una confidencia vuestra?

—Ya os he dicho que por mas que posea ciertos datos sustanciales, carezco de esos pormenores fijos, sobre los cuales, sin embargo, he fundado mi conviccion, basada en otro género de antecedentes de suma importancia; pero dueño como soy de estos, yo, en cuyo plan no entra rasgar por ahora, si es posible, el misterioso velo que os oculta acaso una realidad terrible, me adelanto á deciros: ahí teneis la espada de mi justicia; la sociedad, la sangre tal vez que anima vuestras venas, os reclaman un sacrificio plausible y meritorio, un generoso servicio en su desagravio; partid, pues, armado de valor y de fé, y

herid en el corazon al tirano. ¿Qué puede deteneros? ¿Mi conciencia, mi autoridad suprema, no os garantizan el éxito? Bien es cierto que no poseeis ese mismo secreto de conciencia, que es al propio tiempo de lesa-sociedad, y que si obraseis, es porque yo os empujo, á pesar vuestro acaso, y os digo, puesta la mano sobre el corazon que late bajo de la púrpura: «¡herid!» herid, pues, esa cabeza maldecida, agoviada bajo el anatema del cielo en su alta justicia: ¿qué importa, pues, el velo de ese enigma, esa sombra que presta mayor importancia y solemnidad al suceso? ¿no quedo yo aquí para responder con mi conciencia de la responsabilidad en que pudiera incurrir el instrumento de mis decretos?

—Dispensad, señor, mi repugnancia, contestó Lucifer con cierta dignidad respectuosa, mi obediencia hácia vos es la mas profunda y cual cumple á un buen súbdito con relacion á un soberano como vos, bien quisto de su pueblo. Prueba de ello es la puntualidad con que me veis acudir á vuestro llamamiento y ponerme á vuestras órdenes, dónde y cómo habeis dispuesto; ved que á la mas mínima insinuacion de mi rey, admito de nuevo esos tránsfugas que me abandonaron por seguirle, y que al paso que han dado una prueba de acatamiento á esa autoridad suprema, que está sobre todas las consideraciones gerárquicas, faltaron tambien con su conducta y modo de proceder á la disciplina, y lo que es mas, al honor jurado. Y sin embargo, vuestra palabra desarma mi justo encono, dejándome rodear otra vez de esos hombres peligrosos, les entrego mi sosiego, mi tranquilidad, mi mismo sueño, esa dulce tregua de la vida, á ellos, eternos fantasmas de mi pesadilla, y en cuyas manos me parece ver siempre alzado sobre mi corazon el puñal de la alevosía, tinto en sangre... y entonces, aterrado por un sobre-

salto horrendo, cierro mis párpados, me encomiendo á Dios, tutelar de mi destino, y oigo únicamente la voz protectora de mi rey, que con acento profético y paternal, esclama y dice: «¡Duerme!»

É inspirado por el eco de esa misma voz sublime y elocuente hasta el infinito, duermo al punto, entregándome otra vez á esa turba de quimeras, que, sin embargo, no ceden un ápice en sus amenazadores conatos.

Pero cuando se trata de asesinar á un hombre, señor, continuó el cuadrillero con una variacion estraña de lenguaje, es bien diferente para mí, que esperimento un instinto de repulsion sensible, al cual no me es posible sustraerme (y dispensadme la franqueza que con ello me permito) puesto que en la esfera de mis teorías la voz de la autoridad, ni aun la régia prerogativa alcanzan, racionalmente hablando, á ello, sino al ejecutor civil, erigido en instrumento maquinal de la accion vengadora de la ley, erigida en árbitro supremo de las sociedades regidas por un órden de sistemas diverso. Una vez tan solo estuve á punto de perpetrar un crímen de ese género, que afortunadamente para mi conciencia no llegó á consumarse, y luego, pasado el vértigo que pudo inducirme á ello, creí enloquecer de remordimiento y pesar. ¿Veis? me estremezco solo al recordarlo, porque habiendo reflexionado luego á sangre fria y bajo un prisma estríctamente filosófico, profeso tiempo há la máxima de que las facultades humanas únicamente deben girar dentro del círculo de su misma potencia creadora; que el hombre solo puede destruir lo que es capaz de crear por sí mismo, sin otro auxilio sobrenatural, porque, ¿puede acaso crear otro ser que le iguale?

—No, eso es imposible, dijo el rey con aplomo.

—Pues bien, prosiguió el argumentador, alentado por la condescendencia de aquel, en ese caso, en ese sistema relativo, en ese órden lógico de que viene á desprenderse el hecho concreto de un racionalismo filosófico-moral, la muerte del hombre, ese aniquilamiento físico á manos de otro de sus iguales, por mas que quiera cohonestarse con un pretesto cualquiera, le juzgo como un asesinato jurídico cuando mas, abuso que la jurisprudencia criminal trata de santificar con el capcioso epíteto de ley, y que en realidad no es otra cosa que una utopia hipócrita, una heregía social.

—Y si yo os dijese: hay una razon de alta política que aconseja adoptar ese triste recurso, como medida saludable de reparacion...

—Perdonad, señor, para mí el asesinato destruye y no repara; hé aquí el vicio capital de que adolece esa pena estéril que imprime á las sociedades una marca abominable, que vive en la atmósfera artificial de los sistemas, lejos del corazon que la repele, cuando no es presa de las pasiones y del egoismo, esa corrosiva gangrena del alma. Esto podrá ser una opinion mia, pero no aislada: la muerte del hombre á manos del hombre es una aberracion moral, un vértigo de la criatura puesta en contradiccion con sus principios constitutivos, y por cuya abolicion claman las exigencias humanitarias de los pueblos civilizados en todos los tiempos.

—Basta de disertaciones, respetemos lo existente y abandonemos á los legisladores el cuidado de esa controversia. Decia, concretándome á nuestro caso, que existe una razon de alta política que aconseja recurrir á ciertos medios en circunstancias dadas como la presente; y en efecto, si dando yo espansion al sentimiento, si evocando la voz de la sangre, pulsara una de

esas delicadas fibras del alma, si soltara la presion moral de las potencias de vuestro espíritu y anegándoos en una mar de puro entusiasmo... ¡Oh! entonces os cegaria la cólera, se os cerrarian las puertas del discernimiento y os precipitariais desenfrenado en la carrera de esa violencia misma que calificais con justicia de crímen. Por eso llamo hoy á las puertas de vuestro corazon, pobre espósito de la caridad pública, os reconvengo en el seno de la amistad, invocando deberes sagrados, y desde la altura del sólio os conjuro por la memoria santa de vuestro padre que clama: «¡Venganza!»

—¿Qué decís, señor?

—Venganza, sí, venganza pronta é inexorable.

—¿Contra quién?

—Contra su asesino.

—Pero... decidme... ¿quién es el asesino de mi padre?

—Qué... ¿no lo habeis adivinado acaso? ¿no habeis sobreentendido el nombre del conde de Altamira en las palabras del rey, cuando os ha dicho: «Ahí, en Altamira le teneis, matadle?»

Un turbion de sangre pasó ante la vista del jóven, y le cegó: en su hermosa fisonomía se operó un completo trastorno, y esclamó todo conturbado y trémulo:

—¿Mi padre, habeis dicho, señor? ¡Oh! repetidme ese nombre sagrado, que por primera vez suena en mis oidos con su verdadero timbre; decidme quién es, quién soy yo mismo, puesto que lo ignoro y no puedo levantar la frente del polvo de la negacion y de la oscuridad que la mancha: reveladme mi estirpe humilde ó elevada, segun sea, y dadme, en fin, señor, esos datos indispensables, por los cuales suspira el alma, perdida en el limbo de una duda perdurable, dolorida y acerba.

Alfonso pareció conmoverse, y en su rostro juvenil se reflejó una plenitud visiblemente entusiasta.

Tendió la mano al jóven, y éste la besó con cierto respeto, parecido á la veneracion.

—Teniais razon, prosiguió, exaltadas á la vez sus facciones por una escitacion vehemente, siento ya germinar dentro de mi ánimo un esfuerzo inesplicable, que concentra todo mi sér y le enaltece; brota en mi alma una llama abrasadora, que inflama mi sangre y hará estallar el corazon, si no concluís de rasgar ese tremendo arcano, que empieza á despertar en mí un torbellino de ideas sangrientas y desconocidas.

—¿Qué mas quereis saber ahora, triste huérfano desheredado? ¿no os he revelado ya lo suficiente para que os decidais á tomar pronta reparacion del agravio de que sois víctima? Qué... ¿aun no os basta esto?

—Pero mi padre, señor, ante todo... un hijo tiene derecho á pedir noticias de su orígen, de su familia, y sobre todo de sus padres; y yo, como ya he dicho, desconozco mi estirpe y mi propio orígen: estoy solo, abandonado como un pobre pária en el mundo; mi espada se afana inútilmente por conquistar un nombre, aunque fuera á costa de mi sangre; pero ensordecen los hombres, enmudece todo como el desierto, y mientras tanto mi alma se funde en el crisol de la vergüenza y del oprobio. Dadme, pues, las noticias que os pido, en nombre de todo cuanto mas estimeis sobre la tierra; libradme del tormento de la incertidumbre que vos mismo provocásteis, y salvad con ello á este miembro proscrito de la sociedad: dadme noticias, señor, y en cambio de tantas bondades, reclamad de mí el mayor servicio que puede exigirse á un hombre de sana intencion, templado para los peligros y sufrimientos.

—Basta lo dicho para indicaros que el asesino, el verdugo de vuestro padre, es el titulado conde de Altamira: esto es todo. Unicamente debo añadiros, que toda vez que ha incurrido en el delito de rebelion contra su señor natural y rey, el acta de confiscacion de todos sus estados se halla ya rubricada y sellada: ahora solo falta una persona resuelta que investida de la autoridad competente, se atreva á notificarle ese rayo que fulmina contra él la majestad insultada, de acuerdo con las leyes de estos reinos. Ahora bien, puesto que rehusais el papel de vengador por ahora, ¿quereis encargado de dicha embajada?

—A todo me teneis dispuesto, y solo espero vuestras órdenes. En cuanto á mi venganza particular, podeis estar seguro de que la tomaré, y de tal manera acaso, que su memoria pasará á las generaciones como un acto ejemplar de criminalidad.

—Sea, pues, repuso sonriendo el rey, con cierta espresion de triunfante orgullo; ya voy viendo que empiezan á realizarse mis presagios, y que vuestros bríos van recobrando todo su nervio. Ni podia por menos de suceder así, y empiezo á ir creyendo que sellareis con una hazaña digna del nombre que llevais una empresa en que tan interesado se halla vuestro decoro. Partid, pues, cuando gusteis á Altamira, y respecto al conde, de él á vos, obrad como os plazca, puesto que os declino mi jurisdiccion en cualquier terreno que planteis el asunto.

Ante todo, prosiguió, entregando un pergamino al jóven, hé aquí el salvo-conducto que debe garantizar vuestra seguridad, y que os acredita mi plenipotenciario en este caso; tomadle y haced de él el uso conveniente. Enterad de mis intenciones al pretendido conde en la forma que voy á indicaros: hacedle ver esa funesta obcecacion en que se halla, ese error tan craso á

que le arrastra su desmesurada soberbia, y... en fin, prevenidle que abra á mis tercios las puertas de la fortaleza simplemente, á discrecion y sin condicion alguna, ó que de lo contrario sabré arrasarla hasta sus fundamentos.

Y si obcecado en su equivocado sistema de una resistencia ridícula, desoyera esa proposicion amistosa, entonces leedle este otro despacho, que encierra el acta de confiscacion de todos sus dominios, derechos y rentas en beneficio del fisco ó de la persona que yo tenga á bien designar á este efecto; intimadle en mi nombre el castigo en que pudiera hacerle incurrir su negativa, y retiraos luego.

Alfonso, que habia entregado otro pergamino á su colocutor, parecia observar con una sutileza verdaderamente diplomática el efecto que produjeran en el mismo sus órdenes, y pudo deducir la consecuencia de esa sinceridad franca y destituida de doblez que caracterizara al aventurero.

—Despachad, pues, continuó, sin mezclar mi causa con la vuestra, que debeis tratar separadamente á su debido tiempo; sed prudente, moderad vuestros arranques, y tened bien presente que en esta ocasion sois el plenipotenciario régio, desnudo de pasiones é instrumento fiel de la paz de mis súbditos. Teneis razon, quizás convenga aplazar por de pronto vuestra venganza; tiempo y ocasiones se ofrecerán luego para esa venganza misma, que es tambien la mia propia; y entonces, cuando ese edificio de la iniquidad y de la perfidia haya caido por cualquier medio en poder de la corona; cuando ese tenebroso artificio desaparezca, para dar lugar á la dilucidacion del misterio, haciendo brillar el astro radiante de la reparacion y de la justicia; entonces, el monarca, justiciero ante todo, abrirá un proceso verbal contra el tirano, y le entregará, si necesario

fuere, y segun los méritos que resulten, al brazo secular, al hacha de mis sayones. Despues, y de ahora para luego, tarde ó temprano, cuando esto suceda, el rey os felicita, os premia y dice: «¡salud, conde de Altamira!»

—Mi gratitud, señor, esclamó Lucifer todo confuso, no acierta á comprender tantas bondades hácia mí, que tan distante estoy de merecerlas. ¿Qué méritos puedo yo alegar, qué títulos proporcionados á una recompensa como esa?

Prosternóse de hinojos ante el monarca, cuyos piés besó con una especie de respeto que rayara casi en adoracion.

—Permitidme, continuó, besar vuestras plantas reales, rindiéndoos un sincero homenaje de acatamiento y de...

—Alzad, le interrumpió Alfonso, rechazándole con visible enojo, ya os dije en otra ocasion que no es así en esa actitud servil como quiero yo ver á mis súbditos, cualquiera que sea la categoría que ocupen en la escala social: respetad al rey en su encumbrada esfera, pero reservad el culto para Dios, á quien únicamente corresponde; el hombre envanecido que admite ciega é ignorante idolatría de sus semejantes, cuando se arrastran como inmundos reptiles, comete una profanacion ó una heregía culpable.

Alzad, *conde*, prosiguió con una indefinible espresion de intimidad, besad la mano de vuestro rey, y, creedme, no volvais á cometer esa flaqueza, porque pudierais incurrir en mi desagrado.

Lucifer, confundido cada vez mas por tanta bondad de parte de aquel generoso príncipe, tan pródigo y benigno, besó su mano.

Oyóse una nota lejana de clarin.

—Son mis monteros, esclamó el rey, y quiera Dios llegue yo

á tiempo de poder evitar una colision, que siempre podria comprometer mis designios.

. . . . . .

Un momento despues el cuadrillero se separaba de su soberano, y salia hácia el campo, precediéndole.

Alfonso, precedido tambien de su bravo Neron, pareció tomar la direccion opuesta por un sendero escusado, en cuya primera encrucijada le esperaba un grupo de soldados para darle escolta.

Al tiempo de salir de la capilla, un anciano religioso, alto y corpulento, se improvisó sin saber cómo, y cambió con el rey unas palabras secretas, volviendo á desaparecer al punto.

Era el misterioso monje de Sahagun, el mensajero nocturno de Santo Domingo de Silos, segun se anunciara al rey y dejamos consignado ya en otro lugar de esta obra.

CAPÍTULO IV.

El oso cogido en el lazo.

Importábale mucho
Enjaular al leon y á la pantera,
Porque en ardides ducho
Conocia el rencor de fiera á fiera,
Astuto gavilan, puesto de escucho.

Al separarse ambos personajes era ya la noche bien entrada, noche diáfana, alumbrada por una ténue claridad fosfórica que reflejara el brillo de las estrellas, sembradas como inflamados diamantes en un cielo azul záfiro.

Allá lejos, sobre las copas de los árboles, brillaba tambien en el espacio, como una aureola de nebulosa púrpura, el destello de un fuego que parecia corresponder á la alquería de Brio-

nes, y que, envuelto en torbellinos de humo, parecia marcar el vacío como un devorante incendio.

Aquel fulgor era producido por las hogueras de los soldados de la alquería, que vivaqueaban en la plataforma y en los pátios, porque el frio húmedo de la noche era intolerable de todo punto.

Mientras tanto Lucifer regresaba á la alquería, perdida la mente en un cáos de contradicciones.

El rey, por su parte, acompañado de tres de sus monteros, dirigíase hácia la selva de Monte Sorayo, en la cual incorporóse además con el resto del tercio que marchaba contra la alquería, y cuyo propósito desbarató la voluntad de aquel, conjurando así un compromiso grave.

El frio era intenso, avivado luego por un viento glacial que les obligó á apresurar el paso, haciendo crugir sus armaduras milanesas, cuyo peso no parecia embarazar sus movimientos.

Emboscáronse en la selva, que ya conoce el lector, y llegaron al bosque de olivos, de que tambien hicimos mérito, precisamente junto á las ruinas donde apareció la vieja Palomina al tiempo de penetrar con Lucifer en la gruta árabe.

La luna parecia brotar pálida y nacarada de aquellas ruinas, imprimiéndolas un tinte fantástico de melancolía.

Al dirigirse allí en aquella hora intempestiva, Alfonso obedecia á un intento premeditado y que se guardara muy bien de revelar, ni aun al cuadrillero mismo: tanta importancia debia darle.

Sin duda habia logrado arrancar á la vieja la clave de la consigna que facilitara la entrada de aquel apartamiento ignorado, sobre cuya existencia y circunstancias quizás le hiciera profundas revelaciones el misterioso monje de Sahagun cuando apa-

reciera en la capilla, y á cuyo favor el secreto de aquel prodigioso subterráneo debiera acercarse á una solucion pronta y despejada.

Al menos así debió comprenderlo el monarca, en cuyas miras entraria tal vez la idea de preparar una sorpresa, al paso que un acto reparador, á su simpático favorito.

Produjo con su silbato tres modulaciones sucesivas, á las cuales respondieron otros tres sonidos pausados, cuyo eco se reprodujo en los cóncavos senos de la montaña largo tiempo, perdiéndose al fin en el vacío como una nota moribunda.

Luego pronunció el rey una especie de alarido salvaje, sutil y prolongado, como el silbido de un reptil, al que contestó otro grito muy remoto, lúgubre como un gemido, y gutural como una nota melancólica, no esenta de armonía.

Siguióse una pausa breve.

Un momento despues se entreabrió el ramaje y apareció un bulto informe, que avanzaba lentamente y con cierta gravedad marcada.

Era el anciano Omar-Jacub.

Venia envuelto en un blanquísimo alquicel de lana, y por cuya orla asomaba la ancha hoja de una cimitarra tunecina. Los rayos de la luna, límpidos, daban á aquella aparicion un aspecto de solemnidad imponente, como una vision fantasmagórica.

Adelantó con solemnidad su paso grave, saltó sobre las ruinas, y pareció columpiarse allí como una estátua envuelta en sus plateados velos.

—¡Quién va! esclamó con su tremendo acento, y recelando acaso la sorpresa de que era víctima.

—¡El rey! contestó éste á su vez, echando mano á la espada y dirigiéndola al pecho del árabe.

Mantúvose éste inmóvil, y con una profunda calma pareció devorar su misma cólera con un rugido sordo y cavernoso.

—¿Qué significa esta sorpresa?

Y ante aquella altiva interrogacion, que envolviera visiblemente todo un fondo de rencor implacable, sus músculos temblaron de coraje, crugieron sus dientes, y una sonrisa infernal, satánica, dilató sus crispados lábios.

Por toda contestacion, á una imperiosa señal del rey, un grupo de soldados se precipitó sobre Omar-Jacub, que atado de piés y manos fué obligado á rendirse.

—Escucha, rey, esclamó forcejeando por romper sus ligaduras, tú no puedes consentir, en justicia, que haga perecer mi prision á otra víctima.

—¿Qué dice ese hombre, esclamó á su vez Alfonso, aproximándose á Omar, cuyas palabras habian despertado su atencion y sus sospechas.

—Que es preciso revelar un arcano antes de prenderme, y que...

—Sea, pues, ahora mismo, y despacha sin tardanza.

—Imposible, se trata de una narracion que requiere un buen rato.

—¿Sí, eh? pues no faltará tiempo luego, porque lo que es ahora, no le tenemos de sobra ciertamente.

Alfonso, en cuya mente despertara un presentimiento grave la indicacion del árabe, pareció recapacitar un instante.

—Oye, le dijo en voz baja, de modo que no pudiera ser notado por sus soldados, conviene mucho que calles por ahora, hasta tanto que yo disponga lo contrario: entonces me harás tus revelaciones, de las cuales espero mucho en verdad, y tú tambien de mi gratitud y clemencia, como que acaso te restituirán

la libertad, mi gracia, que puede valerte mucho, y despues...

—Despues... ¿qué?

—El galardon á ese servicio, y que sabré igualar por mi parte al mérito.

Omar-Jacub respiró entonces: su pecho se dilató con una aspiracion, que acaso envolviera un supremo destello de esperanza.

—Pero señor, esclamó algo afectado, mis revelaciones son de suma trascendencia, y urgen. ¿Podreis decirme cuando se dignará oirlas V. A.?

—Presto, yo mismo iré á buscaros al punto á que por ahora os destina mi justicia.

—Una prision tal vez, señor...

—No importa, así conviene; resignaos, por mas que tenga para vos algo de repugnante esta medida, así mirada superficialmente. Sin embargo, prescindid de la forma por la esencia; y si fueran de tal naturaleza esas confidencias, que merecieran esa misma recompensa de que os hablaba, no dudeis, repito, que á ella irá unida vuestra libertad y mi gracia.

—¿Es verdad, señor? preguntó en el colmo de la emocion Omar-Jacub, ¿se compadeceria de mí vuestra clemencia?

—Palabra real.

Y ante esta frase tan concluyente y enérgica, el anciano se precipitó á besar la mano de Alfonso, el cual sintió caer sobre ella una lágrima ardiente, y se separó de allí.

—Que suelten á ese hombre, dijo.

La órden fué al punto obedecida, y el anciano fué inmediatamente conducido con una respetable escolta al castillo de Mondoñedo.

Pero en los cálculos del monarca no debia entrar, sin duda,

divulgar ante una guarnicion tan numerosa como la de dicha fortaleza, la prision de Omar; así que la órden fué luego revocada, á cuyo efecto un ginete partió hácia el punto referido, portador de esa misma órden terminante y precisa.

El emisario alcanzó al preso y á su escolta bien cerca de los mismos muros de Mondoñedo, y por consiguiente pudo cumplirse al fin la voluntad de S. A., en cuya virtud fué trasladado Omar á un pequeño fuerte ó torre aislada que ocupara las alturas de Zintraes, y que mas adelante dieron en llamar de San Cayetano.

En aquella prision solitaria hallábase presa ya de antemano la vieja Palomina, cómplice de Omar-Jacub.

Siguiendo las órdenes del rey, ambos fueron puestos en rigorosa incomunicacion, y una veintena de soldados, escogidos de los mas bravos tercios leoneses, quedó guarneciendo la torre, con el encargo especial, tanto estos como los demás, de no revelar á persona alguna, y menos á Lucifer, esta ocurrencia.

CAPÍTULO V.

Que trata del apuro en que colocara al cuadrillero su doble compromiso.

. . . . . .
¡ Laberinto fatal ! ¡ suerte enemiga !
¿ Cómo salir del dédalo sombrío
De ese artificio de maligna intriga ?

Lucifer, por su parte, no se descuidaba en proveer á la mejora de las fortificaciones de la alquería: redoblaba sus esfuerzos y aglomeraba materiales y gente, reclutando nuevos soldados

y concentrando aquellos tercios dispersos que recorrian la comarca en forma de guerrillas errantes y aventureras.

Un buen resultado coronó sus esfuerzos, y en bien pocos dias empleados en infatigables pesquisas, pudo conseguir abastecer de gente y víveres aquella pequeña fortaleza, poniéndola en estado de regular defensa y enajenándose al propio tiempo, con liberalidades y dádivas, la voluntad de aquella soldadesca corrompida y mercenaria, instrumento decidido para cualquier empresa, con tal que pagaran sus servicios á buen precio.

Y de aquí la influencia moral que conquistara sobre aquella gente su nuevo jefe, cuya voluntad puede decirse que reinara omnímoda sobre todos, y levantábase orgullosa, omnipotente, como la del general á cuya voz se baten millares de entusiastas héroes.

Una noche llamó al rastrillo un hombre completamente armado.

Era un soldado de Altamira, portador de una órden secreta y perentoria del conde.

Prévios los requisitos de consigna, fué introducido y llevado á presencia de Lucifer, á quien entregó un pliego cerrado y sellado.

El contenido de este pliego era el siguiente:

«En el nombre de Dios trino y uno, etc.

»Payo Ataulfo de Moscoso, conde de Altamira y de Monforte, etc., al capitan Lucifer, jefe cuadrillero de la hermandad del Santo Cristo de la Agonía en los tercios del M. R. en Cristo Frey Don Diego Pelaez, obispo de Santiago, y hoy á las órdenes de estos Estados que regimos por la divina misericordia; salud.

»Por cuanto S. A. el señor rey D. Alfonso de Leon y Cas-

tilla, nos ha hecho presa de mala ley en las personas de nuestra muy honorable dueña doméstica Beatriz de Quiñones, entendida por Palomina, y de nuestro buen amigo y prisionero de honor el antes arraez y poderosísimo señor Omar-Jacub, á quien teníamos bajo de la salvaguardia de nuestra buena fé y lealtad en un palacio subterráneo que existe en nuestros dominios.

»Por cuanto se ha cometido en este caso una violacion de territorio y una usurpacion injusta por parte de dicho príncipe, agresion que rechazamos y protestamos con toda la fuerza de voluntad necesaria que pone en nuestras manos la justicia que nos asiste ante Dios y los hombres:

»Por todo lo cual, á vos, valiente y noble caudillo, prevenimos que pongais á cubierto de una invasion cualquiera el importante punto de la Alquería de Briones, cuya defensa hemos confiado á vuestra fidelidad, ínterin adoptamos otras disposiciones que impidan la repeticion de lances de tal naturaleza, y reclamamos al cielo y á nuestros aliados la pronta y reparadora satisfaccion de tales ultrajes, á fin de dar una leccion de dignidad á ese príncipe injusto que nos huella y tiraniza.

»De nuestras Torres de Altamira á los cuatro dias del mes de enero del año del Señor mil y sesenta y cuatro.—Firmado y sellado de nuestro puño y sello.—PABLO ATAULFO DE MOSCOSO, CONDE DE ALTAMIRA.»

Terminada la lectura, el jóven cuadrillero quedó un momento cabizbajo y poseido visiblemente de una profunda confusion.

¿Qué pasaria en aquella mente combatida por tan variados proyectos? ¿cuál fuera su decision en medio de aquella lucha moral, de aquel caos de vacilaciones y dudas?

Solo Dios lo sabe.

De aquel laberinto de intrigas que se agitaran en torno suyo, de aquella misma lucha perdurable, oscura y tenebrosa, era él el centro de accion en cierto modo, el blanco á que se dirigian los tiros, el foco donde fermentara acaso un fuego esterminador que en su dia debia vomitar, como una tromba asoladora, todo un infierno de suplicios y crímenes, marcando al propio tiempo un punto trágico en los fastos de las catástrofes de la historia.

Sacudió al fin su hermosa cabeza, como para aliviarla de un gran peso, dictó á su lugar-teniente una órden secreta, y salió de aquel recinto, concentrada visiblemente su imaginacion y confundido al parecer en una perplegidad profunda.

Un momento despues caia el ponton y tornaba á subir de nuevo.

Lucifer se alejó entonces de la alquería, montado en su arrogante caballo árabe, raudo como el viento ó como alma que arrebatan los demonios, al decir del vulgo: iba solo, aunque completamente armado.

Las tinieblas de la noche, que era fria por cierto, apenas permitian una dudosa claridad producida por las estrellas que brillaban en un cielo despejado y purísimo.

Allá á rato, el jóven llegaba á las faldas pedregosas del Monte Sorayo, y por consiguiente, junto á las ruinas que ocuparan el centro de la selva que ya conocemos.

Ató el caballo á un corpulento pino, y provisto del medallon quebrado que le entregara la vieja, como el talisman que debiera facilitarle la entrada y allanar cualquier obstáculo al penetrar en la misteriosa gruta, dirigióse presuroso á ella, henchido el corazon de emociones.

CAPÍTULO VI.

Coloquio.

Un sueño funeral la sorprendiera,
Que triste y abatida
En angustioso afan, su suerte fiera
Oprime al alma entera
De amarguras transida.

Segun se dejara traslucir por el contenido del pliego de que dejamos hecho mérito en el precedente capítulo, Ataulfo, al paso que ponia en conocimiento del cuadrillero la prision de Palomina y de Omar-Jacub, hacíalo en términos ambiguos, particularmente al referirse al palacio subterráneo que habitara éste, y cuya situacion y circunstancias absteníase de revelar. ¿Cómo, pues, se conciliaba esta reticencia con esa misma confianza tan franca y sincera que tantas veces le protestara? ¿Cómo le ocultaba igualmente la existencia de la jóven árabe y del esclavo, y como accesorio de todo ello, aquella brillante profusion de riqueza oriental que guardaran las entrañas de aquel monte entre selvas y maravillas salvajes?

Luego tambien aquellas confidencias tan francas y espontáneas del rey, aunque misteriosamente disfrazadas, aquellas reticencias, aquel tenaz empeño, cuyo fin podia tal vez calcularse, aunque no su orígen, y en fin, aquel compromiso sistemático, que era el tema obligado del monarca... todo ello, pues, llevaba el sello de un orígen constante que formara el núcleo de ese cáos contradictorio en que fluctuara el jóven.

¡Oh! sí, en todo ello encerrábase tal vez un profundo arcano.

Por lo mismo, adelantándose la prevision de Lucifer á la

del conde, habia volado á poner en práctica un generoso designio, el de salvar á su bella amante, aun á trueque de arrostrar los mayores riesgos, con tanta mas razon, cuanto que si llegaba tarde, iba acaso á perderla para siempre.

Tal era, pues, su proyecto.

Exhibió el trozo de medalla al negro, cuya interrogadora mirada parecia sondear el pensamiento del jóven, y al fin, no sin gran repugnancia, condújole al departamento de la cautiva, quedando él á la parte esterior, vigilando, al parecer, sus movimientos, y acechando como el leon su presa, desnudó su luciente alfanje, contraidos por una ferocidad cruel los músculos de aquel rostro de ébano.

Lucifer pudo notar aquella espresion, aquella calma equívoca, aquella alarma, en fin, tan violenta, que el nubio envolvia en un contínuo rugido de ferocidad salvaje, y no pudo menos de estremecerse en cierto modo.

Un momento despues, y como visiblemente contrariado, Abrael introdujo al cuadrillero al departamento oriental que ocupara la jóven y que ya conocemos.

La esclava, riente y entusiasta al parecer, yacia medio vestida en su lecho de pieles, é incorporada sobre un rico almohadon de recamado, arreglaba su hermoso tocado saturado de olorosos perfumes.

Cada vez que su mirada lánguida se posaba en aquellas delicadísimas carnes, en aquellos diminutos piés, aprisionados en sus babuchas leves de muñeca, cuando reparaba su piel de alabastro, lustrosa y trasparente, donde parecia traslucirse, á través del terso epidermis, la circulacion de aquella sangre purísima, meridional, rubicunda como coral fundido, y cuando, en fin, consultaba al gran espejo veneciano, con marco cincelado,

que tenia en frente... ¡oh! viérase entonces dilatarse aquel mórvido seno bajo sus forma de nieve, y reflejar en su rostro una sonrisa de soberbio coquetismo.

A este tiempo crugieron los goznes de la puerta al abrirse, y el cuadrillero pudo sorprender involuntariamente aquellos voluptuosos encantos, todo aquel provocativo tesoro de seducciones tan sensual é incitante.

La bella cautiva, cuando se apercibió de la presencia del jóven, cruzó sobre el seno su túnica de armiño, y replegándose en una pudorosa actitud, devolvióle el saludo con una sonrisa angelical y hechicera.

—¡Cuánto tardaste! esclamó ella, dejándose besar en la frente por Lucifer y en tono de marcada reconvencion; ¡oh! ¡si supieras cuanto he temido por tu vida!...

—¿Por mi vida?

—Sí, porque he tenido sueños sangrientos y horrorosos.

—¡Ah! ¿una pesadilla quizás ó un delirio?

—Sí, amado mio; mi fantasía me hizo presenciar tu suplicio...

—¡Qué horror!

—Asistí á tu agonía, sin poder socorrerte, ni menos dirigirte una sola palabra de amor, ni una frase de consuelo en aquella hora crítica y suprema. Si supieras cuál era la opresion de mi alma, el peso que agobiara mi corazon transido... las lágrimas no existian ya en mí, porque la intensidad del golpe habia secado sus fuentes, habia helado de espanto la sangre en mis venas, paralizando su circulacion y conjelando á la vez tambien mi vitalidad con el hielo del terror mas insensato.

—¡Dalmira! ¡cuánto habrás sufrido!

—No me llames Dalmira, abomino ese nombre, que no es el mio y que...

—¿No? le interrumpió el cuadrillero con cierto asombro; pues esplícame...

—Espera que concluya mi relato. Luego un sayon habia colocado en mis manos tu cabeza, que habia visto yo rodar y rebotar sobre el tablado fúnebre; tu cabeza tan bella, híbrida entonces con el vértigo de la muerte, y yo besaba frenética esos ojos donde se mira mi alma transida de amargura y que giraban en sus órbitas con una espresion espantosa, fiera, rugiente é indecible, mientras que el tronco, palpitante y yerto, saltaba en medio de un charco de sangre sobre el patíbulo, y mis manos, tambien enrojecidas, chorreaban esa misma sangre, que fluia en espantosa abundancia de tu cabeza, que pesaba en ellas como un globo de plomo.

—Eso es verdaderamente horrible.

—Despues, el inmenso gentío que acudiera á presenciar aquella bárbara y criminal mutilacion, que la hipocresía social suele apellidar justicia, y que en realidad es la mancha que lleva en sí el anatema de las naciones cultas y de la moral mas pura, se retiró, satisfecho, al parecer, de aquel crímen premeditado, de aquel asesinato jurídico, el mas cobarde, el mas odioso, el mas abominable de todos... y yo quedé allí únicamente, petrificada de espanto, me abracé á tu cadáver, ya frio, empapé mi túnica en aquella sangre, que era el último efluvio de mi vida, y... nada mas ví. Una niebla ardiente, caliginosa, me envolvió como en un sudario de fuego... luego hirió mis oidos un silbido, estraño como el torbellino, retronó en los aires, rasgáronse los cielos, abrióse la tierra, el caos lo incendió todo y absorbió al mundo.

Cuando volví en mí, prosiguió, me hallé aquí en este lecho, bañada en sudor mortal, devorada por la fiebre y comprimido

el corazon por la pesadilla. ¡Ay! algo de estraordinario debiera haber sucedido durante mi rapto, y así lo presumí al punto. En efecto, Omar-Jacub habia sido sorprendido por las rondas volantes del rey en los bosques de Monte Sorayo, á donde la traicion le atrajera por medio de un engañoso ardid, y tomándosele acaso por un espía disfrazado en un terreno peligroso como este, acababa de ser conducido... no sé dónde.

—¿Será cierto? esclamó Lucifer, en cuyas facciones pareció lucir un destello de profética sorpresa.

—No lo dudes, y lo peor es que el conde quizás sea ya sabedor del suceso, destinado á influir terriblemente en mi suerte acaso. ¡Oh! estoy perdida entonces para siempre... los sucesos se precipitan, el misterio prolonga los pliegues de su sombra fatídica, y un astro sangriento parece cernerse sobre mi cabeza maldecida: ¡cúmplase, pues, la voluntad de Dios!

Y la hermosa cautiva cayó de rodillas sobre la alfombra: elevó al cielo sus hermosos ojos rasgados, en los cuales temblaba una lágrima, como una perla líquida, y leíase un destello de resignacion sublime.

En aquella actitud, en aquella mirada intensa, sublime hasta el éxtasis, habia algo de sobre natural y angélico: era el vivo trasunto de la vírgen mártir que á vista del suplicio, inflamada por la fé y confortada por el divino espíritu, ofrecíase toda en holocausto de su propia inocencia.

Lucifer contemplaba estasiado aquella estátua purísima, divinizada por la virtud, como un ángel postrado en las gradas del trono del Altísimo, y su corazon palpitó de pasion y de entusiasmo, cual nunca él lo habia esperimentado.

Oyóse entonces el tañido lento de una campana ó de un timbre.

—¡Santo Dios! esclamó sobrecojida de espanto la jóven.

—¿Qué significa esa señal? preguntó á su vez Lucifer en el colmo de la sorpresa y del asombro.

—Somos perdidos sin recurso, dijo ella toda trémula y recorriendo la estancia en busca de un punto cualquiera donde poder ocultarse ú ocultar al jóven.

—Pero ¿qué sucede? insistió éste sin poder salir de su atonía.

La esclava no parecia oirle, tan preocupada estaba.

—¡Dios mio! volvió á esclamar en el colmo de su angustia; ¿hasta cuándo durará mi desventura y tu cólera hácia esta triste víctima de tu justicia?

Y tomando por la mano á su colocutor, le arrastró en pos como un autómata hácia un oscuro rincon del subterráneo, diciéndole:

—Es preciso ocultarte; si es que no quieres precipitarme contigo y perdernos; fio á tu prudencia y discrecion lo demás, y solo en un caso estremo...

—No acierto á comprenderte, repuso él, obedeciendo maquinalmente á aquella mujer que le impelia con tenacidad hácia el punto donde pretendiera ocultarle.

Sonó entonces no muy lejos de allí un golpe estraño que puso fin al diálogo, separándose ambos colocutores.

Un instante despues Dalmira, como seguiremos llamándola, restituida á su departamento, tiraba de un cordon de seda pendiente de la bóveda, y abrióse una puerta.

Unos pasos lentos sonaron entonces é hicieron recrugir la espiral de madera que correspondia al fondo de la gruta.

CAPÍTULO VII.

Declaracion de amor.

Recurrió en su afliccion al alto cielo,
Rechazando su afan aquí en la tierra;
Y aquel ensordeció, y aquí la guerra
De la conciencia en el humano suelo,
Cercáronle de amargo desconsuelo.

Allá á poco un hombre alto y cubierto con una gran capa, entraba con cierta gravedad jactanciosa, ó como si dijéramos, con cierto coquetismo parecido á una petulancia que rayaba en ridícula.

Era el conde Ataulfo de Altamira y Moscoso.

Su pecho enronquecido, jadeaba de pura fatiga, y en aquella fisonomía escuálida, cada vez mas demacrada y lívida, traslucíase algo mas que fiebre, el sino de desesperacion que poseyera su espíritu, destrozado por una lucha moral contradictoria y que en vano tratára él de disfrazar bajo una sonrisa forzada.

—Mucho temia, señora, dijo con su acento lúgubre y en tono de plácida reconvencion, que vuestra constante esquivéz para conmigo hubiera concluido por negarme el favor, para mí siempre grato, de mereceros una audiencia esta noche; y por cierto que vuestra condescendencia me obliga al fin á justificar la tardanza en admitirme.

—En verdad, señor conde, contestó ella, que os he hecho esperar mas de lo necesario, y casi me atrevo á solicitar vuestra indulgencia; ¿qué quereis? dormia uno de esos sueños ter-

ribles, una de esas siniestras pesadillas, en mí tan frecuentes desde que el alma es presa de tantos sentimientos, y... no pude acudir á tiempo, como debiera: despues me vestí apresuradamente apenas oí la señal, y al punto abrí la trampa.

—Estais dispensada, señora, y verdaderamente que no otra cosa pudiera esperarse de esa urbanidad que os distingue: si un pesar me aqueja despues de la cumplida manifestacion que os debo, es el de esa profunda melancolía que os aflige, produciéndoos esos mortales deliquios, y entristeciendo esa existencia que yo por mi parte, creedme, quisiera dulcificar á cualquier costa con los mas puros goces. ¡Ah, señora! ¡cómo no interpretar yo ese quebranto que os aqueja! La simpatía, esa cuerda sensible que encadena los séres predestinados al sufrimiento y al cariño, ha venido á despertar mi sensibilidad y mi afecto en un grado heróico hácia vos, que sufrís como yo, y que por lo mismo debeis comprender mi situacion moral, como yo á mi vez conozco la vuestra y la compadezco, pidiéndola mi egoismo un consuelo.

—¿Qué decís? Vos, tan poderoso, tan rico, tan...

—Sí, teneis razon; yo tan rico y poderoso, tan influyente por mi posicion social y política, pudiera aspirar á cierta plenitud, á cierta fruicion de goces que la fatalidad aleja de mí, arrebatándome la tranquilidad y el reposo, y constituyéndome en una condicion deplorable. ¡Ay de mí! si supiérais la hiel que rebosa mi corazon despedazado, el dolor que envenena mi alma en esta noche... ¡Ah! decís muy bien; yo pudiera ser feliz en medio de mi suerte; pero estas mismas circunstancias favorables que me rodean, esta pompa, este poder, estos brillantes medios que enaltecen mi nombre, todo, en fin, concurre á agravar mi situacion y acibararla. ¡Líbreos Dios, señora, de

una desgracia como la mia, disfrazada por la opulencia y el brillo artificial de la fortuna; puesto que concentrada en el espíritu, á salvo de todo género de apariencias, esa irónica espresion del amor propio, devora al corazon puesto en tortura entre ese amargo torcedor y las exigencias sociales alentadas por el orgullo. Es verdad, habrá quien mirando en mí únicamente al conde de Altamira, deslumbrado por la apariencia de esa brillante aureola que me rodea, me tenga envidia; ¡incautos! ignoran que si me despejara de esa máscara faláz, si dejara yo caer la corteza que encubre esa horrible desnudez descarnada y triste.... ¡oh! entonces, estad bien segura que apartarian de mí su vista escandalizada, me compadecerian quizás, y... ¿quién sabe si me despreciarian, maldiciéndome?

Ataulfo se dejó caer con profundo abatimiento sobre un sitial próximo.

Contemplábale la jóven con cierto asombro, como que, habituada á otro género de lenguaje por parte de aquel hombre altivo, no alcanzaba á adivinar la causa de una variacion tan súbita como desconocida.

—En verdad, señor, que nadie creo pudiera sondear una realidad que yo misma estraño, careciendo para ello de antecedentes: ¿quién sabe? todo es posible, y en tal caso no puedo menos de protestaros mi conmiseracion.

El conde guardó un instante de silencio, como si recapacitase, coordinando una idea ó venciendo una duda tenaz; vertió un suspiro, y su pecho anhelante esperimentó cierta comprension fatigosa, que produjo sucesivamente uno de esos ataques de tos con esputos sanguíneos.

Luego, cuando húbose tranquilizado algun tanto, esclamó en un lenguaje que, aun á despecho de la clásica dureza que

le distinguiera, parecia tomar cierta familiaridad confidencial.

—Dalmira, soy un desdichado mortal, sobre quien la Providencia ha querido desplomar todo el terrible peso de sus justicias. Perseguido por S. A. el rey de Leon, que se ha propuesto aniquilarme, perseguido además por la sombra de un rival invisible, que ha estado á punto ya una vez de matarme y de cuyo atentado ha quedado mi salud gravísimamente lastimada, solo me faltaba una escandalosa ruptura conyugal, y... esto acaba de sucederme. Rechazado por la imprudente conducta de una esposa adúltera, único consuelo que pudiera prometerse mi afan, acaba de abandonarme con el mayor descaro, despues de insultarme, abusando de ciertas circunstancias que favorecen su culpabilidad.

—Eso debe ser triste, sí, teneis razon.

—Lo es, señora, y tanto, que ese golpe ha roto las fibras de mi corazon, enfermo de afecciones amargas; y como si todo ello no bastara para crearme esta posicion, la mas desesperada que dar se puede, esa mujer ha provocado un divorcio legal, del cual entienden ya los tribunales del reino. ¡Ah! cualquier dia no lejano una ejecutoria siniestra pondrá término á ese litigio en perjuicio de mis derechos, rasgando mi decoro propio y deprimiéndole.

Además, continuó despues de una corta pausa, no es ese solo el insulto doméstico que me atormenta; hasta Palomina, esa dueña maldita, á quien Dios confunda, y cuyas tenebrosas maquinaciones han traido mi situacion á este estremo, ese instrumento de la intriga que mancilló mi tálamo, mónstruo hipócrita de rencores y crímenes, pero cuya discrecion me convenia comprar á cualquier precio, acaba de caer en manos del rey, quien podrá utilizar sus revelaciones en perjuicio mio, y entre ellas la

de vuestra existencia en este punto. En este caso, ¿cómo poner á cubierto vuestra virtud de la incontinencia de Alfonso? ¿Cómo pueden conjurarse las consecuencias de sus arrebatos violentos, si teneis la desgracia de caer en su poder por cualquiera de los diversos medios, que él, poderoso, astuto y fuerte, pueda poner en juego para haceros suya?... ¡Oh! confieso que todo este turbion de ideas concurre en tropel á atormentar mi mente, combatida por tanta peripécia, creando un verdadero cáos de que no hallo salida apenas.

Y agobiado por tanto pesar, quebrantada mi salud por mis sufrimientos físicos, y aun mas por esa fiebre moral que corroe y destruye sus resortes vitales, rechazado despiadadamente por todo cuanto me rodeara, y que un tiempo pudo lisonjear mis ilusiones, vengo á pediros un consuelo en mi tristeza, á vos, único ser que pudo infundirme una esperanza. ¿Qué quereis? cerrado el horizonte de mi dicha, cuando envuelto en las tenebrosas sombras de la duda, ví cernerse allá lejos, sobre un abismo de nubes, un punto sangriento que marcara el fatídico fin de mi destino... escuchadlo bien: en aquellos momentos críticos de mi desesperacion, que concentrada en aquel punto profético, no otra cosa veia en rededor que una masa de tinieblas compacta, poblada de fantasmas terribles, á través de alboradas sangrientas é imponentes... entonces se improvisó una tentadora imágen que sonreia como un ángel y que pudo á la vez infundir todavía aliento á mi fé, poco antes muerta, y que volvia á surgir de nuevo, inspirada por no sé qué presentimiento, que me salvaba y me restituia la vida.

Ahora bien, todo eso, que no pasaba de un sueño, prestábase á la interpretacion con toda la verdad que imprime la certeza de un hecho providencial á todas luces. Dalmira, ese án-

gel, ese génio, ese fantasma consolador que me enviara el cielo en mis sueños de agonía... erais vos.

—¡Yo!

—Sí, estoy seguro, erais vos... ni podia ser otra. La mano de Dios descorrió un pliegue del velo que oculta al hombre lo desconocido, y en uno de esos lúcidos destellos que es permitido disfrutar al alma, rasgos providenciales que muestran á la criatura todo un tesoro de maravillosos fenómenos, sentí la vibracion del golpe, mi alma esperimentó la dulce plenitud de la verdad que hiere la conciencia conmoviéndola, y esa presion moral tan vehemente, dió toda la luz á mi espíritu, para iluminar ese camino que recorre su marcha vacilante por un sendero tortuoso á veces, y en el cual plugo á mi ligereza lanzarme.

Y puesto que, prosiguió con vehemencia, habeis sido vos la inspiracion salvadora de mi reposo y de mi conciencia, la cual entra desde hoy en las vías saludables de la reparacion, puesto que vuestro corazon es el eco de la virtud mas pura, mártir de las debilidades humanas, de que sois tambien víctima; Dalmira, mi único refugio, mi ángel tutelar, mi todo; vengo á tí, rechazado por el mundo entero y por el destino; salvadme, sed mi providencia y no ensordezcais á mi voz cuando os pide un amor, por el cual tanto tiempo há suspiro, y que rehabilitando mi carácter, puede coronar la obra de mi predestinacion.

—Imposible, señor; yo nunca puedo variar mi propósito, que os ha repetido ya en otras ocasiones las fundadas causas en que se apoya mi negativa, sin que trate de inferir agravio alguno á vuestro amor propio.

—Esas causas permitidme haceros observar que han cesado de existir, y por lo tanto creo estais en el caso de modificar vuestra opinion.

—Os equivocais, señor conde, y en prueba de ello, atreveros á negarme que, aun á pesar del divorcio intentado, todavía subsiste vuestro matrimonio legítimo; y en tal caso, vuestra pretension solo puede abrigar el propósito de querer hacerme vuestra manceba; idea que, aun desde la triste posicion que ocupo, rechaza mi honra con toda la dignidad que imprime la desgracia, en quien sabe arrostrarla á la altura de sus deberes.

—No, eso jamás; en algun tiempo me acometió la tentacion de intentarlo, y tuve la flaqueza de proponeros mi deseo, el cual debísteis rechazar y rechazásteis, sin que por ello trate yo de mostraros resentimiento alguno, puesto que he llegado á reconocer imparcialmente la justicia que os asistiera, pero hoy, por mas que penda todavía el fallo resolutorio de ese divorcio, no deja ya de estar roto virtualmente y de hecho el vínculo de mi matrimonio con la baronesa de Monforte, mis exigencias varian de especie, y esta pretension, que me permito someter á vuestro albedrío, gira en el círculo de una lícita posibilidad, que os recomiendo con insistencia, esperando que, tomándola en consideracion, sabreis resolverla en el buen sentido á que es acreedor el espíritu que la dicta.

—Veo que os dejais alucinar por un error, puesto que, partiendo de un equivocado principio, fundais un sistemático empeño que os ofusca. Además, mi condicion escepcional, mi estado de casada...

—De viuda direis, señora.

—No me atrevo á creerlo, por grande que sea vuestro empeño en afirmarlo, y dispensadme la libertad que me permito de contradecir vuestro aserto en este caso, sin desmentiros: hasta hoy el único dato que cuento para suponerlo así, es la afirmacion que ratificais siempre, y por mucha que sea la fé que vues-

tra autoridad me merezca, todavía no cuento con un documento confirmatorio que lo ratifique, desvaneciendo las dudas que asaltan siempre en estos casos, y deslindando francamente mi situacion, colocándola en un terreno espedito al amparo legal. Entonces, señor, en ambos casos, es decir, sancionadas en debida forma vuestra independencia y la mia, vuestras pretensiones respecto de mí podrian estar en su lugar acaso y obtener cualquier resultado favorable ó adverso; pero mientras todo eso no suceda, permitidme que insista en mi propósito, invariable y fijo.

—¿Es decir, que tambien me aborreceis vos?

—A nadie sé aborrecer, señor, lo cual no impide tampoco que pueda usar de mi albedrío en este caso, por mas que esté en abierta contradiccion con vuestras pretensiones.

Ataulfo levantó la vista y la fijó en la jóven con una brusca mirada de insolencia: una nube colérica pasó súbitamente por su rostro, que una esplosion recóndita iba descomponiendo, y aquella palidez biliosa que velara su piel, tomaba progresivamente un tinte cadavérico y calenturiento.

—Cruel sois en demasía, señora, dijo visiblemente desconcertado, y por cierto que creia tener derecho á esperar que los acontecimientos últimamente sucedidos hubiesen modificado vuestro proceder: tened presente que sienta mal la ingratitud en una persona de vuestras prendas, y que hay exigencias determinadas acreedoras á otro género de comportamiento por parte de quien, comprendiéndolas, no las desaira, de acuerdo al menos con la urbanidad, que suele ser el reflejo de cierto género de virtudes.

—No os comprendo, ó por mejor decir, no acierto á comprender esas causas que pudieran obligar mi gratitud hácia vues-

tro comportamiento para conmigo; y puesto que provocais una cuestion candente, que repugna por su propia índole, entro en ella de buen grado, rogándoos, ante todo, que la esplaneis con latitud, seguro de que será por mi parte cumplidamente sostenida.

—Dalmira, replicó aquel hombre, aventurando un supremo esfuerzo suplicatorio y violentando su amor propio herido, no rasguemos llagas cicatrizadas ya, comprometiendo á la vez un porvenir quizás venturoso; olvidemos el pasado, y amándonos todavía, probemos al destino que ante un esfuerzo supremo de la voluntad, debe ceder su saña, que hay un gérmen de abnegacion en nuestros corazones, predispuestos siempre á la generosidad y al perdon, y que, en fin, lejos de esas flaquezas que empequeñecen al alma, otros sentimientos mas elevados nos enaltecen, cuando conducidos por saludables vías, nos colocan en un punto heróico donde no todos llegan.

—No acierto, señor, á seguir los giros metafísicos de vuestro discurso, ni á vos en ese terreno tan recomendable. Acaso me equivoque, pero no arde en mi corazon la llama de ese entusiasmo que inflama el vuestro; solo restan las cenizas frias del fuego que aquí ardió, y siento un vacío helado que imprime la insensibilidad en mi sér entero, paralizando sus resortes morales. Preciso es resignarse, y yo, á la vez que protesto no abrigaros rencor alguno, no puedo desterrar de mi memoria el recuerdo de ciertos lances que han dejado impresa en mi alma una marca indeleble de afliccion y de calamidades sin cuento.

—Ea, ya volveis á vuestro tema, olvidando, en medio de esa ceguedad que os alucina, los favores recibidos, que constituyen por vuestra parte una deuda pendiente á mi favor y que no os perdono.

—Volveis vos tambien á vuestro empeño; y á propósito, recuerdo ahora la especie que habeis vertido de que mi gratitud debe estaros obligada. En primer lugar, una observacion de este género, siquiera sea fundada, envuelve un pensamiento bajo, que empequeñece á quien le concibe y dá una idea bien pobre de sus principios, como que estingue de un soplo esa obligacion misma, anulándola. Además, y viniendo ahora al punto capital de la especie, ¿dónde están esos motivos de gratitud tan decantada? ¿Lo es el romper el vínculo que uniera á una familia feliz, dispersando sus miembros, proscribiéndoles y sepultándoles en hediondas mazmorras? ¿Lo es tambien el arrebatarles su rico patrimonio, usurpándoles sus derechos de primogenitura, reservando á una pobre mujer, sin otro delito que el de ser hermosa, el solo lenitivo de un lujo asiático que de nada sirve en una prision subterránea, lejos de la luz del dia, y á cargo de crueles carceleros que espían sus mas leves movimientos?

—Por Dios, señora, que os dejais llevar de esa prevencion fatal contra mí, para exagerar y alterar los hechos. Esas personas que os han guardado hasta aquí, no creo que merecen la calificacion de carceleros que les dais, puesto que, segun vos misma, han venido tratándoos con todo género de miramientos y consideraciones. ¿Qué queja teneis del proceder de Omar-Jacub hasta el dia en que la perfidia de Alfonso le hizo prisionero?

—Ninguna por su parte, puesto que ha sido únicamente el mero ejecutor de vuestras órdenes, de las cuales un grave compromiso le impedia separarse.

—¿Qué agravio os ha inferido ese pobre esclavo, cuya vigilancia ha velado vuestra seguridad y vuestro sueño, poniéndoos á cubierto de cualquiera sorpresa?

—Ese desgraciado ha sido y es, como el otro, un instrumento obligado y ciego de vuestras iras ó de vuestras pasiones.

—Y despues, cuando las maquinaciones del rey os han arrebatado ese centinela de vuestra honra, cuando la paternal figura de Omar ha desaparecido, dejando un hueco sensible á vuestro lado, ¿no me he apresurado yo mismo á acudir en vuestro auxilio?

Dalmira guardó silencio, un silencio desdeñoso y disciplente. El conde continuó:

—Pero ese vacío es difícil ya de llenarse, porque es tal la prostitucion social que invade las clases, que no hallo persona á quien poder fiar vuestro tesoro y que pueda reemplazar esa pérdida que deploro. En tal caso, y utilizando á la vez las demás circunstancias especiales que concurren sobre el particular, reproduzco mi pretension y os digo: Dalmira, aceptad mi amor para ser mi esposa luego, y entre tanto, no desprecieis la mano que, sacándoos de vuestro encierro, os restituye á la luz del dia, al ambiente libre, y trasladándoos á las brillantes comodidades de su alcázar, os ofrece en perspectiva felicidades sin número y una dulce compensacion á vuestras penas.

—Eso nunca lo aceptaré mientras no me deis noticias documentadas y auténticas de mi esposo y de mi hijo.

—Imposible, os repito por la centésima vez que no existen; no puedo seros mas esplícito.

—En tal caso, renunciad á vuestro empeño: dejadme podrir en este antro inmundo, y aun si es necesario morir... moriré en él: ¿qué puede importaros mi muerte?

—Dalmira...

—Sí, prefiero la muerte á este estado en que, violentada mi voluntad por la presion del abuso que en mí se ejerce, se me

obliga á admitir un papel bien triste en esta farsa insustancial y ridícula, donde se prescinde de nombres propios con un fin que desconozco. No, no os empeñeis en un imposible, creedme, prefiero permanecer en un cautiverio, encargando á la Providencia la justificacion de mi causa y compadeciendo á mis tiranos, sin odiarles.

—¡Señora! esclamó con una brusca irritacion el conde, en el vértigo de ese parasismo que os inflama, desconoceis la razon y olvidais al propio tiempo la condicion á que os conduce vuestra altivez y vuestro error. Hay un abismo al fin de esa obcecacion tan ciega, y sin duda quereis precipitaros en él, aunque con pesar mio; consten, pues, mientras tanto, los esfuerzos que he hecho por salvaros, por mas que hayan sido estériles sus efectos y sus consecuencias.

—Os comprendo, en verdad, y por desgracia mia no hay medio á mi favor que alcance á sustraerme á vuestros rigores; sois árbitro de mis destinos, y al esperimentar toda la gravedad de las consecuencias que se deriven de eso que vos apellidais sistema, obcecacion y otras mil cosas mas; no desconozco tampoco las probabilidades que de mi desistimiento pudiera prometerse acaso. Como quiera que sea, no debo separarme de la línea de conducta que mi conciencia y dignidad me han trazado, y en la cual persisto.

CAPÍTULO VIII.

Intimacion.

Fué en vano su rogar, y la amenaza
Con que selló la súplica postrera,
Al par que desespera
Su corazon, y alma despedaza,
Ofrécele allá lejos, lisonjera,
Una esperanza, en fin... una quimera.

Ataulfo oyó con cierto estupor las últimas palabras de la jóven y que ratificaran su resolucion inmutable.

En su rostro, ordinariamente impasible, se pintó con mas vigor que nunca esa espresion de incalificable dureza que precede á la desesperacion á veces, y en la cual no era difícil traslucir un rasgo de dolorosa amargura.

La pretenciosa brillantez de sus vestidos, su aseado porte y aquel alarde, en fin, de coquetismo, tan estravagante en fuerza de ridículo, nada de esto habia logrado corresponder al pensamiento que lo produjera y que ocultara el propósito de hacerse menos repugnante á su víctima, aspirando nada menos que á la posibilidad de arrancarla un consentimiento de amor. Y sin embargo, Ataulfo, aun á despecho de sus esfuerzos verdaderamente contrariados, solo habia conseguido exasperar mas el ódio de su víctima, ante la cual, como una irónica personificacion del vicio, presentábase mas repugnante todavía y asqueroso aquel hombre atrevido, cuyo supremo ardid le diera un resultado contraproducente. Y en verdad que el conde, cuya figura tan poco recomendable, aun en su estado de salud normal, parecíase

mejor que á un hombre, á un esqueleto animado ó á un cadáver engalanado tal vez por irrision con una lujosa mortaja.

Su mirada fosforescente, aquella pupila que se revolviera allá en el centro de sus alvéolos, con todo el tempestuoso fuego de una rábia colérica, adquiria al parecer mayor intensidad, semejante á un airado relámpago en medio de aquellas descarnadas facciones, de aquella palidez sepulcral que le asemejara á un espectro; y en todo aquel horrible conjunto revelábase algo de infernal y diabólico que imponia.

Al fin rompió el silencio que hasta entonces guardara, y con voz campanuda y hueca, al paso que fulminó á la jóven una de sus fulgurantes miradas, esclamó:

—¿Es decir, que todas las puertas se cierran á mi afan? ¿Qué estoy solo absolutamente en el mundo, convertido en objeto de oprobio y rodeado de enemigos? ¡Ah! yo sabré hacerme justicia, y me abriré paso por mi camino, aun á despecho de todas las potencias del infierno, si contra mí se conjuraran tambien; y puesto que la fatalidad me coloca en este estremo sensible, ¡y bien! recurriré á la violencia, usando de mi derecho, y arrancaré á viva fuerza el triunfo, mal que os pese á vos, señora, y á todo el que se interponga en mi camino.

—Está bien; pero eso no pudiera impedir que vuestras violencias se estrellaran siempre en mi voluntad, que es inmutable, y que os reto á quebrantar, si es que os atreveis.

—¿Y quién pudiera resistir el ímpetu de mis rencores? vos, pobre mujer, ¿qué partido pudiérais sacar de una lucha empeñada conmigo? ¿seríais tan crédula que pudiérais aspirar á obtener un triunfo nada menos que contra mi poder?

—Es bien posible, no lo dudeis, por mas que os halague una ilusion en contrario: ¿quién me impediria hacer ciertas revela-

ciones que os comprometieran, sin que vuestro poder bastara á desvirtuar su influjo? Pues bien, esas revelaciones mismas me darian ese triunfo, que aniquilaria vuestro orgullo, desagraviando á la sociedad y á vuestras víctimas.

Ataulfo vertió una destemplada carcajada irónica.

—Parece que tratamos, como si dijéramos, de potencia á potencia, y que en alas de vuestra ilusion volveis á olvidar de nuevo la condicion á que os reduce vuestra suerte. Si en fuerza de mérito no conseguís mejorarla, si vuestro indiscreto orgullo no desciende al terreno de la prudencia, colocándose al nivel de las necesidades que os cercan, ¿quién me impedirá ahogar vuestra voz en cualquiera prision, cuyos muros pueden únicamente devolveros el eco de esas delaciones con que ¡incauta! acabais de amenazarme? No seais, pues, tan imbécil, y sin remontar tanto el vuelo de esa fantasía pueril, poneos en razon, y os salvareis.

Dalmira calló á su vez, y una dulce sonrisa brilló en aquellas purísimas facciones, imprimiéndolas una indefinible espresion de desdén que inflamó el orgullo del conde.

Levantóse este visiblemente irritado, contraido su demacrado rostro por la desesperacion, y revelando en todo su sér ese horrendo vacío en que flotara su corazon, destrozado por una lucha interna.

—Puesto que lo quereis, sea, dijo con un rugido de esos que rasgan las fibras del alma y la aterran; vuestra pertinacia se obstina en forjar nuevas cadenas á vuestra libertad, que yo por mi parte quise salvar de buena fé, y me he engañado. Salgo contristado de este retrete, donde pensé encontrar el bálsamo consolador de mis desgracias, y al ausentarme, apenado, traspasado el corazon por el dolor que me aflige y me conturba, me

llevo el consuelo al menos de haber puesto de mi parte todos los medios conciliatorios que pudieran haber evitado el conflicto moral de nuestro espíritu y dulcificado sus goces.

Aquel hombre hipócrita, que en aquellos momentos, impresionado acaso por su propia situacion tan aflictiva, sentia indudablemente todo el peso de los remordimientos, y que, cediendo á un instinto propiamente egoista, veia cerradas todas las puertas del consuelo, enjugó maquinalmente con su dedo meñique una lágrima que debiera ser de sangre, último resto de sensibilidad, quizás, que destilara su corazon, desecado por el orgullo y petrificado por la perversidad y el ódio. Por lo demás, no habia allí compasion, ese destello innato de la caridad, rocío benéfico del cielo; el egoismo, esa monstruosa pasion tan degradante, predominaba allí de nuevo, cada vez mas tenaz y desmedida, bajo la máscara hipócrita del artificio.

Detúvose otra vez, fingiendo cierta vacilacion que no sentia; su mirada adusta pareció tomar cierto aspecto de conmiseracion, fijándose con cierto interés sostenido en el rostro de la prisionera, alterado á su vez por una impaciente ansiedad. Luego dijo, como echando mano del último ardid:

—Dúcleme en verdad haceros sentir el peso de vuestro merecido, dejándome llevar de mi justa cólera: ese teson de que haceis alarde y que tanto hiere mi amor propio, no alcanza á destruir el sincero amor que hácia vos me anima. Os concedo el plazo de un dia para poder meditar detenidamente el asunto y resolveros definitivamente en cualquier sentido, entendiéndose como improrrogable. Quedad con Dios, os dejo libre, y mañana por la noche, sin que persona alguna pueda apercibirse, os haré otra visita, que será la última, como que decidirá vuestra suerte: en vista de lo que resolvais... Mientras tanto, la ausencia

de Omar no impedirá tampoco que se os sirva la comida como siempre por la compuerta de costumbre y en la misma forma que se ha practicado estos últimos dias, y aun tambien me atreveria á acompañaros, sino sirviera de rémora á vuestra meditacion en la grave alternativa que debe ocuparos mañana.

Y el conde un momento despues salia del subterráneo, donde fueron estinguiéndose progresivamente sus pasos lentos é inseguros.

CAPÍTULO IX.

En el cual desaparece de la escena uno de los actores.

Al punto abandonaron
Aquella gruta de oriental portento;
Sobre el cadáver híbrido, sangriento,
Del esclavo pasaron
Rápidos como el viento,
Y aquel antro infernal abandonaron.

La jóven prisionera, cuya emocion llegaba ya á su colmo, sin poder contenerse, cayó, ó mejor dicho, se dejó caer sobre un rico almohadon de brocado, pálida como el mármol, y en cuyo semblante lucia, sin embargo, una aterradora sorpresa.

Lanzó un prolongado suspiro, y su vista azorada vagaba errante por todo el ámbito de la gruta, fijándose principalmente y con cierto terror en el punto por donde saliera el conde.

—¡Dios mio! esclamó, tu misericordia es grande, pues me salva de mis enemigos.

Lucifer, testigo mudo é invisible de la precedente escena, apareció entonces, trémulo por la cólera y la indignacion

que le poseyera, á juzgar por la alteracion de su semblante.

—¿Qué significa, dijo, ese enigma? ¿qué misterio se oculta en todo este turbion de intrigas?

Dalmira balbuceó una frase incomprensible, y su vista no dejaba de fijarse cada vez mas tenaz en el fondo lóbrego del subterráneo.

Arrojóse de rodillas á las plantas del jóven, cruzó las manos y le dirigió una de esas arrebatadoras miradas que tanto dicen y que no admiten réplica.

En aquella actitud suplicante, en aquella deprecatoria mirada, habia algo de sobrenatural que conmoviera el ánimo del mas indiferente.

—Los momentos apremian, dijo á media voz y con entrecortadas frases, es preciso huir sin perder tiempo: ¿no has oido mi sentencia en boca de ese hombre infame?

—Sí, es preciso burlar su depravado intento, es necesario abatir su saña diabólica, aproximándole á la espiacion de sus crímenes: ¡oh! todo lo adivino, ese hombre debe ser un mónstruo de iniquidad, á quien la Providencia en sus decretos coloca tal vez bajo la cólera del cielo. Yo seré el instrumento ejecutor de esa justicia, á cuya accion no podrá sustraerse con todo el artificio de su astucia. Por de pronto, dices bien, es necesario huir sin perder tiempo, y yo por mi parte estoy dispuesto á salvarte, si mis fuerzas alcanzan á ello. Con tal intento dirigí aquí mis pasos, y ahora que lo he oido todo, con mas razon todavía insisto en ello: y á tí, ¿qué te parece?

—Que es necesario huir ó perecer, porque la separacion es la muerte, y ese hombre perverso es capaz de todo.

Dalmira, que habia pronunciado con vehemencia estas palabras, enjugó una lágrima que brotara de sus hechiceros ojos, y

dejóse caer con cierta languidez, desvanecida, en los brazos del cuadrillero, que la besó en la frente.

—Huyamos, pues, dijo, tomándola dulcemente en sus brazos, ¿qué nos detiene ya?

Desprendióse ella al punto y llevó el índice á sus lábios, prescribiendo el silencio.

—Seamos prudentes, dijo, bajando la voz y señalando al terterrible mudo que vigilara en la parte esterior, y cuya mirada torva y siniestra no se separaba del grupo venturoso.

La jóven, revistiéndose de cierta autoridad, adelantóse hácia aquel temible centinela, con quien cambió un signo particular de inteligencia.

El miserable entreabrió entonces la verja y se arrodilló ante su altanera señora, hasta tocar el suelo con la frente.

—Abrael, dijo ella con una espresion concluyente y enérgica, es menester huir desde luego.

Una sonrisa de cruel amargura dilató los lábios del esclavo, cuyos dientes blanquísimos parecieron chocar con un ligero crugido: besó la orla de la túnica de la dama y vertió un gemido sordo, cavernoso y lúgubre.

Luego, á una señal de ella, enderezó su cuerpo mostruoso, elástico como el de una serpiente, y su mirada, lúcida, ansiosa y fiera, pareció interrogar con cierta insolencia la causa de tan súbita resolucion, como si dudase en realidad de lo que oia y veia.

—¡Despacha pronto, esclavo! repitió ella con imperativo acento é impeliendo hácia afuera á aquella masa negra y repugnante que se erguia rebelde á sus plantas, como Satanás á las del Arcángel.

Abrael, de rodillas, trémulo por un sordo rencor que her-

via en su pecho, marcó con su mudo, aunque espresivo lenguaje, un signo negativo y resuelto.

Era preciso apelar á la violencia ó al ardid para vencer, si era posible, aquel obstáculo casi insuperable.

Dalmira se decidió por este último medio, convencida de la ineficacia, ó al menos de la arriesgada esposicion del primero.

—Nos han vendido, dijo, para robustecer su resolucion con esta prueba; nos han vendido, Abrael, y es preciso partir ahora mismo.

Pero este recurso no surtió el apetecido efecto por parte del negro, cuya fidelidad solia rayar á veces en pertinacia.

Entregóse entonces á un rapto de desesperacion cruel: mesábase sus crespos cabellos, reia con una risa satánica, y bramaba de cólera como un toro salvaje.

Pero aquel rapto pasó luego, y el nubio, abatido visiblemente por el dolor y la cólera, inclinó la cabeza sobre su pecho, quedando como aniquilada aquella poderosa energía.

—¡Sal de aquí, esclavo! esclamó la dama, repeliéndole imperiosamente hácia afuera, como si obedeciese á una idea previsora y profética: ¡sal de aquí, miserable, y obedece á tu señora, ó tiembla!

Al fin cedió él, murmurando una sorda amenaza, y colocándose á la parte esterior de la verja, empezó á blandir su luciente alfanje con una espresion imponente.

Lucifer, cuya sangre ardia á pura impaciencia, no pudo ya reprimir un movimiento colérico para precipitarse sobre el rebelde esclavo; pero la jóven le contuvo.

—Déjale, por Dios, díjole por lo bajo, no le irrites, porque es una fiera indómita y terrible que nos devoraria.

Y corrió al punto los barrotes de la puerta de hierro, como

para interponer una insuperable barrera entre el negro y ellos.

—¡Abrael!!! gritó luego con un vibrante acento de amenaza; ¡Abrael! es necesario que partamos todos; yo lo mando.

Pero el negro, con su espresion sarcástica, señaló al cielo con su dedo índice, que luego llevó al pecho, trazando por fin un signo negativo.

Era aquel el colmo de la impiedad, la blasfemia llevada al punto supremo del cinismo: aquella señal denotaba que ni aun el mismo Dios podria obligarle á abandonar su puesto.

Y su infernal mirada dejaba traslucir la tempestad que bramara en aquel corazon salvaje, realzando la parte mímica de su lenguaje mudo, aunque terriblemente nervioso.

—¿Con qué es decir que rechazas mi mandato? gritó ella enfurecida á su vez y en tono de amenazadora autoridad.

Abrael, altivo y arrogante, contestó afirmativamente con una inclinacion de cabeza.

Su pupila de fuego, inflamada por la ira, traslucia el fuego que ardiera en su pecho. No era ya el esclavo servil, pasivo y humilde que se suele arrastrar á los piés y aun bajo el látigo de su dueño; era, sí, el orgulloso gigante, potente y soberbio, en cuya frente erguida estallaba el rayo de la maldicion y la cólera.

—¡Ea, acabemos de una vez! esclamó la jóven en el colmo del furor; no se diga jamás que el esclavo triunfa de la justicia y de la voluntad de su dueño.

Y animosa hasta la imprudencia, al paso que se esforzaba en contener los ímpetus de su compañero, la jóven llevó su delicada diestra al pomo de su magnífico cangiar que lucia en su cintura como un enorme diamante oval labrado.

Pero Abrael, lejos de imponerse ante aquel ademan que revelara una espresiva amenaza, volvió á reir con diabólico sar-

casmo, cruzándose luego de brazos con una espresion de calma insolente: luego inclinó la cabeza y dirigió á su colocutora una mirada oblícua, abrasadora como un relámpago y que traslucia una ironía procaz.

Aquella actitud desapareció luego, y en medio de su transicion salvaje lanzó un rugido y pareció devorar al jóven con una implacable ojeada de ódio recóndito y mortal.

Era aquel un destello de inspiracion diabólica, como que revelaba una temeraria sospecha. Creia que Lucifer habria podido vender el secreto de Omar, y aun quizás el de la gruta y sus moradores, y que el anciano habria sido preso ó asesinado á consecuencia de ello.

Sus dientes blanquísimos, agudos y cortantes como los del chacal, rechinaron fuertemente, como respondiendo á la conconvulsion nerviosa que agitara su cuerpo entero: una espuma blanquisca rebosaba por aquellos lábios indefinibles, crispados por la cólera; y fiero, iracundo, presa de un sangriento vértigo, agitaba su corvo alfanje y dirigia al cuadrillero, con su elocuente ademan, una señal bastante significativa, que pudiera interpretarse de esta suerte:

—«¿Qué has hecho de Omar-Jacub? ¡Responde presto, tráele salvo ahora mismo ó beberé tu sangre!»

Y su voz tonante, aunque sorda y cavernosa, bramaba como el estampido de la tempestad, rebosando hiel é improperios.

—¡A tierra, esclavo! ¡dame esa arma y ríndete! gritó la sonora voz de la jóven con un acento imponente.

Y como tardara en ser obedecida, la animosa dama, en uno de esos poderosos arranques de ánimo que revelan el temple de una alma heróica, precipitóse hácia la puerta como una leona rugiente, en ademan de herir al nubio.

Lucifer se precipitó á su vez hácia la verja, para contener á la jóven y sustraerla de un peligro inminente.

Pero era ya tarde. Ella, rápida, con un giro veloz, habia asido la aldaba y forcejeaba por abrir la puerta con una fuerza increible en aquellos brazos delicados.

Y al paso que se empeñaba aquella especie de lucha entre ambos, Abrael, espectador sombrío y principal actor de aquella repugnante escena, observaba sus detalles como el tigre astuto y maligno sobrescitado por el hedor de la sangre.

Aproximóse á la verja, á la cual unió su pecho desnudo y negro como el ébano, como un reto imprudente y provocativo al furor de su señora.

Lanzóse esta como el rayo, levantó su brazo armado del cangiar, cuya hoja arrojó un brillo fatídico, y se precipitó á herir al negro.

Pero éste, dilatado el rostro por una risa histérica, su pupila encendida como la de la hiena, saltó hácia atrás y se colocó recto, como una estátua á cierta distancia.

Y escitado por esta evolucion salvaje, tan rápida y elástica, vertió una sorda aspiracion, su aplastada nariz pareció dilatarse, y en el colmo de aquella inspiracion feroz que le sublevara, riendo con su infernal sarcasmo, hundióse en el costado la hoja de su alfanje morisco, sin la mas mínima alteracion de dolor.

Era por cierto harto significativa esta cruel resistencia, con la cual el orgulloso esclavo oponia al monopolio humano una prueba de dignidad social, que designara el límite potestativo del hombre sobre el hombre, colocado á la altura de sus privilegios.

El suicida mantúvose aun allí de pié, como un gigante inmóvil. Un arroyo de sangre fluia de su herida del pecho, hasta

que al fin, debilitado ya, vaciló un instante y cayó luego como una masa aplomada é inerte. Su lengua mutilada pugnó por articular sin duda una frase; pero sus lábios no se movieron.

Oyóse aun el bronco estertor de su respiracion, que hacia hervir á borbotones la sangre en la herida, y por fin, despues de una repugnante agonía, un bramido sordo y lúgubre puso término á su vida.

Entonces la animosa mujer y su amante huyeron precipitadamente, pasando sobre aquel gigantesco cadáver, horriblemente alterado por la muerte, y que aun parecia sonreir con su espresion diabólica.

Aun parecian agitarse aquellos palpitantes miembros, y sus deslustradas pupilas, terriblemente amenazadoras, parecian lanzar tambien una execrable maldicion á entrambos fugitivos.

CAPÍTULO X.

El asilo de Santa Susana.

Libres, gozando del ambiente puro,
En plática amorosa
La campiña esmaltada y olorosa
Hienden en busca de un rincon seguro
Que asilo ofrezca á la cautiva hermosa.

Ambos jóvenes lograron salir incólumes del subterráneo, y llegaron al valle artificial, donde permaneciera el caballo del cuadrillero atado al mismo árbol donde le dejara poco antes al cuidado de su palafrenero y paciendo en la olorosa floresta.

Una vez ya al campo libre, Lucifer cabalgó con su querida en aquel brioso corcel de batalla, y partieron.

Aquel grupo hendia el espacio como una exhalacion, y el terreno que hollara desaparecia con una rapidéz asombrosa.

—¿Y qué? decia el jóven con cierta espresion apasionada, ¿será posible que nuestro mútuo afecto, nacido en circunstancias tan complicadas y difíciles, haya de llegar á la plenitud de sus aspiraciones? ¿Cómo repeler esos obstáculos, y arrancar, sin otro auxilio que nuestro amor, un triunfo venturoso de mano de la adversidad que nos persigue? ¡Oh! siempre esa nube de misterios que nos rodean, siempre ese cáos de intrigas y esa turba de fantasmas que nos disputan la felicidad y ventura.

—¿Qué importa, pues? repuso ella con una dulzura inefable, ¿acaso esa lucha no ha de tener un término? Y sobre todo, cuando el empuje de una voluntad constante sostiene inalterable siempre la pasion á una altura de reciprocidad sublime, cuando en medio de esos contrariados esfuerzos surje potente y triunfadora la fé de nuestras protestas, y cuando, en fin, á despecho de esa misma lucha, que haciéndonos pasar por el crisol de la prueba nos purifica al propio tiempo, haciendo brotar la esperanza, ese bello ideal de los séres constituidos en relacion amorosa y simpática... ¡Oh! entonces, amigo mio, la victoria es completa, nos diviniza en vivo apoteosis, nos sublima hasta una esfera suprema y nos hace tocar en la cumbre del heroismo.

—Pero si en medio de esa lucha incesante, ruda y desigual que nos combate á muerte, si en medio de esa conjuracion tremenda que nos amaga pereciésemos... ¡Ah! entonces, ¿para qué tanto amarnos? ¿por qué nos hemos conocido? ¿por qué el destino nos ha aproximado, ofreciéndonos la copa sabrosísima del mas puro y entusiasta afecto?

—Tienes razon; esa duda cruel ha exaltado tambien mi mente y la ha atormentado; pero tú eres libre, tienes una espada que

te honra, y tu posicion no creo que sea tan desventajosa, mientras yo... ¡Ah! no tientes al cielo estableciendo conmigo una base de asimilacion que no puede caber entre ambos; porque si bien es cierto que desde hoy unos mismos riesgos nos son comunes y que un mismo destino nos preside... con todo, tiende una ojeada retrospectiva, y cuando conozcas mis infortunios, juzga deliberadamente, y notarás entonces la inmensa distancia que nos separa en ventaja tuya.

—Qué, ¿acaso conoces mis desgracias? ¿Ignoras que soy un hijo de la naturaleza, errante y proscripto, un simple aventurero, solo, aislado, que no conoce á quien debe el sér y ni aun su nombre propio de bautismo? ¡Ah! tú desconoces todavía eso, querida mia, y por cierto que un sér abyecto como yo, abandonado, solo en el mundo, sin patria ni familia, sin hogar donde guarecerse, sin un lecho donde reclinar su cabeza, criatura infeliz, á quien la sociedad rechaza imprimiéndole una marca degradante y triste. No, no debes amar á un sér como yo sin nombre.

La jóven vertió un hondo suspiro, y esclamó luego, reprimiendo el llanto que ahogara su voz:

—Calla, por Dios, tus palabras han conmovido mi corazon, hiriendo su mas sensible fibra: no prosigas, porque acabas de evocar recuerdos terribles que han dormido mucho tiempo en mi alma, flotando en un mar de hiel... Tambien yo... ¡oh, Dios mio! desvaneced esa sombra, ese fantasma, esa inspiracion que me asalta, y tú mi amigo y protector, no prosigas hablando en ese sentido, te lo ruego por Dios, que esa turba de implacables espectros se disipe, que huya de mí y no vuelva á agitar en torno mio sus lúgubres alas.

—No te comprendo... acaso las palabras del conde... sí, todo lo veo.

—Sí, es una historia de lágrimas sin cuento: algun dia la sabrás, y puesto que no es esta la ocasion mas propicia para ello, aplacemos nuestras confidencias mútuas, que requieren mas tiempo del que ahora tenemos, y entre tanto demos una trégua y relévame de esa prueba durísima, de la cual debe salir mi sensibilidad tan lastimada.

Llegaban á este tiempo á la alquería, cuyo puente levadizo cayó al punto á una señal convenida, dando entrada á entrambos amantes. El palafrenero habia huido, sin que nadie notase su ausencia.

Amanecia ya.

La aurora estendia en el paisaje su manto de esplendente púrpura, y el naciente crepúsculo desplegaba ya su rubicunda alborada en aquel horizonte purísimo.

Los soldados de la guarnicion, que vivaquearan en el patio, acudian estimulados de una curiosidad tenaz por ver aquella beldad tan peregrina, á lo cual prestara doble atractivo su traje oriental tan pintoresco.

—¡Una cautiva, una cautiva! murmuraban por lo bajo, creyendo sin duda que se trataba de una de esas presas tan frecuentes en aquellos tiempos de aventuras romancescas.

Lucifer se adelantó á aquella curiosidad que ya habia él previsto, y á fin de conjurar todo comentario, dijo á los importunos:

—Esta dama se ha puesto bajo el amparo y salvaguardia de nuestro honor, y yo he jurado defenderla de sus perseguidores. ¡Desdichado del que no la tribute, mientras permanezca aquí, el respeto que se debe á su sexo y á la desgracia que la persigue! Vuestra vida me responde, en todo caso, del secreto de su existencia en este sitio y del decoro que se la debe.

La jóven fué instalada provisionalmente en el único departamento decente que servia de pieza ó gabinete de honor en aquel castillejo, y á cuya puerta se constituyó un centinela durante todo el siguiente dia.

Llegada la noche, Lucifer, escoltado por algunos de sus soldados, condujo á su amante, á través de pedregales y riscos, hácia los alrededores de Santiago.

Nadie, á escepcion de la escolta, pudo notar su fuga, si tal merece llamarse aquella súbita salida, en las altas horas de una tenebrosa noche y por un sendero tan peligroso.

Llegaron, por fin, al sitio conocido hoy por el nombre de *Souto dos Podros*, altura desierta entonces y contígua á Santiago, al estremo del campo de la Estrella, que arrancaba de la misma raiz del muro.

Sobre aquella solitaria eminencia alzábase, semejante á una mole escueta y sombría, el santuario de Santa Susana, pobre y mezquino, sin concluir todavía y tal como le dejara su ilustre fundador, el último obispo Gudesteo (1).

Su humilde fábrica de mampostería alzábase apenas con un solo cuerpo murado, dominado por un campanario esbelto en forma de pirámide cónica, semejante á una columna funeraria y cuya aguja invisible hundíase perdida en las tinieblas de la noche.

Este santuario hallábase habitado á la sazon por una congregacion de piadosas mujeres, una de esas austeras comunidades que se reunen espontáneamente en un asilo cualquiera y bajo el rigorismo de una disciplina ascética, dispuestas á sacrificarse

(1) Hay quien afirma que fué su fundador D. Diego Gelmirez, último obispo y primer arzobispo compostelano; pero es mas creible lo fuese Gudesteo, segun nuestras investigaciones.

en beneficio de la humanidad, cuando esta reclama sus servicios en sus mas hondas tribulaciones. Era, en fin, lo que hoy llamaríamos un establecimiento de Hermanas de la Caridad.

Lucifer pulsó á la puerta del santuario, y al punto sonó un esquilon muy remoto.

Luego una voz femenil y gangosa se dejó oir desde dentro:

—¡Alabado sea Dios y su Providencia!

—¡Amen! contestaron ambos jóvenes.

—¿Quién sois y qué se os ofrece á estas horas?

—Soy un caballero conscripto á las órdenes del señor obispo de Santiago.

—Dios le salve y á los suyos.

—Así sea.

—Veamos ahora qué objeto os guia á este monasterio.

—En nombre de Dios y de la sociedad, os pido gracia de asilo para una pobre mujer desdichada que necesita de él y de las oraciones de estas santas siervas de Dios.

—¡Loada sea la Providencia!

—Amen.

—Pero os advierto que no podemos ir contra los estatutos canónicos de la regla, que nos prohibe, salvos casos determinados, alterar el órden establecido por la disciplina para estos lances, so pena de incurrir en ciertas censuras. Podeis esperar á la salida del sol, y no habrá inconveniente entonces.

—No es posible, sin esponerse á malograr la ocasion, atrayéndose consecuencias y compromisos de mal género. En nombre de Dios me permito volver á suplicaros de nuevo, que no ensordezcais por caridad á mi voz, que intercede en favor de la inocencia perseguida.

Hubo un momento de silencio, despues del cual, otra voz

mongil mas gangosa y que debia ser la superiora, prévia la clásica salutacion de costumbre, dijo:

—Sea, pues, muy bien venida esa jóven á este asilo penitente y caritativo: Dios clemente y misericordioso velará por ella y por estas sus pobres siervas, indignas de su clemencia y de sus bondades.

—Amen, contestó Lucifer, impresionado vivamente por aquel tono monástico y severo.

—¿Con qué la persigue alguien? preguntó la superiora.

—Lo habeis adivinado, repuso el cuadrillero.

—Luego conviene qne no se trasluzca su permanencia en este sitio, ¿eh?

—Importa mucho que nadie, absolutamente nadie, sino Dios y nosotros, sepamos, por ahora, su paradero: ¿lo oís? nadie, ni aun el señor obispo.

—Está muy bien, nadie lo sabrá por nuestra parte.

—Una palabra mas: conviene respetar y hacer respetar su incógnito: un profundo arcano así lo exige, y yo os conjuro á vos...

—Basta, basta, todo está comprendido: á Dios gracias, esas prevenciones no se oponen en modo alguno á su admision en este asilo. Que entre en buen hora, y que la paz del Señor sea con todos y con nuestro espíritu.

—Amen, contestó la jóven, cuyo corazon palpitaba de emocion y de gratitud.

Lucifer habia previsto que no se admitiria á su protegida en su traje árabe, porque las preocupaciones de la época lo exigian así, en términos que cualquier santuario se creeria profanado con ello; por cuya causa tuvo la precaucion de hacerla cambiar oportunamente dicho vestido por otro de los que estaban entonces en uso en la alta sociedad cristiana.

Hecha esta observacion, volvemos á reanudar nuestro interrumpido asunto.

Ambos amantes verificaban su despedida, protestando y ratificando sus juramentos, y reproduciéndose sus apasionadas protestas.

Despues se oyó un *adios* y un doble sollozo ahogado.

Dalmira desapareció por el torno del locutorio, mientras que el cuadrillero, agoviado al parecer por el vértigo contradictorio de tanta peripecia, abandonaba con los suyos aquel sitio de penitencia.

CAPÍTULO XI.

El espía.

Un venablo partió de la espesura,
Silbó en los aires, y al clavar violento
El acero mortífero, sangriento,
En aquel infeliz... la noche oscura
Pareció murmurar un triste acento
Que inspiraba pavura.

Mientras tanto, y algunas horas despues de la salida del cuadrillero del asilo de Santa Susana, un escudero, al parecer, de Altamira, segun se anunciara, llegaba á la alquería de Briones, é insistia en que se le abriesen las puertas del castillejo, portador que aseguraba ser de órdenes urgentes.

La guarnicion, que habia recibido una órden reservada del capitan, hacíala valer, resistiéndose á la peticion del emisario, el cual redoblaba su empeño y clamaba en altas voces para que se accediese á su demanda.

—Os digo que es empeño inútil, contestaba desde la espla-

nada una voz vigorosa, porque no está el jefe, y hasta tanto que regrese y revoque sus órdenes, no es posible franquearos la entrada, aunque fuérais el mismo conde.

—¡Cuidado que son órdenes singulares! replicaba el de afuera.

—¿Qué quereis? estamos en época de felonías, y no parece ir descaminado creyendo en la posibilidad de que seais un espía disfrazado.

—Malicioso sois por vida mia.

—La esperiencia es buen maestro, amigo mio.

—¡Eh! no tanto, mi amistad no transige con la astucia, cuando no se funda en precedentes, como sucede, por ejemplo, con vos.

El de adentro vertió una carcajada estúpida.

—¡Bah, bah! sois recluta á lo que veo, y seria una triste gracia que con vuestras jaculatorias me la pegarais, á mí, perro viejo en esto de ardides. De todos modos, tal vez al despuntar el dia podamos entendernos en otro sentido, porque lo que es ahora, perdeis un tiempo que ignoro hasta qué punto puede ser precioso.

—Y entre tanto...

—Teneis razon, mientras tanto, es cosa dura que tengais que pasar la noche á la inclemencia.

—Pues... haceos cargo que no debe ser cosa apetecible, porque sopla el cierzo con una fuerza endiablada.

—Con todo, aunque con pesar mio, fuerza os será resignaros á ello, mal que os pese.

Oyóse entonces una imprecacion proferida por el de afuera.

—Vive Dios, camarada, que os inquietais por bien poca cosa, cuando debeis estar habituado á estos y otros contratiempos de

la milicia, en cuyo caso lástima es que malgasteis esas lamentaciones insustanciales, mas propias de otra ocasion que de esta. Creedme cuanto os digo, y repito, que os empeñais en un imposible.

—¿Sí, eh? pues yo estaba en otra creencia.

—¿Cuál?

—La de que á la voz de cualquiera que pronunciara el nombre del señor conde de Altamira, se abririan sin tardanza esas puertas, que por mas que otra cosa creais, son de su propiedad, y se nos apearia de todo género de ceremonias.

—Estais en un error crasísimo, buen hombre.

—¿Sí, eh?

—Pues... en otra época sucedia todo eso, pero ahora los tiempos han cambiado, y no es moneda corriente.

—¿Qué estais diciendo?

—Que aquí para entre nosotros, creedme, no es un talisman tan poderoso ese nombre, que tenga el privilegio de arrastrar las voluntades de ciertos prógimos que, aun sin que blasonemos de héroes, tampoco nos envilecemos hasta cierto punto.

—¿Luego prevaricais, eh?

—¡Pst! no creo os halleis autorizado para dirigir reproches de tal jaez á quien sabrá escupirlos al rostro del imprudente que á tal se atreva.

—Cachaza, hermano, no arrojeis humo antes de encender fuego, lo cual no impide que en vuestra evasiva se trasluzca un acto de rebelion contra nuestro señor natural, convirtiendo acaso esta fortaleza en centro armado de conspiraciones.

—Basta, basta, veo que no nos entendemos, y creo pudiera convenir á entrambos suspender una discusion peligrosa en el terreno que la vais planteando.

—Parece que eludís la cuestion, señor mio.

—No por cierto.

—Sí, y ahora voy ratificando mis sospechas, á la vez que las llevo hasta un punto que aun no se me habia ocurrido.

—¿Cuál?

—Adivino, Dios me perdone, que se fragua una conspiracion en que entran testas coronadas.

—¡Villano! el rey nunca conspira, son sus vasallos rebeldes los que cometen tal desacato... reparad bien lo que decís; andad con tiento y acortad la lengua, que es ofensiva.

—Catad que yo no he rendido pleito homenaje á quien vuestro fanatismo monárquico puede aludir acaso; por consiguiente, lo dicho está dicho. Y decidme, puesto que en algo hemos de matar el tiempo, parece que se admiten tambien soldados hembras en este castillejo, lo cual no da una buena idea que digamos de moralidad y de disciplina...

La atrevida frase fué interrumpida por un doloroso ¡ay! que resonó en el silencio de la noche.

Un venablo habia silbado en el aire, y atravesando el espacio, fué á clavarse en el vientre del escudero, traspasándole.

—¡Traicion! gritó este con acento desfallecido y lúgubre, cayendo en tierra.

Al propio tiempo un hombre, que hasta entonces acechara oculto el anterior diálogo, salió de entre los árboles, y arrojándose sobre el herido, le remató con repetidos golpes de su puñal de misericordia.

Luego dió con su cadáver en el pozo ó cisterna de la alquería, próximo al foso.

Aquel hombre, es decir, el matador, era Lucifer; al menos así se afirmó luego.

El pozo fué cegado al dia siguiente.

El hombre asesinado era un espía pagado por el conde de Altamira, quien habiendo entrado en sospechas respecto al cuadrillero, le habia enviado á esplorar todo cuanto ocurriera en el castillejo, vigilando al propio tiempo las mas minuciosas acciones del jefe, de quien únicamente era conocido, y el cual, despues de haber tomado nota exacta de ciertos pormenores, tales como la estraccion de la jóven del subterráneo y todo lo demás que ocurriera en aquella noche, habiase propuesto penetrar, si le era posible, en la fortaleza, donde suponia debiera hallarse aquella, y completar, antes del regreso de Lucifer, el sistema de sus investigaciones, con el fin de volver despues á Altamira, para ponerlo todo en conocimiento del conde y percibir su recompensa.

Era, en fin, el palafrenero que acompañara al jóven jefe cuando el rapto de Dalmira, y que ya digimos habia desaparecido despues de consumado el mismo, sin que aquel se apercibiera al pronto.

Felizmente recayeron luego sospechas contra aquel hombre, y su muerte venia á establecer una tregua recíproca entre Lucifer y el conde, que empezaron á mirarse ya con recelo.

Preciso es confesar que el primero obraba con pleno discernimiento, partiendo de un principio fijo en cierto modo, mientras que el segundo solo se apoyaba en conjeturas mas ó menos fundadas.

Al estremo, pues, á que habian llegado los sucesos, naturalmente debia hacerse notar un enfriamiento de relaciones entre ambos, resentidos ya de antemano, como hemos dicho, por mas que el accidente de que fué víctima el espía privara al magnate de unos datos fehacientes, destinados á corroborar sus sospechas.

Con todo, tratábase ya, no de establecer un franco antagonismo, una lucha leal abierta entre ambos, colocados en cierto modo frente á frente, sino de avivar el fuego latente del rencor y poner al propio tiempo en juego esos medios tenebrosos que tanto repugnan á la sana razon social, simulado todo bajo la máscara de una familiaridad mentida.

CAPÍTULO XII.

El confesor.

La misa matinal en aquel dia
Misterio revelaba,
Que al celebrante santo rodeaba
De cierta alegoría,
Y el portento á su altura levantaba.

Dos dias despues Lucifer, vestido de su luciente arnés, paseaba muy temprano por las riberas del riachuelo Agua-pesada, contiguo á la alquería, solo, meditabundo y cabizbajo, como sumido en una meditacion profunda.

Era dia festivo, y los campesinos acudian á oir la misa matutinal que cierta persona devota mandara celebrar en la ruinosa ermita del Santo Cristo de la Agonía, cuya hermandad se habia esmerado todo el dia anterior en adornarla lo mas decentemente posible.

Allá á poco un religioso, con la capucha echada al rostro y embozado en una gran capa, atravesó el campo con direccion á la ermita, cabalgando en una lucida mula que llevaba al trote.

Algo despues se oyó el tañido de un esquilon, y las gentes rezagadas redoblaban el paso, con el fin de llegar á tiempo de oir misa.

Lucifer, con la celada al rostro y embozado en su ferreruelo, porque la mañana era algo fria, acudió tambien con varios aventureros, vestidos como él, á cumplir con el tercer precepto del Decálogo.

Cierta precaucion disciplinaria y de circunstancias obligaba á todos á ir con la visera echada al rostro, y así oyeron misa.

Concluida esta, y cuando evacuado por el paisanaje el mezquino ámbito de la ermita, esperaban los soldados lo que solia llamarse la *bendicion marcial*, concedida únicamente á las respectivas hermandades ó milicias titulares de algun santo, el celebrante, que reconoció á Lucifer entre los demás por su habitual distintivo, que era, segun digimos, un airon flotante sobre el almete, le dirigió una mirada tenaz, de que se apercibió con visible sorpresa el jóven.

Al aproximársele este, como jefe de la hermandad, á gratificarle la limosna de costumbre, la rehusó diciendo en voz baja:

—Guardadla para los pobres, y esperad, que tengo que hablaros á solas.

Lucifer mandó á los suyos despejar la capilla.

La lámpara perpétua continuaba ardiendo delante del gran Cristo de piedra que se elevaba sobre el ara.

Aquel sacerdote era alto y corpulento, como el que en aquel mismo sitio se apareciera al rey y le hablara, al tiempo de terminar la misteriosa conferencia con el cuadrillero, y de la cual ya nos ocupamos.

Era por consiguiente el estraño monje de Sahagun.

Retiráronse ambos hácia la parte posterior del altar y que correspondia á un reducido aposento, en otro tiempo sacristía del santuario, y cuyas paredes vacilantes permitian ver á tre-

chos por sus rendijas la vasta campiña con sus caseríos y arbolados, y por las cuales penetraba un rayo luminoso del crepúsculo.

Aquel pálido destello iluminaba de perfil el rostro venerable del religioso con sus vestidos talares y su blanca y prolongada barba, dando á aquella imponente figura cierto aspecto puramente fantástico.

—¿Me conoceis? preguntó con su acento insinuante y plateresco.

Lucifer, sin alzar la visera, dirigió una mirada de sorprendente asombro á aquel personaje que le interrogara de tal suerte, y á quien no recordaba haber visto jamás.

—No os conozco, padre, repuso bajando la vista, sojuzgado por aquella voz que resonara en su oido con un eco terrible.

—Yo sí os conozco á vos: por eso vengo á buscaros á través de las distancias y penalidades que ha sido necesario vencer para ello. No es estraño que me desconozcais despues de tantos años que no nos hemos visto.

Lucifer se atrevió á fijar de nuevo en aquel hombre otra mirada de sorpresa.

En vano trató de investigar en su fisonomía una huella de conocimiento, en vano evocó sus recuerdos, concentrándolos en un punto dado; érale completamente desconocido aquel personaje, el cual continuó con visible interés:

—Un tiempo hubo en que teniendo á mi cargo cierta comision poco honrosa, es verdad, pero que no podia rechazar la disciplina militar que creara en mí lo que se llama un compromiso, vuestra existencia estuvo en mis manos, mejor diré, en las de mi deber, si tal nombre merece la situacion pasiva de un jefe subalterno. Un criminal magnate, semejante al cruel

Herodes, conducido por el demonio de la ambicion y del ódio, me dió órden de averiguar el paradero de un niño que debia tener determinadas señas, y apoderarme de él, para conducirle á cierto punto, donde debiera ser asesinado quizás. Ese niño érais vos.

—¿Yo? esclamó todo conturbado el jóven.

—Sí, vos érais, pobre criatura abandonada á la caridad de una miserable villana de las montañas cantábricas, y á quien habiais sido recomendado por otra mujer maquiavélica que se hacia llamar Beatriz de Quiñones, y la cual, aunque depravada y perversa, tenia al mismo tiempo grande interés en conservar vuestra existencia, destinada á ser algun dia instrumento de sus rencores.

—Ya lo comprendo, esa mujer se ha vendido á mi buena fé á título de mi madre adoptiva.

—Es verdad: yo debia procurar cumplir mi encargo, só pena de incurrir en una nota infamante en mi carrera militar, y que hubiera producido un verdadero escándalo en las filas. Partí, pues, solo y sin otro testigo que mi fogoso corcel de batalla, y llegué dos dias despues á encontraros. Os tomé en mis brazos, y al acariciaros, pobre criatura, vuestras hermosísimas facciones parecieron contraerse de terror, me mirásteis afligido y con espanto, á mí, que ningun daño os habia hecho, bien es verdad que los ángeles deben tener el raro privilegio de sondear las interioridades del hombre.

Aquella amargura, aquella contraccion, aquel llanto en que al fin rompísteis, me conmovieron. ¿Qué daño me habia hecho aquella criatura inocente?

Os salvé por último, y el tirano que decretara esa muerte, pudo confiar en mi *palabra de honor* que le aseguraba quedar

cumplidas sus órdenes, sin que hasta hoy haya salido de su error.

Ese tirano, ó por mejor decir, ese verdugo, era el pretendido conde de Altamira.

—¡El! esclamó Lucifer con un acento de indefinible horror.

—Sí, no lo dudeis.

—¿Ataulfo?

—El mismo.

—¿Y qué motivo podia yo haberle dado para tanta crueldad?

—Ninguno, pero la codicia y la ambicion le cegaron.

—¿Cómo, pues?

—Nada mas sencillo, tratándose de un corazon pervertido por el vicio y devorado por la sed de riquezas. El condado de Altamira era un brillante estímulo para halagar sus sueños de gloria, y para cuya realizacion habia dado dos pasos jigantescos: habia hecho desaparecer sin dejar huella alguna de su paradero, al legítimo dueño de dichos estados, Veremundo Moscoso, con su esposa Hormesinda Elvira; faltábale aun hacer presa del hijo de entrambos, Gonzalo Rodrigo, que érais vos.

—¡Yo!

—Sí, vos; y entonces, aunque bastardo de orígen, pudiera haber revalidado á cualquier costa sus títulos de segundo-genitura al condado, formalidad que no se ha llenado todavía, y de cuya circunstancia sabrá aprovecharse S. A. para reincorporar á la corona esos bienes y título, ó cuando menos, para fundar el secuestro.

—Me horrorizan vuestras palabras, al paso que se exalta mi orgullo al oir en ellas la confirmacion del anuncio que en igual sentido me ha dirigido el rey.

—¿Os lo ha dicho tambien su señoría?

—Sí, y por cierto que salvando el decoro y fé que se deben

á su real palabra, me atreví á dudar de tanta dicha, yo que por primera vez oia resonar en mi oido el eco de esa suerte feliz que venia á visitar mi oscuridad y mi desgracia.

—Pues bien, sabed que la Divina Justicia se ha cansado de probar vuestra resignacion y desventura. Todo pende de vuestra prudencia, esperad en Dios y en vuestros amigos, que el dia de la reparacion se acerca. Ahora solo me resta enteraros del objeto de mi mision, y por cierto que me pesa haber perdido tanto tiempo.

—Pero mis padres... ¿no me decís si existen y dónde?

El monje se sonrió con una espresion de inefable dulzura.

—No me es permitido tanto sin quebrantar el sigilo sacramental de la penitencia, y me es sumamente sensible someterme á este deber que me impone mi santo ministerio.

—¿Pero al menos no podeis decirme si existen?

—Nada me pregunteis, os lo repito, porque un precepto canónico á que responde la conciencia, sella mis lábios, creedme, el deber del sacerdote en actos de esta especie está sobre todas las consideraciones sociales: mis facultades solo alcanzan á ciertos límites, á los cuales han llegado mis revelaciones, no trateis de insistir en un imposible, y... oid el objeto de mi mision que ya os hé anunciado:

Ayer fuí invitado á asistir en su lecho de agonía á una pobre mujer moribunda.

Acudí al punto, ansioso de prestar ese auxilio supremo á uno de mis semejantes, que con tanta insistencia lo reclamara y cuya salvacion estaba indudablemente en mis manos.

Llegué á aquella choza miserable, donde en un lecho de raidas pieles yacia devorada por la fiebre una pobre mujer cubierta de harapos.

Esa desgraciada es la misma que os crió á sus pechos en las montañas cantábricas.

—¿De veras? esclamó en el colmo del entusiasmo el cuadrillero, ¿qué decís?

—Sí, esa mujer, acometida de una afeccion morbosa de mal carácter, se sintió herida por el aguijon de la conciencia; Dios ha tocado su corazon, y su arrepentimiento ha sido tal, que su salvacion creo debe estar asegurada por este medio.

—¿Pero vive todavía, decid, vive?

—He pasado en oracion toda la noche junto á su lecho, siguiendo con cuidadoso interés la marcha progresiva de la fiebre que abrasa sus entrañas; y al salir de uno de esos frecuentes parasismos que comprometen su amenazada existencia, me ha manifestado un deseo vivísimo de veros por última vez, de daros el *adios* supremo, y haceros ciertas revelaciones que deben aliviar su conciencia de unos escrúpulos que la conturban en esos críticos instantes.

—Vamos allá, si todavía es tiempo, dijo Lucifer, en cuya fisonomía notábase una inquietud estrema; ¿supongo que os encargareis de acompañarme?

—Nada mas justo, y aun me atreveria á recomendaros que traigais escolta, no por mí, pues mi carácter vale por todos los poderes del mundo, sino por vuestra seguridad individual. Tratándose de asuntos de trascendencia tal, todas las precauciones no bastan á veces á poner á cubierto su interés propio, al paso que no alcanzan tampoco á dar al asunto ese sello de prevision, que suele ser el fundamento y base del mismo.

—Decid, ¿dista mucho de aquí?

—Bien poca cosa: podremos llegar á las ocho de la mañana, á pesar de ser el camino bastante difícil; sin embargo, nuestras

cabalgaduras que no son perezosas, se encargarán de abreviar lo posible el trayecto.

—Ea, pues, estoy á vuestras órdenes: cuando gusteis, marchemos.

CAPÍTULO XIII.

La confesion.

Y en el lecho de muerte
La voz de la conciencia sublevada,
Transida de dolor, trémula, inerte,
Revela denodada
Una especie hasta entonces reservada.

Inmediatamente abandonaron ambos personajes la ermita, y montados en sus respectivas cabalgaduras, siguieron la márgen del riachuelo, tomando luego al través del campo y emboscándose en unos olivares que sombrearan una hondonada inmediata.

Despuntaba ya el sol entre plateadas nieblas: las brisas de Levante, húmedas por el rocío de la noche, refrigeraban el nacarado ambiente saturado de los perfumes del campo.

Un séquito de algunos soldados acompañaban al trote á entrambos ginetes, que espoleaban sin compasion, y sin tener en cuenta la fatiga de los peones por seguirles.

Levantábase ya el sol radiante en un purísimo horizonte sin brumas, y el dia anunciábase magnífico.

Los labriegos aguijoneaban sus yuntas, cantando esas cadenciosas endechas, lentas y perezosas, que se nos han trasmitido mas ó menos modificadas, y que encierran esa poesía meláncolica y sublime, tan en armonía con la naturaleza en su estado simplemente rústico.

Llegaron por fin á una pobre choza, especie de cabaña pastoril tejida de junco y cañas, y rodeada por vía de precaucion de una tapia algo alta de piedra, al estilo de los cortijos de la Edad media en el país de que hablamos, y que era de necesidad absoluta para la defensa de sus habitantes ante cualquier asalto de una fiera ó de cualquier banda de malhechores.

En el fondo de aquella estancia mísera, débilmente alumbrada por una luz ténue, habia un lecho de pieles sobre el suelo, y en él yacia una mujer, cuyo rostro escuálido revelaba un principio de descomposicion mortal.

Su mirada lúcida y desencajada, encendida por la fiebre, fijábase anhelante en un pequeño crucifijo de talla que pendia del testero de en frente, y su garganta árida guturaba frases incoherentes, producidas por la escitacion morbosa que la poseyera.

Olvidábasenos decir que tanto la mula del religioso y el alazan del cuadrillero, como los peones que hasta allí les escoltaran, se habian ocultado por disposicion de aquel, los primeros en un cobertizo próximo, y los segundos en una escavacion junto á las mismas tapias de la cabaña; precaucion prudente en aquellos tiempos de rencillas civiles, en que el mas leve accidente solia dar lugar á una zalagarda cualquiera, en la cual corria siempre la sangre en abundancia.

Pero volvamos de nuevo al asunto.

El sacerdote precedió á Lucifer en la entrada á aquel recinto santificado por la desgracia y por el dolor; sus pasos lentos, acompasados, resonaban como los de una sombra sagrada, y en todos sus movimientos traslucíase esa grave solemnidad que caracteriza al verdadero hombre evangélico que comprende sus altos deberes, y los practica.

El cuadrillero quedó á la parte esterior, mudo y reverente, aunque altamente conmovido por un indecible misterio.

El religioso entró solo, y volvió luego á salir, resplandeciente el rostro de alegría y demostrando en toda su actitud esa plenitud inefable del alma estasiada por un santo entusiasmo.

—¡Bendigamos á la Providencia, hijo mio! esclamó; ella permite todavía una tregua para que esa revelacion pueda realizarse por medio de un acto, cuyas consecuencias deben influir en la suerte de esos séres á quienes persigue un sistema de maquinaciones inícuas: la voz de Dios ha hallado eco en un corazon antes pervertido, é inspirado providencialmente por el esplendor de la gracia: ¡que la Divina Misericordia termine su obra, y la bendiga!

Tomó por la mano al cuadrillero y le acercó á la cabecera de la enferma, cuya enardecida mirada se clavó como un dardo en la fisonomía juvenil del mismo con una ansiedad profunda.

—¡María! esclamó el religioso, llamando por su nombre á aquella mujer; María, vuestros deseos y mi comision espiritual quedan cumplidos; me pedísteis que trajera á este jóven... aquí le teneis... es el niño que criásteis y que, predispuesto por mis palabras, viene á oir vuestras revelaciones y á perdonaros luego. No perdais tiempo, el dia de la redencion ha llegado, y el momento de las misericordias se acerca: dentro de breves horas comparecereis ante el trono del Altísimo, y vuestras obras van á ser juzgadas... ¡que Dios clemente y justiciero ilumine vuestra conciencia y la salve!

El silbido del viento que gemia en las afueras parecia responder á aquel acento solemne que el sacerdote hacia vibrar como el rayo del Sinaí, en el oido de los circunstantes, y su

eco iba á perderse luego en aquel tenebroso recinto y en aquel silencio que allí reinara, alternado con las ráfagas sonoras del cierzo.

El monje, de rodillas junto al lecho, oraba en secreto: sus lábios se movian con visible fervor, y en toda su fisonomía leíase algo de sobrenatural parecido al éxtasis.

La vista de la moribunda, cada vez mas fija en Lucifer, parecia querer sondear un misterio ó evocar cuando menos un recuerdo lejano: sus pupilas destellaban un fuego vehemente que parecian traducir toda la ansiedad que devoraba aquella conciencia alterada por una lucha interna.

Su mano temblorosa empezó á agitarse, como si buscara un objeto, y por fin, cogió la del jóven y la apretó convulsivamente.

—Al fin has venido, esclamó con una voz cavernosa y alterada por la fatiga; al fin, sí... estrecho tu mano y... mi conciencia vá á sacudir un gran peso que la agovia... tu no recordarás tal vez á la pobre mujer... que te nutrió á sus pechos por salvar tu vida, que el conde de Altamira tenia un interés en aniquilar... pobre criatura inocente...

—Sí, ya recuerdo, contestó él todo conmovido, que una mujer me crió en el campo hasta la edad de cuatro años, sin que acierte yo á esplicarme la causa de haber salido de su poder. Segun eso, ¿sois vos... esa mujer?

—Yo soy, sí... esa mujer culpable en cierto modo.

—¿Culpable vos? ¿por qué causa?

—Porque al recibir á este niño, al devolverle de nuevo á la mujer que me le entregó, debí exigirle el secreto de su procedencia, de su orígen y de su destino; debí, en fin... resistirme á desprenderme de aquel pedazo de mi vida... que eras

tú, Gonzalo... espejo de mi alma, donde se miraba y complacia...

La palabra *Gonzalo*, aquel nuevo llamamiento instintivo, aquella dulce evocacion tan vehemente, hirió la curiosidad del jóven, que vió en ella la clave de otro nuevo prodigio.

—¿Qué mujer era esa? preguntó con visible sorpresa.

—Era, balbuceó ella, como forzando su memoria, era...

—¿Quién? replicó el impaciente jóven.

—Beatriz de Quiñones, la renegada.

—¡Y bien! ¿qué habia de particular en ello?

—Esa mujer, instrumento de las iras del conde y enemiga acérrima suya... habia hallado medio de hacerte desaparecer, fingiéndote muerto ó robado... porque tenia empeño en reservarte, para instrumento tambien de sus venganzas... Pero mi hora se acerca, mi pecho se oprime... y me falta el aliento... la vida se estingue en mí, y no debo perder tiempo en pormenores que... no interesan tanto como el punto esencial de mi propósito. Cuando viniste á poder mio... una inadvertencia tal vez de esa raptora habia descuidado un pequeño relicario de plata que llevabas al cuello... y que era un signo providencial para tu suerte acaso... Ese relicario encerraba una crucecita blasonada, con una marca que decia *Hormesinda*.

Esta palabra pareció estrellarse contra el corazon del cuadrillero, despedazándole; sus ojos vertieron involuntariamente lágrimas de emocion, y redoblábase mas su curiosidad. Arrebató con avidez el relicario que le alargaba aquella mano trémula, y le besó repetidas veces con delirio.

—¡Hormesinda! esclamó maquinalmente y como cediendo á un presentimiento oculto.

—Sí; esa era... tu... madre.

—¡Mi madre decís! que... ¿existe aún?

—Sí, adiviné que ese nombre podia significar una cosa grande... por ejemplo, una madre, y aunque mientras estuviste á mi cargo mis investigaciones no dieron resultado alguno... guardé en mi poder este talisman que pudiera darme la clave del enigma... y en efecto, á su favor pude averiguarlo todo... Tu pobre madre, prisionera del conde, se halla en los subterráneos del castillo de Altamira á cargo de un anciano que la dá el título de hija y la ha cambiado su nombre propio por el de Dalmira...

Un rayo que cayera á los piés del cuadrillero, no hubiera producido tal impresion en su ánimo: vacilaron sus piernas y estuvo á punto de ceder al impulso de su mismo terror, que le hizo enmudecer.

—En cuanto á tu padre, prosiguió la moribunda, precipitando sus trémulas frases, como si presintiera su fin próximo y temiendo no tener tiempo suficiente para completar sus revelacianes; en cuanto á tu padre... legítimo conde de Altamira, fué tambien encerrado en los sabterráneos del castillo por el inhumano Ataulfo...

—¿Pero vive todavía? decídmelo...

Un velo funeral pareció estenderse por el rostro de la agonizante, que quedó cubierto de un tinte cadavérico y ceniciento: sus lábios cárdenos se movieron aun imperceptiblemente, oyóse un lijero estertor, y un estremecimiento nervioso agitó su cuerpo con una sacudida postrera.

Lucifer que aun tenia su mano cogida á la de la moribunda, sintió en ella la presion de aquella horrible sacudida, y como si quisiera arrebatarla todavía una palabra interesante que satisfaciera su pregunta, inclinóse anhelante sobre ella, y pudo persuadirse entonces de que tenia asida la mano á un cadáver.

En la mirada de este, deslustrada ya y sin brillo, parecia tambien haber quedado impreso ese mismo sello de ansiedad, poderoso esfuerzo de la voluntad paralizada por la muerte.

Entonces oyéronse algunas voces en las afueras, que revelaban un altercado entre la familia de la difunta y otros desconocidos.

Era un pequeño destacamento de soldados á la devocion y sueldo del conde, precedidos de un pendoncillo con los cuarteles señoriales de Altamira.

El monje, seguido del cuadrillero, precipitóse hácia la puerta de la tapia que aquella gente mercenaria pretendia forzar con empeño.

—¿Qué significa esta tropelía? esclamó el primero con ese aire de solemnidad propio del sacerdote.

El que hacia de jefe notificó á este la órden que traian de parte del conde para que se diera á prision.

El religioso palideció al pronto y permaneció inmóvil.

—¡Ah de los mios! gritó Lucifer en un arranque de ira, embrazando el broquel, desnudando su enorme espada y aprestándose á la lucha.

—Esperad, dijo el monje, no es justo que mi nombre sea pretesto para que se vierta sangre: tened el acero, y si se trata de mi prision únicamente, aquí me teneis dispuesto: á Dios gracias nada tiene que temer el recto proceder de la inocencia.

Estas palabras no parecieron satisfacer al cuadrillero, que hizo retirar al sacerdote y dió á los suyos que habian acudido ya, la órden de acometida.

Ejecutóse esta con grande ímpetu: en un instante confundiéronse unos con otros, empeñándose un sangriento combate

cuerpo á cuerpo, y en el cual, el esceso numérico de los contrarios parecia llevar la ventaja.

Oyóse entonces la nota algo lejana de un clarin guerrero.

Lucifer prestó oido, y tendiendo la vista á lo largo del camino que descendiera hácia Santiago, de las cumbres próximas, percibió una nube rastrera de polvo que arremolinaba el viento.

Con su cuerno de caza que llevara al cinto, moduló un toque de auxilio, que fué contestado al punto, al paso que la esperanza de un pronto refuerzo redobló el ataque por parte de los suyos que desmayaban.

Las espadas y escudos, lucientes como espejos, reflejaban inflamados rasgos en medio de aquella lucha homicida, á los rayos del sol de Oriente que parecia cernerse en un horizonte luminoso.

Poco despues una guerrilla de guardias volantes de S. A. llegaba á aquel sitio y tomaba parte en el combate.

Los soldados de Altamira, acribillados de heridas, hubieron de rendirse y renunciar á su empresa de apoderarse del monje.

—¿Qué os parece que hagamos con estos perdidos? preguntó al cuadrillero el jefe de los del rey.

—Desarmarlos y restituirles la libertad, de que no son dignos: ¿qué quereis? es menester ser generosos con los vencidos; en lo cual estriba el atributo principal del valor y de la victoria.

Entre los heridos contábase el monje, el cual, en el calor del combate y con intento de impedirlo, se habia arrojado en medio, conjurando en nombre de Dios á aquellos hombres poseidos de un génio vengativo, para que diesen trégua al furor, hasta qne al fin hubo de caer aturdido por un mandoble de maza equivocadamente dirigido.

Cuando volvió en sí, abrió los ojos y se sonrió.

Sus primeras frases fueron para interceder en favor de sus ofensores é influir para que se les dejara libres.

—De buen grado me pondria en manos del señor conde, dijo con una mansedumbre edificante; y aunque estoy seguro que correria indudablemente al martirio, no importa, me hallo dispuesto á todo; pero mi mision en el mundo todavía no está cumplida: id y decidlo así á vuestro amo (1).

Estas palabras dirigidas al caudillo de los de Altamira, produjeron efecto en su ánimo: aquel hombre pareció conmoverse.

—No creais, repuso, que es mi voluntad tan depravada que me lleve hasta el sacrílego estremo de poner las manos ni hacer violencia á un sacerdote del Altísimo. Es un deber de honor el que me guia y me obliga á ir contra mi propio instinto. Debia mi vida á la justicia, y me ha hecho gracia de ella el conde, á condicion de serle fiel, y lo hé jurado. Pero al aceptar vuestra generosa indulgencia (continuó dirigiéndose al cuadrillero) quisiera al menos conoceros y estrechar vuestra mano de amigo y camarada.

Lucifer se separó un corto trecho con aquel hombre que hablaba verdaderamente el lenguaje de la sinceridad, y con el cual conversó un momento, aunque sin descubrir su rostro.

Allá á poco dispersábase el gentío.

Los soldados de Altamira, estropeados y heridos, regresaban á las Torres, tristes por la derrota y por el fatal resultado de su comision, mientras que los de la alquería, juntamente con los guardias volantes del rey, reuníanse bajo los árboles, al abrigo de aquel sol radiante, cuyo esplendor condensara el polvo del huracan cada vez mas violento.

(1) Histórico (*Fastos de Compostela*).

El monje permaneció un instante orando junto al cadáver de María, acompañado del jóven cuadrillero, el cual respondia todo conmovido á las preces de aquel.

—Ved aquí, hijo mio, esclamó, una triste verdad que no tiene réplica: ante ella enmudece la atolondrada vanidad del hombre, y el imperio de la razon moral adquiere un trinnfo amargo, que es forzoso reconocer como un dogmático recurso de la filosofía cristiana. Por lo demás, no olvideis á esa mujer, sobre cuya frente ha quebrado Dios el rayo de la vida: debéisla vuestra regeneracion social, la rehabilitacion de vuestros derechos, la vida que respirais, puesto que os dió su sangre, y al restituiros á la plenitud social de vuestros destinos, acaso otros séres amados sean partícipes de esos beneficios y de esa inefable ventura á que sois llamados por su medio. Su corazon ha sido siempre bueno, y si un equivocado propósito pudo desviar un tiempo sus deberes, aplazando la delacion del crímen que os hace víctima y á los vuestros, ese mismo error ha sido reparado al fin por la mujer penitente y contrita. ¿Qué mas quereis que os diga? El confesor tiene sus límites marcados y no puede faltar á los deberes que su alto ministerio le prescribe. Con todo, dueño de todos los pormenores que puedan conducir al desenlace de ese criminal secreto, contribuiré en lo posible al esclarecimiento de los hechos y al triunfo reparador de la justicia.

Lucifer cogió entre las suyas una mano de la difunta, y la besó de rodillas antes de abandonar la estancia.

Al volver la espalda al cadáver, fijó en él una mirada suprema, mirada que fué á encontrarse con aquellas deslustradas pupilas petrificadas por la muerte, y su corazon pareció conmoverse.

Entonces salieron ambos de aquel retrete fúnebre.

Dieron una abundante limosna á la familia que lloraba en el patio, prodigándola consoladoras frases.

El cuadrillero dictó una órden á su gente, que se preparó en marcha.

Un instante despues partieron.

La tropa se dividió en secciones. Fué mandato del jóven caudillo, que en sus marchas por terrenos sospechosos, solia preferir siempre el sistema de guerrillas, como un recurso estratégico al cual apelara su esperiencia, respondiendo á un punto de prevision prudente.

Temia, y con fundamento, una emboscada que pudiera armarle el conde ó el obispo acaso, con mucha mas razon, cuanto que caminaba con los suyos de incógnito.

El monje, por su parte, mientras que todos se dirigian á la alquería, separóse de ellos, y picando á su mula, sin doblegarse á los ruegos de Lucifer y sus compañeros, que le indicaban un peligro posible, tomó otro sendero á través de precipicios y breñas, desapareciendo luego como un objeto fantástico envuelto en la luminosa neblina.

CAPÍTULO XIV.

El remolino de los ajusticiados.

(CONSEJA.)

Junto á aquesta palmatoria,
Formad círculo, zagales,
Que si conservo memoria,
Voy á contar una historia
Con sus puntos y señales.
Y á la luz de la candela
Charlaré en jerga lacónica,
Mientras quede lengua y muela,
Los detalles de una crónica
De los tiempos de mi abuela.
Y oireis con cuánto donaire,
Desde el cántabro confin,
Os jura un rancio compaire
Que vió volar por el aire
Diablillos con faldellin.
(Cántiga romancesca.)

I.

En la época de que vamos hablando y sobre la cumbre del collado de San Cayetano, antes de Satanajildo, junto á la ciudad de Mondoñedo, alzábase un torreon cónico aspillerado, con pretensiones de fortaleza, y que fué abandonado en tiempo de la última restauracion de dicha ciudad por Alfonso III el Magno en el año 870.

D. Fulgosio Gomez Arias de Castro, que lo poseyó luego en clase de donacion remuneratoria por la corona, trató de reparar la fortaleza; pero la muerte atajó sus pasos, anulando el proyecto, y aquella obra romana quedó de nuevo abandonada al estrago de los siglos, hasta el estremo de no restar en la actualidad ni el mas mínimo vestigio de ella.

Porque á mediados del siglo XVII, un inquisidor natural de Lugo, mosen Iñigo Bocanegra, persona bastante influyente y poderosa, obtuvo permiso del cabildo para destruir, como se

efectuó, la indicada torre, haciendo volar los restos ruinosos ya de aquel pequeño monumento, hasta los mismos cimientos de hormigon que le sirvieran de base y radicaban á una profundidad inmensa.

Los motivos que pudo alegar para ello el fanático inquisidor fueron bien peregrinos por cierto, cuando no absolutamente ridículos: tratábase, segun él, de aplacar el terror del pueblo de Mondoñedo ante la siguiente leyenda que corria de boca en boca como artículo de fé, y que vamos á trascribir antes de continuar la narracion de nuestra interrumpida obra, y tal como se nos ha referido.

«Corrian los años 785 de Jesucristo.

»Reinaba en Astúrias Mauregato, príncipe indigno y cobarde, cuya memoria ha pasado á los siglos envuelta en la reprobacion y el descrédito.

»Este príncipe, abominable por sus actos, acababa de gravar á sus dominios con un tributo odioso.

»Era el conocido feudo de las *cien doncellas*, otorgado en favor de Abderraman I, rey moro de Córdoba.

»A tal precio quiso comprar el infame sucesor del gran Pelayo una paz innoble y afrentosa, y una proteccion mas ó menos sincera por parte de los invasores.

»Pero el orgullo clásico español, tan proverbial en los fastos de este generoso pueblo, no podia tolerar un borron tan infamante y vil.

»Porque era insostenible de todo punto ese estado pasivo que la presion inícua de las circunstancias convertia en abuso.

»Esa aparente calma imponia á quien la observara de cerca, como un mar esplotado por el mugido sordo de la tempestad y cuya tranquila apariencia siempre es precaria.

»¡Ay del dia en que el leon, dormitante entonces, sacudiese el letargo de su fiebre!

II.

»Mauregato el tirano, el cobarde, el infame, murió en Pavía el espresado año.

»¡Desgraciado príncipe!

»Porque hay quien afirma que ni una lágrima causó esta muerte; ni una sola siquiera. Y es creible.

»La memoria de este hombre odioso cayó como una mancha indeleble, inmunda, en la marcha de la civilizacion cristiana.

»Los leoneses y astures, los cristianos todos de la Península, parecieron respirar de un gran peso, congratuláronse en su alegría y se exaltaron.

»Las montañas cantábricas con mucha mas razon se conmovieron, y fué tal su alborozo, que resonaron al eco de aquellas demostraciones públicas con que los siervos de la Cruz celebraran el juicio de la Providencia, que citaba á aquel rey pecador ante su justicia.

»Los hijos de Pelayo, esos virtuosos astures de costumbres patriarcales tan puras, pero al propio tiempo tan tenaces como fieles á su tradicional carácter, aclamaron unánimes por su rey á Bermudo ó Veremundo, apellidado el Diácono, y le elevaron sobre el pavés á la suprema dignidad del sólio, de aquel sólio federativo colocado al frente de una verdadera república, disfrazada con otro nombre, pero venturosa y libre.

»¡Oh que dichoso sistema! ¡La monarquía democrática!... ¡Armonía feliz! Concordancia práctica del Evangelio y del hombre, ligados en un pacto civil dos veces santo.

»La union de hecho y de derecho, la defensa recíproca, la igualdad ante la ley, la alianza social, y como consecuencia de todo, el engrandecimiento de la patria amenazada.

»Y en verdad que ante esa necesidad de los tiempos no podia retrocederse en modo alguno sin arriesgar con ello supremos intereses creados; ni de otro modo hubiérase sostenido aquel pequeño Estado naciente, que crecia al abrigo de paternales leyes, á cuyo favor ha ido prosperando hasta un punto poderosísimo: hasta imponerlas al universo.

»Sí, porque pocas naciones han rayado á tan sublime altura.

. . . . . .

III.

»Mauregato, al ratificar el tratado por el cual compraba una paz afrentosa, á cambio de ese odioso padron de infamia que legara á su pueblo, avistóse con Abderraman en un monte inmediato á la ciudad de Mondoñedo, cerca del arroyo de Valiñadares; punto donde se habian dado ambos de antemano la cita, y á la cual concurrieran ambos príncipes con la mayor puntualidad.

»El moro iba acompañado de una taifa de peones: el cristiano iba asimismo escoltado por una guardia de diez caballeros cántabros, valientes y leales á toda prueba, pero cristianos viejos antes que todo, y temerosos de su Dios.

»Ocioso es decir que ignoraban estos la causa de aquel tenebroso concierto.

»Era de noche y llovia menudamente, ó por mejor decir, nevaba con un viento glacial.

»Con todo, aquella negociacion odiosa requeria las tinieblas

de una noche triste, esplotada por la naturaleza en su vértigo. ¿Cómo, pues, pudiera celebrarse á la luz del dia?...

»Y sucedió que ambos príncipes hubieron de guarecerse en una cabaña de pastores, porque el frio era intenso y la lluvia arreciaba.

»La noche era cada vez tambien mas densa, y á indeterminados intervalos la tempestad que bramara sordamente bajo su capa de negras nubes, trazaba en el tenebroso espacio angulosas parábolas de azufrado fuego que rasgaban el horizonte, como inflamadas serpientes, despues de lo cual estallaba el rayo al compás del trueno fragoroso.

»Ambas comparsas permanecian separadamente en dos grupos á la parte esterior de la choza, y guarecíanse de la espesa lluvia con las adargas de cuero diestramente colocadas sobre sus cabezas en forma de testudo romano.

»El brillo de los relámpagos, al herir las figuras de aquellos fantasmas de la noche, resbalaba sobre sus armaduras de acero, arrojando un destello fatídico y siniestro.

. . . . . .

»Y mientras tanto, al compás del vértigo de la naturaleza irritada, concertábanse las bases de aquella capitulacion odiosa y maldecida.

»Hay quien afirma que ambas partes contratantes, cuando hubiéronse convenido y cuando húbose estendido aquel pacto infernal, picáronse las venas y lo signaron con tres gotas de sangre cada uno.

»¡Tres gotas de sangre! Número cabalístico, simbólico, que lanzara un cruel epígrama sobre aquella triple alianza de potestades malditas:

»El infierno, Abderraman y Mauregato.

»¡Mauregato! ¡Oprobio eterno para su nombre y para su memoria; esa memoria odiosa que es el escándalo, la execracion de las generaciones cultas!

IV.

»Y como sucediese que los nobles señores cristianos comprendieran que se trataba de una convencion clandestina (habian venido ignorantes de lo que se trataba, segun digimos), entraron en recelo, y llenos de altivez se atrevieron á preguntar á Mauregato el objeto de ella, es decir, le pidieron una esplicacion algo atrevida.

»Porque es de advertir que esos mismos magnates tenian fuero de consejo, y no estaban dispuestos á renunciar este privilegio.

»Fué aquel un incidente que abochornó al orgullo del rey, quien les reprendió con dureza, despidiéndoles de su presencia con furor colérico.

»Pero ellos que, al parecer, habian logrado traslucir algo de aquella conferencia criminal, supieron arrostrar con dignidad el insulto y pusieron mano á la espada.

—»¡Traicion! gritaron, ardiendo en coraje y aprestándose á la lucha con denuedo.

»Los musulmanes, escandalizados ante aquel desacato, desnudaron sus cimitarras y lanzaron á la vez su grito de guerra:

—»¡Le galib ille Allah!

»Segun ellos, los cristianos, al atreverse á hacer la demostracion mas mínima de amenaza delante de su rey, cometian los delitos de rebelion, de alta traicion, y de lesa majestad, como hoy diriamos; delitos para los cuales el fanatismo musulman, tan ciego y servil, no halla gracia.

»Abderraman se alarmó tambien, estrañando que pudiese haber vasallos tan sediciosos que se atrevieran tan descaradamente á su rey.

»Mauregato tembló de piés á cabeza ante aquella demostracion tan resuelta, ante aquel choque irreconciliable y tenaz.

»Porque era cobarde, con esa cobardía vil que agravan los remordimientos de una conciencia como la suya, herida con el tremendo fallo de la Providencia.

»Vertió un rugido de ira, crugieron sus dientes y devoró el ultraje en uno de esos aterradores momentos que ponen á prueba el temple del ánimo.

V.

»Uno de los próceres, arrebatado por la indignacion, puso su mano sobre Mauregato, sobre aquel hombre que no era ungido de Dios, y cuya investidura régia era un insulto.

»Aquel hombre, cuyas manos estaban todavía manchadas con la sangre inocente de Bimarano, habian usurpado el cetro, y sus profanadores piés habian escalado el trono de Pelayo; ese trono venerable, santificado en Covadonga, como la estrella de la civilizacion cristiana destinada á brillar y engrandecerse en medio de las tinieblas de la barbárie y regenerada por la sangre del martirio, bajo la emblemática enseña de una cruz luminosa y fulgente, como el brillo de la Transfiguracion.

»El varon tan bravo y animoso que reconvenia á Mauregato, era Bermudo el Diácono, legítimo sucesor de Pelayo, Favila y Alfonso el Católico, esa trinidad reparadora y digna que echó los fundamentos de la verdadera monarquía en España.

»Mauregato el cobarde retrocedió helado de espanto. La

sombra de Bimarano, lívida y sangrienta, demandábale el trono y la honra del pabellon nacional insultado.

»Porque Bermudo era hijo de Bimarano, por mas que algunas crónicas mal informadas traten de oscurecer y aun de negar este hecho.

»Bimarano, el valiente infante, muerto á mano airada por Fruela el fratricida, que invirtió por medio de este criminal atentado el órden genealógico de sucesion al trono del gran Pelayo.

»Y se empeñó al punto un sangriento combate entre los caballeros cristianos de una parte, y de otra los moros, cuya severa disciplina pareció hallar un justo motivo de agresion contra ellos, en aquel acto irreverente con que amenazaran á su soberano, faltando con ello al decoro debido á esa institucion suprema, imágen personificada, segun dicen, de la Divinidad en la tierra.

»Así al menos discurrian, y aun discurren hoy ciertas imaginaciones idólatras, fanatizadas por una exaltacion estrema.

»Y peleaban encarnizadamente, como tigres rabiosos, á la luz fosfórica de los relámpagos y al embate de las ráfagas del huracan que silbaba con su atronador acento entre los torbellinos de agua y granizo.

»Era aquella una repugnante lucha, á ciegas, perdidos todos en el limbo de la tenebrosa noche, mientras Abderraman, valiente, animoso y bravo, se precipitaba en aquel belicoso grupo, y con su tonante y majestuoso acento restablecia la concordia entre los contendientes.

»Mauregato el cobarde permanecia guarecido en la choza, contraido por el furor y por el deseo de una sorda venganza, que daba á su fisonomía cierto aspecto huraño, salvaje.

»Abderraman por su parte, ardiendo en coraje, decretó en el acto la muerte de sus caballeros, por el delito de haber provocado aquel lance temerario sin su permiso.

»Mauregato á su vez pronunció igual fallo respecto de los suyos, y pidió á Abderraman un verdugo que se encargase de ejecutar la sentencia.

»Los moros depusieron al punto las armas y sometiéronse á su rey sin réplica.

»Pero los magnates cristianos hallaron medio y lugar de emprender la fuga, y huyeron, burlando así la intencion del tirano príncipe, á favor de las tinieblas de la noche.

VI.

»Y sin embargo, la justicia se ejecutó en los caballeros árabes en aquel mismo sitio, sobre la fragosa colina que diseñamos, y tuvo lugar al rayar la aurora, cuando las nubes se evaporaban del valle bajo el azulado cénit, como grupos de livianos fantasmas...

»Los primeros rayos del sol naciente alumbraron un sangriento cuadro: las cabezas de los diez musulmanes (porque fueron diez contra diez los combatientes) alzadas sobre escarpias en un poste levantado de intento para el caso junto á la cabaña misma del pacto, y otros tantos troncos mutilados y palpitantes, hacinados como una pira, bajo el florido toldo de ella.

»Allí permanecieron todo el dia, y á la siguiente noche los astrólogos y nigromantes de Abderraman I construyeron en aquel mismo sitio un sepulcro monumental, donde enterraron aquellos troncos insepultos, cuyas cabezas achicharradas se remitieron al califa de Córdoba, quien las reclamó por un simple

capricho de curiosidad. ¡Singular capricho! Y devolviéndolas luego, para que fuesen colocadas en otros tantos nichos que rodearan el óvalo almenado de la torre funeraria.

»Así se hizo, y dióse desde entonces á esta misma torre el nombre de *Remolino de los ajusticiados.*

VII.

»Luego, andando el tiempo, diz que dos ancianos de distinto secto aposentáronse en esta torre, que el vulgo empezaba á mirar ya con sombrío pavor y respeto.

»Eran estos, dos génios que tomaran forma humana, á fin de no despertar sospechas, por lo menos en el clero que les hubiera prodigado conjuro sobre conjuro, hasta lanzarles de aquel asilo maldito, donde al parecer tenian que cumplir una mision secreta.

»Por las noches, hácia la tercera vigilia, cuando las tinieblas invadieran totalmente la zona de aquella comarca, acudian de tropel en bandadas, de los puntos mas distantes, millares de brujas, enjambres de demonios y séres infernales, atronando con sus panderetas y castañuelas, y poblando el aire en bullicioso alboroto.

»Y corrian, corrian, deslizándose con un vuelo oblícuo, silbando en torbellino, arremolinándose, cerniéndose como bandadas de mortíferas aves de rapiña sobre los cementerios, en los cuales solian estallar fuegos fátuos, errantes, parabólicos, de un brillo azulado y fatídico.

»Luego aquel escuadron de espíritus siniestros solia dispersarse; replegábase, aglomerándose á veces; agitábase en evoluciones estrañas, alejándose siempre de las iglesias, de las

mezquitas, y hasta de las sinagogas mismas, de todos los santuarios, en fin, donde bajo cualquiera nombre y forma y denominacion se tributa á Dios culto.

»Y caian luego como una tromba airada sobre la torre que habitaran los génios, y que lo absorbia todo bajo su áspera silueta apizarrada.

»Y en aquel tiempo, en aquel mismo lugar diz que solian celebrarse horrendos conciliábulos de brujas *en aquelarre*, bajo la presidencia de ambos viejos, coronados de astas de fuego y reclinados sobre lechos de sapos, vestidos de terciopelo verde. y de trasparentes culebras, coquetas y juguetonas, replegadas sobre sus anillos sonoros y cristalizados.

»Pero acaeció que el pueblo de Mondoñedo, amedrentado por el portento, elevó queja, y se instruyó espediente informativo, del cual vino á resultar todo plenamente acreditado ; item mas: desde el fondo del valle donde asienta la ciudad sobre las cumbres de Padronelo, Peña de Roca, Arca y Pombeiro, que la rodean como un ceñidor de piedra, solian estallar á veces fragorosos ruidos, rotundos como un terremoto y vibradores como el estallido del trueno. Surgian luego fuegos rastreros como cabelleras de llamas, y en medio de ellas, como evocadas por un conjuro mágico, aparecian en los aires, rodeadas de una sangrienta aureola, diez cabezas humanas, cuyos ojos destellaban rayos por sus alvéolos, en cuyo centro ardia una centelleante pupila.

»Susurróse que el cabildo eclesiástico iba á tomar por lo sério el negocio, lo cual no dejaba de ofrecer sus riesgos en aquellos tiempos, ó por mejor decir, en aquellas circunstancias; pero cuando iba á darse al público un espectáculo imponente de su género, reprodújose cierta noche el prodigio á la hora de

costumbre, pero con mayor impulso, y la ciudad entera, es decir, sus moradores, consternados, diseminados por el valle, vieron con sombrío pavor brotar y estallar sobre la cúspide de la torre aquel fuego fosforescente con una esplosion que atronó el espacio.

»Luego aquella masa luminosa tomó la forma de una columna flotante, como un penacho de fuego que íbase elevando lentamente entre torbellinos de aplomado humo; y sobre aquel dédalo de llamas, columpiándose en la region del aire, aparecieron tambien los dos ancianos moradores de la torre encantada, rodeados de diez cabezas humanas, cuyas fisonomías feroces hacian repugnantes gestos.

»Es fama tambien que aquel nuevo fenómeno fué elevándose todavía mas entre infernales meteoros é indescriptibles séres, que debieran ser quizás demonios bajo grotescas formas... Luego aquel fulgor siniestro, que esparcia en la zona un reflejo fatídico y sanguinolento, fué alejándose, disminuyendo á medida que se aumentara la distancia.

VIII.

»Es fama igualmente que aquella terrible esplosion con sus alboradas fatídicas siguió la direccion del rio Tamboga, pasando por San Gregorio, siguiendo luego las inflexiones de las pintorescas márgenes del Tambre, hasta el cabo de Finisterre, en el Océano Atlántico, desde donde pudo percibirse el fenómeno.

»Las buenas gentes, atraidas por la novedad del mismo, salian á la campiña para observar absortas aquel cuadro terrible que inflamara los aires en aquella atmósfera luminosa, que

un silbido invisible hacia vibrar con un estallido metálico.

»Hubo mas: diz que una pobre ciega de ambas vistas, estimulada por la curiosidad, al eco de aquel rumor tan alarmante que corriera de boca en boca, salia á tientas de su cabaña, preguntando á gritos con voz trémula:

—»¿Dónde, dónde?

»Un pechero que acertara á pasar entonces, lleno de entusiasmo repuso:

—»*Allá alto: mira* (1).

»La anciana, aunque ciega, miró en efecto maquinalmente al cielo.

»Y ¡cosa estraña! tuvo lugar entonces un nuevo prodigio: aquella mujer vió el fenómeno.

»Lo vió, sí, cernerse como una masa inflamada sobre un edificio gótico, especie de castillejo asentado sobre una montaña próxima á Santiago.

»Vió tambien descender luego aquel torbellino de fuego ó de luz sobre la negruzca mole, coronándola de una zona luminosa, mientras que los viejos columpiábanse en los aires en medio de las diez cabezas en forma de círculo, riendo todas aquellas fisonomías horrendas con cierta espresion burlesca y satánica.

»Aquel edificio era el antiguo castillo de Breñales, restaurado ó construido acaso por Fruela, el rey fratricida, en la persona de Bimarano, y que desde entonces, por una de esas casualidades que no se esplican, empezó á llamarse de Alto-mira, aludiéndose al dicho de la vieja, célebre ya por el prodigio de haber recuperado la vista. Luego, andando los siglos, ha vuelto

(1) Testual é histórico.

á modificarse ese nombre, dicho hoy por corrupcion de Altamira.

»Pero volvamos al asunto.

»Mientras que aquella enorme cabellera de llamas lúcidas é incandescentes descendia sobre el castillo, proyectando en lontananza la fantástica vision de que se ha hecho mérito, mientras que el aparente incendio rebramara en la region etérea con su tonante silbido, para desaparecer luego en las tinieblas de la noche; una de estas, es decir, la misma de que antes íbamos hablando, una manga de fuego envolvió rápidamente el torreon de Satanagildo, y lo devoró con un estrepitoso estallido.

»Durante un momento una alborada luminosa, infinita, esparció en el espacio un fulgor radiante... Ardieron los cielos y la tierra, y todo terminó con otra esplosion horrenda.

»Al dia siguiente solo quedaba allí un monton de calcinadas ruinas derrumbadas hácia el valle.

»Sin embargo, continuó llamándose el *Remolino de los ajusticiados,* mientras que, como ya digimos, el castillo de los Breñales cambiaba este nombre por el de Alto-mira, degenerado hoy por corrupcion en el de Altamira.

»Permitido es suponer la existencia de cierta analogía entre ambos monumentos; pero cuestion es esta cuya solucion debe aplazarse.

»Lo demás que tiene referencia con esa torre, queda ya referido en el capítulo IV de esta parte. Respecto al castillo de Altamira, todavía continuamos pendiente el hilo no interrumpido de su enlace.

»Solo sí añadiremos que una especie tradicional aseguraba como artículo de fé que ese altivo monumento feudal tan imponente, debiera ser arrasado un dia hasta sus fundamentos por

una desgraciada catástrofe, cuyo recuerdo pasaria á los siglos como una de las grandes vicisitudes anecdóticas de la historia patria.

»Así lo habian predicho unos agoreros normandos, y de ese funesto horóscopo hacíase eco la supersticion del vulgo, que miraba á aquella sombría mole con apenadora inquietud, cuya realidad trataremos de acreditar á medida que desenlacemos el plan desarrollado ya de nuestra obra, y que forma la base del enigma.»

QUINTA PARTE.

EN LA CUAL SE ELEVA Á PLENARIO LA CAUSA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El juicio.

Severo y majestuoso
Tribunal por Alfonso improvisado,
Ostentábase allí grave, fastuoso,
Dó el orgullo real vióse humillado:
Escándalo alevoso,
Testimonio de un crímen obcecado.

ESEÑADA ya la fábula de la torre que sirviera de prision á Omar-Jacub y á Palomina, entremos ahora en su lúgubre recinto y asistiremos á una escena sombría é imponente, escena de importancia suma, como que debe darnos la clave del desenlace parcial de nuestra obra, cuyo argumento ha venido á complicar su misma accion con sus variadas fases y peripecias.

Ante todo, anticipemos para ello una idea, aunque ligera, de la decoracion donde va á tener lugar esa misma escena, lo cual constituye una circunstancia esencial de primer órden.

Figurémonos, pues, una bóveda aplanada en forma de elipse, de paredes espesas, negras, manchadas y desquebrajadas, de las cuales colgaban, hechos girones, tapices súcios, empolvados y cubiertos de telarañas, é iluminada por una lámpara de hierro colgada de una escarpia.

Algunos muebles antiquísimos, rotos y apolillados en fuerza de viejos, rodeaban el ámbito de aquella mezquina pieza, pobre, abandonada y miserable.

Sin embargo, en ella iba á tener lugar un interrogatorio solemne, dirigido por un magistrado inexorable y supremo.

Sentado en uno de aquellos sitiales carcomidos, especie de poltrona que ocupara el fondo de la pieza, estaba un personaje ricamente vestido de púrpura, envuelto en un manto de armiño, coronado de una diadema régia y con un cetro en la diestra.

Era S. A. el católico y poderoso señor rey D. Alfonso de Leon y Castilla.

Junto á aquel personaje de continente majestuoso y severo, de pié, inmóvil como una serpiente de acero, aparecia en primer término á su diestra un caballero rigorosamente vestido de punta en blanco, calada la visera y apoyándose en una luciente alabarda romana, mientras que detrás desplegábase en semicírculo un piquete de archeros que formara la guardia de honor de su alteza.

En segundo término aparecian sentados sobre escaños toscamente improvisados, los jurados de Mondoñedo con sus sobrevestas capitulares y sus varas de marfil y ébano; los concejales del municipio con sus trajes talares alegóricos, y los ministriles con sus pesadas mazas emblemáticas, claveteadas de púas de bronce dorado á fuego.

Los movimientos ondulantes de la luz daban á aquel cuadro

un tinte lúgubremente fantástico, y al reflejar sobre la espiral de las armas, dábalas un viso sanguinolento, como lenguas de purpúreo fuego.

Sonó luego un esquilon invisible en medio de aquel profundo silencio que allí reinara, y que realzaba tanto la solemnidad de aquel acto imponente, por lo desconocido y estraño en un tribunal como aquel, tan anómalo y con tal urgencia improvisado.

Luego, casi simultáneamente, y cuando apenas se estinguiera el eco de aquel fuerte retintin tan imprevisto, oyóse frio, vibrante y lacónico el tremendo acento del rey, que dictó una órden, ante la cual dividiéronse al punto en dos grupos los soldados, dejando un espacio vacío en medio.

Rasgóse el tapiz que cubria la pared, y apareció un buque oscuro, por el cual salió un bulto informe envuelto en una especie de túnica gris, y adelantándose con los movimientos de un reptil.

Tratábase indudablemente de un juicio, y Lucifer, que era el mismo caballero cubierto que presentamos á la diestra del monarca, reconoció en aquel bulto al reo que debiera figurar como tal en aquel acto solemne; y en este mismo reo pudo reconocerse tambien á la vieja Palomina.

Entonces, al aspecto de aquel sér abominable y odioso, en el semblante del cuadrillero, aunque cubierto por su luciente visera, debió pintarse una espresion de inesplicable y repulsivo horror.

¿Qué significaba, pues, tan fastuoso aparato?

El rey, cada vez mas sombrío y ceñudo, y en cuyo interior parecia rugir un vértigo de iracunda cólera, dejó oir de nuevo su poderosa voz en medio del mas lúgubre silencio.

—Nada hay oculto, esclamó, á los ojos de la Divina Justicia;

los crímenes del hombre pueden permanecer ignorados durante un período mas ó menos largo, porque así entra en sus inescrutables juicios; pero llega un dia en que un decreto supremo acerca el momento de las revelaciones, y la Providencia entonces, por un acto reparador de su justicia distributiva y sábia, pone en evidencia la realidad que ocultara ese velo temporal que disfrazó un tiempo la iniquidad del hombre.

A este exordio tan sombrío como enigmático, respondió de nuevo un silencio pavídico.

Alfonso, cada vez mas contraido el semblante por un furor recóndito que parecia hervir en su pecho, continuó:

—Esto mismo es lo que ha sucedido con vosotros los llamados Beatriz de Quiñones, entendida tambien por Palomina, y Omar-Jacub, especiosos nombres con los cuales se disfrazan dos instrumentos viles de la perversidad y de la impostura: muchos años han trascurrido desde que organizásteis de consuno, y en connivencia con Ataulfo de Moscoso, una trama infernal, cuyo velo va á rasgarse al fin á la faz del mundo, que se estremecerá de espanto ante tanto escándalo, y verterá sobre vuestra memoria odiosa todo un cúmulo de execraciones.

La interpelada, de pié en el fondo de aquella especie de tribunal improvisado, arrostró fria, impasible, y hasta con insultante procacidad, la espresion del rey, y en su rostro pareció lucir cada vez mas pronunciado un rasgo de provocadora ironía.

—Y puesto que vais á ser ahora juzgados con imparcialidad y justicia, prosiguió el rey, aquí en presencia de la diputacion foral, de los jurados del municipio, y á la faz de Dios, que nos vé y nos escucha; para poder pronunciar luego una sentencia arreglada deliberadamente á los principios de justicia, dando préviamente al público una satisfaccion franca y categórica

acerca del objeto que nos mueve á dictar dicho fallo en el proceso, cumple á nuestro real propósito hacer una reseña histórica de los sucesos que lo motivan; sucesos que tiempo há preocupan nuestra conciencia pecadora, y á cuyo recuerdo contesta el eco del pundonor, de la conciencia y del temor de Dios que nos confunde.

—Escuchad, pues, todos: queremos ser nos mismo el relator de esa causa, antes de juzgarla.

Y en medio del tétrico silencio que allí reinara, la voz del monarca, vibrante como un trueno recóndito, empezó su relato, lento, pausado, en esta forma:

—Muchos años ha que un caballero leonés, á cuya bravura cometieran nuestros augustos padres D. Fernando y doña Sancha cierta mision arriesgada, llegó á Toledo en ocasion que los revueltos bandos civiles preparaban una de esas sangrientas colisiones, tan frecuentes por desgracia en estos tiempos de disturbios, y de la cual y sus consecuencias trataban de aprovecharse aquellos de comun acuerdo con el emisario, pronto por su parte á jugar en esta partida hasta su vida misma, si fuere necesario.

Reinaba á la sazon en Toledo Yahyah-Ben-Ismail-el-Mahmun (1), príncipe generoso y magnánimo, del cual conservamos mas de un recuerdo grato (2). Sus talentos diplomáticos adelantáronse á todo, y adelantáronse ademas al designio mismo de los monarcas cristianos. Pero su plan fracasó por desgracia, y el régio embajador hubo medio de huir, llevando consigo una hermosísima jóven casi niña, delicada y tierna, llamada Hor-

(1) El Afamado. Apellidábanle tambien Dzu-el-Madj-el-Din, ó Madjedyn.

(2) Alfonso VI fué aliado constante del rey de Toledo, cuya hospitalidad disfrutó largo tiempo cuando la fortuna no le fué próspera, llevando hasta tal punto su esplendidez Yahyah, que puso á disposicion de aquel un palacio y una servidumbre enteramente cristiana, y hasta un oratorio donde pudiese, sin salir de aquel, ejercitarse con plena libertad el culto católico.

mesinda, nombre tradicional que le impusieran en memoria de la hermana del gran Pelayo.

El embajador, amante de esa beldad célebre, ese pundonoroso caballero errante y fugitivo, era Veremundo Moscoso, legítimo conde de Altamira y gran privado de la reina doña Sancha, nuestra augusta madre.

Hormesinda, hija y descendiente de cristianos viejos, era á la sazon esclava de Soliman-el-Acmet, gobernador de Toledo, quien no pudiendo obtener su amor, habíase suicidado de puro despecho en la noche misma que precedió á la fuga de la dama.

Pero habitaba tambien en su palacio una mujer hipócrita, entusiasta y cautelosa, llamada Betsabé (el rey recargó un nervioso énfasis sobre esta palabra, fulminando á la vez una terrible mirada de soslayo á la vieja, que la sostuvo con una impasibilidad marmórea), judía de orígen, de religion y raza, con todo el refinamiento de esa concentracion de ódio que caracteriza á los hijos de Israel, y con la maliciosa astucia de un demonio. Esta mujer, verdadero aborto del infierno, era la nodriza de Soliman; le habia amamantado á sus pechos de fiera, pero no habia logrado trasmitir é inocular en aquel noble niño la baba ponzoñosa de sus rencores. Pues bien: esa mujer, si tal merece llamarse... vedla ahí, es esa.

Alfonso pronunció este último período con un acento de trueno y señalando á Palomina con su dedo tenaz é inexorable, pero la vieja sostuvo por su parte el apóstrofe con un descaro cada vez mas provocativo é insultante, dejando lucir en su fisonomía una risita cínica y sarcástica.

El rey prosiguió:

—Betsabé, personaje invisible ante la familia, sobre la cual debiera haberse impuesto una mision secreta acaso, era tambien

desconocida de Hormesinda la esclava, porque semejante á la pantera replegada en su caverna, acechaba desde las tinieblas los accidentes de sus maquinaciones inícuas, que eran muchas, y en las cuales aquel génio maldito que se resolviera en ella, parecia complacerse al abrigo de la impunidad que escudara sus actos.

Mientras tanto Veremundo, que cometiera la indiscrecion de no presentarse á justificar su conducta, incurriendo por ello en el desagrado de sus reyes, buscaba con su amante un asilo en las inmediaciones de Granada, desposándose clandestinamente con ella, de quien tuvo un hijo llamado Gonzalo Rodrigo. En la conducta del fugitivo entraba por mucho una exagerada susceptibilidad ó delicadeza ante el desgraciado éxito de sus gestiones: no habia, pues, rebeldía ni defeccion, por mas que los soberanos ignorasen esta circunstancia mal interpretada por sus consejeros, entre los cuales ocupaba un lugar Ataulfo, hermano bastardo de aquel, el mismo que refrendó la cédula de su proscripcion y confiscacion de bienes, y á quien se concedió el condado con calidad de interinidad y de simple gracia.

Pero la infame mujer que velara incansable por la perdicion de esa pobre familia errante y proscrita, pudo averiguar el asilo donde esperaban el perdon y gracia de sus monarcas, y ardiendo en sus deseos vengativos, logró al fin su cautiverio, valiéndose para ello de una horda mercenaria y salvaje que les hizo presa de mala ley y les vendió luego como esclavos.

Payo Ataulfo, hermano bastardo de Veremundo, y á quien, como ya queda dicho, diéranse sus estados á título de sustitucion é interinidad, púsose de acuerdo con la mujer que conducia la trama, y por ella pudo averiguar el paradero de su hermano y consortes.

Importaba mucho el ardid de su prision en cuanto á Ataulfo y Betsabé, porque con ello asegurarian él sus estados, y su venganza ella. La empresa, pues, tenia para entrambos un punto de enlace recíproco: conveníales poner desde luego manos á la obra.

En su virtud, Veremundo, su esposa é hijo, fueron espuestos en venta pública en los bazares, y comprados por Ataulfo. Betsabé hizo suya la mitad del precio; precio de sangre inocente, mártir que desde aquel dia clama venganza al cielo y á la tierra.

En aquel pacto infernal, cruel é inhumano, figuraba en primer término una condicion siniestra: era preciso desvanecer la huella del crímen, asesinando al tierno niño, ó por lo menos arrancándole del pecho de su madre, de su pobre madreque se volvió loca de dolor, de cólera y de sentimiento. Betsabé, en cuyo ánimo ardia otra idea infernal, se encargó de él, á condicion, segun se dijo, de enviarle al Africa, para que le criasen y le destinaran luego á las galeras del bey de Túnez, aunque destinándole en realidad para un nuevo instrumento de sus rencores.

Betsabé, ¿qué hiciste de ese niño?

Y ante el tremendo acento del monarca, que resonaba sombrío y fatídico en aquel recinto, la vieja no pareció conmoverse, sino que permaneció impasible aquella fisonomía animada por un rasgo diabólico.

Hubo un instante de pausa, durante la cual en vano se hizo esperar la contestacion de la vieja.

La voz del monarca, reposada en la apariencia, aunque esplotada por la cólera que hervía concentrada y sorda en su pecho, repitió con su acento cada vez mas hueco y fatídico:

—Betsabé, ¿qué hiciste de ese niño?

La acusada pareció salir de su abstraccion fingida, sacudió su cabeza altiva, y alzando con aire procaz aquella vista de ave de rapiña, preparóse á contestar la verdad á todo cuanto se le preguntara, si bien no sin imponer á esta resolucion ciertos límites.

—Le crié, ó por mejor decir, le mandé criar hasta cierta edad, repuso con su habitual serenidad, siempre insultante; le inoculé despues cuando fué mas crecido y vino á mi poder de nuevo, todo el ódio que pude hácia tí, rey, y al conde su tio, salvando siempre las formas y la esencia del secreto que por tanto ha entrado en mi plan, y he dado rienda suelta á sus pasiones y á su albedrío. Pero no era esto solo el objeto de mis aspiraciones: necesitando dar ensanche al plan de mi intriga, le dí carta franca de libertad, le emancipé, y le seguí siempre de lejos con mi ódio, con mi rencor y mi sistema.

—¿Qué edad tenia cuando le emancipaste?

—Catorce años podria tener entonces.

—¿Catorce años? ¿Por qué esperaste tanto?

—Elegí esta época crítica y revolucionaria de la naturaleza, para que las pasiones pudieran aprovechar su esplosion y desbordarse.

—¿Cómo no temiste que pudiera descubrirse su orígen y sus vicisitudes, haciéndole permanecer en España, esponiéndote y comprometiendo tu suerte y la de tus cómplices?

—Eso no era posible: mi prevision se adelantaba al riesgo de un modo que cerraba la puerta á la posibilidad, conjurando á la vez sus consecuencias.

—¿Cómo, pues?

—De un modo bien sencillo, cual es el sustituir un nombre supuesto al suyo de pila.

—¡Ah, sí! Olvidaba ese ardid que solo pudo sugerirte un génio maléfico, ese espíritu infernal que te alienta: es verdad, diste al pobre niño el nombre de un demonio; sarcasmo infame que arrojaste á la faz de la inocencia, oprimida por tu influencia sacrílega. Desde entonces, es decir, desde que su mala estrella le puso á tu albedrío, esculpiste sobre la frente de esa criatura el sello de una irrisoria burla, y el nombre de *Lucifer* reemplazó al de Gonzalo Rodrigo, que era el verdadero, borrando de este modo la huella inquisidora de las investigaciones y de las pesquisas. Dí, maldita, ¿no hallaste á mano otra palabra mas digna que apropiarle?

La vieja soltó una carcajada histérica.

—No creas, rey. contestó, que se procedió en este punto de malicia: el niño era de una hermosura tan rara, que verdaderamente no era fácil hallar un nombre que le cuadrase, aun recorriendo todo el índice del martirologio cristiano. Entonces tuve una ocurrencia: recordé al príncipe de los ángeles que llaman rebeldes, y de esa brillante alegoría parafrástica formé una asimilacion, humanizándola, es decir, dando una forma á la especie, sin que por ello me propusiera otro fin que el de establecer una alusion brillante á la belleza del niño.

—Está bien. ¿Y luego?

—Luego me coloqué de aya de la baronesita de Monforte, con objeto de prostituirla, y la prostituí al fin, sublevando prematuramente los resortes sensuales, aun antes de la edad núbil, y predisponiéndola para que te profesara á tí, príncipe entonces, una pasion frenética; encendí en su corazon, vírgen todavía de seducciones, una llama impura, y... ya lo sabes: Constanza, la altiva castellana, despertó un dia de su rapto en brazos del deshonor.

—¡Infame!

—Espera, rey, porque aun no es eso todo: es preciso que hoy, dia supremo de la espiacion y de las revelaciones, quede rasgado todo el velo. Gonzalo era ya por este tiempo un hermoso adolescente, de formas purísimas, y que con facilidad pudiera equivocarse con una mujer, en la cual halló un poderosísimo recurso mi ódio. Le busqué, le solicité entonces, ponderándole las prendas de mi jóven señorita, y le propuse un partido que admitió él de buen grado: esto es, suplantarse él mujer y entrar en el castillo en clase de doncella de honor, con un fin que no debo revelar hoy.

—¿Y se realizó al fin?

—Sí, se verificó al punto. Presto simpatizaron los génios, y admitido á las mas profundas confidencias del sexo, no tardó á brotar en él una pasion sin límites por Constanza: Constanza, pervertido ya enteramente por tí, rey, su candor de vírgen, y sumida en el lodo de una perversa disolucion moral. Se me olvidaba decir que al encargarse de este nuevo papel, al cambiar en apariencia de sexo, el jóven debia tambien variar de nuevo el nombre, y le varió, tomando el de Elvira de Benferrato.

—¡Maldito mónstruo!

—Los motivos que me impulsaran á esta nueva combinacion con todo su artificio, eran muy poderosos y entraban por mucho en la trama de mis proyectos. Constanza desde algun tiempo estaba prometida para esposa de Ataulfo; existia un contrato privado y solemne de capitulaciones matrimoniales, y habianse cangeado ya las prendas de costumbre entre ambas familias. Constanza, pues, debia ir prostituida ya al tálamo de su futuro esposo, llevando así la tea de la discordia encendida por mí, y que no debia estinguirse ya en el matrimonio, porque estaria

yo allí, siempre á su lado, dirigiendo desde mi puesto la cuerda inexorable de la intriga. Por otra parte, Gonzalo, ardiente adorador de ella, y cuya pasion iba á romper los límites del disimulo, depondria luego su ingenioso disfraz, y saltando por todo, declararia su amor al objeto que lo produjera, precisamente cuando su propio destino la arrojaba en brazos de un poderoso rival, en virtud de un compromiso solemne, y despues de ser sorprendida *in fraganti*, por industria mia, con el rey Alfonso.

Este insulto, arrojado al rostro del monarca con una intencion depravada, produjo en este una revolucion visible y enérgica; el rubor encendió sus facciones, temblaron sus músculos, y el coraje cegó su vista como un relámpago.

No obstante, ante aquel bochorno que tanto deprimia la majestad y el alto prestigio de S. A., que humillaba su amor propio y arrojaba el ludibrio sobre aquella orgullosa frente, supo luego oponer el velo del disimulo bajo su habitual severidad y sangre fria.

—Pero ¿á dónde íbais á parar, dijo, con ese laberinto abominable de intrigas?

—¡Ah! Es bien fácil comprenderlo; y sin embargo, yo, centro director y principal móvil de esa cábala, cuya ilacion perdia á veces sin alcanzar á armonizarla, confieso que me rendia, y tenia necesidad de evocar en mi auxilio un espíritu sobrenatural que al punto solia inspirarme. Aborrecia en primer lugar á Hormesinda, causa del suicidio de mi generoso Selim; aborrecia á Veremundo, que la libertara de la esclavitud y de la responsabilidad que pesaba sobre su conducta por dicho crímen: hé aquí los principales agentes de mi ódio.

A medida que hablaba aquel sér infernal, parecia exaltarse;

su mirada lúcida tomaba un brillo estraño, y todas sus facciones subian con un incremento rápido.

—Seguí aborreciendo, prosiguió con vehemencia, y aborrecí á muerte á Ataulfo, por ser hermano de Veremundo, y á quien por de pronto elegí por instrumento de mi implacable venganza; y te aborrezco á tí, rey, porque buscabas con ahinco á las víctimas de mis rencores, para protejerles, y porque te has propuesto suspender ó neutralizar el curso del plan de mis venganzas, tratando á la vez de investigar sus pormenores. Por eso yo he vomitado sobre tu cabeza un torrente de maldiciones, á la vez que afectaba solícita terciar en tus amores adúlteros con la baronesa, hasta tal punto, que creo haber podido llenar tus deseos en este caso.

Miráronse estupefactos los jurados, y mas de un signo de picaresca malicia se cambió en aquel concurso.

—¡Oh! Tanta maldad me confunde, esclamó corrido y escandalizado al propio tiempo el monarca; pero Constanza... dí, ¿qué daño te habia hecho Constanza?

En el rostro de la acusada brilló una espresion de indecible ironía, y guardó silencio.

—Responde, infame, insistió el rey, visiblemente irritado ante tanta insolencia: ¿En qué te habia ofendido la infeliz Constanza? ¿Qué mal te hizo el inocente Gonzalo, ese tierno niño á quien tu ódio acérrimo viene persiguiendo desde su cuna bajo apariencias falsas?

—¡Ah! contestó Betsabé, con su insultante sarcasmo: ¡Constanza! Constanza era, lo mismo que Gonzalo, un instrumento de ciega predestinacion: ella debia llevar, como ya dije, la discordia perpétua al tálamo de su esposo, á quien me reservé un medio hábil de enterar de todo ello á su tiempo, y de un modo

que correspondiera á la conviccion y al disimulo; debia, pues, emponzoñar los dias del tirano usurpador, é introducir en su alma un cáncer roedor é incurable, concentrando al mismo tiempo en ella todo el ódio de Gonzalo, de Gonzalo, pobre y advenedizo, rechazado por la altanería de la condesa, mientras que el jóven, irritado por el desaire, ardiendo en celos, que procuraba yo escitar bajo una apariencia de amor maternal, debia aborrecer á muerte al conde, rival afortunado que por un privilegio de fortuna le arrebatara su ídolo. Entonces, por industria mia hallaria medio de hundir en su pecho un puñal homicida en la primera noche de bodas, como lo efectuó, realizando así parte de su venganza, en la cual confieso que me reservé el papel de cómplice, facilitándole el medio y franqueándole el camino. Déjale, pues, rey, abandónale á su destino; ¿qué puede importarte su suerte? Él será acaso, no lo dudes, el instrumento que te vengue del conde, tu rebelde vasallo, porque Dios quiere valerse de él para ejecutor de su justicia. Y créeme, rey, apártate de ése jóven, porque es cabeza maldecida; apártate del conde y de Constanza, porque son raza anatematizada por la Providencia.

—Pero Veremundo, Hormesinda... esas dos víctimas de tus tenebrosas maquinaciones, de que tambien es víctima Ataulfo, dime, ¿qué ha sido de ellos? ¿Dónde los hallaré, si es que existen?

La anciana vertió una sonrisa sarcástica, fugaz como un relámpago.

—Responde, demonio, repitió Alfonso; ¿dónde están esas víctimas?

—Deja cumplirse un decreto del destino, y no me dirijas esa pregunta que no puedo satisfacer: no insistas, rey, porque mis oidos son de roca y no la oyen.

—¿Será posible? ¿Querrás comprar tu libertad al precio del secreto que te demando, vil mujer?

Betsabé miró al rey con una espresion negligente y despreciativa.

—¿Y lo has creido así? dijo. ¡Bah! Ignoras sin duda hasta donde raya el grado de mi teson: cuando la esperanza de una venganza certera, que puede sonreirme aun despues de mi muerte; cuando mi corazon late de júbilo al vislumbrar allá en lontananza (no muy lejos por cierto) ese nublado que se cierne sobre mi tumba, que estalla como la tempestad y produce el cataclismo de mi victoria... ¿qué importa aventurarlo todo, aun á trueque de los mayores sacrificios y el de la muerte misma? ¡Oh! Tú ignoras, rey, cuanto vale para mí saborear mi venganza, siquiera un solo instante, cuando este, por rápido que sea, equivale á una eternidad de perpétuos goces.

—¡Mónstruo! esclamaron instintivamente y por lo bajo los circunstantes, poseidos por un sentimiento de repulsion marcada hácia aquella mujer, por cuya boca hablara indudablemente un génio maléfico.

CAPÍTULO II.

Obstinacion.

Temple de acero fué que en vano altivo
Quiso ablandar el mismo soberano,
Teson provocativo
Con que el orgullo insano
Hizo alarde agresivo.

El jóven caballero que digimos habia de pié junto al rey, y en quien debe haber reconocido el lector al pretendido Lucifer, no podia ya reprimir su cólera, contenida únicamente por el

precepto de permanecer impasible que le impusiera la voluntad del mismo rey.

—El interrogatorio está ya terminado por mi parte, rey Alfonso, dijo la vieja con su habitual audacia; basta por ahora.

—¿Y eres tú, preguntó este con destemplada cólera, quien se atreve á tomar la iniciativa en este caso?

—Sí; al principiar el acto impuse un límite á mis revelaciones, y hemos llegado ya al mismo, sin que pueda alcanzar todo el poder de tu voluntad para salvarlo.

Miráronse todos estupefactos ante esta salida tan estraña de la acusada, que parecia convertirla en acusadora.

Alfonso pareció á su vez desconcertado por tanto cinismo por parte de aquella mujercilla rebelde.

—¿Es posible? dijo, sin poder aun sacudir su sorpresa.

—Sí, rey, créeme, aunque para ello necesite recordarte que se está instruyendo el sumario de una causa grave, ó por lo menos célebre, cuya sustanciacion no conviene precipitar, mucho menos á tí, que tanta importancia le has dado. Tiempo habrá despues para ampliar sus formas é incidentes y para acumular otros méritos, á medida que vayan resultando.

—¡Miserable!

—He dicho mi parecer, y creo que está en su lugar mi observacion, puesto que ya he dicho cuanto debia.

—Qué... ¿no hablarás ya?

—No.

—¿De verás? Pues es bien fácil para mí obligarte á variar de propósito.

Betsabé calló. En sus facciones se reflejó cierto aire de indiferencia, ó por mejor decir, de menosprecio.

—Está bien, continuó el monarca, despues de una pausa: la

rueda del tormento tiene el raro privilegio de hacer hablar á los mudos; tanto mejor.

La acusada vertió otra de sus sonrisas cáusticas y provocadoras.

—¿Qué importa, dijo con su ironía clásica, que ataraces mis carnes y quebrantes mis huesos, cuando mi fuerza de ánimo lo arrastra todo y vence? Entonces, injusto juez, mi silencio elevará á plenario ese monstruoso procedimiento, en el cual me acuso como delincuente. Créeme, no provoques mi orgullo ni mi amor propio irritado; mi amor propio que no alcanza límites ni aun en las gradas del patíbulo.

—Con que te obstinas, ¿eh?

—Sí, estoy resuelta.

—¡Estraño empeño el tuyo!

—No es empeño, rey, es algo mas que eso.

—No es empeño, ¿eh?

—No.

—Pues ¿qué es?

—Es sistema, que significa algo mas que eso.

—¡Ah! ¿Y no hablarás?

Betsabé marcó uno de sus desdeñosos gestos, y repuso:

—No te empeñes en un imposible, rey.

—¿No hablarás, eh? repitió Alfonso, cuyos dientes crugieron de cólera.

—Antes me harás pedazos que saber por mi boca un solo detalle mas.

—Pero dime únicamente si existen Veremundo, Hormesinda y Gonzalo.

Betsabé ensordeció, y en su rostro se reprodujo nuevamente su habitual sonrisa de demonio, fulminante y estúpida.

—¿Con qué nada mas dices acerca de esa familia desdichada?

—Por hoy... nada: lo repito, contestó la anciana.

—¿Y luego?

—Luego... tiempo habrá para saberlo todo, sí, y acaso no te pese esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo ignoro, porque depende todo del curso de los acontecimientos, y este puede variar, sujeto como está á mil accidentes y eventualidades.

—¿De modo que nada cierto me dices?

—Ya he dicho cuanto debia, sin faltar al plan de mi propósito.

—¡Víbora!

—Nada conseguirás, rey, con tus apóstrofes, sino provocar mas mi resolucion y mi ódio.

—¡Tiembla, malvada, si es que tratas de tenderme un lazo!

La judía vertió una carcajada disonante é histérica.

—No seas imbécil, rey; cuenta que en ese furor imprudente que contra mí te alucina, aventuras mucho por tí y por los tuyos; contra mí, que de tanto puedo servirte, para ayudarte en la investigacion de ese arcano que con tanto empeño buscas en favor de tus protegidos.

Y en esa profunda calma con que fueron proferidas estas frases, exhalábase todo el furor intencionalmente depravado que hervia en el pecho de la hebrea, y esplotaba toda su ponzoñosa bílis.

—Está bien, dijo el monarca, cortando el diálogo, mañana dispondremos de tu suerte, puesto que te obstinas en esa negativa que te precipita al abismo: ante la sentencia inapelable que vamos á pronunciar, ante ese fallo irrevocable y certero, ¡cria-

tura rebelde! inclina tu cabeza altiva, porque es el soplo poderoso de Dios que va á aniquilar tal vez á una de sus criaturas mas estraviadas y pecadoras.

En el rostro severo del monarca pareció reflejarse un destello sobrenatural de majestad indecible al pronunciar sus últimas frases; pero aquella mujer de hierro las acogió con su visible frialdad, que era un verdadero insulto arrojado á la faz del mismo príncipe, cuyo continente austero contraíase cada vez mas á impulso de aquel tropel de sensaciones que agitaron su mente.

—¡Ea, guardias! gritó con una voz de trueno, y refiriéndose á los soldados con imperativo ademan; conducid á esa mujer á su prision, redoblad la vigilancia de ese mónstruo, y despachad presto, librándome de su odiosa presencia.

Esta órden fué al punto obedecida; el piquete desfiló en semicírculo, y la vieja, rodeada de lanzas, alabardas y partesanas, fué conducida de nuevo al calabozo.

En el rostro de aquella infernal mujer brilló una sonrisa de orgulloso triunfo, feroz y diábolica: la sonrisa del ángel malo.

Alfonso, altamente impresionado por las revelaciones que acababa de oir, y que él ignoraba en su mayor parte, permaneció un instante con la cabeza apoyada en sus manos, sumido en honda meditacion.

Los jurados, y sobre todo, el jóven caballero, confundidos todos por la impresion que les produjera aquella mujer diabólica, dejaban traslucir en su muda, pero elocuente sorpresa, una marcada indignacion que sublevara los ánimos, infundiendo un sombrío pánico, al paso que una escitacion alarmante, devoradora é inquieta.

Los diputados y demás circunstantes, á una señal del rey,

evacuaron aquel recinto, aturdidos tambien por las peripecias de aquel acto verdaderamente estraño; y en verdad que necesitaban aspirar otro ambiente mas puro que disipara la sombría emocion de su ánimo.

CAPÍTULO III.

Órdenes.

¡Ay! Que imprudente y ciego
Su vértigo vehemente precipita
Al entusiasta jóven... ¡Oh! ¡Maldita
Esa serpiente que en activo fuego
La sávia del amor, cruel, irrita!

Bajo la solemne impresion que dominara al rey y á su jóven protegido, con quien quedó á solas, siguió un momento de lúgubre silencio: necesitaba dar una tregua ó suspension al acto de aquel juicio tan repugnante por sus detalles, como interesante por las consecuencias mismas que se anunciaran y que prometian ser fecundas. Mandó, pues, despejar el ámbito de la pieza, quedando á solas con sus recuerdos y con su conciencia, en aquel lúgubre y tenebroso retrete.

Pálido, el ojo apagado, desasosegado é inquieto, en vano buscaba en su imaginacion la clave de aquel arcano que todavía preocupara su espíritu, manteniéndole en perpétua tortura y desasosiego: la existencia de Veremundo y de Hormesinda, si es que no habian todavía perecido; ese terrible enigma que se obstinó en guardar la vieja, y en cuya tenacidad fueron á estrellarse todos los esfuerzos persuasivos y amenazadores del rey, dejaba siempre en pié el problema con toda la incertidumbre de la vacilacion y del misterio.

De aquel cúmulo de dudas pareció surgir en su ánimo una probabilidad posible: ambas víctimas, si es que realmente existian acaso, debian gemir en los subterráneos de Altamira.

Fué este un rayo luminoso de inspiracion que halagó la mente del monarca, creando, como ya digimos, en ella una probabilidad factible y casi certera.

Por de pronto la sospecha que abrigara hasta entonces respecto al orígen del jóven cuadrillero, quedaba plenamente confirmado ante la confesion de la vieja, aquella prueba viviente é inescusable: no existia ya escrúpulo alguno, puesto que la duda habiase disipado al soplo de aquella confidencia. Una exigencia de justicia reclamaba el condado de Altamira para el jóven Gonzalo, quien desde aquel dia mismo empezaria á usar de este su verdadero nombre en lugar del de Lucifer, como habia dado en apellidársele por el maquiavelismo de su impía nodriza, y que parecia una palabra de escarnio que marcara un sello reprobador en su frente. ¡Él, pobre hijo errante y desheredado, arrojado al páramo de una oscura y triste vida!

Ni podia diferirse mas una solucion cualquiera reparadora y enérgica, mucho menos en las circunstancias presentes, en que las leyes de la guerra solian autorizar cualquier agresion hostil por parte del monarca; así, pues, desde aquel instante una idea súbita fijó su belicoso espíritu: segun ella, debia marchar el grueso del ejército á combatir la fortaleza de Altamira, y esta empresa árdua no dejaba de ser un tanto atrevida y espuesta, por cuanto las espresadas torres pasaban por inespugnables, tanto por su posicion estratégica, como por los reparos y formidables aprestos con que Ataulfo acababa de robustecerlas.

Alfonso, al adoptar aquella resolucion estrema, temió, no sin fundamento, que pudieran quedar humilladas sus victoriosas

banderas en aquella empresa decisiva; pero aun en medio de aquella contradiccion vacilante, otra idea feliz ocurrió á aquel tropel de contradicciones, con las cuales, sin embargo, no podia transigir sin menoscabo de la conciencia y del honor. Determinó, pues, poner en juego el ardid, introduciendo la traicion en el castillo, lo cual no le pareció difícil si sabia utilizar los momentos y lograba interceptar completamente las relaciones esteriores con las gentes de la fortaleza.

La amistad aparente ó sincera que profesara el conde á Gonzalo, á cuyo servicio estaba, era para el rey la circunstancia mas propicia que pudiera depararle la suerte: jefe cauto, pundonoroso, y valiente hasta la temeridad á veces, efecto de su inesperiencia y de sus pocos años, Gonzalo poseia gran ascendiente, tanto en la guarnicion como en los demás tercios militares del conde, contra quien guardara él siempre una prevencion instintiva y hostil; prevencion que se habia agravado desde que oyó ciertas revelaciones de los lábios del rey, segun dejamos ya dicho.

Entonces, al tiempo de dicha confidencia, el monarca, refiriéndose solo á conjeturas y á ciertas palabras vagas sorprendidas á la vieja, habíale instruido de una parte confusa del misterio: ahora, pues, con datos mas fijos iba á ratificarle y aun á confirmarle en aquellas revelaciones mismas tan terribles y odiosas que él mismo oyera de la vieja Betsabé.

Fijo, pues, en su propósito, Alfonso hizo llamar á su confidente, con quien tuvo una conferencia reservada, á fin de ocultar á los jurados que esperaban fuera, las relaciones que mantenia en secreto con aquel hombre, puesto ostensiblemente al servicio del rebelde tirano de Altamira.

Por esta razon debia ir Gonzalo encubierto ante aquellos

magistrados, permaneciendo á la vez pasivo, frio y mudo espectador de aquel proceso que, sin embargo, le interesaba tanto, pero era tambien preciso de todo punto salvar las apariencias, asegurando de esta suerte el tremendo golpe que debiera dar la solucion radical al suceso.

—Os he mandado llamar, le dijo, para que activeis la marcha sobre Altamira; sed, pues, el negociador prudente y diestro de mi empeño, y si Ataulfo, como es de suponer, se negase á rendir discrecionalmente á las armas de su rey la fortaleza, porque es rebelde y su corazon perverso se ha empedernido en el crímen, entonces adoptad los medios que creais conducentes para que mis tropas se apoderen de ella á toda costa por medio de arte y ardides, si es posible, á fin de economizar siempre sangre. Entre tanto, mi ejército, acampado al frente de las Torres, apoyará, protegiendo bajo mi mando vuestras operaciones, y procederemos de comun acuerdo mediante las evoluciones y contraseñas que convengamos de antemano y que deben ser la clave de nuestra inteligencia mútua.

Tened presente, prosiguió, que al tomar á vuestro cargo esta arriesgada mision, trabajais por cuenta propia bajo mi protectorado, que os prestará todo género de auxilios. Los estados de Altamira os pertenecen de derecho, entorpecido únicamente por el acta de proscripcion que pesa sobre el nombre de vuestro padre; pero esa acta prohibitoria queda alzada, derogada y revocada desde luego, y de ello el rey os empeña su palabra de honor inviolable y sagrada.

Además, continuó, no olvideis que vuestros padres Veremundo y Hormesinda, prisioneros tal vez por la ambicion de Ataulfo, vuestro tio, gimen acaso en un subterráneo hediondo de Altamira: ya oisteis bastante para poder fundar una sospecha

de que esto sea cierto; las revelaciones, aun mas, las reticencias culpables de esa infame vieja, que confunda el infierno, dan un motivo para ello, y en tal caso, la obligacion de un hijo como vos, la humanidad, la conciencia misma, os reclaman el deber de indagar si acaso existen, y en este caso, libertarles: los datos que debeis al monje, á aquella moribunda, en fin... todo ello debe abrir á vuestra vista un dilatado horizonte de esperanza en la Providencia, que vela sobre la iniquidad y la confunde. Partid, pues, apenas termine el juicio pendiente, al cual quiero asistais hasta su fin, y entonces, sin detencion, porque los momentos son preciosos en casos dados como el presente, entonces, sí, partireis á poner en práctica lo convenido, y yo espero mucho de la justicia de Dios en este caso.

—Comprendo, señor, y parto con vuestro permiso, profundamente agradecido, llevando una nueva demostracion de vuestras bondades y de vuestra justificacion: dadme á besar vuestra mano y apresurad el momento de mi marcha sobre Altamira.

—Sí, abreviemos el término, y ante todo concluyamos el juicio pendiente, por si acaso del exámen del delincuente que debe comparecer ahora en nuestro tribunal, resulta algun otro incidente que redoble el interés del suceso. ¿Quién sabe si podeis llevar una certeza mas al partir?

Tomad, prosiguió el príncipe, entregando al capitan un pergamino enrollado, con un sello de plomo pendiente de una cinta encarnada; ahí teneis un salvo-conducto que podeis hacer valer en un caso de apuro, si os ocurriere, y ¡desdichado de quien no le acate! Hacedle valer, sí, y con su auxilio sostened vuestro carácter de comisario régio á toda la altura de mi prestigio.

CAPÍTULO IV.

Segundo interrogatorio, en el cual va aclarándose mas el enigma.

No hay arcano que cien mil años dure,
Recatada la faz, mudo el lenguaje.

Un momento despues, los diputados de Mondoñedo, acudiendo al llamamiento del monarca, entraban á ocupar de nuevo los escaños rústicos de que hicimos mérito.

Gonzalo se colocó en su primitivo sitio, á la diestra del rey, donde ya anteriormente le presentamos, y volvia á echarse al rostro la celada, de que se despojara antes cuando quedó á solas en su diálogo con dicho personaje.

Todas las miradas fijábanse naturalmente en aquel actor disfrazado, al cual dábase no obstante una preferencia tan estraña como significativa; de modo que formábanse mil comentarios y suposiciones respecto á su nombre y circunstancias, que, sin embargo, nadie adivinara.

Y en medio del general silencio, turbado apenas por cualquier movimiento imperceptible de los circunstantes, la voz terriblemente pausada de Alfonso VI resonó vibrante, fatídica, en las aplanadas crugías de la bóveda, y al punto, escoltado por los soldados mismos de que antes hablábamos, salió el otro reo, vestido con su traje árabe y haciendo sonar sobre el pavimento una pesada cadena.

Era Omar-Jacub, á quien ya conocemos.

En su rostro, afectadamente compungido, parecia leerse una candidez tan inocente, era tal su compostura, su humilde actitud, hasta cierto punto hipócrita, que su presencia produjo desde luego en los circunstantes, y aun en el mismo rey, una impresion favorable.

Su venerable aspecto, su luenga y blanquísima barba, su gravedad natural ó aparente, y hasta el traje mismo que vestia, daban á aquel singular personaje un realce de majestuosa autoridad que imponia.

Colocado frente al rey, marcó una cortesía reverente y esperó con visible serenidad, con una calma reposada, que se abriese el interrogatorio, como si contara ya de antemano con una absolucion segura.

Nadie que desconociera á fondo aquel hábil cómico atreviérase á calificarle de lo que realmente en sí era, un viejo astuto y reservado; pero hombre de mundo al propio tiempo, de continente elástico, digámoslo así, que se acomodara fácilmente á todo género de apariencias, y retrataba todas las pasiones del corazon humano con admirable maestría y disimulo.

—Antes de dar principio al interrogatorio, dijo el monarca refiriéndose al anciano, os conjuro en nombre de Dios Todopoderoso, para que me respondais con verdad á todo cuanto se os pregunte. ¿Lo hareis así?

—Si lo haré, repuso el anciano, colocando sobre el pecho su temblorosa diestra con cierta solemnidad imponente, é inclinándose de nuevo con una profunda reverencia.

—¿Jurais, pues, y ofreceis esa verdad por el eterno Dios omnipotente, creador de todo lo visible é invisible, que sacó al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, y por la ley de

Moisés, segun el testo y el espíritu del Antiguo Testamento que observais todos los judíos, si es que lo sois?

Por las facciones de Omár pasó rápida, sutil é imperceptible una sonrisa cáustica, fugaz como un relámpago, y de la cual apenas pudo el rey apercibirse.

—Si juro, respondió con una espresion tan vehemente, tan profunda, que justificó ante todos los oyentes la sinceridad verdadera ó fingida de aquel singular personaje.

—Así sea, y Dios Todopoderoso os premie ó demande, tomando en cuenta vuestra intencion. Decidme ante todo cómo os llamais.

—Ante quien me conoce de pocos años há, me llamo Omar-Jacub.

—No se os preguntan nombres supuestos, sino el verdadero que se os impuso en la circuncision, á menos que hayais abjurado luego vuestras primitivas creencias.

—Me precio mucho, señor, de consecuente, mucho mas en asuntos de conciencia, y tengo bien arraigados por cierto mis principios religiosos. Y puesto que esa misma fé de que blasono me dicta la verdad en este caso, ligando los escrúpulos de mi conciencia con un vínculo improfanable y santo, os confesaré sin rodeos que me llamo Eleazar, de la tribu de Leví, é hijo de Isaac y Estér, comerciantes establecidos en Toledo, calle de la Redencion, en el barrio de la Judería.

—¿Cómo cambiasteis de nombre?

—Porque así convenia á mis designios.

—¿No podeis esplicar esa circunstancia?

—Solo espero que V. A. se digne preguntarme desde la época á que pretende circunscribir y remontar el exámen, á cuyo efecto estoy á sus órdenes.

—Muy franco os mostrais.

—No otra cosa me impone el juramento, señor, con lo cual me propongo desvanecer al propio tiempo ante V. A. la equivocada idea que pueda tener de los hijos de Israel, esa pobre raza miserable, tan injustamente calumniada.

—Puesto que tan espontáneamente blasonais de sincero, esplicadnos ahora el secreto de ese doble cambio de nombre y domicilio, ese misterio que os hizo renunciar á vuestra posicion social y á vuestra libertad misma, para encerraros en una gruta de maravillas y encantamentos.

—¡Ah, señor! recurrí á ello en un momento desesperado, del cual he tenido, sin embargo, ocasion de arrepentirme muchas veces. Ya debeis saber la empresa fracasada de la proyectada conquista de Toledo, imaginada por vuestra belicosa madre doña Sancha, y acometida con denodado empeño por el noble Veremundo, conde de Altamira; sabreis tambien el desenlace que tuvo tan desgraciado suceso, efecto de la delacion de una mujer inícua, alucinada por un fanatismo imprudente y ciego....

Un rayo de súbita inspiracion pareció surgir, al eco de estas palabras, del corazon del monarca, el cual, obedeciendo á un previsor impulso, preguntó al hebreo con marcada precipitacion:

—¿Quién era esa mujer?

—¿Qué mujer, señor? objetó trémulo y conturbado el judío.

—La que delató el plan de Veremundo.

—Señor...

—Basta, responded con arreglo á vuestro juramento prestado.

—Esa mujer, señor..., repuso pesaroso y contraido Eleazar.

—Acabad de una vez, ¿quién era?

—Era... mi hermana.

—¡Vuestra hermana decís!

—Sí, desventurada mujer, cuyo menguado destino se halla hoy á merced de vuestra inexorable justicia, á cuya accion temo no pueda alcanzar á sustraerse.

—Comprendo ahora vuestra repugnancia, justificada por ese poderoso estímulo de la voz de la sangre, del cual ha podido triunfar, al fin, un arranque de conciencia.

Eleazar, como empezaremos á llamarle, se inclinó ligeramente, como cediendo á las palabras del monarca, que continuó preguntando:

—Puesto que vamos despejando incógnitas, decidme ahora el nombre propio de vuestra hermana, porque voy creyendo que ese juego variado de supuestos nombres á que apela con frecuencia, debe encerrar algun misterio.

—En efecto, contestó el interrogado, adhiriéndose á la idea del rey; ha dado en llamarse Beatriz de Quiñones, Palomina, y otras mil cosas mas; pero su verdadero nombre es el de Betsabé.

El peso de la indignacion pareció comprimir el corazon del monarca, cuyo semblante anubló un rasgo colérico, aunque en cierto modo disimulado bajo su habitual severidad.

—Pero ¿qué objeto, dijo, pudo mover á esa mujer á conspirar contra vos mismo? Porque érais la persona que tenia á su cargo la organizacion del golpe revolucionario, y por consiguiente la mas comprometida de todas cuantas han figurado en este golpe de mano, tan mal sentado por desgracia.

—¡Ah, señor! Esa resolucion, en tan mal hora concebida acaso, y que tantas víctimas costó á mi raza y á la vuestra, envolvia una idea sórdida y siniestra: la de utilizar los primeros momentos de confusion que necesariamente debiera producir el

lance, con el fin de poder aprovecharse del tesoro de que era portador y depositario Veremundo.

—¿Y lo consiguió, eh?

—Sin duda alguna: el éxito correspondió á su propósito, porque á esa mujer parece asistirle un génio sobrenatural y maldito. Nodriza del gobernador de Toledo, y admitida con este motivo al mas alto favor del mismo, hallábase en disposicion de poder penetrar las mas reservadas confidencias de palacio y sus mas íntimos arcanos: sabia que existia en el harem del jóven Soliman una hermosísima esclava cristiana, por cuyo amor el generoso señor acababa de suicidarse estrangulado, mientras ella lograba emprender la fuga, en compañía de Veremundo. Desde entonces empezó á dirigir los tiros de su ódio contra ambos amantes, que huian hácia Granada, donde parece que se desposaron y tuvieron un hijo, fruto de su union, al cual impusieron el nombre de Gonzalo Rodrigo. Pero el ódio de Betsabé reclamaba sin cesar á sus víctimas, á quienes hacia responsables de la muerte de Soliman, su hijo, como solia llamarle; de modo que al fin por industria suya fueron todos tres presos y vendidos en el bazar de esclavos.

—¡Vendidos! interrumpió el rey, simulando admiracion é ignorancia.

—Vendidos, sí, vendidos como bestias.

—¿A quién?

—Al conde Payo Ataulfo de Altamira y Moscoso.

Alfonso fijó una mirada escrutadora y tenaz en el rostro del hebreo, cuya sutileza pudo adivinar el objeto que la produjera y que en vano tratara de ocultar ya al príncipe.

Bajó instintivamente la vista, deslumbrada ante aquel relámpago, y con un movimiento de verdadero pesar, en el cual

su dignidad de hombre manteníase á toda su altura posible, inclinóse diciendo:

—Yo fuí, señor, el mercader que realizó esas ventas: si por ello merezco un castigo, aquí teneis mi propia confesion que delata mi falta, la cual puedo juraros con la propia ingenuidad, que lleva en sí un sello meritorio que la atenúa, atendidas las particularidades que la acompañaron.

—¡Vos... su vendedor!... articuló el rey, simulando todavía mas su estrañeza.

—Señor... tenia á mi cargo un bazar de esclavos de ambos sexos, clasificados en regla y en dos pabellones distintos: fué una exigencia á que no creí deber negarme, y de la cual tampoco me arrepiento, apoyado en la fé de mi conciencia que descansa en ello.

É irguiéndose de nuevo, paseó su mirada tranquila y grave por todo aquel solemne recinto, en el cual preciso es confesar que empezaba á despertar simpatías aquel personaje importante.

No habia arrogancia, ni insulto, ni insolencia en aquella mirada tranquila, sin afectacion apenas, y que, lejos de encerrar un principio de provocacion, parecia revelar un fondo de probidad que hasta al mismo rey impuso.

—¿Y despues? volvió á preguntar este.

—Despues... ¡Oh! relevadme, señor, del compromiso, y absolvedme del juramento que en un momento de entusiasmo me arrancásteis, porque lo que me resta por decir me estremece y repugna.

—No haré tal; y toda vez que Dios en sus inescrutables designios ha puesto en mi mano un instrumento como vos, quiero y debo utilizar sus revelaciones. Nada temais, y tened entendido que solo á este precio podeis recabar del rey el partido de

vuestra vida, que pertenece á la ley, y á su primer magistrado, cuyo sacerdocio ejerzo.

—Pues bien: obligado por vuestra autoridad, continúo. Segun el plan de Ataulfo, debiera convenir á sus intereses la desmembracion, ó mejor dicho, la dispersion de esa pobre familia proscripta, aplazando su esterminio, mientras haciendo cundir la especie de la muerte de Veremundo, jefe de ella, apoderaríase sin disputa del condado de Altamira, como inmediato sucesor en los derechos del mismo. No tuvo corazon para asesinarles, y en verdad que hubieran ellos ganado mucho con este rasgo supremo de crueldad: sí, porque el medio que se prefirió para borrar la huella de su existencia ante el público, era mucho mas cruel todavía...

—¿Sí, eh? interrumpió el rey, cuyo semblante contraíase cada vez mas.

—¡Ah, señor! Es repugnante recordar y reproducir todo eso.

—Continuad, continuad, y no omitais pormenor alguno, porque en ello está interesada la vindicta pública, y aun tambien vuestra suerte misma, si es que la estimais en algo. Decid, ¿qué hizo Ataulfo del niño Gonzalo Rodrigo?

—Le entregó á su cómplice para que le vendiese á unos piratas, utilizando ambos el precio de esta venta.

—¿Y lo hizo así?

—Creo que no, porque creyó ella que ese niño pudiera servirla despues para realizar sus sueños de venganza?

—¿Ella, decís?

—Ella, sí, la cómplice de Ataulfo, Betsabé la hebrea.

—Pero ¿qué hizo esa mujer del niño?

—Por de pronto le dió á criar á una pobre villana de las montañas cantábricas, y en cuyo poder permaneció hasta la

edad de cuatro años, poco mas ó menos. Luego volvió á su poder de nuevo para educarle á su modo, y tuvo lugar y ocasion de inocularle un ódio mortal hácia vos y hácia el supuesto conde su tio, Ataulfo, aunque sin revelarle jamás las relaciones de parentesco que le ligaran al mismo, y ni un solo pormenor de su verdadera historia. Luego ya crecido, le emancipó en cierto modo, dejándole errante y aventurero á merced de la licencia y del vicio, de todo lo cual su instinto, su noble inclinacion, le apartaran, y siguiéndole de lejos con su ódio y sus maquinaciones. Mientras tanto entraba ella con estudiado intento en calidad de dueña mentora de la castellanita Constanza de Monforte, cuya casa habia frecuentado muy á menudo, y para lo cual fingió que era una buena cristiana vieja.

—¿Sí, eh? ¿Ese ardid tambien?

—Qué quereis, es artículo de moda en todos los tiempos, como que suele apelarse á él como el talisman supremo que todo lo vence.

—¡Hipócrita!

—Todo eso está aun hoy mismo á la órden del dia, en que desgraciadamente apenas hay un rostro que se presente en la sociedad desenmascarado.

—Pero esa mujer...

—Tengo para mí que renegó de la ley de Moisés, no por otro motivo que por una especulacion indigna; desliz que en su hipótesis no le he perdonado ni le perdonaré jamás.

—¿Con que es renegada, eh?

—Sí, no tengo duda; renegada bajo el supuesto nombre de Beatriz de Quiñones. ¡Maldicion sobre su memoria! Esa mujer atea ha hecho un asunto mercantil de la conciencia, que esplota á su modo; no tiene creencias propias, y la aborrezco á muerte.

En la fisonomía de Eleazar, ordinariamente reposada y tranquila, brilló un rayo de exaltacion fiera y salvaje: hállabase completamente trasfigurado.

Alfonso, hábil fisonomista, conoció la ventaja que pudiera sacar si utilizaba aquellos momentos de escitacion, y se apresuró á continuar el interrogatorio, diciendo:

—¿Y vos?

—Yo no tuve participacion alguna en todo ello, porque Betsabé, cuya infernal astucia tenia algo de diabólico, no fiaba en mí y permanecia alejada en una montaña todo el tiempo que tardó á despedir á Gonzalo desde que tuvo uso de razon; así que, dudo que me conociera ya él si llegase á verme. Pero dispensadme, señor, que omita todo cuanto tiene relacion conmigo, porque seria inoportuno, creedlo así; ya me llegará el turno.

—Basta, sí, dijo el rey; limitaos á contestar las preguntas que voy á dirigiros, porque tampoco me es desconocida en sus mayores detalles la historia de ese jóven desde su adolescencia. Decid ahora: ¿qué objeto debió proponerse esa mujer inícua con su implacable ódio á esa desventurada familia?

—Su esterminio, y aun tal vez mucho mas todavía.

—¿Y Veremundo, y Hormesinda?

—Payo Ataulfo tenia un marcado interés, segun ya dije, en que desaparecieran para siempre, en lo cual obraba de concierto comun con su cómplice; pero no tuvo valor para deshacerse de ellos á mano airada: túvolo, sí, para asesinarles lenta y cobardemente en una hedionda prision del castillo de Altamira.

—¿Y existen todavía? preguntó con marcada ansiedad el rey.

—Todavía existen, segun creo, sin temor de equivocarme.

—¿Y sabeis dónde?

—En Altamira, señor, existe Veremundo; en cuanto á su

esposa, hoy lo ignoro, porque hace poco tiempo que perdí la huella de su existencia.

Alfonso pareció respirar, aliviado de un gran peso, y en su rostro brilló cierta espresion satisfactoria de triunfo, ni mas ni menos que un juez que logra el fruto de sus investigaciones. Los jurados, y sobre todo, el jóven Gonzalo, cuyo corazon no cabia en el pecho de puro entusiasmo, esperimentaron visiblemente un gozo inefable, interesados como se hallaban todos en la suerte de la justicia de aquellas víctimas de la iniquidad y de la ambicion.

CAPÍTULO V.

Que es continuacion del anterior.

El sol de la verdad va despejando
La atmósfera sombría,
Sus esplendentes rayos desplegando,
Que van iluminando
Regiones que la luz desconocia.

Hay en vuestra deposicion puntos discordes, dijo el rey, despues de una breve pausa, dirigiéndose al hebreo, y convendria aclarar en lo posible la materia. ¿Qué os parece á vos?

—Muy sencillo, señor, si me permitís continuar mi declaracion respecto á esa repugnante historia, cuyo recuerdo me asalta como la pesadilla eterna de mi conciencia, que conturba mis sueños y pulsa á las puertas de la desesperacion á veces. Porque yo tambien, señor, tengo de qué acusarme ante Dios y ante la sociedad en este caso.

—Está bien, y puesto que habeis iniciado con loable fran-

queza el asunto, decidnos el papel que os reservásteis en la ejecucion de esa trama diabólica.

—El de encubridor, ó mejor dicho, el de cómplice.

—Sois franco, por Dios, Eleazar, y casi me atrevo á aplicaros el galardon de la indulgencia, al menos por la parte de bien que vuestras revelaciones, oportunas quizás todavía, pueden traer á la causa de la humanidad.

—Tambien soy yo culpable, señor, y me acuso de ello, sin que creais ver en esta confesion otra cosa que no sea el eco de la conciencia fiel que me inspira, replicó el judío, recurriendo de nuevo á pulsar uno de los estudiados resortes de su refinada astucia, que tan buena suerte llevara.

—No importa, contestó Alfonso, cada vez mas propicio en favor de aquel hombre; el tiempo de la reparacion ha llegado, y entrais ahora de lleno en las vias saludables de ella: esperad, pues, mucho de la clemencia de vuestro juez y de la parte doliente que os acusa y demanda por mi medio.

Eleazar se inclinó con una de sus profundas cortesías, y al mismo tiempo brotaron dos lágrimas de sus ojos.

—Veamos, continuó el monarca, cómo se esplica vuestra connivencia en esa intriga.

—De una manera bien natural: esa mujer, con quien en mal hora me unió un vínculo de parentesco tan estrecho, y á la cual me avergüenzo de llamar mi hermana, en los momentos críticos en que se hacia ejemplar castigo en los conspiradores de Toledo, en aquellos instantes solemnes en que un edicto del rey ponia precio á mi cabeza; esa mujer entró en mi gabinete como una furia exaltada, y tuvo la osadía de hacerme una proposicion odiosa, colocándome en una comprometida alternativa: venia resuelta á decirme, que ó huíamos con el tesoro

de Veremundo, de que no sé cómo se habia apoderado, ó que me delataba.

—¿Y os decidísteis?...

—La eleccion no podia ser dudosa, apreciados ciertos antecedentes graves que mediaran: era necesario sacar partido de todo, y accedí á lo primero.

—¡Linda hazaña!

—Cualquiera en mi lugar hubiera hecho otro tanto; tratándose de una mujer como esa y en unas circunstancias tan críticas, no estrañeis que me doblegase á ella como un simple autómata. Además, el estímulo del interés es otra de las miserias de la criatura en casos dados: Adan prestó oido al seductor halago de Eva, y fué tentado.

—¿Con que huísteis?

—Huimos, sí, aquella misma noche, porque no era caso de perder tiempo.

—¿Con el tesoro?

—Pues... No pude hacer frente á la tentacion tan vehemente que combatiera mi fé, debilitada ya por el egoismo, por un terror cobarde, y por el soplo impuro de una sórdida avaricia: oia zumbar en mi oido el silbido de la serpiente del Paraiso, y contaminado, mejor diré, fascinado, enloquecido, seguí mi destino por la senda tortuosa y resbaladiza del deshonor.

En el semblante varonil del rey lució una conmiseradora espresion, mas pronunciada cada vez en favor del reo.

—Era mi posicion difícil, continuó este, no sin apercibirse del efecto que su lenguaje produjera en el ánimo del soberano; me era imposible ya de todo punto volver á Toledo, porque mi fuga habia acarreado sobre mí una sospecha vehemente; ni podia tampoco descubrirme al rey de Leon, quien, además de

ser constante aliado de Yahyah-Ben-Ismail, que me hubiera reclamado al punto, en virtud del tratado de estradicion recíproca que existiera entre ambos, hubiérame exigido además la responsabilidad como ladron del tesoro, cuya criminalidad no podia negar en buen terreno; porque en cuanto á la conspiracion fraguada, y que acababa de fracasar por desgracia de todos nosotros, era asunto peculiar de la reina doña Sancha, y al cual era absolutamente estraño su esposo y vuestro padre don Fernando. Era, pues, de todo punto necesario recurrir á un medio que me salvara, y de lo cual hubo de encargarse Betsabé.

—Sepamos cómo.

—Negoció con el supuesto conde de Altamira un tratado que garantizaba mi seguridad bajo condiciones estrañas, que yo desconocia por entonces: solo sé que Betsabé me condujo á una gruta de Monte Sorayo, gruta que adornamos con un lujo oriental, precedida de jardines y selvas vírgenes, siempre verdes y frondosas. Allí nos acompañó un esclavo etiope, Alí-Belin, ó Abrael, terrible eunuco gigante que debia garantizar nuestra seguridad en aquel sitio ignorado é impenetrable.

—¿Podreis decirnos la procedencia y orígen de ese esclavo?

—Solo sé que estaba al servicio de Selim, el gobernador de Toledo; que era instrumento ciego de la voluntad de mi hermana, á quien parece debia la vida, no se por qué causa, y que desempeñó el papel de espía ó de guarda de vista de Hormesinda, á quien jamás abandonaba, ni aun durante su sueño á veces. Betsabé le ganó por la mano, mediante no sé qué premio, y él, que bien sea por teson ó por sistema, no queria renunciar su papel fácilmente, accedió al deseo de su protectora, que le prescribia el deber de continuar guardando su presa á toda costa. Pocos dias despues de mi instalacion en la gruta, porque

Betsabé permanecia al lado de Constanza, condesa ya de Altamira, vino la primera, trayendo consigo á una linda jóven que me entregó de órden del conde para que la ocultase en aquel desconocido antro. La pobre mujer simpatizó bien pronto conmigo; me refirió sus infortunios, que eran muchos, y empezó á titularme su bienhechor y padre.

La absolucion del reo era ya cosa enteramente decidida en el ánimo del rey, completamente convencido de la ingénua probidad de aquel hombre.

—Instigado y aun obligado por mi hermana, prosiguió, yo que ignoraba el fondo de la intriga que en torno mio se agitara, de acuerdo con ella, y aun tambien con la misma jóven, inventé una trama, necesaria de todo punto, segun la cual, debia ella tomar el nombre de Dalmira y pasar por hija mia, con otras particularidades que desfiguraban la verdad en la parte referente á aquella dama, en quien pude reconocer á la esclava fugitiva, á la esposa de Veremundo Moscoso de Altamira.

—¡Ella! ¡Hormesinda! esclamó maquinalmente el encubierto, quien por un impulso maquinal y espontáneo, rompió por primera vez el silencio que el precepto del rey le impusiera.

—Sí, ella, repuso Eleazar, exaltado á su vez por un entusiasmo recóndito; ella, pobre inocente, á quien la Providencia salve de un crímen que puede perpetrarse, á no conjurarlo un prodigio del cielo que afortunadamente ha empezado ya á operarse...

—¡Un crímen! interrumpió el rey, con visible alarma. ¿Qué crímen es ese de que hablais, hombre incomprensible?

—Uno de esos que la misma naturaleza rechaza, y de que apartan su vista escandalizada la civilizacion y el decoro.

—Esplicaos mas claro.

—¡Ah, señor! Y si yo, en nombre del pudor, os suplicase que me releveis de ese compromiso... porque es al propio tiempo la clave radical de la intriga, y estoy seguro que debe provocar vuestra indignacion y la de todos...

—Despachad, debeis hablar, y decir todo cuanto sepais.

—Desistid, señor, os vuelvo á suplicar de nuevo, y libradme á mí mismo del disgusto de esa confesion horrenda, con lo cual podeis tambien acaso libraros vos de un escándalo de conciencia.

—Proseguid, proseguid sin detencion, porque el acto se prolonga demasiado, insistió Alfonso á su vez con su inexorable y sentenciosa tenacidad.

—Pues bien: ya que así lo quereis, sea. Betsabé, en cuya mente no se interrumpia la idea de su criminal venganza, llevada hasta un punto incalculable, me habia mandado confeccionar un prodigioso elixir que tiene la rara virtud de contener los progresos de la edad, manteniendo el vigor y la hermosura de la parte física. Es un secreto químico que aprendí en la Arabia, y que he tenido la buena fortuna de ver justificado en mí mismo, porque aquí como me veis, tengo noventa años cumplidos, y me siento no obstante vigoroso y ágil como si solo tuviese cuarenta.

El fingido Omar cautivaba cada vez mas la atencion de los circunstantes, y sus palabras eran escuchadas con vivísimo asombro, especialmente por el rey.

—Betsabé, continuó él, allá en su maligno interior, concibió una idea infernal, resuelta, como estaba, á hacer de ese maravilloso licor un uso indigno por sus consecuencias: lo administró á la esclava, y hoy, despues de veinte ó mas años, se encuen-

tra tan delicada y jóven, como una doncella que apenas cuente cuatro lustros.

—¿Hormesinda, eh? preguntó el rey.

—La misma, sí.

—Pero ¿á dónde iba á parar con ese artificio?

—Al crímen de que os hablaba antes, señor.

—¿Cómo, pues? No se os comprende.

—De un modo bien sencillo: la esclava no oye el grito de la sangre que trata en vano de alejarla del abismo que su ignorancia abre á su imprevision... porque ama á su propio hijo sin conocerle, y...

—¡Oh! ¡Maldicion! esclama maquinalmente el encubierto jóven, sin poder contenerse, mientras le dirigia el rey una mirada enérgica de reconvencion. ¡Oh! ¡Abominacion!... Ya adivino...

—¡Cómo! dice Alfonso. ¿No sabia ella que era casada?

—Se le habia hecho creer que Veremundo era muerto y que su hijo habia sucumbido al veneno que Ataulfo mandara administrarle. De esta suerte, Betsabé veia marchar el plan á su madurez, y contaba los instantes en que, progresando la intriga y el afecto por distintas vías, llegara el instante crítico en que se perpetrara acaso uno de esos detestables delitos que son el oprobio de la sociedad constituida.

—¡Horror! ¡Infamia! repitieron todos por lo bajo, reproduciendo murmullos que se apresuró á apagar el monarca, escandalizado tambien, mientras Gonzalo, no pudiendo reprimir su cólera y vergüenza, cediendo á la violenta emocion que le alucinara, caia aplomado sobre un taburete.

—¡Basta! ¡Basta! esclamó, conturbado y confundido á su vez el monarca: volvamos ahora á vos. ¿Cómo es que cambiás-

teis el verdadero nombre de Eleazar por el supuesto de Omar-Jacub?

—Fué una exigencia de Betsabé que no he podido alcanzar á comprender todavía: es posible que con ese ardid pretendiérase crear un nuevo medio de cerrar la puerta á la investigacion.

—¿Y cómo os entendíais con el conde?

—Lo ignoro, señor.

—¿Cómo, pues? ¿No dijísteis?...

—Nada he dicho que tenga relacion con mi connivencia con Ataulfo; lo contrario fuera faltar á la verdad de los hechos. Dije que se me entregó por mandato del mismo y en calidad de prisionera á Hormesinda, constituyéndoseme guarda y carcelero suyo para que la tuviese bajo mi responsabilidad y custodia en una gruta misteriosa: esto es todo cuanto he dicho y repito; en cuanto á lo demás, es cosa de Betsabé.

—¿Y por qué causa permanecísteis tanto tiempo allí pasivo, sin delatar el crímen, puesto que os repugnaba?

—No podia atreverme á tanto sin esponerme á los furores del sanguinario espía que tenia á mi lado, y sobre todo, aventuraba tambien la suerte de Hormesinda y la mia. Preferí esperar ocasion.

—¿Teníais un espía, eh? ¿Quién era ese espía?

—He dicho mal, señor; tenia dos, cual de ellos mas inexorable y malvado: Betsabé, la renegada, y el esclavo Abrael, llamado antes Alí-Belim, del cual ya os he hablado.

—Dicen que vivíais rodeado de un lujo espléndido...

—Así es la verdad, y aun yo mismo os lo he asegurado.

—¿Quién os facilitaba esos recursos?

—El tesoro de vuestra madre doña Sancha, que sustrajo

Betsabé con mi ayuda, y del cual gratificó la mitad al conde Ataulfo, á trueque de condiciones que entre ellos mediaron, y á las cuales fuí completamente estraño.

—¿Tambien á él?

—¿Qué quereis? Solo á ese precio pudo comprarse mi vida, mi vida que era la salvaguardia de Hormesinda; y sobre todo, yo no podia contrarestar el poder de Betsabé, ese espía constante de mis sueños, que colocaba incesantemente junto á mí, como una sombra diabólica, al terrible eunuco, y me encadenaba á su maquiavélico arbitrio. Por manera que esa mujer manejaba de un modo extraordinario la intriga, y anudaba en su corazon, corroido por el rencor y el ódio, todos los cabos de esa trama tenebrosa, en términos que lo dominaba todo, sojuzgándolo á su albedrío.

—Está bien: me falta saber ahora si seríais capaz de sostener vuestras confesiones á vista y presencia de Betsabé.

—¿Por qué no? ¿Las he rehusado acaso ante Dios?

El rey ordenó entonces á los soldados que trajesen de nuevo á la vieja á su presencia.

CAPÍTULO XI.

El careo.

¡Oh, sábia Providencia,
Cuál triunfa tu justicia soberana!

Poco despues, el mandato de Alfonso era puntualmente obedecido. Betsabé, rodeada de alabardas y partesanas, entraba de nuevo en la pieza del juicio.

Su paso era firme y seguro, su fisonomía estaba exaltada hasta la ferocidad, su mirada era la de la leona irritada y colérica, y en toda aquella nerviosa organizacion dejábase notar una exaltacion sobrenatural é imponente, como una tempestad de ódio terriblemente esplotado.

La penetracion de aquella criatura de temple de hierro, de cuyo teson dieran testimonio evidente su perseverancia y su obstinacion tan tenaces, habia adivinado todo cuanto acabara de ocurrir, ó sea la delacion tan cumplida que habia hecho Eleazar de aquella complicada série de maquinaciones y crímenes, y en la cual cupiérale tanta parte.

Colocada enfrente del hebreo, las miradas de entrambos cruzáronse altaneras, sombrías y estúpidas: era el concurso de dos fieras en acecho, aprestándose cada una á su modo á la lucha, rebosando toda la hiel del ódio, y concentrando toda la atencion de los circunstantes, sobre todo, del mismo monarca, cuya fulminante pupila parecia sondear aquellos corazones, que con fundada razon tuvieran el raro privilegio de escitar la ansiedad y aun la curiosidad pública.

Gonzalo, abrumado todavía bajo el peso de su confusion y de su vergüenza, acechaba desde su sitio la actitud de aquellos extraordinarios séres, cuyo intencionado silencio parecia envolver realmente una tregua recíprocamente establecida antes del acto tan solemne de aquel singular careo, última prueba que, prescindiendo de las reglas jurídicas y separándose de las formas dilatorias del procedimiento, iba indudablemente á fijar de pronto la verdad y precision de los hechos, dejando espeditas las vías de la conciencia, de la espiacion, y del fallo.

El profundo silencio que reinó en los primeros instantes de

esta escena, daba doble realce al acto, é imprimia en los circunstantes un terror pavídico.

El rey, nublado el semblante, y poseido á la vez de aquella solemnidad tan grave que se reflejara en el ánimo de todos, esclamó al fin con su acento vibrante y pausado, dirigiéndose á la vieja:

—Betsabé, queda aclarado ya cuanto deseaba saber mi justicia respecto del proceso de que se te acusa como reo; si no logras justificarte, desvaneciendo los cargos, todos gravísimos, que contra tí resultan, y de cuya mayor parte te hallas ya confesa y convicta, ¡miserable pecadora, apiádese Dios y tenga de tí clemencia!

—Es inútil, contestó ella, en cuya mirada lució un infernal destello; mi justificacion es ya de todo punto inútil, porque ese hombre ha sido tan débil, que lo ha confesado todo; me ha delatado á tu justicia y ha rasgado el velo del arcano que mi venganza reservara, como la salvaguardia ó tregua de mi vida.

—¿Será preciso que te se relaten los hechos, y que sin separarte de los principios de la verdad, los confirmes ó los deniegues por medio de una confesion franca y esplícita. Oye, pues:

—No es necesario, rey: la forma acústica de esta pieza, separada allá en el ángulo de enfrente por un conducto abocinado que corresponde á mi prision, me ha permitido oir toda la delacion de ese miserable. La reproduzco á mi vez en todos sus detalles, porque ¿á qué conduciria una negativa por mi parte contra las pruebas mismas que están ahí para destruirla? ¿A qué exigir otros comprobantes que mi confesion misma, cuando os dice: rey, ese hombre ha declarado en verdad?

—¿Es decir que admites toda la tremenda responsabilidad

que arroja sobre tí el proceso, y sobre todo, la confesion de Eleazar?

—Sí, repuso la víbora, con un rugido de rabia colérica.

Y al pronunciar esta afirmacion tan concluyente, en aquella fisonomía diabólica pareció brillar un relámpago fugitivo de ódio.

—¡Ea, pues, conducid de nuevo á esa mujer á su prision, donde debe esperar el fallo! esclamó el monarca, refiriéndose con imperativo acento á los soldados. Llevadla, y redoblad las precauciones, á fin de asegurar á ese mónstruo de la iniquidad y de la infamia.

—¡Una palabra todavía, rey! dijo ella al tiempo de salir de aquel recinto. No te lisonjees de tu triunfo efímero y falaz: caigo al embate del torbellino de mi propia intriga, es cierto; pero es ya tarde para detener la marcha de mi venganza. Mi venganza, sí, que levantará, no lo dudes, su orgulloso vuelo sobre mi cadáver, y sabrá coronar mi empresa, aun á despecho de tus esfuerzos. Es tarde para anular los tiros de mi ódio: el veneno ha invadido todos los poros, se ha inoculado en la circulacion de la sangre, y discurre allí potente, incontrastable, perseverando en su corrosiva accion y apresurando su marcha lenta y peligrosa, que no puede contener ya el esfuerzo del hombre. Apelemos, pues, al porvenir, y vereis todos hasta qué punto puede ser cierto mi presagio.

Betsabé vertió otro de sus rugidos coléricos, en el cual pareció exhalarse toda la hiel de su alma.

Dirigió á Eleazar una mirada oblícua, fulminante y amenazadora cómo el rayo, que parecia traducir su ódio impotente y recóndito, y esclamó en un rapto de exaltacion airada:

—¡Maldicion sobre tí, judío vil é infame! Mis rencores asal-

tarán tus sueños, y la tranquilidad huirá de tí por toda la vida, que no podrá ahuyentar jamás el fantasma de mi ódio; ese fantasma sangriento que levantará sobre tí su terrible espectro y la tea de sus inexorables venganzas. Mientras tanto, gózate en tu obra, obra del crímen, en el cual ¡hipócrita! fuiste mi cómplice, de la bajeza y de los remordimientos.

Eleazar se irguió como un atleta: su estatura parecia crecer y regenerarse aquella poderosa humanidad, tan venerable y simpática.

A su placentera sonrisa, á aquella plácida y majestuosa espresion que animara ordinariamente sus facciones, reemplazó una indignacion visiblemente enérgica. Encendiósele el rostro, sus ojos irradiaron un fuego sombrío, y toda aquella fisonomía participó súbitamente de una revolucion interior violenta.

Betsabé, riente con un infernal sarcasmo, erizado su cabello blanco, y con destemplado acento, con un verdadero aspecto de condenado, á la vez que devoraba á Eleazar con una de sus indescriptibles miradas cáusticas, le dijo:

—¡Yo reniego de la sangre que corre por tus venas, reniego de tu nombre de hermano, y te maldigo para siempre!

La descomposicion fisonómica del delator subió de punto entonces; temblaron los músculos de su rostro y agitó sus miembros una convulsion horrible: era evidente que solo la presencia del rey le contenia con sus respetos ó con sus temores.

—¡Ea, basta ya! dijo este, abreviando la escena, y conjurando así la tempestad que indudablemente amenazaba levantarse; el acto queda terminado. ¡Ea, guardias, cumplid mis órdenes!

Empujaron estos á Betsabé, y desaparecieron con ella por la áspera crujía del vestíbulo.

—Despejad vosotros, prosiguió Alfonso, refiriéndose á los jurados; terminado ya el acto, al cual he querido que asistiérais, solo á la justicia del rey queda reservado el fallo ulterior y supremo que reclaman la vindicta pública ultrajada y los fueros del reino; y al permitiros que os retireis, os empeño mi palabra de que no se hará esperar mucho esa misma justicia, saludable ejemplar destinado al desagravio de la sociedad constituida, y que debe producir un resultado satisfactorio.

Inclináronse los jurados ante las palabras del monarca, y salieron silenciosamente de la torre.

—Retiraos tambien vos, continuó el rey, dirigiéndose á Eleazar, que permaneciera en su doble actitud de dignidad y sumisión, paralizadas sus facultades por la lucha de sensaciones que esperimentara; retiraos, y esperad ahí en la rampa mis órdenes. Confiad mucho en la clemencia del juez que os ha oido y de la parte ofendida, quienes no olvidarán jamás lo mucho que deben á vuestras revelaciones.

Eleazar se inclinó de nuevo, y en su continente grave y simpático, aunque disfrazando siempre una refinada malicia, lució un elocuente rasgo de conmiseracion suplicatoria y triste.

—Sea cualquiera el fallo que pronuncie V. A., dijo, siempre acataré en él la voz de la justicia personificada, y que en nombre de Dios ejerceis aquí sobre la tierra.

El astuto hebreo besó la mano que le ofreciera el monarca, retirándose luego de la pieza, conducido entre dos soldados.

CAPÍTULO VII.

Combinacion del plan decisivo.

Llegó la hora de obrar, que el tiempo urge.
Y los instantes vuelan.

Ya lo oísteis, Gonzalo, díjole el rey cuando quedaron á solas; el velo del misterio queda ya rasgado, y los manejos de la iniquidad están patentes á nuestra vista. ¿Qué mas quereis? Os hallábais abocados á un precipicio, cuya sola idea horroriza, y ha estado á punto de consumarse uno de esos repugnantes crímenes que son baldon y oprobio de la sociedad. ¡Ah! Entonces... ¡desventurados! víctimas inocentes de esa trama infernal que se ha agitado en torno vuestro... ¡Maldicion sobre esa infame bruja, engendro de Satanás y monstruoso aborto del infierno!

—Mi razon, señor, se estravía en ese asqueroso abismo de intrigas, y el peso del rubor agobia mi frente, me doblega y confunde hasta el último estremo de la vergüenza y del oprobio. ¿Cómo, pues, me presentaré á mi madre, rasgando ante su vista ese miserable arcano, y despojándome, por medio de una transicion violenta y ruborosa, del carácter de amante, para tomar el de hijo suyo? ¿Cómo hemos de poder arrostrar ambos la crísis de ese cambio, tan súbito como inesperado?

Pronunció el jóven estas palabras con una sensibilidad tan profunda, que no pudo menos de aumentar la emocion del rey.

—Falta ahora, dijo este, averiguar el paradero de vuestra

madre, del cual debe darnos noticia tal vez ese anciano, para salvarla.

—Es inútil, mi madre está ya en salvo.

—¿Lo está ya? ¿Pero dónde?

—En el asilo de Santa Susana la deposité yo mismo reservadamente.

—¿Sin contar con la vénia del señor obispo?

—¡Oh! No hay cuidado por esa parte: la ciudad de Santiago y sus alrededores dormian en aquella hora, y en cuanto á las santas penitentes, estoy tranquilo, señor; tengo bien probadas su discrecion y su prudencia.

—Pero decidme: ¿cómo es que la supuesta Dalmira os ha ocultado la historia de sus infortunios, ese dédalo de circunstancias que tanta luz pudieran darnos, corroborando hoy los hechos sobre que versan las confidencias de Betsabé y de Eleazar?

—No me ha ocultado el fondo de esa historia: me la ha referido á grandes rasgos, y ha aplazado los pormenores para otra ocasion, porque, segun me aseguró, era una historia tan trágica como estensa, cuya narracion requeria mucho mas tiempo del que podiamos disponer entonces. Yo la ví llorar, señor; la ví fundirse en un dolor intenso, apenada é inconsolable, y ví aquellas lágrimas que salpicaran su rostro, encendido por una indignacion suprema: sus lábios trémulos evocaron un nombre sagrado, y ante aquella inspiracion dulcísima, mi corazon respondió con un latido de amoroso respeto... Sensacion inefable, santa chispa eléctrica que inflamó mi sér entero y agitó mi cuerpo y mi alma con una sacudida nerviosa. ¡Veremundo! ¡Padre mio! ¡Oh, todavía resuena en mi oido ese nombre adorable, y que, sin embargo, por mas que el instinto ó la

voz de la sangre me acercaran sus simpatías, nunca pude adivinar que perteneciese al hombre á quien debia el sér.

Alfonso dirigió al jóven una de esas paternales miradas que tanta elocuencia encierran para quien sabe comprenderlas y apreciarlas.

—Dispensadme, señor, prosiguió el cuadrillero, cuyo acento vibraba á impulso de la emocion que le poseyera, y que trataba de ocultar en vano; dispensadme estos trasportes, bien naturales por cierto en la sensibilidad de un hijo, víctima de tan negra intriga... Y esa mujer maldita, de empedernido corazon, esa hechicera... ¡Oh! Esa arpía infame que ensangrienta su ódio recóndito en una pobre criatura inocente, persiguiéndola incansable toda la vida por la pendiente del precipicio que ella misma le prepara... que le impone el nombre del espíritu mas rebelde á Dios, acaso por un siniestro sarcasmo... ¡Ah, señor, desciendo de mi clemencia, y desde la altura legal de mi propio agravio, os pido justicia contra ese mónstruo!

—La tendreis cumplida, Gonzalo, repuso el rey, en cuya hermosa frente, ligeramente fruncida, parecia reflejarse toda una tempestad de iracunda cólera: mi deseo se halla interesado en esa misma justicia, reclamada á la vez por un deber de reparadora satisfaccion, y para cuyo fallo, apelando en este caso á los prudentes impulsos de vuestra alma noble, declino en vos mi autoridad para la sustanciacion é inmediata aplicacion del fallo que estimeis procedente: podeis, pues, á su tiempo, elevar á plenario el procedimiento, y sin traslimitar las leyes del buen sentido y de la crítica racional en tales casos, pronunciar, y aun tambien llevar á cumplido efecto, la sentencia que merezca. Con ello creo daros una prueba evidente de mi estimacion, á la vez que del buen concepto que vuestra cordura me merece, sin

que nadie pueda tampoco tacharme por ello de injusto, puesto que mi fallo se inclinaria acaso hácia la pena capital, la mas terrible. Sin embargo, tal vez vuestra clemencia, al usar de la prerogativa régia, encuentre algun lenitivo atenuante que no hallaria vuestro rey, aun recurriendo á los impulsos de su corazon generoso, puesto que sobre ellos está la vara de su justicia indeclinable y recta. ¿Quién sabe si podrá templarse algo el rigor á que esa tremenda responsabilidad se ha hecho acreedora?

Pero la marcha del proceso, continuó, debe ser rápida en la sustanciacion, puesto que de esta circunstancia esencial pende el éxito de la empresa: no olvideis que vuestro infeliz padre Veremundo se está pudriendo acaso en una prision, y que es necesario salvarle á cualquier costa, asegurando ante todo los medios que puedan ponerse en juego para obtener su libertad y la reivindicacion de sus Estados de Altamira.

—¡Ah, padre mio! esclamó enternecido el jóven, ¡yo juro por tu nombre, para mí tan sagrado, arrostrarlo todo y sacrificarme por tu salvacion y tu dicha!

Y ante esta efusion cordial, tan tierna, tan vehemente, Gonzalo no pudo ocultar dos lágrimas que brotaron de sus ojos y rodaron por sus enrojecidas mejillas.

—Permitidme, señor, dijo doblando una rodilla, que os pida ante todo una gracia.

—¿Qué podria yo negaros en este dia solemne de la reparacion y de las revelaciones? Hablad, amigo mio, y contad desde luego con la palabra de vuestro rey que os ama.

—Quisiera la absolucion del anciano Eleazar.

—Nada mas justo, atendiendo á su carácter propio, á lo mucho que se debe á sus revelaciones, y á que la culpabilidad de su conducta no resulta en cierto modo grave: además, servi-

cios como los que nos presta, jamás pueden pagarse; por cuya razon debeis perdonarle, como le perdona vuestro señor y rey por su parte. Además, ¿de cuánto puede aprovecharos ese hombre, dueño, al parecer, de ciertos resortes poderosos, que hallariais cerrados de otra suerte en la marcha tenebrosa de vuestras investigaciones? Perdonadle, sí, es propio de vuestra indulgencia; perdonadle, y guardándoos á la vez de él al propio tiempo, utilizad sus servicios con prudencia.

—Veo, señor, que vuestra conciencia marcha de acuerdo con mi propósito, y que una misma inspiracion nos guia, lo cual obliga hácia vos mi reconocimiento: creo que vuestra opinion se ajusta á los principios de la razon, de la equidad y de la justicia, y os prometo seguirla á todo trance. Ahora me permito preguntar á V. A. por dónde debo empezar mi obra.

—Por Hormesinda. El principal deber de un hijo en vuestro lugar es salvar á su madre.

—¿Y luego?

—Partireis al castillo de Altamira, y con arreglo á las instrucciones que os tengo dadas, obrareis con energía, reclamando, del modo que os plazca, á vuestro padre, empleando para ello las vías de derecho y aun de hecho si fuere necesario, y haciendo valer el carácter de mi plenipotenciario, de que os acredita mi salvo-conducto, á cuyo efecto mi ejército, acampado á vista de la fortaleza, apoyará vuestras operaciones, y asaltará, caso necesario, los muros, aportillados ya, de las Torres.

Ea, prosiguió resueltamente, despues de una ligera pausa: partid desde luego; vuestra tardanza puede infundir sospecha en el ánimo suspicaz de Ataulfo, quien, si llegara á apercibirse (y contad que ha empezado á entrar ya en sospecha), os cerraria las puertas de su castillo, desbaratando así el plan y dificul-

tando la empresa. Llevaos á Eleazar, si os parece, y ante todo, notificad á ese buen anciano la absolucion vos mismo, á condicion siempre de su fidelidad y cooperacion en la empresa; y si á ese precio la admite, exigidle de ello juramento, alentadle y amenazadle con mi justicia, cuya libre accion os podreis reservar en todo caso, si bien no perdiéndole jamás de vista y ejerciendo sobre sus acciones la mas cautelosa vigilancia.

Ya amanece, continuó el rey, abriendo una claraboya, por la cual veíase un trozo de cielo estrellado y purísimo; partid á poner mano al plan, y volved luego á besar la mano á vuestro rey, que os continuará en la posesion legal de vuestros Estados, que se os restituyen, y á vuestro padre si existe.

Gonzalo besó la mano al monarca y salió de aquella pieza, donde al propio tiempo entraba un escudero que se desprendia del cuerpo de guardia colocado en la inmediata cámara, y que acudia á la voz de Alfonso.

—Que entreguen, dijo este, al reo Eleazar al guerrero que le reclamará en mi nombre. En cuanto á la vieja...

—¿La bruja, eh?

—Sí, ponedla á buen recaudo é incomunicada con el mayor rigor. ¿Lo oís?

El escudero se inclinó y salió al punto.

El rey, desasosegado é inquieto, empezó á pasear á grandes pasos por aquella pieza denegrida y lúgubre, y cuyas amortiguadas luces teñian de un pálido fulgor sus paredes.

Fatigado al fin por aquella prolongada lucha de sensaciones, abandonaba poco despues la torre, escoltado por un grupo de su guardia de archeros.

CAPÍTULO VIII.

La madre y el hijo.

Blanca cual azucena,
Vedla, allí está, ¡qué hermosa!
En ardiente plegaria fervorosa,
Alterada la faz por honda pena,
Fundida en su dolor, triste y llorosa.
¡Seductora vision de mágia llena!
. . . . . .
La escena tierna fué. ¿Quién se atreviera
A interpretar tan hondas sensaciones
En ambos corazones?
Fuera intentarlo, en fin, una quimera.

Era la media noche: hora que, segun las prescripciones reglamentarias de aquella santa casa, prescribia el retiro y el silencio á los moradores del sombrío monasterio de Santa Susana.

Con todo, el torno del locutorio permanecia todavía abierto é iluminado su interior por una luz invisible á través de la gran verja velada por cortinajes negros que formara el frontal de dicha pieza; circunstancia verdaderamente estraña en aquella hora. Bien es verdad que todo llevaba el sello de la novedad y de lo incomprensible en aquella noche, estraña tambien y portentosa.

En una de aquellas celdas, pobre y miserable asilo de la penitencia, oraba de rodillas la desgraciada Hormesinda, afligida y contristada el alma por la pena que la devoraba.

Era una blanquísima estátua suplicante, envuelta en su holgada túnica y en los profusos pliegues de su flotante manto, prosternada en la tarima de su reclinatorio ante un Crucifijo

groseramente pintado en un lienzo con marco apolillado rasgado en girones, y en torno del cual, sobre un trozo de tapicería, ardian dos cirios amarillos.

El aspecto de aquella celda era triste y melancólico: su mueblaje reducíase á dos sitiales rotos y desvencijados, un lecho nada suntuoso por cierto, un búcaro con flores, y un jarro con agua.

Sobre los hombros de aquella mujer, todavía hermosísima, flotaba su profusa cabellera destrenzada, y sus ojos suplicantes, enrojecidos por el llanto, posábanse en el Crucifijo con una indefinible espresion de dulzura.

—¡Dios mio, Dios mio! esclamaba á media voz, fundida en llanto y retorciéndose los brazos con cierta desesperacion angustiosa; ¿por qué me inspirásteis esa pasion frenética que ataraza mi espíritu, empujándome hácia el abismo de la culpa? ¿Por qué no desviásteis de mí esa tentacion, eterna pesadilla del alma, vivo cáncer del remordimiento que corroe mis huesos é inflama mi sangre?....

¡Amar á mi propio hijo!... ¡Oh! Amor criminal é incestuoso, rapto hediondo de la debilidad humana, flaqueza culpable de que jamás me arrepentiré bastante, y cuyo recuerdo será siempre un tormento eterno y perdurable que matará mi vida sin remedio, despues de hacer vacilar la antorcha de la fé, esa guía providencial tan combatida, de la predestinacion y de la gracia.

Pero aun en medio de ese borrascoso vértigo que sofoca mi conciencia, ahogando en cruda alternativa el poderoso instinto del alma, desciende siempre el rayo de la esperanza en la misericordia de un Dios, que sabe como yo misma la parte de culpabilidad que pudiera caberme en cierto modo... Porque en

verdad yo no obraba con discernimiento de la falta que cometiera... estaba inocente de esa intriga de que éramos víctimas, y obedecia únicamente á los impulsos del corazon, que por cierto dábame en ello una prueba de su infidelidad y miseria... ¡Oh! ¡Fragilidades humanas que arrojan siempre á la faz de la criatura una prueba evidente de su flaqueza!

¡Ay de mí, si cediendo al incentivo amoroso que ardia aquí dentro, en mi pecho, con una intensidad voraz... si dejándome alucinar por la mágica seduccion de esa voz de las pasiones, tan estimulante y seductora que sorprende el ánimo mas denodado y fuerte, deslumbrando el entendimiento y envolviéndole en peligrosas redes... si alucinada por esa voz potente, mágica revulsion de la naturaleza, que pone en combustion sus recursos vitales, sometiéndolos á la accion corrosiva de un conflagrante incendio... si entonces, en esos momentos peligrosos de conturbacion moral, víctima de mi propio rapto, hubiera sido débil, cediendo á las exigencias de la pasion frenética que nos devoraba cada vez que nos aproximábamos el uno al otro!... ¡Horror! ¡Oh! ¡Maldicion! Añadiria hoy á mi afan un nuevo tormento, eterno, cruel, que me aniquilaria sin recurso y condenaria mi pobre alma, presa de la desesperacion y del remordimiento.

Dios no lo ha querido así. ¡Oh, gracias, Señor! Me habeis dispensado en ello una prueba de vuestra misericordia, haciéndome ver con ello que una Providencia sábia, eterna, preside los actos de la criatura, velando siempre sobre sus destinos, y sosteniéndole, alentándole, contra los embates de la tentacion con que prueba los quilates de su virtud y de su fé.

Y sin embargo, conturbada el alma en medio de un piélago de vacilaciones, pugno en vano por alejar esa turba importuna

de fantasmas que me persigue, y necesito invocar el auxilio de la gracia para recobrar la paz del espíritu y el candor de mi primitiva inocencia... pero ensordece el cielo á mis plegarias, y entra en mí el desaliento mas amargo...

No, yo insistiré por conseguirlo, aun á costa de cualquier sacrificio espiatorio, por enorme que sea, aunque necesite renunciar definitivamente al mundo... ¿Y cómo no recurrir á él? Abdicaré mi libertad y mi albedrío, y me encerraré en este mismo cláustro, que ensordece al rugido de las pasiones y da paz al alma en la soledad de sus penas.

¡Ay! Acoged, Señor, mis preces: inspiradme una perseverancia resignada y heróica; alentad mi fé, que vacila al soplo de la tentacion que la combate, y en cambio, recibid el voto de un corazon contrito, dispuesto, á trueque de ello, á renunciar al mundo y sus falaces goces, para consagrarse eternamente á vuestro servicio.

Y sublimada por su propio entusiasmo, encendido el rostro de fervor, y animadas aquellas facciones, poco antes pálidas, por el fuego de una inspiracion vehemente, Hormesinda estendió los brazos, los elevó sobre su hermosa cabeza, y cruzó luego las blancas manos sobre su pecho, palpitante y trémulo por la emocion misma que acaba de exaltar mas todavía su precedente monólogo.

Murmuró una oracion secreta, é inspirada de un santo entusiasmo, levantóse radiante de majestad y belleza. En su rostro, completamente trasfigurado, lució un destello de triunfante dicha, de una plenitud satisfactoria que rebosara toda aquella humanidad, exaltada por esa victoria obtenida por la heroina en aquella lucha sobre su misma virtud tan combatida.

Las sombras de la noche estendiéronse de repente en aquel

silencioso retrete, porque las luces del Crucifijo apagáronse súbitamente, como por un soplo mágico á impulso de una ráfaga de viento que se introdujo por un tragaluz del muro.

Hormesinda, nerviosa por temperamento, y cuya conciencia alterada la constituia en un estado de sobreescitacion contínua, lanzó un grito de sorpresa, y aterrada por su propio pánico, que le impidió huir, cayó de rodillas casi desvanecida, yerta de espanto y sin poder articular una sola frase...

Al propio tiempo abríase la puerta de la celda, cuyos goznes produjeron un ligero crugido, y un religioso alto, corpulento, con la capilla echada al rostro, penetraba en la celda, llevando en una mano una linterna sorda y apoyándose con la otra en un cayado nudoso.

Era el monje de Sahagun, á quien ya conocemos.

Su majestuosa presencia, su blanca y prolongada barba, la espresion dulce y benévola de su venerable semblante, todavía pálido por la convalecencia de las heridas que poco antes, segun digimos, recibiera; todo aquel interesante conjunto, en aquel sitio, en aquellas circunstancias, y en aquella hora intempestiva, concurria á dar á esta importante figura ese estraño aspecto de solemnidad de que se rodeara, y que tanto imponia.

Hasta la puerta de la celda habíale acompañado otra persona que quedó por de pronto á la parte exterior, donde quedaba tambien de *escucha*, junto al mismo dintel, una de aquellas virtuosas reclusas; formalidad que en tales casos, sin escepcion alguna, prevenian las reglas, y que se llenaba siempre con rigorosa puntualidad.

La súbita aparicion del santo anciano restituyó á Hormesinda su razon, ofuscada momentáneamente por su propio alucinamiento. Levantóse de pronto, tímida y modesta, incli-

nada su vista al suelo, y besó la mano que el sacerdote la ofreciera.

—Comprendo vuestra vergüenza, ó vuestra confusion, al menos, dijo el monje con su acento grave y reposado; sin embargo, el rubor debe desaparecer siempre al penetrar el pecador en el átrio del tribunal de la penitencia, donde arde el fuego purificador de la gracia, esa medicina reparadora del alma.

—¡Ay, padre mio! repuso ella, sin alzar del suelo su vista, abatida por el sonrojo; es tan larga la série de mis infortunios y tan enorme el peso que agobia mi espíritu...

No pudo concluir: la puerta de la celda volvió á rechinar trás del biombo, entreabrióse la cortina que velara interiormente el buque del postigo de la celda, y un apuesto doncel vestido de paladin, avanzó como una sombra gentil por aquel retrete, mudo, silencioso y reverente.

Era el jóven Gonzalo Rodrigo de Moscoso. De su cuello pendia la hermosa cruz de oro que le entregó su moribunda nodriza, segun digimos, y flotaba luciente sobre la bruñida cota acerada aquel precioso relicario, revelacion santa de un secreto por tantos títulos interesante.

La sorpresa de esta improvisacion tan rápida produjo un profundo pánico en la impresionable Hormesinda, cuya estraviada mirada erró al pronto azorada y confusa por todo aquel ámbito, como si realmente dudase de lo que estaba viendo.

El monje únicamente permaneció en cierto modo impasible, y si algun efecto se pintó en sus facciones, fué cierta espresion solemne y satisfactoria, imposible de describir.

—Hé aquí, dijo con su voz grave y pausada, uno de los puntos mas esenciales de la mision que afecta á mi sacerdocio: culpad, señora, á mi celo, mal ó bien conducido, esta sorpresa

que en este instante solemne os confunde: yo me constituyo responsable de cualquier imprudencia ó indiscrecion que en este caso pueda haber habido por mi parte, mientras que el sacerdote, no el hombre, tiene el plausible honor de presentaros á vuestro hijo.

Y sin mas tregua, dirigiéndose al guerrero, continuó:

—Gonzalo, se concluyó el misterio, ahí teneis á vuestra madre, que como tal os ama: haceos digno de su cariño.

Y su dedo índice, tenaz como un dardo, designó á la jóven que permanecia como petrificada todavía.

El cuadrillero á su vez tambien quedó inmóvil, mientras que el religioso, en su actitud afectadamente tranquila, enmudecido é impasible, contemplábales respetando al propio tiempo aquella situacion crítica que él mismo habia creado.

Pasado este primer instante de fascinacion, de éxtaxis, ó de atonía, un instinto de pudoroso respeto se apoderó de ambos, obligándoles á bajar simultáneamente la vista, como impelidos por un mismo resorte de rubor.

Al fin pudo mas la voz de la sangre, esa irresistible evocacion del instinto; despertóse súbitamente el entusiasmo, y en aquella rápida transicion tan crítica, solo dos palabras las mas dulces del lenguaje humano, como que componen todo un poema de amor, oyéronse en una consonancia mútua.

—¡Madre mia!

—¡Hijo mio!

Y el eco de ambas esclamaciones fué á refluir en los corazones de aquellos dos séres tan desgraciados y al propio tiempo tan dichosos, fundiéndolos en copioso llanto.

Durante un largo intérvalo oyéronse únicamente los sollozos de la madre y del hijo entusiastamente abrazados y entregados esclusivamente á toda la esplosion del sentimiento.

El monje, cruzado de brazos, hubo de volverse un momento de espaldas, conmovido por aquella escena patética: en sus ojos enrojecidos por el llanto, temblaban lágrimas de alegría y de ternura. Y en aquellos instantes solemnes en que la emocion embargara el uso de la palabra, concentrando todas las sensaciones, estendió maquinalmente sobre aquel grupo venturoso su diestra, elevó la vista al cielo en religioso éxtasis y sus lábios murmuraron una oracion secreta.

Aquella figura patriarcal, tan venerable, realzada todavía mas por su interesante actitud, tenia un nó se qué de profético que imponia: el sacerdote estaba en verdad entonces á toda la sublime altura de su mision en la tierra.

—¡Madre mia!

—¡Hijo mio!

Esta esclamacion recíproca volvió á repetirse otra vez, vertiendo de nuevo toda la májica uncion de su poesía y ajitando las fibras del corazon profundamente conmovido. Y las lágrimas volvieron á correr de nuevo en abundancia durante un breve rato, porque todos los actores de esta escena solemne lloraban, hasta la misma religiosa que estaba de escucha á la parte esterior de la puerta, oíase suspirar tras de la cortina del buque.

Trascurrido un corto intérvalo que hubo de concederse al desahogo, el religioso, con su acento grave y magestuosó, dijo:

—Ya es tiempo de acabar, dando así tregua á tantas emociones, mi mision queda por esta noche cumplida, y por cierto que debemos congratularnos todos del resultado que acaba de despejar la incognita fijando de un modo indudable la claridad de los hechos. Dios ha permitido que el asunto haya atravesado estas fases, para que un dia, hoy, resolviendo la crísis, rasgando el velo del prodigio, el sol radiante de la verdad haya venido á iluminar el caos;

resplandeciendo su esplendor triunfante sobre las tinieblas del maquiavelismo y del crimen.

Vuestros recuerdos, continuó, no deben ocuparse ya de lo pasado, sino del presente que os prepara todavía, quizás un porvenir dichoso, amar, olvidar y perdonar, esperando despues la recompensa: hé aquí el deber que embellece la vida de la criatura, endulzando sus amarguras y realzando sus goces en fuerza de indulgencia y amor. Debeis una proteccion decidida á S. A. que preside en nombre de Dios, de quien es figura en la tierra, vuestros destinos: esperadlo pues todo de él, y .... ¿quien sabe si esa fé, esa plenitud de esperanza y amor pueden cicatrizar las llagas que sangran todavia vuestro corazon mártir, colmando un dia, no lejano, vuestro afan y vuestras aspiraciones mas gratas?

—Ya no podia resignarme, dijo al fin Hormesinda, al sacrificio de la ausencia de mi hijo, en quien veré desde hoy mi constante apoyo ¿Qué seria de mi, de las demás religiosas, de este monasterio, en fin, donde el secreto tal vez ya revelado de mi existencia en él puede acarrear una persecucion y un peligro por parte de Ataulfo y sus parciales y confederados, sin esceptuar tal vez al obispo de Santiago y sus taifas? No, hijo mio, ¿es verdad que no abandonarás á tu pobre madre y á sus bienhechoras?

Sosegaos, señora, repuso el monje, S. A., previsor hasta la prudencia, ha encontrado medio de ocurrir á todo eso, adelantándose á los acontecimientos posibles, mirad.

Y abriendo una ventanilla abocinada y guarnecida de reja que daba al *campo de la Estrella*, hízole observar una pequeña tropa que vivaqueaba, diseminada en movibles grupos, al brillo de las chispeantes hogueras del campamento.

—¡Y bien! objetó ella, ¿qué importa que esa demostracion denote un acto de proteccion, si se quiere, en favor nuestro, cuando eso

mismo puede crearnos un peligro mas permanente todavia y un compromiso probable, apenas vuelva á ponerse en marcha ese tercio?

—Estais en un error, señora: esa fuerza, á la órden y devocion de S. A., ha sido destacada por su mandato y colocada ahí permanentemente hasta que cese el riesgo. Descuidad pues, es buena gente, y no faltará á su puesto de honor.

Pero entonces parece que se trata de una invasion á mano armada en estos dominios del señor Obispo, lo cual puede crear tal vez otro género de compromisos.

—No importa, ya se ha ocurrido á esas eventualidades, ocupando los puntos de mas importancia que pudieran inquietar á S. A. en la empresa que se ha propuesto llevar á cumplido término y desenlace. Además, las noticias recibidas de Roma con relacion al proceso formado al prelado rebelde, no son en modo alguno favorables á S. I. quien en la espetativa de una destitucion quizás de su dignidad, no es de creer que insista en llevar adelante ese sistema tradicional, en él de agresivo orgullo que le pierde. ¡Téngale Dios de su santa mano!

—Con todo, S. I. diz que es demasiado altivo, segun parece, y acaso de esos mismos reveses de su fortuna comprometida piquen su orgullo herido y recurra á la desesperacion...

—Sus tercios le han abandonado porque no les pagaba, matándoles en fuerza de hambre y castigo, aun á pesar de ser sacerdote y rico.

—Está bien, pero su avaricia que cuentan se halla en relacion con su opulencia misma, parece que ha encontrado medio de allegarse alianzas que le protejan en caso de apuro, y entre ellas la de Ataulfo, que parece se reputa bastante poderosa todavia segun parece.

—No lo creais así, señora, todo eso puede muy bien decirse y aun darse por seguro, sin temor de ser desmentido, aquí, dentro de esta santa casa, donde se hacen cundir favorablemente, segun parece, los aires de S. I. y de sus parciales como el que habeis nombrado y á quien libre Dios de cualquier desgracia posible.

—¿Qué me decis?

—Yo, señora, nada mas digo, y cedo en este punto la palabra á vuestro hijo que podrá tal vez informaros mejor que yo del asunto.

—Es cierto, madre mia, dijo á su vez Gonzalo: Ataulfo se halla amenazado de una proscripcion civil, de un secuestro y acaso todavía mas que de un despojo.

—¿Es verdad?

—¿Y no es eso todo, señora, caso de interesaros por su vida, no le olvideis en vuestras oraciones, porque peligra tambien quizás.

—¡Cómo! esclamó sobrecojida de terror la jóven.

—El cielo, reparador y justo, parece haber abandonado á su destino que mengua, y á la terrible espada de la ley que brota ya sobre su cerviz y la hiere.

Hormesinda pareció recapacitar un instante, y en aquella actitud contemplativa, en aquel recojimiento, muda concentracion del espíritu, debieron evocarse los recuerdos de su pasado con todo su sombrio terror, con sus amarguras y sufrimientos.

Su corazon, cruelmente ulcerado debió sentir rasgarse sus heridas mal cicatrizadas y que empezaban ya de nuevo á destilar sangre: contrajéronse sus fibras y á través de todo su cuerpo, corrió, cual chispa eléctrica, un frio mortal.

—¡Dios! murmuró, ¡siempre Dios!...

Oyóse entonces la campana del monasterio que tañia á maitines.

La iglesia empezaba á iluminarse, y colocábanse ya los atriles del coro.

—Dispensad, padre, dijo Gonzalo entonces, necesito hablar á solas con mi madre, con vuestro permiso y el de la religiosa que nos oye.

—Sea pues, á Dios gracias, contestó esta desde su escondite con su voz gangosa.

El monje se retiró hácia el dintel y habló por lo bajo con la religiosa, permaneciendo ambos en la parte esterior de la celda un breve rato.

Mientras tanto la madre y el hijo, á solas, confundidos en grato y confidencial coloquio, pudieron comunicarse sus cuitas y sus secretos mas íntimos.

Nadie pudo traslucir jamás los pormenores de esta conferencia que debió ser por demás interesante. Solo se dijo que la jóven reconoció el relicario que entregara á Gonzalo la mujer moribunda y que llevaba este al cuello, lo cual produjo una nueva escena sentimental y patética entre ambos, puesto que por parte de Hormesinda era la prueba mas concluyente de la identidad de su hijo, quien la restituyó á su madre, que la aceptó con verdadero delirio.

Media hora despues el monje y el guerrero salian del monasterio del propio modo y por el mismo punto que habian entrado.

Hormesinda, despues de una despedida afectuosa en que terció el monje, á quien protestó ella su gratitud por su cooperacion en el desenlace del suceso, y al mismo tiempo que ellos abandonaban el santo asilo, acudia á su vez al coro, mas agitada que nunca, á tiempo que los preludios del órgano acompañaban la antífona del primer nocturno.

Al paso diremos á quien pueda estrañar la entrada del monje y del cuadrillero en el santuario en aquella hora tan intempestiva, que nada tiene de estraña esa circunstancia, demasiado comun en una época como aquella en que la simplicidad de costumbres ó me-

jor dicho, la relajacion de las reglas monásticas no andaban ciertamente muy escrupulosas en este punto, que en otros tiempos pasara por un marcado escándalo.

SESTA PARTE.

FLORES Y ABROJOS.

CAPITULO. I.

El emisario de S. A.

Por fin desesperado,
Cediendo á la inquietud y al desaliento,
Presa de vil pesado,
Lacerado en cruel remordimiento,
El magnate infeliz inclina al hado
Su destino fatal, triste y cruento.

El castillo de Altamira era mientras tanto teatro de singulares acontecimientos.

Reinaba en él la agitacion mas profunda, cubríanse de soldados malos ó buenos, sus almenas, sus muros y atalayas, sus obras aportilladas por los estragos del tiempo y por las contiendas civiles reparábanse á toda priesa, y en una palabra, redoblábanse los aprestos de defensa, como si se tratara de una invasion á mano armada ó cuando menos de una guerra inminente.

Y así era como en general se comprendia, en lo cual, fuerza es decir que habia sobrado fundamento, pues venia á corroborarlo aquella celeridad tan activa, aquel arrebato, aquella precipitacion tan dilijente aquella alarma en fin tan constante que trasformara en un todo la existencia de las solitarias Torres de Altamira.

Al mismo tiempo los hidalgos sub-tributarios, esos señores tiranuelos á la sombra poderosa del conde, hacian aproximar tambien, precipitando marchas, sus tercios, de cualquier modo armados y equipados, hácia la fortaleza, donde ellos mismos iban tam-

bien á encerrarse, acudiendo al llamamiento angustioso de aquel que hacia valer la naturaleza de los tratados federativos en el apurado conflicto en que se hallara la referida plaza, porque apuro y vivísimo debia ser en efecto.

Las noticias que contínuamente se recibian del esterior eran cada vez mas alarmantes. A juzgar por las evoluciones de los tercios castellanos y leoneses, el grueso de ellos parecia dirigirse; forzando marchas, sobre Altamira, capitaneados personalmenle por el mismo rey, circunstancia especial, capaz de infundir por sí sola la desesperacion y el desaliento en los confederados rebeldes.

Y era caso de desesperar por cierto esta noticia, si se confirmaba, apreciados algunos antecedentes, en cuyo caso bien merecia la pena de aventurarlo todo en la empresa, porque Alfonso era tenaz en todas las suyas y habia jurado ademas arrasar hasta los fundamentos de las Torres de Altamira.

Y aun sobre ese mismo temor, bien fundado en verdad, alzábase especialmecte en la conciencia de Ataulfo el fantasma amenazador del remordimiento. El secreto de la prision de Veremundo, la fuga de Hormesinda y de Omar Jacub, aunque restituido este de nuevo al castillo bajo una artificiosa fábula ingeniosamente urdida, y luego, en fin, el escandaloso divorcio promovido por su esposa, comprometida en aquellos amores culpables con el rey, amores criminales, adúlteros, que desgraciadamente no eran ya un secreto para el público, y que indisponiendo las voluntades, acababa de introducir la discordia conyugal que produjera aquel acto, y de ahí la rivalidad y un desacuerdo peligroso entre el monarca y el magnate... todo este cúmulo de circunstancias principales concurria á mantener la zozobra en el ánimo del tirano hidalgo, que por su parte invocaba para ocurrir al confiicto, la alianza y los recursos de sus amigos y en particular del famoso Diego Pelaez, obispo de Santia-

go, cuyos asuntos tampoco iban verdaderamente muy prósperos, como ya en otro lugar dejamos dicho.

Mientras tanto, y cuando Ataulfo revolvia en su ardiente imaginacion todo un dédalo de contrariedades, sin acertar á resolverlas, una noche, cuando toda la familia del castillo entregábase al sueño y solo velaban los centinelas en el muro, oyóse el toque algo lejano de un clarin que moduló unas notas pausadas, como un clamor lúgubre y melancólico.

El conde salió al fin de su abstraccion, subió á la plataforma que se estendia entre los dos cuerpos del edificio como una terraza morisca, y desde allí dió órden para que se levantara el rastrillo y se permitiese entrar á la persona que esperaba á la parte opuesta del foso y á cuantas otras formáran su séquito.

Esto parecia probar al menos que Ataulfo debiera estar preparado de antemano tal vez para aquel suceso.

Bajó luego á su cámara de honor, alumbrada por una gran lámpara bizantina pendiente de la alta clave, y que difundia en el vasto recinto una pálida claridad vacilante.

Poco despues, precedido del venerable Fromoso, aposentador del castillo, entraba un guerrero de punta en blanco, en cuyo almete ondeaba un airon flotante con cierta divisa, distintivo peculiar del cuadrillero Gonzalo, pues tal era.

Apoyábase en una fuerte lanza, haciendo crujir en el movimiento de su paso acompasado y grave su luciente arnés de batalla, sobre cuyas templadas piezas damasquinas, admirablemente bruñidas, resbalaban los rayos oblícuos de la luz.

El conde, en quien notáranse hasta entonces signos vivísimos de impaciencia, pareció respirar tranquilo, como si sacudiese un gran peso, y encubriendo bajo una complacencia forzada el ódio que ardiera en su pecho, salió al encuentro de aquel personaje que

penetrara sin ceremonia en su cámara y en cuya arrogante apostura habia algo de majestuoso y heróico.

Ya hemos indicado que se trata de nuestro conocido Lucifer ó sea Gonzalo, jefe cuadrillero á las órdenes del obispo de Santiago, y endosado luego á las de Ataulfo, aunque en realidad, como sabemos, entregado realmente á la voluntad de S. A., por cuya cuenta y la suya propia trabajara en secreto.

Al paso debemos consignar que en esta conducta del noble mancebo no habia traicion en cierto modo, ni podia tampoco separar su proceder de esta arriesgada línea, la única tal vez que pudiera conducirle á la libertad de su padre, prisionero, si es que existiera aun en las mazmorras de Altamira.

—¡Por fin venís con mil legiones de demonios! esclamó Ataulfo con visibles muestras de enojo y al propio tiempo de familiaridad no muy sincera por cierto; os habeis hecho esperar demasiado y á la verdad tengo yo en ello algun tanto de culpa por no haberos sido demasiado franco y esplícito respecto al gran riesgo que amenaza hoy á mi casa.

El conde sabia, no obstante, cuán poco podia confiar con el jóven, de quien se le habia hecho sospechar con fundamento; pero en su apurada situacion conveníale ante todo disimular sin darse por sentido de ciertas cosas, hasta el estremo de asirse á lo que se llama un clavo ardiendo.

—Por cierto, señor, contestó el cuadrillero con refinado disimulo, que nunca creí fuese tan desesperado el lance; pero no era posible abandonar la alquería, punto de tanta importancia, como que, segun me teneis dicho, con sabrada razon, es la clave de esta fortaleza; por lo cual creí de mi deber vigilar en su defensa noche y dia mientras me ha sido posible, no separándome á la vez con ello de vuestras órdenes, de tal suerte, que aún permaneciera en

mi puesto de honor si una desgracia que deploro no me lo hubiese impedido.

—¿Si, eh?

—Es repugnante, señor, para un soldado como yo venir encargado de una mision tan desagradable y triste.

—Pero decid, insistió el conde con el entusiasmo de su ansiedad, ¿conseguísteis al fin rechazar las huestes de ese ambicioso príncipe que, segun he sabido, os asedió, y ha empleado toda clase de medios para apoderarse de la alquería?

—No ha sido posible resistir por mas tiempo tan formidable lucha: las fuerzas y los recursos empleados por ambas partes han sido desiguales, nuestra desventaja era notable y la alquería ha sido tomada.

—No creais que me sorprende la nueva, porque era ya resultado previsto por mí de antemano: ese hombre tenaz en su ódio y su sistema no podia ceder, y debió acumular todo su poder entero para llevar á cabo su propósito. ¿Cómo, pues, se ha apoderado de la alquería?

—Por asalto, señor, el terreno ha sido disputado palmo á palmo, y la lucha empeñada cuerpo á cuerpo.

—¡Diablo! pues es un combate de fieras mas que de hombres.

—Era propio del caso, en que el fuego del honor y del amor propio prestaba aliento y creaba proezas de valor aun por parte del soldado mas pusilámine. Fuí testigo del arrojo de todos los nuestros, que supieron sostener á toda su altura el honor de nuestras banderas, á cuyo efecto cumplí con mi deber por mi parte, reservándome el sitio de mayor peligro en la contienda.

—Bravo sois, capitan, no en vano mi deudo el señor obispo me lo ha asegurado así por su cruz pastoral repetidas veces.

Gonzalo se inclinó con fingida modestia, simulando sonrojo.

—Las pérdidas deben haber sido grandes por nuestra parte.

—Unos veinte heridos y contusos: el resto de la guarnicion prisioneros.

—Y vos ¿cómo escapásteis?

—Milagrosamente, señor, porque en el calor de la refriega, que ha sido bien terrible y reñida, pude muy bien haber quedado sepultado bajo las ruinas del muro, batido por el enemigo con un resultado espantoso. ¡Ah! júroos por la cruz bendita de mi espada que á no ser por ese suceso endiablado, no ondeara hoy tal vez en las almenas de Briones la bandera de Castilla y Leon, como se titula.

—¿Y huísteis, eh?

—Pude muy bien haberlo hecho; pero no queriendo abandonar la accion mientras me quedase un soldado, fuí sorprendido por el mismo rey, el cual me ha soltado bajo palabra de honor, y me envia á vos, portador de una embajada.

—¿Para mí? Sepamos pues á qué se reduce, aunque nada debe tener de agradable.

—Ciertamente: á que le entregueis á discrecion la fortaleza, ó que de lo contrario, os prepareis á perecer con todo cuanto encierra, á cuyo efecto precipita su marcha acaso al frente de una fuerza irresistible en estos momentos mismos.

—Y ¿qué os parece á vos?

—Que no es cosa de decidirse en un momento, sino que requiere negociar una tregua, tratándose de un asunto de tamaña entidad.

Con este nuevo ardid aspiraba el jóven á amenguar en lo posible ó á desvanecer la sospecha que pudiera alimentar hácia él el conde, haciéndose á la vez un lugar mas favorable á su mas íntima confianza, principal objeto de su intencion.

—Y creeis vos, dijo, que pudiéramos obtener esa tregua?

—¿Quién sabe? S. A. no es de esos hombres atolondrados que lo llevan todo á sangre y fuego, y por muy prevenido que esté contra lo que suele él llamar vuestra rebeldía, le creo persona razonable para rechazar cualquier proposicion que, lejos de envolver una abierta hostilidad que equivaldría á la ofensa de arrojarle á la cara el guante de la provocacion y del insulto, establece un medio probable de llegar á un acomodamiento conciliatorio.

—Como quiera que sea, prefiero el honor á la humillacion, que es el oprobio. Venga, pues, ese altanero príncipe y le probaremos con las armas y nuestra constancia hasta dónde puede llegar el heroismo cuando se atenta contra el amor propio y se insulta su dignidad, avasallándola sin otra razon que el abuso de la fuerza bruta; que venga ese usurpador contra nosotros, si hasta ese punto lleva su osadía: sus soldados, esos hambrientos mercenarios, esos aventureros, ávidos de pillaje y de violencias, servirán de pasto á mis lebreles.

Ataulfo se interrumpió un momento por otra nueva sorpresa. Un tercer personaje avanzaba silencioso y mudo por la vasta estancia, y saludaba con fria ceremonia. Era el viejo Eleazar.

—¡Oh! esclamó el magnate con asombro, ¿tambien vos, Omar-Jacub?

Y ante esta esclamacion fingidamente entusiasta, confundíanse ambos en un abrazo mútuo y un ósculo, al estilo hebráico.

Era este el beso alevoso de Judas.

—Decid, buen viejo, ¿no habíais caido vos tambien en las redes de S. A.?

—Sí, por desgracia; ese hombre fatal, á quien Dios confunda, pudo reducirme por la sorpresa al cautiverio, en lo cual maldito el interés que pudiera inspirarle un pobre anciano como yo, con lo cual puede esplicarse acaso en gran parte la suerte de mi fuga.

—Pero ¿cómo habeis podido llegar hasta aquí?

—Permitid, señor, que tome el asunto desde el principio. Sorprendido en los bosques de Monte-Sorayo, y mientras mi esclavo rubio caia mortalmente herido por un venablo del rey Alfonso, pude huir con gran riesgo y ocultarme en los matorrales contiguos, escapando luego y escondiéndome en las ruinas del Cristo de la Agonía, en ocasion que acertaba á pasar casualmente por aquel punto vuestro capitan Lucifer, á quien pedí auxilio, y el cual ha tenido la galantería de acompañarme y traerme incolume á vuestra presencia.

Gonzalo se inclinó con un signo afirmativo.

Ataulfo, siempre receloso, con una mirada profunda sondeó el semblante de sus dos colocutores; pero era tal la naturalidad, ó mejor dicho, el disimulo que habia en aquellas fisonomías en la apariencia tan francas, tan predispuestas de antemano al plan preconcebido, que el conde con toda su suspicacia pudo respirar tranquilo, en la persuasion tal vez de que hablaran ellos la verdad sin artificio.

—Pero ¿quién se encarga, dijo, de trasmitir al rey mi propósito?

—Si es negativo, señor...

—Seguramente, capitan, otra cosa fuera amenguar mi carácter y envilecerle. No, eso nunca, antes mi cabeza: vale mas que caiga, que no que se doble.

—Pues entonces basta el silencio, que servirá de intérprete de nuestra negativa, contestó Gonzalo con aplomo.

—¿Y vos, entonces?

—¡Yo!... quedo aquí, en mi puesto de honra.

—¿No decíais que el rey os ha dado suelta bajo palabra de honor? En tal caso no perjureis, que es la mancha mas degradante en la carrera del soldado.

—No me liga á tanto mi empeño, tan distante del compromiso

como de la indiferencia; me conoceis bien, señor, y aun cuando no me conociérais por vos mismo, ahí está el señor obispo que pudiera en todo caso garantizar mi conducta, incapaz de cometer una felonía, aun cuando mediase el sacrificio de mi propia existencia.

—Nunca pude dudarlo, capitan, repuso, estrechando su mano; de suerte que os quedais definitivamente aquí?

—A vuestro lado, señor, esperando mereceros el singular favor de que me designeis el punto mas peligroso en el asalto que deben tal vez darnos.

Ante la palabra *asalto* que concluia de proferir el jóven, Ataulfo no pudo disimular un doloroso arranque de ánimo que hizo palidecer súbitamente su rostro.

—¿Con que... tanto apremia el asunto? esclamó con desesperada amargura.

—Demasiado; acaso todavia mas de lo que creais.

—¿Y decís que no se concede tregua?

—Ninguna, como que es bien posible que mañana mismo marche ya sobre Altamira el rey con sus tropas, sin que haya quien le haga desistir de su propósito.

Ataulfo, con la cabeza ligeramente inclinada, su mirada fiera, errante y estúpida, clavada en el pavimento de mármol, destellando miradas oblícuas y fulminantes como el rayo, parecíase á la estátua del remordimiento, personificado visiblemente en aquel hombre, agoviado por el fantasma de la expiacion que le persiguiera. Así permaneció un instante, y luego empezó á pasear apresuradamente como un insensato, sombrío, lúgubre y totalmente distraido bajo el peso de su terror.

Detúvose de pronto luego, como adoptando una resolucion desesperada y decisiva: sacudió su altiva cabeza, irguió aquella frente cubierta de sudor febril, y en la esplosion delirante de su alucina-

miento, esclamó con una voz hueca, enronquecida por un cruel sarcasmo:

—Puesto que él lo quiere... sea. Que venga ese hombre ambicioso, cuya soberbia podremos estrellar tal vez en los muros de nuestra fortaleza, con el favor de Dios, si no nos abandona en tan justa causa... y si acaso triunfa... hagámosle comprar á precio de su sangre esa triste venganza estéril.

En la fisonomía del conde lució un destello de ira diabólica; subieron los colores de sus megillas pálidas con un rápido incremento, contrastando notablemente con aquella tinta biliosa que manchara como un velo mortal su demacrado rostro.

—No perdamos tiempo, continuó, refiriéndose al jóven con una exaltacion delirante y frenética; partid al punto á poneros al frente de mis soldados; dirigid personalmente las operaciones, é impedid, rechazando á cualquier costa, la aproximacion de los tercios reales al castillo; y si agotados los medios de resistencia, conociérais que no resta otro recurso que la derrota, dadme oportuno aviso; es preciso, entonces, preparar el trofeo que ese príncipe cruel é injusto debe arrastrar como consecuencia de su victoria, y que el carro de su mismo triunfo se abrase, si posible fuera, en las cenizas de las Torres de Altamira, y se sepulte y confunda en sus escombros mismos calcinados. Salid, salid, capitan, y ocupad vuestro puesto.

Gonzalo, en cuyo plan entraba aplazar algun tanto el designio que preocupara su mente, reprimiendo toda demostracion de ódio, y encubriendo, bajo su fria y pasiva indiferencia el mortal teson que corroyera su alma, obedeció el mandato del conde y salió de la cámara con la satisfaccion del triunfo que empezara ya á sonreirle allá en su instinto profético.

—¡Ataulfo! murmuró interiormente, el dia de la espiacion se

acerca para tí, y la sombra de Veremundo, de mi pobre padre, te persigue, sin que alcance su poder á sustraerte de ella y de sus remordimientos.

—Omar-Jacub, continuó Ataulfo, dirigiéndose al anciano que permaneciera á cierta distancia, mudo, inmóvil, con su mirada hipócrita fija en tierra; amigo mio, nunca he podido dudar de vuestros servicios, y sentiria que esta confianza tan ciega que en vos tengo y que una larga esperiencia ha confirmado, pudiera desmentirse ahora en estas circunstancias tan críticas en que vá á ponerse á dura prueba la fidelidad de mis servidores.

Eleazar se inclinó y apretó entre sus huesosas manos la que le tendia el conde, el cuál continuó con voz baja y trémula:

—Amigo mio, recuerdo que en otro tiempo me aconsejasteis una cosa de que me horroricé entonces y que, al estremo á que han llegado los sucesos, es necesario adoptar hoy tal vez. Nunca creí en verdad, que un dia necesitase apelar á tan diabólico recurso, que la desesperacion reclamase un crímen para consolar el orgullo humano ofendido, y que el infierno hubiese de vomitar su vértigo por satisfacer un criminal deseo. Y sin embargo, ese dia llegó, el dia del esterminio y de la venganza, dia de reprobacion, en que á toda idea racional y humanitaria se sobrepone un desenfrenado instinto de fiereza: es necesario, en fin, que en el caso desesperado, cuando violando el santuario de la morada pacífica de un castillo, el vencedor, abusando de la inmensa superioridad númerica de sus fuerzas, entre acaso en él á profanarle; entonces, Eleazar, es preciso huir por el subterráneo y prender fuego por todas partes al edificio, inundándole ademas rompiendo los diques de las cisternas, á fin de esterminar á ese ejército por medio del fuego y del agua, arrasando á la vez la fortaleza y arrebatando así al tirano hasta el mas pequeño alarde de vanagloria, convirtiéndole

en arma poderosa que le vilipendie y destruya. Vos habeis sido siempre el confidente íntimo de todos mis secretos y los de mi castillo; pues bien, sed el instrumento de esta terrible empresa, poned los medios, preparad lo necesario, puesto que ningun género de instrucciones necesitais y no perdamos tiempo, porque el rey avanza y precipita sus tercios sobre la fortaleza... ¿Oís?

En efecto, oyóse entonces un toque de clarin lejano.

Eleazar se inclinó sin denotar alteracion alguna.

—¿Lo oís bien? prosiguió Ataulfo: mientras nosotros entretenemos á ese ejército feroz y ganamos tiempo, á la primera órden que os comunique, dispondreis los preparativos del incendio: el edificio en su caso y cuando los tercios de Alfonso se hallen dentro y huímos nosotros por la mina, debe arder por todos sus flancos simultatáneamente: á fin de que se propague y no pueda cortarse, emplead para ello las sustancias inflamables que juzgueis necesarias y que tengo preparadas en abundancia para este efecto; y sueltas al propio tiempo las presas, la inundacion aumentará el estrago mientras se alzan los puentes levadizos, impidiendo al rey y á los suyos la salida, y achicharrándoles, es decir, matándoles con el fuego y el agua.

Ataulfo sonrió á su modo ante esta idea infernal con tal sarcasmo, que hizo temblar y estremecer al judío, cuyo semblante ordinariamente impasible, pareció escandalizarse á fuerza de terror y ódio.

Marcó otra cortesía, y mudo, asombrado, confuso en fuerza de su misma sorpresa, salió de la cámara, á tiempo que un estrépito de añafiles y atambores atronaba con un rumor cercano y vibrante las cercanias de Altamira, y batian una marcha bélica.

CAPITULO II

La entrevista.

¡A qué tanto rencor, tanta insolencia,
Tal empeño en su torpe negativa!
Refinada imprudencia
Que aleja un rasgo de real clemencia
Y la venganza aviva.

Ataulfo, exaltado y comprimido á la vez por aquel estruendo que llamaba á las puertas de su mismo alcazar y provocara su amor propio herido, parecia ceder al abatimiento y á la postracion moral: zumbaba en su mente todo un vértigo de sensaciones, á cuyo eco gemia el corazon con el rugido de una impotente cólera.

En esta situacion acerba, en este éxtasis contradictorio solo una idea risueña y consoladora venia á reanimar su espíritu y á infundirle un destello supremo y halagüeño. Constanza, angel hermoso con sus sueños de amor y ventura descendencia como una hechicera vision celeste, acariciábale con sus alas, sentía él la voluptuosa impresion de su aliento impregnado de embriagador deleite, y su mirada virginal, ardiente, apasionada, posábase en el alma del conde con una mágica seduccion, con un encanto irresistible y tierno.

Y entonces, ante aquella tentadora vision tan arrebatadora, ensanchábase el pecho de aquel hombre egoista, dilatábase su corazon, aspiraba con delirio aquel perfume divino, aquel aroma enloquecedor como un filtro, sensual, arrebatador y escitante como un deseo de amor.

Pero á veces tambien el demonio de su esposo solia evocar en medio de aquella satisfactoria tregua moral un recuerdo lejano, una mancha impura que alteraba la ilusion de aquella esposa

adultera... ¿Por qué ensañarse pues con aquel espíritu combatido tan cruelmente por tantas emociones? ¿Por qué ensangrentarse con tanta saña y tenacidad en su tortura?

¡Ay! que esos recuerdos que atarazaban el alma de aquel infortunado esposo, debieran por piedad siquiera, dormir siempre relegados á un perpétuo olvido; y sin embargo eran siempre el cancer roedor de aquella conciencia alterada por el anatema y el crímen.

Sumerjido en este abismo de amargura permaneció Ataulfo algunas horas, presa de una lucha contradictoria: su imaginacion enervada por tanta fatiga, abatida por el insomnio, cárdeno el rostro con una lividez cadavérica, hundidos los ojos, apagado su brillo, el cabello erizado y bañada la frente por un sudor febril, el conde parecíase á un espantoso espectro mejor que á un ser viviente y animado: diríase que aquella fantástica sombra con trazas de hombre, empezaba á asistir con marcado terror á la descomposicion física de su sér. Ataulfo, roto el temple de su alma inicua, parecia ceder ya al desfallecimiento y á aquella laxitud profunda que aniquilara sus resortes vitales.

Y en aquellos momentos críticos, cuando desaparecia el vigor y empezaba á eclipsarse el genio, presa de mortal deliquio, un nuevo incidente vino á reanimar á aquella organizacion nerviosa por temperamento y tan impresionable: la puerta de la antecámara crujió con estrépito , y una mujer medio desnuda, envuelta apenas en una especie de peinador blanco, precipitóse rápida como el viento, cruzó como una exalacion el espacio y fué á postrarse á los pies del conde.

Era Constanza de Monforte.

Ataulfo la levantó dulcemente en sus brazos, mudo, trémulo, paralizado por la sorpresa y adivinando acaso con su receloso instinto alguna otra nueva desgracia para él.

—¿Qué sucede pues? esclamó todo convulso ante aquella sorpresa.

—Todo se ha perdido, conde, repuso ella sollozando, y con desgarrador despecho; el destino arroja hoy sobre vos y sobre mí una tempestad de calamidades y anatemas sin cuento.

—Al menos resta el honor, señora, dijo el orgulloso magnate con un supremo esfuerzo de dignidad y de amor propio, si se ha perdido todo, como decís equivocadamente, resta todavía el honor que está sobre ese *todo*, sobre ese hecho colectivo que deeís vos. ¿Qué sucede pues? qué, ¿se trata de invadir nuestro hogar y arrojarnos de él como unos molestos huéspedes?

—No es eso todo, señor.

—¡Mas todavía! ¿acaso se ha puesto precio á mi cabeza?

Y en la fisonomía del hidalgo lució un relámpago de cruel ferocidad.

—¡Ah, señor! es que se acerca para nosotros el dia de la espiacion, y antes de pasar por esa horrible prueba, he resuelto matarme.

—¡Mataros vos! esclamó Ataulfo como picado de un áspid, ¿vos decis? Desistid de ello, señora, dejad caer sobre mi frente todo el peso de la desventura que viene á visitar nuestro destino. Sobre todo, el divorcio ha destruido nuestro lazo y cuanto habia de comun entre ambos; no, señora, estais libre, enteramente libre y en modo alguno os alcanza la mancha de mi oprobio: retiraos... y huid, porque pudierais ser tambien víctima imprudente de vuestro alucinamiento, que es infundado y nécio hasta la ridiculez: creedme, debeis retiraros, lo exijo.

—Nada de eso, conde; el divorcio no exime la mancomunidad del honor entre los que han coabitado tantos años bajo un mismo techo y han comido el pan de la felicidad y de la amargura muchas veces: yo por mi parte no puedo desprenderme de esta parte de

compromiso, del que no me considero desligada, y reclamo mi puesto de honor en esta crísis: vengo pues á implorar vuestra indulgencia ó á matarme de despecho si no la consigo, aquí mismo.

—Volved en vos, pobre mujer, dijo el conde conmovido á su pesar á vista de tanto heroismo verdadero ó falso, y besando aquella frente pálida como la azucena; perdonada estais por mi parte porque en estos instantes solemnes no puede negarse el perdon á quien como vos, lo invoca con ese mágico interés, que me obliga: pero entretanto, huid de mí, no os contamineis con mi presencia porque apesta.

—Pero ese hombre que me persigue, que me arroja al rostro el lodo sucio de mi ignominia, del deshonor y del vilipendio... ¿cómo librarme de él, cómo libraros vos y todo cuanto os rodea y pertenece?

—¿De quién hablais, señora?

—De ese miserable á quién habeis entregado la suerte de este castillo, de ese espía disfrazado, tránsfuga del Campo de Castilla, que os ha sorprendido, que os vende y que en estos momentos abre las puertas de la fortaleza á vuestro poderoso enemigo.

—¿Lucifer decís? gritó Ataulfo con destemplado acento de coraje, y corriendo desalentado hácia la puerta de la Cámara.

—Teneos, no seais imprudente, replicó ella, impidiéndole la salida; es ya tarde, y os hallais preso y vigilado como yo misma. Oid ahora ¿Os acordais de aquella Elvira que tan miserable papel desempeñó conmigo... y con vos?

—¿Era él? preguntó el conde en un arranque instintivo de inspiracion profética.

—El mismo, sí, todo me lo ha referido ese hombre, ese seductor infame y miserable, que invocaba mi compasion, redoblando sus exijencias ilícitas; pero vedle todavía, tenaz en su empeño,

persiguiéndome aun á vuestra vista, y vomitando blasfemias é impurezas. Matadme, señor, matadme antes de pertenecerle por la violencia y el desacato.

En estos momentos, el conde azorado, mudo por el terror y la cólera, convirtió la vista hácia la gran puerta de cedro que daba ingreso al salon, á tiempo que Gonzalo trasponia el umbral y penetraba con la espada desnuda hasta colocarse enfrente del grupo de ambos esposos.

Seguiánles vários soldados armados de picas, espadas y alabardas, que ocuparon todo el ámbito del salon y sus avenidas. Entre ellos distinguíase uno, cubierto el rostro por una visera de luciente acero y vestido como todos de rigorosa armadura. Permanecia incorporado á Gonzalo, junto al cuál fué á colocarse á guisa de escudero, mudo, arrogante y silencioso, como una estátua de hierro inmóvil.

Ataulfo, en un arranque súbito de génio, no supo reprimir la cólera que inflamára su pecho, y quiso salir al encuentro del jóven cuadrillero, como adivinando lo que pasaba.

—¡Traidor! esclama, me has vendido como un espía villano y miserable!

—¡Mentís! respondió él con una calma sangrienta, vos sois el villano, el mónstruo de mis rencores; vos, Ataulfo, asesino de Veremundo y de Hormesinda, á quienes arrebatasteis los dominios de Altamira, que no os pertenecen; vos, inhumano, que no contento con ello, les sepultasteis en un calabozo hediondo y arrojasteis á la miseria pública, al crímen, el fruto de sus castos amores.

—¿Temblais? continúo, dando á su acento toda la feroz entonacion del triunfo y de la cólera envueltos visiblemente en una sombría amenaza; pues todavía no es eso todo: os pusisteis de acuerdo con una mujer inícua, instrumento cómplice de vuestra infernal

codicia, fraguasteis ámbos de concierto un plan tenebroso, y no creisteis rebajaros, dando participacion á un judio para entregarle á vuestras víctimas y hacerlas á su vez tambien instrumentos de vuestras iniquidades, admitiéndoles á las confidencias y consejos más íntimos, y sacrificándolo todo, en fin, á vuestra ambicion culpable y á vuestros rencores. Pero velaba mientras tanto sobre esa trama odiosa la Providencia ó el destino, y amagaba vuestro corazon el puñal de la espiacion; el instinto poderoso del alma me designó la víctima, es decir, al delincuente, y le acechè noche y dia, y hundí en su pecho el acero vengador de la justicia indignamente ultrajada, aunque disfrazada bajo la apariencia de unos celos rabiosos.

—¡Vos! le interrumpió, sublevado por la ira el conde, queriendo precipitarse sobre el jóven.

—¡Teneos, miserable! dijo éste á su vez, sin perder su sombrío aplomo; estais desarmado y no quiero mataros todavía: es preciso que lo oigais todo, quiero que mis revelaciones corroan vuestros huesos y abrasen vuestras entrañas, y que me justifiquen á la vez ante estos irrecusables testigos de vuestra confusion cobarde. Yo fuí, sí, quien clavó el puñal en vuestro pecho por arrebataros la mujer que absorviera entonces mi amor criminal, y cuya conducta no era por cierto tan irreprensible como creíais.

—¡Infame! gritó la condesa con una esclamacion ahogada y lúgubre que agotó sus fuerzas y la desvaneció en profundo rapto.

—¡Oh! prosiguió despues de una breve páusa, repuesta ya de su estupor, ¡calumniador despues de asesino!... porque eso es una calumnia que verteis para sonrojarme y envilecerme, para oprimir mi corazon y hacerle estallar ó destrozarle á mansalva: ¡callad, miserable, ó no respondo de mi justa cólera!

Gonzalo, con su calma sardónica, mostró al conde el an i-

llo dupcial que arrebátára á la baronesa la noche de sus bodas.

—¿Conoceis esta prenda? dijó.

Ataulfo, ante aquella prueba tan concluyente, vivo testimonio de su deshonra, esperimentó un sangriento vértigo: una llama iracunda subió á su rostro y le inflamó, agolpando la sangre á sus poros.

—Ved ahí, continuó el jóven, la prenda de amor que ligare el secreto de vuestra deshonra. ¿Dudais ahora todavía?

El conde enmudeció: la hiel de su corazon rebosaba en forma de espuma por sus crispados lábios, su mirada inyectábase de sangre, y no pudo ménos de caer atolondrado sobre un taburete.

Luego, obedeciendo á una súbita inspiracion colérica, arrojóse brutalmente sobre la condesa que yacia desmayada sobre el pavimento, la arrastró, la pisoteó y por poco la estruja con sus piés.

Fué esta evolucion tan rápida, que apenas tuvieron tiempo de evitarla los circunstantes. El desconocido mandó retirar y sacar del castillo á aquella pobre mujer maltratada y bañada en sangre.

En el calor de su alucinamiento, Ataulfo no pareció apercibirse de este incidente.

—Pero, gritó, esplotado por un vértigo de implacable cólera, ¿cómo pudo llegar hasta vos esa sortija?

—Ese es un secreto de honor que no revelaré jamás..

—¡Honor! ¿quién habla aquí de honor?

Y al proferir este sardónico apóstrofe, el magnate vertió una carcajada histórica y probocadora.

—Respetad, le dijo el cuadrillero, respetad el decoro de las personas que teneis delante y que pueden probaros cuánto valen á vuestro lado, confundiendo vuestra insolencia.

—Pero ¿qu'én sois vos que de tanto blasonais aquí con vuestras pretensiosas frases? preguntó el conde con burlesca espresion.

—Soy, repuso el jóven capitan con solemne énfasis, vuestro so-

brino y dueño legítimo de los Estados de Altamira, que reteneis usurpados; soy Gonzalo Rodrigo de Moscoso.

Y como para anonadar todavía mas al asombrado hidalgo, el desconocido que permaneciera hasta entonces pasivo, levantó su visera y lanzó á Ataulfo una majestuosa y terrible mirada.

—¡El rey! esclamó reconociéndole, y huyó al punto como espantado y atónito, de la presencia del monarca que parecia fascinarle con su tremenda mirada.

—El rey, sí, repuso este con su atronador acento, que parecia vibrar en el corazon de Ataulfo con un eco terrible y contundente, el rey, sí, que os pide cuenta en este instante de vuestros abusos y de vuestra criminal conducta, que os reclama á Veremundo, dueño legítimo de los dominios que indignamente le usurpasteis, vos, ambicioso y cruel tirano; que os reclama igualmente á su esposa Hormesinda, sacrificada á vuestra iniquidad, y además los Estados y feudos que arrebatasteis á esa familia desvunturada por culpa vuestra. En nombre del cielo, de la humanidad y de la justicia, yo Alfonso de Castilla, ungido de Dios y tutelar de estos pueblos que rijo y gobierno por la Divina Providencia, tomo bajo mi proteccion esa causa, la hagomia, y erigiéndome en juez de la misma, os demando y acuso ante el tribunal de la ley como reo de usurpacion y homicidio, como tirano convicto y confeso.

—¡Convicto y confeso!... repitió Ataulfo con trémula y ensordecida voz; eso no, rey, porque seríais un juez injusto si vuestro fallo partiera de tan falso principio; podré aparecer acaso ante vos como reo presunto y sospechoso, pero convicto .. eso no, vuestra conciencia debe estar alucinada, en cuyo caso no es esta por cierto la mejor oportunidad para fallar, si es que vuestra magistratura blasona de imparcial y desinteresada.

—Os equivocais, Ataulfo, mis pesquisas lo han sondeado todo y

queda patente la certeza de vuestros crímenes: he oido préviamente la deposicion testifical de un hombre que os ha servido de instrumento y cómplice en vuestras iniquidades, y me han satisfecho sus pruebas claras hasta la evidencia.

—¡Todo eso es una impostura miserable! ¿quién es ese hombre? Os reto á que me le pongais delante á sostener tanta infamia... Pero no; es un ardid á que recurrís para envolverme en un lazo: nadie puede asegurar esa calumnia.

—Ved que os equivocais, Ataulfo, y moderad el lenguaje, porque hablais al rey.

El conde marcó un gesto de desdeñosa ironía.

—Ved, prosiguió el rey sin descomponer su aparente seriedad y calma, ved que ese testigo vá á comparecer aquí ahora mismo á corroborar plena y terminantemente mis palabras, y á confundir vuestra pertinacia sistemática.

—Pero, ¿quién es ese hombre? insistió el conde con trémula al ti vez y en una actitud que reflejaba su cínica insolencia.

—¡Yo! contestó secamente Omar-Jacub, improvisándose y cruzándose de brazos con insultante procacidad.

—¡Tú! ¡traidor infame! esclamó como escandalizado el conde, el cuál, pálido, desconcertado y trémulo, no pudo continuar; de tal suerte le impresionara aquella sorprendente revelacion que tan lejos estaba de esperar: su misma desesperacion paralizó sus facultades y ofuscó sus sentidos en un abismo de confusion. Al fin pudo hacer un esfuerzo y dijo balbuciente y trémulo:

—¡Rey Alfonso, ese hombre miente!

—Era este un destello supremo del instinto egoista de la criatura que tiende siempre á su propia conservacion.

—Basta, dijo el monarca, es preciso que me digais dónde está Veremundo.

—¡Veremundo! nada se de él muchos años há.

—Os equivocais mintiendo, Veremundo es prisionero vuestro en Altamira.

—Estais en un error, Alfonso, ninguna noticia tengo de lo que decís: y en prueba de la verdad, reconoced la fortaleza entera y os convencereis.

—Servidnos vos de guia, y empecemos.

—Estoy dispuesto á ello, y solo espero vuestras órdenes.

—¡Ay de vos sino hallamos á la víctima! Temblad para entonces.

—Tenedlo por seguro, rey; ignoro el destino de mi hermano, os lo juro por lo más santo que veneramos en el mundo.

CAPITULO III.

El aviso oportuno.

¡Recuerdo del amor ¡oh! cuánto vales!
¡Cual revelas tu magia poderosa!

Nadie se habia apercibido, al parecer, de una misteriosa señal que dirigiera disimuladamente Ataulfo á uno de sus criados ó confidentes que asistiera al acto desde un ángulo de la pieza, y confundido entre la soldadesca, nadie por consiguiente, pudo notar la desaparicion de aquel hombre en los momentos en que tomaba un giro alarmante y amenazador el diálogo. Sentamos este precedente necesario á nuestra narracion, como que influye poderosamente en la accion del drama que vamos ya desenlazando.

El dia era ya entrado. Un sol esplendoroso alzábase en el Oriente, rodeado de una aureola inmensa de fuego, é iluminaba el espacio con su punzante brillo luminoso.

Las brumas del crepúsculo disipábanse en vaporosa neblina, y retiraban sus pliegues flotantes de plateada nieve.

Era en fin, una mañana encantadora, cuadro de arrebatadora poesía dulce y majestuosa, con su ambiente saturado de perfume, sus alboradas de fuego, y luego aquel sol resistente y tropical cerniéndose en el inflamado horizonte sobre un cielo azul zéfiro sembrado á trechos de azafranados celajes, y en cuya línea oriental parecia ir brotando lentamente un penacho de tornasoladas nubes, como si se tratara de alzar un pedestal de nácar á aquel astro esplendente que invadía las esferas, remontándose sobre el encendido cénit.

Todo parecia sonreir en aquel dia tan puro y sereno. Y sin embargo, en aquel mismo dia tan magnífico debia suceder una catastrofre que debieran registrar los siglos en sus mas sangrientos y repugnantes fastos.

¡Singular contraste el de la naturaleza! ¡mudo y elocuente mentís para esos fatalistas que juzgan por deducciones genéricas y armonizan los accidentes más casuales, enlazándolos por medio de un término comparativo y simpático! ¡triste leccion para la ciencia humana tan limitada y errónea!

Pero no es justo permanecer por mas tiempo separados de nuestro asunto.

Precedidos de Ataulfo y escoltados por un grupo de soldados fieles, el rey y Gonzalo penetraron en todos los departamentos, reconocieron con la mayor escrupulosidad los menores detalles, las avenidas, las torres y sótanos de la fortaleza, penetraron en las prisiones y mazmorras, abrieron todas las poternas y trampas, las puertas herradas de encina cubiertas de orín y moho; nada, en fin, escapó á la investigacion, que por cierto no dió resultado alguno favorable respecto al hallazgo de Veremundo y Hormesinda.

Bramaba el rey de colera, y Gonzalo apenas podia reprimir su pesar y su rencoroso ímpetu de venganza.

—¡Maldicion sobre vos! esclamó sublevado por el dolor y la in-

dignacion, dirigiéndose á Ataulfo; sobre vos que me arrebatasteis mis padres y mi posicion social! ¡Temblad, tirano, sino me restituis esas dos caras prendas que no os pertenecen!

Faltaba todavía reconocer los subterráneos.

Alfonso dispuso que le guiasen á ellos, y Ataulfo, en cuyo feroz continente parecia brillar una satisfaccion siniestra y maligna, dirigióse á la poterna abierta á flor de tierra, y que daba paso á la region subterránea.

Quedó, pues, abierto un buque profundo y lóbrego: una rampa desmoronada arrancaba del mismo ingreso y perdia su interminable série de irregulares gradas casi perpendiculares en aquella lóbrega catacumba.

Una bocanada de viento húmedo y mefítico salió del buque y continuó azotando el rostro de los circunstantes con su violenta corriente.

El rey vaciló al pronto y rehusó entrar á aquella mansion tenebrosa. Llevó á los lábios su clarin de aviso y moduló unas notas pausadas, á que contestó desde el esterior otra modulacion aguda y vibrante.

Allá á poco presentóse una veintena de soldados.

—Esperad aquí, díjoles Alfonso, guardad la poterna á toda costa y no os separeis de este puesto por ningun pretesto.

Tomada esta precaucion, preparáronse todos á penetrar en la mina, precedidos siempre de Ataulfo.

Alfonso, valiente y animoso hasta la temeridad, porque temeridad y hasta imprudencia era lo que iba á acometer quizás, dió la órden de entrada.

—Esperad, señor, dijo Gonzalo, cojiendo por el brazo al monarca, y conteniéndole; véd la señal que nos hacen desde el torreon del Norte los nuestros.

En efecto; al convertir el rey la vista hácia la plataforma del muro, pudo notar un brazo que ajitaba desde la saetera del cubo un pañuelo blanco.

Al mismo tiempo el timbre agudo, aunque lejano de una voz de mujer gritó muy remoto.

—¡Esperad, no entreis!

Detuviéronse todos instantáneamente. Ataulfo pareció esperimentar un sacudimiento terrible. En aquella voz acababa de reconocer á su esposa Constanza de Monforte.

Quedó como pertrificado de estupor, mudo, helado de espanto y sorpresa.

Hubo entonces una pausa lúgubre y sombría.

Y mientras todos concentraban su atencion hácia la plataforma paralizados por la sorpresa, un viejo criado del conde llegaba cojeando, sudando á mares, jadeante por la fatiga de una larga y precipitada carrera.

Ataulfo le reconoció al punto. Era el venerable Fromoso, mayordomo del castillo á quien ya conocemos.

Traia en la mano un pliego que entregó al rey.

El conde palideció entonces: agolpósele la sangre á las sienes y esperimentó un vértigo de terror. Aquel billete era sin duda la caja de pandora que debiera encerrar acaso su sentencia de muerte.

Alfonso lo desdobló y leyó para sí en medio del profundo silencio de los circunstantes. Su contenido era el siguiente:

«No seas imprudente, príncipe; en ese subterráneo solo hallarás la muerte para tí y para los que te sigan: la prevision de Ataulfo se ha adelantado á todo, y tu vida y la de todos los tuyos penden de un hilo.

Créeme y desiste de tu loco empeño; utilizando el sano consejo de tu siempre fiel

Constanza de Monforte.

Durante un momento el monarca quedó pensativo y perplejo, sumido en una lúgubre meditacion, sin alcanzanzar á comprender el enigma. ¿Qué sentido, qué interpretacion deberia dar á aquel aviso? ¿Era acaso la astuta y refinada condesa quien aventuraba el ardid, disfrazado bajo el terror del misterio, á fin de intimidarle y retraerle en aquella empresa investigadora, y que agotados los materiales, recurria á ese último y supremo grado de artificio?

¿O era acaso la antigua y apasionada amante, interesada en la suerte del hombre, cuya memoria estaba grabada todavia en su corazon y á quien sacrificará en otro tiempo su posicion, su honor mismo, su virtud de mujer y su alma entera?

En esta perplegidad, en esta ruda alternativa, en esta incertidumbre, preciso es confesar que la balanza de la duda inclinábase á esta última probabilidad. Alfonso, aún á pesar del trascurso de tantos años, sintió despertarse en su corozon sensaciones simpáticas y desconocidas, y solo vió en aquella mujer adorable al ángel de seductor halago, sincero y locamente entusiasta por sus amores, sombra hechicera que evocara sus mas tiernos afectos, disipándo á la vez las nubes que oprimian su alma.

Alfonso pues, si bien convertido ya por su parte, quiso todavia otra prueba mas que corroborase su decision: así que, sondeó con una mirada profunda la fisonomía de Ataulfo, que pálido, consternado por la delacion de su esposa, llevaba retratada en su semblante toda la hiel del terror y el ódio.

Aquella prueba suprema decidió completamente el ánimo del rey, el cual dispuso en su vista que definitivamente no se continuase la pesquisa en los subterraneos.

Ataulfo, adivinando acaso con su habitual suspicacia la verdad,

pareció devorar á Fromoso con una mirada oblicua y venenosa en que iban envueltos la amarga desolacion del hombre abandonado y el teson de una sorda amenaza implacable.

—¿Es decir, esclamó el rey sublevado por la ira y aun humillado en cierto modo por la perversa tenacidad del conde; es decir, que os resistís rotundamente á entregarnos á Veremundo?

—He dicho ya y repito, contestó el bastardo hidalgo, que ignoro su paradero mucho tiempo há. Esa es la verdad.

—Ved, desgraciado, que podeis arrepentiros tarde de vuestra pertinacia.

Ataulfo sonrió con desden.

—Poco me importa, dijo, á todo estoy dispuesto, hasta el martirio.

—¡Hipócrita!

Gonzalo apenas podia reprimir la cólera: ardia en su pecho una abrasadora llama que cegaba sus sentidos y ofuscaba su mente. Sin la presencia del monarca hubiera cometido indudablemente en aquel hombre un esceso cualquiera.

—Sea como querais, Ataulfo, continuó el rey; vuestra imprudente obcecacion os precipita en el abismo y me poneis en el caso de juzgaros como rebelde y contumaz por medio de un consejo de guerra que va á constituirse, hoy mismo acaso.

Ataulfo se inclinó con un movimiento afectado. Habia en él mas ironía que resignacion, ironía procaz y venenosa que rebosára hiel, maldicion y ódio.

Levantásteis pendones contra vuestro rey y señor natural, enarbolasteis contra él el estandarte de la rebelion, lanzásteis el grito sedicioso, colocándoos al frente de esa miserable cruzada, esa revoltosa pandilla que se ha alzado contra las leyes del reino, y me ha negado sus feudos. Bien es cierto que ese miserable obispo ha

contribuido á fomentar la faccion, poniéndose con vos de acuerdo y estableciendo para ello una liga de reciprocidad mútua, ha creado alianzas y vinculado en provecho propio las ventajas de sus tenebrosos manejos; ha negociado matrimonios antipáticos como el vuestro con la infeliz Constanza, víctima inmolada á la ambicion y al crímen, y cuya candorosa inesperiencia sorprendisteis de acuerdo con el prelado de Compostela, que servia en ello al secreto de sus rencores. Todo está, pues, descubierto y patente; rebelion, sacrilegio, usurpacion violenta, homicidio... una série, en fin, de infinitos crímenes agovia esa cabeza rebelde que permanece todavia erguida, insultando con su impunidad á la vindicta pública. Inclinadla, Ataulfo, inclinadla á la justificacion del destino; es el peso de la ley, es la ley, Dios mismo quien lo manda.

El conde sonrió con su frio sarcasmo. Era aquella la provocacion llevada hasta el cinismo: su corazon de mármol resistia todo género de prueba, y su temple parecia invulnerable.

Alfonso no alcanzaba á comprender tanta procacidad: estaba verdaderamente escandalizado, y resuelto á llevar el giro de su justicia hasta un grado ejemplar.

En esta persuasion, fijo y decidido, dió órden de asegurar al conde, empleando para ello las mayores precauciones, trasladándose luego á la cámara de audiencia del castillo, donde debiera ser juzgado y donde iba el soberano á recibir el juramento y pleito homenaje de los magnates gallegos.

CAPITULO IV.

SENTENCIA Y PROTESTA.

Rindieron á su rey pleito-homenaje,
¡Oh, cual mengua la estrella
Del cruel personaje!

Aquel dia tan esplendoroso y brillante fué poco á poco trasformándose.

A la caida de la tarde el cielo estaba ya casi totalmente condensado; las brumas de Levante impelidas por un viento sulfuroso y tibio, amontonábanse en remolinos flotantes, formando movibles capas cenicientas, densas, pesadas, que comprimian la atmósfera como una inmensa cúpula de plomo.

Era el viento, como hemos dicho, sulfuroso, acre y tibio, do estridente soplo, y cuyas sonoras y violentas ráfagas levantaban torbellinos de hojarasca y polvo, barriendo el espacio con sus inseguras corrientes que condensaran el éter, como el soplo impuro de la tempestad.

Bramaba esta ya, anunciándose en los aires donde hacia resonar su rencoroso y sordo rugido, y allá hácia el Norte estendíase una faja de blanquizcas nubes, cuyos recortes destacábanse sobre un fondo sombrio trazado por serpientes angulares de electricidad

La noche amenazaba ser desastrosa.

Las tropas castellanas hallábanse acampadas en las afueras de Altamira, y ocupábanse en construir y armar apresuradamente tiendas donde guarecerse de la tempestad que amenazaba.

Mientras tanto los hidalgos de la comarca, congregados en la cá-

mara ó tribunal de justicia de la fortaleza, renovaban en manos del rey de Leon y Castilla juramento de fidelidad, de obediencia y pleito-homenaje, en cuya virtud alzábaseles el acta de proscripcion, restituyéndoseles á la gracia, amistad y buena armonía del monarca.

Luego aquellos altivos reyezuelos marchaban á sus castillejos, escoltados por un puñado de aventureros, que eran el continjente respectivo que les correspondiera por vía de auxilio en favor del pretendido conde de Altamira.

Veia este con desesperado coraje cómo se disipaba de esta suerte el humo de su poder, apenas comenzára á menguar el astro de su derrocada fortuna. ¡Terrible leccion que repiten los siglos, y cuyo testimonio vivo y continuado es la misma historia!

Una calma horrososa, esa calma sorda y terrible que suele preceder á las grandes tempestades polares, parecia adormecer á intérvalos el vértigo rugiente de la naturaleza esplotada: luego resonaba el trueno, y al fragor de la electricidad acompañaban los bramidos del torbellino, que silvaban é iban á estrellarse en la gigantesca mole de Altamira, que aparecia enmedio del cuadro sublime de la naturaleza como un tenebroso espectro fantástico, herido por el brillo fatídico de los relámpagos, azotado por los elementos y proyectando sus angulares recortes y sus desmoronadas almenas góticas en aquel horizonte lóbrego, inflamado por las corrientes eléctricas.

La noche empezaba á cerrar, y á medida que iban desapareciendo los postreros fulgores del crepúsculo, arreciaba la tempestad con todos sus majestuosos horrores.

Mientras tanto concluíase la ceremonia en el salon de justicia; todos los hidalgos habian renovado ya su juramento de fidelidad y obediencia en manos del rey, y habian sido despedidos del cas-

tillo. Alfonso, en vista de ello y de los cargos que resultaran contra el conde, pronunciaba el siguiente fallo:

»Alfonso, rey de Leon, de Asturias, de Galicia y Castilla, etc.

»Visto y oido todo cuanto resulta contra Payo Ataulfo de Mosco-»so, titulado conde de Altamira, venimos en declararle, consul-»tando nuestra propia conciencia, inspirada por Dios, cuyo poderoso »auxilio invocamos, traidor, contumaz y rebelde, é incurso ade-»más en la pena que marcan los reglamentos y leyes de estos nues-»tros reinos con relacion á los reos de lesa majestad.

»Otrosí: le acusamos y declaramos usurpador de los dominios »de Altamira, usando de criminales medios, y además como ho-»micida en la persona de su hermano Veremundo, legítimo señor »de dichos estados, sin perjuicio de las responsabilidades en que »ha incurrido por las coacciones y bajos manejos ejercidos en las »personas de Hormesinda y Gonzalo, esposa é hijo respectivos del »notado Veremundo Moscoso de Altamira; todo lo cuál se hará »constar por documento auténtico que se archivará con el proceso »en el archivo de la Corona.

»En vista de ello, usando de nuestra prerogativa régia, le des-»poseemos de los referidos estados, declarándolos de ahora para »siempre pleno dominio de Gonzalo, hijo de Veremundo, caso de »no parecer este, como que le pertenecen legítimamente.

»Y por fin, con respecto al castigo corporal que, segun el có-»digo de estos reinos, corresponde aplicar á Ataulfo y á Betsabé »por el segundo concepto ya pronunciado, delegamos todas nues-»tras atribuciones y privilegios en el referido Gonzalo de Moscoso, »para que ajustándose á las prácticas reglamentarias de nuestro »fuero régio, pronuncie y mande llevar á efecto dicha pena, como »juez inapelable, sin restriccion alguna, á cuyo efecto declinamos »en él toda nuestra autoridad y celo, previniéndole que use ante

»todo y agote los recursos oportunos, á fin de inquirir por cuantos »medios imaginables le sugieran su justificacion y prudencia, el »paradero y suerte de Veremundo y Hormesinda, por si existen, »cuya circunstancia en su caso remitimos á su clemencia, para »modificar y atenuar el rigor del fallo en cuanto lo merezca.

» Pronunciado en Altamira... etc.

ALFONSO.»

Ataulfo escuchó esta sentencia con estúpida y burlesca altivéz y aun con cierta indiferencia insultante; aquel ódio inveterado, áquel corazon todo perversidad y malicia oponian su organizacion de hierro á todo género de amenazas, y mostrábase rebelde, como el espíritu maldito, encarnado en humana forma.

Dirigió á Gonzalo una tremenda ojeada, en la cuál parecia exhalarse toda la sublime concentracion de su ódio recóndito.

—Esto es hecho, dijo, os habeis puesto de acuerdo para fraguar una iniquidad, y elegisteis en mí la víctima, inventando para ello las formas de un proceso y revistiéndole de mentidas apariencias legales. Poco os debe importar la evidencia supuesta del crímen que me imputais, cuando limitais las pruebas á vuestro apasionado criterio. Sea pues, y como quiera que no me es fácil contrarrestar tanta fuerza como contra mí se conjura, cedo á esa violenta presion tiránica, pero no me conformo con los cargos, que rechazo por falsos y gratuitos. Hé aquí mi solemne protesta, que exijo se haga constar en el proceso.

Y con la mirada hosca, estraviada por su impotente cólera, pálido, rugiente y fieramente exaltado, Ataulfo empezó á dar agitados pasos por el salon, loco, frenético, y dejando traslucir el furor que inflamára su alma.

El rey fulminó á su vez tambien otra severa mirada de odioso

menosprecio hácia aquel hombre, cuyas palabras provocáran su enojo é insultaban la autoridad y la justicia.

—Basta, dijo: os prohibo toda refutacion de mi fallo, del cual solo á Dios debo dar cuenta en su dia: apelad pues, á su tribunal, porque en la tierra no hallareis otro superior al mio.

—Os equivocais, rey, apelo á otro tribunal en la tierra, mas poderoso todavía que el vuestro, contestó con altiva provocacion el hidalgo; apelo á la opinion pública que anatematizará ese abuso, esa coaccion que contra mí se ejerce, al abrigo de la impunidad y del poder.

—¡La opinion pública!

—Sí, rey, y vais á ver quizás ahora mismo una prueba de ello.

Ataulfo se precipitó súbitamente hácia el alféizar de una gran ventana que daba al patio principal de la fortaleza, lleno á la sazon de soldados leoneses.

—¡Al tirano! gritó, ¡favoreced á una víctima indefensa! ¡soldados! ¡á mí contra el rey, y mi tesoro es vuestro!

A este grito tentador y subversivo, Alfonso y Gónzalo arrojáronse sobre el conde y le arrastraron de aquel sitio, retirándole hácia dentro. Al estremo á que habia llegado la corrupcion en aquella época, no podia ser estraña una rebelion, cuando á cambio de ella se ofrecia una pingüe recompensa. El rey lo comprendió así, y esperimentó un temor fundado, de alguna sedicion en la soldadesca.

Ataulfo, al tiempo de separarse del buque, tuvo lugar de hacer sonar un silvato, produciendo un agudo y vibrante silvido.

—¡Callad, infame gritó el rey, callad ú os haré arrancar la lengua!

—No hareis tal, repuso Ataulfo enderezándose de un salto con su provocadora actitud.

—¿Que no lo haré decís? ¿Por qué razon?

—Porque entonces no averiguaríais el paradero de Veremundo.

—¿Con que lo sabeis vos, y lo ocultais?

—¡Tal vez!

—Sospechó al pronto Alfonso que aquel hombre pudiera apelar al ardid para eludir quizás, ó cuando menos, para dar trégua al castigo.

—Ese hombre miente, dijo Gonzalo, es un miserable que trata de sorprendernos: yo os suplicaría señor, que tuviera á bien V. A. mandar llevar á efecto el castigo que le habeis impuesto, sin más trégua.

—A vos os toca, repuso el monarca; en esta causa, amigo mio me he constituido en fiscal que acusa y propone, mientras que el juez que debe obrar sois vos.

A este punto llegaba el diálogo cuando uno de los heraldos del rey, prévia la vénia de costumbre, entraba en el salon y entregaba al conde un pliego que traia en su escarcela, sellado con las armas señoriales de Monforte. Ataulfo rasgó el sobre y devoró con ansiedad el contesto de aquel billete, que era el siguiente:

«Cuando un hombre de vuestra posicion social, que blasona de »honrado y caballero, aun sin serlo, llega al estremo en que se »halla hoy el que aún se titula conde de Altamira, debe sostener su »papel, siquiera sea de pura farsa, á toda su altura, hasta los mo»mentos supremos.

»Hacedlo vos, y obrando así, merecereis bien de los que cono»ciéndoos, os compadecen, respetando á la vez la fatalidad que os »persigue.

»Ataulfo, un hombre como vos debe matarse, si es que quiere »dejar de existir con la honra. Hacedlo hoy mismo: quizás mañana »fuera tarde:

CONSTANZA, BARONESA DE MONFORTE.

CAPITULO V.

LA INUNDACION.

¡Infamia sin igual! ¡oh, mancha impura
Escandalo tan cruel tan inaudito,
Que si acaso conjuro
Las artes de su espíritu maldito,
No pudiera llegar á mas altura,
No pudiera crear mayor delito.

A este tiempo un hombre anciano empapado en agua y fatigado al parecer por una larga carrera, hendió el grupo de soldados que invadiera el vestíbulo que precedia al gran salon y que constituia el cuerpo de guardia de S. A. y penetraba aun á pesar de las prohibiciones que se le oponian, hasta llegar á la presencia del monarca á cuyos piés cayó desfallecido.

Durante la carrera, aquel hombre, á quien creyeron loco ó alucinado, lanzaba desesperados y alarmantes gritos y gesticulaba como un energúmeno, circunstancia que pasaba desapercibida en cierto modo en medio de las tinieblas de la noche y del bullicio de la soldadesca.

Era Omar-Jacub.

Aun á pesar suyo hubo de permanecer un instante mudo y silencioso, mientras tomaba aliento y se reponia del cansancio.

—¿Qué ocurre pues? esclamó el Rey visiblemente inmutado.

—Una gran desgracia, señor, repuso el anciano hebreo; Ataulfo ha hecho soltar el dique de los estanques y cisterna de la fortaleza, ha mandado levantar las compuertas y á estas

horas todas las prisiones y subterraneos están ya inundados: las aguas crecen con asombrosa rapidez, y á estas horas es bien posible que hayan ocurrido lamentables desgracias.

En el semblante de Ataulfo pareció brillar una sonrisa de satisfaccion diabólica.

—¿Es cierto? esclamaron á la vez el Rey y Gonzalo, atónitos por las palabras del hebreo y lanzándose hácia la ventana por un movimiento instintivo y rápido.

Los soldados ajitábanse presurosos en el patio, iluminado por algunas teas colocadas en los postes: reinaba entre aquella tumultosa multitud una algaravia confusa, entre la cual percibíanse gritos de socorro; improperios y votos.

Era este el comprobante de la desgracia que anunciara el judio.

—¿Y Veremundo?

—¿Y mi padre?

A estas dos esclamaciones unísonas, simultáneas, contestó Eleazar con un signo de desesperacion juntando las manos y elevándolas luego al cielo sobre su cabeza con una espresion indescriptible.

—Por fortuna, dijo con cierta sutileza ferviente y equívoca, hay un Dios remunerador y justo: ¡él haya tenido misericordia de esas pobres víctimas!

¡Volemos pues á socorrerles, si todavia es tiempo!

—Es inútil, repuso Eleazar, moviendo la cabeza con amarga desesperacion; los subterráneos están intransitables la inundacion es completa y el agua invade todos los buques: no hay medio ya posible de salvacion; todos los prisioneros deben haber perecido ahogados y yo mismo he visto flotar algunos cadáveres sobre las aguas. A vos, señor sólo toca ya

ahora hacer justicia de este crimen, en nombre de la humanidad al ménos.

—Ese hombre dice la verdad, esclamó Ataulfo con sombrio sarcasmo; es ya inútil tratar de contener el estrago; la disposicion misma de la region subterránea del Castillo impide la salvacion de persona alguna. Veremundo ha perecido, y mi obra ha recibido su última mano: ese era el golpe de gracia que reservara y ya está dado: Ahora os toca á vosotros.

Alfonso pronunció una palabra secreta al oido de Gonzalo, como para alentarle, porque el pobre mancebo estaba á punto de enloquecer de despecho y tristeza.

—¡Maldicion sobre ese hombre! esclama con un rasgo de inspiracion suprema; es preciso, Señor, apresurar el castigo, si os place, y desagraviar cuanto antes la sociedad y la justicia: es necesario que no quede huella de este maldito edificio de la iniquidad y del crimen; el cual debe arrasarse y reducirse á escombros y pavesas, pero esa venganza no me compete á mí, Gonzalo que he delegado en vos mis facultades: salgo de este asilo del crimen y de la iniquidad escandalizado de mi propia tibieza y llevando en mi corazon el cancer roedor del remordimiento, que es el germen del pecado y el eco de una conciencia combatida por la tempestad de las contradiciones y debilidades humanas. Aleje Dios de mí ese fastasma y acalle el grito que conturba mis sueños y pierde mi alma en un devaneo continuo: sed pues el ejecutor de vuestra venganza misma, en desagrabio de la ley ultrajada; yo podré alentar ya entre tanto, persuadido como estoy de que sabreis aliviar á mi corazon del peso que le oprime.

El Rey marcó un movimiento, como preparándose á salir del salon.

—Esperad, señor, gritó Eleazar aproximandosele y asiendo tenazmente el talabarte de su manto de púrpura, puesto que el castigo de Ataulfo es ya de todo punto inevitable, debo reveiaros todavia otro atentado de que quiso hacerme instrumento.

—¡Esto más!

—Sí, me ordenó que prendiese fuego á Altamira cuando vos y vuestros soldados estuviereis dentro, para que así pereciereis todos achicharrados.

—¡Horror¡ esclamó el príncipe, aturdido por tantos crímenes.

Y con la manos puestas sobre su cabeza, salió de aquella pieza tan hondamente preocupado, que fué necesario le guiasen á la plataforma que dividia ambos cuerpos del edificio, como una vasta prescincion bizantina.

Desde allí, al brillo fujitivo de los relampagos que cruzaran el limbo de la oscura noche, percibíanse, al traves de su claridad fatídica, las tiendas del campamento diseminadas por los collados próximos en una vistosa simetría.

Los soldados vivaqueaban alegres en aquellas alturas y cantaban trovas de una candencia monótona. Otros discurrian por los patios, jurando y blasfemando, preocupados por la sorpresa de la inundacion y por el enjuiciamiento del conde, sobre cuya suerte formábanse diversos comentarios.

Pero sobre todo, lo que absorvió entonces la atencion del Rey fué aquella copiosa porcion de aguas que innundara los fosos y barrancos y sobre las cuales parecia flotar el basto edificio como un tétrico y gigantesco espectro de indefinibles formas. El brillo de los relámpagos resbalaba sobre aquella superficie movible y tersa como un espejo encendido.

Precipitábanse las corrientes como sonoras cascadas para

buscar los sitios más bajos, los barrancos y sinuosidades y las simas profundas de los terraplenes. Por algunas partes era tan impetuoso el curso, que arrastraba todo cuanto hallara al paso, y socavaba los cimientos, produciendo á veces hundimientos en las bóvedas subterráneas que cruzaran el vasto edificio.

Entre tanto estallaba la tormenta con asolador estruendo, los truenos se sucedian á indeterminados intérvalos y resonaba en las montañas próximas, ese estridente rumor que es el eco de la naturaleza en su vértigo.

Llovia á torrentes, y el espacio encendido por aquellas fatídicas exhalaciones que en medio del fuego azufrado de los relampagos, vibraba el cielo, parecia hundirse ante el rotundo crujir de los polos que parecian quebrarse al ímpetu de los elementos en choque.

No obstante, faltaba todavía otra pincelada para complemento del cuadro destructor que amenazara obsorver en su estrago al universo entero. Aquella noche debiera ser horriblemente desastrosa; los elementos no debian hacerlo todo sin el concurso del poderoso ausiliar del hombre, esa fiera la más terrible de la creacion.

CAPÍTULO VI.

En el cual se cambian los papeles.

Sigue la destruccion... de los furores
De una terrible y dura providencia
No le pondrán librar, no, sus rencores,
Su saña criminal, su atroz violencia,
Sus ardides traidores,
Verdugo del candor y la inocencia.

—No os destengais, señor, poneos en salvo con los vuestros, porque acaso, si desprecias este aviso, seais víctimas del general estrago que vá á ocurrir en este teatro de mis furores y de la justicia misma que en vuestro nombre ejerzo.

El rey, sorprendido en su distracion momentánea volvió la vista hácia el hombre que la dirigiera las precedentes palabras.

Era Gonzalo.

Traia en la mano una tea encendida.

Al resplandor de aquella luz fatídica, aparecia aquel rostro descompuesto, cubierto de una palidez biliosa y cadavérica, y en cuyos ojos horriblemente exaltados revolviase una fulgurante pupila.

Su cabello erizado, jadeante el pecho y contraidos todos los músculos de su hermoso rostro, la voz cavernosa por la alteracion general que poseyera aquella organizacion nerviosa, daban á aquella figura un horrendo aspecto, un aspecto de ferocidad diabolica y salvaje: era un mostruo esplotado por el cataclismo del entusiasmo, ó mejor dicho, del frenesí.

—Salid, señor, insistió el jóven con su arrebatado lenguage, salid con los vuestros sin demora, y quiera Dios no acordeis tarde.

—¿Qué decís Gonzalo? repuso el Rey con marcado asombro y volviéndose como impelido por un resorte.

—¡No desprecies mi aviso, salid y no os espongais á perecer, señor!

—Pero.... no os comprendo, amigo mio.... qué.... ¿no tengo derecho á que me espliqueis?

—Es tarde ya: esperad fuera del castillo y os convencereis luego de que obro en favor de vuestra salvacion: la tempestad avanza y se acerca el momento crítico. Creedme, cada minuto que perdeis es un nuevo peligro que creais para vos mismo.

¿De dónde procede ese riesgo?

—De mi venganza ó de mi justicia, que es la vuestra. No me pidaís más pormenores.

—¿Y no me podeis esplicar?

—Nada. Creo hareis el debido honor á vuestra real palabra que me habeis dado y con la cual cuento, seguro de que no me la retirareis en este caso.

—¡Cómo pues!

—Delegasteis en mí toda vuestra autoridad para ejecutar la sentencia de Ataulfo y sus cómplices, y por lo mismo vengo. Os digo y repito, escudado por esa garantía: ¡salid, señor, de esta mansion maldecida, donde sólo se aspira el hálito de la muerte, salid presto, y respetad mi aviso y mis órdenes:

Alfonso inclinó la cabeza, como sojuzgado por su propio rubor.

En efecto, el prestigio, el decoro de su alta gerarquía régia estaban comprometidos en aquella palabra que se le ponia en cara y á la cual no podia ya faltar sin desdoro: acaso estaba arrepentido de su lijereza, y de ahí esa perplejidad con

que luchara en aquellos momentos críticos tan acerbos para su amor propio.

—Teneis razon, conde, no rebajaré mi prestigio hasta una retractaccion que me envilecería en alto grado; el brillo de mi corona saldrá ileso, os lo juro, de esta desgraciada jornada bue ha herido mi propio orgullo y ha cargado sobre mi espíritu un peso enorme y mortal.

Era la tercera vez que el monarca lisonjeaba el oido del jóven con la palabra *conde*, y acaso recurria á ella en estas circuntancias con un estudiado objeto: era el ardid revestido de las formas de esa misma lisonja tan caprichosamente seductora: parecia que se habian cambiado los papeles y que era el rey el que apelando á las formas del honor y de la consecuencia y prestando oido á los principios que se invocaran, suplicaba al súbdito altivo, ensoverbecido con sus fueros.

De su pecho se exhaló un hondo gemido, y tomando la mano al jóven, la oprimió con una efusion cordial de sentimiento.

Gonzalo hincó una rodilla en tierra y besó la mano al rey. Alzad, amigo mio, dijo este visiblemente contrariado por aquella desmostracion de servil respecto que ha llegado todavía á nuestros tiempos; es la tercera vez que me veo obligado á corregiros esa bajeza degradante que tanto rebaja la dignidad del hombre y que es una heregía clásica con que se insulta á la Divinidad, á quien solo debe rendirse adoracion y culto. Soy un hombre como vos, disfrazado con el oropel de una pompa social que ha llegado á ser una necesidad constitutiva de la época: reconocedla y acatadla, pero al hacerlo, guardaos de no traspasar la línea que separa la potestad divina de la humana. Todos los hombres son iguales: la virtud

y la ciencia marcan los grados de superioridad entre ellos, y apenas un velo artificial, mundano en el terreno de la utopía ha procurado atribuirle una gerarquía ilusoria que desaparece en el terreno de la razon práctica ante la idea del Evanjelio y de la filosofía.

—En verdad, señor, que habia olvidado por un momento vuestra advertencia: perdonadme, mi cabeza arde y la fiebre que enardece mi corazon me ofusca y me confunde.

—Ea pues, os dejo ya, fiel depositario de mi justicia, no abuseis de ella, y obrad libremente en el sentido que os plazca. Al salir no puedo ocultaros sin embargo el vivo remordimiento que corroe mi alma, la llamarada del furor que inflama mi pecho y el sentimiento torcedor que me destroza el espíritu ¡Veremundo! ¡Hormesinda!... ¡Oh! en vano pidó un rasgo de clemencia á mi justicia en favor de los culpables, del criminal atentado de que habeis sido inocentes víctimas; la enormidad del delito rechaza toda la conmiseracion, y una expiacion recta y saludable puede únicamente satisfacer la justicia que reclaman las leyes y la sociedad, cuyos derechos han sido bárbaramente hollados.

Oyóse entonces un horroroso halarido.

Aquel grito de sombría y desesperacion fué prolongándose, sostenido por un eco funeral á trasvés del trastorno de los elementos.

Entre los soldados que poblaban los patios y departamentos del castillo reinaba una agitacion espantosa.

—¡Un motin! esclamó, palideciéndo el rey.

Eleazar que habia salido poco antes, volvió á entrar ajitado y trémulo.

En el rostro de aquel singular personaje lucía una exaltacion indescriptible.

—¿Qué ocurre? preguntó el rey con sombría cólera, precipitándose al ajumez bizantino que daba al patio, donde la sedicion parecia estallar de nuevo, tomando mayores proporciones.

El hundimiento de una bóveda ha ocasionado lamentables desgracias, señor, repuso el judio; vuestros soldados peligran, y aun vosotros mismo si tardais en salir del edificio. Oidles murmurar y blasfemar de vos, y dentro de un instante acaso estalle una rebelion ó al ménos una desercion afrentosa para vos.

—Es decir, qué....

—Salid todos, señor, y salvaos: aquí sólo quedamos los huéspedes de la venganza, del esterminio y de la muerte; nuestra obra es inexorable y terrible; huid de ella, porque es bien posible que no respete ni aun á las mismas testas coronadas.

Y al espresarse así, aquel instrumento de la venganza y de la ira estaba en cierto modo hermoso, con una hermosura salvaje, diabólica, la belleza del ánjel rebelde.

Alfonso le comtempló un momento con terror, y su orgullo de rey sintióse verdaderamente sojuzgado por aquella terrible figura; cuyo acento retronaba en su oido como un eco mortal y contundente.

Gonzalo impaciente, fiero, amenazador y en la cumbre del rapto que le poseyera, dijo con un rasgo de cruel furor:

—¿Qué esperais, señor? ¿Será preciso que me permita revelaros mi propósito?.... Sea pues, y elejido, rey entre vuestra partida y mi muerte.

El monarca cojió la mano al jóven y la apretó con efusion entre las suyas.

Aquella mano ardía á pura fiebre.

—Teneis calentura, amigo mio, le dijo.

Gonzalo hizo un movimiento como para precipitarse por el ajimez.

Pero Alfonso que notó aquella evolucion, le contuvo y salió al punto, dirigiendo al bizarro jóven una mirada paternal y suprema.

Un momento despues el príncipe y los suyos evacuaban la fortaleza, vadeando con gran riesgo las cenagosas aguas que iban sin cesar creciendo.

CAPITULO VII.

JUSTICIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES.

Es tiempo de acabar, y por Dios santo
Que esa expiacion aterre y horroriza
Con funeral espanto
¿Quién pudo imaginar tormento tanto?
¡Diabólica invencion que martiriza!
Lugubre quebranto.

La tempestad bramaba todavía.

Los silvidos del huracan, el estrépito de los truenos y aquella copiosísima lluvia que descendiera en remolinos como un diluvio, formaban el terrible comjunto de aquel cuadro destructor y horrísono, iluminado por el brillo fatídico de los relampagos que inflamaran el espacio con una niebla sulfúrea y luminosa.

Y entonces estallaba el trueno, fragoroso siempre, el trueno precursor del rayo que estallaba á su vez tambien con su poderoso eco y que solia descender en angures parábolas sobre las copas de los árboles que tronchaba y reducia á pavesas.

Era aquella una verdadera tempestad tropical, un vasto incendio que devoraba á la naturaleza, rebramando con su infernal y majestuoso ímpetu, májica decoracion que habia elegido al mundo por teatro y por víctima.

Mientras tanto dos hombres misteriosos recorrian la plataforma del muro, y registraban escrupulosamente todos los deparmentos de Altamira desde el primer término invadido por las aguas hasta el recto coronamento almenado; cortado en forma de peine de truncadas pirámides y la apizarrada cubierta bizantina que cerraba toda la inmensa fábrica una capa grís, coronada en fin por almenadas torres

Aquellos dos hombres agitabanse en la oscuridad como

dos inquietos fantasmas, sombras indefinibles que iban y venian con una tea encendida en la mano, envueltos en túnicas de amianto y destacando sus formas fatídicas, vagas y errantes sobre la sombría mole de la fortaleza, como dos espectros á través del limbo de la oscura noche, alumbraba el azufrado fulgor de los relámpagos.

Estos agitaban en torno de aquellos hombres su fatídica cabellera de llamas, dando á sus figuras un aspecto diabólico y siniestro.

Eran Eleazor y Gonzalo.

Si se les hubiera podido observar de cerca, notarase en sus fisonomias una agitacion indecible, leyeránse en sus semblantes una alteracion infernal, poseidos como se hallaban de un frenético é insaciable deseo de veganza.

Inquirian, registraban escrupulosamente todos los reductos accesibles del castillo y recorriánlos apresuradamente, segun qneda dicho; querian persuadirse por sí mismo de que nadie quedaba en el, que todas las tropas del rey y demas personas que moraban allí habian salido, y de que no quedaba alma viviente.

En efecto, Alfonso, obedeciendo á un presentimiento fatal habia mandado evacuar la fortaleza bajo severas penas, y sus ordenes fueron putualmente cumplidas: solo aquellos dos misteriosos personajes habian quedado allí, terribles ejecutores de una tremenda justicia, cuya víctima debiera ser el desventurado Ataulo, prisionero ya en un reducto secreto é impenetrable de Altamira.

Cuando hubiéronse satisfecho del éxito de sus pesquisas el hebreo, seguido del jóven conde, penetró en una especie de cripta gótica abierta por el Norte y que correspondia una

gran planicie sobre el murallon del castillo.

De aquella misma planicie elíptica descendia una especie de rampo que iba á perderse por medio de un hundimiento aparente ó artificial, en un camino cubierto y abierto á lo largo de la escarpada roca.

Aquella rápida pendiente escalonada en desmoronados peldaños y á cuyos lados habia dos desfiladeros profundos, como un doble abismo estratégico, estaba interceptada á trechos por enormes rastrillos de encina, herrados perfectamente y cercados por resortes de arte.

Ambos conocian el mecanismo secreto de aquellas puertas, así como tambien el de todas las dependencias interiores y esteriores de Altamira. Ahora querian satisfacerse de nuevo de la espedicion de aquel punto, con objeto de verificar por allí su salida, porque la empresa misma que meditaran impedíales la retirada por las entradas naturales del edifcio.

En el fondo de aquella especie de bóveda destartalada yacia un hombre atado de pies y manos, como una masa inerte arrojada sobre un suelo fangoso, encharcado por la lluvia que penetrara por el desquebrajado techo.

Era Ataulfo Moscoso de Altamira.

Frio, aterido, empapado de agua, colérico, rugiente y desesperado, el hidalgo infeliz murmuraba secretas maldiciones y rebramaba como una fiera cojida por el cazador en el lazo, y de quien no se atreve á esperar misericordia.

Eleazar se introdujo en aquel departamento, contempló un momento á la víctima, cuyas amenazadoras pupilas clavaron se en el judío con una odiosa espresion, y tornó á salir de nuevo, satisfecho al parecer y complacido á donde le esperaba el vengativo jóven cuyo corazon latia de impaciencia.

Acercaron luego una especie de bastidor de gruesa tela de una magnitud estraordinaria, asegurado á un sólido marco de haya, delgado, flexive y leve á la vez y equilibrado por una contrapesa proprocionada de intento, á la manera de los cometas que echan á vuelo los niños de nuestros tiempos.

Aquel aparato, diabólica invencion del hebreo y en el cual compendiábase una idea siniesta fué colocado horizontalmente sobre una almena, adoptósele un grueso bramante enrollado á una especie de torno ó eje cilíndrico de hierro asegurado á una de las troneras aportilladas del muro.

El hebreo, como un sarcástico epígrama de su génio aseguró á aquel aparato una linterna por medio de un bramante doble.

No podia llevarse mas lejos la crueldad y la burla en la hazaña que se proyectaba; la espiacion que debiera sufrir la víctima iba á ser horrenda, cruel, nunca vista ni oida acaso.

Entre tanto; y como para establecer una lúgubre y pavorosa armonía, la tempestad que un momento antes aplacara, tornó á reproducir de nuevo su asolador impulso, y el huracan, la lluvia, el trueno y los relámpagos estallaron otra vez como un horrísino cataclismo.

—¡Preparaos! ya es tiempo¡ esclamó con acento convulso el hebreo, aproximándose á Ataulfo, á tiempo que Gonzalo le asia por las muñecas, y con vigor estraordinario arrastrábale hácia el esterior de la bóveda, diciendo con acento cavernoso y lúgubre:

—¡Ea! vuestra hora es llegada, maldito de Dios y de los hombres! volveos á Dios, para que su misericordia, que no os sustrae á la justicia de los hombres, se apiade al menos de vuestra alma, porque vuestras faltas son muchas é infinitas.

Ataulfo no contestó, porque su boca parecia masticar un objeto.

Gonzalo y Eleazar se aproximaron mas, creyendo que el bastardo cortaba sus ligaduras con los dientes.

De improviso sintiéronse ambos mordidos casi á un mismo tiempo, y lanzaron á la vez un grito de dolor simultaneo.

Ataulfo vertió una lúgubre carcajada histérica.

La carne de ambos llenaban las mandíbulas del hidalgo que la saboreaba como un antropófago.

Brotaba la sangre de las mordeduras. Eleazar y Gonzalo sufrian un dolor agudísimo, lancinante.

Ataulfo continuaba riendo con su risa infernal y convulsiva.

Al brillo de los relámpagos su rostro fiero y descompuesto le daba el aspecto de un alma condenada, segun han dado en pintarla los canonistas.

Miráronle sus dos testigos y temblaron de íra y de espanto á la vez.

La cólera sublevó el ánimo de ambos estendiendo sobre su vista un velo sangriento.

=¡Maldicion! gritó el judío en el doble colmo de su dolor y de su arrebato.

Y ambos, llevados de un impulso cólerico, golpearon despiadadamente á aquel cuerpo indefenso, que arrostró el maltratamiento con un silencio estóico.

Arrastráronle entonces hácia el aparato aéreo que ya dejamos bosquejado, atáronle fuertemente al mismo, y ensayaron varias evoluciones para remontar aquella especie de cometa diabólica.

—Si, esclamó al fin la víctima con indefinible acento y

como adivinando el tormento que se le preparará, es necesario apresurar el desenlace del drama: horrendo es en verdad el vuestro; pero el mio le ha sido mas todavia. Mi obra está ya terminada y á mi vez os cedo el turno.

—¡Infame! dijo á su vez Gonzalo, sacudiendole despiadadamente, vuélvete á Dios, porque tu hora se acerca: la Providencia ha dispuesto que nosotros, tus mismas víctimas seamos los ejecutores de la sentencia.

—Es verdad, pero no me habeis ganado el turno; mi venganza os precede siempre, miserables, lo cual me permite la satisfaccion, para mi muy grata, de saborear en mi misma agonia esa grata espansion de ánimo tan dulce y halagüeña.

—¿Qué decís? preguntó Eleazar, como obedeciendo á una inspiracion secreta, con la sutileza de génio que caracteriza al pueblo de Israel.

Ataulfo balbuceó unas palabras que apagó el estrépito de un trueno.

—¿Qué habeis dicho? preguntó Gonzalo impaciente y colérico.

Alumbrad, prosiguió, refiriendose al anciano.

El judio cojió del suelo su linterna sorda que habia dejado poco antes y la aproximó al hidalgo.

Estaba sumamente horrible: su rostro cárdeno, amoratados los lábios, la vista lúgubremente estraviada y erizado el cabello, Ataulfo tenia el aspecto de una furia irritada, mostrole una gran sortija que llevaba en un dedo y cuya cápsula acababa de destrozar con sus dientes.

Eleazar, súbitamente inspirado por una idea siniestra, dió un salto, como herido de un rayo, y su frente se cubrió de mortal sudor.

—¡Estamos envenenados! gritó con un acento en que es exhalara una desesperacion acerba.

Y aplicaron ambos, por un movimiemto instintivo y simultaneo, los lábios á la mordedura.

Es ya inutil la succion, dijo sarcasticamente el bastardo con una risa diabolica, la ponzoña se ha inoculado y ha invadido la masa de la sangre.... todo remedio es ya ineficaz; pero tranquilizaos, hay una tregua todavia: la muerte viene lenta y sin estrépito. En cabio pues y para adormecer los temores y ese terror consiguiente que inspira al hombre el momento supremo de sufrir, tendreis en mi agonia, anticipada á la vuestra, un grato solaz.

—¡Maldito! ¿con qué es cierto que no hay medio de contrarrestrar la accion mortífera del tósigo?

—Ciertamente: su accion corrosiva es omnipontente y enérgica: vereis acercarse la muerte con demasiada lentitud, si, pero no por eso será menos cierta y segura.

El terror, el ódio, todas las pasiones arrebatadoras, esa monstruosa borrasca que suele en momentos dados inflamar el corazon humano con su esplosion recóndita y perturbadora, todo ello pues estalló como una tromba asoladora en la mente de Eleazar y de Gonzalo. Y como si realmente temiesen morir sin consumar su venganza, dieron impulso á aquel aparato aéreo que lanzado al espacio, empujado por el torbellino y sostenido por el bramante recrujió al embate de la columna del viento á impelido por este, fué arrebatado por la violenta corriente, arrastrando al desgraciado Ataulfo que desapareció al punto, prorumpiendo en blafemias y en desaforados gritos maldicientes.

Presto aquel espantoso cometa, al cual dió el judío todo el

bramante que, segun digimos, había enrrollado el torno, y cuya lonjitud era incalculable, se remontó en el condensado limbo del espacio, dejando lucir allá remotamente como un punto luminoso y casi imperceptible por su pequeñez, la linterna colorada, segun ya digimos, á la cola de aquel aparato diabólico, invencion de Eleazar, quien, cuando hubo dado todo el hilo, soltó el cabo, abandonando al capricho cruel del huracan la víctima, que con el gigantesco cometa, falto de apoyo, iría á estrellarse en algun barranco, despedazandose y sirviendo de pasto su cadaver á las aves carnívoras.

Nadie pues, desde entonces ha podido decirnos fijamente el paradero de nuestro personaje, cuyo desastroso y trájico fin aterra. Creáronse mil conjeturas, forzáronse fábulas de distinta especie y nada mas Nosotros pues, simples narradores de la castástrofe, debimos abstener de penetrar mas lejos, ni de invadir terrenos vedados al historiador, siquiera se apellide, aunque con cierta propiedad, novelista.

CAPITULO VIII.

ULTIMA ESCENA DEL DRAMA.

¡Desenlace infernal, grande portento!
Cielos y tierra ardieron
Hasta el alto y oscuro firmamento....
¡Sublime creacion! los siglos vieron.
Los mutilados restos que antes fueron
Soberbio monumento;
Y en sus postradas páginas leyeron
Lúgubre encantamento.

La tempestad continuaba todavia.

El huranan no era tan violento; pero el cataclismo de los elementos parecia recrudecerse mas cada vez bajo aquel cielo tenebroso, inflamado por las corrientes eléctricas.

La lluvia disminuia progresivamente, y solo sacudia de vez en cuando sendos chaparrones de gotas sumamente gruesas y sonoras como el granizo.

Era ya mas de media noche; noche lúgubre y desastrosa como la tempestad que la oprimiera.

Alfonso vivamente afectado, habíase retirado á unas de las tiendas de su campamento, que permaneciera todavía en el mismo sitio, esperando que cesara la tempestad, ó al menos que amaneciera.

El rey que era muy temeroso de las iras de Dios ó de la naturaleza, como dicen nuestros filósofos modernos, habíanse retirado al fondo de otra tienda mas céntrica, donde en compañia de mosen Pierre de Peralta, su capellan mayor castrense, y de otros dos monteros y escanciadores de su córte, rezaba varias preces y letanías, en desagravio y para aplacar la cólera del cielo.

De pronto una voz vigorosa y sostenida, que fué reproduciendose como un acento lúgubre, hendió todo el espacio y llegó á oidos del rey.

Ante aquel grito de sombría alarma, el principe olvidó sus temores al pronto y salió precipitadamente de la tienda.

—¡Incendio, incendio!

Esta voz no cesaba de repetirse, y el monarca, al notar la efervescencia que reinara entre sus soldados, sin reparar en el aguacero que todavia alternaba con el juego de los elementos, subió á una pequeña colina próxima, invadida ya de antemano por varios curiosos.

Y en verdad que el espectáculo que se desplegara tan majestuosamente entonces á la vista, merecia los honores de aquella misma curiosidad.

Porque era una decoracion portentosa y sublime, ante la cual el mismo rey no pudo menos de esclamar en un arranque de entusiasmo:

—Héos ahí la suprema pincelada del cuadro, sin la cual

fuera únicamente un boceto: en verdad que el hombre se ha escedido á sí propio en esta noche.

Allá, al frente, y sobre la montaña donde asentaran las torres de Altamira; alzábase la sombría mole de estas, como una prodigiosa silhueta que marcaba el nebuloso horizonte á través de un humo diáfano y sanguinolento que la envolviera como en un velo fantástico.

De sus flancos, por do quier alzábanse grupos de voraces llamas que devoraban las obras, envolviéndolas, como en una zona ó ceñidor de fuego; horrible corona infernal, que inflamando el espacio con su destello fosforescente y sanguinolento, parecia invadir el cielo, confundiendo sus vacilantes lenguas con un penacho colosal de humo denso, envuelto en remolinos de chispas como la escarlata, y dejando oir el bramido del incendio con su estridente crujido.

Aquellas llamas, cuyas pirámides alzábanse y se deprimian alternativamente, ondulando y confundiéndose á veces en la masa de la inmensa hoguera, lamian, enroscábanse como fuegos rastreros á aquellos muros de canto, apoderábanse por asalto de las bóvedas del castillo, y haciendo rebramar su corrosivo impulso en el maderámen, generalizaban el cuadro de conflagracion, á cuyo ímpetu desplomábanse los apizarrados techos, los torreones góticos, los coronamentos todos de aquella poderosa fábrica bizantina poco antes tan sólida é inespugnable, y que dentro de poco, á juzgar por los progresos del incendio, iba á quedar reducida á un miserable monton de escombros calcinados.

La justicia de Gonzalo, en nombre del rey que la observara como un simple espectador, aterrado por su misma obra, se cumplia de un modo terrible é inexorable.

El corazon del monarca estaba comprometido por una indefinible angustia: ahogábale el dolor.

—¡Dios! esclamó ¡siempre Dios!....

Y ante esta frase lacónica y elocuente, llevó sus manos á la cabeza, aturdido por una idea torcedora y lúgubre.

Aquello debia ser remordimiento.

Esta ansiedad mortal, esta agitacion, este caos que revolviera en el pecho del monarca todo un vértigo de vacilaciones y dudas que le devoraban como un cáncer roedor, conturbó su mente, perdiéndole en un estravio moral, su frente parecia crujir al ímpetu de aquel cataclismo que estallaba ya y que comprimia su corazon en un círculo de hierro candente.

Cuando poco despues la tempestad cesaba, cuando entreabriase aquel cielo sombrío, oscuro limbo de una desastrosa noche, trasparentando en el Oriente nacarado y límpido el pabellon granate de la aurora; cuando las brisas de Levante murmuraban en la selva como un leve y susurrante suspiro, aromatizando el ambiente, purificado ya, con el aura de las flores del campo, y cuando en fin la naturaleza, anhelante y fatigosa empezara á sacudir su letargo, arrullado por el trino de los pajarillos, el monarca desaparecia con sus tercios, desasosegado y pensativo, y tomaba la vuelta hácia Leon, en medio de un sepulcral silencio, semejante á una marcha fúnebre.

Y mientras tanto, bajo aquel horizonte despejado ya y sin nubes bajo aquel pabellon de plateados astros que la luz del crepúsculo empezaba ya á amortiguar, alzábase un cono impuro, una mancha flotante, aplomada y densa como el penacho de un volcan en erupcion y rodeado siempre de un enorme círculo de llamas; corona de fuego invisible casi á la luz matinal de aquel dia tan risueño, semivelado luego por lige-

ras nuvecillas errantes, brumas juguetonas del crepúsculo, velo sutil y diáfano que ocultara el rubor de ese espléndido sol naciente que escondido entre aquellos celages flotantes á impulso de los céfiros, parecia enlutado ó avergonzado acaso ante aquella escena, ante aquel sombrío testimonio de ese escándalo abominable de la historia.

Aquello eran los restos calcinados del formidable castillo de Altamira; envueltos en la nebulosa bruma del incendio que oscurecia por aquella parte el esplendente espacio y alzábase potente destructor, rebrumando en los aires devorando la ostentosa fábrica y propagándose espantosamente á los bosques y selvas contiguos que ardieron durante muchos dias, despues de los cuales, y en medio de aquel cuadro asolador y esterminio que llevara el pánico á toda la comarca, solo quedaron en pié los mutilados paredones, calcinados y vacilantes que aun hoy existen, como una hita maldecida, huella infamante de execracion y oprobio.

CONCLUSION.

Hénos ya aqui de nuevo, descorriendo por última vez, el telon de nuestro drama.

Ha trascurrido algun tiempo desde que suspendimos la accion como que le reanudamos en el año de 1084 de Cristo.

Era un dia de abril radiante y caluroso, cosa estraña en medio de una primavera recrudecida constantemente por una temperatura frígida, húmeda y lluviosa.

La zona atmosférica de la ciudad de Santiago, oscura siempre y nebulosa, pesada como una cúpula de plomo, enrarecida por un vapor glacial, diáfana, lúgubre y triste, un solo dia apenas habia entreabierto el pabellon de sus tenebrosas brumas, apenas habia contenido el vuelo de las nieblas de Le-

vante que se precipitaran en remolino, absorbiendo las agujas de sus campanarios y las alturas de sus montañas, sobre cuyas laderas resbalaban sus vaporosas brumas, especie de vapores blancos, con una blancura nacarada y diáfana, como la misma nieve.

Aquel dia sin embargo, ya lo hemos dicho, era una escepcion de la regla; porque apareció el horizonte despejado y límpido, y el sol cerníase esplendente en el horizonte, derramando torrentes de fuego, reverberando en la nieve cristalizada que coronara las cumbres, como una capa de diamante.

Descendia el sol al ocaso: las huertas, las cañadas, los barrancos, los valles y las hondonadas, sombreado todo por grupos de olivos, encinas, nogales y fresnos, formaban un contraste con sus demás accesorios que daban en conjunto al cuadro una encantadora poesia.

La ciudad aparecia como un hacinamiento irregular de edificios, apiñados y destribuidos sin órden sobre un terreno irregular tambien, cruzado por angostas y tortuosas calles y erizado de vetustas moles, cuya apariencia unia á su misma pesadez rústica esa clásica severidad de la arquitectura gótico-bizantina, tan pesada en las formas esteriores, tan esbelta y majestuosa sin embargo en el interior de sus bóvedas ojivales, en sus botareles y columnatas.

Y este grupo informe de apizarradas fábricas, al destacar en aquel radiante horizonte sus formas espectrales, vagas é indecisas, parecia destacarse entre rubicundos vapores, coronado de azafranados celajes, como una exuberancia fantástica bordada de aljófares y oro, recostada so-

bre colinas y ceñida por el Sar y el Sarela, como un vasto círculo irregular encerrado entre líneas de vejetacion pintoresca.

Declinaba el sol lentamente al ocaso, rasando las aplomadas cumbres del Pedroso, y las sombras cenicientas tambien de los montes prolongábanse, desarrollando sus pliegues y envolviendo como en un sudario los objetos: las aguas de los rios apenas se dejaban ver á través del claro-oscuro que empezaba á crear la niebla del crepúsculo, como una flotante sábana funeraria.

El silencio era profundo, alterado apenas por el canto monótono del labriego al retirarse de sus faenas, ó por el balido del rebaño que se retiraba tambien á los cortijos: todo era pues solemne en esta hora de melancolía tan poética y suprema.

En el monasterio de santa Susana ocurria precisamente entonces una escena de grande efecto, uno de esos acontecimientos que, aunque predispuestos de antemano, marcan época en la memoria, por su gravedad y circunstancias.

Describamos ante todo el punto donde tenia lugar.

Era una cámara de grandes proporciones, sin ventilacion apenas y alumbrada por un ténue fulgor macilento. Su bóveda ojival, imitando un claustro de catedral gótica, alzábase robusta y vigorosa, aunque rebajada considerablemente, colgada de pesados pabellones de tela carmesí recamado con franjas, que cubrian aquellas paredes rústicamente labradas, á las cuales faltaba la última mano del artífice.

Algunos muebles de tapiceria notábanse en aquel re-

cinto, y allá en el testero de fondo, sobre un ara de mármol negro, alzábase un nicho tallado en madera con marcos y cinceladuras entre columnas istriadas con capiteles, figurando grotescos caprichos; y sobre aquella bárbara profanacion del arte, corríase un ático pesado y de mal gusto, figurando una combinacion de variados jaspes, con adornos de crestería.

En aquella capilla y medio cubierto por una cortinilla carmesí corrida hácia los estremos, habia un Cristo de talla, alumbrado por cirios verdes y amarillos. La gran figura de esta efigie, demacrada y cárdena, augusto simulacro de la redencion del hombre y de los padecimientos del Dios mártir, destacábase sobre el fondo del nicho forrado de terciopelo negro, é imprimia una majestad imponente á aquel recinto solemne.

Era esta la pieza de enfermería y hospedage del monasterio.

En uno de sus departamentos, sobre un lecho ricamente parado, yacia un hermoso jóven, cuyo rostro aparecia encendido por la fiebre que le devoraba.

Era Gonzalo Moscoso de Altamira.

Junto á aquella cama, pálida, demacrada y hermosa todavía, oraba de rodillas, sumergida, al parecer, en mágico arrobamiento, una mujer, como una estátua de Carrara labrada por el cincel del inmortal Cánova.

Era Hormesinda. Hormesinda, cada vez mas bella y seductora, aun á pesar de sus ayunos y maceraciones y su vida ascética en aquel santo retiro, donde existia desde los últimos acontecimientos de nuestra historia.

Vestía ya el hábito de la regla; pero las tijeras todavia

no habian segado aquella sedosa cabellera tan profusa que constituyera el mayor ornamento de aquella cabeza virginal tan voluptuosa.

Allá á poco otra mujer vestida de luto rigoroso y rebosada en un manto, atravesó la pieza como una sombra, y con paso arrogante, airoso y soberano, fué á prosternarse junto al altar del Cristo, donde pareció orar.

Aquella mujer era la altiva Constanza de Monforte, viuda de Altamira.

En aquel luto, en aquel porte profano y orgulloso habia menos devocion que coquetería: era un ascetismo hipócrita mentido á Dios y al mundo, y á cuyo recurso no en vano apelara la astuta dama, para captarse mas y mas el amor del rey, por el cual ardia y se afanara este, aprisionado en sus redes de una manera estraordinariamente frenética.

Luego un hombre vestido de guerrero y en cuyo almete ondeara una garzota elástica, apareció en el fondo. Era S. A. el rey D. Alfonso.

Su arrogante porte revelaba ese destello soberano, inherente á esos séres que bajo cualquier título colocan el destino ó la intriga al frente de las naciones, y á los cuales hay quien sueña con atribuirles todavía, en estos tiempos que se dicen cultos, el dictado de reyes *de derecho divino*.

—Mucho tardan, murmuró aquel hombre, devorado por la impaciencia y arrellanándose en un sillon, despues de marcar una reverencia ante la santa efigie.

Era pues evidente que se trataba de una cita en aquel sitio.

Así trascurrieron algunos momentos; pausa solemne, en la cual un profundo silencio dominara la situacion del cuadro. Alfonso parecia participar de aquella secreta emocion mística y edificante, y un secreto terror ajitaba su alma visiblemente conmovida y contrariada.

Respiró al fin, en cierto modo satisfecho, y levantándose del sitial, dirigióse al encuentro de un grupo misterioso que avanzaba con lentitud y que se improvisara en aquel sitio.

Formaban este grupo dos ancianos, uno de ellos temblroso y decrépito, encorbado sobre un báculo y vestido de una hopalanda negra con capúz, cuyo estremo piramidal inclinábase hácia atrás. Este traje miserable daba una apariencia repugnante á nuestro conocido Eleazar, porque efectivameute era el mismo.

Aquel hombre estenuado, raquítico y miserable, con su demacrado semblante y su asqueroso aspecto, parecíase mas bien á un cadáver exhumado y arrojado de nuevo á la tierra, para recordar á los vivos las miserias de sus primeras postrimerías.

El otro, aunque no tan viejo, era un hombre de regular estatura, pálido, enfermizo, tardo en andar y ciego, al parecer, de ambas vistas. Vestía ostentosamente una ropilla de seda leonada, y sobre su pecho lucia una placa de oro mate con el blasonado escudo de Altamira: un birrete de brocado púrpura cubria su cabeza, como distintivo clásico de los hidalgos de la época, y sus pies calzaban ricas sandalias de gránate y oro batido.

Alfonso se incorporó á aquel grupo, arrojándose en los brazos del ciego, á tiempo que éste, conducido por su

compañero, precipitábase á su vez delirante sobre el lecho donde yacia Gonzalo, presa de una penosa agonia.

—¡Veremundo!

—¡Alfonso!

Tales fueron las esclamaciones que se cruzaron entre el rey y el ciego. El primero, todo conmovido, hubo de retirarse á un rincon, agoviado por su misma emocion y por aquel tropel de recuerdos y pesares que se renováran simultáneamente en su ánimo, como otras tantas úlceras incurables ó por lo menos mal cicatrizadas que destilan sangre á toda hora.

—¡Veremundo! repitió el rey: y ante esta palabra mágica como una evocacion poderosa, el moribundo Gonzalo pareció recobrar una energia vital extraordinaria; incorporóse de repente, como movido por un resorte oculto, y precipitóse con una fuerza tenáz al cuello de Veremundo, que le estrechaba tambien sobre su pecho, cubriéndole de entusiastas besos y sin acertar á articular otras palabras que las de *¡Hijo mio, hijo mio!*

—¡Padre mio! al fin!...esclamó el moribundo, fijando su estraviada vista en el Santo Cristo que tenia enfrente, y que parecia dirigirle una mirada de inefable misericordia.

—¡Gracias, Dios mio! esclamaron ambos.

Veremundo sintió luego que la cabeza de su hijo pesaba estraordinariamente sobre su hombro, y que aquel corazon ya no latía.

—¡Gran Dios! esclamó, levantando al cielo sus ojos mates, de los cuales no brotó una sola lágrima; ¡Dios mio! esto más todavía!!! ¿Me ofreceis, Señor, un consuelo, por

el que aliento veinte años há esta vida miserable, alumbrada por la fé únicamente y por la esperanza de este momento que me concedeis y me arrebatais á un mismo tiempo? ¡Sois injusto conmigo!

Ante esta blasfemia pareció descender de su rapto Hormesinda, y se precipitó entusiasta y llorosa hácia el lecho, terciando en aquel grupo del sentimiento y de la muerte y animadas sus facciones de una resignacion santa y sublime.

—¡Veremundo, esposo mio!, esclamó con un acento indefinible.

—¿Quién eres tú, ángel tentador, que conmueves las fibras de mi alma y la haces vacilar en medio de la tempestad que la combate?

—Soy.... tu esposa Hormesinda; repuso ella, precipitándose enloquecida de alegria y de dolor en los brazos del ciego, que gritó á su vez tambien:

—¡Dios mio! tú.... esto mas!

Y combatido por aquellas diversas afecciones tan violentas, el conde esperimentó un vértigo que estravió su razon é hizo subir á su cerebro una columna de sangre hirviente, que produjo una aguda congestion mortal.

—¡Basta ya, Dios mio! esclamó horrorizado el rey; apartad, Señor, vuestra cólera de nosotros, y dad tregua á vuestra justicia!

El hebreo, impasible hasta entonces, como que debiera ser el instrumento que preparara aquel golpe teatral tan sorprendente, no pudo menos de participar tambien del terror que comprimiera el corazon del rey, y esperimentó un golpe de inspiracion religiosa que le obligó

por un impulso instintivo y rápido, á dirigir su corazon hácia la santa efigie del Crucificado, del cual no tardó en apartar la vista con cierta espresion de irónica incredulidad, y como avergonzado de su ligereza.

Entre tanto Hormesinda, con una resignacion santa, con la plácida serenidad de un mártir, cerró los ojos á su hijo y á su esposo, difuntos, que yacian, el primero en el lecho y el segundo en tierra, é imprimió en ellos un beso.

Allí, inclinada sobre ambos cadáveres, permaneció algunos instantes estasiada, contemplando atenta sus lívidas facciones y regándolas con un rio de lágrimas, muda, silenciosa y sublime por aquel rapto de dolor, sin dirigir la mas mínima reconvencion al cielo que acibarara su alma con aquel doble golpe, tanto mas cruel y sensible, cuanto que lo recibía en los primeros instantes de su dicha.

—Basta, esclamó el monarca, aturdido por aquel suceso; salgamos de este sitio, Eleazar; me habiais citado aquí para una ocurrencia feliz, y salgo con el corazon traspasado: sea pues; la voluntad de Dios no ha sido otra.

—Ni pudiera menos de suceder así, señor, repuso el judío; Gonzalo y yo fuimos envenenados por Ataulfo, y la muerte que ha establecido para mí una tregua, ha en contrado en la emocion nerviosa del jóven un motivo de anticipar en él su efecto.

—¿Y Betsabé? qué ha sido de élla?

—Betsabé, Señor, existe todavía para insulto de la justicia de Dios y de la vuestra; Betsabé que preparó la ponzoña con que nos ha asesinado Ataulfo.

—¡Ella! esclamó Alfonso con indefinible horror, y llevó la mano á su frente calenturienta, en la cual revolviérase todo un volcan de encontrados afectos.

Oyóse entonces el armonioso preludio de un órgano.

Aquel aire melancólico, pausado y patético pareció conmover el ánimo de los circunstantes, preocupados por tanta peripecia.

Eleazar sintió, aun á pesar suyo, que su corazon se fundia al impulso de una idea vehemente que hablára al alma en lenguaje irresistible.

—¡Dios! murmuró dentro de él una voz secreta, y le conmovió.

El judio pareció sentirse arrastrado á pesar suyo hácia una nueva creencia, para la cual solo tuviera hasta entonces palabras de sarcasmo y de burlesco oprobio: quiso no obstante rebelar e contra aquella fuerza oculta que llenára su fé de esplendores desconocidos.... por la primera vez acaso fijóse su mirada en el Crucifijo, y de sus ojos brotó una lágrima que se apresuró á enjugar con su dedo meñique, como avergonzado de aquel arranque súbito de debilidad, segun creyera, y que nadie pudo notar realmente en aquellos momentos de preocupacion tan solemne.

El órgano apagaba sus notas lentamente con un escape lánguido y moribundo.

—Adios, señora, dijo el rey fuertemente conmovido y dando un paso para salir de aquel recinto; nada tengo ya que hacer aquí, mi mision es otra, y debo cumplirla: deseo aliviar mi alma del remordimiento que la agovia.

—Que.... ¿os vais, Señor? esclamó Hormesinda, fijan-

do en Alfonso su mirada dulcemente serena y resignada como la de un mártir.

—Si, señora; marcho sin detencion: mi justicia no está cumplida todavía, y es menester castigar en desagravio de la vindicta pública tan ofendida.

—¿Todavía mas víctimas, Señor?

Tranquilizaos, será tal vez la última, y por cierto que debiera haberse empezado por ella.

—¿Quien?...

—Betsabé.

Hormesinda juntó las manos sobre el pecho agitado y palpitante y elevó al cielo sus castos ojos en una actitud arrobadora.

Era aquella la plegaria del mártir que, aun enmedio del suplicio, ruega á Dios por sus verdugos. Y Dios debió acoger sin duda aquella oracion, muda, es verdad, pero enérgica y vehemente, desde el trono de sus misericordias.

—Vos, señora, dijo el rey, quedais desde ahora bajo la tutela y proteccion de vuestro soberano, que velará á vuestro lado y os conservará en la posicion que os corresponde.

—Gracias, señor, repuso ella, V. A. ignora sin duda que he tomado una resolucion inmutable al presentir una catástrofe cualquiera posible, como la que hoy ocurre; dispensadme pues que rehuse ese obsequio que acepta mi gratitud, pero que mi conciencia rechaza: yo no debo pues salir de aquí.

—¿Y vos, Eleazar? preguntó el rey.

—Yo, señor, no sé qué deciros por ahora: esta no-

che debo velar junto á los cadáveres de mis amigos y acompañar en su duelo á esta señora: luego será probable que necesite algun tiempo para pasar revista á mi larga y agitada vida, si tengo tiempo para ello; porque conozco que mi hora se acerca á redoblados pasos; siento un gran peso que me agovia el corazon como una montaña de plomo, y debe ser la mano de la Providencia que me empieza á herir en las puertas de mi agonía.

El órgano ya habia cesado; reinaba un imponente silencio y las sombras de la noche estendian sobre los buques de aquella gran pieza funeraria su velo diáfano y tenebroso: la campana de la Abadía doblaba á *Requiem* por la muerte de Veremundo y de Gonzalo, y su sonido lúgubre aumentaba más y más la tétrica solemnidad del cuadro.

El rey dirigió á ámbos cadáveres una suprema mirada de terror, y salió tan hondamente preocupado, que no vió un bulto que le salia pausadamente al encuentro.

Los pasos de aquel fantasma parecian resonar huecos, fatídicos, sobre el pavimento, como los de un espectro, y el monarca creyó percibir una especie de gemido ahogado y triste.

Detúvose, porque la sombra le cerraba el paso y parecia interrogarle con una suplicante actitud.

Era Constanza, envuelta en los vaporosos pliegues de su manto, arrastrando su prolongada falda de seda que crugía con el roce y destacando sobre el marco de su profusa cabellera flotante aquel rostro seductor tan hechicero, que tanto estímulo tenia y tantas gracias.

Un huracan de amorosos recuerdos, incitantes, vo-

luptuosos como el deseo mismo, cegó momentáneamente las potencias morales del rey y conturbó su mente; pero sobreponiéndose al punto, con un esfuerzo que su misma conciencia desmintiera, esclamó:

—Apartad, señora, sois mi tentacion perdurable, y os perdono vuestra aparicion aquí en estos momentos solemnes, á trueque del sacrificio que os impongo.

Constanza se hincó de rodillas.

—Alzad, señora, prosiguió el monarca con vacilante acento y sin alargarla su mano; la adoracion solo corresponde á aquel (designando el Crucifijo) cuando en su presencia está el rey; no seais idólatra despues de haber sido perjura é infiel á vuestros deberes de esposa.

—Que.... replicó ella, apelando á un recurso de dolorido coquetismo, ¿nada me decís, nada mas que reproches?

Y se echó á llorar con un ardid de estudiado efecto.

—Es verdad, repuso el príncipe conmovido por aquella tentadora reconvencion, tan amarga, tan sensible y tierna al mismo tiempo; ¡Constanza! mi corazon solo rebosa hiel; nada le pidais ya de lo que no puede daros: una barrera se ha levantado entre nosotros, y es preciso resignarse al decreto providencial que se sobrepone á todo, ahogando otras afecciones y condenándonos, á mí á un remordimiento perdurable, y á vos.... á la oscuridad de un claustro.

—¡Un claustro! esclamó aquella mujer altiva en la cumbre de su clásico orgullo herido: ¿un claustro habeis dicho?

—Sí, un claustro ó el destierro: al estremo á que han

llegado las cosas, no podeis vivir en el siglo aquí, sin notorio escándalo de estos reinos.

—¡Alfonso! este es el pago?...

—Basta, lo mando; añadió el rey horriblemente violentado.

—Venga, pues, el destierro, dijo ella, si así lo quiere V. A.

—Pues bien, mañana saldreis para Francia: yo me encargo de vuestra pension. . . . . .

. . . . . .

Pocos dias despues verificábase el bautismo de Eleazar, convertido al cristianismo por mediacion de Hormesinda, que le proporcionó el empleo de portero del monasterio, del cual no llegó á tomar posesion, porque la muerte se le interpuso. Fué, pues, sustituido en el cargo por el venerable Fromoso, cuyos mofletes se rellenaban cada dia mas, merced al sabroso alimento y al reposo físico y moral que disfrutara en su nueva vida el buen hombre.

Palomina ó Betsabé murió achicharrada en su conocida prision del *Remolino de los ajusticiados*, que la voluntad del rey convirtió cierta noche en un verdadero remolino de fuego, y redujo á cenizas.

Merced á esta última justicia, la conciencia del monarca pudo descansar, al parecer, del peso de un remordimiento, por mas que, segun parece, necesitara luego rociar su cámara de agua bendita todas las noches, para ahuyentar la turba de fantasmas que le asaltara en su lecho, pellizcándole sin misericordia.

Esto decia el vulgo.

Trece meses despues, es decir, el dia 25 de mayo de 1085 (1) Alfonso tomó por la fuerza de las armas á Toledo, que habia estado en poder de los moros por espacio de 363 años.

Despues, en el de 1088 fué tambien depuesto Diego Pelaez, obispo de Santiago, reemplazándole en esta dignidad Pedro II.

Con estos dos acontecimientos pudo respirar triunfante el orgullo del poderoso príncipe, empeñado en ellos con un teson irrevocable, como que eran para él asunto de vida ó muerte.

La corona de Castilla pudo jactarse entonces de haber adquirido un bello floron poderosísimo con la conquista de la imperial metrópoli goda, emporio y antemural del Islanismo en la península.

Con esto, repetimos, era de esperar ver saciada la ambicion del victorioso monarca: pero no sucedió así; sus aspiraciones se dilataron mas todavía, y empezó entonces para él una doble série alternada de fatigas y de triunfos que le asustaron luego á él mismo, poniéndole al borde del abismo en el último período de su vida.

En cuanto á Hormesinda, vivió en concepto de santa predestinacion y fué canonesa correctora de Santa Susana, en virtud de un breve de S. S. que dispensó lo demás; porque en aquellos tiempos no solia andarse en escrúpulos, sobre todo, cuando se trataba de ciertas cosas y de ciertas personas determinadas.

Constanza de Monforte, cuya causa tomó en favorable

---

1) Hay autores que varian esta fecha.

sentido la opinion pública, no siempre atinada en sus juicios, redobló ante el rey sus instancias para obtener la revocacion de su condena; y en su súplica instó tanto, que al fin, por la mediacion del nuevo prelado, pudo reivindicar los estados de su padre, comprendidos en el acta del secuestro, para indemnizar al legítimo poseedor de Altamira. Esta dama, reconciliada luego y repudiada otra vez por su real amante, desapareció al fin, sin que las crónicas coetáneas nos hayan revelado todavía hasta hoy cual fué su suerte, lo mismo que respecto á los demás personajes de nuestra obra, á la cual ponemos término, con el propósito no obstante de continuarla si, como es de esperar, pudiéramos adquirir ciertos datos, históricos que deben darla complemento.

FIN.

DING LIST OCT 15 1974

LS
P2932c
306264
Author Pastor de la Roca, José
Title La corona de fuego.
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED